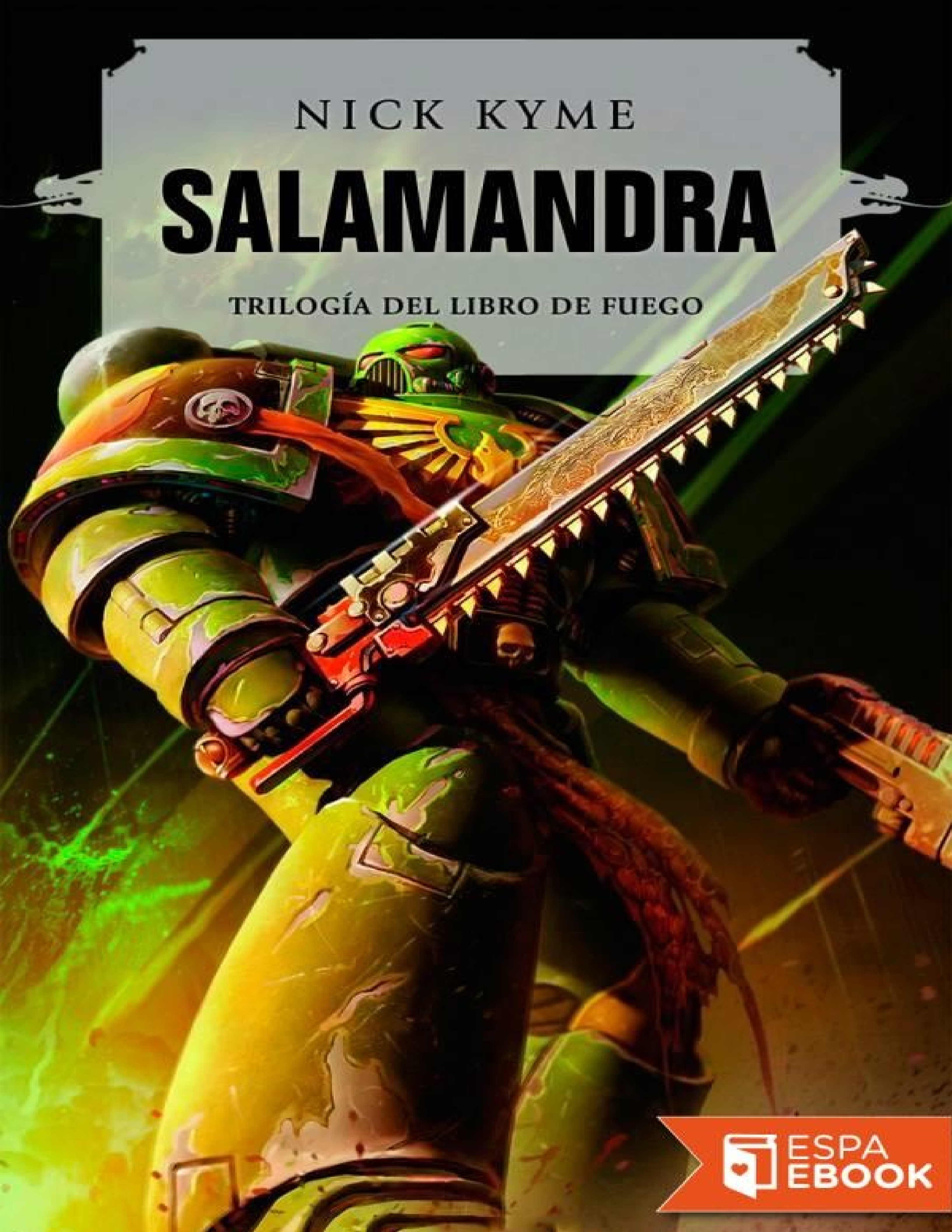
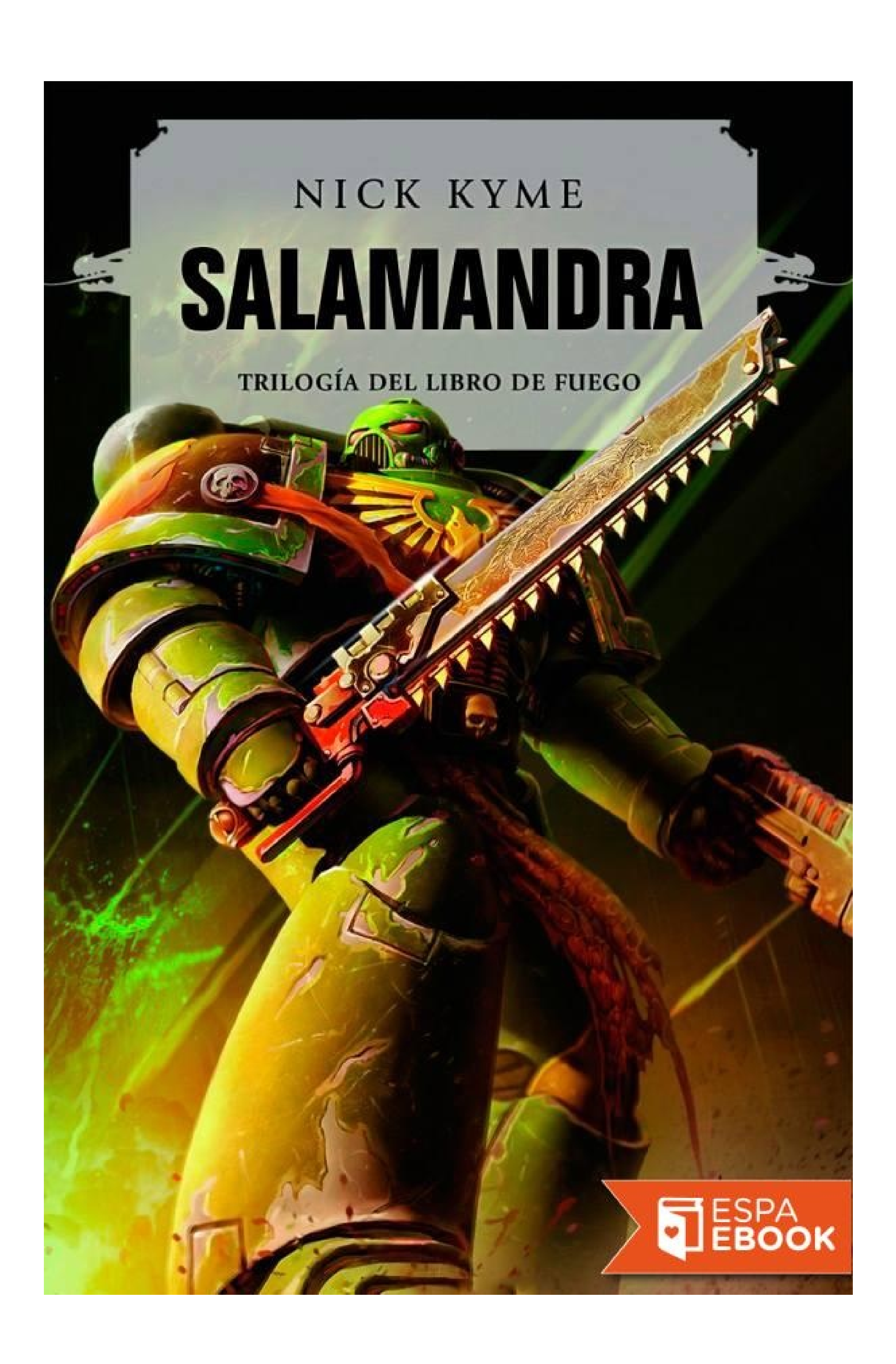

NICK KYME
SALAMANDRA
TRILOGÍA DEL LIBRO DE FUEGO
ESPA
EBOOK


NICK KYME
SALAMANDRA
TRILOGÍA DEL LIBRO DE FUEGO
ESPA
EBOOK

Los Marines Espaciales del capítulo Salamandra se dirigen, guiados por una antigua profecía, a un planeta plagado de misterios. Aunque parece un puesto avanzado de los Guerreros de Hierro, las apariencias engañan, ya que en su interior les esperan enemigos mucho más peligrosos. ¿Sobrevivirán lo suficiente como para descubrir la verdad sobre este mundo y conocer las revelaciones que sacudirán los cimientos del capítulo para siempre?




Nick Kyme

# Salamandra

## Warhammer 40000. El Libro de Fuego 1

**ePub r1.0**
**epublector** 16.09.13



Título original: *Salamander*
Nick Kyme, 2009
Traducción: Traducciones Imposibles, 2010

Editor digital: epublector
ePub base r1.0

*Estamos en el cuadragésimo primer milenio.*

*El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por él poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.*

*Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.*

*En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los marines espaciales, supersoldados modificados genéticamente.*

*Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones le la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.*

*Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Éste es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo.*

*Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.*

En la guerra, un marine espacial no tiene igual. Es el arquetipo del guerrero, un espécimen de inmensa fuerza y de intrépido valor. El marine espacial no siente dolor como otros hombres, no experimenta el miedo. Los domina a ambos. Pero tal incorruptibilidad debe ser perfeccionada y reenfocarse antes de cada campaña. Es aquí, en la meditación de la batalla, donde se prepara, y es aquí donde encuentra el espíritu guerrero que alberga en su interior.

En el aislamiento hallamos nuestra verdadera fuerza. A través del sacrificio y la mayor de las resistencias nos volvemos incorruptibles. Éste es el credo del Culto a Prometeo; éstos son nuestros principios; éstas son nuestras leyes. Nacemos del fuego de la batalla, hermanos. Nos formamos sobre el yunque de la guerra.

**Atribuido a Tu’Shan,**
**Señor del Capítulo de los Salamandras**



# PRÓLOGO

Tsu'gan gritaba mientras se precipitaba desde el parapeto de piedra hacia el suelo del templo.

—¡No! —La palabra brotaba, desgarrada, de su garganta.

Mientras caía oyó una áspera risa.

Nihilan había planeado aquello. Los había engañado a todos. Era esto, la fría conciencia de su propio fracaso, lo que le helaba las tripas a Tsu'gan.

Recordó cómo la sombra acorazada se aproximaba desde donde él debería haber estado; desde donde él, como leal Salamandra, debería haber montado guardia. El orgullo y la arrogancia lo habían llevado a desobedecer. Había pensado que la gloria merecía el riesgo.

El mundo pasaba borroso ante sus ojos mientras Tsu'gan atravesaba la corta distancia hasta el suelo. En su enloquecida urgencia, perdió de vista al asaltante que se acercaba a Kadai. Su capitán estaba solo, de pie ante el charco de restos de la criatura de la disformidad que acababa de derrotar, y se encontraba débil…

Una luz cegadora atravesó la oscuridad como un cuchillo dentado, sin parecer importarle el daño que pudiese ocasionar. Tsu'gan mantuvo el equilibrio, y aquellos segundos se hicieron eternos mientras seguía un rayo abrasador a través de la penumbra. Vio cómo se dirigía a Dak'ir y cómo corroía su casco de combate, y oyó su dolor cuando la perniciosa caricia del rayo le hizo proferir un grito de angustia. La fuerza del impacto del cañón de fusión lo salvó de una muerte segura. Sin amilanarse, el rayo cogió velocidad y golpeó a Kadai. El cuerpo del capitán ardió como una bomba incendiaria. Una luz terrible lo

envolvía. Kadai chillaba, y el desgarrador sonido se unió al propio grito de Tsu'gan, que aterrizaba en el suelo de cuclillas y hacía añicos el rococemento bajo su inmensa masa astartes.

Con el corazón atronándole en el pecho, Tsu'gan se levantó y empezó a correr haciendo caso omiso del peligro que representaban las sombras que se ocultaban en los rincones del templo. Su capitán estaba demasiado lejos, y las probabilidades de que Kadai sobreviviese eran muy remotas, pero conservaba la esperanza de que se pudiera hacer algo.

Pero al acercarse y ver cómo la armadura de Kadai se doblaba sobre sí misma se dio cuenta de que su amado capitán ya estaba muerto. Dio un patinazo y se detuvo, pues no quería tocar los corroídos restos. Entonces se dejó caer de rodillas. Tsu'gan agachó la cabeza a pesar de oír los gritos de N'keln y de sus hermanos de batalla, quienes regresaban para prestar refuerzo. Pero llegaban demasiado tarde.

—¡Salamandras! ¡Matadlos!

El ruido del fuego de bólter fue en aumento. Tsu'gan apenas era consciente de las sacudidas que daban los moribundos herejes, los seguidores del terrible culto que había hecho que los Salamandras acudieran a aquel fatídico lugar, mientras N'keln y los demás los aniquilaban. Se sentía vacío, como si le hubiesen clavado una daga en el vientre y le hubiesen sacado las tripas. El dolor físico, más doloroso e invasivo que cualquier tortura, se extendía por sus huesos hasta su interior. Era como si hubiese dejado de existir y se limitase a observar cómo el mundo giraba en torno a él.

Un fuerte golpe en la hombrera lo hizo volver en sí. El dolor y la negación se transformaron en ira. Sus manos temblorosas se convirtieron en puños que agarraban fuertemente su bólter. Tsu'gan estaba de nuevo en pie. Miró hacia la oscuridad, pero el asesino de Kadai ya había huido.

Con el rabillo del ojo vio que un hereje se le venía encima. La boca cosida de la desdichada criatura le impedía lanzar gritos de batalla. Entre sus huesudos dedos blandía un eviscerador. Sus andrajosos harapos se agitaban alrededor de su atrofiado y cadavérico cuerpo.

Tendría que conformarse con ella.

Tsu'gan esquivó el torpe golpe de la espada sierra y oyó cómo sus afilados dientes rastrillaban sobre su cabeza. Al mismo tiempo lanzó su puño contra el

estómago de aquel ser infeliz y sintió el crujido de sus costillas al romperse y abrirse la blanda carne de su vientre. Con un rugido bestial, le arrancó un puñado de vísceras y acabó con el hereje de un fuerte golpe con la culata de su bólter.

El guerrero apenas esperó a ver cómo la calavera caía bajo su cólera. Al instante se volvió y acribilló a tres figuras envueltas también en harapientas túnicas que huían hacia la oscuridad. Los fogonazos del bólter iluminaban su fuga, y los seres bailaban como marionetas condenadas ante la descarga de munición. Después descubrió a otra criatura y le partió el cuello usando la mano como si fuera una cuchilla. Dos más cayeron bajo los ladridos de su arma; sus torsos explotaron a medida que las explosivas balas desempeñaban su truculenta función. Otra cayó bajo un golpe de codo que le destrozó el cuello y le dejó la cabeza colgando.

Unas formas de armadura verde se movían a su alrededor: sus hermanos de batalla. Tsu'gan apenas era consciente de su presencia mientras mataba. En ningún momento se apartó demasiado de su capitán. Mantenía un cordón de protección que nadie podría atravesar con vida. El número de herejes era muy elevado y él se deleitaba con su matanza. Cuando el bólter se quedó sin munición, Tsu'gan lo dejó a un lado y arrancó el eviscerador, que seguía rugiendo, de las garras del hereje muerto.

Una roja neblina lo envolvió. Cortó, hendió, desgarró, acuchilló, atravesó y partió hasta que se vio rodeado de una siniestra muralla de miembros cercenados. Cuando por fin el número de herejes se redujo y los últimos que quedaban eran perseguidos y ejecutados, Tsu'gan sintió que la fuerza de sus potentes piernas lo abandonaba y volvió a caer de rodillas en un charco de sangre enemiga. Con la punta de la hoja del eviscerador abrió un largo surco en el suelo de piedra para evitar que el sucio flujo vital de aquellas criaturas tocase a su capitán. Después cerró los ojos y perdió la esperanza.

—Hermano sargento —oyó decir a una voz a través de un velo de dolor—. Tsu'gan —insistió la voz.

Tsu'gan abrió los ojos y vio al sargento veterano N'keln de pie ante él.

—Todo ha terminado, hermano. El enemigo ha sido aniquilado —anunció, como si aquello sirviese de algún consuelo—. Tu hermano de batalla sobrevivirá.

Tsu'gan lo miró confundido.

—Dak’ir —aclaró N’keln—. Va a sobrevivir.

Tsu’gan ni siquiera se había dado cuenta de que Dak’ir estaba allí. Kadai era lo único que importaba. Las lágrimas corrían por su rostro.

—Kadai… —dijo el hermano sargento con un hilo de voz— Ha muerto. Nuestro capitán ha muerto.



# UNO



# I
# LAS VIEJAS COSTUMBRES…

Dak'ir permanecía sobre el lago de fuego, esperando que su capitán ardiese.

Lo que quedaba de la corroída servoarmadura de Ko'tan Kadai estaba encadenado a un altar de piedra junto con su cuerpo medio destruido. La lava escupía y burbujeaba por debajo, y las bocanadas de fuego la inflamaban antes de que se consumiese, sólo para volver a relumbrar en algún otro punto de la corriente líquida. El negro mármol del altar reflejaba el abrasador resplandor de la lava. Sus vetas brillaban en tonos rojo y naranja. Dos gruesas cadenas estabas sujetas a uno de los extremos cortos, y la losa rectangular colgaba de ellas hacia abajo. Su superficie estaba cubierta de ceramita, de modo que la losa era resistente al calor del magma. Este altar acompañaría a Kadai en su viaje final hacia el corazón del monte del Fuego Letal.

En la vasta caverna de roca, Dak'ir llamó a la lenta y solemne procesión hasta aquel gran pico volcánico. Más de un centenar de guerreros, que habían marchado todo el camino desde la ciudad santuario de Hesiod formaban parte de

la peregrinación. La montaña era inmensa y atravesaba el cielo teñido de naranja de Nocturne como la punta de una lanza rota. Montones de ceniza flotaban desde el interior del cráter hasta la cima y descendían en lentas y grises franjas.

El Fuego Letal era hermoso y a la vez terrible de contemplar.

Pero aquel día no mostraba ninguna furia piroclástica ni erupciones de roca y llamas, sólo el lamento porque la montaña se llevaba a uno de sus hijos: un Salamandra, un Nacido del Fuego.

—Del fuego nacemos y al fuego regresamos… —entonó Dak'ir repitiendo las sombrías palabras del hermano capellán Elysius. Pronunciaba oraciones de sepelio, concretamente los Cánticos de Inmolación. A pesar de la fría dicción del capellán, Dak'ir sintió la emotiva resonancia de sus palabras mientras retumbaban fuertemente por la caverna subterránea.

Aunque tenía un aspecto de roca áspera, la gruta era en realidad un lugar sagrado construido por el Señor de la Forja T'kell. A pesar de sus milenios de antigüedad, su artificio y funcionalidad seguían siendo alabados en la actual época de decadencia. T'kell había esculpido aquel espacio bajo los meticulosos designios del progenitor, Vulkan, y había sido uno de sus primeros alumnos durante su ascensión a primarca. Después, T'kell transmitiría estas técnicas a las siguientes generaciones de Salamandras, junto a los arcanos secretos que había aprendido de los tecnoadeptos de Marte. El señor de la forja había muerto hacía mucho tiempo, y otros habían ocupado su lugar, pero su legado de hazañas permanecía. Y la caverna no era más que una de ellas.

Una inmensa reserva de lava se almacenaba en las profundidades de la gruta. El caliente y espeso magma procedía de debajo de la tierra y daba vida al monte del Fuego Letal. Se mantenía en una profunda cuenca de roca volcánica protegida por varias capas de ceramita reforzada resistente al calor antes de continuar fluyendo por uno de los muchos canales de salida naturales de la roca. No había faroles en la caverna, ya que no eran necesarios. La lava emitía un cálido y espectral resplandor. Las sombras parpadeaban y el fuego chasqueaba y chisporroteaba.

El capellán Elysius permanecía en la oscuridad a pesar de su posición privilegiada en un saliente de roca justo en el lado opuesto a Dak'ir. Una salpicadura de lava iluminó de naranja chillón el saliente. Duró lo suficiente como para que Dak'ir pudiese ver la servoarmadura de color ébano de Elysius y

el cráneo marfileño de su casco de combate. Se le veía claramente, y la luz describía los contornos de sus prominentes rasgos. Sus ojos brillaban tras las lentes, rojos y diabólicos.

El aislacionismo era un principio fundamental en el credo prometeano. Se creía que ése era el único modo en el que un Salamandra podía encontrar la confianza y la fortaleza interior que necesitaba para cumplir sus deberes para con el Emperador. Flysius abrazaba este ideal por completo. Era cerrado y frío. Algunos miembros del capítulo consideraban que el capellán tenía una piedra en lugar de su corazón principal. Dak'ir pensó que aquello bien podía ser cierto.

Pero aunque Elysius solía ser distante, en combate era completamente diferente. Su mordaz fervor, tan tangible y afilado como una cuchilla y tan intenso como el estampido de un bólter, unía a sus hermanos de batalla. El capellán les contagiaba su furia y su fuerte adhesión al culto prometeano. Infinidad de veces, en la guerra, su fe había logrado una victoria muy reñida a partir de una amarga derrota.

Un símbolo de devoción pendía de su cinturón de armas: la reproducción de un martillo. Era el Sello de Vulkan, y en su día lo había portado el afamado capellán Xavier. Fallecido hacía años, como muchos otros héroes, el legado de Xavier como guardián de aquel símbolo de oficio había pasado a Elysius.

El capellán no estaba solo en los altos escalones de la caverna.

Salamandras de la 3.ª y la 1.ª Compañía observaban la escena también desde un resalte en un extremo de la gruta, donde permanecían en posición de firmes semiocultos por las sombras con los rojos ojos encendidos. Esta mutación ocular afectaba a todos los Salamandras. Era un defecto genético provocado por una reacción a la radiación de su inestable mundo natal. Eso, unido a su piel de color negro ónice, les daba una apariencia casi demoníaca, aunque no había astartes del Emperador más nobles y más comprometidos con la defensa de la humanidad como los Nacidos del Fuego.

El Señor del Capítulo Tu'Shan observaba la ceremonia desde un inmenso asiento de piedra. A su alrededor se encontraba su escolta, los dracos de fuego, guerreros de la 1.ª Compañía, su compañía. Unas marcas de honor cubrían el noble semblante de Tu'Shan, un legado físico de sus hazañas inscrito en su carne de color ébano. Eran las cicatrices marcadas a fuego que todo Salamandra poseía siguiendo el ritual prometeano. Sólo unos pocos en el capítulo, los más

distinguidos veteranos, habían vivido lo suficiente como para llegar a marcarse la cara. Como regente de Prometeo, Tu'Shan vestía una antigua servoarmadura. Dos hombreras descansaban sobre sus descomunales hombros mostrando la imagen de los rugientes lagartos de fuego de los que el capítulo había tomado el nombre.

Una capa de piel de salamandra, una versión más venerable y honrosa de la que llevaban los dracos de fuego, envolvía la amplia espalda del señor del capítulo. La calva de Tu'Shan relucía con el brillo de la lava. Las sombras ascendían lentamente por las paredes como dedos de penumbra. Sus ojos eran como soles apresados. El señor del capítulo meditaba con la barbilla apoyada sobre el puño y con una expresión tan inescrutable como la propia roca de la montaña.

Tras reconocer a su señor del capítulo, la mirada de Dak'ir se dirigió hacía Fugis. El apotecario pertenecía a la Guardia Inferno, el antiguo séquito de Kadai, del que tan sólo quedaban tres miembros. Se había quitado el casco de batalla y lo sujetaba en la parte interna del codo. Era completamente blanco, como la hombrera derecha de su armadura. Su anguloso rostro estaba cubierto por las sombras de la lava. A Dak'ir le pareció ver el brillo de los ojos de Fugis incluso a través del resplandor del calor que emanaba desde abajo.

Desde que Dak'ir se había ganado su caparazón negro y se había convertido en un hermano de batalla, hacía ya cuarenta años, siempre había sentido la mirada vigilante de Fugis. Antes de convertirse en un astartes, Dak'ir había sido un igneano, un cavernícola nómada de Nocturne. Aquello ya era inaudito de por sí, pues nadie de fuera de las siete ciudades santuario había sido reclutado jamás para servir en las tan loadas filas de los marines espaciales. Para algunos eso hacía que Dak'ir fuese especial; otros lo consideraban una aberración. Sin duda, su conexión con el lado humano de su génesis era más fuerte que ninguna que hubiese visto nunca el apotecario. Durante la meditación de batalla, Dak'ir soñaba. Recordaba con perfecta claridad los días anteriores a convertirse en un superhumano, antes de que reforzasen su sangre, sus órganos y sus huesos según el molde de acero del guerrero alfa. Biológicamente era un marine espacial como otro cualquiera; pero psicológicamente era difícil decir qué aptitudes predominaban en su interior.

El capellán Elysius no había encontrado ninguna mancha en su espíritu. En

todo caso, la fuerza mental y la determinación del igneano eran extraordinariamente puras, hasta el punto de que había alcanzado el rango de sargento bastante rápido dada la lenta y metódica naturaleza del capítulo.

No obstante, Fugis era curioso por naturaleza y carecía de la visión extrema que poseía el capellán Dak'ir era un enigma para él; un misterio que deseaba comprender. Pero aquel día los ojos vigilantes del apotecario no lo examinaban. Su mirada estaba dirigida hacia su propio interior, envuelta en una introspección cargada de dolor. Además de su capitán, Kadai había sido un amigo para Fugis.

A diferencia de sus hermanos, Dak'ir vestía el atuendo de los moldeadores del metal, los herreros nómadas que trabajaban el hierro que se hallaba en las profundidades de la montaña y sudaban sobre pesados yunques. Sus vestiduras eran arcaicas, pero en Nocturne todavía creían en las viejas costumbres.

En los primeros milenios de la civilización, cuando las tribus nativas del planeta todavía vivían en cavernas y adoraban a la montaña de fuego como a una diosa y a sus escamosos moradores como objetos de trascendencia espiritual, el moldeado del metal era considerado una noble profesión, y sus maestros eran líderes tribales. La tradición se mantuvo miles de años después, más allá del desarrollo de las tecnologías primitivas y de que el incipiente arte del metal se convirtiese en la forja, después de la llegada de Vulkan, y cuando el Extranjero se lo llevó de nuevo hacia las estrellas.

La espalda de Dak'ir estaba cubierta por una piel de salamandra, y unas gruesas sandalias calzaban sus pies. El torso desnudo del astartes brillaba como el ébano lacado, negro como el ónice y más duro que el azabache. En sus manos agarraba una de las gruesas cadenas que mantenían sujeto el cuerpo de Kadai sobre el lago de fuego.

La tradición prometeana exigía que dos moldeadores del metal guiasen la desaparición de los muertos. Enfrente de él, de pie sobre un pedestal de piedra que sobresalía por encima de la lava de un modo parecido al de Dak'ir, se encontraba Tsu'gan. Él también vestía un atuendo similar, pero a diferencia de Dak'ir, cuyos rasgos igneanos resultaban evidentes en su rostro de duras y terrosas facciones, el noble linaje de Tsu'gan, herencia de los reyes tribales de Hesiod, le aportaba un semblante altivo y cruel. Su glabrocráneo estaba meticulosamente afeitado, y lucía una delgada barba roja acabada en punta. Esto era tanto por mostrar su arrogancia y vanagloria como por simple ostentación. El

pelo de Dak'ir era oscuro, característico de los subterráneos como los nómadas de Ignea, y estaba cortado de manera sencilla, casi a ras del cuero cabelludo.

La acusación y un desprecio apenas disimulado ardían fríamente en los ojos de Tsu'gan cuando cruzaron las miradas por un instante. El ardiente río de lava que los separaba chisporroteaba y burbujeaba con la misma enemistad.

Sintiendo que la ira aumentaba, Dak'ir apartó la vista.

Tsu'gan era uno de los pocos en el capítulo que consideraban la singularidad de Dak'ir como una aberración. Nacido en el seno de tanta riqueza y abundancia como era posible en un letal mundo volcánico, Tsu'gan no dudó en estar en desacuerdo con la idea de que Dak'ir fuese un digno candidato a astartes. Su humilde cuna, sus plebeyos orígenes y el hecho de que ambos estuviesen al mismo nivel como marines espaciales lo irritaban inmensamente.

Pero el origen no era más que el trasfondo de la acritud que existía entre ellos ahora. El resentimiento que tanto dividía a los dos sargentos se remontaba a una época tan lejana como la de Moribar, su primera misión como neófitos, pero su mordacidad había cambiado para siempre en la última misión en Stratos.

«Moribar…»

Aquel mundo sepulcro que había visitado hacía más de cuatro décadas despertaba amargos recuerdos en Dak'ir. Fue allí donde Ushorak había perdido la vida y donde se había iniciado la vendetta de Nihilan.

«Nihilan, que había…»

Viejos recuerdos emergían desde el subconsciente de Dak'ir como trozos de afilado sílex. Vio una vez más al imponente dragón con sus escamas rojas brillando como la sangre bajo la luz del templo de los falsos dioses. La descarga de fusión inundó su vista como una estrella furiosa, incandescente e imparable. Los gritos de Kadai anulaban el resto de sus sentidos y por un instante sólo hubo oscuridad y los sonidos de su angustia acusadora…

Dak'ir volvió a la realidad. El sudor empapaba los surcos de su musculatura aumentada; no por el calor que emanaba la lava, ya que los Salamandras eran resistentes a esas cosas, sino por el de su propio sufrimiento interno. Su corazón secundario se contrajo espasmódicamente con el repentino aumento de la respiración, y se confundió pensando que su cuerpo estaba entrando en un estado de preparación para la batalla.

Dak'ir luchó por controlarlo, y dominó su caprichosa biología con las

prácticas físicas y mentales que había aprendido como parte de su riguroso entrenamiento astartes. No había experimentado una visión como aquélla desde Stratos. Gracias a Vulkan sólo había durado unos segundos. Ninguno de sus hermanos había notado su flaqueza. Dak'ir sintió el impulso de gritar y de maldecir al destino que los había llevado por aquel oscuro camino hasta aquel terrible momento de luto, aflicción y profunda pena por un capitán querido por sus hombres.

La muerte de Kadai los había afectado a ambos. Dak'ir lo mostraba abiertamente mediante una marca blanca de escarificación de una descarga de fusión que cubría la mitad de su rostro. Había vuelto a verla en su visión, la misma explosión que había acabado con la vida de Kadai. Tsu'gan, sin embargo, llevaba sus heridas por dentro, y éstas lo devoraban como un cáncer. Por ahora mantenían su enemistad en secreto para no levantar las sospechas o el malestar del capellán, y mucho menos las del señor del capítulo.

El hermano capellán Elysius casi había completado el ritual, y Dak'ir volvió a concentrarse en su tarea. Era un gran honor ser elegido, y no quería mostrarse descuidado ante la atenta mirada del Señor del Capítulo Tu'Shan.

Por fin llegó el momento. Dak'ir había cargado el peso de la losa durante varias horas. Sus hombros ni siquiera sentían el esfuerzo mientras iba bajando la cadena lentamente, palmo a palmo. Cada uno de los inmensos eslabones, el doble de grandes que el puño de un astartes, estaba grabado con los símbolos prometeanos: el martillo, el yunque y la llama. Aunque los eslabones no se fundían al tocar la lava, el calor los ponía al rojo vivo. Mientras iban pasando por su mano, Dak'ir los agarraba y sentía cómo los iconos se iban grabando en su carne.

Cada vez que una de sus manos aferraba de nuevo el metal se veía surgir humo, pero él ni siquiera se inmutaba. Estaba concentrado en su tarea y sabía que todos los eslabones de la cadena debían agarrarse exactamente de la misma manera para que los tres símbolos se le grabasen en el mismo lugar en la palma. Cualquier error, por mínimo que fuera, se haría evidente después. Las marcas imperfectas eran eliminadas por los sacerdotes marcadores, que dejarían la vergüenza y la deshonra en su lugar.

Aunque ya no volvieron a cruzar la mirada, Dak'ir y Tsu'gan trabajaban conjuntamente, bajando los eslabones al unísono. La cadena de metal chirrió en

su aparejo en la oscura penumbra del techo abovedado de la caverna y Kadai descendió gradualmente hacia la lava. El altar de roca no tardó en sumergirse. La armadura del capitán y los restos de su cuerpo fueron devorados rápidamente. El intenso calor reduciría a cenizas sus últimos vestigios. Después se hundiría y regresaría a la tierra y a Nocturne. La erosionada losa de roca apareció de nuevo a medida que la cadena volvía a elevarse. Su carga de muerte había desaparecido y la superficie pétrea humeaba. Cuando la losa por fin alcanzó su punto más elevado, el aparejo se bloqueó, y Dak'ir soltó la cadena. Su tarea había concluido.

Un servidor votivo se arrastró hacia adelante. La criatura, mitad orgánica mitad mecánica, estaba encorvada por el peso del inmenso brasero que transportaba. El cuenco de oscuro metal estaba fundido a la columna del servidor y contenía las cenizas de las ofrendas. Cuando se acercó, Dak'ir hundió la mano en ellas y con el pulgar se dibujó un símbolo parecido a una calavera sobre el brazo derecho.

Después le dio la espalda a la criatura y se frotó las manos dejando que los restos de piel quemada de sus palmas cayesen a la lava. Cuando se volvió de nuevo, un par de sacerdotes marcadores ocupaban el lugar del portador del brasero.

Incluso sin su armadura, el astartes era mucho más alto que aquellos siervos. Con la cabeza agachada, portaban unos bastones en llamas que utilizaron para marcar las frescas cicatrices de honor en la piel de Dak'ir. El Salamandra resistió el calor sin apenas mostrar el dolor que le causaba y aceptando la pureza de aquel acto.

El silencioso enfrentamiento con Tsu'gan lo estaba distrayendo. Dak'ir ni siquiera se dio cuenta de que los sacerdotes se retiraban. Tampoco vio a los tres siervos que llegaron después portando una servoarmadura.

Tras recordar dónde se encontraba, el sargento inclinó la cabeza cuando los siervos le entregaron su armadura de batalla MK-VII. La tomó y empezó a colocársela lentamente. Se quitó el manto de moldeador del metal y volvió a transformarse en astartes.

Una profunda voz se escuchó en la oscuridad cuando Dak'ir casi había terminado.

—Hermano sargento.

Dak'ir saludó con la cabeza al Salamandra acorazado que surgía de las tinieblas. Los siervos pasaron corriendo por su lado y volvieron a retirarse entre las sombras. El poderoso guerrero, que le sacaba casi dos cabezas, vestía la armadura verde del capítulo con el icono de una brillante salamandra naranja sobre fondo negro en su hombrera izquierda, lo que indicaba que se trataba de un hermano de batalla de la 3.ª Compañía.

—Ba'ken.

Con el grueso cuello y los anchos hombros, Ba'ken tenía un aspecto amenazador. Además, ostentaba el rango de soldado de apoyo pesado de Dak'ir y era su camarada más leal.

El soldado tenía los brazos extendidos. Con los guanteletes sujetaba una elaborada espada sierra y una pistola de plasma.

—Tus armas, hermano sargento —dijo solemnemente.

Dak'ir articuló una silenciosa oración mientras cogía sus armas y se deleitaba con la familiaridad de su tacto.

—¿Está lista la escuadra? —preguntó Dak'ir.

Después miró de reojo a Tsu'gan, al otro lado del lago de fuego, mientras él también se recolocaba su armadura. Dak'ir advirtió que Iagon, el número dos de Tsu'gan, había vestido a su sargento.

—Está por debajo de ti, ¿verdad? —musitó con palabras cargadas de veneno.

—La 3.ª Compañía os espera a ti y al hermano Tsu'gan.

Ba'ken conservaba una expresión y un tono neutrales. Había oído el comentario de su hermano sargento, pero decidió obviarlo. Conocía perfectamente la desavenencia entre Dak'ir y Tsu'gan. También estaba al tanto de los intentos que había hecho Dak'ir de congraciarse con él y de cómo sus propuestas habían caído en oídos sordos y chocado con una mente cerrada.

—Cuando era joven y no era más que un simple neófito —empezó Ba'ken mientras Dak'ir envainaba la espada sierra y enfundaba la pistola de plasma—, forjé mi primera espada. Era un objeto reluciente, fuerte y afilado. El arma más magnífica que jamás había visto, porque era mía y yo la había hecho. Entrenaba con ella constantemente, con tanta fuerza que se rompió. A pesar de mis mejores esfuerzos y de las horas que pasé en las forjas, no logré repararla.

—La primera espada es siempre la más preciada y la menos efectiva, Ba'ken —respondió Dak'ir concentrado en asegurar magnéticamente su casco de batalla

en el cinturón de la servoarmadura.

—No, hermano sargento —respondió el inmenso salamandra—, no me refería a eso.

Dak'ir dejó lo que estaba haciendo y alzó la mirada.

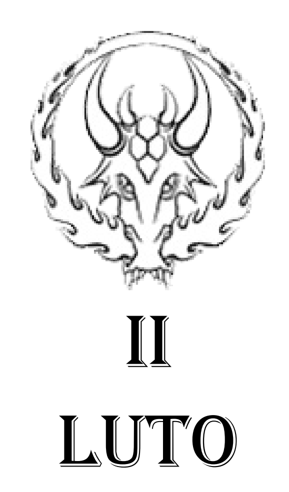
—Algunos vínculos no se pueden crear por más que lo deseemos —se explicó Ba'ken—. Era por el metal. Tenía imperfecciones. Por mucho tiempo que pasara sobre el yunque jamás habría podido volver a forjarla. Ni yo ni nadie.

La expresión de Dak'ir se ensombreció y sus rojos ojos se oscurecieron con lo que parecía un pesar.

—No hagamos esperar más a nuestros hermanos, Ba'ken.

—A tus órdenes —respondió Ba'ken, incapaz de ocultar el dejo de melancolía de su voz. Había omitido mencionar que había guardado la espada con la esperanza de poder repararla algún día.

—O a las de nuestro nuevo capitán —concluyó Dak'ir, bajando del pedestal y sumergiéndose en la oscuridad.



# II
# LUTO

Dak'ir recorrió una fila de guerreros con Ba'ken a su espalda hasta que llegó a los de su propia escuadra. Varios de los demás sargentos de la 3.ª Compañía lo saludaron con un gesto de la cabeza o un gruñido de aprobación. Salamandras como Lok, Omkar y Ul'shan, líderes de la escuadra de devastadores, quienes habían vivido también la tragedia de la muerte de Kadai en Stratos. Cruzó una breve mirada con el hermano de batalla Emek, quien le dio una palmadita en el hombro con una mano tranquilizadora. Era estupendo volver a estar entre sus hermanos.

Otros eran menos simpáticos.

Tsu'gan tenía muchos partidarios. En todos los sentidos, él era la encarnación de la perfección prometeana: fuerte, valiente y con un gran espíritu de sacrificio. Era fácil sentir adoración por ese tipo de guerreros, pero Tsu'gan tenía una veta arrogante. Su número dos, Iagon, era igual de engreído, pero sus métodos eran muchísimo más insidiosos. Tu'Shan le lanzó una mirada fulminante desde el otro lado del templo. Las miradas de sus seguidores eran igual de mordaces. Dak'ir sintió todas y cada una de ellas como dagas al rojo vivo.

—El hermano Tsu’gan sigue protestando. —Ba’ken había seguido la dirección de la mirada del otro Salamandra y le susurró este comentario a su sargento.

La reacción de Dak’ir fue pragmática.

—Desde luego, valor no le falta para desafiar la voluntad del señor del capítulo.

Todos sabían que el nombramiento del sucesor del capitán Kadai no había recibido una aprobación unánime. Algunos sargentos protestaron abiertamente. Tsu’gan era el principal detractor. Pero Tu’Shan los había hecho callar a él y a otros como él. El decreto del señor del capítulo era ley. Pero no podía tener los ojos y los oídos en todas partes.

—Sin duda lo que esperaba era oír su propio nombre —continuó Dak’ir con un dejo de rencor.

—Es posible. Admiraba a Kadai tanto como tú, hermano sargento. Tal vez no considere digno a su sucesor —dijo Ba’ken—. Se dice que Iagon ya ha empezado a reunir apoyos para su superior entre los demás sargentos.

Dak’ir volvió la cabeza hacia Ba’ken súbitamente.

—¿Sería capaz de cuestionar el liderazgo de la compañía antes incluso de que el sustituto de Kadai jure su rango?

Dak’ir había alzado demasiado la voz y unas cuantas cabezas a su alrededor se volvieron hacia él. El sargento bajó el volumen.

—Si obtiene el apoyo de suficientes sargentos, podría exigir que Tu’Shan lo nombrase capitán a él.

—Es sólo un rumor. Puede que no tenga importancia.

—No se atrevería —dijo Dak’ir, irritado ante la idea de que Tsu’gan estuviese ejerciendo presión para obtener el poder.

No es que no valiese para el puesto. Dak’ir reconocía la habilidad, el valor y la visión táctica de Tsu’gan. Pero también era un hombre ávido de gloria que buscaba ascender de un modo agresivo. La ambición es algo positivo, obliga a superarse a uno mismo, pero cuando todo es a expensas de los demás… Además, Dak’ir estaba molesto porque hasta entonces no había oído nada al respecto A diferencia de Ba’ken, él no era tan apreciado. En muchos aspectos era el marginado que Tsu’gan describía. Podía inspirar a sus hombres, podía dirigirlos en combate, y ellos morirían por él del mismo modo que él lo haría por ellos,

pero le faltaba la sintonía de Ba'ken, su gran empatía con los guerreros de la 3.ª Compañía. Esto en ocasiones lo dejaba al margen en lo que a cuestiones de politiqueo interno se refería.

Dak'ir sintió de nuevo una oleada de cólera hacia el sargento, y sus ojos, agresivos, reflejaban su beligerante estado de ánimo. Tsu'gan captó su mirada y se la devolvió, orgulloso e imperioso entre los dracos de fuego y el propio Tu'Shan.

Algo súbito e insistente golpeó los sentidos de Dak'ir, que apartó la atención de Tsu'gan para buscar la fuente de procedencia.

Agarrando la empuñadura de su espada psíquica, el bibliotecario Pyriel miraba a Dak'ir atentamente. Alumno del maestro Vel'cona, Pyriel era un consumado psíquico con nivel de epistolario. Su cuerpo estaba cubierto por una servoarmadura arcana destacada por una túnica verde y por símbolos esotéricos. El aro de una capucha psíquica formaba un arco alrededor de la parte trasera de su cráneo. De su peto de batalla, de un intenso color azul al estilo del Librarium, colgaban de cadenas varios tomos y pergaminos. También llevaba una larga capa de escamas de dragón. Una leve señal de resonancia psíquica crepitó en azul cerúleo en sus ojos y Pyriel entornó los ojos.

Fuese el que fuese el interés que éste pudiera tener en él, a Dak'ir aquel examen le produjo desasosiego. Tal vez Pyriel estaba sustituyendo a Fugis como vigilante dada la distracción del apotecario a causa del dolor. Decidido a no dejarse intimidar, Dak'ir le devolvió la mirada retorciéndose por dentro bajo la intensidad del escrutinio del bibliotecario. Finalmente fue Pyriel quien cedió primero, sonriendo fríamente antes de apartar la vista.

Dak'ir siguió su mirada hasta una larga y estrecha pasarela sobre el saliente de piedra donde se encontraban ahora él y sus hermanos. Una figura envuelta en una túnica, con los rasgos ensombrecidos por una pesada capucha, estaba de pie en el centro de la tarima que había al final del puente. Tan sólo se distinguía el fuego en sus ojos. Desde la oscuridad que había a sus espaldas, un par de sacerdotes marcadores emergieron en silencio. Los dos al mismo tiempo agarraron la vasta tela que lo cubría y la dejaron caer al suelo.

El hermano veterano N'keln permaneció ante ellos, con la cabeza enhiesta. Estaba completamente desnudo a excepción del taparrabos tribal que cubría su dignidad. Los sacerdotes le marcaron el pecho y el hombro derecho con un

hierro dejándole nuevas cicatrices; eran las marcas de un capitán.

La tarima no era lo que parecía. Un disco se introdujo en la roca, y el sistema de circuitos que contenía se instaló tras el crudo y gris metal. Cuando los siervos se retiraron, una columna de lava hizo erupción desde la tarima envolviendo por completo al ascendido. El fuego duró varios segundos, y mientras las llamas se apagaban, N'keln permanecía agachado sobre una rodilla y con la cabeza agachada. El humo emanaba de su cuerpo negro como el carbón; pero no estaba quemado, más bien resplandecía con fuerza interior.

El Señor del Capítulo Tu'Shan se levantó de su trono.

—A través del fuego elemental se mide nuestra entereza y nuestra devoción —declaró.

Su voz era grave y resonante, como sí procediese de la mismísima alma de la tierra. Poseía un fundido núcleo de pasión inspiradora, y albergaba un poder y una autoridad tales que todos los que la oyeron se sintieron inferiores en el acto.

—La resistencia y la fortaleza son los principios de nuestra doctrina y nuestro credo. El sacrificio y el honor son las virtudes que defendemos los Nacidos del Fuego. Con la humildad combatimos el orgullo y nuestra propia vanagloria.

Tu'Shan centró toda su atención en N'keln, que todavía permanecía agachado.

—El fuego de Vulkan late en mi pecho… —continuó el señor del capítulo al tiempo que golpeaba su plastrón con el guantelete cerrado en un puño y hacía un gesto para que le pasaran el martillo.

N'keln alzó la vista por primera vez desde su abrasador bautismo.

—Con él golpearé a los enemigos del Emperador —concluyó. Tu'Shan mostró una ancha sonrisa que se extendió hasta sus centelleantes ojos.

—Ya no eres hermano sargento… —entonó mientras blandía un inmenso martillo de trueno con un enorme puño—. Levántate, hermano capitán.

La Cámara de la Conmemoración estaba casi vacía. Los pasos de los Salamandras que se ocupaban de sus rituales o algunos siervos que realizaban sus tareas resonaban en las paredes. Desde las catacumbas inferiores, a través del rocoso núcleo del bastión del capítulo de Hesiod, llegaba el sonido de las forjas

mientras los yunques resonaban y los metales se afilaban con un dulce martilleo.

Hesiod era una de las siete ciudades santuario de Nocturne. Estas grandes colonias cuyos cimientos se adentraban en las profundidades de la tierra y en el duro lecho de roca del planeta tenían su base en los siete asentamientos de los reyes tribales de Nocturne.

Cada uno de los siete bastiones del capítulo de los Salamandras residía en una de estas ciudades. Destinados a las siete compañías nobles, eran lugares austeros y vacíos.

Los gimnasios para desarrollar los rigores del régimen de entrenamiento diario de los astartes y un reclusium presidido por el capellán de la compañía abastecían sus necesidades espirituales. En los niveles inferiores se encontraban los solitoriums, que eran poco más que austeras y oscuras celdas utilizadas para meditar acerca de la batalla y para dejar que cicatrizasen las marcas de honor. Apenas había dormitorios, y éstos estaban ocupados principalmente por siervos. En las armerías se guardaban las armas y demás material bélico, aunque era sobre todo para los neófitos. Generalmente, los hermanos veteranos mantenían sus propios arsenales en domicilios privados entre la población de Nocturne, donde podían servir mejor de guardianes y protectores. En los refectorios se alimentaban, y en las grandes salas se celebraban las escasas reuniones. En el apotecarium se encargaban de los heridos. Los oratoriums y los librariums eran los templos del aprendizaje y de la enseñanza, aunque la cultura de Nocturne daba más importancia a la experiencia y al templador fuego del campo de batalla.

Las catacumbas se extendían por una amplia cripta en la que podía sentirse el sofocante calor que emanaba de las forjas y en la que el hollín de las fundiciones y el fuerte hedor a metal de los altos hornos se colaban por todos los poros. Las grandes forjas, templos de hierro y de acero en las que el yunque y no un altar era el pilar de adoración, estaban por todo Nocturne. Las horas de devoción invertidas en el pesado calor, empapados de sudor y envueltos en denso humo, eran tan esenciales para un Salamandra como cualquier otro ritual de batalla.

Era en las más altas estancias del bastión del capítulo donde dos guerreros vestidos con la armadura verde de combate habían decidido meditar y rogar, en la Cámara de la Conmemoración, en memoria de su capitán asesinado.

El templo era un lugar inmenso y resonante. La armonía del sonido

acampanado de los fonolitos resonaba en sus ensombrecidas paredes. Tallados en anfibolita volcánica, se elevaban como intrusiones geodésicas y se estrechaban formando una abertura en forma de cráter que se ofrecía al cielo teñido de naranja de Nocturne. La negra e impenetrable obsidiana formaba una extensión hexagonal que era el suelo de la enorme cámara. Robustas columnas de felsita de un rojo intenso reforzaban el semitecho atravesado por venas de fluorescente adamita.

Los raros minerales y rocas volcánicas empleados para construir el magnífico templo se extrajeron después del Tiempo de la Prueba y del duro y frío invierno que le siguió. Estos materiales de belleza geológica se hallaban por todo Nocturne. Los más preciosos se protegían entre las fuertes murallas de las ciudades santuario y sus generadores de escudo de vacío.

Unos braseros de hierro colocados en las paredes de toda la cámara producían un resplandor naranja y su luz parpadeaba en las lustrosas superficies de roca pulida. El reflejo de la luz le proporcionaba un aspecto luminoso y abismal al mismo tiempo, como un templo diabólico erigido desde las tripas del mundo. En su nexo rugía una columna de fuego; zarcillos de llamas se extendían y azotaban desde el centro incandescente. Los dos guerreros estaban arrodillados allí, insignificantes ante la conflagración.

—Kadai perece y N'keln asciende —pronunció Dak'ir solemnemente, con su piel de ónice teñida de un oscuro ámbar por el monumento de fuego.

En su guantelete agarraba una ofrenda votiva que lanzó a las llamas. Ésta ardió de inmediato, y él sintió brevemente el calor de la inmolación contra su rostro inclinado.

—Será recordado en la historia —respondió Ba'ken con voz reverente al tiempo que lanzaba al fuego su propio tributo.

La ceremonia de Sepelio y Ascenso concluyó cuando N'keln aceptó la armadura de su capitán. Según la tradición, cuando un capitán moría y otro ocupaba su lugar, el ascendido debía vestir la armadura del anterior titular. Generalmente, el Salamandra muerto se incineraba en el pyreum, una inmensa forja de cremación bajo la montaña. Según la tradición prometeana, la esencia del desaparecido pasaba a la armadura cuando sus cenizas se ofrecían sobre el altar de piedra y él regresaba a la montaña. Ko'tan Kadai había hallado la muerte ante el cañón de fusión de un traidor. Había quedado poco que salvar de él, de

modo que en su lugar se ofreció su armadura a la montaña. Parecía una ofrenda justa. Así que la servoarmadura de N'keln se había reforjado de nuevo, una armadura artesanal del hermano Argos, Señor de la Forja.

Tras el renacimiento de N'keln en el fuego como capitán y después de que se hubiese colocado su armadura, la congregación de Salamandras se disolvió. Tu'Shan y los pocos dracos de fuego que habían estado presentes en el ritual embarcaron en las cañoneras Thunderhawk que esperaban en la llanura Scorian, al otro lado de la montaña. Las naves se alejaron en el cielo rumbo a Prometeo y a la fortaleza monasterio estacionada en la luna hermana de Nocturne, donde los asuntos más importantes del capítulo y de la galaxia eran la preocupación principal de Tu'Shan.

Al resto les espetaba una lenta peregrinación de regreso a Hesiod y a sus deberes.

La 3.ª Compañía se había ganado un breve respiro de la campaña hasta su siguiente destino. Era necesario levantar los ánimos y renovar la determinación en los entrenamientos, en las capillas y en los yunques. Antes de reanudar sus ejercicios de entrenamiento, Dak'ir y Ba'ken habían acudido a la Cámara de la Conmemoración. Como muchos otros miembros de la 3.ª Compañía, lo hicieron para presentar sus respetos y para honrar a los muertos.

—Son tiempos difíciles.

Ba'ken parecía taciturno, lo cual era raro en él.

Un viento caliente soplaba desde el norte procedente del mar Acerbian, trayendo consigo el hedor a ceniza y el agrio olor a sulfuro. Unos pequeños remolinos de humo emanaban del ennegrecido pergamino que Ba'ken había colocado ante la llama mientras éste se hacía pedazos y se convertía en cenizas. Esto le recordó las profundas fisuras que se habían producido en su compañía tras la muerte de Kadai.

—Cuando una vida termina, otra comienza. Como sucede ante la llama de la forja, la metamorfosis es existencia en transformación —respondió una voz tranquila y amable—. ¿Dónde está tu pragmatismo nocturniano, Sol? Casi me haces pensar que eras de Themis.

Ba'ken sonrió y dejó a un lado su melancolía.

—Pragmatismo, tal vez, pero los hijos de Themis no son filósofos, hermano —replicó secamente mientras un chasquido del fuego iluminaba sus ojos al

tiempo que estiraba el cuello para saludar a Emek—. Somos guerreros —añadió cerrando el puño a modo de parodia viril.

Themis era otra de las ciudades santuario, conocida por sus tribus guerreras y por el tamaño de los hombres que producía, un rasgo aumentado mediante el proceso genético de convertirse en marines espaciales.

Emek sonrió ampliamente mostrando unos dientes blancos que destacaban contra su piel de ónice y se arrodilló junto a sus hermanos.

—¿Preferirías un verso del Opus prometeano? —respondió.

El hermano Emek, al igual que su último capitán, procedía de Hesiod. Su porte era noble y diligente. Tenía el cabello rojo carmín afeitado en finos galones que recorrían toda su cabeza y señalaban hacia su frente. Más joven que Ba'ken, quien había servido en el capítulo durante casi un siglo pero sin ninguna ambición de ascender, e incluso que Dak'ir, Emek poseía una eterna mirada de curiosidad. Sin duda, tenía una impresionante capacidad de aprendizaje y un deseo aún mayor. Sus conocimientos sobre la tradición, la filosofía y la historia prometeana y la cultura de Nocturne eran alabados incluso por los capellanes del capítulo.

—Por muy valioso que sea el Opus, hermano —respondió Dak'ir—, creo que no es el momento para recitarlo.

Avergonzado, Emek agachó la cabeza.

—Mis disculpas, hermano sargento.

—No son necesarias, Emek.

Adoptando una actitud de penitencia, Emek asintió y lanzó su propia ofrenda al fuego. Durante unos pocos momentos, los tres se quedaron absortos y en silencio, y el chisporroteo de una llama votiva se convirtió en el coro de su soledad.

—Hermanos, yo… —empezó Emek, pero fuera lo que fuera lo que estaba a punto de decir se quedó en su garganta cuando miró más allá de la llama a la figura que estaba al otro lado.

—La muerte de Kadai nos ha afectado mucho a todos, hermano —le dijo Dak'ir tras seguir la mirada de Emek—. Incluso a él.

—Pensaba que su corazón era de piedra.

—Pues parece que no —sugirió Ba'ken, y pronunció una silenciosa letanía antes de levantarse.

—Esta enemistad con los renegados nos ha costado muy cara. ¿Crees que todo ha terminado?

Dak'ir fue interrumpido antes de poder responder.

—No para nosotros —rugió Tsu'gan con una agresividad inconfundible.

Dak'ir se puso de pie frente a su compañero sargento que se acercaba hacia ellos atravesando la plaza de obsidiana.

—Ni para ellos —añadió Dak'ir frunciendo el ceño al ver que Iagon lo seguía detrás; el eterno lacayo leal.

Iagon era delgado y menudo y su rostro presentaba una perpetua mueca despectiva. Él culpaba de este defecto a un encuentro durante la Revuelta de Gehemmat, en Kryon IV, donde, durante la limpieza de una infestación de genestealers, el bioácido de la cría de una criatura le dañó algunos de los músculos del rostro, lo que dejó su boca permanentemente curvada hacia abajo.

Dak'ir consideraba el gesto apropiado para alguien como Iagon. Mantuvo la mirada fija en los dos Salamandras que se aproximaban y apenas era consciente de la inmensa presencia de Ba'ken a su espalda.

—Ésta es una vieja rencilla, Emek —dijo Dak'ir al otro hermano de batalla —. Se remonta a Moribar, donde Ushorak perdió la vida. No creo que ni Nihilan ni los Guerreros Dragón olviden la muerte de su capitán fácilmente. Dudo que ni siquiera destruir a Kadai haya saciado su sed de venganza. No —decidió—, esto terminará cuando uno de nosotros muera.

—Aniquilado —añadió Tsu'gan innecesariamente para aportar detalles en beneficio de Emek—. El capítulo entero. O ellos o nosotros.

—¿Esperas entonces una larga guerra de desgaste, hermano Tsu'gan? —preguntó Dak'ir.

Tsu'gan hizo una mueca de disgusto con el labio.

—La guerra es eterna, igneano. Aunque no esperaría menos de alguien con tu cobarde ascendencia que desearas que finalmente llegue la paz.

—Hay muchos en este planeta y en otros por todo el Imperio que la recibirían con los brazos abiertos —respondió Dak'ir sintiendo cómo aumentaba su irritación.

Tsu'gan resopló su descontento.

—A diferencia de nosotros, hermano, ellos no son guerreros. Sin guerra ¿qué sentido tendríamos? La guerra es mi puño cerrado; arde en mi médula. Es gloria

y reconocimiento. Nos proporciona una razón de ser. ¡Yo la apoyo! ¿Qué íbamos a hacer si todas las guerras terminasen? ¿De qué le servimos a la paz? —dijo escupiendo la última palabra como si se le hubiese quedado pegada en la boca, e hizo una pausa—. ¿Y bien?

Dak'ir sintió que se le tensaba la mandíbula.

—Te contestaré yo mismo —susurró Tsu'gan—. Nos volveríamos los unos contra los otros.

A esto último siguió un silencio cargado con la amenaza de algo violento y alarmante.

La sonrisa de Tsu'gan era amarga y provocadora.

La mano de Dak'ir se desplazó casi como por voluntad propia hacia la espada de combate envainada en su cadera.

La sonrisa se transformó en una mueca burlona y maliciosa.

—Vaya, parece que sí tienes sangre de guerrero después de todo, igneano…

—Vamos, hermanos. —La voz de Iagon disipó la roja neblina que se había apoderado de la mirada de Dak'ir. El guerrero extendió los brazos en un gesto amigable, siempre en su papel de aparente conciliador—. Aquí todos pertenecemos a la misma familia. La Cámara de la Conmemoración no es lugar para recusaciones ni rencores. El templo es un refugio, un lugar para absolvemos de cualquier culpa o autorrecriminación, ¿no es así, hermano sargento Dak'ir?

Iagon añadió esta última pulla con una sonrisa viperina.

Ba'ken se envaró y se dispuso a actuar cuando Dak'ir extendió la mano para apaciguarlo. Él ya había soltado su espada de combate al ver aquello como lo que era: una simple provocación.

Emek, sin saber muy bien qué hacer, se limitaba a observar con impotencia.

—Es más que eso, Iagon —respondió Dak'ir eludiendo la trampa que le había preparado el número dos de Tsu'gan y dejando claro que aquel perrito faldero no le preocupaba lo más mínimo.

Dak'ir se acercó, pero Tsu'gan le mantuvo la mirada sin inmutarse.

—Sé lo que pretendes —dijo—. N'keln es un digno capitán para esta compañía. Te lo advierto, no mancilles la memoria de Kadai oponiéndote a él.

—Haré lo mejor para la compañía y para el capítulo, por derecho y por deber —contestó Tsu'gan con vehemencia.

Después se acercó todavía más y gruñó entre dientes:

—Ya te dije que no olvidaría tu complicidad en la muerte de mi hermano capitán. Nada ha cambiado. Pero como vuelvas a cuestionar mi lealtad y devoción por Kadai te mataré en el acto.

Dak'ir sabía que había ido demasiado lejos con su último comentario, de modo que capituló de inmediato. No por miedo, sino por vergüenza. Desafiar a Tsu'gan era una cosa, pero poner en duda su lealtad y respeto por su antiguo capitán estaba fuera de lugar.

Satisfecho de haber dejado las cosas claras, Tsu'gan también se echó atrás y después se colocó a su lado.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí así? —preguntó mirando más allá del monumento de fuego.

Había un dejo de tristeza en su voz.

La Cámara de la Conmemoración estaba expuesta a los elementos por la cara norte. Un arco de blanca dacita grabado con las efigies de los dracos fuego daba a un largo promontorio de basalto con vistas a la arena aclarada por el sol del desierto de Pira. Perfilado en el resplandor vespertino se hallaba el apotecario Fugis, tan quieto como un centinela.

—Desde que llegamos —respondió Dak'ir sintiendo cómo la agresividad entre ellos disminuía, aunque sólo fuera por unos instantes—. No lo he visto moverse ni una sola vez.

—El pesar lo consume. —Emek se volvió también a observar al apotecario.

Tsu'gan frunció el ceño con desdén y apartó la mirada.

—¿Y de qué sirve el pesar? No nos ofrece nada. ¿Puede el pesar golpear a nuestros enemigos o proteger las fronteras de nuestra galaxia? ¿Puede luchar contra las depredaciones de la disformidad? Me temo que no.

Sin apenas ocultar su desprecio, Tsu'gan tiró el rollo votivo que tenía en la mano al fuego conmemorativo. Resbaló y cayó medio quemado fuera de la caldera, junto al resto de las cenizas. Por un momento, Tsu'gan estuvo a punto de ir a recogerlo, pero se detuvo.

—A mí el pesar no me sirve para nada —masculló en voz baja. Después se dio la vuelta y abandonó la Cámara de la Conmemoración con Iagon a su espalda.

Cuando Tsu'gan se hubo dado la vuelta, Dak'ir lo recogió por él pronunció un silencioso juramento de rememoración mientras el pergamino se consumía.

Fugis tenía la mirada puesta en la inmensidad del desierto de Pira. Se encontraba sobre un saliente de roca oscura que las cañoneras de los Salamandras y otras naves ligeras solían utilizar como plataforma natural de aterrizaje. Aparte de la presencia del apotecario, la pista se hallaba vacía, y Fugis agradecía la soledad.

Al norte, más allá de la árida región desértica, se encontraba el mar Acerbian. Fugis lo veía como una débil línea negra en la que la alta aguja de Epimethus, la única ciudad santuario que daba al mar, sobresalía como una cuchilla roma. Estaba rodeada de otros satélites mucho más pequeños, las numerosas plataformas de perforación y de extracción de minerales que rastrillaban el suelo oceánico o explotaban sus fosos más profundos en busca de metales.

En las áridas arenas de Pira, fue testigo de cómo un sa'hrk, una de las bestias depredadoras del desierto, acechaba a una manada de saurochs. El ágil saurio se deslizaba pegado al suelo por la desolada llanura correteando entre los dispersos montones de rocas para acercarse a su presa lo suficiente para lanzar su ataque. Ajena al peligro, la manada de saurochs continuaba su marcha en fila india con el característico balanceo de sus gruesos y cartilaginosos cuerpos. El sa'hrk esperó hasta que pasó al último miembro del grupo y saltó. La bestia derribó a un sauroch del tamaño de un toro. La criatura bramaba lastimeramente mientras el depredador le arrancaba las placas de hueso que le cubrían el cuello para alcanzar su carne blanda. El sa'hrk devoró al animal rápidamente, arrancando trozos del cuerpo de su presa con sus poderosas mandíbulas y engulléndolos a través de su inflada garganta. El resto de la manada bramaba y resoplaba presa del pánico. Algunas de las reses salieron en estampida; otras simplemente se quedaron petrificadas. Al sa'hrk aquello le era indiferente. Sació su apetito y desapareció dejando los restos del animal pudriéndose al sol.

—Los débiles siempre serán cazados por los fuertes —dijo Fugis—. ¿No es así, hermano?

Dak'ir apareció ante los ojos del apotecario. Las criaturas carroñeras ya empezaban a amontonarse alrededor del sauroch muerto y le arrancaban el poco alimento que el sa'hrk les había dejado.

—A menos que aquellos con poder intercedan a favor de los débiles y los protejan —respondió al tiempo que se volvía para mirar al otro Salamandra

directamente—. No pensaba que fueras consciente de mi presencia.

—Llegaste hace quince minutos, Dak'ir. Noté tu presencia. Simplemente decidí no saludarte.

A aquello siguió un incómodo silencio. Tan sólo se escuchaba el grave y persistente sonido de los generadores de escudo de vacío de Hesiod. Los de Epimethus, al norte, y los de Themis, al este, se sumaban a la sorda disonancia, audible incluso al otro lado del extenso desierto y al amparo de las montañas.

—En Stratos fuimos débiles. —Fugis no pudo ocultar el resentimiento en su voz cuando afirmó—: Y los fuertes nos castigaron por ello.

—Los renegados no fueron fuertes, hermano —insistió Dak'ir—. Fueron cobardes. Nos atacaron desde las sombras, por la espalda, y lo mataron…

—Sin honor —lo interrumpió Fugis bruscamente, emprendiéndola contra Dak'ir antes de que éste pudiera terminar, con una máscara de ira dibujada en su delgado semblante—. Lo asesinaron del mismo modo que el sa'hrk asesinó al sauroch, como a un cerdo, como si fuera una cabeza de ganado. —El apotecario asintió lentamente y su cólera se vio sustituida por la amargura y el fatalismo—. Fuimos débiles en Stratos…, pero todo empezó en Moribar —continuó—. Y maldigo a Kadai por ello. Lo maldigo por su debilidad y por no haber visto y haber puesto fin a la amenaza que suponía Ushorak, a la lealtad que éste había infundido a Nihilan, cuando tuvo ocasión.

La reacción de Fugis pilló a Dak'ir por sorpresa. Nunca antes lo había visto así. El apotecario se mostraba tranquilo, incluso frío. Aquello lo mantuvo alerta. Oírlo hablar así era inquietante. Algo había muerto en su interior, y había ardido junto con los restos de Kadai en la losa de piedra. Dak'ir pensó que tal vez fuese la esperanza.

Fugis se acercó a él. Era la segunda vez que uno de sus hermanos de batalla se aproximaba a él de ese modo aquel día, y no le gustaba.

—Tú lo viste, hermano. Soñaste con este peligro durante casi cuatro décadas. —Fugis agarró las hombreras de Dak'ir con vehemencia. El apotecario tenía los ojos tan abiertos que parecía enloquecido—. Ojalá hubiésemos sabido entonces lo que sabemos ahora… —La voz de Fugis fue perdiendo intensidad.

La fuerza de aquel pesar que lo había dominado unos momentos antes también se extinguió, y el apotecario dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo y se volvió hacia el sol poniente.

—Quizá deberías visitar al capellán Elysius. Hay… —Dak'ir se interrumpió.

De todos modos, Fugis no lo escuchaba. Tenía los vidriosos ojos como rubíes fijos en el desierto.

—Hermano sargento.

Dak'ir exhaló con alivio al oír la voz de Ba'ken. Se volvió y vio al fornido Salamandra a unos pocos metros de distancia, como si ya llevase allí un tiempo y no se hubiese acercado por respeto.

—El hermano capitán N'keln está aquí, en Hesiod —continuó Ba'ken—. Y desea hablar contigo.

—Quédate con él hasta nueva orden —dijo Dak'ir con voz ronca antes de dirigirse de nuevo a la Cámara de la Conmemoración y volviendo la mirada en dirección al apotecario.

—Claro, hermano —respondió Ba'ken, y se dispuso a esperar en la plataforma de las Thunderhawk a que regresara su sargento.

Rodeado de oscuridad, Tsu'gan inclinó la cabeza e hizo una señal al sacerdote marcador con la mano extendida.

—Ven —dijo, y su voz resonó en los estrechos confines del solitorium.

La reverberación desapareció absorbida por la estigia negrura y por el movimiento de los rescoldos envueltos en fuego bajo los pies desnudos de Tsu'gan.

Iagon ya le había retirado la servoarmadura y la había asegurado en una antecámara donde esperaba el regreso de su sargento.

Tsu'gan tenía el pecho desnudo. Sólo vestía unos pantalones de entrenamiento que había tomado prestados en el gimnasio del bastión del capítulo. Su cuerpo emanaba olas de vapor que difuminaban el brillo rojo sangre de sus ojos. Las frescas cicatrices palpitaban sobre su piel quemada en aquellas partes donde el sacerdote le había marcado con el hierro. Pero Tsu'gan hizo señas para que siguiera.

—¡Zo'kar! —gritó, haciéndole gestos apremiantes con la mano, y volvió a hablar con la voz transformada en un grave susurro—: Márcame otra vez.

—Mi señor, yo… —replicó el sacerdote marcador no muy convencido.

—¡Obedéceme, siervo! —silbó Tsu'gan entre dientes—. Márcame.

Inmediatamente —lo urgió en un tono casi suplicante.

La mente del marine espacial era un torbellino. Se arrepentía de no haber vuelto después de haber lanzado su ofrenda de aquella manera tan descuidada al fuego conmemorativo. Kadai era totalmente digno de su respeto, no de su desprecio. Tsu'gan rememoró aquel momento en el templo de Stratos en el que se enfrentó a Nihilan.

«Tienes miedo a todo…»

Al recordarlas, aquellas palabras lo golpeaban como si fueran de frío acero, pues en el fondo de su corazón, en alguna cámara blindada y oculta que el guerrero dragón había descubierto y abierto despiadadamente, Tsu'gan sabía que eran ciertas. Y se odiaba por ello. Había fallado a su señor y se había dado cuenta de su mayor temor. La purga era la única respuesta a la debilidad. Kadai había muerto porque…

El dolor y el hedor de su propia piel torturada inundaban sus sentidos. Era una sensación limpia y pura. Tsu'gan se deleitó con ello y buscó alivio en el castigo del fuego.

—Límpialo, Zo'kar —dijo con voz ronca—. Límpialo todo…

El sacerdote marcador obedeció, temeroso de la ira de su señor, y volvió a marcar las líneas de las viejas victorias y los logros del pasado del Salamandra. Aquello ya no formaba parte de la ceremonia. Aquello a lo que se estaba sometiendo Tsu'gan de manera deliberada no tenía nada de honroso. No era más que masoquismo; un acto vergonzoso provocado por su sentimiento de culpabilidad.

Para cuando Zo'kar hubo terminado y el hierro casi se había enfriado, Tsu'gan respiraba de manera entrecortada. Todo su cuerpo estaba dolorido y el calor de las quemaduras emanaba de él como una especie de bruma. La cámara entera hedía a carne chamuscada.

Aquel masoquismo se estaba convirtiendo en una adicción.

Tsu'gan revivió el momento de la muerte de su capitán. Vio cómo su cuerpo sucumbía bajo el brillante rayo del cañón de fusión. Los ojos le dolieron al recordar aquella luz.

El Salamandra inhaló profundamente y dijo con un áspero suspiro:

—Otra vez…

Sumido en aquel estado de semidelirio no notó la presencia de la figura que

lo observaba en secreto desde las sombras de la habitación.

Dak'ir encontró a su capitán en una de las cámaras secundarias del strategium del bastión del capítulo. Era una sala austera, carente de estandartes, placas conmemorativas o trofeos. Una estancia sobria, práctica y lóbrega, como el mismo N'keln.

Inclinado sobre una sencilla mesa de altar de metal, el capitán examinaba unos mapas galácticos y unos planos estelares con el hermano sargento Lok.

Lok dirigía una de las tres escuadras de devastadores de la 3.ª Compañía, los Incineradores. Veterano de la guerra de Badab, mostraba unas franjas negras y amarillas en la rodillera izquierda en conmemoración a la armadura que había vestido durante el conflicto. Su semblante era duro y adusto; dos siglos de guerra habían calcificado su determinación. Una larga cicatriz le atravesaba el rostro desde la frente hasta la barbilla bisecando los dos tachones de servicio de platino. Los había recibido durante el abordaje de la barcaza de batalla ejecutora *Espada de la Perdición* durante la guerra de Badab. El ojo biónico en el lado opuesto a su entrecano semblante se le había implantado mucho antes, tras la batida de Ymgarl, donde era sólo un hábil hermano de batalla. Ya entonces Lok pertenecía a la 3.ª Compañía y, como parte de un pequeño destacamento, se le encomendó la misión de apoyar a la 2.ª Compañía, que estaba congregada al completo para la campaña.

A Dak'ir, la piel corroída por los estragos del tiempo y tan dura como el cuero curtido de Lok le recordaba a un viejo dragón. Y a juzgar por la adusta expresión del sargento se podría pensar que así era como él se sentía. El brazo izquierdo del sargento veterano solía estar encerrado en un puño de combate. Lok había dejado la pesada arma de aspecto brutal sobre la mesa mientras atendía las tácticas militares con su capitán. Dak'ir no sabía qué campaña o misión estaban organizando. Muchos miembros del capítulo pensaban que Lok debería haber sido ascendido a la 1.ª Compañía a aquellas alturas, pero Tu'Shan era sabio y sabía que era más útil en la 3.ª Compañía como sargento experimentado. Desde el punto de vista de Dak'ir, aquella decisión había demostrado ser muy inteligente.

Lok alzó la vista al oír llegar a Dak'ir, y lo saludó de modo casi

imperceptible con la cabeza.

—Señor, me ha mandado llamar —dijo el sargento a su capitán tras una reverencia.

Interrumpido en su planificación, N'keln parecía algo distraído. Al enderezarse, el capitán dejó ver todo su blindaje. De cerca, la armadura artesanal que vestía era muy extraña. Recubierta con los símbolos de los dracos y forjada con los ribetes de denso adamantium que unían sus placas de ceramita reforzada, era toda una obra maestra. Encima de la mesa yacía una gorguera que N'keln debía de haberse quitado para tener más libertad de movimiento del cuello. El casco de batalla descansaba a su lado. Era un modelo MK-VII tradicional en estilo, pero más elegante, y la rejilla de la boca se había sustituido por el morro acolmillado de un dragón. Un manto de piel de salamandra, el último elemento complementario de la armadura, colgaba reverentemente en un rincón sobre un anodino maniquí.

—Gracias, sargento Lok, hemos terminado por ahora —dijo N'keln por fin.

—Mi señor —respondió Lok—. Hermano sargento —añadió como cortesía hacia Dak'ir mientras salía.

N'keln esperó hasta que Lok se hubo marchado para hablar de nuevo.

—Vivimos tiempos adversos, Dak'ir. Asumir una carga tan pesada como ésta ha sido algo… inesperado.

Dak'ir se quedó sin palabras ante aquella repentina franqueza. N'keln volvió a sus planos por un momento en busca de alguna distracción.

La mirada de Dak'ir se desvió hacia la espada envainada que pendía al costado de su capitán. N'keln captó la expresión en los ojos del sargento.

—Es magnífica, ¿verdad? —dijo al tiempo que desenvainaba el arma.

Forjada con gran maestría, la espada de energía zumbó con una intensa luz azul eléctrico que le recorrió toda la resplandeciente cara.

Compuesta de dos hojas separadas unidas en algunos puntos a lo largo de cada uno de los filos internos, era una pieza única. La empuñadura estaba magistralmente elaborada, con la guarda en forma de garra y el pomo de cabeza de dragón bañados en oro. Por muy augusta que fuese la espada de energía, N'keln disfrutaba del derecho y el privilegio de usar el arma de su antiguo capitán. Dak'ir sabía que el martillo de trueno de Kadai podía repararse, y se preguntó por qué N'keln había rechazado esa opción.

—Debo confesar que prefiero esto.

Tras envainar la espada y volver a colocarla en su sitio, N'keln dio unos golpecitos en la culata de su ajado bólter, que descansaba en el lado opuesto. El duro y negro metal del arma estaba cubierto de una gran cantidad de insignias grabadas, y el cráneo con el águila pendía de su empuñadura mediante unas cadenas votivas.

—Soy consciente del descontento suscitado entre los sargentos —dijo de repente.

El capitán miraba a Dak'ir con ojos apagados.

—El legado de Kadai proyecta una larga sombra. Me es imposible no ser eclipsado por ella —admitió—. Sólo espero ser digno de su memoria. Que mi sucesión demuestre ser justificada.

Dak'ir quedó desconcertado. No había esperado que su capitán fuese tan franco.

—Eras el número dos del hermano capitán Kadai, señor. Era justo que lo sucedieras.

N'keln asintió lentamente, pero el hermano sargento no estaba seguro de si el gesto iba dirigido a él o a su propio fuero interno.

—Como sabes, el hermano Vek'shan murió asesinado en Stratos. Necesito un campeón de compañía. Tu historial, tu lealtad y tu determinación en el campo de batalla son incomparables, Dak'ir. Además, tengo plena confianza en tu integridad. —Los ojos del capitán transmitían su certeza—. Quiero ascenderte a la Guardia Inferno.

La propuesta pilló a Dak'ir desprevenido por segunda vez. Tras negar con la cabeza pudo ver la decepción dibujada en el rostro de N'keln.

—Señor, en Stratos fallé a la hora de proteger al hermano capitán Kadai, y ese error le costó la vida y perjudicó a la compañía. Te serviré con fe y lealtad, pero lamentándolo profundamente no puedo aceptar este honor.

N'keln le dio la espalda. Y tras exhalar un suspiro de descontento dijo:

—Podría ordenarte que lo hicieras.

—Te ruego que no lo hagas, señor. Pertenezco a mi escuadra.

N'keln lo observó de cerca durante unos momentos mientras tomaba su decisión.

—De acuerdo —dijo finalmente, disgustado pero dispuesto a ceder ante la

petición de su sargento—. Hay algo más. Se lo comunicaré al resto de sargentos en breve, pero puesto que ya estás aquí… Deseo sanar las heridas de esta compañía, Dak'ir. De modo que vamos a regresar al Cinturón de Hadron. Una vez allí recorreremos las estrellas en busca de cualquier signo de los renegados. Quiero encontrarlos y destruirlos.

El Cinturón de Hadron era la última posición conocida de los Guerreros Dragón. Fue allí donde los Salamandras se enfrentaron a ellos en Stratos, o más bien donde cayeron en su emboscada y donde su antiguo capitán fue asesinado.

—Con todos mis respetos, señor, nuestro último encuentro con Nihilan fue hace meses. A estas alturas deben de estar muy lejos de allí. Probablemente hayan regresado al Ojo del Terror. —Dak'ir posó la mirada en los mapas que había sobre la mesa y observó la densa y extensa región del Cinturón de Hadron —. E incluso si, por algún inescrutable motivo, los Guerreros Dragón continuasen allí, el cinturón comprende una inmensa extensión de espacio. Nos llevaría años registrarlo.

N'keln aguardó un momento mientras decidía si debía continuar hablando.

—El bibliotecario Pyriel ha estado sondeando los grupos estelares del cinturón y ha detectado una resonancia, un eco psíquico de la presencia de Nihilan. Utilizaremos eso como indicador.

Dak'ir torció el gesto.

—Hay muy pocas posibilidades de encontrarlos a partir de esa señal. El rastro que el hermano Pyriel ha encontrado podría tener semanas. ¿Qué te hace pensar que seguirán en el sistema?

—Lo que fuese que comenzó en Moribar con la muerte de Ushorak, continuó con el asesinato de Kadai. Ambos planetas forman parte del Cinturón de Hadron, lo que indica que los Guerreros Dragón tienen alguna especie de guarida allí, desde donde lanzan sus incursiones. Sin el Imperio y sin las forjas de Marte para abastecerse de material bélico, los renegados necesitarán obtenerlo en alguna otra parte. El único modo es mediante la piratería y los asaltos. Las posibilidades son escasas, estoy de acuerdo —añadió N'keln—, pero una única llama puede convertirse en una furiosa conflagración.

Los ojos del capitán brillaban con un repentino celo.

—Esto no ha acabado, Dak'ir. Los Guerreros Dragón nos han causado graves bajas. Debemos golpear con todas nuestras fuerzas para que no vuelvan a

encarnizarse con nosotros.

Las últimas palabras de N'keln antes de dejar que Dak'ir se marchara sonaron ligeramente desesperadas y no lograron disipar las crecientes dudas del hermano sargento.

—Necesitamos esta misión, Dak'ir. Para sanar las heridas de esta compañía y recuperar nuestra hermandad.

Dak'ir abandonó el strategium con una sensación de inquietud. El encuentro con N'keln lo había desconcertado. La franqueza del capitán, el reconocimiento de sus propios defectos y de sus profundas dudas, aunque enmascarado, resultaba inquietante, por el simple hecho de que ahora creía que, a pesar de su arrogancia y vanagloria, Tsu'gan podía estar en lo cierto. N'keln no estaba preparado para el honor que se le había conferido, y se había convertido en hermano capitán sólo de nombre.



# DOS



# I
# CAZA DE DRAGONES

*El sueño había cambiado.*

*La sangre empapaba las paredes del templo del Aura Hieron y despedía hedor a matadero. El aire sabía a cobre y a hierro viejo, ya algo más, algo que estaba fuera del alcance de Dak'ir…*

*El silencio, tan ensordecedor como una tormenta atómica, inundaba el vacío panteón consagrado a los falsos ídolos. Dak'ir pensaba que estaba solo. Entonces, a una distancia que parecía increíblemente larga para aquel templo tan pequeño, lo vio.*

*Kadai estaba luchando contra la criatura demoníaca.*

*Y estaba perdiendo.*

*Un rayo envolvió su martillo de trueno; emergió de la cabeza y se enroscó por el mango. Después recorrió la armadura de Kadai como una ola, pero estaba curiosamente quiescente. La figura del demonio estaba poco definida; los contornos de su realidad estaban borrosos y formaban un tenebroso vacío de tentáculos con garras y pura maldad.*

*Dak'ir corría sin hacer ruido intentando atravesar lo que parecían*

*kilómetros, y entonces llegó el trueno. Al principio era débil, un mero temblor que fue creciendo hasta sacudir los cielos, y su sonido fíe aumentando en un cacofónico crescendo.*

*Dak'ir logró cruzar el enorme espacio de aquella alucinación y llegó hasta Kadai justo a tiempo para ver cómo golpeaba a aquella criatura del infierno.*

*Los arcos de energía hicieron estallar su repugnante forma hasta que dejó de aferrarse al reino material y la disformidad volvió a reclamarlo.*

*La hazaña se había cobrado un precio. Kadai estaba herido. El aire entraba y salía de sus pulmones con un resuello; la potenciación genética de su cuerpo no lograba reparar los daños. Su armadura, rota y desgarrada por todas partes, estaba suelta como una piel de muda apunto de quebrarse caer.*

*—Quédate conmigo, hermano…*

*La voz de Kadai era como gravilla chirriando contra la roca. En el fondo de su garganta se percibía el leve gorgoteo de la sangre.*

*El capitán levantó una mano temblorosa.*

*—Quédate conmigo…*

*Dak'ir fue a agarrársela cuando una repentina brisa trajo el hedor de algo que le quemó las fosas nasales. Era sulfuro.*

*Una sensación extraña e incipiente empezó a roer la mente de Dak'ir. ¿Podía ser miedo?*

*Era un astartes. No sentía miedo. Dak'ir aplastó aquella emoción con una determinación de acero.*

*Algo se movía en la periferia de su visión. Un sonido como de pergamino cuarteado y de cuero desgastado inundaba los sentidos de Dak'ir. Giró el torso y vio una sombra que se deslizaba a gran velocidad a ras de suelo por las oscuras hornacinas que rodeaban el templo. Una insistente impresión no dejaba de venirle a la mente…: escamas encarnadas, un largo cuerpo serpentino.*

*Dak'ir se volvió para intentar seguir el camino del espectro, y vio cómo desaparecía una enorme cola con púas, como la de algún lagarto primigenio.*

*El crepitar de unos rescoldos y el hedor a quemado a su espalda lo obligaron a volverse. Una llama se apagó y la silueta de algo grande y monstruoso que acechaba oculta entre las hornacinas se desvaneció con ella.*

*—Quédate conmigo…*

*Kadai necesitaba inundarse los pulmones de aire para hablar. Estaba*

*postrado sobre una de sus rodillas, apoyado en su martillo de trueno. La sangre brotaba por los cortes de su armadura manchándola de un horrible color rojo oscuro. A pesar de todo alargaba la mano para agarrar a su hermano de batalla.*

*La vista de Dak'ir volvió hacia la criatura. Podía sentir su maldad como algo tangible que indicaba su posición entre las sombras, y el olor de su nauseabundo aliento, a sangre seca y a podredumbre.*

*Gritó: «¡No te lo llevarás!», y corrió a enfrentarse a ella.*

*Con la espada sierra rugiendo, Dak'ir se abalanzó hacia la oscuridad siguiendo la intimidante sombra del monstruo. Ésta cambió ligeramente a medida que se acercaba a ella. De pronto se insinuaron unas fauces de largos y afilados colmillos y unas alas plegadas.*

*Entonces desapareció.*

*Una llamarada incandescente estalló en su mente, y Dak'ir se volvió sabiendo que ya era demasiado tarde.*

*El monstruo estaba a su espalda, irguiéndose sobre Kadai, que seguía con el brazo extendido, aparentemente ajeno al peligro.*

*Sus rojas escamas brillaban como la sangre y sus inmensas y membranosas alas de oscuro y gastado cuero se desplegaron. El demonio agachó el musculado cuerpo de manera descuidada. Su inmenso pecho de barril se expandió con un silbido a medida que absorbía el aire con una profunda inhalación. Densas columnas de humo ascendían desde un alargado hocico con las fauces llenas de afilados y amarillentos colmillos.*

*Un chorro de caliente saliva se escurrió de la boca de la bestia cuando separó lentamente las mandíbulas y salpicó contra el suelo produciendo el susurro de la efervescencia del ácido. Dak'ir corrió desesperado para interponerse entre el monstruo y su capitán herido. El dragón separó las mandíbulas por completo y Kadai fue engullido por una llamarada, una abrasadora columna de fuego lanzada en dirección a Dak'ir.*

*A través del halo de calor, Kadai y la bestia se transformaron en ondulantes e indefinidas sombras marrón oscuro. Poco apoco, la silueta del dragón fue cambiando hasta convertirse en humanoide. Ahora era un inmenso guerrero acorazado, un ángel de la muerte caído, un renegado, y la furiosa llama era el rayo incandescente de un cañón de fusión. Kadai rugió de dolor, y el grito*

*desesperado de Dak'ir se unió a su agonía fundiéndose ambos en un único bramido de angustia.*

*«¡NoOOOOOOO!»*

*Dak'ir siguió corriendo. Pensó que al menos se vengaría. Pero de repente se sintió tan pesado y tan lento en su armadura que el suelo cedió bajo sus pies y cayó…*

*El templo desapareció y dio paso a la oscuridad y a la sensación de un agobiante calor contra su rostro. Su piel se quemaba con el ardor del fuego. El dolor era intenso y abrasaba el lado izquierdo de la cara de Dak'ir. Intentó gritar, pero su lengua se había transformado en cenizas. Intentó moverse, pero sus brazos y sus piernas se habían convertido en huesos ennegrecidos. Mientras los últimos vestigios de su mente cedían ante el dolor se dio cuenta de que se encontraba sobre el altar de roca de Kadai y que el fuego ardía furiosamente a su alrededor. Se estaba hundiendo en el río de lava. El dolor se volvió casi insoportable cuando Dak'ir quedó completamente sumergido bajo la superficie. La oscuridad absoluta le engulló.*

*Y después no hubo nada. Ni calor, ni fuego, ni dolor. Sólo el silencio y la ausencia del ser.*

*Un latigazo rojo, el rancio olor a descomposición en sus orificios nasales. El rostro de Kadai apareció instantáneamente ante él, ensangrentado y descarnado, medio derretido por el rayo del cañón de fusión.*

*Tenía los ojos muertos cerrados, y la destrozada boca apretada como si se la hubieran grapado.*

*Su voz emanaba desde la oscuridad y asediaba a Dak'ir desde todas partes al mismo tiempo, aunque sus lacerados labios no se habían separado. «Abandonad toda esperanza, aquellos que entráis…»*

*Entonces los ojos del difunto capitán se abrieron de par en par revelando unas cuencas vacías Su mandíbula también se separó, como si de repente alguien hubiese cortado los músculos que la mantenían cerrada.*

*«¿Por qué me dejaste morir?»*

Dak'ir se despertó sobresaltado. Un frío sudor cubría su rostro bajo el duro metal de su casco de batalla. Parpadeando captó fragmentos del espacio que le rodeaba a través de sus lentes ópticas.

Los datos biológicos, transmitidos desde los sistemas internos de su

servoarmadura y conectados a su fisiología de marine espacial, se materializaron en la pantalla de su casco. Una granulada resolución carmesí reveló una alta presión sanguínea y una respiración y un ritmo cardíaco acelerados. Una miríada de pantallas de información sobre su estado físico parpadeaban junto a su latido, cuya velocidad ya iba disminuyendo, y su implante ocular las leía todas y las almacenaba en su subconsciente. Iniciando una serie de ejercicios de relajación condicionados por hipnosis para activarse de manera automática e instintiva, Dak'ir obligó a su cuerpo a recuperar el equilibrio. Fue entonces cuando se dio cuenta de dónde se encontraba.

La fría oscuridad de la Cámara Santuarina lo envolvía. Volviendo a escanear los datos de su casco de batalla, accedió a los esquemas de la misión y a las instrucciones codificadas a través de una serie de órdenes subvocales.

Dak'ir se encontraba a bordo de la *Dragón de Fuego* para un largo reconocimiento en el Cinturón de Hadron. El crucero de asalto *Ira de Vulkan* los seguía a varias horas de distancia en el abismo del espacio real.

Los motores de la cañonera volvieron a activarse con su característico ruido. Impelidos por el reactor de fusión de a bordo, el estentóreo estruendo de los turboventiladores inundó los canales auditivos del Salamandra. Dak'ir filtró la peor parte gracias a su implante de oído Lyman hasta que se readaptó unos segundos después. Ahora estaba completamente consciente. La imagen del sueño se fue desvaneciendo como el humo, aunque algunos fragmentos se le quedaron grabados: el dragón y el destrozado rostro de Kadai se le habían incrustado en el subconsciente como atormentadoras esquirlas. Con el arnés gravitatorio abrochado, Dak'ir vio que estaba rodeado de sus hermanos de batalla. Sus ojos brillaban débilmente en la penumbra como encendidos rescoldos. Completamente armadas y acorazadas, las verdes armaduras de los Salamandras relucían débilmente. Sus bólters y sus espadas estaban aseguradas a un lado en estantes de acero reforzado. La artillería, los cañones de fusión, los lanzallamas y los bólters pesados estaban en la armería de la Thunderhawk. Nocturne se encontraba a meses de distancia. El hermano capitán N'keln había reunido a sus sargentos, tal como le había anticipado a Dak'ir, y les había expuesto su plan de regresar al Cinturón de Hadron. El bibliotecario Pyriel estuvo presente y explicó a los oficiales de la 3.ª Compañía que había detectado un débil pero claro eco psíquico entre los escombros y los grupos estelares del

sistema. El hermano capitán N'keln les transmitió su fe en que esto los conduciría a Nihilan, a los Guerreros Dragón y a una victoria que todos necesitaban.

Dak'ir recordó la mirada de desaprobación de Tsu'gan mientras el capitán describía la misión. Aunque ocultó perfectamente sus sentimientos ante N'keln, Dak'ir sabía que su homólogo opinaba que la táctica era desesperada y una pérdida de tiempo.

Tsu'gan no lo había censurado abiertamente esta vez; ya había expresado sus objeciones hacia la capitanía de N'keln dos veces y el señor del capítulo lo había reprendido por ello en ambas ocasiones. No: a pesar de sus recelos, Tsu'gan era leal al capítulo y respetaba el mando. De modo que se guardaría cualquier reserva que tuviera para sí mismo, por el momento.

A juzgar por la expresión general de algunos de los demás sargentos, especialmente la de los de las escuadras tácticas, salvo la de Dak'ir, estaba claro que Tsu'gan no era el único que había recibido la noticia con desagrado. Dak'ir recordó de nuevo los rumores para desacreditar a su nuevo capitán, para incapacitarlo a ojos de Tu'Shan y que éste nombrase a otro en su lugar. La ambición de Tsu'gan era voraz. Dak'ir estaba convencido de que ansiaba el mando de la 3.ª Compañía.

—¿Te inquieta algo, hermano sargento? —inquirió Ba'ken, como si hubiese penetrado en sus pensamientos, girándose ligeramente bajo el arnés gravitatorio en dirección a Dak'ir.

Dos brillantes óvalos de un rojo intenso se posaron sobre él.

Los viajes por las profundidades del espacio requerían que llevasen los cascos de batalla puestos a todas horas como medida de prevención por si se abría alguna brecha en el casco de la nave. El hermetismo de sus servoarmaduras combinado con sus glándulas mucranoides les permitirían sobrevivir en el vacío espacial hasta que alguien acudiese a rescatarlos.

—Sí, hermano —respondió con sinceridad.

Dak'ir no dio más detalles. El sargento había llamado también la atención de Emek, que lo observaba con ojos candentes tras sus lentes oculares.

—Estoy impaciente por entrar en combate —les dijo a ambos—. No hay motivos para preocuparse.

Esto último no era tan cierto.

Al principio sus oníricas visiones aparecían durante la meditación de batalla y eran poco frecuentes. Sólo experimentaba una o dos cada varios meses. Generalmente soñaba con su infancia, con su vida en Nocturne antes de convertirse en un astartes del Emperador y de aventurarse a las estrellas para castigar a los enemigos de la humanidad.

Muchos marines espaciales no recordaban su existencia previa a vestir el caparazón negro. Algunos conservaban imágenes mentales incompletas y confusas. Eran más una serie de impresiones que un claro u ordenado catálogo de historia. Sin embargo, los recuerdos de Dak'ir de su época humana eran lúcidos y claros. Tanto era así que despertaban el anhelo en él, la tristeza por lo que había perdido y el deseo de reconectar con ello a algún nivel fundamental.

Ocasionalmente recordaba Moribar y su primera misión. Con el paso de los años, estos recuerdos se fueron volviendo cada vez más frecuentes, violentos y sangrientos. Se centraban en la muerte, cosa normal, ya que Moribar evocaba la certeza de la muerte. La mortalidad y la veneración de los caídos eran sus principales características. En aquella época Dak'ir era un simple explorador, un miembro de la 7.ª Compañía. Aquel mundo sepulcro gris había marcado al Salamandra de algún modo. Una pátina de lúgubre polvo lo cubría como un velo; se había abierto camino bajo su piel como los parásitos que se alimentaban de la carne podrida de aquellos hombres enterrados bajo la oscura y tenebrosa tierra de Moribar. Lo sucedido en aquel terrible lugar lo había marcado de un modo todavía más profundo, y al igual que los muertos atormentados nunca hallaban el descanso, Nihilan no descansaría.

Al pensar en Moribar de nuevo, Dak'ir miró directamente delante de él hacia donde se encontraba Tsu'gan, también sujeto por el arnés.

Iagon estaba a su lado, observando atentamente con inescrutables pensamientos. Por primera vez, su hermano sargento parecía estar en otra parte, ajeno al breve intercambio de palabras que se estaba dando en el compartimento de soldados de la Thunderhawk. Había veinte hermanos de batalla, dos escuadras de diez individuos. Aunque la *Dragón de Fuego* tenía capacidad para cinco más, los asientos quedaron vacíos. El venerable hermano Amadeus ocupaba las posiciones delanteras de la bodega de proa de la cañonera. El inmenso dreadnought se mecía silenciosamente en la estructura que lo sujetaba mientras su subconsciente revivía antiguas victorias.

Un crepitante ruido de estática luchó por imponerse al rugido de los motores de la Thunderhawk cuando el comunicador instalado en uno de los mamparos de la cañonera cobró vida.

—Hermanos sargentos, presentaos en la cubierta de vuelo inmediatamente. —La suave voz del bibliotecario Pyriel se oía entrecortada pero inconfundible por encima de la barahúnda de los cohetes propulsores—. Hemos encontrado algo.

Tsu'gan respondió inmediatamente. Tras desabrochar su arnés gravitatorio golpeando el cierre con el puño, levantó la barra de seguridad que tenía sobre la cabeza y atravesó la cámara llena de gente en dirección a las escaleras de acceso que daban a la cubierta de vuelo. No dijo nada al pasar junto a Dak'ir, quien acababa de desabrochar su propio arnés con un silbido de presión liberada.

Dak'ir no tenía la más mínima intención de cuestionar la taciturnidad de su hermano. Se alegraba de aquel descanso de la cólera de Tsu'gan.

Siguió rápidamente los pasos del hermano sargento y se reunió con él y con Pyriel en la sección superior delantera de la cañonera.

El bibliotecario estaba de espaldas a ellos con los extremos en forma de garra de su largo manto de salamandra tocando el suelo. La curva de su capucha psíquica se distinguía claramente por encima del generador de la servoarmadura que dominaba la parte superior de su espalda. Madejas de cables sobresalían del arcano dispositivo y se introducían en los huecos ocultos de su gorguera.

Aquello le recordó a Dak'ir los excepcionales talentos del Salamandra y la precaria cuerda por la que los psíquicos, incluidos aquellos tan hábiles como Pyriel, caminaban al estar en comunión con las incognoscibles fuerzas de la disformidad. A Dak'ir le vino a la mente el escrutinio al que el epistolario lo había sometido durante la ceremonia de Sepelio y Ascenso. ¿Conectó entonces con la disformidad empleando sus prodigiosas habilidades para conocer sus pensamientos? Los ojos de Pyriel reflejaron reconocimiento cuando sus miradas se cruzaron. Sin embargo, la sensación de desasosiego que experimentaba el sargento cada vez que se hallaba en presencia del bibliotecario no había disminuido en absoluto desde ese momento.

—Es extraño —dijo Pyriel mirando a algo visible a través del puesto de observación de la *Dragón de Fuego*.

El puente de mando era en sí un espacio reducido, y parecía todavía más

pequeño con la presencia del bibliotecario y de dos sargentos.

Cuatro marines espaciales trabajaban en los controles de la nave: un piloto, sentado en un asiento gravitatorio situado en el achatado morro de la nave; un navegante, que controlaba las matrices sensoras y la compleja aviónica; y un copiloto y un artillero ocupaban las otras dos posiciones. Todos vestían servoarmadura, pero sin los generadores instalados. Todos los sistemas internos de sus trajes se mantenían mediante el reactor de la Thunderhawk.

Tsu'gan y Dak'ir avanzaron juntos y se colocaron uno a cada lado de Pyriel para ver qué era aquello que había captado la atención del bibliotecario. Aunque todavía distante, pero acercándose a cada instante, el inmenso tamaño del descubrimiento de Pyriel casi llenó su vista. Era una nave, no un pequeño caza como la *Dragón de Fuego*, sino un enorme crucero que parecía una ciudad flotante de oscuro metal.

La nave era evidentemente de diseño imperial: larga, pero voluminosa como una maza pesada, y con una proa achatada como un puño. El casco estaba dañado, quemado y ennegrecido por el fuego láser. Varias de sus numerosas cubiertas presentaban importantes brechas. Los irregulares desperfectos en el metal parecían las mordeduras de algún insecto que le hubiese contagiado alguna infección afectando a toda su carne. Sin embargo, los inactivos sistemas de artillería seguían suponiendo una amenaza. Inmensas filas de baterías láser yacían inclinadas hacia abajo con aspecto alicaído a lo largo de sus arruinados flancos. El resto de artillería de la nave lo conformaban las torretas automáticas, las lanzas de arco avanzado y otras armas mucho más grandes. Era un despliegue aterrador, pero algún enemigo desconocido lo había dejado fuera de combate. Grupos de factorum y de munitoria componían el destacado centro de la nave, y unas titánicas máquinas de fundición llenaban su vientre. De color negro y carmesí y con el símbolo del engranaje, no había duda de que el crucero procedía de Marte.

Era una nave forja de tipo Arca, una nave del Adeptus Mechanicus.

—Ni los escudos ni los motores emiten ningún tipo de energía. No se percibe ninguna radiación de su reactor.

La voz de Pyriel resonó con un sonido metálico bajo su casco de batalla. Después exhaló un largo suspiro, como si estuviese cavilando qué era lo que le había sucedido a aquella nave siniestrada.

—La nave está muerta. —El tono de Tsu’gan delató su impaciencia.

—Y lleva así bastante tiempo a juzgar por los daños sufridos en la proa y en la popa —añadió Dak’ir.

—Así es —respondió Pyriel—. Pero no hay ningún enemigo a la vista. No hay ningún rastro de plasma ni ningún signo de disformidad. Vagaba a la deriva en el espacio real para que la encontrásemos.

—¿Hemos intentado contactar con ella? —preguntó Tsu’gan, desconfiando claramente.

—No hemos recibido respuesta —respondió Pyriel con voz cansina.

—¿Y es ésta la fuente de la resonancia psíquica?

—No —confesó Pyriel—. Hace ya tiempo que no la percibo. Esto es algo totalmente distinto.

La respuesta de Tu’Shan fue pragmática.

—Sea cual sea la causa, las naves de ese tamaño no aparecen de repente en el espacio real inutilizadas y sin ningún tipo de energía. Es posible que el causante de esto siga merodeando en el sistema. ¿Piratas, tal vez?

Dak’ir apenas escuchaba. De pronto dio un paso adelante como para verla más de cerca.

—Hay algo en esa nave —masculló.

La ligera inclinación de la cabeza de Pyriel en dirección a Dak’ir delató su interés.

—¿Qué te hace decir eso, hermano?

La pregunta cogió a Dak’ir por sorpresa, aunque logró que su reacción no afectase a su lenguaje corporal. No se había dado cuenta de que había hablado en voz alta.

—Un instinto, sólo eso —confesó.

—Por favor, explícate.

Esta vez el bibliotecario fijó su escudriñadora mirada en él sin reservas. Dak’ir la sintió como sondas que rebuscaban en las capas de su subconsciente e intentaban llegar a los secretos de su mente.

—Es sólo una sensación.

Pyriel mantuvo un rato la mirada, pero finalmente decidió dejarlo estar y volvió a mirar a través del oculopuerto.

El tono de Tsu’gan sugirió enfado.

—Pues yo tengo la sensación de que no debemos malgastar nuestras fuerzas con esto. Los Guerreros Dragón no están en esta chatarra a la deriva. Deberíamos continuar y dejar que el *Ira de Vulkan* decida qué hacer con ella.

—Deberíamos al menos comprobar si hay supervivientes —respondió Dak’ir categóricamente.

—¿Para qué, igneano? La nave no es más que una tumba flotante. No hay tiempo para esto.

—¿Cuánto tiempo crees que necesitamos, hermano Tsu’gan? —inquirió Pyriel ladeando ligeramente la cabeza en dirección al sargento—. Llevamos semanas en el sistema. Unas pocas horas explorando esta nave no van a…

—*Archimedes Rex*…

Pyriel se volvió lentamente ante la interrupción.

—¿Qué has dicho? —preguntó bruscamente Tsu’gan.

Dak’ir estaba señalando a través del oculopuerto.

—Ahí —dijo, como si no hubiese oído las palabras de su hermano.

Estaba señalando a babor de la nave mientras ellos se colocaban lentamente de través. El nombre de la embarcación aparecía allí en letras enormes.

—Es el nombre de la nave.

Tsu’gan, desconcertado, se volvió hacia su hermano de batalla.

—¿Y qué?

—Me resulta… familiar.

—¿Qué quieres decir exactamente? ¿Que ya la has visto antes? ¿Cómo es posible?

Pyriel cortó la repentina tensión tras haber tomado una decisión.

—Regresad a la Cámara Santuarina y preparad a vuestras escuadras para el abordaje.

—Pero mi señor… —Tsu’gan no le veía la lógica.

Su pragmatismo le permitió dejar sus diferencias con Dak’ir a un lado mientras lidiaba con aquel último asunto.

Pyriel no tenía intenciones de explicarle nada.

—Es una orden, hermano sargento.

Tsu’gan se calló, escarmentado.

—¿No deberíamos al menos esperar al *Ira de Vulkan* y utilizar sus torpedos de abordaje?

—No, hermano sargento. Quiero penetrar en la nave del Mechanicus con discreción. Las matrices sensoras han descubierto un puerto de anclaje para cazas abierto. Podemos atracar allí.

—No veo la necesidad de tomar tantas precauciones, hermano bibliotecario —insistió—. Como ya he dicho, la nave está muerta. Pyriel dirigió su penetrante mirada hacia Tsu’gan.

—¿Estás seguro, hermano?



# II

# «ARCHIMEDES REX»

Los amortiguadores del tren de aterrizaje de la *Dragón de Fuego* se extendieron mientras la cañonera se posaba en la oscuridad de la plataforma para cazas de la nave forja. Las parpadeantes luces de emergencia recorrían incesantemente el inmenso hangar de forma romboide tiñéndolo de rojo sangre. Bajo la esporádica luz se revelaban escuadrones de pequeñas naves.

Los Salamandras se desplegaron rápidamente. La rampa de desembarco trasera descendió en cuanto atracaron. Golpeó la cubierta de acero con un sonoro estruendo metálico al que siguió el retumbar de las fuertes pisadas de los marines espaciales que se dispersaban. Los seguros magnéticos de las suelas de sus botas les permitían cruzar el suelo blindado en ausencia de gravedad, aunque a un ritmo algo sincopado, y adoptar posiciones defensivas. La maniobra se realizaba por costumbre, aunque demostró ser innecesaria. Aparte del conjunto de cazas del Mechanicus inactivos, el hangar estaba vacío.

El retumbar del avance de los Salamandras, que resonaba por las duras y reforzadas paredes hasta el alto techo, era la única señal de vida en aquella inmensa extensión.

—Si dejaron la plataforma de los cazas abierta y sin asegurar, es que los ocupantes tuvieron que marcharse a toda prisa. —La voz de Emek llegó a través del canal de comunicación hasta el casco de batalla de Dak'ir.

Las dos escuadras y el bibliotecario estaban conectados en la misma frecuencia para mantener un contacto permanente.

—Lo dudo —gruñó Tsu'gan, que ya estaba inspeccionando las numerosas filas de pequeñas embarcaciones—. Aquí parece haber una dotación completa, toda en puerto. Nadie abandonó esta nave. Y si lo hicieron, no usaron ninguno de estos cazas para ello.

—Tal vez estuviesen en proceso de marcharse —sugirió Ba'ken de pie junto a uno de los cazas—. Esta placa de glacis está abierta.

Y no era la única. Varios cazas tenían la parte delantera del puente de mando sin asegurar; algunas incluso estaban completamente abiertas Era como si los pilotos hubiesen abandonado sus puestos mientras se preparaban para despegar y se hubiesen marchado donde sólo la disformidad sabía.

—No hay rastro de ningún piloto ni de ningún otro tipo de tripulación —añadió Dak'ir—. Incluso las consolas de control están vacías.

—Esto requiere una pregunta obvia… —Pero Ba'ken no llegó a expresar su interrogante, ya que fue interrumpido por el ruido de la rampa de desembarco delantera de la *Dragón de Fuego*, que descendió hasta golpear el suelo con un sonido metálico.

Las fuertes pisadas anunciaron la presencia de la acorazada figura del venerable hermano Arnadeus. El dreadnought era un ser imponente.

El mecanizado exoesqueleto que enmarcaba el sarcófago acorazado del hermano Amadeus estaba lleno de tubos estriados, cables y silbantes servos. Dos anchos y macizos hombros descansaban a ambos lados del ataúd del Salamandra. Con increíble valentía, Amadeus había caído durante el asedio de Cluth'nir contra los odiados eldars.

Tales habían sido sus hazañas, que los restos de su cuerpo herido de muerte fueron rescatados del campo de batalla y enterrados en una armadura dreadnought para que Amadeus pudiese continuar luchando en nombre del capítulo para siempre. Con cinco metros de altura y casi los mismos de anchura, no era sólo el tremendo volumen del cuerpo ciborgánico de Amadeus lo que lo hacía formidable. Sus dos brazos mecanizados portaban un potente sistema de

armamento. El izquierdo era un inmenso puño de combate que crepitaba con descargas eléctricas; el derecho, un cañón de fusión con la boca ennegrecida a causa del fuego que había escupido.

Ba'ken se estremeció con incomodidad al ver al dreadnought, pero sólo el hermano Emek se percató de ello.

—¡En el nombre de Vulkan! —tronó Amadeus, que hacía poco que se había despertado, con su dicción automatizada.

Todos los Salamandras lo saludaron al unísono golpeando sus petos con el puño en señal de veneración y respeto.

—¿Cuál es tu voluntad, hermano Pyriel? —añadió Amadeus acercándose hacia el bibliotecario—. Vivo para servir al capítulo.

Pyriel lo saludó con una reverencia.

—Venerable Amadeus —dijo antes de volver a erguirse—. Tus órdenes son hacer guardia aquí y proteger la *Dragón de Fuego*. La *Archimedes Rex* presenta grandes daños. Dudo de que haya espacio para un guerrero de tu talla, hermano.

—Como ordenes, señor.

El dreadnought se dirigió de nuevo hacia el perímetro de la cañonera con fuertes y sonoros pasos metálicos y sus armas zumbaron mientras adoptaba su posición para hacer guardia.

—Sargentos, formad a vuestras escuadras —ordenó Pyriel a través del canal de comunicación mirando a sus hermanos de batalla— y seguidme.

El bibliotecario se dirigía hacia un par de inmensas puertas de metal que había al final del hangar cuando exclamó:

—¡En el nombre de Vulkan!

Veinte voces respondieron al unísono.

El hangar daba a una cubierta más pequeña pero con la misma forma. Emek, que había abierto el mamparo y después lo había vuelto a sellar una vez que hubieron entrado todos, trabajaba en la activación de los protocolos de entrada de la única terminal de acceso de la sala. El oxígeno inundó la cámara, y las balizas de alerta de luz ámbar rotaban mientras ésta se presurizaba. Los Salamandras permanecieron inmóviles y en silencio hasta que el proceso hubo finalizado y el icono en el mamparo del extremo opuesto cambió de rojo a verde.

Examinando los registros de mantenimiento de la *Archimedes Rex* y los esquemas de la nave, Emek pudo averiguar que gran parte de la integridad estructural de la nave del Mechanicus seguía intacta. Cubierta a cubierta, los escáneres revelaron que también había un abastecimiento limitado de oxígeno y que la débil atmósfera se mantenía gracias a los equipos de mantenimiento vital.

La mayor parte de los daños que los Salamandras habían visto en el exterior durante su aproximación habían afectado únicamente al blindaje de la nave. En el interior del casco tan sólo había unos puntos concretos afectados, y esas áreas se habían cerrado.

Con un movimiento lento y pesado, las puertas del inmenso mamparo se separaron y permitieron el paso al verdadero interior de la *Archimedes Rex*.

Una amplia y oscura pared se extendía ante los Salamandras. Los marines espaciales encendieron las luces incorporadas a sus cascos de batalla. Varias líneas de rayos blancos se dispararon hacia adelante como lanzas para paliar la oscuridad. Cúmulos de gases se aferraban a las placas de la cubierta formando remolinos de bruma artificial. Unas columnas empotradas recorrían la sala en toda su longitud. Se conectaban mediante unos arcos sepulcrales que enmarcaban las oscuras hornacinas y parecían continuar hasta el infinito, desapareciendo en las densas sombras que tenían por delante.

Pyriel dio la orden de avanzar invocando un leve resplandor en la hoja de su espada psíquica.

—No hay señales de vida —informó Iagon a través del canal de comunicación al cabo de un minuto.

Cada dos por tres miraba el auspex que agarraba con su guantelete en busca de señales biológicas.

—Está desierto —recalcó Tsu’gan apuntando con su combibólter mientras avanzaba por un lado de la sala por delante de su diligente hermano.

—Como una tumba… —susurró el hermano Ba’ken desde el otro lado mientras ajustaba su pesado cañón de fusión repitiendo sin saberlo las palabras que acababa de pronunciar Tsu’gan en la cubierta de vuelo.

—Esperemos que siga así —respondió Dak’ir mirando de frente a Tsu’gan.

Al cabo de varios minutos, el hermano Zo’tan confirmó lo que todos ellos estaban pensando.

—Parece que estamos descendiendo.

—Estamos en uno de los conductos de entrada de la nave —sugirió Emek con la boca del lanzallamas hacia abajo mientras barría toda la zona de un lado a otro.

Había sido ascendido a soldado de artillería especial tras la campaña en Stratos. Su antecesor, el hermano Ak'son, había muerto durante el combate. Él había sido uno de los varios Nacidos del Fuego perdidos en aquel mundo.

—Conduce a las entrañas de la *Archimedes Rex* —continuó Emek recurriendo a los datos que había obtenido de los esquemas de la nave y que había almacenado en su memoria eidética para determinar su posición exacta.

»A este paso deberíamos llegar al final en ocho minutos aproximadamente.

Después hubo un silencio sobrecogedor interrumpido únicamente por las sordas pisadas de los Salamandras.

Las cuencas vacías del cráneo de un Mechanicus los miraban desafiantes cuando alcanzaron el final del conducto. Otra inmensa puerta les impedía el paso.

—Hermano Emek —lo llamó Pyriel.

Un nuevo y breve destello recorrió la hoja de su espada psíquica mientras el bibliotecario preparaba su potencia.

Emek dejó que el lanzallamas se deslizara por la correa mientras se acercaba al panel de control del mamparo y se preparaba para manipular el mecanismo de acceso. A su espalda, los diecinueve hermanos de batalla adoptaron posiciones de combate.

—Desactivando cierres —informó, y retrocedió rápidamente para unirse a ellos.

Con un crujido la inmensa puerta sellada herméticamente desde fuera se dividió en dos. Los chirriantes mecanismos se vieron silenciados de inmediato por el intenso clamor que emergió de la cámara que había al otro lado y que inundó el conducto con un estentóreo ruido. Después del silencio previo, aquel barullo dolía como un golpe físico y todos los Salamandras retrocedieron al mismo tiempo. Sólo Pyriel se mantuvo imperturbable.

Los Salamandras se adaptaron rápidamente filtrando el estrepitoso muro de sonido, tal y como había hecho Dak'ir a bordo de la *Dragón de Fuego*. Manteniendo la vigilancia, esperaron el lento e inexorable proceso de apertura del mamparo.

Unos inmensos reactores-forja se alzaban en la cámara de al lado. Hileras e hileras de pistones, fundiciones, hornos y tanques llenaban una extensa planta de maquinaria. Las cintas, transportadoras giraban con un monótono movimiento, nubes de vapor emergían a intervalos esporádicos de tubos y conductos y unos engranajes ocultos giraban ruidosamente.

Era un hervidero de industria, un corazón de lento palpitar de máquinas y de metal, de aceite y de calor. No obstante, a pesar de todo su trabajo, las máquinas no producían nada. Los inmensos mecanismos tan sólo giraban una y otra vez y desarrollaban sus ciclos de producción sin aportar nuevos materiales. Unos tornillos usados yacían amontonados en el suelo bajo una serie de remachadoras industriales cuyo suministro se había acabado hacía tiempo. Los martillos golpeaban el caucho vulcanizado de una cinta transportadora y ejercían su fuerza en vano sin placas que batir. El aceite se derramaba por el suelo y se filtraba por las rejillas metálicas, ya que las agujas dispensadoras no tenían ninguna junta que lubricar.

Sin ningún servidor independiente a la vista ni ningún adepto que les diera instrucciones, los numerosos y variopintos aparatos continuaban con sus distintas labores sin descanso. Las únicas criaturas que había en la forja eran los servidores conectados físicamente a las máquinas, pero ellos también trabajaban meramente de manera automática ejecutando sus protocolos preestablecidos. No había ni rastro de la tripulación, ni de soldados skitarii, ni de pretorianos de Marte. Dondequiera que se encontrasen los habitantes de la nave Arca, desde luego no era allí.

—Tíberon —ordenó Tsu’gan por el comunicador—, desconéctala.

El Salamandra saludó y abandonó la formación con el bólter bajo y preparado. El soldado desapareció brevemente entre las máquinas. Unos momentos después, éstas se ralentizaron y empezaron a apagarse, y el ruido dio paso gradualmente al silencio.

El hermano Tiberon volvió a reunirse con su escuadra.

Dak’ir puso a prueba la reacción de uno de los servidores esclavizados con la parte delantera de su espada sierra y vio cómo se derrumbaba hacia atrás, como si los dientes del arma hubiesen cortado sus hilos invisibles.

—Debemos descubrir qué sucedió aquí.

El sargento miró a Pyriel en busca de consejo, pero el bibliotecario

permanecía quieto y parecía estar sumido en sus pensamientos.

Entonces Dak'ir echó un vistazo por la sala y descubrió una consola independiente de las máquinas.

—Emek, prueba a acceder a los registros de mantenimiento de a bordo. Tal vez nos proporcionen alguna pista de qué es lo que ocurrió.

Emek se puso manos a la obra de nuevo, y aprovechó la energía sobrante disponible de las máquinas apagadas para activar la consola. Con Dak'ir a su espalda, el Salamandra recopiló más esquemas de la nave, esta vez acompañados de registros de mantenimiento. Los leyó rápidamente observando la pantalla de información y absorbiendo los datos como un erudito. La capacidad de Emek para la asimilación de información y sus aptitudes a la hora de aplicarla eran admirables, incluso para un marine espacial.

—Los informes están incompletos, posiblemente como resultado de los daños sufridos por la nave —dijo mientras leía.

Las pantallas táctiles permitían a Emek analizar cubiertas y áreas específicas en busca de respuestas mientras se centraba en la importante información que la nave poseía todavía.

—Hay una alerta por una ruptura sin importancia en el casco de popa, a estribor.

—Nosotros penetramos por babor —masculló Dak'ir—. ¿A qué distancia de nuestra posición actual se encuentra?

—A varias cubiertas. Más o menos a una hora atravesando la nave si hallamos una ruta despejada y avanzamos a paso ligero. Es demasiado pequeña como para que la produjese algún tipo de artillería.

—¿Una explosión interna?

—Es posible…

—Pero ¿no lo crees posible, hermano?

—Esta nave lleva a la deriva bastante tiempo, cualquier reacción explosiva desde el interior tendría que haber ocurrido antes —explicó Emek—. Hay un ligero rastro de calor asociado con esta brecha, lo que indica que es reciente.

—¿Qué quieres decir, Emek?

—Que la brecha se produjo mediante fuerzas externas y que no somos los únicos que estamos explorando esta nave.

Dak'ir se detuvo a considerar esta información y después dio unas

palmaditas en el peto de Emek.

—Buen trabajo, hermano. Ahora búscanos una ruta que nos lleve hasta el puente de mando. Puede que necesitemos los registros de la *Archimedes Rex* para determinar qué le sucedió.

Emek asintió y empezó a examinar los planos de la nave en detalle en relación con la posición de los Salamandras en sus entrañas y la del puente de mando situado en las cubiertas superiores.

—Hermano bibliotecario —llamó Dak'ir solicitando la atención de riel tras dejar a Emek con su tarea.

Pyriel lo miró y sus ojos crepitaron brevemente con energía psíquica.

—Parece que no estamos solos, después de todo —dijo.

Dak'ir negó con la cabeza.

—No, mi señor. No lo estamos.

Los Salamandras procedieron con cautela siguiendo la ruta establecida por el hermano Emek y guiándose con el auspex del hermano Iagon. Atravesaron zonas de carga, las dependencias abandonadas de la tripulación e inmensas plantas de ensamblaje alimentadas por las máquinas de forja de los pisos inferiores. Cuanto más avanzaban por la nave, más frecuentes se volvían los encuentros con los servidores. A diferencia de los de la planta de fundición en el vientre de la *Archimedes Rex*, estos autómatas eran máquinas independientes u otro tipo de mecanismos. Algunos yacían desplomados contra los mamparos, otros descansaban mustios sobre mesas de trabajo o sobre cajas de cargamento como infelices muñecos cibernéticos. Muchos simplemente se habían quedado quietos mientras realizaban sus tareas cuando la nave fue atacada.

Lo que quiera que hubiese dañado el crucero tipo Arca había actuado rápidamente y con un efecto devastador.

A pesar de su estado, la majestuosidad férrea del Mechanicus seguía latente y se iba intensificando cuanto más se adentraban los Salamandras en la nave.

Las paredes estaban repletas de símbolos del Dios Máquina y el engranaje sagrado de la hermandad marciana prevalecía en los niveles más altos de la *Archimedes Rex*. Las hornacinas empotradas en las paredes interrumpían las líneas de mamparos y eran pequeñas capillas en honor al Ornnissiah.

Los incensarios pendidos de cadenas colgaban bajo los techos abovedados y emanaban extraños aromas que recordaban vagamente al aceite y al metal. Diseñados para apaciguar y aplacar a los espíritus máquina, estos braseros ligeramente humeantes estaban presentes por todas las numerosas salas, cámaras y galerías superiores de la *Archimedes Rex*. Los cráneos instalados en las paredes se interpretaron en un principio como una especie de relicarios, pero los sistemas de circuitos y las antenas que sobresalían de los blancos huesos indicaban que se trataban de cráneos cibernéticos, los cráneos santificados de los devotos sirvientes del Imperio. La nave al completo era un monolito de fusión religiosa y metalúrgica, lo espiritual aleado con lo mecánico.

Tsu'gan se encorvó sobre el desmoronado cuerpo de un servidor. No parecía haber sufrido ningún daño externo, pero permanecía inmóvil y sin vida. Sus ojos, lechosas esferas de cristal, carecían de espíritu.

—No presenta ningún tipo de putrefacción ni de deterioro —informó desde la cabeza del grupo.

El hermano Honorious observó la sombría ruta ante su sargento con lanzallamas preparado. Los pasillos de la nave se habían estrechado convirtiéndose casi en laberínticos, derivando en una miríada de túneles, conductos y pasajes como las innumerables vías neuronales de un inmenso cerebro artificial. Pero la ruta hacia el puente que había elaborado Emek los había mantenido bien encaminados. Los Salamandras tenían que avanzar de dos en dos, con una escuadra al frente y otra protegiendo la retaguardia. Tsu'gan no había tardado en establecer su dominio. Estaba sediento de acción y había tomado la delantera. El bibliotecario Pyriel estuvo de acuerdo en permitírselo y se situó entre las dos escuadras. Cuanto más tiempo pasaban en la nave, menos frecuentes se volvían sus intervenciones. Consultaba sus sentidos psíquicos constantemente intentando determinar algún rastro de los otros intrusos en la nave, pero la presencia de las máquinas a bordo, a pesar de hallarse inactivas o inertes, dificultaba sus esfuerzos.

—Estas criaturas no están muertas —dijo Tsu'gan volviendo a incorporarse.

Aunque la mayor parte de sus cuerpos estaba mecanizadas, incluso los servidores requerían sistemas biológicos para mantener la integridad de sus partes musculares orgánicas. Sin ellos no podrían funcionar.

—Parecen estar en una especie de hibernación profunda —añadió el

hermano sargento.

—¿Alguna especie de mecanismo de defensa? —sugirió Emek, que se encontraba junto a Dak'ir, quien estaba a su vez justo detrás de Pyriel. Tsu'gan no tuvo tiempo de responder. Iagon se le adelantó.

—Detecto la señal de alguna forma de vida a doscientos metros al este.

Mirando hacia esa dirección, Tsu'gan gruñó:

—Preparad las armas.

Juntos, los Salamandras siguieron la silenciosa y parpadeante señal del auspex de Iagon.

A doscientos metros al este, los Salamandras llegaron a un gran templo del Mechanicus. De forma octogonal y con un arco de entrada en cada uno de sus lados, aquí la mezcla de máquina y religiosidad era todavía más patente. Había altares de hierro, braseros encendidos y estatuas de culto. Los cráneos cibernéticos rodeaban el templo como eternos centinelas. Una inescrutable secuencia de unos y ceros, sin duda algún tipo de ecuación esotérica relacionada con la ciencia del Mechanicus, llenaba el blindase del suelo. Inmensas unidades de energía coronadas por bombillas escupían arcos de electricidad por unas rebordeadas aletas conductoras fijadas a un fino torso de metal. Las efímeras chispas inundaban la cámara esporádicamente, iluminándola con un brillante y blanco resplandor.

En el centro de la sala, rodeada por el símbolo del engranaje, había una figura envuelta en una túnica arrodillada en posición de oración.

Tsu'gan fue el primero en entrar, con Honorious y Iagon a su espalda apuntando con sus armas.

La figura parecía estar quieta, aunque, tras observarla durante el tiempo suficiente, el hermano sargento detectó un ligero movimiento, como si se meciera hacia adelante y hacia atrás. Al estar de espaldas a ellos y cubierta con una pesada capucha, Tsu'gan no podía ver sus rasgos o su estado físico. Con el combibólter preparado cautelosamente, indicó a los miembros de las escuadras que se desplegaran a su alrededor. En unos pocos segundos, todos los Salamandras estaban en la gran sala, listos para un ataque inmediato.

—Parece un mago —apuntó Pyriel.

Sus ojos centellearon con un color azul cerúleo tras las lentes de su casco y después se apagaron de nuevo.

—No veo nada —añadió con voz ahogada—. Únicamente ruido mental. Es como si su mente estuviese cerrada de algún modo, o esperando a que algo la activase.

El bibliotecario miró hacia el hermano Iagon, que estaba ajustando el auspex intentando obtener una lectura más detallada.

—Sus biorritmos parecen normales. Todas las funciones circadianas se están perpetuando como es de esperar. El ritmo cardíaco y la respiración son los característicos de un sueño profundo.

El hermano Emek negó con la cabeza.

—No está dormido —observó transmitiendo su curiosidad a través del comunicador—. Sus movimientos son agudos, pero exactos y repetidos, es como si estuviese atrapado en alguna especie de patrón de bloqueo o de catatonia artificial. Es irregular.

—Explícate, hermano —lo instó Dak'ir.

—Los magos son conscientes. No son como los servidores, no dependen de discos doctrinales ni de protocolos de funcionamiento preprogramados. Son fríos e inhumanos, sí, pero no son autómatas serviles. Tiene que haber sufrido alguna especie de trauma para comportarse de este modo.

Tsu'gan ya había oído suficiente, de modo que levantó su combibólter y apuntó.

Dak'ir extendió la mano para detenerlo.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó.

Aunque no podía ver los ojos de Tsu'gan tras su casco de batalla, Dak'ir podía sentir la excitación de la mirada de su homólogo.

—Escucha a tu hermano de batalla. Es una trampa —gruñó mirando la mano cubierta por el guantelete de Dak'ir sobre la culata de su bólter—. Apártate a menos que quieras perder la mano, igneano.

Dak'ir se crispó ante aquel desaire. No tenía ningún problema con sus orígenes de humilde cuna, pero no le gustaba que Tsu'gan lo utilizase para despreciarlo.

—No lo hagas —le advirtió él entre dientes—. No permitiré que dispares a un hombre a sangre fría. Deja que me acerque a él primero.

—No es un hombre. Es una cosa.

Pero Dak'ir no cedió.

Tsu'gan mantuvo el dedo cerca del gatillo durante unos segundos más hasta que perdió el pulso, bajó el arma y dio un paso atrás.

—Como desees —gruñó—. Pero en cuanto la criatura se dé la vuelta, y estoy convencido de que lo hará, dispararé. Y será mejor que te apartes de en medio cuando lo haga.

Dak'ir asintió, aunque Tsu'gan ni siquiera lo miró, de modo que el gesto fue innecesario. Después se volvió hacia Ba'ken, quien también asintió, aunque lo que él indicaba era que estaría cubriendo las espaldas de su sargento. Antes de volverse de nuevo, Dak'ir vio que Pyriel los estaba mirando. El bibliotecario los había estado observando y, sin duda, había oído el intercambio de palabras entre los enemistados sargentos, pero no había dicho nada. Dak'ir se preguntó entonces si la presencia de Pyriel en aquella misión se debería a algo más que al simple mando. ¿Le habría pedido al maestro Vel'cona, a petición de Tu'Shan, que evaluase hasta qué punto llegaba la hostilidad entre los hermanos sargentos y que actuase en consecuencia o incluso que le informase al respecto? ¿O era otro imperativo lo que guiaba al bibliotecario, uno relacionado con sus meticulosas observaciones durante la ceremonia de Nocturne? Aquél no era el momento de pensar en ello. Dak'ir levantó lentamente su espada sierra y se acercó al mago.

Sus pisadas sonaban como truenos a través de su casco de batalla mientras se aproximaba con cautela hacía el centró del templo. Dak'ir desviaba la mirada de un lado a otro examinando las sombras más profundas que acechaban en los huecos de la sala conforme avanzaba. Tras escudriñarlo todo con el espectro óptico de sus implantes ocuglobulares combinados con la tecnología de las lentes de su casco de combate, Dak'ir se convenció de que no había ningún peligro oculto.

Cuando se encontraba a menos de un metro del mago arrodillado se detuvo. Al escuchar con atención percibió una especie de susurros sin sentido que emanaban de la boca del suplicante. De cerca, los temblores del cuerpo del mago parecían más pronunciados, aunque Dak'ir no estaba seguro de si esto se debía a que estaba más cerca o a que de algún modo había detectado su presencia.

—Vuélvete —dijo en voz baja.

Era posible que el mago se encontrase en una especie de trance o de meditación profunda.

Tal vez hubiese perdido la cordura y se hallase en un estado catatónico como había sugerido Emek. En cualquier caso, Dak'ir no tenía intenciones de alarmarlo.

—No temas —añadió al no recibir respuesta alguna—. Somos los astartes del Emperador, hemos venido a rescatarte a ti y a tu tripulación. Vuélvete.

Siguió sin suceder nada.

Dak'ir agarró con firmeza su pistola de plasma, todavía enfundada, y se dispuso a tocar al arrodillado con la punta de su espada sierra inactiva.

La hoja apenas había tocado su túnica carmesí cuando el mago se volvió, o más bien su torso rotó como si formase parte de una especie de giroscopio, y se encaró al intruso que profanaba la santidad de su templo.

—Abandonad toda esperanza, aquellos que entráis… —rugió.

La frase que había estado murmurando repetidamente se volvió audible por fin vocalizada en un chirriante dialecto mecánico.

Las palabras de Kadai en el sueño regresaron a la mente de Dak'ir como un martillazo y estuvieron a punto de hacerle perder el equilibrio.

La frase continuó en un bucle ininterrumpido, acelerándose y aumentando de tono y de volumen hasta que se convirtió en un ininteligible aullido. Dak'ir levantó la espada sierra hasta una posición de protección y dio un paso atrás.

A continuación se oyó el sonido de una tela que se rasgaba. La túnica del mago se desgarró por la espalda y dos brazos mecánicos similares a las pinzas de un insecto salieron de ella. De pronto, la espada sierra instalada en el extremo de uno de los apéndices cobró vida; en el otro, una vibrosierra empezó a chirriar. La piel del mago, pálida y gélida, suturada con cables y metal, carecía de vida.

Sus ojos, ciegos, no reflejaban pena ni ira, sólo una simple función: eliminar a los intrusos. De su boca asomó una especie de tubo como una terrible lengua que se abría paso desde la fría y oscura grieta. Era la boca de un lanzallamas, y escupió una delgada columna de fuego.

Dak'ir utilizó el antebrazo que tenía libre para protegerse y el intenso calor lo envolvió. Las señales de radiación salpicaron la pantalla de su casco de batalla. En el mismo movimiento, el sargento paralizó a ciegas con su espada sierra la repentina embestida del arma del ser. Incapaz de detener el impulso del

arma del mago, ésta empezó a batir contra su hombrera izquierda furiosamente.

Escupiendo chispas, la hoja dentada retrocedió y cargó de nuevo.

El fuego de bólter estalló tras él y Dak'ir casi esperó sentir los disparos atravesando el generador de su armadura y su espalda, pero la puntería de sus hermanos de batalla era infalible y salió ileso. De pronto sintió un crepitar eléctrico y detectó el hedor a ozono en sus fosas nasales. Un segundo fogonazo iluminó su casco de batalla y sus lentes lucharon por compensar la iluminación a medida que las cuchillas zumbaban hacia él de nuevo. Entonces Dak'ir se dio cuenta de que el mago estaba protegido por un escudo de energía.

—¡No disparéis! —espetó la voz de Tsu'gan a su espalda—. ¡Rodeadlo, encontrad el generador de su escudo y destruidlo!

Dak'ir captó el movimiento con su visión periférica mientras sus hermanos buscaban el modo de abrir un hueco. Asestando golpes con sus brazos mecanizados a la velocidad del rayo, el mago reaccionó a la amenaza. Con un aullido de sus servos, la figura cubierta con una túnica empezó a elevarse hasta que estuvo casi un metro por encima de Dak'ir. Su boca se abrió de par en par como la rápida y expansora apertura de un imagovisor y dos nuevos lanzallamas ocuparon su lugar junto al primero. Moviendo la cabeza a izquierda y a derecha fue escupiendo llamaradas de fuego en todas las direcciones, manteniendo a los Salamandras a distancia. Las placas de la cubierta y los altares de hierro se fundieron y se redujeron a escoria a su paso. Dak'ir sintió que la vibrosierra lo embestía de nuevo y la detuvo con un brutal golpe de su espada sierra.

La propia espada sierra del mago golpeó el generador de la espalda del Salamandra y se encontró con otro punto muerto. Dak'ir se volvió rápidamente deshaciéndose del arma con el impulso y despedazó el brazo mecánico con las dos manos. Con un chirrido metálico, el mago se retorció, con el brazo que portaba la espada sierra amputado y escupiendo aceite y chispas. Aprovechando la ventaja, Dak'ir desenfundó su pistola de plasma y atravesó de un disparo el torso del mago. Algo entre los voluminosos pliegues de su túnica destrozada llameó y se apagó. No obstante, la cascada de fuego que salía de su dilatada boca continuaba, manteniendo a los hermanos de batalla de Dak'ir a raya, y su única vía de ataque estaba bloqueada por el propio hermano sargento.

Una efímera imagen de metal se registró brevemente en la visión reducida de Dak'ir. El dolor atravesó su muñeca acorazada forzándolo a soltar la pistola de

plasma. Al bajar la vista vio cómo un taladro intentaba atravesarle el brazo. Liberándose, agarró el tentáculo rotante que salía de la túnica del mago. Dak'ir estaba a punto de cortarlo cuando un segundo mecadendrito emergió del torso de la criatura portando una especie de garra mecánica. Dak'ir la bloqueó con el plano de su espada y la empujó hacia abajo. Bloqueado como estaba, y muy consciente de la presencia de sus hermanos de batalla a su espalda, intentó mover su cuerpo a un lado.

—¡Ba'ken! —gritó al distinguir la vaga forma del inmenso Salamandra en su visión periférica.

—¡Mantenlo quieto! —respondió una voz retumbante.

Dak'ir tuvo que emplear prácticamente toda su fuerza para agarrar al mago e inmovilizarlo tal y como Ba'ken quería.

El intenso calor y la luz cegadora inundaban todos sus sentidos. Sus oídos zumbaron con el chirrido de la energía liberada, y se derrumbó.

Durante un efímero instante, cuando la radiación del rayo de fusión impactó contra su casco de combate y su servoarmadura, Dak'ir se vio trasladado de vuelta a Stratos, al momento de la muerte de Kadai. El discordante impacto de las duras placas de la cubierta contra su cuerpo lo trajeron de vuelta a la realidad inmediatamente. Los sordos y continuos estallidos resonaban por toda la sala mientras el resto de Salamandras disparaban sus bólters. Esporádicos fogonazos iluminaban al mago como una especie de animación macabra, y su cuerpo daba sacudidas y se retorcía mientras era alcanzado por los impactos.

El fuego se extinguió, y con él también el mago, que cayó al suelo en una dispar mezcla de piezas de maquinaria destrozadas y de materia biológica. Los componentes de su anterior existencia se esparcieron por la cubierta como briznas de metal. El suelo se lleno de aceite, en el que se reflejaba la débil luz de los braseros como sangre iridiscente.

Sorprendentemente, la cabeza permanecía intacta, y rodó desde su cuerpo eviscerado hasta detenerse a un lado de Ba'ken. La boca de su cañón de fusión seguía exudando acelerante vaporoso generado durante la reacción química necesaria para disparar el arma pesada. Bajó la vista hacia la cabeza decapitada y su lenguaje corporal revelaba repulsión. Los lanzallamas se habían retraído en las fauces sin labios del abominable ser. Ba'ken se revolvió incómodo cuando un flujo de binario, el lenguaje mecánico que empleaba principalmente el

Mechanicus para comunicarse, brotó de ellos como un torrente de incesante blasfemia.

Sin esperar órdenes, el Salamandra la aplastó con su bota hasta convertirla en una masa de carne y cables.

Dak'ir, de nuevo en pie, asintió a modo de agradecimiento hacia Ba'ken, que inmediatamente le devolvió el gesto.

Una vez que los ruidos cesaron, se volvió hacia Tsu'gan, que comprobaba que no hubiese ni rastro de vida entre los restos del mago.

—Estoy en deuda contigo, hermano.

Tsu'gan ni siquiera alzó la vista.

—Guárdate tus agradecimientos —respondió secamente—. Lo hice por el bien de la misión, no por ti.

El sargento estaba a punto de darse la vuelta cuando se detuvo y miró a Dak'ir a los ojos.

—Nos condenarás a todos con tu compasión, igneano.

Dak'ir sabía que Tsu'gan tenía razón hasta cierto punto. Su deseo de salvar al mago los había puesto en peligro, pero sabía que, si se viera en la misma situación, de nuevo volvería a actuar del mismo modo. Los Salamandras eran protectores, no simples asesinos. Que se deleitasen otros capítulos con tan dudoso honor. Dak'ir quería iluminar a su hermano al respecto, pero la firme voz de Pyriel impidió cualquier réplica.

—La batalla no ha terminado. —Los ojos del bibliotecario llameaban con un brillo azul cerúleo tras las lentes de su casco—: ¡Nacidos del Fuego, preparaos! —gritó al tiempo que el resto comprendían a qué se refería.

Un sordo sonido de movimiento resonó desde el pasillo que tenían delante cuando algo se activó de manera repentina.

—Múltiples señales térmicas —informó Tagon cuando su auspex se iluminó un momento después—. Y van en aumento —añadió mientras aseguraba el dispositivo en su cinturón y agarraba el bólter—. Por todas las entradas.

Los Salamandras se dispersaron cubriendo todos los accesos al templo.

—Algo se acerca… —gritó el hermano Zo'tan—. ¡Servidores! —añadió con el resplandor de su linterna alumbrando a una de las torpes criaturas de forma descarnada.

El cráneo afeitado del servidor tenía remachada una placa de lobotomía.

Vestía un oscuro mono de trabajo chamuscado por el fuego y cubierto de aceite y de mugre. Su piel era gris, como si estuviese cubierta con una capa de polvo o como si la hubiesen desposeído de toda vida y la hubiesen dejado marchitarse. Uno de sus brazos acababa en un puño con la rigidez del rigor mortis y estaba fijado a un torso lleno de cables y de gruesos tubos; el otro brazo terminaba en una pinza mecanizada que expelía pequeños chorros de gas cuando la flexionaba.

Dak'ir hizo un recuento mental de los autómatas inactivos que habían descubierto de camino al templo. No sabía el número exacto, pero era evidente que eran cientos.

—¡Otro aquí, segundo a la derecha! —gritó el hermano Apion. Después, el hermano G'heb bramó:

—Objetivos en el tercer pasillo a la izquierda.

Los Salamandras habían formado dos semicírculos, uno por escuadra, y el bibliotecario Pyriel era el nexo de unión entre ambos. Todos miraban hacía el exterior, con uno o dos bólters apuntando hacia cada entrada. Los lanzallamas se encargaron cada uno de un portal. Eso dejaba al cañón de fusión de Ba'ken y al hermano M'lek, de la escuadra de Tsu'gan, que portaba un bólter pesado. Dak'ir esperaba que el arsenal combinado fuese suficiente.

El hermano Emek estaba a su izquierda en formación de combate.

—La muerte del mago debe de haber sido el catalizador de alguna clase de código de activación —observó a través del comunicador mientras probaba el sistema de ignición de su lanzallamas lanzando un corto chorro de fuego.

—¿Cuántos crees que hay? —ladró Tsu'gan, ansioso por destruir a este nuevo enemigo.

—En una nave de este tamaño…, miles —respondió Emek.

—No importa. —La voz grave de Ba'ken sonó como el retumbar de un trueno a la derecha de su hermano sargento—. Los enviaremos a todos a la muerte.

Dak'ir apenas lo oyó tras darse cuenta de por dónde iban los pensamientos de Tsu'gan.

—Esperad hasta que se hayan acercado a una distancia letal óptima. Disparos cortos y controlados —ordenó por el canal de comunicación—. Ahorrad munición.

La espada psíquica de Pyriel lanzó una llama cerúlea, lo que recordó al hermano sargento el poder del bibliotecario.

Su voz adoptó un timbre sobrenatural a medida que una aura de energía recorría su armadura en pequeñas tormentas de relámpagos en miniatura.

—¡A los fuegos de la batalla! —clamó.

—¡Hacia el yunque de la guerra! —respondieron sus Salamandras con furia.

Los servidores emergieron de las tinieblas con lenta y monótona determinación, como una horda de zombis mecánicos.

Sus pálidos rostros eran máscaras sin expresión, y su única compulsión era ejecutar a los intrusos de la nave. Estaban armados con las herramientas que utilizaban para sus tareas: espadas sierra, taladros neumáticos, pinzas elevadoras hidráulicas, e incluso con unas antorchas de acetileno encendidas que anunciaban su avance desde la oscuridad.

Los Salamandras esperaron hasta que la primera ola de servidores llegó hasta el templo para desatar su furia.

La sangre, el aceite, la carne y las piezas de maquinaria caían en cascada en un miasma visceral mientras los autómatas eran castigados con la ira de las armas de los Salamandras. Pero, al igual que sus verdugos, estas criaturas mitad de carne mitad de metal no temían a nada y carecían de emociones, de modo que avanzaban de manera implacable.

Cuando uno caía, otros dos servidores ocupaban su lugar emergiendo de las profundidades de la *Archimedes Rex* como una marea.

Acudían en masa como poseídos hacia el templo y hacia los intrusos que lo ocupaban. Cuantos más llegaban, más se acercaban a los Salamandras. A pesar de sus prodigiosas habilidades, los marines espaciales no podían sostener una ininterrumpida muralla de fuego para mantener a los servidores a cierta distancia. Con cada metro que ganaban, la furia de la respuesta de los Salamandras se iba intensificando, hasta que se vieron obligados a abandonar el conservadurismo previo de Dak'ir.

El desesperado avance no tardó en pasar factura.

—¡Éste es mi último cartucho! —exclamó el hermano Apion.

Sus palabras iniciaron una avalancha de comunicaciones a través del canal, ya que todos los miembros de las escuadras empezaban a quedarse sin municiones.

—Lanzallamas al diecisiete por ciento y bajando.

—Cambiando al arma de reserva.

—Apenas me queda munición, hermanos.

El círculo de fuego empezaba a fallar.

—Cargador vacío —anunció el hermano G'heb.

El sonido hueco de su bólter se oyó perfectamente al quedarse sin munición.

Dak'ir llegó hasta él y disparó a un servidor armado con un taladro con su pistola de plasma mientras su hermano de batalla extraía su arma de reserva. Con el bólter en la mano, G'heb asintió en agradecimiento.

—¡Aguantad, hermanos! —gritó Pyriel al tiempo que detenía la pinza mecánica de un servidor que intentaba arrancarle la cabeza con su espada psíquica.

El autómata era uno de los pocos que había sobrevivido a la granizada de fuego bólter. El bibliotecario abrió la palma. Con los dedos de su guantelete extendidos envolvió a la criatura en un chorro de fuego psíquico que emanaba de su mano quemándole los ojos, reduciendo su piel a pedazos carbonizados y chamuscando su maquinaria hasta dejarla negra.

Aplastando los restos humeantes del servidor con un golpe de su espada psíquica, el bibliotecario abandonó la formación. Un ardiente núcleo de crepitante fuego empezaba a formarse en el interior de su puño, ahora cerrado. Los hermanos de batalla S'tang y Zo'tan lo cubrieron mientras Pyriel se ponía de rodillas con la cabeza inclinada concentrando su energía.

Los servidores se reunieron alrededor del bibliotecario, pero S'tang y Zo'tan los mantuvieron a distancia con sus últimos cartuchos. Les quedaban suficientes como para permitir que Pyriel levantase la cabeza, ahora con todo el cuerpo envuelto en una aura de conflagración. Hasta salió despedida a toda velocidad de su cuerpo con la forma de una rugiente cabeza de dragón dejando atrás una parpadeante estela de fuego. El ente de energía rodeó a los Salamandras como una serpiente mordiéndose la ardiente cola.

—Hermanos… —La voz de Pyriel crepitó como la más profunda de las cavernas de magma del monte del Fuego Letal—: ¡Ahora! —rugió.

La muralla de energía explotó con fuerza atómica, y el fuego nuclear redujo a cenizas todo lo que se encontraba a su paso. Los servidores se transformaron en negras siluetas en la bruma y se desintegraron como sombras ante el sol.

Dak'ir sintió las punzadas de la estela psíquica en los confines de su mente, y se resintió ante la desconocida sensación. Enfundó su pistola de plasma, a la que ya le quedaba una única célula de energía, y extrajo la espada de combate, blandiéndola junto a la espada sierra, una en cada mano. Varios de sus hermanos de batalla habían hecho lo mismo. Algunos prefirieron las pistolas bólter; otros no tenían más elección que desenvainar sus espadas cortas.

El holocausto desatado por Pyriel había consumido todas sus energías, y los hermanos S'tang y Zo'tan mantenían la guardia mientras el bibliotecario regresaba al cordón de armaduras verdes para recuperarse. Chamuscados, los chorreantes restos de las cadenas votivas y los cenicientos cadáveres de los servidores cubrían el suelo alrededor de los Salamandras, dándoles tiempo para establecer nuevas tácticas.

La conflagración había sido devastadora. Cientos de autómatas murieron. Aquello les proporcionó unos momentos de tregua.

—¡Ahí vienen de nuevo! —gritó Ba'ken, quien profirió a continuación una carcajada que resonó con fuerza por la inmensa cámara—. ¡Vienen a buscar la muerte!

El Salamandra había asegurado su cañón de fusión a la parte trasera del equipo de municionamiento de las armas pesadas mediante un cierre magnético. Era voluminoso y pesado, pero Ba'ken era lo bastante fuerte como para transportarlo sin que esto afectase demasiado a su habilidad a la hora de combatir cuerpo a cuerpo. En las manos blandía un martillo de pistón plateado con extremos reforzados, una arma que prometía destrucción y que él mismo había fabricado.

—Contén a tu toro, igneano —dijo Tsu'gan al tiempo que lanzaba un chorro de fuego con su bólter-lanzallamas.

Sólo le quedaba suficiente combustible químico para un disparo, de modo que el hermano sargento lo utilizó para ganar unos pocos metros adicionales con la intención de que sus hermanos de batalla pudieran verlo.

—Dirigíos al puente —ordenó mientras extraía la espada de combate y colgaba la combiarma de su hombro.

—Utilizaremos el pasillo más estrecho para que no puedan atacarnos en masa.

Pyriel seguía debilitado tras sus esfuerzos psíquicos y sólo podía asentir su

aprobación. Avanzando en parejas, los Salamandras se dirigieron a la salida que, según Emek, los llevaría hasta el puente. Mientras se replegaban, unos tiros rápidos ejecutaron a los primeros autómatas que se acercaban desde los otros siete portales.

La salida estaba atestada de servidores, que emergían de invisibles escotillas de mantenimiento y de conductos de acceso ocultos.

Viendo peligrar el plan antes de haber llegado siquiera al pasillo de salida del templo, Dak'ir corrió hacia el sistema generador, que seguía lanzando chispas de electricidad.

—¡Esperad, hermanos! —bramó justo cuando el primer par de Salamandras, Apion y G'heb, estaban a punto de empezar a embestir con sus armas de filo.

Obedeciendo como por acto reflejo, los marines espaciales detuvieron su avance al tiempo que Dak'ir golpeaba una de las torres de alta tensión con la espada sierra. El primer grupo de servidores empezaba a emerger a través del portal cuando el destrozado sistema conductor lanzó un descontrolado arco eléctrico. Dak'ir salió despedido hacia atrás por la fuerza del impacto mientras el rayo de energía eléctrica recorría las figuras de los servidores haciendo explotar sus circuitos y quemando sus cables de conexión.

El arco se extendió y saltó de cuerpo en cuerpo, devorando ávidamente a los autómatas que temblaban espasmódicamente mientras el rayo artificial los sacudía.

La tormenta eléctrica dejó atrás cadáveres humeantes y hedor a carne quemada y a metal al rojo vivo.

Apion y G'heb corrieron hacia el vacío que ésta había originado aplastando los cuerpos con sus botas y despejando el camino para sus hermanos de batalla.

Ba'ken recogió a Dak'ir del suelo y después se volvió, sorprendentemente rápido dado el peso que cargaba a la espalda, y aplastó el cráneo de un servidor que se acercaba con su martillo de pistón. Cuando se volvió de nuevo, las ondas de carga eléctrica que cubrían la servoarmadura de Dak'ir se habían vuelto minúsculas y empezaban a dispersarse lentamente.

—¿Listo para avanzar, hermano sargento? —preguntó.

—Ve tú delante, hermano.

La mitad de los Salamandras ya habían atravesado el portal y estaban eliminando a las hordas de autómatas que se abalanzaban contra ellos desde las

profundidades de la nave. Cuando Dak'ir penetró en la oscuridad del estrecho pasillo se preguntó por un instante si habría un inmenso factorum en el corazón de la *Archimedes Rex* produciendo batallones enteros de aquellas criaturas en un ciclo interminable.

—Emek, ¿en qué estado se encuentra tu lanzallamas? —preguntó el sargento por el canal de comunicación.

El hermano de batalla era uno de los últimos en salir del templo. Sólo Tsu'gan permanecía tras él en lo que parecía un intento de acabar con toda la horda él solo.

—Estoy por debajo del seis por ciento —respondió Emek entre cortos y rugientes estallidos.

—Protege la retaguardia de la columna todo el tiempo que puedas, hermano.

—A tus órdenes, sargento.

Tsu'gan se deleitaba con la matanza. Asesinaba de manera desenfrenada y buscaba objetivos antes incluso de haber acabado con el anterior. Todos los servidores que se pusieron a su alcance fueron exterminados con implacable eficiencia. A uno lo decapitó con su espada dejando una columna vertebral de cables rígidos sobresaliendo de su cuello destrozado. A otro lo destripó arrancándole un puñado de tubos llenos de lubricante como si fueran intestinos.

El sargento usaba su puño a modo de martilló y aplastaba brutalmente huesos y metal con cada golpe cargado de ira.

«Dejad al igneano que huya —pensó con el desdén dibujado en su rostro tras su casco de batalla mientras miraba en dirección a Dak'ir—. No me sorprende de alguien como él».

La carnicería aumentaba rápidamente a su alrededor. Su espada estaba tan empapada de aceite y de sangre que estaba casi negra. Estas desalmadas creaciones no tenían nada que hacer contra el temple de un nacido del fuego.

Pero a pesar de toda aquella matanza, los ataques no cesaban, y los servidores seguían llegando.

Un fuerte golpe en la hombrera lo obligó a retroceder. Tsu'gan derribó a su asaltante, pero recibió un nuevo impacto, esta vez en el torso, antes de poder protegerse, y perdió el equilibrio. De pronto, la sensación de obtener una victoria segura se desvaneció y fue sustituida por la posibilidad de sufrir una ignominiosa muerte. Tsu'gan deseaba la gloria; no deseaba perecer en una misión olvidada a

bordo de una nave forja del Mechanicus.

De repente le vino otro pensamiento a la mente, esta vez de manera espontánea:

«He querido abarcar más de lo que podía, me he separado de mis hermanos…».

Tsu’gan intentó replegarse, pero estaba rodeado. Se mostraba reacio a aceptar que su arrogancia podría haberlo condenado.

Un chorro de fuego le pasó por la izquierda rozándole la hombrera y la pantalla de su casco se llenó de parpadeantes señales de advertencia. Tsu’gan estaba intentando protegerse el cuerpo cuando vio cómo los servidores eran engullidos por la llamarada y cómo caían de rodillas antes de convertirse en humeantes escombros. Había sido el hermano Emek, que había gastado la última reserva de promethium que le quedaba a su lanzallamas para ayudarlo. Tsu’gan vio que el pasillo estaba despejado.

—Vuelve a llamar a tu soldado, Dak’ir —espetó por el comunicador lamentando las quemaduras sufridas por su armadura—. A diferencia de ti, no me apetece acabar con la cara quemada.

Después gruñó un reacio «gracias» al hermano Emek mientras Dak’ir regresaba.

—Entonces retírate con el resto de tus Nacidos del Fuego. Has querido abarcar más de la cuenta, hermano.

Tsu’gan pagó su frustración con un servidor que se había adelantado separándose de su grupo y aplastó a la criatura de un puñetazo. En su interior, el hermano sargento suspiró aliviado. Sabía que de no haber sido por Dak’ir seguramente estaría muerto. El mero hecho de tener que admitir aquella idea lo ponía más enfermo que la idea de perecer sin honores en la *Archimedes Rex*. Tsu’gan estaba decidido a no dejar que aquella deuda durase demasiado.

Los Salamandras fueron abriéndose paso por los atestados pasillos de la nave del Mechanicus a la manera en que les habían enseñado a hacerlo: cuerpo a cuerpo. Aunque habían agotado la carga de los dos lanzallamas, su celo y su ira compensaban su falta. La sangre y el aceite inundaban el suelo a medida que avanzaban sus líneas y ganaban metro tras metro asesinando a cientos de

servidores. Tenaces e implacables, representaban la personificación del ideal prometeano. Ellos eran los Nacidos del Fuego, los Salamandras. La guerra era su templo; la batalla, los sermones que rezaban con el bólter y la espada.

Sus violentos esfuerzos los llevaron a una amplia galería. Posiblemente se tratase de una área de inspección dadas las hileras de mesas de evaluación que había a cada lado. Robustas columnas de metal cubiertas de lenguaje binario y de símbolos del Omnissiah ocupaban todas las plataformas vacías en las que habitualmente se colocarían las armaduras, las armas y demás pertrechos para que las examinasen y las aprobasen los servidores de inspección. Cincuenta metros por encima de las plataformas vacías colgaban unas enormes grúas de acero. Los detalles se perdían entre las sombras, pero estaban sujetas por unos montantes que les permitían levantar una masa considerable.

Los servidores salían en tropel de unas puertas blindadas en tres puntos de la sala.

Tsu'gan, que se había abierto paso hasta el frente a tajos y porrazos, los recibió con un furioso grito de batalla. El sargento partió el brazo de uno de los autómatas y lo dejó derramando combustible y soltando chispas mientras Dak'ir abría a otro en canal desde el esternón hasta la ingle. De la brecha salieron unos cables que se desparramaron como intestinos mientras el hermano sargento dejaba atrás a la criatura para enfrentarse a otro enemigo antes de que Ba'ken lo siguiera y aplastase al desdichado herido con su martillo de pistón.

La organizada retirada se había convertido en otra refriega. Los Salamandras luchaban en grupos de dos y de tres vigilando los puntos ciegos de sus hermanos mientras descargaban su furia contra el implacable enemigo. Pyriel era el único que luchaba solo. Nadie se atrevía a acercarse al bibliotecario. Su espada psíquica abría tajos letales en cualquier cosa que tocara. El fuego psíquico salía de sus ojos como un láser óptico y atravesaba líneas enteras de servidores abriendo brechas en sus mecanizados torsos. Cerró el puño y el *Dragón de Fuego* tomó forma de nuevo y se abalanzó sobre los autómatas, abrasándolos en una ardiente ola de fuego.

—¡En el nombre de Vulkan, acabad con ellos! ¡Los Nacidos del Fuego no se rinden! —bramó Pyriel mientras los servidores se acercaban inexorablemente.

Con las municiones a punto de agotarse, muchos de los Salamandras habían recurrido a las armas de combate cuerpo a cuerpo. Algunos blandían la

tradicional espada de combate, muy similar a la espada de los Ultramarines; otros empuñaban martillos en homenaje al herrero y padre adoptivo de Vulkan, N'Bel, o en tributo al primarca, que había sido el primero en usar el arma para vencer a los xenos que invadían Nocturne liberando al planeta.

El honor, a pesar de su noble intención, significaba bastante poco mientras los Salamandras se veían rodeados lentamente. A cierta distancia, los servidores no representaban ningún problema. Desprovistos de armas de largo alcance, los autómatas podían ser derrotados fácilmente. Pero en las distancias cortas la cosa cambiaba. Aunque eran lentos y pesados, sus pinzas, sus taladros y sus martillos eran mortíferos, capaces de atravesar las servoarmaduras. Y estaban atacando en números muy elevados y sin tregua. A menos que algo cambiase, los Salamandras no tenían ninguna posibilidad de imponerse…

La vena de fatalidad volvió a apoderarse de la mente de Dak'ir mientras aniquilaba a otro servidor. A pesar de su entrenamiento, de las horas de ejercicios, del constante perfeccionamiento de sus habilidades y del desarrollo de su entereza, el hermano sargento estaba empezando a cansarse. Muchos de ellos habían resultado heridos. El hermano Zo'tan estaba cojeando; S'tang presentaba una terrible abolladura en el casco de combate que probablemente le hubiese roto el cráneo; otros varios atendían las heridas de sus hombros o de sus brazos y luchaban con una sola mano.

Tsu'gan descargó su ira contra lo inevitable y mató el doble de servidores que cualquiera de sus hermanos de batalla. Incluso a Pyriel, a pesar de toda su potencia psíquica, le costaba llevar el ritmo desenfrenado del hermano sargento.

Para Tsu'gan la fatiga era un enemigo más, como los autómatas. Un enemigo contra el que se debía luchar y vencer. Un enemigo que había que evitar a toda costa. No era de extrañar que ejerciese tal dominio entre los demás sargentos de la 3.ª Compañía. Pero incluso la voluntad de Tsu'gan tenía sus límites.

Algo duro y pesado golpeó a Dak'ir en su desprotegido costado izquierdo. Un brillante fuego llameó tras sus ojos al sentir que la placa que le protegía las costillas se partía. La sangre empezó a derramarse por el lateral de su servoarmadura, negra y espesa como el aceite de sus adversarios.

La oscuridad se apoderó de su vista. Al caer hacia atrás vio el rostro de su asesino. Sus despiadados ojos le devolvieron la mirada por encima de una boca oscurecida por la rejilla de un altavoz enmarcada por una piel de una palidez

cadavérica. Dak'ir recordó a la figura vestida con una túnica en el templo al caer al suelo y revivió el momento de su inevitable muerte a cámara lenta.

Con su final, las indescifrables palabras del mago los habían condenado a todos.

Un trueno sordo hizo que Dak'ir volviera en sí. Había estado inconsciente durante unos segundos antes de que la fisiología de su cuerpo cerrase la herida y coagulase la sangre, reparase sus huesos y enviase endorfinas al cerebro para bloquear el dolor. No estaba muerto, y una vez consciente de ello empezó a percatarse de lo que sucedía a su alrededor.

Unas llamaradas iluminaban la penumbra del techo abovedado, los sordos disparos del fuego bólter procedían de los puentes. Algo más pesado los acompañaba: el intenso y traqueteante ruido de un cañón de munición de cintas, el chirrido de unas orugas rodando sobre el acero y el crujido de los montantes de metal forzados hasta el límite. Dak'ir estuvo de pie de nuevo antes incluso de haberle ordenado a su cuerpo que se levantase, y tenía ganas de matar. Su espada sierra no había dejado de girar ni siquiera cuando cayó, y los dientes encontraron carne fresca que atravesar mientras el Salamandra luchaba.

Lanzando rápidas miradas hacia el combate, Dak'ir divisó el brillo de una armadura amarilla y negra, la mueca furiosa de una calavera pintada y los dientes de un depredador dibujados en los bordes de un casco de batalla con forma de cono. A medida que el fuego cruzado continuaba desde ambos flancos destrozando servidores, una nueva epifanía se materializó en la mente de Dak'ir: sus salvadores eran astartes.

Atrapados entre tales fuerzas, los servidores finalmente habían empezado a mermar y a retirarse. No lo hacían por miedo ni por un remoto instinto de supervivencia; lo hacían porque algún matiz de su programación los había obligado a hacerlo. Más tarde, Emek teorizaría que las bajas que los marines espaciales habían causado eran tan numerosas que habían puesto en peligro la capacidad mínima de producción de la nave forja, y este protocolo, afianzado en uno de los paradigmas fundamentales del Mechanicus, invalidaba cualquier otro y podía ocasionar la capitulación. Las máquinas simplemente bajaron sus herramientas, dieron media vuelta y se retiraron. Algunas fueron liquidadas mientras abandonaban el combate, saciando los últimos vestigios de la sed de lucha que seguía dominando a los Salamandras. Pero la mayoría se marcharon

intactos y se desactivaron hasta que volvieran a ser reclamados por sus amos para iniciar sus tareas una vez más. Pero aquélla era una orden que jamás llegaría. Dak'ir estaba ahora convencido de que el mago del templo octogonal había sido la última persona viva a bordo de la *Archimedes Rex*.

Cuando el fuego bólter de los misteriosos astartes cesó, la luz de sus estallidos también lo hizo, y volvieron a quedar ocultos en las oscuras sombras. Dak'ir consideró emplear su espectro óptico para penetraren las tinieblas y verlos mejor, pero decidió esperar mientras avanzaban pesadamente por el puente. Un par de elevadores estacionados a ambos extremos trasladaron a los marines espaciales a nivel del suelo, donde los Salamandras pudieron ver a sus aliados por primera vez.

Dak'ir estaba en lo cierto: eran marines espaciales. Diez, para ser exactos, divididos en dos escuadras de combate que se unieron cuando los elevadores alcanzaron el suelo, acompañados de un tecnomarine que manipulaba una maltrecha plataforma móvil de artillería. La máquina de guerra retumbaba sobre unas orugas de acero y se apoyaba en una base de caucho vulcanizado. Era estrecha, ideal para los angostos corredores que habían impedido la participación del hermano Argos en la misión, una participación que, dados los acontecimientos, habría resultado muy útil. El PCE empleado para construir el arma: un par de cañones automáticos acoplados con una cinta de munición modificada, parecía posterior a la Herejía pero previo a la Era de la Apostasía. Similar en esencia al cañón Tormenta, la plataforma también presentaba las características de un sistema de artillería móvil similar a una Tarántula o a un cañón Rapier, armas que el Adeptus Astartes no había utilizado desde hacía milenios.

Aquella arma estaba basada sin duda en diseños arcaicos.

Los marines espaciales en sí tenían el mismo aspecto arcaico. La mayoría vestían servoarmaduras de tipo MK-VI Corvus teñidas de amarillo con la coraza y los generadores negros, y sus hombreras izquierdas estaban tachonadas con gruesos remaches. El peto de la armadura carecía del águila imperial y sólo mostraba un cierre octogonal a diferencia del modelo MK-VII Aquila. Todas las armaduras sin excepción habían sido recompuestas y tenían la pintura desconchada.

Los rigores de la batalla se exponían con orgullo como marcas de honor,

como las cicatrices de quemaduras de los Salamandras. Eran unas armaduras que se habían confeccionado para durar; no en el sentido de una forja superior o de un trabajo excepcionalmente duradero; era chapa de batalla que había visto cientos, tal vez miles de victorias y que había sido reconstruida y reforjada con los medios necesarios para que pudiera ver otra más.

Y lo mismo sucedía con los bólters. Las culatas alargadas con el prolongado apoyo para el hombro eran una versión anticuada del modelo Godwyn MK-VII que llevaban los Salamandras, aunque éstas presentaban mejoras nocturnianas. Con alimentación a tambor y provistas de sarisas, una especie de bayoneta con dientes de sierra instalada en el extremo del arma, los bólters de los astartes de armadura amarilla parecían el tipo de modelo que sólo se encontraba en los museos.

Pero estos guerreros eran endurecidos veteranos, todos y cada uno de ellos. No poseían las forjas o la maestría tecnológica de los Salamandras. Pocas veces recibían nuevos abastecimientos o pertrechos. Sólo conocían la guerra, y luchaban de un modo tan implacable e ininterrumpido que su equipo estaba castigado casi hasta la destrucción. El líder de los astartes, cuyas marcas de honor indicaban que se trataba de un sargento, avanzó y les ofreció la mano. Entonces Dak’ir se dio cuenta de algo más. Aquellos eran los otros intrusos a bordo de la *Archimedes Rex*.

—Soy el sargento Lorkar —dijo el astartes de armadura amarilla con un chirriante susurro—, de los Marines Malevolentes.



# TRES



# I
# MALEVOLENCIA

—Hermano sargento Dak'ir, de la 3.ª Compañía de los Salamandras —respondió Dak'ir, que se encontraba delante del sargento Lorkar.

Tras un momento de vacilación, agarró el antebrazo del otro marine espacial como solían saludarse los guerreros y asintió en señal de respeto.

—¿Salamandras? —preguntó Lorkar como si los viera por primera vez—. ¿De la Primera Fundación? Nos sentimos profundamente honrados.

El Marine Malevolente inclinó la cabeza y retrocedió para quitarse su casco de batalla mientras sus hermanos lo observaban.

Dak'ir pensó que había algo extraño en ellos. Parecían tensos. Toda la pretendida cordialidad de Lorkar, su deferencia, parecía forzada, como si no hubiesen esperado compañía y, ahora que la tenían, les molestase su presencia.

Tras liberar los cierres de su gorguera, Lorkar levantó su casco de combate y lo sostuvo bajo uno de sus brazos. Como el resto de su armadura, estaba descascarillado y rayado. Gran parte de la pintura amarilla había desaparecido poniendo al descubierto la ceramita. Unas listas negras de marcas cubrían el metal, y Dak'ir asumió que indicaban el estado de veteranía. El semblante

entrecano de Lorkar reforzaba esa sospecha.

En el cráneo del sargento de los Marines Malevolentes podían verse dos tachones de servicio de platino. Su piel era oscura y dura, como si los siglos de polvo del campo de batalla y de sangre enemiga se hubiesen incrustado en ella. Las cicatrices cruzaban su mentón, su mandíbula y sus pómulos como un auténtico mapa de antiguo dolor y de guerras ya luchadas. Tenía el pelo cortado de manera tan rudimentaria que parecía que lo hubiesen hecho con una trasquiladora sin ningún cuidado o sin la asistencia de ningún siervo. Pero eran sus ojos lo que más llamaba la atención. Eran fríos y estaban vacíos, como si estuvieran habituados a matar y carecieran de compasión o de consideración. Dak'ir había visto pedernales que reflejaban más calidez. Pero no deseaba ofenderlo, de modo que se quitó también el casco de batalla y lo colocó en el seguro magnético de su cinturón. Un temblor de sorpresa recorrió el rostro del sargento Lorkar, y éste se extendió a sus cohortes cuando vieron el semblante del Salamandra por primera vez.

—Tus ojos y tu piel… —empezó.

Por un instante, Dak'ir creyó ver cómo la mano de Lorkar se desplazaba hacia su bólter, que pendía de una correa a su costado. Fue un gesto instintivo. Al parecer, los Marines Malevolentes jamás habían visto a un astartes con un defecto melanocromático.

—Como nos creó nuestro primarca —respondió Dak'ir sin alterarse, consciente del nerviosismo de sus propios hermanos a su alrededor y mirando a Lorkar descaradamente a la cara con sus intensos ojos rojos.

—Por supuesto…

La mirada de sospecha apenas disimulada en el rostro de Lorkar reflejaba de todo menos convencimiento.

La voz de Tsu'gan interrumpió el incómodo silencio.

—Marines Malevolentes, ¿eh? ¿Crees que las malas intenciones son una herramienta útil en una campaña, hermano?

Lorkar se volvió hacia el sargento Salamandra que sin duda lo estaba provocando.

Tsu'gan decidió que no le gustaba el modo en que sus nuevos «aliados» miraban a Dak'ir. Sus gestos reflejaban asco y repugnancia. Pero no intervino en favor del igneano. El odio que Tsu'gan sentía por él era demasiado profundo.

Pero el desprecio del Marine Malevolente se extendía a todos los hijos de Vulkan, y eso era algo que no podía soportar.

—El odio es el arma más segura —respondió Lorkar con total seriedad.

Pronunció la palabra «odio» con tal intensa vehemencia que, de haber tenido el sargento la capacidad de matar con ella, Tsu'gan habría caído de rodillas de inmediato, con servoarmadura o sin ella.

—¿Eres el oficial al mando aquí, Salamandra?

—No —respondió Tsu'gan con desgana.

Su provocación se había transformado ahora en descarada agresividad.

—Ese honor es mío —intervino Pyriel separándose del grupo de Salamandras.

Su voz y su actitud reflejaban más autoridad y más seguridad que nunca.

—¡Un diletante de la disformidad! —silbó uno de los Marines Malevolentes.

El guerrero portaba un combibólter acoplado y llevaba un casco de batalla con forma de boca de tiburón con colmillos pintados a ambos lados.

Lorkar intercedió antes de que Tsu'gan desatase la violencia que reflejaba.

—Disculpad al hermano Nemiok —dijo dirigiéndose a Pyriel, que no exteriorizó reacción alguna—. No estamos acostumbrados a que los bibliotecarios ocupen posiciones de mando —explicó con un tono algo frío—. Los Marines Malevolentes todavía se adhieren a algunos de los principios establecidos en Nikea.

—¡Esos anticuados edictos los instauró hace unos diez mil años un consejo formado antes de que naciese vuestro capítulo! —respondió Tsu'gan, todavía con espíritu belicoso.

—La comunión con la disformidad es peligrosa —intervino Pyriel—. Entiendo la cautela de tu capítulo, sargento Lorkar, pero puedo aseguraros que dómino mis habilidades —declaró para calmar la situación y detener el intercambio de insultos antes de que desembocasen en amenazas y en violencia —. ¿No crees que deberíamos marcharnos de aquí?

—Estoy de acuerdo —contestó Lorkar lanzando una oscura mirada a Tsu'gan antes de volver a colocarse el casco.

Después hizo una breve pausa e inclinó la cabeza ligeramente, como si estuviese escuchando alguna instrucción transmitida por su comunicador.

—Deberíamos continuar juntos —dijo por fin, abandonando cualquier

discreta confabulación en la que hubiese tomado parte—. Los servidores en esta sección de la nave están desactivados ahora, pero no sabemos cuánto tiempo permanecerán así o qué otras defensas podríamos encontrar.

Entonces Lorkar dio media vuelta y sus guerreros se apartaron como un mar amarillo para permitirle el paso.

—Son peor que los Templarios —farfulló Ba'ken a Emek, que agradeció que su casco de combate ocultase su sonrisa.

Dak'ir no le veía la gracia. El encuentro con los Marines Malevolentes lo había puesto nervioso. Emanaban un aire de frustrada superioridad que indicaba que se consideraban los únicos dignos de ser llamados «Marines Espaciales». Pero se trataba sin duda de un capítulo progenitor. Tal evidencia era difícil de negar, incluso para los más recelosos. Tenían una misión, Dak'ir no tenía ninguna duda. Y si ésta estaba en conflicto con la de los Salamandras, estaba claro que utilizarían la violencia.

La mayor parte del camino hacia el interior de la *Archimedes Rex* se realizó en silencio. Antes de seguir a los Marines Malevolentes, el hermano Emek había examinado a los Salamandras heridos con los rudimentarios medios médicos que poseía, y declaró que las lesiones eran leves y que se encontraban todos en condiciones de combatir. Afortunadamente, no hubo más encuentros con los guardianes de la nave forja.

Por el momento, parecía que Lorkar estaba en lo cierto: los servidores habían vuelto a su profundo sueño.

Dak'ir se encontraba junto a un mamparo de hierro en una especie de extensa sala de almacenamiento. La estancia contenía numerosos contenedores de metal, cofres y cilindros de munición, y todo había sido saqueado ya. El sargento estaba sentado sobre uno de los contenedores vacíos metódicamente concentrado en los rituales de mantenimiento de la artillería. Esporádicamente alzaba la vista hacia el tecnomarine de los Marines Malevolentes, que estaba utilizando unas herramientas cortantes y una antorcha de promethium de su servoarnés para abrir una puerta blindada cerrada herméticamente que impedía el avance al interior de la nave forja.

Era la primera barrera de ese tipo con la que se habían topado que no se abría

mediante una consola o un tablero operativo, lo que sugería que el corazón de la nave se encontraba al otro lado.

El resto de los Salamandras estaban concentrados en las mismas tareas que el sargento. Una vez hubieron comprobado que la sala era segura, muchos se quitaron los cascos aprovechando la oportunidad de librarse de su agobiante aprisionamiento, aunque sólo fuera por unos minutos. En cuanto a los Marines Malevolentes, cualquier reacción ante el aspecto facial de los Salamandras se mantuvo oculta. Pyriel meditaba en silencio con los ojos cerrados mientras canalizaba las reservas de su energía psíquica y reforzaba sus baluartes mentales para protegerse de cualquier posesión demoníaca. Tsu'gan caminaba impacientemente de arriba abajo esperando a que el tecnomarine completase su tarea. Dak'ir averiguó que el nombre del astartes era Harkane, aunque aquello fue todo lo que el taciturno tecnomarine había revelado.

Ya se habían desviado de la ruta de Emek. El sargento Lorkar insistió en que él y su escuadra de combate ya habían intentado llegar por esa vía y estaba bloqueada. Harkane había trazado otro camino, y ése era el que estaban siguiendo ahora. Tsu'gan fue el que se mostró más reacio a acceder, pero las órdenes de Pyriel lo obligaron a hacerlo.

—Nos estamos alejando del puente de mando —susurró Emek a Dak'ir sin dejar de observar a sus hermanos de batalla vestidos de amarillo.

El hermano Emek era el único que no estaba ocupado con el mantenimiento de las armas y empleaba su tiempo en examinar brevemente a sus hermanos heridos. Se había quedado un momento cerca de Dak'ir para conversar sin levantar demasiadas sospechas.

—No sé a qué se deberá su presencia aquí, pero desde luego no han venido a averiguar qué le sucedió a la nave ni a buscar supervivientes. Creo que deberías saberlo, hermano sargento —añadió antes de continuar con los heridos.

La medicina en el campo de batalla era una de las muchas habilidades del Salamandra, lo que resultaba de gran utilidad en ausencia de Fugis. Viendo trabajar a Emek, Dak'ir recordó al apotecario y la última conversación que habían mantenido antes de partir hacia el Cinturón de Hadron y de aquella misión de reconocimiento a bordo de la *Dragón de Fuego*. Fugis había permanecido con el resto de la 3.ª Compañía en la *Ira de Vulkan*. Aunque su lugar estaba junto a N'keln, era extraño en él que no participase en primera línea.

Dak'ir se preguntaba si Fugis había perdido sigo más que un capitán con la muerte de Kadai; se preguntaba si el apotecario había perdido también una parte de sí mismo.

El caliente resplandor del soplete de plasma del hermano Harkane destelló repentinamente y puso fin al estado de abstracción de Dak'ir. El tecnomarine realizó un ligero ajuste y el intenso rayo volvió a la normalidad, con la luz parpadeando sobre el sargento mientras éste examinaba y recargaba la última célula de energía de su pistola. A pesar de la obvia escasez de municiones de los Salamandras, los Marines Malevolentes no habían hecho ningún ofrecimiento de reabastecerlos. El hecho de que sus armas fueran tan anticuadas que ninguno de los cargadores ni los proyectiles les habrían servido a sus bólters propició que se discutiese la cuestión.

—Sus armas son prácticamente reliquias —susurró Ba'ken.

Dak'ir ocultó su sobresalto. Ni siquiera había oído aproximarse al corpulento marine espacial. Ba'ken observaba a los Marines Malevolentes con desconfianza mientras apoyaba su cañón de fusión en el suelo para sentarse junto a su hermano sargento.

Los recién llegados mostraban la misma desconfianza. Miraban con disimulo y observaban a los Salamandras con el rabillo de las lentes de sus cascos.

—Los viejos alimentadores de tambor tienden a encasquillarse —continuó Ba'ken—. Me sorprende que nadie se haya volado la cara todavía.

—Desde luego no desperdician nada —asintió Dak'ir—. Pero ¿acaso no son todas nuestras armas reliquias de un modo u otro?

Ba'ken era uno de los que se había quitado el casco durante el breve descanso, y su labio se frunció con desagrado.

—Claro, pero hay reliquias y reliquias —dijo mirando de refilón—. Estas armas deberían haber sido desmontadas hace años para aprovechar sus piezas y renovarlas. Un guerrero depende de su arma, y estos perros con sus armaduras llenas de parches y sus ideas arcaicas son una calamidad.

El guerrero se detuvo y volvió la cabeza para mirar al hermano sargento a los ojos.

—No me fío de ellos, Dak'ir.

Dak'ir asintió y recordó las sospechas de Emek, pero no tenía intenciones de expresarlas en voz alta. Tanto si les gustaba como si no, por ahora los Marines

Malevolentes eran sus aliados, endebles, pero aliados al fin y al cabo. Cualquier comentario que reafirmase la opinión de Ba'ken no haría más que aumentar la disensión entre ambos grupos.

—Me pregunto qué harán en esta nave —concluyó Ba'ken mientras su hermano sargento seguía sin hablar. Una vez más, recordó los pensamientos de Emek.

—Supongo que ellos podrían preguntarnos lo mismo —contestó Dak'ir.

Ba'ken estaba a punto de replicar cuando advirtió que el sargento Lorkar se aproximaba y guardó silencio. Lorkar esperó, con el casco de combate bajo uno de sus brazos, hasta que Dak'ir lo invitó a sentarse con ellos. Él asintió agradecido antes de colocar el casco sobre una caja cercana.

—La hostilidad anterior —empezó— ha sido algo lamentable. Actuamos con recelo y sin honor. Tal comportamiento es indigno de un astartes. Permíteme que me disculpe.

Aquél fue un paso inesperado. Al menos Dak'ir no lo había previsto.

—No es necesario, hermano. Sólo ha sido un malentendido.

—Aun así. Estábamos alterados y dijimos cosas que no deben decirse unos astartes a otros.

—Disculpas aceptadas, entonces —asintió Dak'ir—. Pero nosotros somos tan culpables como vosotros.

—Aprecio tu magnanimidad, hermano… —Lorkar se inclinó hacia adelante y ladeó la cabeza ligeramente intentando recordar el nombre—. ¿Dak'ir?

El Salamandra asintió de nuevo, esta vez para indicar que Lorkar estaba en lo cierto. El sargento de los Marines Malevolentes se relajó intentando crear un ambiente de camaradería, pero era forzado y falso.

—Dime, hermano —dijo con tono de circunstancias, lo que hizo pensar a Dak'ir que ahora descubriría cuál era la motivación del repentino arrepentimiento de Lorkar—, no hay ninguna campaña en el Cinturón de Hadron. ¿Qué es lo que os trae por aquí?

Lorkar era astuto. Dak'ir no estaba seguro de si el sargento había formulado la pregunta simplemente para matar el tiempo y fomentar la confianza o si en sus palabras se escondía algo más. Quiso decirle que su pregunta era de lo más oportuna, pero se lo guardó para sí.

—Represalias —respondió Tsu'gan con voz cortante como una espada

mientras se acercaba a ellos.

Visiblemente cansado de ir de un lado a otro, el sargento de los Salamandras había estado prestando atención a la conversación entre Lorkar y Dak'ir.

—Buscamos a unos asesinos, a aquellos que mataron a nuestro capitán a sangre fría. Renegados que se hacen llamar Guerreros Dragón.

—Entiendo. —Lorkar golpeó su peto—. Este trozo de metal formaba parte de la armadura de mi sargento fallecido. Lo llevo en honor a su Sacrificio. Dos de mis hermanos asesinados vistieron en su día este avambrazo y esta hombrera —dijo mostrando las piezas correspondientes—, antes de que las mías acabasen tan destrozadas que ya no podían repararse.

Tsu'gan se puso tenso ante un oculto desprecio, pero permitió que Lorkar continuase.

—¿Seguís llevando la armadura de vuestro capitán muerto? —preguntó. Dak'ir intervino por su homólogo.

—No. La incineramos. Se redujo a cenizas como es preceptivo en nuestras costumbres nativas.

Lorkar parecía perplejo.

—¿La destruisteis? —Su tono denotaba consternación—. ¿Es que no podía repararse ninguna pieza?

—Algunas podrían haberse salvado —admitió Dak'ir—. Pero se ofreció entera a la montaña de fuego de Nocturne, nuestro mundo natal, para que Kadai pudiera regresar a la tierra.

Lorkar negó con la cabeza.

—Mis disculpas, hermano, pero nosotros, los Marines Malevolentes, no estamos acostumbrados a tales despilfarros.

Tsu'gan no pudo contenerse más.

—¿Habría sido mejor que hubiésemos profanado la armadura de nuestro capitán como hacéis vosotros?

El Marine Malevolente lo miró severamente.

—Sólo pretendemos honrar a nuestros hermanos caídos.

Tsu'gan se enderezó como si aquellas palabras lo hubiesen aguijoneado.

—¿Y nosotros no? Nosotros rendimos homenaje a nuestros héroes asesinados, a los muertos que estimamos.

El sonido de la puerta blindada abriéndose por fin evitó cualquier cáustica

respuesta por parte de Lorkar. En su lugar, el sargento simplemente se levantó y se acercó hasta su tecnomarine.

—¿Y qué hacéis vosotros aquí, sargento Lorkar? No nos lo habéis dicho —le preguntó Dak'ir mientras el Marine Malevolente se marchaba.

—Son órdenes secretas del capítulo —respondió lacónicamente colocándose de nuevo el casco de batalla y reuniéndose con sus hermanos.

—No calla por una cuestión de protocolo. Está ocultando algo —farfulló Tsu'gan antes de alejarse también mientras dirigía una oscura mirada primero a Lorkar y después a Dak'ir.

Cuando el sargento se hubo alejado, Dak'ir susurró:

—Mantén los ojos abiertos.

Ba'ken fijó la mirada en el sargento de amarillo que se alejaba y asintió aflojando la mano con la que agarraba el martillo de pistón.

Una débil neblina atravesó la cubierta de la cámara criogénica como el lento paso de una cansada aparición. Se trataba de una amalgama gaseosa de nitrógeno y helio combinados para producir un compuesto químico que catalizaría el proceso criogénico, y emanaba lánguidamente de una serie de tanques semitransparentes situados en un extremo de una larga estancia de metal.

Aquel techo alto también sostenía los omnipresentes incensarios, y había pequeños altares del Mechanicus instalados en las hornacinas de las paredes. Tubos, cables y todo tipo de maquinaria se veía por todas partes. Era como si fuesen las tripas extirpadas de algún mastodonte y aquella sala formase parte de su anatomía mecánica. La densa aglomeración de tubos y cables salía del perímetro de la estancia y alimentaba una serie de cápsulas criogénicas que dominaban un par de plataformas levantadas en forma de arco que había en el centro. Ambas se encontraban aproximadamente a dos metros del nivel del suelo y se accedía a ellas mediante unas escaleras de rejilla de metal que había a los lados. También vieron un elevador desactivado indicado por unas señales de advertencia.

El pasillo natural entre las dos plataformas conducía a la única salida de la cámara: una inmensa puerta blindada precintada con tres barras de adamantium.

El hermano Emek pasó su guantelete por el grueso plexiglás de una de las

cápsulas criogénicas y apartó una capa de escarcha.

—No hay señales de vida aparentes —dijo al cabo de unos momentos—. Éste también está muerto.

El nitrógeno líquido se concentraba alrededor de las botas acorazadas de los astartes y se enroscaba alrededor de sus grebas. Cubría desde el extremo de la plataforma en la que se encontraba Emek y permanecía a unos escasos centímetros del suelo, como un fantasmal velo. En el extremo de popa de la sala, Harkane intentaba abrir la puerta. El suave silbido de su soplete de plasma hacía coro al zumbido mecánico de los tanques de estasis. La mitad de los Marines Malevolentes, la escuadra de combate de Lorkar, estaban reunidos a su alrededor, atentos a los esfuerzos del tecnomarine como si lo que quiera que hubiese al otro lado de la puerta fuese de un profundo interés para ellos. Fuera quien friese quien le estaba dando las órdenes, enviaba instrucciones con regularidad y exigía informes de progreso. El resto de los soldados de Lorkar vigilaban en silencio el forzado punto de acceso y, a menos que los instintos de Dak'ir lo engañasen, a él y a sus hermanos de batalla.

La principal preocupación de los Salamandras era la posibilidad de que hubiese supervivientes. La indiferencia de los Marines Malevolentes al respecto no había pasado desapercibida, pero nadie había dicho nada. Los Salamandras desconocían cuál era la misión de aquellos astartes, y aquél no era el lugar para que un capítulo cuestionase a otro por motivos tan poco sólidos cuando no se sabía exactamente cuál era la situación. No obstante, Pyriel no iba a permitir que aquello afectase a su propia campaña de rescate.

Dos grupos de cinco Salamandras escogidos de entre las dos escuadras por sus respectivos sargentos se destinaron a investigar las cuarenta cámaras criogénicas. Emek dirigía uno de los grupos; Iagon el otro. Dos filas de veinte dominaban desde cada una de las paredes el elevado suelo frente a las puertas blindadas. En el interior había adeptos humanos. Algunos presentaban extremidades amputadas, muñones unidos a cables y a enchufes; otros tenían las cuencas de los ojos vacías y rodeadas de rosadas cicatrices y minúsculas marcas de pinchazos donde se habían insertado y retirado las agujas de instalación. Los componentes mecánicos de la tripulación (ojos biónicos, brazos, grupos de mecadendritos e incluso una semioruga para un amputado de las dos piernas) estaban guardados en unos recipientes transparentes de plastiarmadura con el

sello del engranaje del Mechanicus que habían sido fijados a cada cápsula criogénica individual. Por el momento, dieciocho de los cuarenta estaban muertos.

En uno de los casos, el proceso de congelación había fallado y su cuerpo se había atrofiado. Los cristales de hielo infestaban su piel apagada como una plaga. Otro se había ahogado sin más en la solución que no había logrado catalizar cuando la cápsula se activó. Los ojos del adepto estaban completamente abiertos y congelados de pánico, y el puño con el que había intentado en vano golpear el cristal permanecería levantado y pegado a él para toda la eternidad.

Los demás habían sucumbido a infartos cardíacos (posiblemente a causa de un shock durante el proceso de criogenización o durante la separación de sus extremidades mecanizadas y sus augméticos), a la hipotermia o a otras causas indeterminadas de muerte.

Una cosa estaba clara: las medidas tomadas para conservar a la tripulación, o a los pocos que habían sobrevivido, se habían llevado a cabo de manera apresurada.

—Hermano sargento Dak'ir —dijo Emek a través del comunicador de su casco de batalla.

—Te escucho, hermano —respondió Dak'ir.

El sargento estaba de pie en la plataforma más baja junto al hermano Apion, que intentaba contactar con la *Ira de Vulkan* a través de un dispositivo de comunicación de nave a nave instalado en la sala. Hasta entonces no lo había conseguido. El crucero de asalto debía de seguir todavía fuera de su alcance.

—Tienes que ver esto, hermano sargento —dijo Emek.

Dak'ir dio instrucciones a Apion de que continuase. Lanzó una disimulada mirada hacia Tsu'gan y vio que el hermano sargento estaba concentrado en Lorkar y en sus guerreros junto a la puerta blindada. Después examinó rápidamente a las otras fuerzas de los Salamandras y observó que Pyriel estaba igualmente absorto, aunque Dak'ir sospechaba que la conciencia del bibliotecario estaba mucho más lejos que la de su homólogo. Los hermanos de batalla que no estaban ocupados comprobando las cápsulas criogénicas estaban haciendo guardia. Los Salamandras se habían mezclado con los Marines Malevolentes y la tensión entre ellos era casi palpable. A Dak'ir le llamó especialmente la atención ver a Ba'ken junto a uno de aquellos marines

espaciales que era prácticamente igual de grande que él. El Marine Malevolente llevaba un casco con rostro de calavera, con la parte de la nariz pronunciada por una especie de pico recortado y sellado. A diferencia de los de los capellanes, que se forjaban magistralmente para que parecieran de hueso, la decoración de su casco era pintada. También llevaba un rifle de plasma y lo sostenía con la seguridad de alguien que había nacido para la guerra. Los dos inmensos marines espaciales eran muy parecidos, pero se negaban a reconocerlo. Dak'ir deseó que las cosas siguieran de ese modo mientras llegaba hasta las cápsulas criogénicas, en el extremo superior de la escalera. Emek se encontraba a un tercio del camino del subgrupo de cuatro que estaba examinando cuando vio que se acercaba su sargento. Evidentemente era un proceso lento.

La mayoría de los instrumentos asociados a las cápsulas criogénicas estaban averiados, de modo que no había manera de decir cuánto tiempo había durado la estasis. Esto también retrasaba la comprobación de los signos vitales, pero los Salamandras encargados de esa tarea trabajaban de manera exhaustiva y metódica. La mayoría de los monitores biológicos situados bajo las cápsulas también habían dejado de funcionar o simplemente estaban demasiado cubiertos de hielo como para poder leerlos. Mirando de reojo a través de la lente de su casco, Dak'ir vio que Iagon utilizaba el auspex para detectar signos vitales en algunos casos.

El hermano de batalla lo saludó desde el pequeño espacio entre las plataformas, y Dak'ir sintió que se ponía en guardia de manera instintiva.

—Señor —dijo Emek haciendo una pequeña reverencia con la cabeza una vez que el sargento llegó hasta él.

—¿Qué pasa, hermano?

Emek se apartó para dejar que Dak'ir avanzara y pudiera ver mejor.

—Míralo por ti mismo, sargento.

Emek había apartado una capa de cristales de hielo que cubrían el frontal de plexiglás de la cápsula.

Dak'ir miró por el hueco libre de escarcha y vio los restos del adepto que había en el interior. Era difícil distinguirlo a primera vista: la solución de nitrohelio estaba teñida de sangre, mucha sangre. Había más cosas flotando en el líquido estancado.

—Carne —dijo Emek desde detrás—. Y trozos de hueso, si no me equivoco.

—¡Por Vulkan…! —exclamó Dak'ir, y su voz sonó todavía más ahogada a través del casco de batalla.

—Automutilación, señor.

Aquella explicación no era necesaria. Las laceraciones recorrían el torso del adepto, los brazos y las piernas. Estaban roídos como si se los hubiese arrancado con las uñas. Y las manos apoyaban esa teoría: estaban cubiertas de sangre. Tenía tres uñas desgarradas y se veía la tierna y rosada membrana de debajo; las otras estaban cubiertas de tiras de piel.

—¿Éste tenía implantes oculares? —preguntó Dak'ir.

—No, señor.

Eso quería decir que los ojos habían sido arrancados.

La sangre manchaba toda la zona alrededor de las cuencas destrozadas, que eran profundas y rojas.

Dak'ir observó aquella abominación con semblante severo.

—¿Evaluación?

Emek hizo una pausa midiendo sus palabras hasta que su sargento lo miró exigiendo una respuesta.

—Creo que la nave se volvió contra sí misma, aunque no sé cómo ni por qué —dijo.

Dak'ir recordó la imagen de la *Archimedes Rex* a través del puerto ocular de la *Dragón de Fuego*; en retrospectiva, los daños ocasionados en la artillería eran extraños. Era posible que la nave se los hubiese causado a sí misma: Eso podía explicar también por qué sólo habían hallado un solo mago: era el único que seguía con vida después de haber asesinado al resto. La cámara criogénica no se había sellado contra invasores desconocidos, sino para evitar la entrada del resto de la tripulación.

—¿Y qué hay de los servidores? —preguntó Dak'ir continuando su línea de razonamiento en voz alta.

—No son sensibles como el mago y los demás adeptos. Tal vez no se vieron afectados de la misma manera.

Dak'ir miró por última vez al adepto mutilado en el tanque. Su salvación había llegado demasiado tarde. Encerrado en la cápsula criogénica, y sin nada a lo que atacar, se había vuelto contra sí mismo.

—Sigue buscando supervivientes —dijo mientras se daba la vuelta, aliviado

de apartar la mirada de aquel sobrecogedor espectáculo.

Mientras volvía a descender la escalera, el comunicador de Dak'ir cobro vida. Estaba en un canal cerrado con Tsu'gan.

—Hermanos sargentos.

Dak'ir alzó la vista al oír la voz de Pyriel. El bibliotecario velaba sobre sus dudosos aliados. El motivo de su llamada era obvio: los Marines Malevolentes habían abierto las puertas blindadas. Cuando llegó junto a él, el sargento vio el interior de la cámara que tanto obsesionaba a los otros astartes. Era un inmenso almacén parecido al que habían descubierto antes, pero mucho más grande. Y a diferencia de la pequeña sala de municiones, ésta guardaba un extenso abanico de armas y de armaduras: armaduras modelo MK-VII colgaban de unos elevados armazones; los bólters descansaban en hileras como un desfile de soldados, impecables y sin estrenar; los cajones de munición, llenos hasta los bordes de cargadores curvos para las armas, estaban apilados en palés con cientos o miles de cartuchos por cajón. El material bélico se extendía por aquella especie de hangar en interminables montones grises y negros.

Los Marines Malevolentes ya estaban vaciándolo y colocando la artillería, la munición y las servoarmaduras directamente fuera de la cámara, en una área invisiblemente delineada.

Entonces Dak'ir se percató de lo que hacían Lorkar y sus hermanos de batalla en la *Archimedes Rex*. Aquellas armas nuevas eran la sustitución perfecta de su arcano material militar. Los Marines Malevolentes se estaban reabasteciendo, apropiándose del arsenal de la nave forja para su propio interés.

Uno de los guerreros de armadura amarilla, el hermano Nemiok, cuyo casco parecía un tiburón, se había reunido brevemente con su sargento y después había extraído algo de un gran compartimento del cinturón. Era un dispositivo voluminoso que fijó sobre el centro de un pequeño grupo de armas y que estaba compuesto por un estrecho tubo acabado en una punta romboide que contenía un indicador, en cuya base había pequeños émbolos que alimentaban un cilindro de compresión estriado.

Aunque era rudimentario y anticuado, Dak'ir reconoció el objeto de inmediato. Era una baliza de teleportación. De camino a la *Archimedes Rex*, los Salamandras no habían visto ni detectado la presencia de otra nave. Dak'ir dio por hecho que las matrices sensoras de la *Dragón de Fuego* se encontraban

demasiado lejos como para detectarla, pero ahora estaba seguro de que los Marines Malevolentes tenían un crucero cerca, y que su teleportarium estaba preparado para transportar el botín robado del Mechanicus.

Tsu'gan corrió hacia el círculo de astartes de armadura amarilla que se había formado justo delante de la zona de teleportación.

—¿Qué crees que estás haciendo, hermano? —rugió dirigiéndose directamente a Lorkar, como si los demás no estuviesen presentes.

El sargento estaba dando órdenes a dos de sus hermanos de batalla que estaban extrayendo parte del equipo del almacén, y ni siquiera miró a Tsu'gan cuando respondió.

—Lo que parece, Salamandra. Estoy reabasteciendo a mi capítulo.

—Robáis lo que no os pertenece —respondió Tsu'gan apretando los puños con fuerza—. No sabía que los Marines Malevolentes fuesen piratas sin honor.

Ahora Lorkar se volvió, y su despreocupación había desaparecido.

—Somos auténticos siervos del Emperador. Nuestra integridad es intachable. Sólo buscamos los medios para llevar a cabo sus guerras.

—Entonces honrad el pacto establecido entre él y el Mechanicus. Nosotros los astartes no tenemos por qué saquear las naves siniestradas de Marte. No sois mejores que carroñeros que se alimentan de la carne de un cadáver.

—¿Y a ti qué más te da? —respondió Lorkar ladeando ligeramente la cabeza mientras miraba algo que estaba detrás del Salamandra—. No te metas en esto.

Tsu'gan, tras sentir una ligera presión en la hombrera, se volvió rápidamente y agarró la muñeca del marine espacial que intentaba sorprenderlo retorciéndosela hasta que los huesos se partieron y obligándolo a postrarse de rodillas.

—Como intentes levantarte te romperé la rótula —advirtió Tsu'gan al Marine Malevolente que llevaba el casco con el rostro de calavera y el rifle de plasma.

A pesar del evidente dolor que sentía, el astartes de armadura amarilla miró a su sargento antes de ceder.

Ba'ken se dispuso a abandonar su posición, como habían hecho los Salamandras de guardia y los que se encargaban de las cápsulas criogénicas.

—Quedaos donde estáis —ordenó Pyriel.

Ba'ken parecía dispuesto a seguir de todos modos, pero la mirada de Dak'ir

le advirtió que no lo hiciera y se limitó a observar. De los Marines Malevolentes, sólo el hermano Rennard había roto filas, sin duda en respuesta a una previa instrucción de su sargento. Lorkar tenía los puños cerrados mientras pensaba qué hacer a continuación. Era como si el tiempo se hubiese congelado. La tensión inundaba la sala. Un poco más de presión y estallaría en una sangrienta violencia. Dak'ir advirtió que Harkane había activado la plataforma de artillería: la roja matriz de selección de objetivo se marcaba sobre la niebla del gas criogénico. Consideró la idea de reducir al tecnomarine. Todavía tenía suficiente carga en su pistola de Plasma como para lanzar un disparo. Pero el sargento tardó menos de un segundo en desecharla. Con lo caldeada que estaba la situación, cualquier movimiento inesperado podía resultar desastroso.

De momento Tsu'gan tenía ventaja y tendría que contentarse con eso. Aunque sería prudente contar con algo de seguridad. Con todo esto en mente, Dak'ir envió una orden subvocal por un canal cerrado del comunicador.

—¿De verdad piensas hacerlo? —Tsu'gan seguía de espaldas a Lorkar con la mirada fija en el Marine Malevolente que tenía bajo control. Lorkar exhaló lentamente y relajó los puños.

—Hermano Rennard, déjalo —ordenó de mala gana, y el astartes con rostro de calavera cedió.

Tsu'gan lo soltó y se volvió de nuevo hacia Lorkar con un desafío en la mirada.

—Estas armas pueden quedarse acumulando polvo en estas ruinas o emplearse para destruir a los enemigos de la humanidad. No vamos a abandonarlas.

La voz de Pyriel interrumpió aquel pulso.

—Te equivocas. Regresarán al Mechanicus para ser de nuevo asignadas —dijo—. Os superamos en número y en fuerza. Ninguno de nosotros quiere iniciar un conflicto aquí. Rendíos de inmediato o enfrentaos a las consecuencias.

Harkane se movió con la intención de hacer algo que después lamentaría, pero de repente se paró en seco como aturdido.

*¡Te abrasaré la mente antes de que tu dedo apriete el gatillo!*

Dak'ir oyó la voz psíquica que iba dirigida sólo a Harkane y se le heló la sangre. Lorkar, ajeno a la amenaza mental, continuó sin amilanarse, afirmando con convicción:

—Las armas y las armaduras abandonarán esta nave…

De repente se quedó callado e inclinó la cabeza de nuevo mientras recibía instrucciones a través de su comunicador.

—¡Deja que todos oigamos tus órdenes, malevolente! —rugió Tsu’gan con desprecio—. ¿O es acaso la voz al otro lado del comunicador demasiado cobarde?

Rennard se había levantado sujetándose la muñeca rota cuando espetó:

—¡Estás faltando al respeto a un capitán de los astartes!

Tsu’gan se volvió hacia él.

—Muéstrame a ese capitán —exigió—. Sólo oigo a un cobarde susurrando y escondiéndose tras las hombreras de su sargento.

Ba’ken se irguió imponente tras el beligerante Rennard, que estaba Iigeramente agachado a causa de su herida y que era lo bastante inteligente como para no intentar ningún movimiento pese a estar hirviendo de rabia tras su macabro casco de batalla.

Dak’ir hizo un gesto de asentimiento al corpulento Salamandra, que le devolvió el gesto.

—¿Y bien? —insistió Tsu’gan, dirigiéndose al sargento de los Marines Malevolentes—. ¿Dónde se encuentra?

Lorkar comenzó a avanzar, y el círculo de guerreros se apartó para dejarlo pasar mientras él desenganchaba un objeto de su cinturón y se colocaba frente a frente con Tsu’gan. Mientras corría hacia a su homólogo de inmediato, Dak’ir advirtió que Pyriel hacía un movimiento similar cuando Lorkar susurró:

—Como deseéis…

¡Preparaos!



# II
# «PURGATORIO»

Fue lo último que Dak'ir oyó antes de que la cámara criogénica desapareciera en un brillante estallido de magnesio. Entonces llegó el dolor, tan intenso e invasivo que sus órganos se retorcieron de dentro hacia fuera, como si su estructura molecular se hubiera descompuesto en un nanosegundo, átomo por átomo, reformándose y desintegrándose de nuevo un momento después. El sulfuro y la cordita inundaban sus fosas nasales con un hedor tan penetrante que no podía respirar. El agrio sabor a cobre llenaba su boca mientras toda noción del tiempo y de la existencia desaparecía y se transformaba en una especie de instinto primitivo, como el que se tiene nada más nacer. Lo tangible dio paso a lo etéreo al tiempo que todo significado abandonaba sus sentidos.

La luz fue transformándose en una imagen que se aclaraba lentamente alrededor de Dak'ir. El actínico hedor permaneció, al igual que la sangre que manchaba sus dientes y su boca. Vio el metal y lo sintió bajo sus botas. Después experimentó una especie de náusea seguida de un repentino vértigo que lo hizo tambalearse mientras el mundo corpóreo volvía a tomar forma.

Estaba en una nave. El dispositivo que Lorkar tenía en la mano era una

baliza localizadora a través de la cual los había teleportado a bordo.

—Las náuseas pasarán —les aseguró una chirriante voz que Dak'ir reconoció como la del sargento Lorkar.

Dak'ir se encontraba en una amplia sala circular. Tenía un techo abovedado que se perdía en una insondable oscuridad y estaba débilmente iluminada por una especie de lámparas de sodio. En toda su vasta circunferencia, la estancia estaba forrada con estandartes de tela que describían numerosas victorias con rúbricas escritas en gótico clásico e imágenes de unos astartes con armaduras amarillas y negras que sujetaban en alto cráneos y otros espeluznantes talismanes de adoración. En la cámara se exhibía más de un centenar de campañas, todas referentes a la 2.ª Compañía del Capítulo de los Marines Malevolentes. Los Marines Malevolentes no eran un capítulo de la Primera Fundación. No habían luchado en la Gran Cruzada sometiendo a miles de mundos. Pero a juzgar por sus laureles cualquiera podría pensar lo contrario.

Además de sus estandartes, había otros trofeos: los macabros tótems representados en la tela. Dak'ir vio los desollados cráneos de varios orkos con sus inconfundibles mandíbulas prominentes y frentes inclinadas; la tiránida bioforma que reconocía de la Cámara de la Conmemoración de Prometeo en el ala dedicada a la 2.ª Compañía que narraba sus hazañas en Ymgarl, cuando salvaron la luna de una infestación de genestealers. El cráneo blanco de un odiado eldar también lo miraba desde lo alto con un semblante tan altivo y despectivo en la muerte como lo había sido en vida. Los cascos de batalla de las Legiones Traidoras también estaban presentes, vacíos y con mirada torva. De pronto, Dak'ir vio un casco que no poseía ningún sello del Caos que pudiera reconocer, aunque despertó una punzante sensación de recuerdo en él. Era difícil decirlo con seguridad en aquella penumbra, y todavía seguía luchando contra la desagradable sensación provocada por la reciente teleportación, pero parecía que era de color negro estigio y que una ósea protuberancia sobresalía de la parte superior como una cresta.

—Idiota: Podías habernos matado a todos con ese numerito.

La voz de Tsu'gan captó la atención de Dak'ir. Tenía los puños cerrados mientras descargaba su ira sobre Lorkar. El sargento Salamandra estaba temblando, aunque Dak'ir no sabía decir si era a causa de la ira o si también él se estaría adaptando a la repentina transición desde la *Archimedes Rex*.

Pero Tsu'gan tenía razón. La teleportación era una ciencia peligrosa e inexacta. Incluso con una baliza localizadora, las probabilidades de perderse en la disformidad o de regresar como una amorfa masa de carne blanda como si tu interior se hubiese vuelto tu exterior seguían siendo alarmantemente elevadas. Y llevar a cabo la teleportación cuando los que iban a ser trasladados no estaban preparados o no llevaban una armadura de exterminador que los protegiera de los rigores físicos del proceso era todavía más peligroso.

—Lo he hecho para demostraros algo.

La voz era dura como el hierro, llena de fuerza y de confianza. Resonó desde los confines de la sala, donde reinaba la oscuridad, y los Salamandras siguieron su procedencia. En el centro del círculo de gloria había una tarima de acero sobre la que descansaba un trono negro en el que se sentaba una figura con aspecto de un rey recostado. Tan sólo se veían las puntas de sus botas y una especie de greba amarilla iluminada por la corona de luz procedente de una de las lámparas cercanas. Su identidad permanecía oculta entre las sombras, por el momento. No había duda de que era un estudioso de historia bélica. Sobre el trono había numerosos mapas de antiguas conquistas y cruzadas. También había artillería: esotéricas armas de fuego, espadas de origen desconocido y otros extraños dispositivos. La sala del trono era presuntuosa, diseñada de acuerdo con el obvio sentido de vanagloria del capitán.

—Soy el capitán Vinyar y ésta es mi nave, la *Purgatorio*. Si pensáis que tenéis algún control aquí, os equivocáis. La nave del Mechanicus es mía, y reivindico todos sus contenidos.

—¿Que reivindicas sus contenidos? Tú no puedes reivindicar nada, y vas a liberar a la *Archimedes Rex* y a dejarla en nuestras manos en nombre del Emperador —dijo Tsu'gan.

—Controla tu ira, hermano sargento —le advirtió Pyriel, que había permanecido como espectador hasta ahora, en voz baja—. Estás hablando con un capitán de los astartes.

Dak'ir observó que a diferencia de él o de su homólogo, el bibliotecario no mostraba signos de malestar tras el forzoso viaje.

—Haces bien en frenar a tu sargento, bibliotecario —dijo Vinyar, y se inclinó hacia la luz para mostrar su rostro.

El semblante del capitán era tan adamantino como su voz. Unos insensibles

ojos miraban desde una cabeza prácticamente cuadrada que descansaba sobre los anchos hombros del astartes. Calvo, excepto por unos aislados mechones de pelo afeitados que infestaban su cuero cabelludo como hirsutas lesiones, Vinyar lucía una barba de tres días en una mandíbula que parecía la cabeza de un martillo. Tres tachones de platino de servicio formaban una línea en su frente sobre el ojo izquierdo inyectado en sangre.

Vinyar vestía la misma armadura amarilla y negra que sus hermanos. Ambas hombreras mostraban galones, las señales de «peligro» de los veteranos de los Marines Malevolentes, y una andrajosa capa de armiño negro colgaba desde sus hombros como una vieja arpillera. Su brazo izquierdo terminaba en un puño de combate, aunque los dedos parecían haberse fundido entre ellos, lo que indicaba que ya no podía abrirlos. Dak'ir pensó que, de todos modos, Vinyar no tenía ninguna necesidad de agarrar nada con él, y que sólo lo necesitaba como martillo con el que aplastar a sus enemigos.

Su labio superior se curvó hacia arriba a modo de sonrisa en una mueca de diversión, pero no había ningún alborozo en ella. Si Lorkar destacaba por su aspecto desaliñado y entrecano, lo que caracterizaba a Vinyar era su imagen sombría. Dak'ir advirtió que el prepotente capitán no se molestó en preguntarle a Pyriel ni a ninguno de ellos sus nombres. Era evidente que aquello no le importaba lo más mínimo.

—Aunque tiene bastante razón, hermano capitán Vinyar —dijo Pyriel dando un paso hacia adelante mientras el ocupante del trono ordenaba a Lorkar que se retirase.

—¿En qué? —lo invitó a continuar Vinyar.

Dak'ir advirtió que unas figuras acorazadas ocupaban las inescrutables sombras de los extremos de la sala del trono, justo al otro lado de las paredes cubiertas con los estandartes de las victorias. Reconoció aquellas figuras como exterminadores, pero llevaban una imitación modificada de la moderna armadura táctica dreadnought. Era voluminosa y con hombreras levantadas que remataban un casco de batalla de forma cuadrada con una rudimentaria rejilla en la parte de la boca. La armadura era mucho menos refinada, aunque poseía una selección de armamento bastante estándar, que consistía en un puño de combate y un combibólter acoplado en lugar de los usuales bólters de asalto. A pesar de su arcaísmo, los astartes que vestían aquellos trajes seguían siendo mortíferos.

Pyriel continuó impertérrito.

—En qué vais a abandonar la *Archimedes Rex* de inmediato y a entregarnos la nave forja a nosotros.

—Puedes quedártela, hermano —sonrió Vinyar.

Dak'ir pensó que aquélla sería la expresión que tendría un tiburón si alguna vez le hiciera gracia algo.

—Yo sólo deseo su contenido.

—Que también nos vas a entregar —respondió Pyriel sin alterarse ante el tono burlón de Vinyar.

El capitán se recostó y volvió a perderse entre las sombras, de nuevo claramente aburrido del juego que estaba jugando.

—Ponla en la pantalla —ordenó a través del comunicador de la nave situado en el brazo de su trono.

Una pequeña antena ascendió de manera insidiosa de entre las fisuras de las placas de cubierta a una corta distancia del asiento de Vinyar. Cuando alcanzó los dos metros de altura se detuvo y su extremo se expandió en tres apéndices de un metro cada uno entre los que apareció una imagen holográfica. En ella se mostraba la *Archimedes Rex*, o más bien un primer plano de una sección de sus generadores que no habían visto desde la *Dragón de Fuego*.

La imagen emitía una granulada luz azul que iluminaba de manera macabra a Vinyar en la semioscuridad.

—Los generadores que veis en el holograma suministran energía a los sistemas de soporte vital de la nave forja, entre otros.

La imagen cambió rápidamente y mostró el extremo de una maltrecha torreta de cañón.

—Una de las muchas del *Purgatorio* —reveló Vinyar—. Maestro Vorkan, ¿tienes ya un plan de ataque?

Una incorpórea voz respondió desde el comunicador:

—Sí, mi señor.

Vinyar volvió a centrar su atención en los Salamandras.

—Una sola salva dañaría gravemente esos generadores y destruiría los sistemas de mantenimiento vital, y con ellos las posibilidades de rescatar a cualquier superviviente a bordo.

Tsu'gan se erizó, incapaz de controlar su ira. Dak'ir oyó cómo crujían sus

nudillos mientras apretaba los puños inconscientemente.

Aquello era desmesurado. Amenazar una vida humana con tal flagrante desprecio… El sargento sintió ganas de vomitar y replicó con voz áspera:

—No puedes estar hablando en serio. Una cosa es apropiarse de unas armas o robar en una nave siniestrada, pero… ¿asesinar?

—No soy un asesino, hermano sargento. —Los ojos de Vinyar eran dos oscuros huecos salpicados de minúsculos puntos de malicia mientras miraba a Dak’ir—. Asesinar es matar a alguien de un tiro o de una puñalada por la espalda. Yo soy un soldado, al igual que tú. Y en la batalla hay que hacer sacrificios. Actúo por necesidad, para que mi capítulo prevalezca. Es vuestra mano la que fuerza la mía, y no al revés.

—Hazlo y no tendré más remedio que ordenar a mis astartes que aborden la *Archimedes Rex* para detenerte, y el resultado no será favorable para ti —advirtió Pyriel volviendo a entrar en la discusión—. ¿Condenarías a tus guerreros a tal destino?

El holograma desapareció y se llevó con él la luz. La antena de emisión se retrajo. Vinyar se inclinó hacia adelante de nuevo y se burló:

—Por supuesto que no, estarían fuera antes incluso de que el ataque tuviese lugar.

—¿Cómo? —preguntó Tsu’gan con menosprecio—. Ni siquiera la Guardia del Cuervo podría realizar semejante maniobra.

Vinyar centró su atención en el hermano sargento.

—Del mismo modo en que os sacamos de allí. La teleportación es mucho más sencilla a la hora de salir que a la hora de entrar, de ahí que decidiera lanzar unos torpedos para abrir una brecha inicial.

El arrogante capitán hizo una pausa. Su actitud de vanagloria pareció desaparecer por un momento para dar paso a un simulacro de sinceridad.

—Los astartes somos hermanos. No deberíamos enfrentarnos por esto. No hay ningún acto de maldad; sólo es la guerra. He luchado en más de un centenar de campañas, en cientos de mundos y cientos de sistemas.

»Xenos, traidores, herejes, brujas y demonios de todo tipo han perecido bajo mi justa mano. La humanidad está en deuda de gratitud con mi capítulo, al igual que todos los capítulos de astartes. Siguen seguros gracias a nuestra voluntad y a la fuerza de nuestras armas, ajenos a los horrores de la Vieja Noche. —El capitán

hizo un expansivo gesto con los brazos como insinuando que el universo entero estaba contenido en su sala del trono—. ¿Qué importancia tiene el destino de unos pocos en comparación con el de una galaxia de trillones?

—Las malas acciones son malas acciones —respondió Dak’ir—. No hay victoria que las justifique. Ninguna medida justifica actos monstruosos.

Vinyar levantó la mano y su voz se volvió más amenazante que nunca.

—No soy ningún monstruo. Hago lo que tengo que hacer para servir a la luz del Emperador. Pero no os equivoquéis… —Y como si una fuerte ráfaga de viento que se lleva las cenizas de un fuego apagado hubiese pasado, su tono condescendiente desapareció—: ¡Soy yo quien está al mando aquí! ¡Y soy yo quien dicta qué…!

El ruido del comunicador que había en el brazo de su trono lo interrumpió.

—¿Qué? —espetó Vinyar con impaciencia.

—Mi señor —dijo la incorpórea voz desde alguna otra parte de la nave—, una nave está intentando contactar con nosotros. —Hubo una breve pausa antes de que la voz continuara—: Es un crucero de asalto astartes.

Vinyar levantó una ceja y se volvió para observara los Salamandras. El intercambio de miradas entre ellos se mantuvo en silencio, y mientras el capitán sentía de repente cómo su supremacía se desmoronaba, envió una orden a regañadientes:

—Transmítelo a la sala del trono.

El comunicador se apagó y una nueva lluvia de estática dio comienzo mientras las comunicaciones de la nave conectaban con otra fuente.

—Imagino que es vuestra —masculló Vinyar con amargo desprecio.

Pyriel ni siquiera tuvo tiempo de asentir. La voz del capitán N’keln resonó con fuerza por la sala desde los altavoces ocultos en las paredes.

—Aquí el hermano capitán N’keln de la 3.ª Compañía de los Salamandras desde el crucero de asalto *Ira de Vulkan*. Liberad a mis hombres de inmediato o enfrentaos a las consecuencias.

Dak’ir sonrió tras su casco de batalla. Por lo visto el hermano Apion había conseguido establecer contacto con su nave.

—Aquí el capitán Vinyar de los Marines Malevolentes, y no respondemos a exigencias. —Vinyar era optimista, a pesar de la precaria situación en la que se hallaba.

—Pues responderéis a las mías —contestó N'keln secamente—. Escoltad a mis hombres de nuevo a la *Archimedes Rex*. No lo pediré una tercera vez.

—Tus hombres son libres de marcharse cuando quieran. Han sido ellos quienes han solicitado una audiencia.

—También nos entregaréis la nave forja —presionó N'keln haciendo caso omiso de las últimas palabras del otro capitán.

Vinyar frunció el ceño claramente disgustado.

—La nave es nuestra —masculló, y miró a los tres Salamandras que tenía delante con expresión sombría, descargando toda su ira sobre ellos en sustitución de su ausente capitán—. No renunciaré a ella.

Hubo otra pausa antes de que el comunicador se activase de nuevo, y la misma voz incorpórea de antes volvió a hablar:

—Mi señor, estamos detectando disposición de armas en el *Ira de Vulkan*.

Vinyar volvió a enfrentarse al comunicador como si se tratase de un enemigo al que pudiese amenazar o intimidar para que cambiase su información.

—¿Qué? —ladró fulminando a Pyriel con la mirada—. Confirma: ¿la nave de los Salamandras nos está apuntando con su artillería?

—Con toda una configuración de baterías láser, sí, mi señor.

Vinyar golpeó el brazo del trono con su puño de combate y lo aplastó. Con los circuitos hechos añicos y otros restos cayendo al suelo desde su puño, miró a los astartes que tenía ante él.

—¿Seríais capaces de disparar contra una nave astartes pero me recrimináis que ejecute a un puñado de siervos humanos?

Los Salamandras se mantuvieron impávidos en su silencio. El enfrentamiento casi había terminado. Ahora sólo tenían que esperar.

Vinyar se dejó caer pesadamente sobre su semiderruido trono. Toda la arrogancia y superioridad habían desaparecido de su expresión y de su lenguaje corporal, y en su lugar había una bullente irritación. El ambiente estaba cargado y por un momento pareció como si el capitán de los Marines Malevolentes se estuviese planteando enfrentarse al *Ira de Vulkan* y asesinar a los intrusos que había a bordo de su nave. Pero finalmente cedió.

—Llevaos la nave si queréis. Pero tened esto en cuenta, Salamandras: no olvidaremos esta fechoría. Nadie apunta con sus armas a los Marines Malevolentes sin sufrir las consecuencias.

Vinyar apartó la vista de ellos y permaneció pensativo entre las sombras. Cuando volvió a hablar unos segundos después, su voz era poco más que un susurro cargado de odio.

—Y ahora salid de mi nave.

No queriendo exponerse a la volubilidad del teleportarium del *Purgatorio* o al resentimiento de su capitán, Pyriel transportó a los errantes Salamandras de nuevo a bordo de la *Archimedes Rex* abriendo físicamente una puerta al infinito hacia el immaterium. Invocar tal fuerza tenía sus riesgos, pero Pyriel, como bibliotecario de nivel epistolar que era, lo logró con éxito. Los tres astartes se encontraron de nuevo en la cámara criogénica de la nave forja sin contratiempos.

Aunque seguía sintiéndose incómodo, Dak'ir encontró la experiencia mucho menos desconcertante cuando las paredes de metal de la estancia se hacían visibles a su alrededor. Una tormenta ancestral anunció su llegada mientras el velo que cubría el reino material desaparecía para permitir la entrada de los Salamandras. Al volver a la realidad se encontraron rodeados de sus hermanos de batalla, quienes tenían las armas preparadas por si algo sobrenatural llegaba con ellos buscando una vía de acceso en la brecha en la tela de la realidad que Pyriel había abierto para efectuar su paso.

De nuevo en la *Archimedes Rex* y una vez que sus vigilantes hermanos se dispersaron, Dak'ir se dio cuenta de que los Marines Malevolentes habían desaparecido.

Vinyar había cumplido su promesa de sacar a sus guerreros de la nave. Pero eso no era lo único que faltaba. El modesto cargamento de armas que los Marines Malevolentes habían preparado para teleportar también había desaparecido.

—¿Cuándo ha pasado esto? —inquirió Tsu'gan en cuanto se percató de que las armas y las armaduras habían desaparecido.

—Durante la extracción, no más de un minuto antes de vuestra llegada —respondió el hermano S'tang—. Los hombres y el material bélico desaparecieron al mismo tiempo.

S'tang era uno de los que habían estado haciendo guardia mientras esperaban el regreso de su sargento.

Tsu'gan sacudió la cabeza disgustado y se volvió hacia el hermano Apion, que estaba junto al comunicador de la nave. Había sido él quien había

restablecido el contacto con el *Ira de Vulkan*.

—No podemos permitirlo. Contacta con el capitán N'keln de inmediato. Debemos seguir a esos perros y recuperar lo que han robado.

—Con todos mis respetos, hermano sargento, el capitán N'keln ya ha sido informado. —La ira de Tsu'gan se aplacó por un instante.

—¿Y qué quiere que hagamos?

—Nada, señor. El capitán se conforma con haber recuperado la nave y la mayor parte de sus armas. No desea forzar más las cosas con los Marines Malevolentes.

—¿Por qué motivo? —preguntó Tsu'gan volviendo a su enfado bruscamente —. Son piratas. Para mí son renegados. Vinyar y esos malnacidos deberían pagar por esto.

El hermano Apion, dicho sea en su honor, no se inmutó ante la ira del sargento.

—Ésas son las órdenes del capitán, señor.

—¿Sin explicaciones?

—Así es, señor —respondió Iagon interviniendo en el debate—. Estoy convencido de que el capitán tendrá sus razones, hermano sargento. Es probable que no quiera arriesgar las vidas de ningún posible sobreviviente del Mechanicus.

Iagon no había estado haciendo guardia y se encontraba justo debajo de la plataforma tras haber descendido recientemente cumpliendo con su obligación. Lanzó una mirada hacia las cápsulas criogénicas.

—Por pocos que haya. La compañía sigue afectada tras la última campaña. Todavía estamos lamiéndonos las heridas. No habrá querido enfrentarse a otro crucero de asalto sin la ventaja del factor sorpresa.

—Deberías controlar esa lengua bífida que tienes, Iagon —advirtió Ba'ken al otro Salamandra alzándose sobre él—. No eres nadie para discutir las órdenes del capitán.

Iagon intentó no mostrarse impresionado ante la presencia del inmenso guerrero. Hizo un gesto apesadumbrado y dio un paso atrás antes de fingir interesarse por las lecturas de las cápsulas criogénicas que aparecían en su auspex.

Dak'ir tomó el relevo de su soldado de artillería pesada.

—El capitán N’keln es lo bastante sabio como para saber que cualquier enfrentamiento con un hermano de batalla, aunque se trate de un capítulo tan arbitrario como los Marines Malevolentes, es algo insensato e inútil.

—Nadie te ha pedido tu opinión, igneano —respondió Tsu’gan con desprecio.

El ambiente entre los Salamandras reunidos empezaba a tensarse. Era como si los Marines Malevolentes no se hubiesen marchado.

—Déjalo, hermano sargento —intervino Pyriel con voz tan seria e inflexible como un yunque.

Una leve aura de energía se disipaba en las lentes de su casco, y Dak’ir dio por hecho que el bibliotecario había estado comunicándose por telepatía con sus distantes hermanos.

—El *Ira de Vulkan* ya está de camino. Debemos reunirnos en la plataforma de los cazas donde nos recogerá una Thunderhawk. Hay que preparar a los supervivientes y sus cápsulas criogénicas para ser transportados.

Tsu’gan estaba a punto de objetar, claramente indignado ante lo que él veía como capitulación en la cara de un enemigo. Pyriel lo reprendió.

—Ya tienes tus órdenes, hermano sargento.

El cuerpo de Tsu’gan se relajó mientras recuperaba la compostura.

—Como desees, mi señor —respondió, y se fue a organizar a su escuadra.

Dak’ir lo observó marchar, viendo cómo el enfado permanecía en él como una oscura mancha. A Tsu’gan no se le daba bien ocultar sus sentimientos, incluso bajo la máscara de ceramita de su casco de batalla. Pero Dak’ir sentía que su disgusto no estaba dirigido al bibliotecario, sino hacia N’keln. De repente había vuelto a reinar el alarmante espectro de disensión en la 3.ª Compañía.

Intentando apartar estos pensamientos de su mente se concentró en el resto de los Salamandras, que estaban ocupados asegurando las cápsulas criogénicas para su inmediata evacuación y transporte, desconectándolas de los sistemas de la nave y haciendo que la fuente de energía interna de cada una de ellas las mantuviese. Era un procedimiento arriesgado, y posiblemente hubiese bajas, pero era el único modo de que alguno de los adeptos todavía con vida saliese de la *Archimedes Rex*.

Al igual que la evaluación inicial del estado de los habitantes criogénicos, el proceso de extracción de la nave forja era lento. Pero gradualmente, Emek y

Iagon, que habían regresado cada uno a sus tareas originales, dirigieron a sus equipos en la preparación de las cápsulas. El resultado final fue funesto: sólo siete supervivientes.

Parecía una recompensa demasiado pequeña para un viaje tan arduo. Dak'ir recordó de nuevo la duda creada sobre el juicio de N'keln al insistir en aquella misión. Los escasos resultados a bordo de la nave forja sólo servían para justificar esa duda. Se preguntó brevemente cuántas cápsulas criogénicas más habría por la nave y si sería posible llegar hasta ellas y rescatar a más supervivientes. Aquellos de los siete que siguieran con vida al llegar a bordo del *Ira de Vulkan* necesitarían ser trasladados a una instalación médica imperial cercana hasta que el Mechanicus fuese a recogerlos. Y eso dando por hecho que alguien en Marte tuviese algún interés en recuperarlos. De cualquier modo, tras ser resucitados volverían a servir al glorioso Imperio.

—Me alegro de ver que has regresado entero, con las tripas dentro de tu armadura y con todas las extremidades en su sitio —dijo Ba'ken en voz baja, interrumpiendo sin saberlo los pensamientos de Dak'ir.

—Más aliviado estoy yo, hermano. Vinyar, el capitán, no se parecía a ningún astartes que haya conocido antes. Era totalmente despiadado; la antítesis de un Salamandra. Me alegro de volver a estar entre los de mi capítulo. Aunque esto me ha hecho pensar en si de verdad somos o no demasiado compasivos y en si el hecho de valorar la vida humana, tal vez más que el resto de nuestros hermanos, interfiere en nuestra eficacia como guerreros.

Ba'ken rio suavemente sin regocijo de ningún tipo.

—El capellán Elysius nos decía que los astartes no experimentan la duda, que están seguros de todo, especialmente de la guerra. Pero yo creo que hay una diferencia entre el dogma y la realidad. Sólo haciéndonos preguntas y sabiendo que las respuestas son correctas podemos alcanzar la certeza. En cuanto a lo de que la compasión sea una debilidad… no lo creo, señor. La compasión es nuestra mayor ventaja. Es lo que nos convierte en hermanos y lo que nos une hacia un justo y noble propósito —respondió Ba'ken, tan seguro y tan firme como la mismísima roca del monte del Fuego Letal.

—Nuestros lazos parecen tensos últimamente.

La insinuación de la discordia que reinaba entre la 3.ª Compañía resultaba obvia por el tono de Dak'ir.

—Sí, y esta última misión no ha ayudado demasiado.

Mientras aquellos oscuros pensamientos se revolvían en la mente de Dak'ir, algo en su más profundo subconsciente lo obligó a volverse hacia las puertas blindadas que daban a la sala de almacenamiento. Los Marines Malevolentes habían escapado con sólo un escaso porcentaje de material, pero Dak'ir se sintió empujado a ver qué habían dejado atrás.

—¿Hermano sargento?

La voz de Ba'ken invadió de repente su introspección.

Dak'ir se volvió hacia él.

—¿Sucede algo? —preguntó su número dos.

Dak'ir ni siquiera se había dado cuenta de que había empezado a alejarse de él. Como atraído por el canto de una sirena, se había arrastrado hacia la sala de almacenamiento y estaba casi en el umbral cuando Ba'ken lo había llamado.

—No, hermano. —Aunque lo cierto era que Dak'ir no lo sabía—. Hay que inspeccionar el cargamento de armas que ha quedado antes de transportarlas, eso es todo.

—Deja que se encarguen los siervos a nuestro regreso al *Ira de Vulkan*. No es tarea para un astartes, y menos para un hermano sargento.

—Sólo voy a echar un vistazo rápido, Ba'ken.

Aquella explicación le sonó poco convincente incluso a Dak'ir. Se sentía extrañamente distante, como cuando el teleportarium los había arrancado del reino material y los había devuelto a bordo del *Purgatorio*. Sólo que esto era algo diferente, casi etéreo, como si una capa de niebla hubiese cubierto el mundo que lo rodeaba proporcionando claridad a algunas sensaciones al tiempo que apagaba otras y agudizando su consciencia.

—¿Necesitas asistencia? Puedo enviar a G'heb y a Zo'tan.

—No, Ba'ken, no será necesario. Puedo hacerlo solo. —Justo antes de darse la vuelta, Dak'ir añadió un último comentario—: Eres prudente, Ba'ken, serías un excelente sargento.

—Ya, pero algunos están hechos para dirigir y otros están hechos para luchar, hermano —respondió—. Y yo sé que pertenezco al último grupo.

De haber podido ver el rostro que se escondía tras el casco de combate, Dak'ir se habría dado cuenta de que el soldado de artillería pesada estaba sonriendo. Y entonces, incapaz de resistirse más a aquel impulso, Dak'ir entró en

la sala de almacenamiento y Ba'ken y el resto de sus hermanos desaparecieron de su vista.

La inmensa cámara de material bélico parecía más grande una vez te hallabas en el interior. Un pequeño ejército podría haberse equipado perfectamente con las filas de armas, armaduras y municiones que contenía. Dak'ir recorría lentamente la estancia, de al menos cien metros de lado a lado, cuando advirtió unos estantes de armas pesadas entre los bólters: unos lanzamisiles yacían juntos en estuches rellenos de espuma, y sus proyectiles incendiarios reposaban junto a ellos en grupos de tres; unos gruesos bólters pesados dotados de una brutal potencia de fuego descansaban en otros estantes con las cintas de proyectiles enroscadas junto a ellos; hileras de lanzallamas con las boquillas sin usar dormían junto a unos cilindros de volátil promethium.

Dak'ir también advirtió las servoarmaduras, todas de metal oscuro esperando a ser bautizadas con los colores del capítulo que fuese a vestirlas y a que los artesanos y los tecnomarines les añadiesen insignias y marcas de honor.

Eran como sombras cuando Dak'ir pasó ante ellas. Parecían apagadas y monocromáticas como una habitación poco iluminada. Ahora el impulso que había sentido, el canto de sirena, zumbaba como un insistente latido en la base de su cráneo. Una vez cerca del final de la larga cámara, el latido se fue volviendo cada vez más rápido y el zumbido en sus oídos cada vez más agudo. Justo cuando Dak'ir pensó que iba a gritar, el ruido cesó. Al fondo de la habitación había un sencillo cofre de metal que destacaba ente toda la munición. Era pequeño. Dak'ir podía haberlo sujetado en una sola mano. Tenía forma rectangular y unos bordes pronunciados que le recordaron la cabeza de un yunque, y tenía algo inscrito en la parte superior.

Era sólo un cofre, un inofensivo recipiente que contenía algún objeto desconocido, pero Dak'ir no estaba seguro de si debía cogerlo o no.

El miedo no era lo que detenía su mano, un astartes estaba por encima de tales cosas; más bien sentía respeto.

—Da'ir…

Éste reaccionó ante la voz que procedía de detrás de él y se volvió rápidamente. Al ver que se trataba de Pyriel se relajó, pero sólo un poco. El bibliotecario estaba observando algo a la altura de la cintura del hermano sargento.

Dak'ir siguió su mirada y vio el cofre acunado entre sus guanteletes. Ni siquiera se había dado cuenta de que lo había cogido.

—He encontrado algo hermano bibliotecario —se limitó a decir.

—Ya lo veo, hermano. Aunque me sorprende que hayas llegado a descubrirlo. —Pyriel señaló por encima de uno de los hombros del Salamandra.

Dak'ir se dio la vuelta y vio varias cajas boca abajo, montones de municiones tiradas por el suelo y estantes de armas apartados en su inconsciente fervor por localizar el cofre.

—No has sido muy silencioso en tu búsqueda —le dijo Pyriel.

Dak'ir se volvió para mirarlo de nuevo con un gesto de incredulidad en el semblante.

—El jaleo que has armado me alertó de tu presencia, hermano —continuó el bibliotecario, y Dak'ir sintió aquella ferviente mirada examinadora, juzgadora y reflexiva.

—Yo… —fue todo lo que el sargento de los Salamandras pudo responder.

—Deja que lo vea.

Pyriel alargó el brazo con la mano abierta y tomó el cofre con veneración cuando Dak'ir se lo entregó.

Ahora enfocaba aquel omnisciente escrutinio sobre el artefacto que sujetaba en la mano.

—Es la marca de Vulkan —dijo al cabo de unos instantes—. Es su icono, un sello único que sólo han portado el primarca y los padres forjadores.

Los dedos de Pyriel recorrían las sutiles hendiduras y grabados que de repente se habían vuelto visibles sobre la superficie del cofre, y lo hacían con delicadeza, como si fuera de frágil porcelana, a pesar de su dura estructura de metal.

—Está sellado —continuó, aunque ahora parecía estar hablando consigo mismo—. Ninguna de mis habilidades lograría abrirlo.

El bibliotecario hizo una pausa, como si estuviese desentrañando alguna faceta clandestina del cofre.

—Tiene un sello de origen…

Pyriel alzó la vista como si se hubiese quedado sin habla.

—¿Qué pasa, hermano? ¿De dónde procede?

Pyriel pronunció una sola palabra, como si fuese el único sonido capaz de

traspasar sus labios en aquel momento. Era una palabra que Dak'ir conocía muy bien y que llevaba el enorme peso de la profecía:

—Isstvan.



# CUATRO



# I
# HACIA EL YUNQUE

—¿Está seguro Pyriel? —preguntó Ba'ken mientras esperaba a que las cápsulas criogénicas estuviesen aseguradas a bordo de la *Lanza de Prometeo*.

La Thunderhawk había estado esperándolos en la plataforma de cazas. Al igual que la *Dragón de Fuego* y su competente guardián, el hermano Amadeus. El dreadnought estaba ahora fijo en la estructura gravítica que lo sujetaba mientras los Salamandras se preparaban para abandonar la *Archimedes Rex*. No podían permanecer más tiempo en el sistema, especialmente tras el descubrimiento de Dak'ir. En la nave forja siniestrada se había instalado una baliza ajustada a las frecuencias del Mechanicus y habían enviado numerosos mensajes astropáticos con la esperanza de que algún transporte de Marte o algún equipo recuperador imperial los recibiese. Aparte de eso había poco más que se pudiese hacer. Era posible que nadie encontrase nunca aquella nave, o que vagase a la deriva durante siglos y colisionase con otras naves perdidas hasta formar un enorme montón de chatarra y ser ocupada por aquellas criaturas que hallan cobijo en el frío y la oscuridad.

A varios kilómetros de distancia merodeaba el *Ira de Vulkan*, que había

echado el anda, efectuando pequeñas igniciones con los motores auxiliares de su casco para evitar perderse en el abismo del espacio. El cargamento de material bélico de la sala de almacenamiento junto a la cámara criogénica se encontraba ya a bordo y estaba siendo catalogado por los siervos. Aunque las cápsulas criogénicas y su inerte carga eran demasiado valiosas como para arriesgarse a perderlas, las armas y las armaduras no lo eran tanto, de modo que fueron teleportadas a la plataforma de almacenamiento del crucero de asalto en un momento.

—Sí, está seguro —respondió Dak'ir con la mitad de su atención puesta en la mínima tripulación de la *Lanza de Prometeo*. Los servidores formaban parte del séquito del hermano Argos y ayudaron a subir con suspensores las cápsulas criogénicas por la rampa de desembarco a la cañonera. El Señor de la Forja controlaba el procedimiento. Para garantizar que la Cámara Santuarina, donde se iban a alojar las cápsulas, dispusiese del máximo espacio posible, se había quitado el servoarnés y llevaba únicamente un equipo básico de tecnomarine.

Aun así seguía teniendo un aspecto formidable. Argos había perdido la parte izquierda de su rostro mientras luchaba junto a la 2.ª Compañía en Ymgarl. Entonces sólo era un tecnomarine, un mero principiante del Culto Mechanicus y acababa de regresar de un largo internamiento en Marte, donde había aprendido las liturgias de mantenimiento y de ingeniería, y donde había llegado a dominar la comunión con los espíritus máquina.

Luchando junto al ahora hermano sargento Lok de la 3.ª Compañía de devastadores, un encuentro con un líder de progenie le había robado el rostro, pero no la vida. Argos partió a la criatura por la mitad con su soplete de plasma y Lok le asestó un tiro mortal en el protuberante cráneo con su bólter. Ahora, una placa de acero ocultaba sus heridas con un ojo biónico que sustituía al que había perdido. La imagen del *Dragón de Fuego* rugiente estaba grabada en la placa y la cola se enroscaba alrededor del implante óptico como un emblema de honor. Las numerosas marcas a fuego que cubrían su piel en concéntricos vórtices de sacrificio llegaron mucho después, como orgullosas insignias de sus numerosas hazañas.

Como muchos devotos del Omnissiah, Argos poseía unos enchufes dobles que salían de su afeitada cabeza con un puñado de cables que se enroscaban en la parte trasera de su cuello y se le introducían en la nariz. Su armadura era vieja,

de clase artesanal pero distinta a la que llevaba cualquier otro veterano del capítulo. Adornada con interfaces mecánicas, herramientas y dispositivos de energía, era totalmente distinta a cualquier otra servoarmadura, ya fuera una reliquia o no. Lucía el símbolo del engranaje para demostrar su lealtad al Mechanicus, pero éste estaba unido al icono de su capítulo, expuesto con orgullo en la hombrera derecha. Un dispositivo en su gorguera traducía su hueco y metálico discurso a lenguaje binario mientras daba órdenes a los servidores.

—El sello original era muy claro —dijo Dak'ir mientras la primera de las cápsulas criogénicas era subida a bordo de la *Lanza de Prometeo*—. Procedía de Isstvan.

Ba'ken exhaló intensamente, como si tratase de mitigar una pesada carga.

—Ése es un nombre viejo y por fortuna olvidado.

Dak'ir no respondió. La cruel leyenda de Isstvan no necesitaba ser recordada en voz alta. Todos los miembros de la XVIII Legión la conocían.

El sistema de Isstvan era bien conocido en los anales históricos de los astartes. No poseía mejor resonancia que aquella que sentía el capítulo de los Salamandras. Aunque ahora era objeto del mito y de antiguos recuerdos, fue durante la Gran Traición cuando el Señor de la Guerra Horus llevó a Vulkan y a sus hijos a una terrible trampa que estuvo a punto de destruirlos. En aquellos tiempos, los Salamandras eran una legión, una de las progenies originales del Emperador. Cuando aquellos a quienes consideraban sus hermanos les dieron la espalda, los Salamandras, junto con otras dos legiones leales, fueron arrasados en el planeta de Isstvan V. En lo que más tarde se recordó como la Masacre del Desembarco, miles fueron asesinados y los hijos de Vulkan estuvieron al borde de la extinción.

Diez mil años después, el milagro que había hecho que escaparan de aquella catástrofe seguía siendo un misterio, al igual que la suerte de su querido primarca, quien, según creían algunos, jamás regresó de la batalla. Los poemas todavía hablaban del heroico papel de Vulkan aquel día, pero aquello no eran más que conjeturas e idílicas suposiciones. La verdad de lo que había sucedido durante aquel desastre se había perdido para siempre. Aunque el dolor permanecía, como una vieja herida que jamás se iba a curar. Ni siquiera el fuego podía arrancarlo de los corazones de los Salamandras.

—Entonces ¿la misión en el Cinturón de Hadron ha concluido? —preguntó

Ba’ken mientras la última cápsula era subida a bordo de la cañonera y los Salamandras empezaban a prepararse para abandonar finalmente la *Archimedes Rex*.

—Por ahora sí —respondió Dak’ir.

Los dos Salamandras estaban apartados del resto de sus hermanos de batalla, quienes permanecían en discretos grupos de dos y de tres dispersos por la plataforma de la cañonera observando los procedimientos, haciendo guardia y esperando la orden de embarcar.

—¿Y vamos a regresar?

—Sí, hermano. A Nocturne.

Dak’ir tenía sentimientos encontrados respecto a regresar a su mundo natal. Como para todos los Salamandras, su planeta formaba parte de él, y volver le causaba regocijo a pesar de su inestable naturaleza. Pero regresar tan pronto… Aquello olía a fracaso y sólo hacía que las dudas que tenía Dak’ir respecto a las dotes de liderazgo del capitán N’keln aumentasen.

—Pyriel quiere mostrarle el cofre a Tu’Shan para que consulte el Libro del Fuego.

—¿Qué opinas al respecto? —preguntó Ba’ken mientras los pensamientos de Dak’ir regresaban a aquel momento en la sala de almacenamiento en el que había encontrado el cofre con el símbolo de Vulkan.

—¿Del cofre? No lo sé. Pyriel parecía muy contrariado al determinar su procedencia.

—Resulta extraño que estuviese entre armas y armaduras —apuntó Ba’ken —. ¿Cómo lo encontraste en medio de todo aquello?

—No lo sé.

Dak’ir hizo una pausa, como si admitir lo que venía después fuese a confirmar una realidad que no estaba dispuesto a aceptar. El hecho de que los dos Salamandras estuviesen manteniendo una conversación privada y de que Ba’ken fuese la persona en la que más confiaba el sargento eran los únicos motivos por los que estaba hablando de aquello.

—Pensaba que el artefacto estaba a simple vista. Como si lo hubiera localizado. Como si una baliza estuviera sujeta al cofre y yo hubiese captado su señal.

Dak’ir miró a Ba’ken esperando su reacción, pero el corpulento Salamandra

no mostró ninguna. Se limitó a mirar hacia adelante y a escuchar.

—Cuando Pyriel me encontró, ni siquiera era consciente de que lo había cogido. Tampoco recordaba haber estado revolviendo las cajas de municiones para encontrarlo —continuó Dak’ir.

Ba’ken permanecía pensativo, pero su lenguaje corporal sugería que quería decir algo.

—Dime lo que estás pensando, hermano. En esto no somos oficial y soldado, somos amigos.

Cuando Ba’ken se volvió para mirarlo en su rostro no había acusación, ni desconfianza, ni recelo, sólo una pregunta:

—¿Estás diciendo que el cofre quería ser encontrado y que tenías que encontrarlo tú?

Dak’ir asintió casi de manera imperceptible.

—¿Crees que estoy maldito de algún modo, hermano? —Su voz sonó como un graznido.

Ba’ken no respondió. Tan sólo dio unas suaves palmadas en la hombrera de su hermano de batalla.

Pasaron varios días antes de que Tu’Shan y su consejo saliesen del Panteón. La cámara era una de las pocas que había en la fortaleza monasterio de los Salamandras en Prometeo. Aunque, en realidad, el bastión no era más que un puerto espacial conectado a un muelle orbital en el que se preparaba y se reparaba la modesta armada de naves del capítulo. El apotecarium se encargaba de la disciplina de los nuevos reclutas y de sus mejoras genéticas al convertirse en hermanos de batalla. Las arenas de entrenamiento estaban hundidas en el nivel del sótano. Era en ellas donde tanto los iniciados como los veteranos realizaban pruebas de entereza y de independencia siguiendo los principios del culto prometeano. Caminar sobre rescoldos encendidos, levantar inmensas calderas hirvientes, soportar el abrasador dolor de la Barra de la Prueba o portar hierros al rojo vivo eran sólo algunos de los sufrimientos que los hijos de Vulkan debían ser capaces de superar para demostrar su fe y su voluntad. Había dormitorios y también salas de reliquias, aunque eran relativamente escasos. La más prestigiosa de todas era la Sala de los Dracos de Fuego, una inmensa y

abovedada galería llena de las pieles de las grandes salamandras asesinadas por los guerreros como rito de iniciación y que daban nombre a la estancia.

Los dracos de fuego, bajo el mando y la regencia de Tu'Shan, se alojaban en Prometeo al igual que el propio señor del capítulo. Estos venerables guerreros eran casi una raza aparte; la transición a la que se habían sometido para ocupar las celebradas filas de la 1.ª Compañía los cambiaba de mil maneras diferentes, pues aceptaban la evolución completa de su código genético. A diferencia del resto de sus hermanos de batalla, los dracos de fuego rara vez se veían en la superficie de Nocturne, donde los otros Salamandras cohabitaban con la población humana, si bien es cierto que a menudo tenían un estilo de vida solitario. Sus rituales eran antiguos y clandestinos, dirigidos por el mismísimo señor del capítulo. Sólo aquellos que se hubiesen sometido a los más duros entrenamientos y que hubiesen soportado penurias inimaginables podían contemplar la posibilidad de aspirar a convertirse en dracos de fuego.

De manera similar a la de esa sagrada y reverenciada orden, el acceso al Panteón también estaba restringido. El mismo Dak'ir nunca lo había visto, aunque sabía que era una pequeña cámara de deliberación situada en el centro de Prometeo.

Allí sólo se discutían asuntos de gran relevancia o de profunda importancia espiritual Había dieciocho escaños, que representaban al número original de la legión. Esto se conservó durante la Segunda Fundación, un acto en el que, debido a su debilitada fuerza, los Salamandras no habían podido participar.

El escaño principal estaba reservado al señor del capítulo, un honor que había pertenecido a Tu'Shan durante los últimos cincuenta años aproximadamente. Trece eran para los otros señores: seis para los capitanes de las compañías que quedaban; uno para el apotecarium, otro para el librarium, otro para la capellanía y otro para la flota; y los tres restantes eran para la armería y los Señores de la Forja, un triunvirato poco corriente pero necesario dada la predilección de los Salamandras por el arte de las armas.

Tres de los asientos eran para los invitados de honor convocados por el señor del capítulo con la aprobación del resto del consejo. Praetor, el sargento de mayor edad de los dracos de fuego, ocupaba con frecuencia uno de estos asientos.

Dak'ir sabía que en aquellos momentos Pyriel ocupaba otro. El sargento se

preguntó si el bibliotecario lograría permanecer impasible en presencia de la jerarquía del capítulo y particularmente bajo la mirada del maestro Vel'cona. La última posición había permanecido vacía durante muchos años, desde antes incluso de que Tu'Shan hubiese asumido el cargo de regente de Prometeo. Su titular era una figura de gran relevancia.

Aquí, los señores de los Salamandras se sentaban a consultar el Libro del Fuego. Artefacto que escribió el mismísimo primarca de su puño y letra mucho tiempo atrás. Aunque Dak'ir jamás lo había visto, y mucho menos había ojeado sus páginas, sabía que estaba lleno de misterios y profecías. Corrían rumores de que la tinta con la que se había escrito contenía en parte sangre de Vulkan y que brillaba como el fuego cuando se exponía a la luz. No se trataba de un simple libro como el nombre sugería, sino más bien de decenas de ellos dispuestos en estantes alrededor de las paredes circulares del Panteón. Descifrar la escritura del Libro del Fuego no era, fácil. Contenía secretos que el primarca había dejado para que sus hijos los desentrañasen. Pronosticaba grandes acontecimientos y cambios para aquellos lo bastante despiertos como para percibirlos. Pero quizá lo más importante es que contenía la historia, la forma y la ubicación de los nueve artefactos que Vulkan había ocultado por la galaxia para que los Salamandras los descubrieran. Cinco de estas sagradas reliquias se habían hallado durante el transcurso de los siglos gracias a las tribulaciones de los Padres Forjadores. El paradero de los cuatro que faltaban estaba escondido de manera críptica entre aquellas arcanas páginas.

De modo que el Señor del Capítulo Tu'Shan y aquellos señores que seguían en Prometeo se habían reunido para estudiar el Libro del Fuego con la esperanza de encontrar algo que hiciera referencia al descubrimiento del cofre. El sello de origen del artefacto ya había empezado a causar revuelo en el capítulo. Algunos decían que aquello significaba el regreso de Vulkan tras tantos milenios en desconocido aislamiento; otros lo negaban y afirmaban que el primarca no desapareció en Isstvan, sino que ya había regresado durante la división de las legiones y que fuera lo que fuese lo que contenía el cofre no tenía nada que ver con eso; la mayoría permanecían callados y simplemente observaban y esperaban, sin atreverse a sugerir qué clase de apocalipsis estaría a punto de acaecer a los Salamandras si su progenitor había predicho una reunión. La paciencia, la sabiduría y la perspicacia eran las únicas tres claves para descifrar

el Libro del Fuego, y con él el misterio del cofre. Como a la hora de templar el hierro o de doblar el acero a los pies del yunque de la forja, cualquier intento de intentar revelar sus enigmas tenía que enfocarse de manera lenta y metódica. Aquélla era, al fin y al cabo, la costumbre de los Salamandras.

Dak'ir ejercitaba estos credos al calor de uno de los talleres en las profundidades del sótano del bastión del capítulo de Hesiod.

El *Ira de Vulkan* había regresado a Nocturne hacía varios días. De los siete adeptos del Mechanicus de las cápsulas criogénicas rescatadas de la *Archimedes Rex* ninguno había sobrevivido al viaje. Sus cuerpos se habían incinerado en el pyreum. Aquello no hizo más que hurgar en unas heridas ya bastante dolorosas, pues cada vez se ponía más en duda la viabilidad de la misión en el Cinturón de Hadron y la decisión del capitán N'keln de llevarla a cabo. Estas objeciones no se expresaban en voz alta, pero Dak'ir sabía que estaban ahí. Lo veía en las miradas de descontento, en las agitadas actitudes de los sargentos, y las oía entre rumores en reuniones clandestinas a las que no se le invitaba.

Desde que la 3.ª Compañía había aterrizado, Tsu'gan había iniciado una campaña de desprestigio contra N'keln. O al menos así lo veía Da'ir.

La tradición prometeana predicaba el autosacrificio y la lealtad sobre todas las cosas, pero parecía que la lealtad que sentían algunos sargentos hacia su capitán se estaba forzando hasta el límite.

Lo único que exculpaba a N'keln era el cofre descubierto en la sala de almacenamiento. El crucero de asalto de la 3.ª Compañía apenas había aterrizado en Prometeo cuando el bibliotecario Pyriel había bajado a toda prisa por la rampa de desembarco saltándose todos los protocolos de acoplamiento para ir en busca de su maestro, Vel'cona, que solicitaría una reunión inmediata con el señor del capítulo. El consejo en el Panteón se convocó rápidamente. Su veredicto y su anuncio público no tendrían lugar de manera tan precipitada. El resto de los Salamandras a bordo del *Ira de Vulkan* estaban de permiso esperando a que sus señores volvieran a llamarlos en el momento adecuado.

Dak'ir, como muchos otros, había regresado a la superficie de Nocturne.

Clasificado como un mundo letal por los taxónomos planetarios imperiales, Nocturne era un lugar inestable. Lleno de peñascos y de enormes montañas de basalto, su duro medio hacía que la vida de las tribus que lo habitaban fuera muy difícil. Los abrasadores vientos quemaban las desnudas llanuras convirtiéndolas

en áridos desiertos. Los agitados océanos se revolvían y escupían géiseres de hirviente vapor cuando chocaban con la lava vertida.

Los asentamientos eran escasos y nómadas. Sólo las siete ciudades santuario estaban lo bastante preparadas como para actuar de refugio permanente para una dispersa población que apenas sobrevivía entre la roca y las cenizas.

Pero por muy ardua que fuera su existencia, aquello no era nada comparado con el Tiempo de la Prueba. Al ser la mitad de un sistema planetario binario, Nocturne compartía una órbita errática con su inmenso satélite Prometeo, y el mundo entraba en un gran conflicto cada quince años terranos cada vez que estos dos cuerpos celestes se aproximaban. La incandescente lava era arrojada de forma incansable y ciudades enteras desaparecían engullidas en profundos fosos de magma; los maremotos golpeaban los barcos pesqueros como gigantes de espuma y aplastaban las plataformas de perforación; las nubes de ceniza, expulsadas por las furiosas montañas, eclipsaban el pálido sol. Los intensos terremotos sacudían el lecho de roca del planeta, mientras que, en la superficie, los cielos se agrietaban atravesados por una lluvia de fuego. Sin embargo, en el período subsiguiente, entre las cenizas podían encontrarse raros metales y piedras preciosas. Y fue esto lo que fomentó la cultura de forja y herrería.

A las pocas horas de llegar al sistema, Dak’ir desembarcó de la *Dragón de Fuego* en la meseta Cindara. Varios de sus hermanos se dirigieron inmediatamente a iniciar su régimen de entrenamiento o convocaron a los sacerdotes marcadores para ser excoriados en los solitoriums; otros se dirigieron a sus respectivas ciudades o asentamientos. Dak’ir escogió los talleres y pasó su tiempo en la forja. Los acontecimientos a bordo de la *Archimedes Rex*, en particular su descubrimiento del cofre de Vulkan, lo habían llenado de inquietud. Únicamente en soledad y a través del purgante calor de la forja podía volver a encontrar el equilibrio.

El martillo golpeaba a un ritmo constante que se ajustaba a los latidos de Dak’ir. El Salamandra estaba en absoluta sincronía con su labor. Vestía unos pantalones de cuero de herrero y estaba desnudo de cintura para arriba, con el torso marcado cubierto de ceniza y hollín. El sudor empapaba su cuerpo de ébano, y las gotas se concentraban en las líneas de sus músculos. Transpiraba a causa del esfuerzo, no del calor.

Las forjas subterráneas estaban excavadas en el mismísimo centro de

Nocturne, y los lagos de lava se concentraban en las cavernosas profundidades proporcionando fuego líquido para alimentar las fundiciones y crear vapor para mover los fuelles. Había un extraño anacronismo en aquellas sofocantes forjas, en cómo combinaban las antiguas tradiciones de los primeros herreros nocturnianos y las tecnologías del Imperio.

Unas puertas blindadas de adamantium reforzadas con ceramita cerraban la entrada a la cámara donde el sargento se encontraba trabajando. Unas gruesas columnas, los cimientos del bastión del capítulo, descendían desde un techo de estalactitas y se hundían en las profundidades del suelo de roca. Las herramientas de mecanización (las cuchillas giratorias, los sopletes de plasma montados en el banco, las amoladoras de banda y las taladradoras radiales) ocupaban su lugar junto a unos sólidos yunques, hornos y calderas hechos de hierro.

Unos intrincados servodispositivos y componentes balísticos estaban dispuestos junto a las troqueladoras, extrusionadoras y martillos de fragua.

El aire estaba cargado de un humo embriagador de color naranja intenso debido al débil resplandor de las piscinas de lava.

Dak'ir absorbía la fuliginosa atmósfera como si fuera una panacea e inundaba cada uno de sus poros con ella. Y al igual que el metal sobre el yunque que tenía delante, las impurezas de su atribulado espíritu iban desapareciendo con cada golpe de martillo.

Dak'ir acabó jadeando como reacción a la purga del trauma emocional más que a causa del cansancio físico.

Cuando el último golpe del yunque resonó en la oscuridad, el sargento dejó el martillo a un lado y lo sustituyó por un par de tenacillas de mango largo. No había forjado una espada ni una armadura, sino algo completamente distinto cuyo brillo se apagaba lentamente. Nubes de vapor emanaron del artefacto al sumergirse en la superficie de agua del profundo tanque que había junto al yunque. Cuando Dak'ir lo extrajo, agarrado con los dedos de hierro de las tenazas, resplandecía como la plata fundida. La luz de la lava se reflejaba sobre sus contornos como un mar de fuego.

Era una máscara; una imitación de un rostro humano. El suyo, o al menos la mitad de él. Dak'ir tomó el objeto recién forjado en sus manos.

El metal se había enfriado pero todavía le quemó los dedos. Aunque apenas

sintió el dolor mientras se acercaba silenciosamente a una plancha de plata batida de alrededor de un metro de anchura y tres metros de altura que descansaba contra la pared de la fragua.

La imagen de Dak'ir se reflejaba en ella. Unos intensos ojos rojos enmarcados en un semblante de ébano le devolvían la mirada. Aunque sólo la mitad de aquel rostro era realmente negra. La otra mitad era casi blanca. Su pigmentación, normalmente negra, el defecto de melanina que caracterizaba a los Salamandras, había desaparecido. El apotecario Fugis le había dicho que la cicatriz no sanaría, que su desfiguración se había producido a nivel celular. Dak'ir se tocó la piel quemada y el recuerdo de la llamarada de fusión de Stratos revivió en su mente.

La muerte de Kadai le provocaba punzadas en el estómago. Mientras levantaba la máscara hacia su rostro, las imágenes de los recuerdos flotaron como esquirlas de hielo sobre las tranquilas aguas hasta la superficie de su mente: la recolección de piedras en las profundidades de Ignea, la caza de urochs en la llanura Scorian, la pesca en el mar Acerbian. Todas simples pasatiempos, pero conformaban los recuerdos de la preadolescencia de Dak'ir. Las imágenes se disiparon como el humo ante un fresco viento dejándole una sensación de arrepentimiento. Una parte de Dak'ir lamentaba la pérdida de su vida anterior, la muerte de su existencia previa a convertirse en un hermano de batalla, cuando era sólo Hazon y el hijo de su padre.

Conforme los años pasaban, llenos de guerra y de gloria en nombre del Emperador, con ciudades incendiadas y enemigos asesinados, los vestigios que conservaba Dak'ir de aquellos viejos recuerdos se iban desgastando sustituidos por los de las batallas.

La obsesión que sentía por su antigua vida, una vida que en realidad apenas había comenzado, lo confundía. ¿Era desleal, o incluso hereje, tener tales pensamientos? Dak'ir no podía evitar preguntarse por qué lo acosaban los recuerdos.

—Ya no soy humano —admitió ante su reflejo—. Soy más que eso. Soy una evolución. Soy un astartes.

La máscara cubrió su semblante de ébano dejando expuesta la parte quemada de su rostro: el tejido rojo carne. Durante un momento intentó imaginarse a sí mismo humano de nuevo. El intento fue un fracaso.

—Pero, si no soy humano, ¿conservo aún mi humanidad?

La grave respuesta de las puertas blindadas abriéndose interrumpió el estado de ensimismamiento de Dak'ir. El sargento lanzó la máscara rápidamente a un horno cercano y ésta ardió en el fuego. La plata goteaba como lágrimas por el semirrostro de la máscara, que conservó su forma brevemente antes de ceder ante el intenso calor y convertirse en poco más que metal fundido.

—¿Una espada en mal estado, sargento? —preguntó Emek tras él.

Dak'ir cerró la puerta del horno y se volvió hacia su hermano de batalla.

—No, sólo era chatarra.

Emek decidió dejarlo ahí. Vestía su armadura completa y el verde metálico cambió un intenso violeta con el reflejo de los lagos de lava. Sostenía su casco de combate en la parte interior del brazo y los ojos brillaban inesperadamente con celo y con vigor.

—Nos han convocado en Prometeo —dijo Emek al cabo de unos instantes—. Nuestros señores han consultado el Libro del Fuego y han hallado una respuesta respecto al cofre de Vulkan. Tu armadura te espera en la cámara de al lado, señor.

Dak'ir se pasó un trapo ya ennegrecido por el cuerpo cubierto de hollín y empezó a guardar las herramientas que había estado usando.

—¿Dónde debemos reunirnos? —preguntó.

—En la meseta Cindara. El hermano Ba'ken se unirá a nosotros allí.

Emek permaneció en silencio mientras Dak'ir terminaba de guardar el equipo de forja.

—¿Te preocupa algo más, hermano? —preguntó el sargento.

—Sí, pero no quiero parecer insubordinado.

El tono de Dak'ir reflejó su impaciencia.

—Habla, hermano.

Emek esperó mientras organizaba sus pensamientos, como si estuviese escogiendo sus siguientes palabras con mucho cuidado.

—Antes de partir hacia el Cinturón de Hadron, en la Cámara de la Conmemoración, oí al hermano sargento Tsu'gan decir algo sobre tu implicación en la muerte del capitán Kadai. —Emek hizo una pausa para examinar la reacción de Dak'ir, que no mostró ninguna, antes de continuar—: La mayoría de nosotros no estaba presente cuando Kadai murió. Hay algunas… preguntas sin

respuesta.

Dak'ir consideró amonestar a su hermano de batalla. Cuestionar a cualquier oficial superior, por mucha delicadeza que se emplease al hacerlo, era motivo de castigo. Pero le había pedido a Emek que fuese sincero, y sinceridad era lo que había obtenido. No podía llamarle la atención por ello.

—La verdad es, hermano, que todos fuimos culpables en lo que se refiere a la tragedia de la muerte de Kadai. Yo, Tsu'gan y todos los que pisamos Aura Hieron, incluso el propio capitán. No hay ningún misterio ni ningún oscuro secreto. Nuestro astuto y letal enemigo fue más hábil que nosotros.

—Los Guerreros Dragón —afirmó Emek en el silencio que siguió a la intervención del sargento.

—Sí —respondió Dak'ir—. Los renegados estaban al tanto de nuestra llegada. Estaban esperándonos y nos tendieron una trampa. Ellos siguen un antiguo credo, Emek: ojo por ojo y capitán por capitán.

—Planear algo así… roza la obsesión.

—Obsesivos, paranoicos, vengativos. Nihilan es todo eso y peor.

—¿Lo conocías?

—No. Sólo lo vi en Moribar, durante mi primera misión como explorador de la 7.ª Compañía. Y tampoco conocí a su capitán, Ushorak, aunque instruyó bien a su protegido en las artes del engaño y la maldad.

—Y fue él quien murió en el mundo sepulcro.

—En la forja crematoria en el corazón de Moribar, sí. Kadai pensó que Nihilan también había muerto, pero a menos que fuese una sombra lo que se enfrentó a nosotros en Stratos, por lo visto sobrevivió bastante bien, movido por el odio y la sed de venganza.

—Y en su día había sido…

—Uno de nosotros, sí —terminó Dak'ir por él—. Ni siquiera los hijos de Vulkan están libres de mancha. La capacidad de traicionar reside en todos nosotros, Emek. Por eso debemos probarnos constantemente a nosotros mismos y a nuestra fe, para prepararnos contra la tentación y contra los ideales egoístas.

—¿Y Ushorak?

El rostro de Dak'ir se ensombreció y el sargento bajó la mirada como si estuviese recordando algo, aunque en realidad él sólo conocía los hechos que habían llevado a Ushorak a la sangrienta deserción. Aquello había sucedido

hacía muchos años y él no lo había presenciado de primera mano.

—No. Él formaba parte de otro capítulo, aunque eso no hace que las cosas resulten menos mortificantes.

—Nihilan hizo todo eso para vengar a su señor… Debía de estar lleno de rencor. ¿No hay manera de rehabilitarlo a él y a los renegados bajo su mando? No sería la primera vez que se perdona a alguien y se le somete a penitencia. Ya se hizo con los Ejecutores.

Dak'ir negó con la cabeza con tristeza.

—Esto no es Badab, Emek. Nihilan y sus seguidores han penetrado en el Ojo del Terror, y no hay camino de vuelta. Su última oportunidad, la última oportunidad de Ushorak, fue en Moribar. La rechazaron, y ahora son nuestros enemigos, como los nefandos horrores de la disformidad. Pero no creo que fuese sólo la venganza lo que movía a Nihilan cuando nos tendió aquella emboscada en Stratos. Planeaba algo más.

—¿Qué te hace pensar eso?

Dak'ir miró a su hermano a los ojos.

—Es sólo una sensación.



# II
# ENCRUCIJADA

Tsu'gan perdió el equilibrio cuando un pinchazo de dolor le abrasó el costado obligándolo a estirar una mano temblorosa. Notó el frío del negro mármol de la pared a medida que se recuperaba. Al cabo de unos instantes fue capaz de continuar. A través de una bruma de agonía apenas controlada, Tsu'gan no advirtió la huella de vapor que dejaba a su paso mientras recorría la Sala de las Reliquias.

Como muchos de los sargentos, se había quedado en Prometeo esperando noticias del Panteón. Todo el mundo especulaba acerca del cofre descubierto en la *Archimedes Rex*. Algunos creían que, puesto que vivían tiempos adversos, podía estar relacionado con el lugar donde el primarca había buscado la soledad tras el fin de la Herejía. Tsu'gan lo dudaba. Era un hombre pragmático, demasiado sensato como para permitirse creer en unas teorías tan remotas. Creía en lo que veía, en lo que tocaba. Tsu'gan sólo conocía un modo de resolver una crisis: enfrentarse a ella con determinación y con resolución.

Con eso en mente, mientras esperaba las respuestas del Panteón, había convocado su propia reunión.

Varios sargentos habían estado presentes, confabulados con Iagon e impulsados por el magnífico ejemplo prometeano de Tsu'gan y el respeto que le tenían sus coetáneos. Al fin y al cabo acudían para tratar «un asunto serio» de la compañía, según citaba la invitación. El tema de la reunión secreta, celebrada en uno de los pocos y rara vez usados dormitorios, era N'keln. Tsu'gan la estaba recordando ahora, y el sentimiento de culpa de aquel encuentro se sumó al asociado con la muerte de Kadai mientras recorría los pasillos de mármol negro de la galería.

Tsu'gan los esperaba en la penumbra de la cámara, con las linternas halógenas encendidas lo justo para proporcionar algo de luz a la estancia vacía. El resto fueron entrando uno tras otro. Adustos y con muchos años de servicio, Agatone y Ek'Bar salieron los primeros en llegar, el primero callado y el segundo pensativo. Ambos eran sargentos de escuadras tácticas, como Tsu'gan. Después llegó Vargo, de una de las escuadras de asalto, un veterano de campaña. Poco después lo siguieron De'mas, Clovius y Typhos. El último de todos fue Naveem, quien parecía el más reacio a participar en aquella reunión. Estos astartes, todos grandes Salamandras, representaban a cinco escuadras tácticas y a las dos escuadras de asalto de la 3.ª Compañía. Los únicos que no estaban presentes eran los sargentos de los devastadores, aquellos que habían luchado junto a N'keln en Stratos. Y por supuesto, Dak'ir también estaba ausente. El sargento había dejado muy clara su opinión acerca del ascenso del nuevo capitán.

Los hermanos sargentos presentes se habían quitado los cascos de batalla, de hecho, Clovius y Typhos casi nunca lo llevaban puesto, y sus ojos brillaban intensamente en la penumbra. Tsu'gan esperó a que todos estuviesen preparados, a que los saludos y las muestras de respeto mutuo concluyesen, antes de empezar.

—No me consideréis desleal —dijo Tsu'gan—, porque no lo soy.

Después miró a todos los sargentos reunidos deslizando lentamente la vista de un lado al otro de la estancia.

—¿Para qué estamos aquí entonces, si no es para hablar de deslealtad y renegar de los votos que todos juramos ante el mismísimo señor del capítulo?

El tono de Naveem evidenciaba su ira, pero a pesar de todo mantuvo la voz

baja.

Tsu'gan levantó una mano apaciguadora, tanto para aplacar a Naveem como para detener cualquier represalia por parte del hermano Iagon, que observaba desde detrás de su sargento en la oscuridad.

—Sólo quiero lo mejor para la compañía y para el capítulo, hermanos —les aseguró.

—Si eso es cierto, Tsu'gan, ¿por qué tenemos que reunirnos entre las sombras como conspiradores? —Inquirió Agatone, con el duro rostro contraído por el desagrado—. He venido a esta reunión para hablar de la discordia en nuestras filas y para debatir el modo de arreglar las cosas. Pero todos los comentarios que he oído previos a este encuentro han sido de disensión y de la incompetencia de N'keln para asumir la función de capitán. Dame una razón por la que no deba dar media vuelta e informar a Tu'Shan.

Tsu'gan miró a su homólogo con franqueza.

—Porque sabes tan bien como yo que N'keln no es apto para ese puesto.

Agatone abrió la boca para responder, pero la cerró de nuevo ante aquel hecho tan irrefutable.

Volviendo a centrar su atención en todos los reunidos, Tsu'gan extendió los brazos en un gesto conciliador.

—N'keln es un buen guerrero, uno de los mejores de la Guardia Inferno, pero no es Kadai y…

—Nadie lo es —se mofó el sargento Clovius negando con la cabeza. Su cuerpo achaparrado, los gruesos hombros y la ancha espalda le daban aspecto de tener la mente tan rígida como una roca acorazada. El sargento continuó—: No se puede juzgar a un hombre en base al recuerdo de otro.

—Me refiero sólo a su legado —respondió Tsu'gan— y a su capacidad de dirigirnos. N'keln necesita una mano firme, el apoyo de un capitán. Es como una parte de una aleación: fuerte cuando está mezclado con la otra parte, pero separado… —Tsu'gan negó con la cabeza—. No aguantará.

Los murmullos que inundaron la estancia revelaban que aquello no había convencido a su audiencia.

Tsu'gan siguió insistiendo.

—N'keln hereda una compañía dividida; una compañía que requiere de mucha fortaleza para ser reconstruida. Y él carece de esa fortaleza. ¿Cómo si no

describiríais la locura de regresar al Cinturón de Hadron?

—De no haberlo hecho, jamás habríamos descubierto el cofre —respondió la profunda voz de Vargo.

Tsu'gan lo miró y bramó con vehemencia:

—Por pura casualidad: una casualidad que estuvo a punto de sumarnos al listado de muertos y que nos puso en deuda con unos mercenarios. —Escupió la última palabra a medida que el recuerdo de los Marines Malevolentes le venía a la mente. Haber tenido que tratar con aquellos despreciables sin honor le había dejado un amargo sabor de boca—. Otro de los fallos de N'keln —continuó Tsu'gan— fue permitir que Vinyar y sus perros robasen las armas y la armadura que estaban destinadas para otro capítulo. Esos ladrones lo único que tienen de astartes es el nombre. Pero N'keln los dejó marchar sin perseguirlos o sin tan siquiera dedicarles unas duras palabras.

El sargento hizo una pausa para dejar que los reunidos asimilasen su retorica condenatoria.

—No me consideréis desleal —repitió mientras experimentaba una gran satisfacción al ver reflejado en el rostro de los sargentos que empezaban a comprender; incluso Naveem parecía ceder—. No lo soy. Sólo sirvo a la voluntad del capítulo. Siempre lo he hecho. Me siento orgulloso de ser un Nacido del Fuego, y seguiré a mis hermanos hasta la muerte. Pero lo que no voy a hacer quedarme de brazos cruzados mientras una compañía se destruye. Y tampoco voy a participar en misiones sin sentido en las que la única recompensa es una muerte imprudente. No puedo hacerlo.

Agatone preguntó lo que el resto ya estaba pensando.

—¿Y qué quieres que hagamos?

Tsu'gan asintió como si aprobase la decisión que había tomado.

—Aliaos conmigo —respondió simplemente—. Aliaos conmigo y apoyadme cuando vaya a ver al señor del capítulo y a exigirle que destituya a N'keln como capitán.

Al cabo de unos momentos habló Naveem.

—Esto es una locura. Ninguno de los actos que has mencionado tiene el suficiente peso como para justificar la remoción del capitán. Tu'Shan nos castigará a todos por esta conspiración. Acabaremos ante Elysius y sus cirujanos interrogadores y nuestra pureza será puesta en duda.

—¡No es una conspiración! —exclamó Tsu'gan.

Después, venciendo su frustración, bajó la voz:

—Trasmitiré nuestra inquietud al señor del capítulo, pues es nuestro derecho. Él es sabio. Será capaz de ver las grietas de esta compañía y no tendrá más remedio que hacer lo que sea mejor para ella.

—¿Ya quién nombrará como sucesor de N'keln? —preguntó Agatone mirando a Tsu'gan a los ojos—. ¿A ti?

—Si el señor del capítulo ve oportuno nombrarme, no rechazaré la responsabilidad. Pero mi intención no es usurpar el cargo a N'keln. Sólo quiero lo mejor para esta compañía.

Agatone miró alrededor de la sala, claramente indeciso.

—¿Y qué hay de Dak'ir, Omkar, Loky Ul'shan? ¿Por qué no están presentes para exponer sus razones?

Tsu'gan mantuvo su aire imperioso a pesar del pertinente interrogatorio de su homólogo.

—No los he convocado —admitió.

Naveem dio un respingo al oír aquella confesión.

—¿Por qué? ¿Porque sabías que jamás accederían y que no mantendrían el secreto? —El sargento frenó la protesta inminente de Tsu'gan—. Ahórrate la respuesta, hermano. No me interesa. Guardaré silencio por lealtad al resto de mis compañeros, pero no tomaré parte en esto. Sé que crees que actúas por auténtica preocupación por la compañía, pero te equivocas, Tsu'gan —añadió con tristeza antes de abandonar la sala.

—Yo tampoco, hermano —le secundó Agatone—. No quiero volver a oír hablar de esto o no tendré más alternativa que acudir al capellán Elysius.

Finalmente, los sargentos Clovius y Ek'Bar siguieron los pasos de Naveem y Agatone. Los demás se unieron a la causa de Tsu'gan, pero sin ser mayoría tenían pocas posibilidades de conseguir nada, de modo que se marcharon poco después que sus contrariados compañero y dejaron a Tsu'gan solo con Iagon.

—¿Por qué no lo ven, Iagon? ¿Por qué no reconocen la debilidad de N'keln?

El sargento se dejó caer sobre uno de los austeros camastros que llevaban décadas sin utilizarse.

Iagon avanzó lentamente desde detrás de Tsu'gan hasta ponerse ante él.

—Yo no creo que hayamos fracasado, sargento. —Tsu'gan alzó la mirada

con ojos inquisitivos—. Es verdad que sólo hemos conseguido que tres sargentos se unan a nuestra causa, pero en realidad tampoco necesitamos más.

—Explícate.

Iagon sonrió curvando ligeramente los labios hacia arriba sin ningún rastro de regocijo. Allí, en las sombras del dormitorio vacío, se mostraba su auténtica naturaleza.

—Transmítele tus quejas a Elysius. Y asegúrate de que N'keln esté cerca cuando lo hagas, o al menos de que llegue pronto a sus oídos. —Iagon hizo una pausa premeditada, aplaudiendo por dentro su propia astucia—. N'keln es un guerrero con gran sentido de la responsabilidad. Cuando descubra la poca confianza que le profesan sus sargentos renunciará por decisión propia.

Tsu'gan se mostraba repentinamente dudoso. Dio un profundo suspiro para intentar ahuyentar sus dudas.

—¿Crees que esto está bien, Iagon? ¿Estoy haciendo lo mejor para la compañía y para el capítulo?

—Estás tomando el camino más duro, mi señor. El que debes recorrer para que estemos todos unidos de nuevo.

—Aun así…

Iagon dio un paso hacia adelante para reforzar su argumento.

—Si N'keln fuese digno del puesto, ¿acaso no habría aceptado el martillo de trueno de Kadai? Ahora está acumulando polvo en la Sala de las Reliquias, olvidado y rechazado por alguien que recela del cargo que asume al reclamarlo.

Tsu'gan negó con la cabeza con aire vacilante.

—No. N'keln lo rechazó por respeto.

No sonaba convencido.

—¿Seguro? —Iagon adoptó una imagen de absoluta e inocente neutralidad.

Tsu'gan salió del dormitorio en silencio, esclavo de sus propios pensamientos. El dolor relajaría su atribulada mente.

Se había dirigido a los solitoriums de inmediato. Y allí, en la oscuridad, con los ojos de su espía secreto posados en él, se había entregado a su adicción una y otra vez esperando, en vano, que con el siguiente golpe del hierro su conciencia se aliviara. Pero no había sido así, y el sentimiento de culpa lo seguía

atormentando mientras avanzaba por los largos pasillos de la Sala de las Reliquias vestido únicamente con una sencilla túnica verde.

Los honores y los recuerdos de héroes del pasado llenaban la austera galería de mármol negro. El color de la roca, su suavidad y su densidad inspiraban un estado de ánimo taciturno, algo totalmente adecuado dada la veneración que le profesaba a aquel lugar consagrado. Había altares dedicados a Xavier, a Kesare e incluso al antiguo T'kell, aislados en antesalas o en profundas hornacinas abiertas en la roca. Artefactos demasiado preciados para ser incinerados y demasiado venerados para ser legados descansaban en su interior junto con los sellos de pureza, las medallas y demás tributos a sus legados.

Los huesos de las piernas que el hermano Amadeus había perdido en el asedio de Cluth'nir se habían convertido en relicarios. Si el poderoso guerrero caía alguna vez, serían reducidos a cenizas con sus restos reanimados y con su sarcófago y ofrecidos al monte del Fuego Letal.

Tsu'gan los visitó todos, y cada paso era un doloroso recuerdo del daño que se había autoinfligido. El dolor físico no era nada comparado con la angustia mental que sentía y que no había logrado, a pesar de todos sus esfuerzos, aliviar en lo más mínimo. Se preguntó brevemente si esta vez se había pasado demasiado obligando al sacerdote marcador a hacerlo. Tsu'gan descartó aquel pensamiento.

Haciendo una reverencia, entró en una de las antesalas de la estancia y se vio envuelto en oscuridad. Pero sólo duró unos segundos antes de que una llama votiva cobrase vida en una de las paredes y emitiese un cálido y anaranjado resplandor sobre el sombrío altar. Tenía la forma de un yunque y una mortaja de piel de salamandra cubría la parte superior. Sobre la piel descansaban los restos destrozados de un elaborado martillo de trueno.

A Tsu'gan lo invadió un profundo sentimiento de pérdida al acercarse al altar y se arrodilló ante él para orar.

—Mi capitán…

Las palabras eran apenas un suspiro, pero reflejaban su añoranza. Intentó volver a hablar, pero vio que no podía y cerró la boca sin emitir ningún sonido. Después se hizo un ensordecedor y definitivo silencio. Tsu'gan recordó de nuevo la escena de la destrucción de Kadai. Recordó el rescate de los restos del estimado capitán con N'keln. Luchando contra un sentimiento de repentino dolor

y de impotente rabia, Tsu'gan había mirado a los ojos del veterano sargento y vio claramente lo que se reflejaba en ellos: «¿Y ahora qué? ¿Quién nos dirigirá? No puedo asumir esta responsabilidad. Todavía no. No estoy preparado».

Incluso entonces, a través de un velo de desesperación, Tsu'gan había sido testigo de la verdad que se escondía en el corazón de N'keln. Si el deber no le había permitido renunciar, la prudencia debería haberlo obligado a hacerlo. Pero no fue así, y aquel recuerdo le escocía por dentro.

El hermano sargento no pudo soportarlo más y, apartando la mirada del solemne tributo a Ko'tan Kadai, salió corriendo del santuario.

Tsu'gan estaba tan sumido en sus atribulados pensamientos que no advirtió que Fugis se acercaba por la dirección opuesta y chocó con él.

—Disculpa, hermano —se excusó Tsu'gan haciendo una mueca de dolor bajo la capucha de su túnica y disponiéndose a continuar.

Fugis levantó el brazo para detenerlo. Al igual que el hermano sargento, el apotecario vestía sólo una túnica.

—¿Te encuentras bien, hermano Tsu'gan? Pareces… preocupado.

Fugis no llevaba la capucha puesta y observaba al sargento con ojos penetrantes y con su característica sagacidad.

—No es nada. Sólo deseo honrar a los muertos.

Tsu'gan no logró mantener su voz firme, ya que el dolor de las quemaduras lo devoraba. Intentó seguir adelante, pero esta vez Fugis se interpuso en su camino.

—Pero suenas como si hubieses estado luchando hace poco.

Su delgado rostro acentuaba su seria y escrutadora expresión.

—¡Apártate, apotecario! —exclamó Tsu'gan, sorprendido ante su repentina ira—. No tienes motivos para detenerme.

Fugis frunció el ceño.

—Tengo todos los motivos del mundo.

El apotecario estiró la mano. A causa de su debilidad, Tsu'gan fue demasiado lento para detenerlo. Fugis tiró de la túnica y la capucha del sargento y reveló las profundas cicatrices de la parte inferior de su pecho.

—Esas marcas son frescas —dijo con tono acusador—. Te has estado remarcando.

Tsu'gan estaba a punto de protestar, pero a aquellas alturas negar lo evidente

no era digno de él.

—¿Y qué? —rugió con los dientes apretados tanto por la ira como para ocultar el dolor que todavía persistía.

La expresión del apotecario se endureció.

—¿Qué estás haciendo, hermano?

—¡Lo que debo hacer para cumplir mi función! —El rencor de Tsu'gan disminuyó rápidamente y fue sustituido por la resignación—. ¡Murió asesinado, Fugis! Asesinado a sangre fría, como esos malnacidos que nos guiaron hasta Aura Hieron.

—Todos lamentamos su pérdida, Tsu'gan. —Ahora era el turno del cambio de Fugis, aunque en lugar de suavizarse, sus ojos parecieron volverse más fríos y distantes, como si estuviera reviviendo el dolor de su pérdida.

—Pero tú no presenciaste su final, hermano. Tú no rescataste los restos de su armadura y de su cuerpo, tan destrozado que ni siquiera pudiste utilizar tu habilidad para revivirlo en otro.

Tsu'gan se refería a las glándulas progenoides de Kadai. Estos elementos de la fisiología de un marine espacial se encontraban en el cuello y en el pecho. Si se recuperaban con una técnica que sólo los apotecarios conocían, podían ser reutilizadas para crear otro Salamandra. Pero en el caso del trágico fallecimiento de Kadai incluso aquel pequeño consuelo había sido negado.

Fugis caviló un momento para decidir qué hacer.

—Debes acompañarme al apotecarium. Atenderé tus heridas —dijo—. Puedo curarte las superficiales, hermano, pero el profundo dolor que sientes va más allá de mis habilidades sanadoras.

Por un momento, los ojos del apotecario se suavizaron.

—Tu espíritu es un torbellino, Tsu'gan. No puedes seguir así.

Tsu'gan volvió a cruzarse la túnica sobre el cuerpo y exhaló entrecortadamente. Un tic bajo el ojo izquierdo reflejó su dolor al hacerlo.

—¿Qué debo hacer, hermano? —preguntó.

La respuesta de Fugis fue simple.

—Iré a ver al capellán Elysius para que te obligue a confesarle todo lo que has estado haciendo y te someterás a su juicio.

—Yo… —empezó el sargento, pero finalmente transigió—. Sí, tienes razón. Pero deja que sea yo quien lo haga. Deja que vaya a verlo yo mismo.

El apotecario parecía dudoso. Su escudriñadora mirada había regresado y sus ojos se habían entrecerrado de nuevo.

—De acuerdo —dijo por fin—. Pero hazlo pronto o no tendré más remedio que hacerlo por ti.

—Lo haré, hermano.

Fugis permaneció allí un momento más antes de darse la vuelta y dirigirse hacia la antesala donde Kadai lo esperaba.

Tsu'gan se dirigió en la dirección contraria, ajeno al hecho de que otra figura lo observaba desde las sombras de los pasillos de la Sala de las Reliquias, la misma que lo había visto derrumbarse a los pies del yunque que hacía de altar y que lo había seguido desde la cámara de aislamiento.

El dolor, el pesar y la vergüenza enturbiaban los sentidos del hermano sargento cuando llegó a una bifurcación del pasillo. La luz de las lámparas brasero parecía iluminarla con un resplandor fantasmagórico en el que Tsu'gan no reparó. El ramal este daba al reclusium, donde esperaría al capellán y purgaría su pesarosa alma. El oeste lo llevaba de vuelta a una pequeña armería donde descansaba su armadura. Estaba a punto de girar al este cuando sintió que alguien le tocaba ligeramente el hombro.

—¿Adónde vas, mi señor? —preguntó la voz de Iagon—. Tu armadura está por el otro lado.

Tsu'gan lo observó. Iagon también vestía una túnica. La capucha le cubría el rostro de manera que sólo asomaban su afilada y angulosa nariz y su boca curvada hacia abajo. La menuda complexión del Salamandra resultaba exagerada sin la armadura. Lo hacía parecer pequeño en comparación con su sargento.

—No puedo, Iagon —dijo Tsu'gan—. Necesito el consejo de Elysius.

El sargento intentó proseguir su camino, pero Iagon lo agarró de nuevo, esta vez más fuerte.

Tsu'gan se estremeció a causa del dolor de sus heridas.

—Suéltame, soldado. Soy tu sargento.

El rostro de Iagon era una máscara sin emoción.

—No puedo, mi señor —dijo, y lo agarró con más fuerza.

Tsu'gan frunció el ceño y sujetó al soldado por la muñeca. A pesar de sus heridas, seguía siendo increíblemente fuerte, y ahora fue el turno de Iagon de expresar su dolor.

—No soy lo bastante fuerte como para detenerte, sargento, pero deja que apele a tu mejor sentido del juicio… —rogó Iagon al tiempo que liberaba a su hermano.

Tsu'gan lo soltó y relajó el gesto ligeramente invitando a su soldado a hablar.

—Acude a Elysius si crees que debes hacerlo —susurró éste rápidamente—, pero sabes que si lo haces te destituirán y te harán sufrir penitencia por lo que has hecho. Los cirujanos interrogadores te someterán a sus sondas y rebuscarán por todos los rincones de tu mente. Nuestro hermano capellán descubrirá tu engaño…

—¡No he engañado a nadie más que a mí mismo! —rugió Tsu'gan a punto de darse la vuelta de nuevo antes de que Iagon pudiese detenerlo.

—Descubrirá tu engaño —insistió—, y actuará contra todos los hermanos que estaban en esa sala. Cualquier posibilidad de sustituir a N'keln desaparecerá, junto con la perspectiva de sanar a nuestra dividida compañía.

—No quiero sustituirlo, Iagon —insistió Tsu'gan—. Ése no es mi propósito.

—¿Quién va a hacerlo si no eres tú? —imploró Iagon—. Es tu destino.

Tsu'gan negaba con la cabeza.

—Estoy destrozado. A la hora de combatir todo es más fácil. El ladrido de mi bólter y el estruendo de la guerra en mi corazón alivian el dolor. Pero cuando los enemigos han muerto y el campo de batalla queda en silencio, vuelve a mí, Iagon.

—Sólo es el dolor por la pérdida —respondió el soldado inclinándose hacia adelante—. Pasará. ¿Y qué mejor manera de acelerar ese proceso que en el crisol de la batalla y dirigiendo a tu compañía?

La mente de Tsu'gan se maravilló ante aquella idea. Los rescoldos de su ambición, que recientemente habían sido apagados, empezaron a reavivarse en su corazón.

Él acabaría con el distanciamiento de sus hermanos, y al hacerlo se recuperaría a sí mismo. Lo que le había dicho Nihilan en Stratos antes de que corriese al templo y fuese testigo de la muerte de Kadai volvió a su mente de manera espontánea:

«Te aguarda un gran destino, pero otro lo eclipsa».

No se debía confiar en el testimonio de un traidor, pero Tsu'gan percibía una cierta verdad en aquella frase.

Se dijo a sí mismo que aquélla era su propia conclusión, que el razonamiento lo habría llevado a una epifanía similar con el tiempo. La imagen de Dak'ir corriendo para ayudar a su capitán justo antes de su final le vino a la mente.

El igneano era una especie de marginado, pero también lo envolvía un extraño destino. Tsu'gan podía sentirlo cada vez que se encontraba en su presencia. El odio ahogaba esa sensación, pero estaba ahí. Si él no asumía el rango de capitán, Dak'ir lo haría sin dudar. Ningún igneano era digno de dirigir una compañía astartes. Tsu'gan no podía permitirlo.

Sus ojos y su postura se endurecieron cuando le devolvió la mirada a Tagon, que lo observaba impaciente.

—Está bien —gruñó Tsu'gan—. Pero ¿qué hay de Fugis? El apotecario me ha asegurado que hablará con Elysius.

—Impídeselo —respondió Iagon tajantemente—. Nuestro hermano está tan sumido en su propio dolor que no intentará presionarte en un principio. Para cuando lo haga, N'keln ya habrá renunciado con honor y tú habrás ascendido.

Los ojos de Iagon brillaban con una ambición desenfrenada. Como mano derecha de Tsu'gan que era, él también ascendería y se beneficiaría del poder, la influencia y todo lo que rodease a su señor.

—Y entonces, Fugis ya no hablará. Se dará cuenta de que eres capaz de controlar tus sentimientos de nuevo.

Tsu'gan se quedó con la mirada perdida en la distancia: una gloriosa imagen se formó en el fondo de su mente.

—Sí —afirmó, aunque las palabras no sonaron como propias—. Eso es lo que haré.

Volvió a mirar a Iagon. Un nuevo fuego ardía en los ojos rojo sangre de su número dos.

—Vamos —dijo—. Debo ponerme la armadura.

Iagon hizo una reverencia, sonriendo fríamente mientras su rostro era eclipsado por una sombra.

Juntos tomaron el pasillo oeste. El este permaneció sin pisar. Iagon estaba satisfecho.

Había conseguido devolverle la entereza y la convicción a su sargento. Desde que habían regresado de Stratos lo había estado siguiendo de cerca con mucho cuidado. Conocía cada oscuro deseo y cada retorcido secreto y se

aprovecharía de ello. Observándolo desde la oscuridad se había dado cuenta de que al final tendría que actuar.

Iagon sólo tenía que esperar el momento adecuado. La intervención en el pasillo de la Sala de las Reliquias había sido realmente oportuna. De haberse permitido un momento de duda, Tsu'gan habría ido a hablar con Elysius, lo que habría dejado en nada el cuidadoso plan de Iagon y habría echado por tierra cualquier posibilidad de disfrutar de aquel poder prestado. Aunque seguía siendo un astartes, con todos los favores y la fuerza que eso implicaba, Iagon carecía de una musculatura como la de Ba'ken. Y tampoco poseía la fuerza psíquica de Pyriel, o el fervor religioso de Elysius. Pero ¿astucia? Sí, de eso tenía de sobra. Y determinación, una inflexible ansia de que Tsu'gan llegase a ser capitán y de que él, Cerbius Iagon, disfrutara de la gloria de su señor. Nada debía interponerse. A pesar de haber dicho lo contrario, Fugis suponía un problema.

Cuando él y Tsu'gan llegaron a la armería, tomó una decisión irrevocable.

Tenía que encargarse de la amenaza que suponía el apotecario.

Ba'ken y el maestro Argos se encontraban a los pies de la meseta Cindara. Sus pesadas botas se hundían ligeramente en las arenas del desierto de Pira. Estaban observando una lejana procesión de civiles nocturnianos que se dirigían a las puertas de Hesiod.

Ciudad santuario. El nombre era muy acertado.

Durante el Tiempo de la Prueba, las ciudades santuario abrían sus puertas y ofrecían cobijo a las gentes de Nocturne. Aunque originalmente se trataba de una raza nómada, gran parte de la población del planeta moraba en distintas aldeas o incluso en campamentos temporales incapaces de resistir la devastación de los terremotos y de los volcanes. Nocturnianos procedentes de todas partes del planeta recorrían grandes distancias en masa en un largo peregrinaje en busca de protección.

Las macizas y robustas puertas, forjadas por los maestros artesanos de Nocturne para resistir, habían sido el baluarte de defensa de las ciudades santuario durante los primeros años de colonización. Los chamanes tribales, psíquicos latentes antes de que tales mutaciones genéticas fuesen desmitificadas y reguladas, habían sido los primeros en determinar los lugares más seguros para

que se fundasen estos asentamientos. Lo hacían comulgando con la tierra, un vínculo que la gente de Nocturne todavía reconocía y respetaba. Después llegaron los colonizadores geológicos, quienes aconsejaron acerca de la construcción y el desarrollo de los nacientes municipios que acabarían convirtiéndose en ciudades. Pero estas ciudades fueron evolucionando con los años. La tecnología importada por el Maestro de la Humanidad, él, al que sólo se conocía como «el Extranjero», proporcionó un gran refugio contra la caprichosa voluntad de la tierra. Los escudos de vacío se interponían en el camino de los ríos de lava o de las nubes piroclásticas; el adamantium y la ceramita reforzada repelían los temblores sísmicos o las inundaciones de fuego.

Estos refugios y sus defensas eran todo lo que se interponía entre una raza y su extinción por los elementos.

—Hermano sargento. —Ba'ken saludó a Dak'ir con voz alta y profunda. Dak'ir le devolvió el saludo mientras se acercaba con Emek a su lado.

—Parece que el éxodo ha comenzado —dijo el hermano Emek.

—El Tiempo de la Prueba es inminente —respondió Dak'ir.

El sargento sorprendió a Argos observando las largas columnas de peregrinos a través de un par de magnoculares.

—Sí —asintió Ba'ken, y reanudó la guardia tras una breve reverencia a Emek—. Las tribus nómadas están acudiendo en manada y las ciudades santuario se llenan como todos los años.

Emek se quitó la capucha y parecía nostálgico al observar la larga línea de refugiados.

—Siempre hay tantos…

Los civiles llegaban de todas partes de Nocturne: comerciantes, cazadores y familias. Algunos iban a pie, otros cruzaban las arenas en buggies descubiertos o en triciclos de gruesas ruedas con los que arrastraban remolques con sus pertenencias o sus herramientas. Los recolectores de roca y los arrieros guiaban manadas de saurochs y de otras bestias saunas de carga. Otras criaturas tiraban de pequeñas carretas y de grandes carros. Los peregrinos llevaban lo que podían con sus escasas posesiones envueltas en paños engrasados para evitar el polvo y la arena de las dunas. Vestían ropas resistentes: blusones, ponchos y capas con capucha para protegerse de la arena. Nadie se atrevía a realizar aquel viaje sin cubrirse la cabeza.

Algunos incluso llevaban finos pañuelos enroscados alrededor de la cabeza y de la cara para resguardarse de la luz del sol.

En el último kilómetro antes de llegar a las puertas abiertas de Hesiod, Dak'ir divisó las armaduras verdes de los Salamandras dispersas a lo largo de la serpenteante línea de civiles. Era tarea de la 5.ª Compañía, la única aparte de la 3.ª y de la 7.ª que seguía en el planeta, ayudar a los civiles y guiarlos a salvo al interior de las murallas de la ciudad.

Entrenados para disparar sus bólters bajo la distorsionante calima provocada por el calor, los Salamandras no cesaban su vigilancia. Estaban alerta a la aparición de cualquier depredador, como los sa'hrk o las sombras aladas de los dactylids, que merodeaban en los alrededores en busca de presas fáciles.

—Las líneas de refugiados son delgadas —dijo Argos refutando gentilmente el comentario de Emek con su voz metálica.

Tras evaluar los grupos de civiles a través de sus magnoculares había realizado una especie de cálculo.

—Muchos sufrirán fuera de las murallas de nuestras ciudades santuario.

Los temblores rugían como truenos en la distancia y procedían de Themis, una de las ciudades vecinas de Hesiod. Ya había habido algunas erupciones volcánicas menores. De camino a la meseta Cindara, Dak'ir había oído que tres aldeas de los alrededores habían sido destruidas por los terremotos y habían desaparecido sin dejar rastro. En el horizonte se alzaba el monte del Fuego Letal. La gran mole de roca y de furia escupía bocanadas de llamas y lava mientras se preparaba para una erupción mucho más grande y devastadora.

Argos bajó los magnoculares con expresión adusta.

—Nuestra raza es muy testaruda, hermano sargento —le dijo a Dak'ir a modo de saludo.

—Y orgullosa —respondió el sargento—. Eso nos convierte en lo que somos.

—Es cierto —asintió Argos, pero su sombría expresión no se animó al volver a mirar hacia la larga fila de civiles.

Para la mayoría de ellos, la esperanza de vida en Nocturne era corta. Y esa estadística iba a empeorar con la llegada de la temporada del levantamiento geológico.

Dak'ir se volvió hacia Ba'ken.

—Veo que has estado ocupado, hermano —dijo señalando el pesado

lanzallamas que el corpulento Salamandra llevaba en la espalda.

—Es para reemplazar el que perdí en Stratos. —La respuesta de Ba'ken llegó acompañada de una feroz sonrisa mientras mostraba su arma con orgullo.

Su lanzallamas anterior había quedado destruido cuando el inflamable promethium que contenía reaccionó con una amalgama química volátil que habían liberado los herejes en el mundo de las ciudades flotantes.

Por si fuera poco, Ba'ken había resultado herido, pero el fuerte Salamandra le había quitado importancia como si fuera un simple rasguño. El pesado equipo del arma que había construido con tanta habilidad no había sobrevivido.

—El hermano Argos lo ha bendecido —añadió haciendo un gesto en la dirección del tecnomarine.

Argos se estaba acercando hacia el borde de la meseta circular, fuera del disco de metal que había en el centro.

—¿Vas a acompañarnos, hermano? —le preguntó Dak'ir.

—Me reuniré con vosotros después, cuando la inspección del sistema de escudo de vacío de Hesiod haya concluido.

Dak'ir miró hacia el turbulento cielo anaranjado y entrecerró los ojos como buscando algo.

—Ba'ken, ¿dónde está la *Dragón de Fuego* para llevarnos hasta Prometeo? —preguntó, advirtiendo que Argos estaba consultando un pequeño lector de mano.

—Malas noticias a ese respecto, señor —dijo el soldado de artillería pesada —. Las Thunderhawk se están preparando para un despegue inminente. Seremos teleportados hasta la fortaleza monasterio.

Dak'ir recordó su muy reciente experiencia a bordo de la *Archimedes Rex* y el posterior traslado hasta la nave de los Marines Malevolentes, la *Purgatorio*. En su interior refunfuñó al darse cuenta ahora de que Argos estaba estableciendo las coordenadas para una baliza localizadora.

Un enorme temblor sacudió la llanura desértica captando la atención de Dak'ir. Los truenos piroclásticos resonaron en las profundidades de la tierra. Procedía del monte del Fuego Letal. Una inmensa nube de humo y ceniza salió expulsada de la boca del cráter de su cima envolviendo los flancos rocosos del gigantesco volcán en una ola gris oscuro. Los civiles empezaron a gritar cuando un chorro de magma salió despedido hacia el cielo cada vez más oscuro.

Corrientes de espesa lava que arrastraban archipiélagos de ceniza descendieron por la ladera en un repentino torrente.

El ruido atronador se intensificó cuando un gran temblor atravesó las dunas haciendo que los civiles gritaran de terror y avanzasen más de prisa. Los animales de tiro bramaban y aullaban desesperados, luchando con sus horrorizados amos y contribuyendo al caos. El creciente tumulto se transformó en una algarabía cuando un inmenso rayo de luz escarlata atravesó las entrañas de la montaña. Llegó hasta el cielo centelleando con brillante fuego, atravesó las nubes, tiñéndolas a su paso, hasta desaparecer entre ellas.

La manifestación de furia natural duró sólo unos segundos. Después, los gritos de la población que todavía seguía sobre las temblorosas dunas se intensificaron. El flujo de lava disminuyó y se estancó, las nubes de ceniza se disiparon formando finos velos. El volcán volvió a su estado inactivo, por el momento.

—¿Habíais visto alguna vez algo así? —El corazón principal de Dak'ir latía a toda velocidad mientras observaba cómo los Salamandras que asistían a la fila de personas restablecían rápidamente el orden.

Ba'ken negó con la cabeza sobrecogido y maravillado.

—Es un mal presagio —anunció Emek—. Tiene que serlo. Primero el cofre y ahora esto… No tiene buena pinta.

Los rasgos de Dak'ir se endurecieron: no pensaba rendirse a la histeria todavía.

—Hermano Argos —dijo.

El tono del sargento invitaba al tecnomarine a expresar su opinión. Argos estaba utilizando los magnoculares para examinar el punto de salida del rayo.

—Nunca había visto un fenómeno como éste.

—¿Qué puede haberlo provocado? —preguntó Ba'ken.

—Fuese lo que fuese —opinó Emek—, no augura nada bueno.

Después señaló al cielo. El tono anaranjado había cambiado al color de la sangre y teñía los cielos cargados de rayos con un inquietante resplandor rojizo.

A pesar de la pausa apocalíptica, los civiles seguían avanzando cada vez más rápido. Estupefactos y señalando hacia el cielo con temor, algunos nocturnianos tenían que ser empujados para que avanzaran. Los hermanos de batalla animaban a la línea a acelerar el paso con movimientos apremiantes pero contenidos.

Ahora los refugiados atravesaban las puertas de Hesiod en masa. Pero muchos, aquellos cuyos carros se habían desplazado durante el temblor o que estaban demasiado asustados para moverse, estaban fuera del alcance de los Salamandras y a merced de los despiadados elementos.

Preocupado por la difícil situación de los civiles, Dak'ir dejó el portal.

—Debemos ayudarlos.

—Vuelve al círculo, hermano sargento. —La apagada voz de Argos detuvo al otro Salamandra—. Tus hermanos tienen su tarea, y tú la tuya. No hay nada más que podamos hacer aquí. Tu'Shan ya tendrá respuestas.

De mala gana, Dak'ir volvió a ocupar su posición en el teleportador.

—Esperemos que las noticias del Panteón sean buenas —dijo entre dientes mientras Argos iniciaba la teleportación.

La placa conductora de metal sobre la que estaban los Salamandras brilló como el magnesio e inundó de luz el mundo del sargento.

La teleportación era instantánea, y los confines de la plataforma receptora cobraron nitidez a su alrededor. Era uno de los diez puntos de traslado del teleportarium del monasterio fortaleza de Prometeo. Los vapores de la disformidad formaban remolinos desde la placa hexagonal, que era lo bastante grande como para albergar a toda una escuadra de exterminadores, de modo que los tres hermanos de batalla con sus servoarmaduras tenían espacio de sobra. La crepitante energía se disipó por tres antenas conductoras que formaban un arco sobre la plataforma como si de dedos encorvados se tratara. Los amortiguadores de disformidad, los parachoques psíquicos y demás medidas preventivas estaban en su sitio para actuar en el remoto caso de que algo fuese mal.

Dak'ir se adaptó más rápidamente al traslado esta vez. Advertido previamente, se había armado de valor, y con el estable sistema de teleportación de Nocturne el proceso era más suave. Los sistemas automatizados de las servoarmas se desactivaron al no detectar ninguna amenaza, y Dak'ir abandonó la plataforma de teleportación y se dirigió a la plataforma de acoplamiento donde ya se estaban reuniendo los Salamandras.

Ésta era enorme y se accedía a ella a través de una puerta vertical. Los Salamandras que ya habían realizado el traslado a Prometeo, o que tal vez ni siquiera habían salido de allí, estaban reunidos en pequeños grupos discutiendo las ramificaciones de lo que se había descubierto en el Panteón en agitados

murmullos. Algunos preparaban sus armas y comprobaban la carga con metódica precisión. Otros se arrodillaron apartados del resto mientras oraban con un símbolo de Vulkan contra sus labios. El nombre del primarca se mencionaba por todas partes. En una amplia sección del hangar, ocho Thunderhawk esperaban con los montantes de aterrizaje extendidos. Dirigidos por tecnomarines supervisores, la tripulación de servidores y de ingenieros humanos las preparaban para despegar. Unos enormes tubos que llenaban de combustible los tanques de las cañoneras eran arrastrados por la cubierta; en los reactores de fusión se llevaban a cabo escenarios operacionales; se trasladaban toneladas de municiones en inmensos elevadores de orugas; se insertaban pesadas municiones de tambor en los huecos para cartuchos y se cargaban al máximo de su capacidad las vastas baterías de energía de los cañones de proa. Los tecnomarines salmodiaban liturgias a los espíritus máquina ayudados en sus pías labores por una multitud de servidores votivos y de cibercráneos; los equipos humanos de cubierta despejaban e inspeccionaban los suspensores de los soldados; los paneles de instrumentación de las cabinas de mando eran examinados y sometidos a exhaustivos protocolos de activación; las turbohélices se activaban al mínimo para probar su funcionamiento; y se inspeccionaba cada centímetro cuadrado de la integridad estructural de las cañoneras.

Un extraña atmósfera invadía la plataforma de acoplamiento, en parte convertida en ceremoniosa plaza de armas y en parte sumida en una exhaustiva preparación de campaña. Debido a su dispersión por Nocturne ayudando a las aldeas y a los municipios a prepararse para el Tiempo de la Prueba, no todos los Salamandras llegaron al mismo tiempo. Iban apareciendo de manera esporádica tras haberse dirigido al sagrado emplazamiento de teleportación más cercano. Aunque las escuadras se estaban completando rápidamente, llenando la plataforma con sus inmensas armaduras y preparándose para recibir a su señor del capítulo.

Tsu’gan ya estaba presente con la mayor parte de su escuadra. Otros también habían empezado a formar filas.

Mientras paseaba la vista por la sala, Dak’ir vio a la Guardia Inferno de N’keln, la antigua escuadra de mando de Kadai, que esperaba a su capitán. Fugis estaba entre ellos con la cabeza agachada en su memoria. Los demás tenían la vista fija hacia adelante. N’keln todavía tenía que nombrar al campeón de la

compañía, el papel que Dak'ir había rechazado. Tampoco había cubierto todavía su antiguo puesto vacante de sargento veterano, el honrado hermano Shen'kar actuaba como el número dos del capitán por ahora, de modo que la Guardia Inferno sólo contaba con tres hombres, y la última posición la ocupaba el portador del estandarte Malicant. Las escuadras de asalto de Vargo y Naveem se reunieron en los flancos con sus enormes retrorreactores abrochados. Tal vez fuesen cosas de Dak'ir, pero le pareció detectar una especie de tensión entre ellos. Probablemente sólo era nerviosismo por lo que estaba a punto de transmitirles el consejo del Panteón. Los hermanos sargentos Agatone y Clovius también estaban presentes, junto con los devastadores de Lok y Omkar.

Al observar a sus homólogos, Dak'ir recordó algo que le había pedido a Ba'ken que hiciera antes de regresar a Nocturne.

—¿Has hablado con Agatone y con Lok?

Ba'ken asintió con expresión adusta, como si le hubiesen recordado algo nada grato.

—Tsu'gan habló con los sargentos. Al menos con los de las escuadras tácticas y de asalto.

Dak'ir negó con la cabeza, incrédulo.

—Su arrogancia no tiene límites. No puedo creer que todavía esté empeñado en ello.

—Agatone dice que varios de los otros sargentos lo apoyarán.

—De modo que maniobra contra N'keln descaradamente.

—Sus movimientos distan mucho de ser descarados. Iagon actúa de manera muy sutil. No hay ninguna prueba de que Tsu'gan ansíe la capitanía.

—No, pero está ejerciendo presión para que destituyan a N'keln. En el mejor de los casos está cometiendo un acto de mala conducta; en el peor, es pura traición. —Dak'ir intentó controlar su ira—. Se mire como se mire, esto no debe permitirse. Tenemos que hacer algo.

—Pero ¿qué? —preguntó Ba'ken—. A estas alturas hablar con el capellán no es una opción. Agatone ha jurado guardar silencio.

Dak'ir miró directamente a su soldado de artillería pesada. Su expresión era severa.

—Yo no soy Agatone, Ba'ken. Y a mí no me ata su juramento —replicó con dureza—. Esta disensión debe terminar.

—No hay elección —intervino Emek, participando por primera vez en la conversación—. Debemos hablar con el hermano Elysius.

Dak’ir negó con la cabeza.

—Ya hay bastante discordia y división entre nosotros. Una investigación por parte del capellán y de sus interrogadores sólo empeorará las cosas. N’keln quiere sanar las heridas de su compañía. Necesitará nuestro apoyo y el de los demás para hacerlo. Forzar a los sargentos a obedecer castigando a los desafectos sólo avivará el resentimiento existente. N’keln sólo se ganará la confianza de sus sargentos y establecerá su autoridad ganándose su respeto —razonó Dak’ir, que sintió cómo su deseo de actuar disminuía—. Aunque me duela admitirlo, Tsu’gan no está descontento sin razón. Ni siquiera yo estoy seguro de que su intención sea sustituir a Kadai. Quiere a alguien que merezca el cargo de Ko’tan. Cuando esté convencido de que N’keln es esa persona, capitulará.

—¿Estás seguro, hermano? —preguntó Ba’ken.

La respuesta de Dak’ir fue franca.

—No. El fuego de la batalla templará al capitán. Arderá o renacerá, ésa es la costumbre prometeana.

—Hablas como un auténtico filósofo, hermano —dijo Emek con sarcasmo.

Dak’ir se volvió hacia él. Una inmensa puerta instalada en el extremo opuesto de la plataforma de acoplamiento se estaba abriendo. Ésta daba al centro de la fortaleza monasterio y al Panteón. Tu’Shan y el consejo se estaban acercando, de modo que Dak’ir fue breve:

—Hablo como vuestro sargento —lo corrigió, y lo que siguió incluía también a Ba’ken—. Y cumpliréis mis órdenes.

Ambos Salamandras asintieron. El resto de la escuadra de Dak’ir se había unido a ellos. La hora de la charla había terminado. La puerta se abrió del todo y el señor del capítulo hizo su aparición.

Tu’Shan iba a la cabeza del consejo del Panteón, engalanado con toda su parafernalia de guerra. Su amplia capa de escamas de draco se retorcía como un ser vivo mientras caminaba, y sus profundos ojos ardían con toda la fuerza interior del núcleo de Fuego Letal. La 3.ª Compañía estaba reunida al completo. Incluso los hermanos veteranos Amadeus y Ashamon estaban presentes entre sus camaradas. Los dos dreadnoughts permanecían inmóviles junto a la destacada

escuadra táctica dirigida por Agatone. El hermano Ashamon era un dreadnought del modelo Hierro. Su martillo sísmico se tensaba con descargas eléctricas, en el mango tenía instalado un rifle de fusión, y la llama de ignición del lanzallamas fijado a su puño de combate parpadeaba inactiva.

Flanqueado por una escuadra de dracos de fuego y resonando fuertemente en su armadura de exterminador, Tu'Shan encabezó al consejo por un amplio pasillo. Éste dividía a las escuadras de la compañía en dos hemisferios iguales, y estaba destinado a los diez veteranos de la 1.ª Compañía, que iban acompañados del mismísimo Praetor. Tras el señor del capítulo estaba Vel'cona, bibliotecario jefe y superior directo de Pyriel. El epistolario caminaba junto a Elysius y N'keln en una marcha cerrada con los dracos de fuego a ambos lados de ellos. Los demás señores estaban ocupados en la superficie de Nocturne o llevando a cabo misiones en lejanos sistemas.

Dak'ir centró su atención en Elysius mientras la comitiva de guerreros pasaba por delante de él para detenerse delante de la 3.ª Compañía. El capellán llevaba el cofre de Vulkan en las manos.



# CINCO



# I

# TORMENTA SOLAR

—Bienvenidos, hermanos. —La voz de Tu'Shan resonó con fuerza alrededor de la extensa plataforma de acoplamiento y llegó hasta todos los rincones exigiendo una atención absoluta.

Incluso rodeado de los miembros del consejo del Panteón, varios de los mejores guerreros del capítulo, resultaba inmenso e imponente. La fuerza y la vehemencia de Vulkan brillaban en los ojos del señor del capítulo junto con la sabiduría y la presencia típicas del primarca.

—El consejo ha consultado el Libro del Fuego y tenemos noticias de sus sagradas páginas —concluyó con gravedad.

No hubo más preámbulos. Tu'Shan era un hombre de acción, no de retórica, de modo que invitó a Elysius a adelantarse.

El capellán hizo una breve reverencia y avanzó frente a su señor del capítulo de modo que pudiera verlo la multitud de Salamandras que aguardaban ante él.

Elysius los evaluó a todos en silencio, permitiendo que la gravedad de la ocasión se acrecentase y haciendo ver a sus hermanos que siempre estaba observándolos. Mostrar impureza de espíritu ante el capellán era una locura. Era

muy aficionado a emplear el hierro y la excoriación para determinar la devoción de un guerrero. Los cirujanos interrogadores, servidores automatizados que él mismo había modificado, lo ayudaban en su trabajo. No todos los que entraban en su reclusium lograban salir. Pero sobrevivir a las manos de Elysius significaba que uno era intachable…, al menos durante un tiempo.

Era un Salamandra más. Pero todo aquel hermano de batalla que contemplaba al capellán sentía su presencia como el frío acero esperando para encenderse con el fuego.

—«Cuando el cielo se vuelva rojo de sangre y la Montaña de la Forja renuncie a sus hijos, Vulkan nos mostrará el camino», citó Elysius.

Su voz poseía un tono duro, como las ardientes púas de sus herramientas de confesión.

Después observó los rostros que tenía ante sí atentamente.

Los sellos de pureza adornaban la servoarmadura de color negro cobalto del capellán. Cadenas votivas colgaban de sus hombreras, de su peto y de su gorguera. Los lucía incluso en su casco de combate: efigies de martillos, dragones y del águila imperial.

—El cielo ya está ensangrentado —continuó—. El Fuego Letal ya ha renunciado a sus hijos.

Elysius cerró el puño para enfatizar su discurso.

—Éstas son las escrituras del Libro del Fuego, tal y como nos las dejó nuestro primarca. Y con esto —levantó el cofre encontrado en la *Archimedes Rex* con la otra mano como si fuera un icono sagrado— nos ha mostrado su camino.

Elysius bajó el cofre y relajó el puño.

—Unas coordenadas galácticas escondidas entre símbolos codificados encontrados en el cofre señalan una sección del espacio —explicó el capellán, cuyo celo se había transformado en pragmatismo—. Allí, en la cúspide de la región oculta del Segmentum Tempestus, hay un sistema sumido en tormentas de disformidad, privado de la luz del Emperador durante milenios. —Sus ojos relampaguearon tras su máscara de calavera—. Debemos llevar la antorcha de la iluminación hasta él, hermanos. Las tormentas han cesado y el camino se ha abierto de nuevo. ¡Mirad los cielos de Nocturne!

El voluble capellán volvió a cambiar el tono de su discurso y bajó las manos para señalar el planeta que tenían debajo.

—Una bruma de color rojo sangre cubre nuestro funesto sol. Esta bruma coincide con la forma de una constelación de estrellas en este mismo sistema. En el centro de este conjunto celestial se encuentra un único planeta, un planeta desaparecido de los archivos del Imperio durante más de diez mil años: Scoria. No hace falta que explique la importancia que tiene eso.

Murmullos de incredulidad inundaron la estancia. Elysius no hizo nada para calmarlos. Al contrario, parecía deleitarse en el creciente fervor.

Dak'ir estaba tan consternado como sus hermanos de batalla. ¿Habrían descubierto de algún modo el destino del propio Vulkan? Eso era lo que el capellán había sugerido. Era sólo una suposición, pero aun así… El rostro de Tu'Shan no mostraba expresión alguna ante aquella revelación de gigantescas proporciones. Dak'ir supo después que el rayo de luz emitido desde la montaña había refractado con las partículas de polvo de la reciente erupción formando la pseudocelestial representación de la que hablaba Elysius. Sin duda, aquél era un fenómeno sin precedentes, y se interpretó como una señal.

Dak'ir no estaba seguro de si se trataba de un gran descubrimiento o de una condena inminente. Lo que sí sabía era que si había la más remota posibilidad de encontrar a Vulkan o de averiguar cuál había sido su destino, los Salamandras harían cualquier cosa por lograrlo. El resto de las palabras de Elysius fueron breves y hablaban de entereza y de la purificación del fuego de la guerra. Pronunciadas con gran celo, Dak'ir se las sabía de memoria. Su mente daba vueltas con todo lo que había sucedido y lo que estaba por llegar. Cuando el capellán hubo terminado y N'keln se adelantó para dirigirse a ellos, el hermano sargento supo exactamente lo que iba a decir. El rostro del capitán era duro como la roca.

—3.ª Compañía, iremos a Scoria a reclamar al progenitor de nuestro capítulo, en caso de que ése sea su paradero.

Había intensidad en los ojos del hermano capitán, como si fuera consciente de la importancia de aquella misión y de la oportunidad que suponía de reconciliar a la compañía. Dak'ir imaginaba que Tu'Shan también lo sabía.

—No obstante, iremos con la mente abierta y con cautela. Todos nosotros —continuó N'keln asintiendo con sabiduría—. Scoria lleva sin contactar con el Imperio desde el trigésimo primer milenio. Al ser un mundo letal, como el nuestro, no debería presentar ningún problema para la misión. Los augures del

espacio interplanetario han revelado que el pequeño sistema en el que se halla es una zona inestable, sacudida por tormentas solares. Esto también lo superaremos. No hay modo de saber con qué nos encontraremos cuando alcancemos la superficie. Pero con enemigos o sin ellos, descubriremos por qué nuestro primarca nos envió allí. Y no estaremos solos. —N'keln hizo un gesto tras él—: El hermano Praetor y sus dracos de fuego nos acompañarán.

El sargento veterano de la 1.ª Compañía apenas se movió cuando los ojos de toda la 3.ª Compañía se posaron sobre él. Era un guerrero imperioso y un estratega sin par, a excepción del señor del capítulo. Como todos los dracos de fuego, era distante, y vivía y entrenaba en la fortaleza monasterio de Prometeo. Una larga capa de piel de salamandra colgaba desde el dorso de su armadura de exterminador, y su afeitada cabeza parecía un duro y negro ariete entre sus inmensas hombreras. Los laureles adornaban su aguerrida figura; sujeto al puño de su guantelete había un martillo de trueno de mango largo y a la espalda llevaba un escudo de tormenta circular.

La inclusión de Praetor en la misión planteaba ciertas cuestiones. Era un gran honor servir junto a la compañía de Tu'Shan; todos eran reyes guerreros, una inspiración para los hermanos de batalla que los rodeaban. Pero esto también ponía en duda la autoridad de N'keln. Dak'ir estaba convencido de que eso sólo alimentaría los argumentos de Tsu'gan.

Había perdido de vista a su homólogo en la reunión. Pero no importaba, Dak'ir lo vería en cuanto N'keln diese por concluida la asamblea.

—¡De modo que ya basta de palabras! ¡Con palabras no lograremos nada! ¡Nacidos del Fuego! ¡A vuestras cañoneras! ¡El *Ira de Vulkan* nos espera para llevarnos a Scoria!

Los miembros de la 3.ª Compañía se pusieron sus cascos de batalla y rompieron filas de inmediato. Los sargentos empezaron a ladrar órdenes mientras se dividían en escuadras y marchaban apresuradamente hacia las rampas de embarque de las Thunderhawk. Dak'ir reunió a sus Salamandras y se dirigió a la Dragón ele Fuego. Por el borde de la lente de su casco vio cómo los dracos de fuego avanzaban hacia la Implacable, su propia cañonera. Viajaban con el hermano capitán N'keln y la Guardia Inferno. El capellán Elysius los acompañaba. La plataforma de acoplamiento se evacuó rápidamente, dejando solos a Tu'Shan y a Vel'cona.

Para angustia de Dak’ir, Pyriel se unió a ellos a bordo de la *Dragón de Fuego*. El bibliotecario posó su penetrante mirada en el hermano sargento brevemente antes de ocupar su puesto en un arnés gravitatorio de la Cámara Santuarina.

Tsu’gan no vio a nadie mientras dirigía a su escuadra hacia la nave cegado por la introspección. Parecía que muchos de los Salamandras estaban sumidos en sus pensamientos. La idea de descubrir a su primarca o alguna pista de su destino los había hecho enmudecer a todos.

El aullido de las turbohélices ahogó el ruido exterior mientras el personal de servidores de cubierta se retiraba.

Cuando la *Dragón de Fuego* se elevó, en segundo lugar después de la Implacable, sus montantes de aterrizaje se replegaron. El estruendo de una llamarada rugió desde sus motores a toda potencia y la cañonera salió despedida hacia arriba. La *Lanza de Prometeo* arrancó tras ella. Las cañoneras *Inferno* y *Hellstorm* siguieron al convoy aéreo. Un trío de transportadores Thunderhawk se elevó después con cuatro transportes Rhino y el Land Raider Redentor *Yunque de Fuego*.

Las compuertas blindadas del techo del hangar se abrieron y revelaron el abismo del espacio real sobre sus cabezas.

Amarrado a una de las garras de acoplamiento estaba el crucero de asalto, esperando para llevar a la 3.ª Compañía a su destino.

El *Ira de Vulkan* estaba atravesando el último paso a través del empíreo, el obstáculo final antes de entrar en el sistema scoriano. Muchos de los Salamandras estaban realizando sus rituales de batalla, preparándose para lo que estuviese por llegar. Algunos entrenaban rigurosamente en el gimnasio del crucero de asalto; otros pasaban el tiempo en soledad recitando el catecismo de la tradición prometeana. Tsu’gan, sometiéndose a un malestar autoinfligido, había escogido los solitoriums de nuevo en un vano intento de aliviar con fuego su sentimiento de culpa.

Iagon vio desde las sombras cómo Tsu’gan se tambaleaba mientras abandonaba la cámara de aislamiento.

Olas de vapor emanaban del cuerpo torturado del sargento empañando el aire

más frío que lo rodeaba. Cubriéndolas con una túnica, Tsu'gan se dirigió a la antecámara donde Iagon había dejado su servoarmadura tal y como le había ordenado.

—Astartes —dijo una voz que emanaba de la oscuridad.

Iagon tardó un momento en darse cuenta de que se dirigía a él.

La enjuta figura de Zo'kar, el sacerdote marcador de Tsu'gan, se mostró ante él. La luz rojo intenso de las lámparas iluminaba sus ropas de sacerdote a medida que se acercaba al Salamandra.

El corazón principal de Iagon latía como un tambor en su pecho. En su sádico deseo de observar el autoflagelamiento de Tsu'gan, aunque mediante el hierro incandescente de Zo'kar, no se había dado cuenta de que se había inclinado hacia adelante revelando su presencia. Había tenido suerte de que Tsu'gan estuviera tan embriagado de dolor que no se diera cuenta. De otro modo, las maquinaciones de Iagon habrían corrido un grave peligro. El vínculo de confianza que había trabado con su sargento era vital; sin él, Iagon no tenía nada.

—No deberías estar aquí —lo reprendió Zo'kar, que ya había dejado a un lado su hierro y había despachado al servidor votivo—. Lord Tsu'gan es muy estricto respecto a la intimidad.

Iagon entornó los ojos.

—¿Y acaso no la he respetado, siervo?

—Mis órdenes fueron muy claras, astartes. Debo informar a lord Tsu'gan de esta intromisión inmediatamente.

Zo'kar hizo ademán de volverse, pero Iagon salió de la oscuridad y lo agarró del hombro. El astartes sintió el hueso del sacerdote bajo la túnica y a través de su piel de pergamino y lo presionó ligeramente, lo justo para alertar a Zo'kar, pero no lo suficiente como para hacerlo gritar.

—Espera. —Iagon empleó su fuerza para darle la vuelta al sacerdote de modo que lo mirase a la cara—. No creo que el hermano Tsu'gan esté en condiciones de oír esto ahora mismo. Deja que yo se lo explique.

Zo'kar negó con la cabeza bajo su capucha.

—No puedo. Obedezco a lord Tsu'gan. Debe saberlo.

Iagon luchó por controlar una repentina punzada de rabia y el deseo de infligir dolor al insignificante ser que tenía entre sus manos.

Había sido cruel incluso de niño. Un débil recuerdo todavía más confuso a

causa de la niebla de su renacimiento sobrehumano giraba como una voluta de humo en las profundidades de la conciencia de Iagon. Era una imagen medio borrosa de sí mismo atando lagartos a un poste en las dunas de la llanura Scorian. Desde la sombra de una roca esperaba hasta que el sol abrasador achicharraba a las diminutas criaturas y después veía cómo los dracónidos más grandes acudían para devorarlas. Gracias a su determinación y a su astucia, Iagon había superado las pruebas requeridas para convenirse en un marine espacial y había sido reclutado como neófito. Sus oscuros impulsos, que entonces no alcanzaba a comprender del todo, se habían canalizado hacia el campo de batalla. Con su agudeza mental, desarrollada todavía más gracias a la ciencia genética imperial, había logrado avanzar, ocultando siempre sus oscuras inquietudes a los sondeantes tentáculos de los capellanes y los apotecarios. Iagon descubrió a través de este secreto que era un experto en subterfugios. Finalmente sacó la oscura chispa que tenía en su interior y utilizó su entrenamiento y su intelecto superior para convertirla en una llama. Esta rugió en una sombría conflagración de deseo por el poder y por encontrar el modo de obtenerlo. Ningún proceso de exanimación, por muy riguroso e invasivo que hiera, era perfecto. Entre los incalculables billones del Imperio, toda población, todo credo, poseía un elemento patológico. A menudo estas anomalías pasaban desapercibidas y parecían normales y pías hasta que llegaba el momento de revelar su desviación. Pero, por supuesto, para entonces solía ser demasiado tarde.

Ahora Iagon era el dracónido y Zo’kar el lagarto a su merced. El Salamandra se acercó empleando todo su tamaño y su peso para acobardarlo e intimidarlo. Cuando Iagon volvió a hablar, su tono estaba teñido de una amenaza apenas disimulada.

—¿Estás seguro, Zo’kar?

—Más peso.

Ba’ken gruñó y relajó los hombros. Las pesadas cadenas sujetas a los negros mitones de fuerza que llevaba se aflojaron. La espalda del Salamandra como una losa de ónice, dura e implacable, mientras bajaba lentamente los inmensos pesos que sostenían las cadenas. Se agachó y los músculos de sus piernas se hincharon.

Sus tendones parecían cables gruesos. Vestido únicamente con un uniforme de entrenamiento, la musculatura de su cuerpo de ébano quedaba prácticamente descubierta en su totalidad.

Dak'ir sonrió irónicamente.

—No hay más, hermano —le dijo desde atrás.

—Entonces te levantaré a ti, hermano sargento. Súbete a mis hombros.

La mirada de Ba'ken seguía fija, y Dak'ir no estaba seguro de que estuviese bromeando.

—Me temo que no va a poder ser, Ba'ken —respondió con fingida decepción mientras comprobaba el crono de la pared del gimnasio—. Estamos a punto de entrar en el sistema. Debemos prepararnos para el descenso a Scoria.

Ba'ken se quitó los mitones de las manos y los dejó con un fuerte estruendo metálico.

—Es una lástima —dijo mientras se levantaba y se secaba el sudor del cuerpo con una toalla—. Le pediré al intendente más peso para la próxima vez.

Dak'ir devolvió los mitones, que parecían inmensos trozos de granito tallado, a su sitio. A su alrededor, los guerreros de la 3.ª Compañía seguían entrenando duro.

El gimnasio era un vasto espacio. En un extremo estaban las hileras de jaulas de lucha, que se encontraban a pleno rendimiento mientras los hermanos de batalla se retaban entre ellos o simplemente practicaban las disciplinas de las armas de combate cuerpo a cuerpo. Otros ocupaban el resto del espacio, con un suelo oscuro como el granito negro y lleno de toda clase de máquinas de ejercicios.

También había un bloque de ablución, y los huecos más oscuros alojaban cinco fosos donde los Salamandras podían desarrollar su entereza merced a los encendidos rescoldos o las incandescentes barras de hierro.

Dak'ir centró su atención en la balística donde Ul'shan y Omkar aleccionaban a sus soldados en sus rituales de puntería. Lok no estaba presente, y los dos hermanos sargentos se habían dividido a los miembros de la escuadra del veterano entre ellos para instruirlos y valorar su precisión. Apartados del resto del gimnasio por razones obvias, los hermanos de batalla que se encontraban en los confines del espacio dedicado a la balística podían verse a través de una lámina transparente de cristal blindado.

Dak'ir estaba de espaldas cuando Ba'ken habló de nuevo.

—¿Y qué viste?

Antes de llegar al gimnasio para dirigir el entrenamiento de su escuadra, Dak'ir había pasado varias horas en uno de los solitoriums del crucero de asalto. Durante la meditación había tenido otro sueño. Éste era distinto a la recurrente pesadilla de los últimos momentos de Kadai y los vanos esfuerzos de Dak'ir por salvarlo. No era un recuerdo lo que había imaginado en su mente, más bien parecía una visión o incluso una profecía.

Pensar en ello lo sobrecogía tanto que Dak'ir había buscado auxilio en el consejo del Salamandra al que mejor conocía y en el que más confiaba.

El rostro de Ba'ken no mostró ninguna señal de sospecha ni de mala intención cuando Dak'ir se volvió hacia él. Sólo tenía curiosidad. El inmenso Salamandra era uno de los guerreros más fuertes que conocía, pero lo que más valoraba de él era su honestidad y su integridad.

—Vi un lagarto con dos cabezas merodeando por la oscuridad de una Ranura de árida arena —respondió Dak'ir—. Estaba cazando y encontró a su presa, un lagarto más pequeño, solo en las dunas. Acorraló a la pequeña criatura y se la tragó entera haciéndola descender por su garganta. Después volvió a escabullirse entre las sombras, hasta que él también acabo siendo engullido, pero por la oscuridad.

Ba'ken se encogió de hombros.

—No es más que un sueño, Dak'ir, nada más. Todos soñamos.

—No de esta manera.

—¿Crees que augura algo?

—No sé qué significa. Lo que más me preocupa es por qué lo estoy soñando.

—¿Has hablado con el apotecario Fugis?

—Sabe de mis sueños, y hasta la muerte de Kadai me estuvo observando como un dactílido observa a su presa. Ahora, por lo visto, Pyriel ha pasado a ser mi vigilante.

Ba'ken volvió a encogerse de hombros.

—Si fuese algo de lo que preocuparse Elysius sería tu sombra, y no nuestro hermano bibliotecario, y ahora mismo estarías teniendo esta conversación con los cirujanos interrogadores del hermano capellán. —Su mirada se volvió cálida y seria—. Tal vez era tu destino encontrar el cofre en la nave del Mechanicus, tal

vez tu visión del lagarto bicéfalo tiene alguna razón de ser. No lo sé, porque yo no creo en esas cosas. Sólo sé que tú eres mi hermano de batalla, Dak'ir. Además, eres mi sargento. Llevo luchando a tu lado más de cuatro décadas. Ése es el único testimonio que necesito de tu pureza y de tu espíritu.

Dak'ir fingió que aquello había aliviado su preocupación.

—Eres sensato, Ba'ken. Mucho más sensato que yo —dijo con una sonrisa forzada.

El fornido Salamandra sólo resopló, rotando los hombros para combatir la rigidez.

—No, hermano sargento, sólo soy viejo.

Dak'ir rio en voz baja, un sonido que brotó con una despreocupación poco frecuente.

—Reúne a los soldados —ordenó—. Que acudan con armadura a la plataforma de ensamblaje dentro de dos horas.

El resto de hermanos sargentos ya estaban formando a sus soldados. Los siervos se preparaban para asistir a aquellos que se habían despojado de su armadura para entrenar.

—¿Dónde estarás tú? —preguntó Ba'ken.

Dak'ir se estaba poniendo el traje ajustado sobre el que se colocarían y se conectarían los haces de fibras eléctricas, los cables de contacto y el sistema de circuitos interno de su servoarmadura.

—En el puente.

El sargento pasó por alto la pequeña impertinencia de Ba'ken por el respeto que le profesaba a su soldado de artillería pesada. Sabía que su pregunta era sincera y carente de insolencia.

—Quiero hablar con el hermano capitán antes del descenso.

—¿Y qué ha pasado con la «costumbre prometeana»?

—Nada. Quiero saber qué cree que nos encontraremos en Scoria y si considera que esta misión es la bendición que todos esperamos que sea.

Ba'ken pareció satisfecho con la respuesta e hizo una reverencia antes de dirigirse a los ardientes chorros de vapor de la cámara de abluciones.

Dak'ir se colocó el resto de la armadura en silencio, con la mirada perdida. Cuando el siervo terminó, el hermano sargento le agradeció la ayuda y abandonó el gimnasio. Estaba convencido de que el largo camino hasta el puente le

aclararía las ideas. El recuerdo del sueño lo carcomía como un parásito mientras intentaba desentrañar su significado.

Su introspección se vio interrumpida por la repentina aparición de Fugis. Había girado la esquina en la misma sección de la nave. Dak'ir recordó de nuevo la conversación que habían mantenido fuera de la Cámara de la Conmemoración de Hesiod. El apotecario había mostrado entonces un velo de melancolía que apenas se había disipado. Cuando Fugis alzó la vista, primero miró más allá de Dak'ir, e incluso después tardó en reconocerlo.

—¿Te encuentras bien, hermano apotecario? —preguntó Dak'ir con auténtica preocupación.

—¿Has visto al hermano sargento Tsu'gan? —dijo Fugis bruscamente—. Me ha estado evitando desde que embarcamos y tengo que hablar con él de inmediato.

A Dak'ir lo cogió por sorpresa el tono cortante de la voz del apotecario, pero respondió de todos modos.

—La última vez que lo vi se dirigía a los solitoriums, pero eso fue hace casi seis horas. Dudo mucho que siga allí.

—Pues yo creo que es bastante probable, hermano —rugió Fugis, y se alejó sin dar más explicaciones hacia los solitoriums.

El apotecario siempre había sido frío. Dak'ir solía ser siempre receptor de su innata frialdad, pero nunca lo había visto así. Esta vez lo acuciaba la oscuridad, ahogando cualquier esperanza y optimismo. Dak'ir ya lo había notado durante la inspección del desierto de Pira. Y ahora volvía a verlo a medida que la figura de Fugis era engullida por las sombras del largo pasillo.

Dak'ir decidió no darle más vueltas de momento. Tenía asuntos que resolver en el puente que no tenían nada que ver con la preocupación del afligido apotecario.

Las puertas blindadas del puente se abrieron después de que un escáner biométrico reconociera la presencia de Dak'ir. Un leve silbido de presión hidráulica escapó mientras el hermano sargento atravesaba el portal hacia el centro de control del *Ira de Vulkan*.

La luz de las lámparas que rodeaban el puente era débil. La semioscuridad

propiciaba una atmósfera de aprensivo silencio acorde a la penumbra. Siempre era así cuando atravesaban la disformidad o durante la batalla. La escasa luz rojiza abrazaba las paredes exteriores de la cámara hexagonal hasta perderse en la oscuridad. La mayor parte de la iluminación del puente procedía de las mesas del strategium y de las pantallas superiores que controlaban los múltiples sistemas de la nave. Las columnas de iconos de las distintas pantallas eran verdes. Esto significaba que los campos Geller que protegían a la nave de los depredadores de la disformidad se mantenían activos. Un semicírculo de consolas llenaba el arco delantero del puente. Como en todas las naves astartes, la tripulación del *Ira de Vulkan* estaba principalmente compuesta de siervos humanos, alféreces y comandantes, servidores y tecnosabios, todos trabajando ante los controles operativos. Unos gruesos escudos se habían instalado sobre los miradores del puente para protegerlos, pues incluso mirar a la disformidad significaba estar condenado por ella.

La disformidad era un reino inmaterial, una capa que se extendía sobre el mundo real, similar a un mar incorpóreo. El tiempo avanzaba de manera diferente en sus olas; podían abrirse portales en ella y había rutas que permitían a las naves avanzar grandes distancias relativamente rápido. Pero albergaba múltiples peligros.

Horrores abismales y entidades hambrientas de almas vagaban por sus profundidades. Además, la disformidad era insidiosa. Era capaz de penetrar en la mente de un hombre y obligarlo a hacer o a ver cosas. Muchas naves espaciales se habían perdido de este modo. No por haber sido tomadas por demonios, sino porque se habían autodestruido desde dentro.

A pesar de la ardua preparación psicológica y de su dureza mental genética, Dak'ir sentía una punzada de inquietud cada vez que penetraba en el immaterium.

Le aliviaba pensar que pronto lo abandonarían. La disformidad lo alteraba. Se infiltraba en su conciencia con delgados y finos dedos y le arrebataba su determinación. Palpitando de manera insistente, la semipresencia de la disformidad era como un susurro perdido cargado de malas intenciones. Dak'ir la bloqueó con bastante facilidad, pero por un instante le hizo pensar en los Guerreros Dragón, en cómo se habían rendido voluntariamente a aquella otra realidad de oscuros sueños y de promesas aún más oscuras y en que incluso la

habían abrazado. Como sirviente leal del Emperador, no podía imaginar qué motivación los habría llevado a cometer un acto tan desesperado. Nihilan y sus renegados ya no tenían posibilidades de redimirse. Su mente vagó hasta Stratos y el motivo por el que los Guerreros Dragón estaban allí.

La venganza siempre le había parecido un motivo demasiado nimio para alguien como Nihilan no era suficiente.

Dak'ir dejó la cuestión a un lado. Había llegado a la parte trasera del puente y estaba a los pies de una plataforma con escalones sobre la que el hermano capitán N'keln descansaba en su trono de control. N'keln parecía ocioso e impaciente mientras observaba cómo el hermano bibliotecario los guiaba bajo la luz del Emperador a través de los caprichos de la disformidad.

Pyriel estaba delante del trono de control, en una parte más baja de la plataforma. Estaba en un pseudopúlpito totalmente erguido. La posición que mostraba no se debía a la oración. Su capucha psíquica estaba conectada íntegramente con los circuitos internos del púlpito aumentando sus habilidades.

Una serie de planos tácticos, esquemas y mapas de predicciones trazados psicográficamente por los astrópatas de la nave estaban dispuestos sobre una mesa de estrategias a la derecha de N'keln. El capitán los miraba distraídamente mientras el hermano sargento Lok, de pie junto al trono de control, señalaba posibles zonas de aterrizaje y de aproximación con un marcador.

Por lo visto, los planes del desembarco en Scoria ya estaban desarrollándose. Era todo teoría hasta que penetrasen en el sistema, pero los Salamandras eran extremadamente minuciosos.

El sargento veterano Praetor no estaba presente. Dak'ir supuso que su abultada armadura de exterminador impedía su presencia en el puente y que permanecía con sus dracos de fuego, sumido en alguno de los rituales clandestinos que los guerreros de la 1.ª Compañía llevaban a cabo antes de la batalla. Tal vez el capellán Elysius estuviese con ellos, porque también se encontraba ausente.

—Hermano sargento.

El recibimiento de N'keln tenía un tono interrogante.

Dak'ir lo saludó y dio por hecho que se le permitía acercarse.

—¿Ya estáis preparando nuestro aterrizaje?

—Desde que dejamos Prometeo, hermano.

La mirada de N'keln se posó en los planos que Lok estaba marcando con flechas y símbolos de batalla.

Dak'ir advirtió el aspecto militar de los iconos que el sargento veterano estaba dibujando.

—¿Se esperan problemas, hermano capitán?

—Ni los espero ni los descarto, sargento. Sólo quiero que estemos preparados para lo que haya ahí abajo.

N'keln alzó la vista de la mesa de estrategia al ver que Dak'ir no decía nada.

—¿Impaciente por hallar respuestas, Dak'ir?

—Mi señor, yo…

N'keln hizo un gesto para detener su inminente disculpa.

—Eres el tercer oficial que ha visitado el puente en la última hora —dijo—. Debería castigar un comportamiento tan impaciente, especialmente viniendo de un sargento que debería estar con su escuadra. Pero en este caso haré una excepción. Un capítulo como el nuestro no tiene la oportunidad de descubrir el destino de su primarca todos los días.

Dak'ir tuvo la impresión de que el semblante de N'keln se volvió ligeramente nostálgico.

—He visto representaciones artísticas, por supuesto —continuó el capitán con veneración—, en roca y en metal, pero ver… —N'keln enfatizó la última palabra con sentida vehemencia—… con mis propios ojos… a nuestro padre, diez mil años después de su legendaria desaparición… Sería como un mito hecho realidad.

Dak'ir estaba menos eufórico.

—Espero que tengas razón, hermano capitán.

—¿No crees que encontremos a Vulkan en Scoria? —preguntó N'keln sin rodeos.

No había ninguna segunda intención ni ninguna especie de sondeo oculto en sus palabras. Tal vez ésa era la razón por la que tenía dificultades con la parte política del liderazgo.

—La verdad, capitán, es que no sé qué encontraremos allí o en qué acabará todo esto.

Los ojos de N'keln se entrecerraron y, en la pausa de la conversación, Dak'ir sintió la inminencia de lo que estaba a punto de suceder como si llevase un collar

de piedra alrededor del cuello. La mirada del capitán era escudriñadora.

—Esto te concierne más a ti que a nadie, ¿verdad, hermano? Tú encontraste el cofre en la *Archimedes Rex*, ¿no es así?

Dak'ir asintió, aunque sabía que no era necesario. A pesar de que estaban dándose la espalda el uno al otro, el sargento sintió cómo los ojos del bibliotecario se clavaban en la parte trasera de su cráneo en cuanto se mencionó el cofre.

—Pronto obtendrás tus respuestas, hermano sargento —interpuso la voz de Pyriel, como invocada por el pensamiento de Dak'ir—. Estamos a punto de abandonar la disformidad.

A continuación hubo una pausa preñada de significado mientras todos aquellos presentes en el puente esperaban la vuelta al espacio real.

—Ahora… —susurró. Pyriel.

Una inmensa sacudida azotó al *Ira de Vulkan*, como si una repentina onda expansiva recorriera su columna vertebral. El puente tembló. Dak'ir y otros varios perdieron el equilibrio. Un grave rugido inundó la sala hexagonal. Sonaba como el fuego, pero aullaba como si estuviera vivo y buscase vorazmente aire que quemar. La tripulación humana y los servidores se taparon los oídos mientras intentaban mantenerse en pie. La nave daba bandazos de un lado a otro, zarandeada como un esquife en un océano violento. Las consolas explotaron, lanzaron chispas y se apagaron. Las sirenas sonaban con urgencia ahogadas por el furioso tumulto que azotaba al *Ira de Vulkan* desde el exterior.

—¡Alerta roja! —bramó N'keln por el comunicador del trono de control agarrándose a los brazos con fuerza para mantenerse sentado—. ¡Todo el mundo a los puestos de emergencia!

Lok cayó sobre una de sus rodillas y se mantenía apoyado en el suelo con el puño de combate mientras agarraba la mesa de estrategia con la otra.

—Pyriel…

El rostro de N'keln parpadeaba con la intermitente luz de emergencia mientras Dak'ir se levantaba desde donde había caído, en la base de la escalera. Todavía aturdido, miró al bibliotecario. El púlpito era un amasijo de cables chispeantes y de metal chamuscado. Pyriel se abrió paso a golpes y salió de entre aquellos restos malhumorado.

—Debemos de haber pasado por una tormenta solar —gruñó sujetándose al

maltrecho extremo del púlpito para evitar caerse cuando la nave fue sacudida de nuevo.

Los timoneles que había delante del bibliotecario trataban desesperadamente de hacer virar la nave al tiempo que intentaban mantenerse en pie.

El sonido de los servos luchaba contra el intenso trueno que atacaba la nave mientras los escudos blindados que cubrían los miradores empezaban a retraerse. Era un sistema automatizado que se activó en cuanto los campos Geller se desactivaron y la nave volvió a entrar en el espacio real.

Dak'ir sintió el peligro antes de ver una delgada línea de luz ultrabrillante que empezaba a formarse en el extremo inferior del escudo.

—¡Desactivad el…!

Los gritos de horror eclipsaron la advertencia del hermano sargento cuando múltiples rayos de luz sobrecalentada alcanzaron el puente. El alférez que se encontraba más cerca del mirador sufrió una combustión espontánea en cuanto la letal energía solar lo alcanzó. Otros encargados de las consolas sufrieron la misma suerte. Uno de los comandantes se volvió suplicando la clemencia del Emperador con la parte izquierda de su rostro quemada y ennegrecida. Un oficial de navegación, con el suficiente sentido común como para haberse agachado tras una consola, sacó su pistola láser y le administró un tiro en la frente al pobre desdichado.

Dak'ir sintió el calor sobre su armadura. Era como caminar por un túnel de viento mientras luchaba por llegar hasta la palanca que desactivaba el escudo hermético de emergencia. Al no llevar puesto el casco de combate todo parecía danzar a través de la calima. Su piel desnuda era inmune a ella, aunque vio cómo un servidor moría abrasado a causa de la erupción solar. Ésta hizo estragos en las paredes interiores, haciendo arder los cables y quemando circuitos.

Pyriel lanzó una cúpula de energía alrededor de la tripulación, que se arrastró hacia ella a cuatro patas. Los ciegos y los quemados fueron arrastrados, lloriqueando, hacia aquel santuario psíquico, mientras que los muertos se dejaron allí, convertidos en antorchas humanas.

La abertura del escudo sólo tenía unos centímetros cuando Dak'ir llegó al panel de desactivación y tiró de la palanca. A una velocidad exasperantemente lenta, las placas de blindaje se cerraron de nuevo y la luz infernal desapareció.

Pyriel desactivó la cúpula de energía y se dejó caer. Tenía el rostro sudoroso,

pero sus ojos reflejaron gratitud al encontrarse con los de Dak’ir.

Los humeantes restos de los hombres estaban por todo el puente. Sus cadáveres yacían carbonizados sobre la abrasada cubierta.

—Equipos médicos, acudan al puente de mando de inmediato —ordenó Lok a través de su gorguera conectada con los sistemas de comunicación de la nave.

Los extremos de sus hombreras estaban negros, como cubiertos con una capa de espeso hollín, y el vapor emanaba de su cabeza pelada.

—Maestro Argos… —ladró N’keln por el comunicador del trono.

El intenso rugido de la tormenta no había cedido, lo que dificultaba la transmisión de órdenes.

—Parte de daños.

El ruido de estática inundaba los transmisores del puente de mando. La voz del tecnomarine era forzada, como si luchara para que se lo oyese a través de las interferencias. El clamor de fondo de la cubierta del enginarium donde Argos se encontraba empeoraba todavía más la comunicación.

—Los motores del casco no funcionan. En cuanto a los reactores de popa, de la fila tres a la dieciocho, muestran emisiones esporádicas de energía. Los escudos están bajados y las cubiertas de la trece a la veintiséis muestran daños importantes, posiblemente una brecha en su integridad.

Era un informe desalentador.

—¿Qué nos ha golpeado?

—La parte de babor de la nave ha sido alcanzada por un rayo de luz de la tormenta solar. El rayo ha atravesado el blindaje exterior, se ha llevado por delante los escudos y ha hecho trizas la mayoría de las cubiertas que daban al sol. Secciones enteras han sido arrancadas de cuajo. Las áreas peor paradas han ardido totalmente. Todo se ha convertido en cenizas. Ya las he precintado.

—¡Por Vulkan! —musitó N’keln.

De algún modo, tal vez a través de su sistema augmético, Argos lo oyó.

—Imaginad el efecto de un rifle de fusión a quemarropa contra una armadura de ceramita.

Dak’ir prefirió no hacerlo.

—Dime algo positivo, hermano —dijo N’keln interrumpiendo el sombrío comentario del sargento.

La respuesta del tecnomarine fue involuntariamente seca.

—Seguimos volando.

El capitán sonrió sin alegría. Las puertas blindadas se abrieron y los equipos médicos entraron para atender a los heridos y llevarse a los muertos. Lok se hizo cargo de dirigirlos mientras N’keln continuaba hablando con su tecnomarine jefe.

—¿Cuánto tiempo podemos seguir volando con la brecha abierta?

Los transmisores crujieron retrasando la respuesta de Argos.

—No mucho —dijo por fin.

N’keln miró a Dak’ir a los ojos con gesto severo. Las cubiertas afectadas tendrían que purgarse y sellarse. Cientos, si no miles, de siervos humanos trabajaban en esas áreas de la nave. N’keln los estaría condenando a todos a muerte.

—Solos no pueden sobrevivir —intervino Dak’ir sabiendo lo que rondaba por la cabeza de su capitán.

N’keln asintió.

—Por eso vas a reunir a tu escuadra, y tú también, Lok —añadió lanzándole una mirada rápida—, y vais a ayudarlos en la evacuación. Salvad a todos los que podáis, hermanos. Ordenaré que se sellen las cubiertas en quince minutos.

Dak’ir golpeó su hombrera con el puño. Él y Lok salieron corriendo, y sus armaduras traquetearon con urgencia a su paso.



# II
# PECADOR Y SALVADOR

Iagon perdió el equilibrio cuando un violento temblor sacudió el solitorium. Zo’kar lanzó un grito de dolor al liberarse de las garras del Salamandra. Un profundo estruendo resonó por toda la cámara seguido del sonido del metal rasgándose y chirriando. Algo cayó, del techo y el sacerdote marcador desapareció de la vista del astartes. Obligándose a levantarse y filtrando el repentino estruendo que invadía sus sentidos, Iagon se tambaleó por la penumbra hasta que llegó a un montón de chatarra. El techo del solitorium se había derrumbado. El rostro lastimero de Zo’kar, con la capucha retirada con la caída, podía verse tras los restos de metal. Los débiles brazos del sacerdote empujaban una barra de refuerzo de grueso adamantium que le aplastaba el pecho. La sangre brotaba de una herida oculta bajo su túnica y formaba una oscura mancha que se extendía por la tela mientras luchaba por liberarse.

—Señor… ayúdame… —jadeó con tono suplicante al ver a Iagon delante de él.

—Estate tranquilo, siervo —dijo el Salamandra.

Con su fuerza de astartes no tendría problemas para levantar la barra y

liberar a Zo'kar. La agarró con sus guanteletes para comprobar lo atascada que estaba. Pero antes de tirar de ella, Iagon levantó la cabeza y su rostro se transformó en una máscara sin emoción. El astartes apartó las manos y las colocó sobre la barra.

—Tu dolor ha llegado a su fin —concluyó, y empujó el metal con violencia.

Zo'kar hizo un movimiento espasmódico cuando la barra le rompió las costillas y le aplastó el pecho y los órganos internos. Un chorro de sangre salió despedido de su boca salpicándole de gotas oscuras el rostro y la túnica. Después se desplomó con la mirada vidriosa.

Algo había golpeado la nave y continuaba atacándola. Eso es todo lo que sabía Iagon cuando saltó por encima de los restos y se abrió paso hacia el pasillo exterior. Las sirenas de alarma sonaban a todo volumen, y la nave quedó sumida en una penumbra de emergencia. Por lo visto, la cubierta superior estaba bastante dañada y la destrucción se había extendido hasta la inferior, aquella donde se encontraba ahora Iagon, derribando riostras en varias secciones del techo. De pronto oyó la voz de N'keln a través del comunicador, entrecortada a causa de las interferencias. Ordenaba que todos los astartes se dirigieran a las cubiertas comprendidas entre la trece y la veintiséis, la que tuvieran más cerca. La nave tenía una brecha y debía sellarse. N'keln estaba intentando salvar a la tripulación.

—Noble, pero inútil —masculló Iagon girando una esquina, donde encontró a un grupo de hombres de armas apiñados alrededor de un tubo de metal que atravesaba el suelo enrejado.

Al acercarse, el astartes vio que un guerrero de armadura verde había quedado atrapado bajo él. Vio que se trataba de Naveem, uno de los principales oponentes de Tsu'gan. Se había despojado del casco, que yacía cerca de él, posiblemente para poder respirar mejor a juzgar por los irregulares jadeos del sargento. El tubo de metal le atravesaba el pecho. A juzgar por su grosor, Iagon llegó a la conclusión de que la mayoría de los órganos internos de Naveem ya estarían destrozados. La vida del sargento pendía de un hilo.

—Apartaos —ordenó Iagon a los hombres de armas—. No podéis hacer nada por él.

Sacudida por un golpe invisible, la nave volvió a zarandearse, lanzando a uno de los hombres al suelo y arrancándole un agonizante gemido a Naveem.

Iagon se apoyó contra la pared.

—Acudid a vuestros puestos de emergencia —dijo—. Yo me encargaré de esto.

Los hombres de armas saludaron y salieron corriendo por el pasillo con aire vacilante.

Tagon se irguió sobre el caído Naveem. La boca del sargento estaba cubierta de sangre de los pulmones y el oscuro fluido manaba de las copiosas fracturas sufridas en su servoarmadura.

—Hermano… —murmuró con voz rasposa al ver a Iagon escupiendo una película de sangriento vapor.

—Naveem. Escogiste el lado equivocado —respondió sombríamente. El sargento herido se quedó perplejo al ver que Iagon se inclinaba y agarraba firmemente los dos extremos del tubo de metal.

—¡Iagon!

Fuese lo que fuese lo que Iagon estaba a punto de hacer se vio interrumpido por la voz de Fugis.

—Corre, apotecario —bramó con fingida preocupación soltando el metal—. El hermano Naveem está herido.

Fugis llegó junto a ellos en un instante, narthecium en mano. Su atención estaba tan centrada en la desgarrada figura del hermano Naveem que prácticamente se olvidó de la presencia de Iagon.

El apotecario se agachó sobre el ensangrentado sargento y realizó una rápida evaluación. Su rostro delgado se tomó grave.

Después desabrochó con cuidado la gorguera de Naveem, extrajo un stimm del narthecium y le inyectó una solución de inhibidores del dolor en la arteria carótida.

—Aliviaré tu sufrimiento, hermano —dijo en voz baja.

Naveem intentó hablar, pero lo único que salía de su boca era sangre negra, un inequívoco signo de hemorragia interna. Su aliento se volvió más entrecortado y los ojos se le abrieron de par en par.

Fugis extrajo el bólter de su funda y apretó el cañón contra la frente de Naveem.

Un tiro en el lóbulo frontal a quemarropa lo mataría instantáneamente pero dejaría las dos glándulas progenoides intactas. Puesto que el pecho del sargento

estaba prácticamente destrozado, a Naveem sólo le quedaba la del cuello.

—Recibe la paz del Emperador —susurró.

Un estallido ensordecedor resonó por las paredes del pasillo.

—No tenías elección, hermano —dijo Iagon con tono consolador.

—Conozco mi deber —respondió Fugis cortante mientras se disponía a usar el reductor instalado en su guantelete izquierdo.

El dispositivo consistía en un taladro y una espada sierra en miniatura diseñados para atravesar la carne y el hueso para llegar hasta las progenoides implantadas en el cuerpo de los marines espaciales. Una jeringa unida a una cápsula previamente esterilizada extraería el necesario material genético una vez que la pared exterior de hueso se hubiese abierto.

Fugis continuó su trabajo. El taladro zumbó mientras atravesaba la carne muerta de Naveem. El *Ira de Vulkan* seguía sacudiéndose y dando fuertes bandazos cada pocos segundos. El apotecario luchó por mantenerse firme, sabiendo que el más mínimo error podría destruir la glándula progenoide acabando con el legado de Naveem, como sucedió con el de Kadai.

«Kadai…»

El involuntario recuerdo de su capitán irrumpió en la mente de Fugis. De repente, la preocupación que sentía por las sacudidas se vio superada por su cautela y empezó a apresurarse por miedo a un repentino temblor. En las prisas, se le fue la mano. La jeringa pasó rozando la progenoide y el taladro dividió la glándula por la mitad, derramando el material genético en la garganta abierta del Salamandra muerto.

—¡No! —Fugis lanzó un jadeante grito de angustia y golpeó el suelo con el puño—. ¡Otra vez no!

El apotecario dejó caer la cabeza desesperado.

Iagon se inclinó hacia él.

—Sólo ha sido un error, hermano. No pasa nada.

—Yo no cometo errores —masculló Fugis con el puño cerrado—. Mi mente está demasiado inquieta. Ya no sirvo para esto —confesó.

—Debes cumplir con tu deber —lo animó Iagon—. Eres necesario para esta compañía, hermano apotecario… Al igual que el hermano sargento Tsu’gan —añadió.

Fugis alzó la mirada al cabo de unos momentos al darse cuenta de lo que

Iagon estaba sugiriendo. Si hacía la vista gorda ante la masoquista aflicción de Tsu'gan, Iagon guardaría el secreto de la aparente flaqueza del apotecario.

Fugis estaba atrapado en una telaraña moral que él mismo había creado, pero tendida por Iagon.

La ira deformó sus rasgos.

—¡Hijo de perra…! —escupió.

—Prefiero «pragmático» —respondió Iagon suavemente—. No podemos permitirnos perder a dos oficiales.

Le tendió la mano, pero Fugis la rechazó.

—¿Cuántos más morirán si tú no estás ahí para atenderlos, hermano? —le preguntó Iagon.

Después miró su mano, que seguía extendida.

—Esto sellará nuestro pacto.

—¿Qué pacto? —resopló Fugis, de nuevo en pie.

—No te hagas el ingenuo —le advirtió Iagon—. Ya sabes a qué me refiero. Estrecha mi mano y sabré que tengo tu palabra.

Fugis flaqueó. No había tiempo para pensar. La nave se estaba destrozando.

—Tus hermanos dependen de ti, apotecario. —El tono de Iagon intentaba ser persuasivo—. ¿Tu credo no consistía en la conservación de la vida? Pregúntatelo a ti mismo, Fugis. ¿Puedes darle la espalda?

El apotecario frunció el ceño.

—¡Ya basta!

Sabía que se arrepentiría de aquel pacto, pero ¿qué elección tenía? ¿Guardar silencio respecto a la indiscreción de Tsu'gan y comprometer su ética, su sentido de la firmeza moral, o hablar y renunciar a su posición en la compañía? No podía permitir que sus hermanos fuesen a la batalla sin un apotecario. ¿Cuántos morirían innecesariamente si lo hiciera?

Odiándose a sí mismo, estrechó la mano de Iagon.

«¿Por qué me siento como si acabase de hacer un trato con Horus?»

Dak'ir y Lok se separaron en la primera intersección tras abandonar el puente de mando. Ambos sargentos habían contactado con sus escuadras mediante los comunicadores de sus cascos de batalla. Los Salamandras se estaban dispersando

rápidamente por las cubiertas siniestradas rescatando a todos aquellos que habían quedado atrapados, acabando con su pánico o abriendo vías de escape. El *Ira de Vulkan* estaba bien equipado con elevadores y conductos que conectaban las cubiertas entre sí, y aunque el crucero de asalto era inmenso, llegar a las zonas en crisis había sido rápido.

Al llegar a la cubierta número quince, Dak'ir fue recibido por una escena de auténtica carnicería. Recorrió los oscuros pasillos iluminados por el fuego e inundados por los gritos de los heridos y los moribundos El metal retorcido y las riostras del techo derrumbadas hacían el progreso lento y peligroso. Las desgarradas planchas del suelo desaparecían en la oscuridad de los niveles inferiores, oscuros peligros que distinguía gracias al espectro de infrarrojos de su casco de combate. Mientras sorteaba aquellos abismos en miniatura, Dak'ir intentó no pensar en cuántos cuerpos yacerían destrozados y amontonados a sus pies.

A través de la gaseosa bruma de una cañería de refrigeración rota, Dak'ir vio al hermano Emek agachado junto a la desplomada figura de un miembro de la tripulación herido. El nitrógeno líquido salía despedido en todas direcciones congelando todo lo que tocaba. Tras aplastar la cañería en ambos extremos de la ruptura y cortar su suministro, Dak'ir consiguió detener el escape. Cuando llegó hasta Emek, su hermano ya estaba cerrando los ojos del tripulante.

—Ha muerto… —Su voz reflejaba tristeza—. Pero hay otros que todavía viven. En el pasillo.

A su espalda tenía a otro superviviente. Las piernas del hombre eran un escalofriante destrozo, hechas puré tras ser aplastadas por un montón de escombros. El hombre se agarraba a Emek desesperado, lloriqueando de dolor como un niño.

—Ba'ken está más adelante —dijo, y se puso de pie.

Dak'ir asintió y siguió avanzando mientras Emek iba en la otra dirección. Unas pantallas centelleantes iluminaban el camino. La intermitente luz revelaba miembros de la tripulación con las cuencas de los ojos vacías; aquellos que todavía eran capaces de moverse huían como podían de la siniestrada cubierta. Los continuos informes procedentes del enginarium y del hermano Argos llegaban a través de su casco de batalla. Cada vez se estaban sellando más áreas de la nave a medida que secciones enteras de la cubierta se fragmentaban bajo el

funesto resplandor de la tormenta solar.

El río de hombres que huían se convirtió en una ola. La luz se volvió cada vez más intermitente hasta que falló por completo, y ni siquiera los fuegos lograban disminuir la oscuridad. Dak'ir guiaba a los hombres mientras avanzaba aconsejándoles que se mantuviesen pegados a las paredes de los pasillos y que mirasen donde pisaban. No sabía si lo habían oído. El pánico se había apoderado de ellos. Algo cercano a esa emoción aguijoneó la mente de Dak'ir al darse cuenta de que ya habían pasado quince minutos. Las estruendosas sirenas se activaron para comunicar que la cubierta se estaba sellando.

Descendiendo hacia una carnicería cada vez peor, empezó a correr. A través de su oído hiperdesarrollado, Dak'ir detectó los sonidos lejanos de unas compuertas que se cerraban y aislaban las secciones comprometidas de la nave. Intentó no pensar en los hombres que podía haber todavía atrapados en su interior aporreando las puertas sin ninguna posibilidad de escapar.

Al girar la siguiente esquina, abriéndose paso a través de una marea de tripulantes, Dak'ir vio la inmensa figura acorazada de Ba'ken. Estaba atascado entre el suelo y una compuerta que presionaba contra él desde el techo como si luchase por cerrar la sección. Multitudes de siervos la atravesaban con rapidez mientras Ba'ken los urgía a apresurarse con secas órdenes. A pesar de lo fuerte que era, el Salamandra no podía luchar contra la fuerza de un crucero de asalto y esperar salir victorioso.

Las piernas empezaban a fallarle y sus brazos comenzaban a temblar. Dak'ir corrió hacia él tan rápido como pudo y se colocó bajo la compuerta que descendía lentamente sumando su fuerza a la de su hermano. Girando la cabeza lo justo para ver, Ba'ken vio a Dak'ir con el rabillo del ojo y sonrió con una mueca.

—Has venido a hacerme compañía, ¿eh, sargento?

Dak'ir negó con la cabeza.

—No —respondió—. He venido a ver si éste era bastante peso para ti, hermano.

Las retumbantes carcajadas de Ba'ken compitieron con la sirena de las compuertas.

Mientras tanto, cada vez más hombres pasaban entre los dos marines espaciales que las mantenían abiertas para ellos un poco más de tiempo,

cojeando, corriendo e incluso arrastrados por sus camaradas.

—Debe de haber miles en esta cubierta —gruñó Dak'ir, que empezaba a sentir la presión—. No podemos mantenerla abierta el tiempo suficiente para salvarlos a todos, Ba'ken.

—Si salvamos sólo a diez más ya habrá valido la pena —respondió el corpulento Salamandra apretando los dientes.

Dak'ir estaba a punto de asentir cuando a través del comunicador cobró vida en su oído una voz familiar:

—Necesito asistencia en la cubierta diecisiete. —El tono de Tsu'gan era tenso—. Rápido, hermanos.

Y volvió a reinar la estática. Todos los Salamandras dispersos por las cubiertas debían de estar fuera del alcance del comunicador u ocupados con operaciones de evacuación que no podían abandonar.

Dak'ir maldijo para sus adentros. Ba'ken era el más fuerte de los dos. Sin él, Dak'ir no podría sostener la compuerta. Tendría que ser él quien fuese a ayudar a su hermano.

—Ve, sargento —lo instó Ba'ken con los dientes apretados.

—No puedes sujetarla solo —protestó Dak'ir, sabiendo que la decisión ya estaba tomada.

De repente, el sargento sintió una presencia tras él, y el ruido metálico de unas poderosas pisadas resonó cada vez más fuerte mientras se aproximaban a su posición.

—No tendrá que hacerlo —dijo una voz ronca.

Dak'ir se volvió y vio al sargento veterano Praetor.

De cerca, el draco de fuego era todavía más formidable. Encerrado en su armadura de exterminador, Praetor se elevaba por encima de ellos. Su volumen ocupaba la mitad del pasillo. Dak'ir vio que una llama ardía en sus ojos, a diferencia de los de sus hermanos. Parecía más profundo, de algún modo remoto e incognoscible. Tres tachones de platino rodeaban su ceja izquierda y certificaban su veteranía, y la inmensidad de su presencia era casi tangible.

Dak'ir se apartó y permitió que el imponente guerrero ocupase su posición. Praetor se colocó pesadamente bajo la compuerta y soportó su presión con los brazos doblados como un campeón de levantamiento de pesas. Las arrugas del esfuerzo del rostro de Ba'ken desaparecieron de inmediato.

—Márchate, sargento —gruñó el draco de fuego—. Tu hermano te espera.

Dak'ir hizo una rápida reverencia y regresó por donde había venido. Tsu'gan lo necesitaba, aunque el sargento imaginaba que su homólogo no se alegraría demasiado al ver la identidad de su salvador.

«El igneano…»

Fue una amarga sensación cuando Tsu'gan vio a Dak'ir aparecer por el abismo de acero retorcido y fuego. Por si no fuera bastante el haber tenido que capitular y admitir que necesitaba ayuda, ahora su salvador era justamente el Salamandra al que menos deseaba ver.

Tsu'gan frunció el ceño ostensiblemente a través de las columnas de humo que llegaban del suelo al techo. Esperaba que Dak'ir hubiese captado el mensaje de que estaba descontento. El hermano sargento estaba junto a un inmenso hoyo de unos diez metros de diámetro. Las planchas del suelo se habían desgarrado durante el ataque de la tormenta solar. Un elevador, arrancado de sus jarcias y lanzado fuera de su hueco de deslizamiento, había atravesado el metal como un martillo lanzado contra un pergamino. Había aterrizado varias plataformas más abajo, derrumbado en un montón de chatarra y creando un nuevo hueco bordeado de afilados trozos de acero y riostras que sobresalían como lanzas. El fuego brotaba desde donde el elevador había aplastado una consola de activación. Las chispas que salían desde la unidad averiada habían prendido los líquidos inflamables que se habían estancado tras verterse desde las cañerías dañadas durante la rápida caída del elevador. Se estaba convirtiendo en un auténtico infierno. Las llamas eran tan altas que llegaban hasta los bordes de las destrozadas planchas de metal donde se encontraba Tsu'gan. El humo se arremolinaba hacia arriba en negras y enormes nubes.

—¡Aquí! —gritó Tsu'gan al darse cuenta de que su homólogo no lo había visto.

Observó cómo Dak'ir se abría paso hasta el final del pasillo hasta el punto donde se encontraba agachado con cincuenta tripulantes con los uniformes ennegrecidos por el fuego.

Al llegar junto al otro Salamandra, Dak'ir le dedicó un saludo forzado.

—¿Qué necesitas, hermano? —preguntó con total naturalidad.

—Ahí. —Tsu'gan señaló el hueco en llamas.

Dak'ir se agachó junto a él y miró a través del denso humo.

—¿Lo ves? —preguntó Tsu'gan con impaciencia.

—Sí.

Había una sección de plancha de la cubierta original colgando en el abismo. Era lo bastante larga como para utilizarla como pasarela, pero tenían que levantarla y sujetarla en su sitio para que todos pudieran cruzar.

—Las compuertas no han sido activadas en esta parte de la nave todavía —dijo Tsu'gan—, pero es sólo una cuestión de tiempo. Por ahí.

El sargento señaló más allá del hueco, hacia la oscuridad del otro lado. Allí había una pequeña claridad procedente de unas lámparas que todavía funcionaban.

—Conduce al elevador y a la salvación de estos hombres.

—Quieres tapar el agujero para que crucen —terminó Dak'ir por él. Tsu'gan asintió.

—Uno de nosotros tiene que saltar y agarrar el otro extremo de la sección. Después podremos sujetarla entre los dos —explicó—. El maestro de armas Vaeder guiará a sus hombres al otro lado.

Uno de los miembros de la tripulación, un hombre con un corte en la frente que llevaba un cabestrillo provisional que le sujetaba el brazo confeccionado con un trozo de tela de su uniforme, dio un paso hacia adelante e hizo una reverencia.

Dak'ir respondió a su saludo antes de volver a centrar su atención en Tsu'gan. Su homólogo estaba de nuevo de pie y levantó la mano antes de que Dak'ir pudiese decir nada.

—Si vas a preguntarme quién va a saltar —dijo sin mirarlo a los ojos—, lo haré yo.

Tsu'gan extendió los brazos.

—Apartaos —ordenó refiriéndose tanto al tripulante como al Salamandra. Tsu'gan se inclinó hacia atrás para tomar impulso y después se lanzó sobre el abismo. El fuego le lamió las botas y las grebas mientras volaba al otro lado de la oscuridad; luego aterrizó al otro lado con un fuerte sonido metálico.

»Ahora, igneano —dijo volviéndose para mirar a Dak'ir—, agarra la sección de la cubierta y levántala conmigo.

—¿Están tus hombres preparados, maestro de armas Vaeder? —preguntó Dak'ir mirando de soslayo al miembro de la tripulación.

—Listos para abandonar esta nave, mi señor, sí.

Unos sonoros estruendos desde las profundidades de la nave hicieron que Dak'ir se detuviera, y el pasillo tembló y crujió de manera alarmante.

—¡Salgamos de aquí, igneano! —exclamó Tsu'gan no viendo motivo para retrasarse.

«Dejémoslos aquí —pensó—. La supervivencia es lo primero».

Dak'ir se agachó. Una vez asegurado, agarró la plancha de metal y tiró de ella metiendo los dedos a través de la superficie enrejada. El metal normalmente poseía varias capas de enrejado superpuestas, pero éstas habían caído, de modo que sólo quedaba la capa superior, lo que le permitió al marine espacial colar sus dedos acorazados a través de los agujeros. Comprobando que la tenía bien agarrada, Dak'ir levantó los diez metros de plancha. Las retorcidas vigas de metal chirriaron mientras el sargento las doblaba de nuevo hasta casi volver a ponerlas rectas.

Tsu'gan observó cómo la plancha de cubierta se levantaba, frustrado por la lentitud de Dak'ir. Se agachó y la cogió tan pronto como la tuvo a su alcance, elevando el metal por un extremo irregular que no coincidía con el borde sobre el que estaba agachado.

—Asegúrala —gruñó.

El maestro de armas Vaeder había organizado a sus hombres en diez grupos de cinco. Cada «escuadra» se turnaría para cruzar el improvisado puente para no ejercer demasiada presión sobre el metal o sobre los Salamandras que lo sostenían. Justo antes de que el primer grupo estuviese a punto de cruzar, una enorme columna de fuego ascendió con fuerza desde abajo cuando alguna sustancia inflamable de las profundidades se encendió y explotó.

Tsu'gan sintió el calor del fuego contra su rostro sin protección mientras quedaba totalmente envuelto por él. El humo formó una gran nube que ocultó a Dak'ir y al tripulante.

—¡Que empiecen a cruzar ahora! —Bramó luchando contra el rugido de las llamas—. ¡No podemos esperar más!

Al cabo de unos segundos, la primera de varias figuras empezó a emerger. Tsu'gan sintió su peso en sus brazos mientras se esforzaba por mantener la

plancha de metal en alto. Un fallo, y quienesquiera que estuviesen cruzando caerían hacia una muerte segura. El sargento no tenía ningún deseo de añadir aquello a su ya atribulada conciencia.

Un pensamiento le vino a la cabeza de repente e intentó hacerlo desaparecer.

«El fuego de Vulkan late en mi pecho —entonó mentalmente para serenarse —. Con él golpearé a los enemigos del Emperador».

Tsu'gan se aferró a aquel mantra como si fuera una cuerda de salvamento tan frágil y tan azarosa como el precario puente que sostenía en sus manos.

La primera de las «escuadras» logró cruzar sin incidentes sujetando sus chaquetas sobre la cabeza para protegerse del fuego y del humo que ahora atravesaba el enrejado. Un segundo grupo empezó a avanzar tras ellos con paso dudoso a causa de la poca visibilidad. Mientras tanto, el *Ira de Vulkan* daba sacudidas y temblaba como si fuese un pájaro luchando contra una tempestad.

«Demasiado lentos, demasiado lentos», pensó Tsu'gan cuando el tercer grupo llegó al otro extremo tosiendo a causa de los gases del humo.

La nave se estaba partiendo por la mitad. Tenían que acelerar el paso y salir de allí.

Dak'ir también era consciente del peligro y ordenó a los hombres que cruzasen en grupos más grandes. Después gritó al maestro de armas Vaeder y lo instó a cruzar con sus últimos hombres.

Chirriando y temblando, la plancha de cubierta aguantó justo lo suficiente como para permitir que los últimos tripulantes cruzasen al otro lado sanos y salvos antes de combarse y caer hacia el ardiente abismo inferior.

—¡Ahora tú! —bramó Tsu'gan levantándose.

Dak'ir asintió.

El igneano dio dos pasos atrás y estaba a punto de saltar cuando un furioso temblor sacudió la cubierta haciendo caer a los humanos al suelo.

Dak'ir también se vio afectado y perdió el equilibrio justo en el momento de saltar. El brinco fue demasiado corto. Tsu'gan se inclinó hacia adelante y estiró una mano al ver lo que estaba sucediendo. Agarró a Dak'ir del brazo y su peso lo hizo caer sobre las rodillas. Golpeó el suelo con un fuerte estruendo de metal contra metal y las vibraciones sonoras recorrieron su espalda.

—Aguanta —rugió, todavía rodeado de fuego.

Los extremos de su armadura que estaban expuestos a las llamas ya

empezaban a chamuscarse. El sargento gruñía y tiraba de su homólogo para que pudiera alcanzar el borde de la cubierta e impulsarse por sí mismo. Era como levantar un peso muerto con toda esa tremenda servoarmadura.

—Gracias, hermano —jadeó Dak'ir una vez a salvo en el lado semiestable mirando a su rescatador.

Tsu'gan hizo un gesto despectivo.

—Cumplo con mi deber, eso es todo. Jamás dejaría morir a un camarada Salamandra, ni siquiera a uno que no merezca llevar ese nombre. Y yo pago mis deudas, igneano.

Tsu'gan le dio la espalda dando a entender que ya no tenían nada más que hablar y centró su atención en la tripulación humana.

—Tomad el elevador, maestro de armas —dijo severamente.

Vaeder estaba de pie dando órdenes, ayudando a sus hombres a levantarse y propinando patadas a aquellos que creía que fingían no poder hacerlo. En unos pocos segundos los cincuenta avanzaban hacia la débil luz y el consuelo que representaba el elevador.

Tsu'gan empezó a andar detrás de ellos, consciente de que Dak'ir lo seguía. Una vez más maldijo el tener que estar atrapado precisamente con él, de todos sus hermanos de batalla. Odiaba estar en presencia del igneano. Fue culpa suya que Kadai hubiese muerto en Aura Hieron. ¿No había sido Dak'ir quien había enviado a Tsu'gan tras Nihilan dejando expuesto el flanco de su capitán? ¿No había sido Dak'ir el que advirtió el peligro pero llegó demasiado tarde para salvarlo? ¿No había sido Dak'ir el que…?

Pero… ¿había sido él el único culpable?

Tsu'gan sentía el peso de la culpa sobre sus hombros como si llevase un yunque atado a la espalda cada vez que no estaba derramando sangre en nombre del capítulo. Esa culpa se multiplicaba por diez cada vez que veía a Dak'ir. Verlo lo obligaba a admitir que tal vez el igneano no fuese el único responsable, que tal vez él…

El maestro de armas Vaeder estaba abriendo las puertas blindadas del elevador con la ayuda de dos de los miembros de la tripulación.

El estridente chirrido del metal supuso una distracción bien recibida. Aunque no duró demasiado, ya que el igneano volvió a hablar de nuevo.

—Tenemos que llevar a estos hombres a la cubierta de vuelo. Hay que

abandonar esta nave con tantas vidas como nos sea posible.

Tsu'gan lo miró mientras los humanos subían al elevador. Aunque era bastante grande, pronto alcanzó su capacidad máxima y tuvieron que hacer varios viajes.

—Es demasiado tarde para eso —respondió Tsu'gan rotundamente—. Ya debemos de haber atravesado la atmósfera superior de Scoria. La nave debe de estar avanzando a velocidad límite. Intentar una evacuación sería un suicidio. Los llevaremos a la cubierta superior.

Dak'ir se inclinó hacia adelante y bajó la voz:

—Las posibilidades de sobrevivir de estos hombres en caso de que nos estrellemos son mínimas.

La respuesta de Tsu'gan fue fría y pragmática.

—No podemos hacer nada al respecto.

El elevador estaba descendiendo de nuevo lentamente sujeto por unos cables maltrechos. A diez metros de la cubierta empezó a dar sacudidas torpemente emitiendo un agudo chirrido hasta que finalmente se detuvo en seco.

Algo parecido a la desesperación se reflejó en los ojos de Vaeder y de los diez hombres que todavía estaban con él.

Para agravar su desgracia, un resplandor naranja iluminó la armadura de los Salamandras procedente de una arrolladora ola de fuego que emergía del abismo y se extendía por la cubierta donde se encogían los humanos.

—¡Detengámosla! —rugió Tsu'gan, y los dos astartes formaron una muralla de ceramita entre la frágil tripulación y las furiosas llamas.

El calor envolvió a los Salamandras, pero los astartes aguantaron sin inmutarse.

Cuando la ola se alejó, absorbida por el abismo como un líquido que se escapa por el desagüe, Dak'ir se volvió hacia Tsu'gan de nuevo.

—Y ahora, ¿qué?

Tsu'gan miró a los hombres a su cargo. Estaban apiñados, agachados para protegerse del recién disipado fuego. El vapor emanaba de la armadura y del rostro del Salamandra, y su visión se filtraba a través de la calima.

—Vamos a estrellarnos con una nave que no está hecha para aterrizar, ni deliberada ni involuntariamente, en tierra firme. Los protegeremos —dijo.

El ruido del metal desgarrándose resonó fuertemente en los oídos de

Tsu’gan, inspirándole una sensación tan lóbrega como un toque de difuntos.

—Y nos agarraremos fuertemente a algo.



# SEIS



# I
# CAÍDA DEL PLANETA

La criatura quitinosa murió entre un montón de placas óseas reventadas y mandíbulas destrozadas. Una sangre gris y espesa brotaba de las múltiples heridas de su caparazón. En su agonía, se tumbó sobre su espalda acorazada, las patas insectoides tuvieron un espasmo y, seguidamente, se enroscaron para no moverse nunca más.

—¡Muerte a los xenos! —exclamó el hermano capellán Elysius mientras descargaba una ráfaga con su pistola bólter—. ¡Que no quede ni uno vivo!

El *Ira de Vulkan* había sacudido la superficie de Scoria como un meteorito, y su casco aún ardía debido al rápido ingreso en la atmósfera del planeta. Impulsado por su velocidad, el crucero de asalto había formado un inmenso cráter en la tierra, y antenas, torres y motores quedaron reducidos a escombros al chocar contra el inamovible suelo. Hubo centenares de víctimas en el accidente, todas ellas aplastadas y descuartizadas al impactar contra los barracones y hangares de la gran nave. Las llamas se propagaron al instante, chamuscando a todos aquellos desafortunados que se encontraban en su camino. Algunos murieron sepultados cuando los estilizados nervios que sujetaban las

descomunales secciones de las cubiertas superiores y de los techos dañados se quebraron, descargando toneladas de restos metálicos sobre sus cabezas. Largos tramos de paredes acorazadas se hundieron hacia adentro, aplastando a los desventurados tripulantes que caminaban por los pasillos, que quedaron convertidos en una lámina de metal desgarrado. Otros fueron lanzados hacia abismos de fuego y oscuridad que se abrían como bocas profundas en la cubierta y eran engullidos íntegramente.

Tras el impacto, se empezó a oír el ruido de las espadas sierra y de las herramientas cortantes. El humo y el polvo seguían inundando el aire como un fino velo mientras los tripulantes trataban de encontrar rutas de escape a través del metal retorcido. El vapor de los sistemas hidráulicos emergía a oleadas al tiempo que se abrían portales salvadores en el casco, de la nave, creando un coro de barras de seguridad que se iban soltando. Esporádicamente salía algún superviviente; algunos cargaban con heridos, otros arrastraban con tristeza a los muertos. Los Salamandras, que también habían sufrido bajas, organizaron la evacuación desde las zonas más afectadas, y muy pronto un gran grupo de hombres y servidores se congregó sobre la superficie gris de Scoria.

El accidente apenas había durado unos minutos, pero los que viajaban a bordo habrían estado horas e incluso una vida entera rezándole al Emperador por su liberación. El surco que había cavado la proa del crucero de asalto tenía casi un kilómetro de extensión y había perturbado algo que acechaba bajo el suelo de cenizas de Scoria.

Las criaturas procedían de debajo de la tierra, y los agujeros que se abrían presagiaban su llegada. Los gritos de los tripulantes que eran arrastrados bajo la llanura de cenizas fueron el primer indicio de que los estaban atacando. A continuación, apareció una plaga de aquellos seres, sacudiendo sus rechonchos y sólidos cuerpos para quitarse de encima las cenizas, antes de avanzar hacia ellos con sus pinzas óseas y sus mandíbulas voraces. Treinta y cinco tripulantes murieron tragados por la tierra antes de que los Salamandras organizasen el contraataque.

El hermano capellán Elysius lideró la ofensiva, y lo hizo con una violencia atroz y desenfrenada.

—¡Aniquiladlos! —exclamó con una voz terrorífica amplificada por los comunicadores de su casco de batalla—. ¡Erradicad la escoria de los xenos con

bólters, espadas y lanzallamas! —El fuego salió de su pistola, atravesó el torso de una bestia quitinosa y le voló una de las mandíbulas. Acto seguido, el capellán avanzó y le clavó su crozius crepitante en el cuerpo, destrozándolo. Unas vísceras grises le salpicaron el rostro huesudo, ungiéndolo de este modo en la sangre de la batalla.

A Dak'ir, aquellas bestias extrañas con forma de crustáceo le recordaron a los tiránidos mientras les daba muerte junto a su capellán. Las imaginaba como el producto de un racimo de esporas errantes desprendidas de una nave colmena siniestrada cuya misión era únicamente entrar en la órbita de Scoria e infestar el planeta. Tras varias generaciones se habían convertido en una bioforma anticuada que, al fin y al cabo, no había evolucionado, sino que se había estancado y propagado.

La escuadra de Dak'ir, junto a las otras tres, se había reunido con su capellán cuando Elysius los llamó al combate. Los Salamandras habían adoptado un perímetro de ataque amplio, rodeando la plaga de bestias de quitina y acorralándolas poco a poco con sus constantes disparos de bólter. Las criaturas eran grandes, casi tan altas como un transporte de tropas Rhino, y sus caparazones eran duros pero no impenetrables. No obstante, su tamaño las hacía torpes y poseían un campo de visión limitado. Al estar dispuestos en círculo, los Salamandras atacaron sus ángulos muertos y lados vulnerables. Los xenos reaccionaron con agresiones confusas e ineficaces al intentar atacar a un enemigo que los desbordaba por todas partes.

—¡Ba'ken! —gritó Dak'ir mientras vaporizaba la garra ósea de una criatura con un bólter de plasma—. ¡Purificar y quemar!

El corpulento Salamandra avanzó con dificultad cuando se apartó su sargento y lanzó una ráfaga de promethium incandescente sobre la bestia xenos herida. Se arrodilló y chirrió en su agonía cuando las llamas recorrieron su cuerpo, y el aire atrapado entre sus placas óseas produjo un silbido agudo al vaporizarse.

En otro lugar, el staccato de las constantes ráfagas de fuego de bólter se entrecortaba cada vez más, lo que indicaba que la batalla contra las criaturas xenos estaba llegando a su fin. La última de ellas se encontraba rodeada por un círculo de blindaje verde que iba estrechándose como una soga. De vez en cuando, los asaltos a la desesperada de las bestias arrinconadas eran respondidos con ráfagas explosivas que perforaban los cuerpos de los alienígenas,

reventándolos por dentro y haciéndoles escupir gotas de vísceras fangosas por la boca.

Los lanzallamas atemorizaron aún más a las horribles criaturas, que se arrodillaban y chirriaban ante aquel resplandor ardiente, temerosas del fuego.

Finalmente, cuando sólo quedaba media docena de ellos, los xenos regresaron a las profundidades de la tierra, lejos de aquellos gigantes armados que habían traído estruendo y fuego desde los cielos.

Tsu'gan observó a sus distantes hermanos de batalla con envidia en la mirada. Justo detrás de él, el crucero de asalto que se había estrellado se elevaba como un paisaje urbano oblicuo, extrañamente desequilibrado. Incluso medio hundido en el suelo de cenizas, el *Ira de Vulkan* era inmenso. Su envergadura era equivalente a la anchura de varios edificios colmena y hacían falta unos cuantos astartes a intervalos de un kilómetro para protegerlo. Las numerosas cubiertas, torres, plataformas, superestructuras, hangares, muelles, e incluso templos y catedrales, se extendían como una apagada metrópolis verde cubierta delicadamente por una nieve gris.

Cuando hubo terminado la batalla, los tecnomarines, servidores y equipos de labores humanas trabajaron a destajo en la superficie castigada de la nave. Las llamaradas solares habían dejado marcas de guerra en los flancos de la nave y habían perforado su capa acorazada con aberturas del tamaño de un meteorito. A bordo de trineos gravitatorios, el equipo de obreros elaboraba informes detallados de los daños estructurales. Las chispas caían de las hileras de aparejos de soldadura, que colocaban placas de secciones auxiliares de la nave sobre las heridas más graves que había sufrido. Algunas zonas estaban tan perjudicadas que había que cortar los restos con las herramientas apropiadas y unirlas como si de un miembro amputado se tratase.

Era una tarea exigente, pero a Tsu'gan le preocupaban otras cosas mientras observaba el combate con las criaturas coriáceas desde la distancia. La sangre le hervía en las venas al vivir la batalla como si fuera en carne propia. Sus puños se cerraban de motu proprio. Maldijo a sus colegas sargentos Agatone, Vargo y

Dak'ir para sus adentros. Si no le hubieran ordenado permanecer con el grueso de la compañía para debatir la estrategia y establecer un puesto de mando, habría ido encantado a luchar. Las bestias de quitina no suponían un gran reto, desde luego, pero tras meses sin librar una batalla Tsu'gan ardía en deseos de derramar sangre en nombre del Emperador.

—El *Ira de Vulkan* ha sufrido grandes daños, mi señor. —La voz metálica de Argos devolvió a Tsu'gan a la realidad.

Estaba junto al tecnomarine, el hermano capitán N'keln y varios de sus colegas sargentos en un puesto de mando provisional, intentando imponer algo de orden y concierto tras el impacto.

El puesto de mando estaba formado por una estructura prefabricada, poco más de cuatro paredes, un techo curvado y un proyector hololítico que mostraba con una resolución azul lo que habían averiguado el sensorium y las demás pruebas exhaustivas sobre el estado del planeta. Lo que sabían hasta ahora era más bien poco: Scoria era principalmente llano, compuesto de dunas de ceniza y algunas cordilleras de montañas de basalto con formas de vida hostiles autóctonas similares a un cangrejo de Terra gigante.

Más allá del búnker de mando se iban levantando otras estructuras prefabricadas. Principalmente eran hospitales de campaña a los que iban llegando en camillas los heridos y donde se unían al sistema de selección implantado por el hermano Fugis. El apotecario cuidaba tanto de los humanos como de los astartes, si bien estos últimos eran menos, y estaba perfectamente asistido por Emek, cedido por la escuadra de Dak'ir como cirujano de campo. Los médicos humanos, aquellos que habían sobrevivido al accidente, colaboraban de manera eficaz con los Salamandras, pero cada uno de ellos tenía una labor concreta. Fugis también había organizado equipos de rescate, compuestos por Salamandras y siervos y servidores en plena forma, para peinar las zonas dañadas de la nave en busca de supervivientes. Aunque al principio fue un goteo lento, cuando se fueron reabriendo gradualmente las cubiertas en ruinas, los heridos llegaban cada vez en mayor número a los hospitales de campaña. Los muertos también eran abundantes. El pyreum no dejaba de funcionar, y los servidores con manos en forma de pala amontonaban la ceniza en gigantescos cubos de almacenamiento para su posterior utilización en los sepelios.

—¿Podremos volver a volar, maestro Argos? —preguntó N'keln con el ceño fruncido cuando el hololito mostró un esquema móvil del *Ira de Vulkan*. Las zonas rojas ocupaban alrededor del sesenta por ciento de la imagen total e indicaban las secciones dañadas.

—Seré breve: no —contestó el tecnomarine, que utilizó un lápiz digital para ver más de cerca la parte inferior del crucero de asalto. La imagen volvió a cambiar: esta vez incluía la geografía de Scoria y la posición relativa de la nave en ella. Un plano lateral mostró una gran parte del *Ira de Vulkan* por debajo de la superficie terrestre, hundido en la corteza exterior del planeta—. Como podéis observar, la nave está parcialmente sumergida en la llanura de ceniza. Un análisis geológico básico nos ha revelado que la superficie de Scoria es una mezcla de arena y ceniza. El intenso calor de nuestra reentrada reaccionó con esa mezcla, provocando una metamorfosis endotérmica. Esencialmente, la mezcla de arena y ceniza ha cristalizado y se ha endurecido —añadió a modo de explicación.

—Estoy convencido de que nuestros motores son lo bastante potentes como para liberarnos —indicó la voz grave de Lok.

—En condiciones normales, sí —replicó Argos. Además de los grupos para reparar la nave, el tecnomarine ya había enviado también servidores de excavación y equipos de labores humanas para que desenterrasen las zonas de la nave que estaban más hundidas—. Pero sólo nos quedan tres bancos de motores ventrales. Necesitamos un mínimo de cuatro de ellos operativos para poder volar.

—¿Y qué hay de los propulsores? ¿No podríamos utilizarlos para liberarnos? —preguntó el hermano sargento Clovius, cuya figura rechoncha parecía diminuta en comparación con el imponente Praetor, que observaba en silencio el transcurso de los hechos.

—No, a menos que queramos hundirnos hasta el corazón del planeta —respondió Argos sin sarcasmo—. Nuestra proa apunta hacia abajo. Lo único que harían los propulsores sería empujarnos más en esa dirección. El Adeptus Mechanicus no concibió naves como ésta para que despegasen desde el suelo.

N'keln frunció el ceño, disgustado con los acontecimientos.

—Haz todo lo que puedas, hermano —le dijo a Argos antes de apagar el hololito.

—Lo haré, mi señor, pero sin las piezas que necesito para su reparación y la instalación de un cuarto motor ventral, no podremos abandonar este planeta a bordo del *Ira de Vulkan*.

—Tenemos que aceptarlo —intervino Tsu'gan en voz baja—. Intentaremos averiguar el nivel tecnológico de este planeta y comprobar si existe vida humana autóctona. Tal vez podamos incautamos de los materiales necesarios para reparar la nave —añadió mientras el Praetor asentía con la cabeza. Tsu'gan continuó—: La profecía nos ha traído aquí por alguna razón. Encontrar el modo de salir de aquí debe ser nuestra misión secundaria. Encontrar a Vulkan o lo que quiera que el primarca nos haya dejado aquí es nuestra máxima prioridad en estos momentos.

—Estoy convencido de que haber estado al borde de la destrucción por una tormenta solar no era parte de la visión de Vulkan —apuntó Lok. El veterano sargento había sufrido un corte en la frente durante el accidente, uno más que añadir a sus numerosas cicatrices.

—«Entonces quedarán abatidos por el fuego y sus ojos se abrirán a la verdad». —La voz del capellán Elysius sonó como un sermón cuando entró en el búnker de mando. Dak'ir y Agatone iban tras él—. Así reza el Libro del Fuego, hermano Lok.

—¿Esto estaba predestinado, hermano capellán? —preguntó N'keln. Elysius asintió solemnemente.

—Una pena que no pudieran avisarnos —refunfuñó Lok.

El capellán volvió su rostro huesudo hacia el veterano sargento.

—El destino, si es anticipado, deja de ser destino —lo reprendió—. Estábamos predestinados a estrellarnos en este planeta. Sencillamente, es un elemento de un plan mucho mayor del que no tenemos conocimiento. No hay que interponerse en estas cosas, no vaya a ser que el propio equilibrio del destino acabe desbaratándose.

—¿Y las vidas de aquellos que hemos perdido? —rebatió Lok—. ¿Cómo vamos a equilibrar eso?

—Sacrificados en el fragor de la batalla —respondió Elysius. Una luz fría brilló tras las lentes de su casco de batalla. Al capellán no le gustaba que lo cuestionasen, y mucho menos en temas de adivinación espiritual.

—No ha sido en batalla —gruñó Lok con una voz casi imperceptible. Con el

ceño fruncido, decidió olvidarse del asunto y acabó asintiendo en lugar de exteriorizar su desacuerdo.

—Que así sea —dijo N'keln—. Seguiremos el camino que nos haya sido marcado. El hermano Tsu'gan tiene razón. El destino nos ha traído hasta aquí y debemos encontrar lo que hay oculto en este planeta. Para ello, los equipos de búsqueda realizarán una inspección exhaustiva de la zona que nos rodea. Los centros de población y militares, así como las instalaciones industriales, son nuestro objetivo principal.

Tsu'gan dio un paso al frente.

—Mi señor, quiero liderar el equipo de búsqueda.

—Muy bien —asintió N'keln—. Reúne las tropas que necesites. El resto permanecerá aquí, protegerá a los heridos y consolidará nuestra posición. Argos —se topó con la fría mirada del tecnomarine—, establece un perímetro de seguridad alrededor de nuestro campamento. No quiero que esos «cangrejos» vuelvan a sorprendernos. Coloca minas de fragmentación y bengalas fotónicas bajo tierra —añadió mirando al exterior, donde el sol amarillo de Scoria comenzaba a esconderse tras un horizonte gris—. Pronto se hará de noche y quiero un aviso a tiempo de cualquier invasión que pueda producirse.

El tecnomarine hizo una reverencia y se puso manos a la obra. Los demás sargentos salieron poco después y fueron despidiéndose conforme abandonaban el búnker de mando. Sólo se quedaron Praetor y Lok, que examinaban detenidamente el hololito reactivado y la fría imagen que representaba las estériles planicies de Scoria. Pese a que miraba con toda su atención, el capitán de los Salamandras era incapaz de discernir el misterio que se escondía bajo las llanuras y que los había llevado hasta allí.

—Me recuerda a casa —señaló Iagon con la mirada puesta en la larga y oscura raya del horizonte. Había algo formándose en el este. Un débil resplandor, que no se debía a la puesta de sol, pintaba el cielo de un rojo brumoso. Las cadenas de volcanes de Nocturne enviaban una pátina similar a los cielos poco antes de entrar en erupción. También se registraban pequeños temblores subterráneos. Eran profundos. Tan profundos que procedían del núcleo del planeta y desencadenaban cambios fundamentales en su estructura tectónica. Scoria

también cambiaba a cada segundo que pasaba. Iagon estaba tan seguro como que su bólter colgaba de su enganche.

El Salamandra se había reunido con su hermano sargento tras dejar que Fugis se ocupase del accidente, confiado en que el apotecario no hablaría de su indiscreción ni de la de Tsu'gan. No le mencionó nada a su sargento, que asumió que Fugis había dado su palabra y no diría nada más al respecto.

Los exploradores habían salido del campamento hacía una hora. Los servidores de Argos encargados de poner las bombas establecieron un perímetro de granadas de fragmentación enterradas, cuya línea era patrullada a su vez por un par de cañones tormenta que los tecnomarines habían conseguido sacar del *Ira de Vulkan*. Estas máquinas de guerra preventivas, al contrario que la plataforma de armas móviles que los Marines Malevolentes habían empleado en *Archimedes Rex*, estaban perfectamente equipadas para disuadir de futuros asaltos a las criaturas autóctonas quitinosas.

Su sentido del combate ocupaba toda su mente en el momento en el que Tsu'gan se apoyó sobre una rodilla y dejó que la oscura ceniza de Scoria resbalase entre los dedos de su puño medio cerrado. Oteó el horizonte, pero todo lo que vio fueron dunas grises que se expandían en todas direcciones.

—Se parece más a Moribar —corrigió, y frunció el ceño mientras se incorporaba. Extendió la mano en dirección al hermano Tiberon—. Prismáticos —dijo.

Tiberon le entregó un par de magnoculares a su sargento, que los cogió.

Tsu'gan se los acercó a los ojos y trazó un arco amplio con ellos.

—De'mas, Typhos, informad —ordenó a través del comunicador. No era ninguna sorpresa que Tsu'gan hubiese elegido a dos sargentos que le habían prometido lealtad en el acto de desafío del liderazgo de N'keln.

Ambos respondieron brevemente de forma negativa. Tsu'gan bajó los magnoculares y exhaló su frustración.

La noche se acercaba, tal y como había predicho N'keln. Unas brisas suaves peinaban el desierto de ceniza formando pequeñas ondas volátiles, que a su vez se erguían como remolinos y chocaban sin hacer ruido contra las piernas acorazadas de los Salamandras. Excepto por el céfiro, la llanura presentaba un silencio y una tranquilidad sepulcrales.

—Sí —masculló Tsu'gan con gravedad—, igual que Moribar.

—Allí —dijo Tsu'gan entre dientes—. ¿Lo ves?

Iagon miró a través de los magnoculares.

—Sí…

Una leve mancha oscura y granulosa mancillaba el horizonte, apenas visible sobre una gran duna. Los dos Salamandras se encontraban tumbados boca abajo sobre una cresta de ceniza. Los hermanos S'tang y Tiberon estaban a su lado, mientras el resto del equipo permanecían vigilantes más abajo.

—¿Qué es? —preguntó Iagon devolviéndole los magnoculares a Tiberon.

—Humo. —El tono de Tsu'gan sugería una sonrisa depredadora bajo su casco de batalla.

Era el primer signo de vida que habían visto en varías horas. En su trayecto hasta la montaña, pasaron junto a estructuras que en su día pudieron haber sido los límites de algunas ciudades. Era imposible determinar si habían sido destruidas por la guerra o por simple extinción natural, ya que la ceniza cubría los edificios con una capa gris.

En su interior, Tsu'gan presentía que la señal que habían divisado en la distancia era importante. A través del respiradero de su casco detectó pequeñas cantidades de carbono e hidrógeno, así como el hedor amargo del dióxido sulfúrico que la brisa había transportado hasta ellos En otras palabras: petróleo. Aquello significaba varias cosas: que las bestias de quitina no eran las únicas criaturas de Scoria y que estos cohabitantes poseían la capacidad tecnológica suficiente para extraer el petróleo y refinarlo; y no solamente eso, sino también para utilizarlo en un proceso de manufacturación.

Tsu'gan abrió el canal de comunicación con De'mas y Typhos.

—Reuniros en mi posición —ordenó, y a continuación cambió el enlace a su propia escuadra—. Velocidad de batalla hasta el borde de aquella duna. Acercamiento disperso.

Tras volver a ponerse en pie, Tsu'gan bajó corriendo la montaña y se dirigió hacia la siguiente duna. Sus hermanos de batalla iban tras él en una formación expansiva. Continuó a buen ritmo, devorando los metros en lugar de caminar lentamente sobre el suelo abierto de cenizas Tsu'gan alargó la zancada al llegar a los pies de la siguiente pendiente y remontó la duna a toda velocidad hasta que alcanzó casi la cima; sólo entonces aminoró el paso. Con ademanes de batalla, el sargento ordenó a sus hermanos que se reuniesen con él. Juntos llegaron a la

cima de la segunda montaña de ceniza y observaron el profundo valle que se extendía más abajo.

A Tsu’gan se le cortó la respiración cuando comprendió lo que había en aquella cuenca. Su ira se multiplicó.

—Abominable… —gruñó, y asió con fuerza su bólter.



# II
# CENIZAS Y HIERRO

Los gritos desgarradores de los heridos componían una lúgubre y sangrienta elegía mientras Dak'ir recorría los hospitales de campaña en busca de Fugis.

Tan elevada era la cifra de muertos y heridos que los centros médicos estaban distribuidos por categorías y patrullados por escuadras de combate de Salamandras con el fin de garantizar la seguridad de los heridos. El olor de la sangre era penetrante bajo las lonas iluminadas por lámparas de sodio, y las camas improvisadas con palés iban de lado a lado y de extremo a extremo. Los médicos vestían batas rojizas, se cubrían la boca con máscaras y se afanaban entre los angostos pasillos que a modo de entramado separaban las hileras de camas. Tras una chapa de plástek atornillada a una de las tornapuntas más grandes de la carpa, había una sala de operaciones, un apotecarium improvisado. Era lógico que Dak'ir encontrase aquí a Fugis.

El cuerpo semidesnudo del hermano Vah'lek yacía sobre una tabla ante el apotecario. La sangre, densa y húmeda, brillaba sobre su piel oscura. Surgía justo por donde le habían arrancado la parte frontal del peto y cortado la malla corporal con una cuchilla afilada. Desde ese punto le habían hecho una incisión

en la dura piel, roto la caja torácica y abierto en canal para tener acceso a sus órganos internos. Habían hecho todo lo posible por salvarlo, pero, por desgracia, había sido en vano.

Fugis se inclinó sobre el frío cadáver del hermano Vah'lek con la cabeza hundida. Sus manos enguantadas estaban cubiertas por la sangre del astartes y también tenía la armadura salpicada. Los utensilios médicos esperaban junto al apotecario en bandejas metálicas. Un bote pequeño similar a una cápsula que podía ser insertada en un centrifugador estaba apartado del resto. El reductor de Fugis estaba junto a él. Dak'ir sabía que los progenoides de su hermano de batalla fallecido estaban a salvo en aquel bote. Al menos su legado estaba garantizado.

—Fue uno de los de Agatone —dijo agotado el apotecario al tiempo que despedía a los siervos que lo habían asistido en la operación.

—¿A cuántos de nuestros hermanos hemos perdido, Fugis? —preguntó Dak'ir.

El apotecario se irguió, intentando sacar entereza de donde fuera, y comenzó a sacarse los guantes bañados en sangre.

—Seis hasta el momento —respondió. El guante izquierdo golpeó una de las bandejas de metal con un sonoro clanc cuando lo dejó caer—. Sólo un sargento: Naveem. Todos murieron en el accidente. —Fugis levantó la mirada hacia el otro Salamandra—. Ésa no es forma de morir para un astartes, Dak'ir.

—Todos han servido al Emperador con honor —replicó Dak'ir, pero sus palabras le sonaron huecas incluso a él mismo.

Fugis hizo un gesto a algo que había tras él y Dak'ir dejó pasó a dos corpulentos sepultureros que entraron torpemente en la habitación.

—Otro más —dijo el apotecario—. Llevad a nuestro hermano con reverencia y esperadme en el pyreum.

Los robustos servidores, con la espalda arqueada y el rostro totalmente oculto tras una máscara de metal negro, asintieron solemnemente antes de llevarse la tabla y al hermano Vah'lek consigo.

—¿Qué ocurre ahora, hermano? —preguntó Fugis, impaciente, mientras intentaba esterilizar los guantes en un brasero—. Hay otros que precisan mi ayuda. Hay centenares de humanos muertos y heridos.

Dak'ir se adentró más en la carpa y bajó la voz.

—Antes del accidente, cuando nos cruzamos por el pasillo, me dijiste que andabas buscando al hermano Tsu’gan. ¿Lo encontraste?

—No —respondió Fugis, ausente.

—¿Por qué lo buscabas?

El apotecario volvió a levantar la mirada con expresión severa.

—¿Por qué quieres saberlo, sargento?

Dak’ir le mostró las palmas de las manos en un gesto como de disculpa.

—Parecías preocupado, eso es todo.

Pareció que Fugis iba a decir algo cuando volvió a mirar sus guantes.

—Una equivocación, nada más.

Dak’ir volvió a dar un paso al frente.

—Tú no cometes equivocaciones —dijo con firmeza.

Fugis respondió en voz baja; poco más que un susurro.

—Nadie es infalible, Dak’ir. —El apotecario volvió a enfundarse los guantes y la frialdad regresó a él—. ¿Algo más?

—No —replicó Dak’ir con sequedad, y retuvo a Fugis cuando éste se marchaba—. Estoy preocupado por ti, hermano.

—¿Así que estás a la entera disposición de Elysius? ¿Nuestro caritativo capellán te ha enviado para que evalúes mi estado de ánimo? Es curioso cómo se han intercambiado nuestros papeles, ¿verdad?

—He venido solo, por voluntad propia, hermano —protestó Dak’ir—. No eres tú mismo.

—Llevo cinco horas manchándome con la sangre de los heridos y los moribundos. Nuestros hermanos buscan supervivientes entre las ruinas de nuestra nave en vano. ¡Somos marines espaciales, Dak’ir! Concebidos para la batalla, no para esto. —Fugis hizo un ostensible gesto señalando el sangriento escenario donde se encontraba—. ¿Y dónde está N’keln? —continuó, presa de un fervor repentino—. Estudiando hololitos en su búnker de mando con Lok y Praetor, ahí está. —Fugis hizo una pausa antes de que la rabia volviera a ganarle la partida a su buen juicio—. ¡Los capitanes tienen que dejarse ver! Su deber es inspirar a su compañía. N’keln no puede hacer algo así ocultándose tras los despliegues de planes y estrategias.

El rostro de Dak’ir se endureció y adoptó un tono de advertencia al hablar.

—Considera tus palabras, Fugis. Recuerda que eres miembro de la Guardia

Inferno.

—No existe tal Guardia Inferno —replicó de manera agresiva, pese a que su ira ya había decaído—. Shen'kar es poco más que un edecán, Vek'shen lleva mucho tiempo muerto y N'keln todavía tiene que nombrar a un sucesor para el puesto que él mismo ha dejado vacante. Lo cual deja únicamente a Malicant, y el portador de nuestro estandarte apenas ha tenido motivos últimamente para desplegar nuestros colores. Tú mismo renunciaste al manto de campeón de la compañía.

—Tenía mis razones, hermano.

Fugis arrugó la frente, como si su argumento no tuviese ningún valor.

—Se suponía que esta misión serviría para resolver el distanciamiento en nuestra compañía, una causa justa para que todos nos uniésemos y sacásemos fuerzas. Pero yo sólo veo más muertos y más laureles para nuestro muro de la memoria.

—¿Qué te ha pasado? —Dak'ir expresó su enfado sin miedo—. ¿Dónde está tu fe, Fugis? —preguntó con sequedad.

El rostro del apotecario se oscureció, como si toda la vida que le quedaba se escapase de repente.

—Hoy me he visto obligado a matar a Naveem.

—No es la primera vez que administras la paz del Emperador —replicó Dak'ir sin saber muy bien por dónde iría todo aquello.

—Cuando me disponía a extraerle la glándula progenoide, cometí un error y lo perdimos. Hemos perdido a Naveem… para siempre. —Se produjo un silencio breve y lapidario antes de que Fugis prosiguiera—. Y en cuanto a mi fe… Murió, Dak'ir, se fue junto con Kadai.

Dak'ir quiso hablar, pero se dio cuenta de que no tenía nada más que decir. Las heridas eran profundas; unas más que otras. Tsu'gan había elegido la furia, mientras que Fugis se había entregado a la desesperación. No había palabras para consolarlo en estos momentos. Solamente la guerra y el fragor de la batalla limpiarían el espíritu del apotecario. Cuando se hizo a un lado para dejar pasar a su hermano, Dak'ir esperó que éstas llegasen pronto. Pero cuando Fugis se marchó sin mediar palabra, el hermano sargento temió que ambas acabasen consumiendo al apotecario.

Dak'ir, que dejó el hospital de campaña poco después, se puso al día con Ba'ken, a quien le había pedido que se reuniera con él en el exterior.

—Pareces cansado, hermano —apuntó el gigantesco Salamandra cuando vio acercarse a su sargento.

Ba'ken estaba solo, desprovisto de su lanzallamas pesado. Lo había dejado en una de las armerías prefabricadas custodiadas por el hermano sargento Omkar y su escuadra. Las rotaciones en sus labores implicaban que los Salamandras iban pasando de los equipos de búsqueda a los de rescate, y de los grupos excavadores a centinelas. Ba'ken estaba preparándose para unirse al equipo que intentaba desenterrar el *Ira de Vulkan*. Tenía ganas de empezar con esa misión, ya que las llanuras eran tranquilas y el trabajo de centinela comenzaba a resultarle aburrido. Quedó para encontrarse con el sargento Agatone por el camino.

—No tan cansado como otros —respondió Dak'ir, ocultando la razón de su comentario.

Ba'ken decidió no presionarlo.

—Los sargentos no han tenido descanso —dijo—. Los que no están desempeñando su labor como centinelas, están desenterrando el *Ira de Vulkan* o tirando las paredes de sus pasillos exclusivamente para sacar a los muertos. Estamos trabajando al máximo, pero sin un enemigo contra el que luchar. —Negó con la cabeza con pesar—. Éste no es trabajo para los marines espaciales.

Dak'ir esbozó una sonrisa vacía.

—Fugis dijo exactamente lo mismo.

—Entiendo. —Ba'ken era lo suficientemente listo como para saber que su sargento se había referido al apotecario en su anterior observación. Recordó haberlo observado en la plataforma de la cañonera fuera de la Cámara de la Conmemoración en Hesiod. En todo el tiempo que estuvo esperando a Dak'ir, Fugis no se movió ni pronunció una sola palabra.

Con el pragmatismo habitual, Ba'ken apartó aquel pensamiento de su mente y se concentró en el asunto presente.

—Agatone es uno de los astartes más leales que he conocido nunca —dijo cambiando de táctica—. Aparte de Lok, es el sargento que más tiempo ha servido de los que quedan en la compañía. Pero esta noche ha perdido a uno de su escuadra.

—Al hermano Vah'lek. He ido a verlo —comentó Dak'ir—. Fugis acaba de enviar su cadáver al pyreum.

—«Y al fuego regresamos…» —recitó Ba'ken—. Si no sacamos nada bueno de esta misión, la muerte de Vah'lek habrá sido en vano —añadió, y negó ligeramente con la cabeza—. Agatone no lo tolerará.

La voz de Dak'ir sonó en la lejanía cuando observó las infinitas llanuras grises.

—En ese caso, esperemos que pronto lleguen mejores noticias.

Entonces apareció N'keln dando grandes zancadas, Lok y Praetor lo seguían. El hermano capitán y su séquito iban justo detrás de ellos.

—Lok, ¿qué ocurre? —gritó Dak'ir.

El sargento devastador fue conciso.

—Estamos preparándonos para la batalla —anunció—. El hermano sargento Tsu'gan ha encontrado al enemigo.

Una larga pared de hierro gris y oxidado se extendía a lo largo de la base de la cuenca de ceniza. Estaba adornada con pinchos, y varios tótems macabros colgaban de unas cadenas negras sujetas a distintas almenas rematadas con espirales de alambres con cuchillas. Las torres de los centinelas salpicaban el alto y escarpado muro apuntalado por contrafuertes angulares. Eran de acero, pero desgarrados e irregulares para evitar que nadie trepara por ellos. Emplazamientos de armas estáticas, cintas para transportar la munición de los bólters pesados montados en forma de tarántula que parecían lenguas metálicas yaciendo amenazadoramente tras los muros de la torre. Surgían grandes columnas de humo denso y negro de las chimeneas ubicadas detrás de esta línea defensiva exterior, sugiriendo un núcleo de estructuras industriales dentro de la propia fortaleza.

Las paredes también estaban cubiertas de sellos: imágenes talladas que causaban dolor en los ojos de Tsu'gan con sólo mirarlas. Eran iconos de los Poderes Ruinosos marcados a modo de clavos de penitencia en la frente de los no creyentes. Los surcos de óxido nacían justo donde habían atornillado los iconos, lo cual hizo pensar al Salamandra que se trataba de sangre de sacrificios. Por todo lo que sabía Tsu'gan, así era.

En la puerta, una plancha de hierro y adamantium reforzado con cadenas entrecruzadas que parecían lo suficientemente sólidas como para resistir un disparo directo de un láser, estaba estampado el símbolo idólatra más destacado de todos. Representaba la lealtad de su legión y no dejaba ninguna duda sobre la identidad de los guerreros del interior de la fortaleza.

Era una única calavera acorazada con la estrella de ocho puntas del Caos tras ella.

—Los Guerreros de Hierro, hijos de Perturabo —masculló el hermano sargento De'mas con rencor evidente.

—Traidores —añadió furioso Typhos mientras asía con fuerza su martillo de trueno.

Además de divisar la fortaleza y contactar con sus colegas sargentos para la misión de exploración, Tsu'gan también había establecido un enlace con N'keln por medio del comunicador. Las interferencias por la distancia y la tormenta de ceniza originaron mucho ruido, pero el mensaje fue transmitido con claridad suficiente:

«Enemigo divisado. Traidores de la Legión de los Guerreros de Hierro. Esperando refuerzos antes de atacar».

A Tsu'gan le hubiera gustado cargar en aquel preciso instante y vaciar su bólter con toda la furia. Pero la sensatez calmó su ira. Los Guerreros de Hierro no eran una raza de xenos mal equipada para enfrentarse al poder de los sagrados ángeles del Emperador. No. Hubo un tiempo en el que ellos mismos fueron ángeles, si bien cayeron por una traición perpetrada hacía milenios. Maestros del asedio y constructores de fortalezas sin igual, exceptuando quizá a los hijos leales de Rogal Dom, los Puños Imperiales, los Guerreros de Hierro también eran luchadores fuertes con una capacidad devastadora en las guerras a larga distancia y prolongadas. Un ataque directo a sus mandíbulas, sin suficientes efectivos ni artillería pesada, habría resultado en un final sangriento para los Salamandras. En cambio, Tsu'gan se decantó por el rasgo más nocturniano: prefirió esperar.

—Los Guerreros de Hierro estuvieron en Isstvan, donde cayó Vulkan —añadió Typhos con una cólera repentina—. No puede ser casualidad. Esto debe de ser parte de la profecía.

Los tres sargentos se encontraban sobre la colina, mirando el territorio de los

traidores que se extendía a sus pies. Sus escuadras estaban próximas, reunidas en grupos, inspeccionando la zona en busca de enemigos o, simplemente, protegiendo los flancos de sus líderes.

De'mas estaba a punto de responder, pero Tsu'gan lo cortó.

—Tranquilidad, hermanos —les dijo mientras observaba las defensas de la fortaleza a través de un par de magnoculares—. Todavía no podemos concluir nada.

Tsu'gan observó atentamente el bastión de los Guerreros de Hierro, pero no se detenía demasiado tiempo en ninguna de sus estructuras, como para mitigar su malestar. La puerta era la única entrada. Los guardias del perímetro patrullaban las almenas amuralladas, aunque el escudo humano era sospechosamente débil. Los centinelas estaban quietos en las torres, casi como estatuas, presidiendo los emplazamientos de los cañones automáticos. En una de las torres, un reflector inspeccionaba las dunas de ceniza con irregulares movimientos. Tsu'gan miró más allá y contó los reductos techados que ocupaban el territorio desierto que había frente al muro. Éstos también parecían tranquilos y no detectó ningún movimiento en su interior. La fortaleza tenía una forma extraña. Tsu'gan no fue capaz de determinar cuántos lados tenía, el número de murallas defensivas. Maldijo al reconocer los rasgos retorcidos del Caos. Apartando la mirada, le devolvió los magnoculares a Tiberon y masculló una rápida letanía de ataque.

—No hay nada seguro —reconoció a los otros dos sargentos una vez hubo acabado—. El que Vulkan cayese o no en Isstvan es irrelevante.

—Es muy significativo —lo rebatió Typhos con un tono cada vez más truculento en la voz.

—¿Confías en que el primarca salga corriendo de las dunas martillo de trueno en mano? Es un mito de diez mil años de antigüedad, hermano, y no quiero oír hablar más de él —le advirtió Tsu'gan.

—Tu'Shan cree en él —le contestó el otro sargento—. ¿Por qué ha enviado una compañía entera a una misión tan espuria si no se trata de una búsqueda sagrada?

—El señor del capítulo hace lo que debe hacer —respondió Tsu'gan, crispado—. No puede ignorar la posibilidad del regreso del primarca, ni siquiera la oportunidad de desenterrar los hechos de su fallecimiento. Nosotros, hermano, no estamos tan obcecados como para creer en lo que no pueden ver nuestros

ojos. Esto —dijo blandiendo el bólter—, y esto —se golpeó la hombrera de la armadura—, e incluso esto —Tsu'gan cogió un puñado de ceniza—, es real. Esto lo conozco. Si dejas que el fervor ciego guíe tu camino, te acabará llevando a la perdición, Typhos —añadió con tono burlón.

—Muestra algo de respeto —masculló entre dientes el otro sargento—. Tenemos el mismo rango.

—Aquí, sobre estas dunas —replicó Tsu'gan—, yo tengo un rango superior al tuyo.

Se produjo un silencio breve e intenso, pero finalmente Typhos se sintió intimidado y se decidió por la sumisión.

Quizá, pensó Tsu'gan, no era bueno agraviar a otro sargento cuando lo que él deseaba era impugnar al capitán de la compañía, sobre todo a uno que, previamente, le había jurado su apoyo. «Pero tengo que demostrar mi poder», consideró Tsu'gan, que sabía que imponiendo su voluntad consolidaría aún más la lealtad de Typhos.

—Para unos especialistas en asedios, es un mal lugar para construir un bastión —destacó De'mas ignorando el leve altercado—. Dentro de la cuenca la visión es reducida.

Tsu'gan sabía que, durante la Herejía, los Guerreros de Hierro poseían fortalezas en todos los segmentums de la galaxia. A menudo, estos bastiones estaban aislados, puestos de avanzadilla de una sola escuadra. Pese al escaso número de tropas, también era consciente de que estos bastiones eran prácticamente impenetrables. Esta defensa suprema era el resultado de la tenacidad de los Guerreros de Hierro, pero también dependía del lugar elegido por la legión para levantar sus muros. De'mas tenía razón: aquella fortaleza no tenía una posición ventajosa, un punto alto desde el que observar el acercamiento del enemigo. Iba contra las normas de la estrategia de asedio. Pero en ese caso, la mayor preocupación de los traidores no fuese quizá la de defender su territorio.

—Lo han construido aquí para ocultarlo —comprendió Tsu'gan, y esbozó una leve sonrisa por su deducción—. En cualquier otro sitio habría sido demasiado llamativo.

—¿Con qué fin? —preguntó Typhos—. ¿Qué podrían estar ocultando aquí los traidores, en este lugar tan apartado?

La expresión de Tsu’gan se endureció a medida que hacía girar la correa del bólter alrededor de la hombrera.

—Eso es lo que quiero saber —dijo, y volvió a descender hasta la base de la cresta.

Los hermanos de batalla de Tsu’gan se situaron a su alrededor mientras trazaba su plan. Con un cuchillo de combate dibujó un boceto rudimentario de la fortaleza sobre las cenizas endurecidas.

—Parece una estrategia de asalto —murmuró De’mas por detrás del hombro de Tsu’gan.

—Así es —respondió éste brevemente.

—Hermano, supongo que no tengo que recordarte que los Guerreros de Hierro son expertos en asedio, tanto atacando como defendiendo.

—No tienes por qué.

Typhos ironizó.

—Entonces también sabrás que un asalto así con treinta hombres y escasez de armas pesadas es un…

—Suicidio. —Tsu’gan acabó la frase por él, mirando directamente a Typhos a los ojos—. Sí, también soy consciente de ello. Y por eso vamos a atacar los reductos y no las murallas, hermano sargento.

—Explícate. —Al parecer, el interés del hermano sargento De’mas se despertó.

—Cuatro escuadras de combate —comenzó a decir Tsu’gan al tiempo que dibujaba flechas de acercamiento sobre el polvo—, una por reducto. Solamente espadas y martillos. Los lanzallamas aguardarán para un posible refuerzo. La táctica es el silencio y el sigilo. Entraremos por los reductos sin ser detectados, mataremos a todos los centinelas que encontremos y ocuparemos sus posiciones. Allí esperaremos a que llegue el hermano N’keln y entonces lanzaremos un ataque sorpresa, irrumpiremos por la puerta y abriremos fuego a discreción.

—¿Has dicho cuatro escuadras de combate? —preguntó Typhos. Tsu’gan asintió y clavó en el sargento una mirada glacial.

—Así es. Tú te quedarás atrás, al mando de nuestra retaguardia. Tu misión será la de informar al hermano capitán sobre la situación a su llegada. —Tsu’gan miró entonces a todas las unidades—. El hermano sargento Typhos tendrá que ser informado de todas las armas pesadas de larga distancia. Vosotros seréis

nuestro apoyo en el fatídico caso de que nos descubran. De'mas —añadió, centrando ahora su atención en el otro sargento—. Escoge a las diez unidades más sigilosas de tu escuadra y de la de Typhos y reúnete con mis hombres y conmigo en la cara este de la base de la cresta.

Tsu'gan se marchó sin dejar tiempo a Typhos para protestar y solamente con el hermano M'lek y su cañón de fusión a cargo del hermano sargento. El resto de su escuadra lo siguió.

De'mas hizo su selección de forma rápida y sosegada. Así, la retaguardia estaría compuesta por una amalgama de tres escuadras. Era algo poco convencional, pero también servía para demostrar la flexibilidad estratégica de las escuadras tácticas y la razón por la cual los astartes eran guerreros supremos.

La fuerza de asalto de los Salamandras se dividió en cuatro escuadras de cinco hombres cada una sin mediar palabra. El signo de batalla entre cada uno de los líderes de escuadra garantizaba una total claridad y eficacia mientras los astartes avanzaban alrededor del borde de la gran duna y se aproximaban al bastión enemigo desde un ángulo oblicuo. Los Salamandras restregaron ceniza sobre su armadura e incluso ensuciaron sus espadas para evitar que el más mínimo reflejo los delatase, de manera que caminaban como fantasmas invisibles sobre la oscura planicie. Incluso el fuego de sus ojos se había extinguido, oculto por unas lentes del casco de batalla configuradas para obtener una opacidad máxima, idéntica a la de los cristales unidireccionales de las salas de interrogatorio.

Después de atravesar en cuclillas las dunas y de que su escuadra desplegada fuese reuniéndose poco a poco, Tsu'gan llegó al borde del primer reducto. Incluso en la oscuridad, su aguda vista podía adivinar las siluetas de los centinelas que patrullaban al otro lado. El sargento procuró mantenerse fuera de su línea de visión, y sus movimientos eran leves y fluidos con el fin de no levantar sospechas. Hasta ese momento los Guerreros de Hierro no se habían movido, por lo que supuso que no habían detectado su avance.

Arrastrándose sigilosamente por el borde del reducto y ocultando su posición desde las majestuosas paredes de la fortaleza, a varios cientos de metros de distancia, escuchó atentamente.

Solamente percibía el ruido del viento y el leve clanc de los pies calzados con botas que paseaban por las almenas situadas sobre su cabeza.

Tsu’gan se adentró aún más, desenvainó la hoja cubierta de ceniza de su arma de combate y se preparó para matar. El reducto no estaba vigilado por detrás y podía accederse a él libremente a través de una entrada abierta en la parte trasera.

Buenas noticias. Esto facilitaría mucho el poder arrastrarse sigilosamente por detrás del centinela. Reflexionó brevemente sobre hasta qué punto ofendería el orgullo marcial de algunos capítulos el hecho de acercarse de este modo al enemigo. Pero los Salamandras siempre habían sido muy pragmáticos en la guerra. Consideraban que sus disparos les limpiaban el alma y les purificaban el espíritu, pero también mantenían que el fin justificaba los medios, y la victoria estaba por encima de todo.

Con el rabillo del ojo, Tsu’gan vio más fantasmas oscuros arrastrándose en silencio a través de la noche, mientras las demás escuadras de combate se ponían en posición. Su propio grupo de guerreros llegaba donde se ocultaba él. El hermano Lazarus iba en cabeza y asintió para indicar que estaba preparado. S’tang iba justo tras él. Su casco de batalla, al igual que el de sus hermanos, estaba cubierto de cenizas de camuflaje. Honorious y Tiberon custodiaban la entrada, asegurándose de que no podría escapar ningún enemigo. En silencio, los otros tres Salamandras entraron en el reducto.

Dos centinelas esperaban dentro, ambos de los Guerreros de Hierro, de espaldas a ellos. S’tang se quedaría rezagado y sólo intervendría en caso de que fuera necesario. Los traidores permanecían inmóviles mientras vigilaban las oscuras dunas que se extendían más allá del reducto.

«Estáis a punto de morir, hermanos», pensó Tsu’gan con frialdad, a la vez que descubrió un maltrecho pero letal escudo de tormenta apoyado contra la pared interior. Enfundó la espada en silencio, decidido a no mancillar el arma con la sangre de los traidores, y alzó el escudo.

Lazarus estaba dispuesto a atacar. Empuñaba su espada dentada del revés para poder clavarla hacia abajo, apuntando hacia el pequeño hueco entre la gorguera y el peto.

Tsu’gan también estaba preparado y lanzó la orden de atacar.

Saltó hacia adelante, reprimiendo el instinto de soltar un grito de batalla, y machacó al Guerrero de Hierro contra el suelo con un fuerte golpe a dos manos con el escudo. El ímpetu de la ofensiva empujó a Tsu’gan a continuar. Se agachó

ante el traidor, tumbado boca abajo, le inmovilizó los brazos con las rodillas y pasó el canto afilado del escudo por la nuca del Guerrero de Hierro cortándole la cabeza.

Miró a Lazarus. El Salamandra estaba guardando su espada y limpiándole la sangre, que parecía extrañamente escasa. Tsu'gan lo ocultó bajo la tenue luz para impedir que lo descubrieran, pero cuando contempló a su centinela muerto se dio cuenta de que algo no encajaba.

Apenas había sangre.

Le acaba de cortar el cuello a ese bastardo. Debería de haber sangre. Mucha. Sin embargo, había muy poca. Tsu'gan lanzó el escudo a un lado, levantó la cabeza del centinela e inspeccionó la herida. Era oscura y viscosa, pero la sangre no fluía. Estaba coagulada. Los Guerreros de Hierro ya estaban muertos antes de que entraran en el reducto.

—Los guardias ya estaban muertos —susurró por el comunicador, advirtiendo a todas las escuadras de combate y rompiendo el silencio existente.

Se desató una cadena de informes similares por parte de los otros cuatro grupos de asalto. Cada uno de ellos había entrado en su respectivo reducto sin ser detectado y había matado a los centinelas que se encontraban en el interior, pero poco después descubrieron que el enemigo ya estaba muerto.

Tsu'gan respondió.

—Sacad los bólters. —El hermano sargento escudriñó la oscuridad a través de la tronera del reducto y después por la puerta abierta. Maldecía para sus adentros. Los Guerreros de Hierro los habían atraído como a novatos y su posición había quedado expuesta. Le quitó el seguro a su bólter, dispuesto a matar si aquél iba a ser el final, y se agachó para ser un objetivo más pequeño. Entonces esperó.

Pasaron varios minutos en la silenciosa negritud. No salió ningún asesino de la oscuridad; ningún equipo dispuesto a darles muerte se acercó a la elaborada trampa que habían preparado.

El esperado contraataque no se materializó, ni tampoco se iba a materializar. Por alguna razón desconocida, los Guerreros de Hierro habían colocado muertos en sus reductos.

—Su intención no era atraernos —comprendió Tsu'gan, que hablaba en voz baja—. Eran elementos disuasorios.

—¿Sargento? —dijo entre dientes el hermano Lazarus.

Tsu’gan desestimó la pregunta. No tenía respuesta a tal cuestión. Todavía.

—Nos quedaremos aquí —dijo—. Esperaremos.



# SIETE



# I

# Asedio

Las crecientes nubes de ceniza se iban disipando poco a poco en el horizonte gris. Fue la última señal del grupo de N’keln perceptible desde el campamento de los Salamandras. El hermano Argos había logrado liberar los vehículos de tierra de la bodega del *Ira de Vulkan*. N’keln se había llevado el Land Raider *Yunque de Fuego* con los dracos de fuego, su Guardia Inferno y el capellán Elysius a bordo. Incluso Fugis viajó también. En un principio, el apotecario pensó quedarse para atender a los heridos, pero su lugar era junto a N’keln, y tal vez sus hermanos necesitaran sus servicios en la inminente batalla contra los Guerreros de Hierro, por lo que decidió regresar a la primera línea de combate por primera vez desde Stratos.

El resto de los vehículos de los Salamandras incluían cuatro transportes blindados Rhino, que transportaban las tres escuadras de devastadores y la escuadra táctica del hermano sargento Clovius. El capitán había elegido a su fuerza de operaciones en función de su capacidad de disparo. Pretendía asaltar las murallas de la fortaleza desde la distancia en lugar de irrumpir en ella. Los devastadores estaban bien preparados para aquella empresa, y como Clovius se

jactaba de contar con el lanzamisiles y el rifle de plasma en sus filas, era la elección ideal para la cuarta escuadra. En consecuencia, ocupó el Rhino que quedaba.

Vargo y su escuadra de asalto eran el elemento final de la fuerza de operaciones. Sus tropas recorrerían el trayecto a pie, utilizando los retrorreactores para mantener el ritmo. Una vez atravesadas las murallas, el hermano sargento Vargo y sus tropas podrían sacarle el jugo al hueco abierto rápidamente.

Dak'ir se quedó para proteger el campamento. Aunque habría preferido unirse a la fuerza de operaciones, sabía cuáles eran sus obligaciones y respetó el deseo de su capitán. El resto de escuadras continuó con sus labores rotatorias de liberar el *Ira de Vulkan*, proteger los hospitales de campaña y buscar supervivientes. La experimentada escuadra de Naveem pasó casi todo este tiempo dentro de los maltrechos confines de la nave, abriendo las zonas selladas y exhumando los cadáveres de sus tumbas metálicas. El hermano Gannon estaba al mando de forma temporal, pese a que era un sargento inexperto. Agatone se alegró de quedarse allí. Iban a realizarse los cumplimientos del ritual de incineración para Vah'lek y le apetecía estar presente.

Todos estos pensamientos revoloteaban en la cabeza de Dak'ir como fragmentos de ceniza impulsados a la deriva desde las lejanas cumbres de los volcanes de Scoria. Cuando miró hacia el vacío gris, el panorama que había ante él pareció mezclarse y cambiar…

*… cuando las distantes montañas se levantaron súbitamente imponentes, curvándose en arcos sobre la cabeza de Dak'ir como dedos retorcidos hasta que se juntaron para formar un dosel de piedra. La ceniza, tan omnipresente hacía unos instantes, desapareció como si escapase a través de las grietas del mundo para huir de cierta maldición y dejó en su lugar rocas sólidas bajo los pies de Dak'ir. Estaba en una cueva. Le recordaba a Ignea. Había un túnel que bajaba hacia el corazón de Scoria, donde se escondía el fuego prometido, que centelleaba en las paredes como espectros rojos danzando. Estas apariciones imaginarias lo llevaron hacia las profundidades, hasta el punto más bajo de la tierra, donde la lava discurría en vastas corrientes y brillaba por el calor lustroso. Lagos de fuego líquido reflejaban una luz turbia y sombría que más bien parecía constreñir y conspirar en lugar de iluminar. Y allí, en una gran*

*caverna rodeada de fosas en llamas que simulaban hogueras, moraba el dragón. Sus escamas brillaban como sangre derramada a la luz de la lava, su aliento sulfuroso alimentaba el hedor de la montaña.*

*Dak'ir estaba justo enfrente. Tenía una gran pica enganchada al guantelete y el lago de fuego los separaba. Cazador y bestia se miraron a los ojos g través del magma ardiente, que se encendió en empatía con su ira mutua.*

*«Eres el asesino de mi capitán». La voz le sonó distante y extraña, pero Dak'ir la reconoció como la suya. Era más una advertencia que una acusación.*

*La ira le dio una fuerza a su cuerpo que ni él mismo sabía que poseía. Dak'ir saltó el enorme lago de fuego y aterrizó en cuclillas al otro lado.*

*Tras aceptar el reto, el dragón se dirigió hacia él, y un bramido bestial procedente de su boca llena de dientes se convirtió en un remolino de fuego negro.*

*Dak'ir gritó por Vulkan, y el vigor del primarca lo armó de valor. Cuando la bestia se acercó, destrozando rocas y machacando piedras a cada paso que daba, Dak'ir cogió la pica y la clavó como si de una lanza se tratase en el vientre del dragón. Éste dio un alarido y la cueva se estremeció. Fue un grito tan lleno de cólera y agonía que arrasó las montañas y abrió el techo a un cielo gris que iba tiñéndose lentamente de un color más rojizo.*

*En su lucha por salvarse, el dragón arañó y cayó profundos surcos en la piedra. Dak'ir lo empujó. Lo llevó hasta el lago de fuego, lo arrastró a sacudidas hasta el borde y dejó que ardiera y se consumiese con el calor que emitía.*

*El dragón murió, y en la penumbra y el humo de su conflagración acabó por convertirse en hombre. Su armadura era roja como el carmín, tenía la boca llena de dientes y llevaba la librea profanada de un antiguo ángel que había dado la espalda a su deber y lealtad para abrazar la corrupción. El cuerpo se disolvió, nada quedó salvo huesos y cenizas, un aperitivo frugal para aquel lago de fuego. A continuación, el mundo se partió. Un gran temblor sacudió la tierra y Scoria se abrió. Las columnas de fuego estallaban como ráfagas de explosiones incendiarias procedentes de debajo de las cenizas, y la tierra engullo la montaña. Dak'ir presenció la muerte de un planeta consumido por sí mismo. Acto seguido, el fuego fue a por él y también se quemó…*

—Detecto dudas en ti.

Al despertar repentinamente de su sueño, Dak'ir se estremeció. Sin embargo, disimuló su reacción y apenas se notó. Hasta ese momento pensó que se encontraba solo.

—No son dudas, hermano bibliotecario —respondió con serenidad, borrando los restos de su visión cuando Pyriel se colocó junto a él.

Se encontraban a unos cien metros del borde del campamento, contemplando las dunas situadas más allá de los cañones tormenta, que aguardaban implacables, y el cinturón de granadas ocultas que había tras ellos.

—Es más bien falta de resolución. Algo que puedo percibir, pero que no está a mi alcance.

No era mentira. El instinto había estado presente en todo el sueño, sometido a su subconsciente.

—Que hay algo aquí, bajo las cenizas, que no podemos ver —dijo el bibliotecario.

—Sí —asintió Dak'ir, y se quedó mirando para que lo extrapolara, dudando de por qué él mismo se sorprendía tanto de la presciencia de Pyriel. El bibliotecario mantenía la mirada en el horizonte, tan hermético como una roca.

En ausencia de más explicaciones, Dak'ir decidió continuar.

—Desde que llegamos aquí, tras el accidente, me he sentido como si… me observaran.

Esta vez Pyriel sí que lo miró.

—Prosigue —dijo.

—No las criaturas de ceniza que nos atacaron —explicó Dak'ir—. Ni siquiera un enemigo como tal, es algo… distinto.

—Yo también lo he notado —reconoció el bibliotecario—. Es el destello de una conciencia desconocida para mí. No es la mente de los xenos lo que percibo. Ni tampoco la mancha del Caos representada por los traidores que ha encontrado el hermano Tsu'gan. Es, como tú dices, «algo distinto».

El bibliotecario se quedó mirando unos instantes más a Dak'ir, después se dio la vuelta.

—Mira ahí —dijo señalando el horizonte gris. Dak'ir hizo lo que le pidió—. ¿Qué ves?

El sargento abrió la boca para hablar, pero Pyriel levantó la mano y lo detuvo.

—Piénsalo bien —le advirtió—. No lo que hay, sino lo que ves.

Dak’ir centró la mirada y se fijó bien. Todo lo que veía eran cenizas y torres de rocas distantes coronadas por nubes oscuras, y un horizonte gris moteado de ocre y rojo allá donde respiraban los volcanes.

—Veo… —comenzó a decir, pero decidió detenerse para abrir bien los ojos —. Veo Nocturne.

Pyriel asintió. Fue un movimiento leve, apenas perceptible, pero que expresó de forma elegante su satisfacción.

—Es lo mismo que veo yo. Bajo las capas de ceniza hay roca. Los volcanes han escupido lava durante tanto tiempo y tan continuamente, que las virutas grises han convertido este planeta en un lugar gris de cielos plomizos, privándolo de vida. Los océanos, porque considero que en algún tiempo las profundas cuencas en los desiertos de ceniza fueron enormes masas de agua, se secaron hace una eternidad. Tal vez existan todavía afluentes subterráneos, pero dudo de que sean suficientes para generar formas de vida considerables. Sospecho que Scoria fue algún día como Nocturne, aunque más avanzado en su ciclo geológico. —Pyriel se agachó y apoyó una mano sobre el suelo. Le indicó a Dak’ir que hiciese lo mismo—. ¿Lo notas? —preguntó el bibliotecario cerrando los ojos, anulando los sentidos del olfato y el oído y concentrándose únicamente en el tacto.

Dak’ir asintió, pero no podía saber si el bibliotecario había visto o notado su afirmación. Un temblor recorría la tierra, débil, pero insistente como el flujo sanguíneo.

—Son los últimos latidos de un planeta agonizante, hermano.

Dak’ir abrió los ojos de repente y se levantó. De nuevo tuvo la misma visión, y por un momento se preguntó si Pyriel también la habría tenido, si habría mirado dentro de su mente y percibido sus sueños más profundos.

—¿Qué quieres decir, bibliotecario, que Nocturne sufrirá la misma suerte? —La pregunta sonó más agresiva de lo que habría deseado.

—Todos los mundos llegan a su fin, Dak’ir —respondió Pyriel de forma pragmática—. Puede que la desaparición de Nocturne se produzca dentro de varios milenios, o puede que dentro de unos siglos. Me pregunto si nuestro progenitor nos trajo aquí para que viéramos algo sobre el destino de nuestro mundo natal. —Sus ojos se iluminaron con un fuego claro—. ¿Es eso lo que has

visto, hermano?

Un estruendo sísmico estalló en el lugar del accidente antes de que Dak'ir dijese nada. Ambos marines espaciales, pese a que se encontraban a varios cientos de metros del temblor, notaron la sacudida. A continuación, comenzaron a correr en dirección a las columnas de ceniza que se elevaban hacia el cielo mientras el *Ira de Vulkan* se movía y se hundía. A cien metros de la nave, los salamandras quedaron sepultados bajo una nube gris que golpeó su servoarmadura como una ola de arena.

Dak'ir activó su casco de batalla y conectó el iluminador a la vez que inspeccionaba los espectros ópticos para adentrarse en la turbia explosión de ceniza de la mejor manera posible. Pyriel no necesitaba este aumento. Sus ojos brillaban como balizas azules en la oscuridad, más penetrantes que cualquier foco.

—Allí —dijo elevando un poco la voz y señalando el contorno oscuro del casco del crucero de combate. Dak'ir lo oyó perfectamente y acertó a ver vagas siluetas a través de la tormenta de ceniza. Algunas se movían, otras yacían acurrucadas con las cabezas agachadas.

—¡Ba'ken, informa! —gritó el sargento por el comunicador.

La única respuesta que obtuvo durante un tiempo fue un ruido chisporroteante, pero cuando la nube gris comenzó a disiparse, oyó la voz del corpulento soldado.

—Un movimiento sísmico, hermano sargento. Se ha movido toda la nave.

—¿Bajas?

—Sólo lesiones leves. Hice salir a los equipos de excavación cuando noté que la nave comenzaba a moverse. —Se produjo una pausa, como si Ba'ken estuviese meditando qué decir a continuación—. No te vas a creer lo que ha quedado al descubierto.

El polvo gris lo cubría todo. Se había asentado a modo de película en las llanuras, como si nunca lo hubieran perturbado, aunque las batas de los siervos estaban cubiertas de él, igual que las armaduras de los Salamandras. Las siluetas que se dibujaban a través de la ceniza correspondían a Ba'ken y a uno de los equipos de excavación. Tosiendo y resoplando, los humanos estaban tumbados boca arriba y jadeaban en busca de aire. Los servidores estaban junto a ellos, impasibles y tranquilos. Ba'ken se alejó para reunirse con Dak'ir y Pyriel, que

salieron a su paso.

Se había quitado la armadura y llevaba el mono de trabajo. Todavía tenía los músculos sudorosos e hinchados por el esfuerzo realizado y llevaba una pala plana en la mano.

—Hermanos —dijo, y saludó rápidamente con la mano a la altura de su amplio y negro pecho.

—Es como estar de vuelta en casa, ¿verdad, Ba’ken? —dijo Dak’ir.

—Así es, señor. Me ha recordado a la recogida de piedras tras el Tiempo de la Prueba. Aunque normalmente excavo entre nieve y hielo, y no entre cenizas.

—Enséñame lo que has encontrado —le ordenó el sargento.

Ba’ken los llevó hasta donde el *Ira de Vulkan* se había hundido durante el suceso geológico. Se había formado un profundo abismo, aparentemente infinito, entre el borde del casco del crucero de combate y la superficie de la llanura de ceniza. Montones lánguidos de motas grises se escurrían por él se perdían de vista rápidamente en la oscuridad. El abismo era estrecho, pero no tanto como para que un guerrero con servoarmadura no pudiese meterse por él.

—Percibo calor —afirmó Pyriel asomándose al oscuro precipicio—. Y lo que he experimentado antes es más fuerte aquí.

—¿Crees que hay algo ahí abajo, hermano? —preguntó Dak’ir, que se puso a su lado.

—¿Además de las bestias de quitina? Sí, estoy convencido de ello.

—¿Crees que es muy profundo? —Ba’ken se inclinó para obtener una mejor visión del abismo, pero solamente estaba iluminado unos cincuenta metros por la luz ambiental. A partir de ahí, todo era oscuridad. Si Pyriel sabía algo más, se lo guardó para sí mismo.

—Por lo que sabemos, podría llegar hasta el núcleo de Scoria —respondió Dak’ir—. En cualquier caso, yo quiero averiguarlo. —Se volvió hacia Ba’ken—. Ponte la armadura, hermano, y reúnete aquí con nosotros. Quiero saber qué hay oculto en la oscuridad que se abre bajo nuestros pies. Tal vez obtengamos respuestas a por qué estamos aquí.

Las figuras inconfundibles de un convoy de vehículos se detuvieron en la cima de la montaña. Salían columnas de humo de los tubos de escape y los motores

rugían como perros de caza tirando de sus correas. N'keln y sus guerreros acababan de llegar.

Tsu'gan los observó desde el reducto, una visión aumentada gracias a los magnoculares. El sargento había cambiado al modo de visión nocturna, lo que traducía el panorama que tenía ante sí en una amalgama de verdes chillones y difusos. Las rampas de embarque del Land Raider y del Rhino golpearon el suelo al unísono, y las escuadras descendieron como una unidad compacta. Tsu'gan vio cómo los Salamandras se desplegaban en una línea de fuego por la cresta de la montaña, y los maldijo.

—Acercaos —dijo entre dientes al tiempo que se lamentaba para sus adentros del aparente exceso de prudencia de N'keln—. Vuestras armas están fuera del alcance efectivo.

Pasaron unos segundos antes de que abrieran fuego. Rayos irisados procedentes de los cañones de fusión atravesaron la oscuridad como lanzas de furia exacerbada. Los misiles volaban en espiral desde la montaña, impulsados por estelas retorcidas de humo gris. El repiqueteo de los disparos surgía de los bólters pesados y de las armas secundarias. También se le sumó el estruendoso traqueo del cañón de asalto del *Yunque de Fuego*, que iba en la vanguardia, provocando un zumbido punzante cuando alcanzó su ritmo máximo de disparo. Devastadora y resplandeciente, la tormenta de proyectiles y rayos acabó con la oscuridad como un montón de bengalas.

Durante el ataque, los Guerreros de Hierro se mantuvieron agazapados. Como no querían entregarse, permanecieron ocultos, satisfechos de que las murallas de la fortaleza resistiesen la ofensiva.

La cortina de fuego persistió durante casi tres minutos antes de que N'keln, una figura distante resguardada en la zona de acceso trasera del Land Raider, diese el alto para dejar que se disipase el humo del asalto. Al marcharse apenas reveló nada: únicamente trozos de metal chamuscados y el extraño e inútil cráter del impacto. Ni una grieta, ni un muerto. La puerta seguía intacta. El ataque había fracasado.

—¡Colmillo de Vulkan, haz que se adelanten! —exclamó Tsu'gan, que no quería utilizar el comunicador por si los Guerreros de Hierro estaban monitorizando las transmisiones, lo cual les permitiría oírlo y descubrir la guerrilla que aguardaba en los reductos.

Los traidores no respondieron ni siquiera durante la tregua. Sólo cuando N'keln dio la orden de retirarse y volver a avanzar, los Guerreros de Hierro mostraron su estrategia.

Un único misil cazador asesino, aparentemente inofensivo a primera vista, surgió de detrás de las almenas, colocado sobre una plataforma armamentística automática. Las llamas empezaron a brotar cuando se encendió el propulsor del misil y salió disparado en espiral a toda velocidad hacia su objetivo. Cayó a pocos metros de los Salamandras, que estaban reposicionándose, y por un momento Tsu'gan creyó que su baliza localizadora no funcionaba. Pero eso sólo fue hasta que una cadena de explosiones se desató por la montaña de ceniza, procedente de un campo de explosivos oculto.

Tras torcer el gesto por el repentino fuego, Tsu'gan se apartó. Se reajustó rápidamente y, cuando volvió a mirar, vio cómo la montaña se colapsaba bajo su propio peso; los cimientos quedaron pulverizados con una única explosión. Se oyeron gritos en la oscuridad, porque los Salamandras se hundían con ella. El suelo se desintegraba a sus píes y la voluminosa servoarmadura arrastraba a los hermanos de batalla de Tsu'gan. Revolcándose y maldiciendo, cayeron por la colina que se venía abajo, sin apenas un momento de respiro antes de que una balsa de luces brillantes atravesara la oscuridad e iluminase a los Salamandras caídos. Hubo réplicas esporádicas de bólter, pero apenas rozaron el caparazón acorazado de las armas automáticas de defensa que volvían a su posición a lo largo de la muralla. Un gran estruendo estalló sobre Tsu'gan cuando los bólters pesados y los emplazamientos de cañones automáticos comenzaron a engullir munición a través de las cintas.

Con gritos de rabia y angustia, Tsu'gan vio cómo tres de sus hermanos de batalla eran atravesados por el fuego. La servoarmadura era fuerte, tan fuerte como para resistir armas como aquéllas, pero la velocidad de los proyectiles triplicó su potencia.

Por desgracia, al menos para Tsu'gan, N'keln no había sido una de las víctimas del corrimiento de cenizas. Gritando rápidas ordenes desde lo que quedaba de la cumbre, intentó devolver algo de coherencia a sus fuerzas. Sin embargo, inmóviles en la cuenca, los maltrechos Salamandras iban siendo ejecutados.

—Utilizad los transportes como cobertura blindada —imploró Tsu'gan—.

Bajadlos hasta la cuenca. ¡Nuestros hermanos están muriendo, maldita sea!

Las columnas de humo invadían la montaña cuando la escuadra de asalto de Vargo apareció en el aire. Fue un acto de desesperación, un intento por aliviar la implacable descarga contra los guerreros caídos en la cuenca y forzando al enemigo a detener el fuego.

Vargo aterrizó a pocos metros de la muralla, delante de los reductos, justo donde Tsu'gan pensó que lo haría. Las espadas sierra chirriaban y las granadas de fusión parpadeaban en sus cierres magnéticos: la escuadra de asalto ya estaba lista para volver a atacar.

Entonces se produjeron detonaciones en cadena por toda la longitud de la muralla y Vargo y su escuadra quedaron sepultados en metralla explosiva. Fue un primer ataque disuasorio, perpetrado para aturdir y debilitar a un enemigo impaciente que intentaba saquear el bastión en su primera incursión. El humo y las llamas desaparecieron y dejaron al descubierto a las víctimas de aquella estrategia maquiavélica. El hermano sargento Vargo aguantaba de pie, aunque mareado, y los bordes de su armadura estaban oscurecidos y dañados. Tres miembros de la escuadra de asalto permanecían en el suelo, inmóviles. Otros cuatro presentaban lesiones evidentes, ya que sus brazos colgaban y parecía que les faltaban las fuerzas cuando intentaban arrastrar a sus hermanos caídos hasta la muralla, lejos del alcance de los rifles de los centinelas. Los retrorreactores estaban hechos añicos, las turbinas destrozadas o completamente fragmentadas.

Tsu'gan estaba listo para abandonar su posición cuando, por fin, los vehículos bajaron rugiendo por la cuesta medio allanada.

—¡Fuego Infernal! —gritó a través del comunicador, una orden que llegó a las cuatro escuadras de combate—. ¡Ejecutad!

El hermano S'tang pulsó el botón de un detonador del tamaño de la palma de una mano en su equipo de combate y se echó al suelo junto con su escuadra.

Las explosiones se sucedieron por todo el borde de los reductos, enviando enormes fragmentos por el aire, en medio de nubes de humo y fuego.

La fuerza de asalto de los Salamandras había sido preparada para esto gracias a la minuciosa instrucción del hermano sargento Typhos. Utilizándola a modo de distracción, los apurados marines espaciales consiguieron reagruparse.

Tsu'gan fue el primero en salir del reducto. Los restos de su línea de granadas seguían cayendo del cielo mientras corría hacia la muralla disparando

con el bólter. Tras él, los vehículos habían recuperado la posición y eran el objetivo de los disparos. Otro proyectil del lanzamisiles alcanzó de pleno la línea de blindados y uno de los Rhino saltó por los aires y cayó panza arriba envuelto en llamas. Los astartes salían a rastras de entre los escombros y empleaban lo que quedaba del casco como escudo protector mientras les seguían lloviendo disparos desde las murallas.

—¡Fuego combinado! —gritó Tsu'gan, deslizándose hasta un lugar seguro y apoyando una rodilla en el suelo para centrar su objetivo. A través de la mira de su bólter descubrió el cañón automático de un centinela, cuya boca se iluminaba al disparar. Dio una sacudida y se derrumbó cuando Tsu'gan descargó en él toda su ira. El hermano Lazarus y S'tang también se sumaron al fusilamiento que acabó destruyéndolo.

Una vez terminada la masacre, Tsu'gan ordenó a la escuadra que continuase, con tal de dificultar a las armas automáticas su rastreo lo máximo posible.

—¡Avanzad! —gritó—. Hemos logrado atraer su atención.

Tiberon fue derribado por un certero disparo de bólter. Lo alcanzó en plena articulación de la rodilla, lo cual paralizó en el acto al Salamandra.

—S'tang —dijo Tsu'gan cuando vio caer a Tiberon—, ayuda a tu hermano.

S'tang obedeció de inmediato, esquivando los disparos y volviendo sobre sus pasos para recorrer la corta distancia hasta Tiberon, a quien llevó a cubierto hasta un cráter abierto por una granada.

El fuego a discreción sobre Tsu'gan y el resto de escuadras de combate alcanzó su punto álgido cuando los Guerreros de Hierro se dieron cuenta de que su amenaza más inmediata se encontraba entre ellos. A Tsu'gan no le dio tiempo a derribar otro rifle de los centinelas antes de verse obligado a huir por miedo a que las plataformas armamentísticas disparasen y acabasen con él y con su escuadra.

El ruido sordo del adamantium ofreció una solución cuando el *Yunque de Fuego*, aprovechando la rampa de la colina, arrasó los reductos recién abandonados, reduciéndolos a escombros, para posteriormente detenerse ante el hermano sargento.

Las demás escuadras de combate tomaron la iniciativa y se reunieron con el

formidable tanque de asalto. Un misil silbó por encima de sus cabezas e impactó en el techo del Land Raider, estallando en llamaradas y restos del proyectil que caían como lluvia. El humo desapareció rápidamente. El *Yunque de Fuego* no sufrió ni un rasguño y comenzó a rotar sobre sus cintas. Un lado permanecía inmóvil mientras el otro giraba hasta obtener la posición.

—¡Lanzallamas! —gritó Tsu'gan cuando comprendió lo que vendría a continuación.

El hermano Honorious y el resto de soldados con armas especiales avanzaron con sus cuerpos pegados a la coraza trasera del Land Raider.

—¡Purificar y quemar! —exclamó Tsu'gan cuando los cañones tormenta infernal del *Yunque de Fuego* participaron en la refriega. Al mismo tiempo, Honorious y sus hermanos salieron de detrás del carro de combate Redentor y agregaron sus disparos a la conflagración.

El promethium crepitante golpeaba las murallas, derramándose por las buhederas y las troneras, invasivo y devorador. Sordos alaridos recompensaron el ataque relámpago y Tsu'gan sonrió. Los traidores ardían.

La rampa de embarque trasera del Land Raider se bajó y por ella descendieron el veterano sargento Praetor y sus dracos de fuego con la armadura completa de exterminador, blandiendo martillos de trueno chisporroteantes y escudos tormenta.

A su alrededor se habían reactivado las armas pesadas de los Salamandras. Los bólters pesados barrían las murallas, destrozando los rifles de los centinelas en mil pedazos de metal; los cañones de fusión se detuvieron a una distancia letal para abrasar las murallas, derritiendo la ceramita; los misiles apuntaban a las propias torres, haciendo volar por los aires los cuerpos que allí había.

—Concentrad el fuego en los guardias de la muralla —ordenó Tsu'gan a través del comunicador en banda táctica, de modo que llegase a todas las fuerzas combatientes. Avanzando hacia la fortaleza, el hermano sargento se dio cuenta de algo que había tenido delante de sus narices desde que ocuparon los reductos.

—Mis señores —dijo dirigiéndose a los dracos de fuego.

—Estoy a tu disposición, hermano sargento —respondió Praetor, cuya escuadra lo escoltaba por detrás como verdes centinelas silenciosos.

—Romped la puerta y acabaremos con este asedio —y diciendo esto soltó una bomba de fusión del cierre magnético de su arnés de batalla. El sargento

De'mas hizo lo mismo mientras algunos de sus hermanos de batalla sacaban granadas perforantes—. Ya hay suficientes explosivos como para echar abajo las tres puertas —alardeó Tsu'gan mientras observaba el espacio de suelo abierto entre el Land Raider y la muralla—. Sólo necesito que me llevéis allí para acabar la faena.

Praetor asintió, aunque el hermano sargento no sabía muy bien si de verdad confiaba en el plan de Tsu'gan o si confió en él implícitamente.

Otro misil iluminó esta vez el flanco del *Yunque de Fuego* mientras los cañones tormenta infernal continuaban causando una masacre entre sus enemigos.

—Avanzaremos por debajo del fuego. —Tsu'gan tuvo que gritar para que lo oyeran.

—En ese caso, vayamos a los fuegos de la batalla, hermano… —La voz procedía de los sombríos confines del Land Raider. Era áspera y llena de valor. El capellán Elysius emergió hasta la media luz, pero parecía como si la penumbra de la bodega del tanque lo envolviese como una mortaja. La máscara con la calavera sonriente de su casco de batalla lo hacían macabramente jocoso.

—Hacia el yunque de la guerra —concluyó Tsu'gan—. Es un honor, hermano capellán.

Elysius soltó el crozius arcanum de su correa e impulsó su campo de poder hasta alcanzar un brillo intenso. Le pidió a Tsu'gan que continuase. El hermano sargento se volvió hacia Praetor.

—¿Podrías hacer una pared de escudos móvil, hermano?

La fuerte carcajada de Praetor sonó como un trueno. Con extraordinaria precisión, él y los dracos de fuego formaron una barrera con sus escudos tormenta, protegiendo a Tsu'gan, De'mas y otros siete hermanos de batalla por delante y por los costados. Elysius salió del cordón de protección.

—Protegedlos, hermanos —ordenó Elysius con convicción indestructible—. El Emperador y la voluntad de Vulkan son mi escudo.

Praetor no quiso perder más tiempo.

—Adelante. Formación de asalto Aegis —dijo, y los dracos de fuego se pusieron en marcha.

Las armas pesadas dirigieron su fuego a los exterminadores y a sus escudos tormenta, pero no pudieron hacer nada contra su defensa blindada. Elysius

caminaba junto a ellos, igualando su ritmo lento y pesado, lanzando a los traidores cánticos de fe y letanías de la forja a modo de lanzas afiladas.

—«… y así, ante el yunque aplastó Vulkan a los herejes, con su martillo cual cometa caído del cielo. En la sangre del monte del Fuego Letal se consumen…»

Su campo de rosarius temblaba a cada golpe, pero el capellán no cedió ni una sola vez.

—«… temblad, viles traidores, y recibid el premio prometido por vuestra deslealtad. ¡Arded, malditos, arded! ¡Desollaos en el fuego ante la gloria del Emperador!»

Un coro vibrante de disparos se unió a las diatribas de Elysius. Tsu'gan también lo oyó desde el interior del armazón protector que formaban los escudos tormenta de los dracos de fuego. Cuatro exterminadores formaban la vanguardia del muro acorazado y sus escudos componían una barrera infranqueable. Los campos de energía generados por los escudos chisporroteaban y crujían al tocarse y escupían chispas azules y el hedor del ozono. Otros dos dracos de fuego custodiaban cada flanco con los escudos en alto, combinados para configurar un techo improvisado con los escudos tormenta de dos de sus hermanos del centro de la línea frontal de cuatro hombres que actuaban como espina dorsal de la formación.

Los Salamandras con servoarmadura, agachados y con las granadas bien sujetas, estaban intercalados entre ellos, con cinco marines espaciales a cada lado de la columna, liderados por un sargento con un exterminador en cada costado.

Tsu'gan contó quince pasos y el fuego se intensificaba con cada uno. Fuera de su reducto móvil de ceramita reforzada oía las sacudidas de los rifles de los Salamandras y sentía el calor de los lanzallamas que ardían sobre su cabeza.

—«… y dad muerte a los enemigos del Imperio con bólter y espada…» —continuó Elysius. Su voz, que normalmente era fría como un témpano, ardía ahora con la pasión de un fanático. La cáustica retórica era amplificada por los emisores de su casco de batalla y sus mordaces sermones sonaban con la claridad y la fuerza de un gran megáfono.

—«… convertid sus viles formas a las llamas de la purgación…»

Diez pasos más.

—«… arrojad a los malditos al abismo para que las garras de la iniquidad los

partan en dos…»

Cinco más.

—«… y los mancillados arderán en el foso, golpeados por la tierra…»

Tres.

—«¡Escuchadme y temblad, traidores!»

Estaban ante la puerta.

La muralla de escudos de Praetor se rompió. Se abrió un hueco en la barrera de ceramita para que Tsu'gan y sus comandos pudiesen salir. La línea estaba dividida en dos, los escudos tormenta apuntaban hacia fuera y los exterminadores lanzaban todo el fuego que podían con sus armas por control remoto.

Los cazadores asesinos surgieron de troneras ocultas, inquietos por la proximidad de sus atacantes. De'mas derribó a uno y la carga del misil explotó en la muralla, que cayó como una lluvia de cascotes y de hierro. El otro siguió adelante. Su objetivo: el capellán, que había avanzado para reunirse con sus hermanos en la puerta.

Elysius desapareció en medio de una nube de fuego y metralla. Tsu'gan estaba convencido de que había muerto, pero cuando se disipó el polvo, apareció el capellán apoyado sobre una rodilla, vivo, y su campo de rosarius brillaba de manera intermitente. El cazador asesino se había retirado para regresar segundos más tarde con una nueva carga explosiva.

—Has hecho que me arrodillara, maldita arma de herejes —gruñó Elysius poniéndose de pie—. ¡Con la furia de Prometeo, yo te golpeo! —Su pistola bólter rugió con la voz de la condenación y el cazador asesino se desintegró.

Al reunirse con su escuadra fuera de la puerta, el capellán desenganchó la bomba de fusión de su cinturón.

—Que se purgue a los mancillados —declaró. Pequeñas columnas de humo surgían de su armadura, procedentes del lugar donde la explosión del misil había alcanzado su escudo de fe.

Ante la puerta, Tsu'gan sintió la terrible influencia que emanaba de su icono central, tan perceptible como el calor. Era puro desafío y agresión, destrucción y amenazas sangrientas. El hermano capellán Elysius la reprimió con su mera presencia, pero desafiar la maldad infundida en el símbolo de hierro suponía un acto de voluntad. Tsu'gan y sus hermanos se envalentonaron con el ejemplo del

capellán y recurrieron a sus propias creencias interiores para superar la terrible puerta. Todos tenían una convicción en la cabeza: la fortaleza debía caer.

Juntos, los Salamandras reunieron sus granadas y bombas, preparando las cargas con un retraso de tres segundos para después retirarse tras los exterminadores y sus escudos tormenta cuando éstos se cerraran de nuevo a su alrededor.

La onda expansiva fue como un bautismo. Tsu'gan se deleitó con ella, se dejó llevar, y comenzó a reírse a carcajadas.

—¿Qué te hace tanta gracia, hermano? —preguntó el sargento De'mas mientras los vapores incendiarios se disipaban de alrededor de la puerta.

Los ojos de Tsu'gan brillaban como fuego infernal tras su casco de bala pese a la oscuridad de sus lentes.

—Guerra al fin, hermano —dijo—. Sólo guerra.

Por increíble que pareciese, la puerta seguía allí, doblada y maltrecha. Tsu'gan veía la fortaleza interior a través de unas grietas del tamaño de un puño mientras los exterminadores la abrían poco a poco.

—¿Estás listo para enfrentarte a la guarnición de traidores, hermano? —preguntó a gritos Praetor con el brillo salvaje de la anticipación en la mirada.

Tsu'gan asintió, sonriendo maliciosamente tras su casco de batalla.

—No es una gran empresa. Pero veámoslo, mi señor draco.

Praetor sonrió, una pequeña fisura que rompía la rocosidad de su rostro, y blandió su martillo de trueno.

—¡Echadla abajo! —exclamó, y los exterminadores situados ante la puerta atacaron al unísono.



# II
# PRISIONEROS

—Yo iré delante —afirmó Dak'ir después de comprobar el peso del cable de acero que procedía de la plataforma del cabestrante. Uno de los tecnomarines Salamandras había configurado el dispositivo para escalar, y cada uno de los seis Nacidos del Fuego situados en el umbral del abismo que se había abierto junto al *Ira de Vulkan* estaban enganchados a él. Deslizando el grueso cable enrollado en su arnés de batalla, los Salamandras se prepararon para un descenso hacia lo desconocido.

Ba'ken había regresado rápidamente después de que su sargento lo hubiese mandado a rearmarse. Llevaba la plataforma de su lanzallamas pesado en la espalda, porque insistía que la voluminosa arma pasaría por la estrecha grieta que los llevaría hasta las profundidades de Scoria. El hermano Emek iba con él, ya que había dejado las operaciones médicas que faltaban a los cirujanos humanos del crucero de asalto. Su capacidad se limitaba a heridas de campo; no poseía el nivel suficiente para realizar operaciones más complicadas. En cualquier caso, el tiempo de un marine espacial estaba mejor empleado de este modo que languideciendo entre heridos y moribundos.

Los hermanos Apion y Romulus también eran de la escuadra de Dak'ir y fueron elegidos a dedo por el sargento por su experiencia en batalla. El último puesto del reducido equipo de expedición fue para Pyriel. El bibliotecario iría detrás de Dak'ir, desentramando el hilo psíquico que había percibido y que emanaba de lo más profundo de la grieta.

—Iluminadores activados. Comunicadores en silencio hasta que lleguemos al fondo y sepamos a qué nos enfrentamos —ordenó Dak'ir mientras el foco que tenía adosado al casco de batalla apuntaba hacia la oscuridad del abismo que se abría bajo sus pies. Palpando la tensión del cable, descendió hacia la negrura.

Los sensores del casco de Dak'ir estaban atenuados por las condiciones atmosféricas del planeta y registraron un leve incremento de la temperatura a medida que descendía. Las indicaciones apenas brillaban en su pantalla de información. Un silencio absoluto reinaba en la estrecha abertura, sólo roto por el zumbido apagado del cabestrante desenredándose. Los peñascos afilados de la pared del abismo rascaban la armadura de Dak'ir. Ráfagas de vapor procedentes de las cubiertas inferiores parcialmente sumergidas del crucero de asalto lo envolvían y cubrían su armadura de condensación. En seguida, el adamantium de la capa exterior de la nave dio paso a una oscuridad abyecta. Era como introducirse en las entrañas de otro mundo, un mundo que se abría infinitamente.

Tras una hora de lento y laborioso descenso, el haz de luz del foco de Dak'ir impactó en suelo firme. Una vez iluminado el fondo del abismo, el hermano sargento transmitió su hallazgo a través del comunicador. Tras desenganchar el cable de su arnés, Dak'ir se hizo a un lado para dejar espacio a sus hermanos de batalla y cogió las armas mientras inspeccionaba la oscuridad dominante a su alrededor. Las luces de su casco revelaron un pasillo de roca desnuda que se extendía hasta donde iluminaba su foco. Más allá, la luz era engullida por la oscuridad.

—El túnel parece artificial —afirmó Emek por el comunicador con voz apagada. Pasó el guantelete por la pared, y examinó su superficie bajo el destello de su foco.

Ba'ken había sido el último en pisar el fondo del abismo. Como se había obstinado en bajar con el lanzallamas pesado enganchado, dañó su casco con un pico saliente de roca. La interferencia esporádica que afectó a su pantalla de visión como consecuencia directa de la colisión lo había distraído. Al tocar suelo

se quitó el casco y lo sujetó a su cinturón. El corpulento soldado aceptó la mirada de reproche de Dak'ir con un gruñido y se ajustó los tanques de promethium que llevaba a la espalda.

Tras explorar unos centenares de metros, liderados por el hermano Emek con el lanzallamas preparado, la escuadra de Salamandras se detuvo para rodearlo cuando distinguió una variación en la estructura del túnel.

—Está peraltado y liso, como si lo hubieran repasado con herramientas o un equipo de excavación —añadió.

—Haría falta una buena torre de perforación para abrir un túnel tan grande —respondió Ba'ken de espaldas a Emek, ya que vigilaba el camino por donde habían venido. Los hermanos Apion y Romulus apuntaban con sus bólters hacia adelante, avanzando hasta la cabeza de la formación de Salamandras mientras Emek inspeccionaba la pared.

Dak'ir compartía lo dicho por Ba'ken. El túnel tenía la anchura suficiente como para acomodar a los seis astartes en fila y una altura en la que incluso el venerable hermano Amadeus podría haber caminado sin necesidad de encorvarse.

—Sin duda, está labrado por máquinas —concluyó Emek, recuperando su posición.

Pyriel no dijo nada. Tenía los ojos cerrados y una expresión de concentración.

—¿Hermano bibliotecario? —lo llamó Dak'ir.

Pyriel abrió los ojos y aquel brillo claro se desvaneció.

—No son las bestias de quitina —susurró, volviendo de su trance psíquico —. Es algo más… —añadió.

Cuando quedó claro que el bibliotecario no iba a decir nada más, Dak'ir ordenó que prosiguieran.

Partido por la mitad por una gran espada, el casco del Guerrero de Hierro quedó dividido en dos piezas cuando Tsu'gan lo aplastó con su bota blindada. El rostro que había tras él se desfiguró en su agonía; una herida oscura e irregular lo diseccionaba. La nariz era irreconocible, la carne arrugada —adornada con cadenas y sellos tallados— se abría dejando al descubierto unos huesos

amarillentos. Lo que fuera que había matado al traidor lo había hecho ya hacía un tiempo.

—Éste tampoco es distinto —dijo Tsu'gan al tiempo que volteaba el cuerpo hasta dejarlo boca arriba.

Los dracos de fuego habían derribado la puerta con sucesivos golpes de sus martillos de trueno y habían debilitado su integridad estructural con las granadas. Pero dentro no se encontraba la guarnición de traidores que Praetor había predicho. De hecho, los Salamandras encontraron cadáveres dispuestos en posiciones que parodiaban las antiguas labores de los Guerreros de Hierro. Aquellos traidores que se habían mantenido de pie durante el asalto permanecían como centinelas o agachados en los ahora silenciosos emplazamientos para armas. Era exactamente como habían colocado a los guerreros en los reductos: muertos, pero manteniendo la ilusión de que eran las unidades de protección de la fortaleza. Sólo cinco de los Guerreros de Hierro eran muertos recientes: el resto eran cáscaras necróticas descomponiéndose en su armadura.

Cinco marines espaciales del Caos y una selección de rifles defensivos automáticos habían resistido una fuerza opresora de más de ochenta. Tres Salamandras cayeron muertos durante el maquiavélico asalto; dos de ellos eran de la escuadra de Vargo. El tercero era el conductor del Rhino siniestrado. Los marines espaciales no eran fáciles de aniquilar: los soldados de la escuadra de asalto habían quedado prácticamente destrozados, ya que fueron alcanzados de pleno por la gran explosión, mientras que el conductor del APC murió destrozado por la metralla y los disparos que le alcanzaron el cráneo cuando intentaba salir a rastras de entre los restos del vehículo. Fugis había asegurado sus progenoides durante el asalto y estaban a salvo en el cofre de almacenamiento de su reductor. Había unos cuantos heridos más, y el apotecario los atendía mientras el resto de la fuerza de operaciones protegía la fortaleza.

—Estaban muertos antes de que atacásemos… —La voz de N'keln, a la espalda de Tsu'gan, dejaba ver un vestigio de irritación.

—Estaban muertos desde mucho antes, mi señor —afirmó el hermano sargento entrecortadamente. Culpó al capitán de las muertes en vano de sus hermanos de batalla por su precipitación y falta de habilidad para mover a sus fuerzas correctamente cuando los Salamandras iniciaron el asalto.

—Cinco astartes para defender toda una fortaleza —pensó N'keln en voz alta

—. ¿Qué hacían aquí, hermano sargento?

—Los anales cuentan que, durante la Gran Cruzada, los hijos de Perturabo ocuparon muchos bastiones fronterizos como éste —intervino Praetor, cuya imponente presencia física se interpuso implacablemente en la mirada de Tsu'gan—. Las guarniciones compuestas por unas escuadras eran algo habitual, pero que sigan existiendo más de diez mil años después… —La voz del draco de fuego fue apagándose. Su ardiente mirada se dirigió hacia la fortaleza, que tenía una torre del homenaje de hierro, una estructura robusta de anchos baluartes y metal gris. Chimeneas y columnas de humo surgían de su techo plano y almenado. Otra puerta protegía la entrada a la torre del homenaje de hierro. El sargento De'mas y su escuadra estaban descargando sus armas contra ella para derribarla.

Tsu'gan sintió una aguda sensación de aprensión cuando vio la puerta secundaria. Por el simple hecho de estar en el extenso patio interior, rodeado de cadáveres de Guerreros de Hierro, una nube de inquietud parecía crecer y decrecer como si estuviera probando sus defensas.

Una llamarada en el ángulo de la lente del casco centró su atención. El hermano capellán Elysius estaba reuniendo los cadáveres e incinerándolos. Los equipos de lanzallamas, secuestrados de las escuadras tácticas, inundaban el pyreum improvisado con promethium líquido.

—Lo que fuera que los mató, lo hizo con una fuerza brutal y desde fuera de estas murallas. —La voz de Praetor interrumpió los pensamientos de Tsu'gan. El veterano sargento de los dracos de fuego había seguido su mirada.

—¿Así que volvieron a arrastrar los cuerpos aquí dentro tras la batalla? —preguntó N'keln—. Debieron de salir victoriosos, aunque no veo ni rastro de enemigos muertos.

—Los Guerreros de Hierro también quemaron a sus contrincantes, hermano capitán —afirmó Praetor—. Un anacronismo de las antiguas costumbres de la legión que algunas huestes siguen practicando.

—Son cenizas —espetó Tsu'gan, esforzándose por canalizar su rabia—, como lo serán dentro de poco nuestros hermanos caídos.

Si N'keln percibió alguna recriminación no lo demostró. Praetor tampoco parecía dispuesto a reprenderlo.

—La victoria está bien, hermano capitán —dijo el draco de fuego—, pero ¿a

qué precio y contra quién?

—Los xenos que encontramos en el lugar del accidente no son rivales que puedan poner en apuros a los astartes —afirmó Tsu'gan—. No he visto otros campamentos ni ningún rastro de naves o movimientos de ejércitos. —Volvió a mirar el montón de cadáveres en llamas: cinco Guerreros de Hierro. Renegados, sí, pero astartes que en su día fueron creados por el Emperador; guerreros formidables que murieron en el cuerpo a cuerpo y de forma brutal. Los enemigos así no desaparecían fácilmente. Pero tampoco se tumbaban y morían.

La voz de Tsu'gan sonó lenta y amenazadora.

—Creo que algo distinto a las bestias de quitina acecha bajo este suelo. Fue lo que mató a estos traidores.

Trescientos metros más en la oscuridad y el túnel se convirtió en un laberinto. Distintos pasillos nacían del conducto principal, como el entramado de un enjambre gigante. Esto hizo que Dak'ir recordase a las bestias de quitina, pero a lo largo de toda la exploración de la red subterránea no habían visto a las criaturas.

Ba'ken registraba cada abertura. La pequeña llama de ignición de su lanzallamas pesado proyectaba un leve brillo en las sombras. Los Salamandras permanecieron en el túnel central, pues Dak'ir pensaba que llevaría hasta algún nexo o confluencia.

Ba'ken avanzó hasta el siguiente cruce. Enfocando lenta y firmemente con su lanzallamas pesado, se sobresaltó cuando un objeto salió disparado desde la oscuridad y rodó hacia él.

—¡Contacto! —gritó, y se preparó para extinguir lo que creía que podía ser una granada con promethium. Pero la aparición de una figura diminuta correteando en su campo de disparo lo detuvo.

Era un niño, y la «granada» no era más que una pelota de goma.

Ba'ken levantó el dedo del gatillo de su arma justo a tiempo. Un minúsculo chorro salió de la boquilla como un eructo, pero no llegó a prender.

El niño se paró de repente y se quedó mirando a la enorme figura con armadura verde que blandía fuego en sus manos. En el efímero resplandor de la llama, Ba'ken vio que aquel niño de piel oscura iba vestido con ropas sucias y

harapientas. Estaban remendadas, como si fuera una amalgama de distintas procedencias, y las botas que llevaba atadas a los pies eran de una talla muy superior a la suya. Petrificado, los ojos del niño se abrieron aún más cuando Ba'ken avanzó hacia él bajando el lanzallamas.

—No tengas miedo —dijo con voz profunda y resonante en el angosto túnel. Se adentró en la oscuridad al tiempo que extendió la mano abierta. El ardor rojo de los ojos del Salamandra centelleó y proyectó en su piel ónice y negra un lustre diabólico.

Al niño, tembloroso, se le escapó un gemido y salió corriendo, olvidándose de la pelota.

Ba'ken bajó la manó y un gesto de consternación afligió su rostro.

—Un niño… —pronunció, perfectamente consciente de que Dak'ir llegaba por detrás. Ba'ken se volvió para mirar al sargento. El resto de la escuadra se había reunido cuando dio la repentina señal. Emek estaba junto a Dak'ir, mientras que Apion y Romulus vigilaban las sombras que había tras ellos. Pyriel, el bibliotecario, se encontraba unos pasos más atrás que el resto y sus ojos ardían con fuerza.

—Humano. —Fue una afirmación, no una pregunta, pero Ba'ken respondió de todas formas.

—Sí, un niño.

—Continuemos —ordenó Dak'ir en voz baja—. Mantened los ojos abiertos —advirtió, recordando la última ocasión en que se toparon con un niño humano en circunstancias similares. Sucedió en Stratos, y el niño los llevó hasta una trampa. Dak'ir todavía recordaba el estruendo de la detonación y los restos mortales de metralla que pasaron por delante de su visor.

Confiaba en que esta vez el desenlace no fuese el mismo.

Un gran salón de hierro fue la primera cámara que encontraron los Salamandras tras demolerla puerta interior del fuerte. Estaba vacío, pero era mucho más profundo y amplio de lo que sugería la estructura exterior. La entrada era enorme, tablas de plastiacero reforzadas colgaban de sus goznes, y una nube de polvo se extendió por el suelo chapado cuando entró Praetor. Los demás dracos de fuego seguían de cerca al sargento, con los escudos de tormenta en alto y una

fuerte carga eléctrica recorriendo sus martillos de trueno.

Recién reposicionadas, las tres escuadras tácticas seguían la estela de los exterminadores. Con órdenes breves, los sargentos dispersaron rápidamente a sus escuadras en misión de reconocimiento. De'mas y Typhos, cuya labor era la de despejar las alcobas y antesalas colindantes, transmitieron respuestas negativas. El hermano capitán N'keln y la Guardia Inferno se unieron poco después al resto de los Salamandras.

Los devastadores de Lok mantenían la guardia en la puerta interior caída de la torre del homenaje mientras los hermanos sargento Omkar y Ul'shan patrullaban las almenas. El *Yunque de Fuego* y uno de los transportes Rhino bloqueaban la puerta principal de la fortaleza. Los muertos de la escuadra de Vargo y el conductor fallecido fueron depositados de forma reverencial en un segundo transporte de personal que había aparcado más allá en el patio interior. El tercer Rhino marchaba al ralentí. En cuanto los Salamandras averiguasen lo que habían estado haciendo los Guerreros de Hierro, tendrían que volver para recoger a Argos o a uno de sus tecnomarines con la esperanza de poder requisar y santificar algo de la tecnología de los traidores.

—Esta sala está despejada, hermano capitán —dijo Praetor cuando N'keln entró en el salón y se situó junto a él—. Pero tendremos que inspeccionar las habitaciones que rodean este salón principal…

Praetor fue interrumpido por la reaparición repentina de Tsu'gan, que regresó de su misión de reconocimiento.

—Hay mucho más que eso —dijo avanzando hacia ellos. El tono de Tsu'gan estaba cargado de ánimo. Sugería que los Guerreros de Hierro que ardían en el patio no eran los únicos que custodiaban la fortaleza.

N'keln apretó la mandíbula cuando afloraron viejas enemistades. Los Guerreros de Hierro habían estado en Isstvan.

—Muéstramelo.

No era fácil mantener el ritmo del niño que había salido corriendo. Se movía con destreza y llevó a los Salamandras por un sendero tortuoso a través de túneles oscuros iluminados únicamente por sus focos. Los rayos blancos se entrecruzaban y dibujaban curvas frenéticas en la oscuridad debido a los veloces

movimientos de Dak'ir y su escuadra.

—Manteneos alerta —advirtió en voz baja a través del comunicador.

Pyriel iba pisándole los talones al sargento. Emek los seguía de cerca, mientras que Apion y Romulus mantenían a propósito una distancia de varios pasos, por si se producía una emboscada.

Pese a su fuerza prodigiosa, mantener en alto el lanzallamas pesado estaba ralentizando a Ba'ken, sobre todo en los estrechos confines del entramado de túneles. El corpulento Salamandra se situó en la retaguardia de Dak'ir.

Dak'ir perdió de vista al niño cuando dobló por una curva cerrada y llegó a una caverna mucho más amplia. Comenzó a caminar más despacio, inspeccionando los escombros amontonados a ambos lados de un canal que se estrechaba cada vez más. Piedras, carretillas mineras de acero, cajones metálicos, focos desechados y otros restos flanqueaban a los Salamandras mientras formaban una única fila.

Cuando detectó movimiento a su derecha, Dak'ir estuvo a punto de ordenar a su escuadra que repeliese a los atacantes, pero Pyriel lo detuvo.

*Dejad que se acerquen* —advirtió psíquicamente a sus hermanos—, *y mantened las armas apuntando hacia abajo*.

Dak'ir quiso protestar, pero no era la ocasión para ello. Debía confiar en los instintos del bibliotecario y esperar que fuesen acertados.

—Seguid al hermano Pyriel —ordenó en voz baja a través del comunicador.

La voz de Emek respondió con un susurro.

—Cinco objetivos a la izquierda, están siguiéndonos.

Apion intervino tras él…

—Cuatro más, estáticos, en mi campo de tiro.

… después Romulus…

—Detecto a otros seis aminorando el paso para atacarnos.

… y finalmente Ba'ken:

—Amenazas divisadas, diez de ellas por detrás.

Dak'ir sabía que había otros cinco más adelante, esperando agazapados en el cruce del túnel. Los Salamandras podrían haberlos neutralizado en cuestión de segundos.

A los cincuenta metros, los que aguardaban escondidos en las sombras activaron su «trampa». Unos equipos de luces ocultos se encendieron en el túnel

y lanzaron un resplandor violento de sodio. Grupos de hombres armados con pistolas láser de aspecto arcaico y rifles de munición sólida salieron de sus escondites tras las cajas y de debajo de lonas polvorientas. Cada uno de los Salamandras se ocupó de una escuadra enemiga, si bien la formación de los humanos era cualquier cosa menos uniforme. Estaban organizados; su capacidad de emboscada era rudimentaria, aunque no inferior a la de un regimiento de las FDP bien instruido, pero sus movimientos delataban que se trataba de civiles bien entrenados, no de soldados. Vestidos con ropas grises remendadas y harapientas, al igual que el niño, eran hombres de aspecto duro y piel oscura, que llevaban una vida más dura si cabe en los hoscos entornos de Scoria. Algunos portaban placas de armadura anticuadas sobre la tela áspera: hombreras y plastrones de acero sin brillo. Cada uno de ellos llevaba también unas gafas de protección fotónica, con la esperanza de sacar ventaja sobre sus enemigos cegándolos con el súbito brillo de luz. Pero no contaban con enfrentarse a marines espaciales, cuyos ocuglobos reaccionaban inmediatamente a cualquier cambio de condición.

Un par de lo que parecían ser motores de minería se pusieron en posición con un ruido ensordecedor, avanzando sobre unas gruesas vías dispuestas a ambos lados del túnel y bloqueándolo de manera efectiva. Unos aparatos perforadores de tres cabezales ocupaban casi toda la cara frontal de las máquinas, y unas placas gruesas de blindaje y glacis de plástek protegían a los operarios.

—Retiraos y soltad las armas —dijo una voz severa—. Estáis rodeados y multiplicamos por cinco vuestros número.

Dak’ir buscó el origen de la voz y vio cómo una figura daba un paso al frente de entre el grupo de hombres que había ante él. El humano iba vestido como el resto, pero también llevaba una capa corta y andrajosa que al Salamandra le resultó extrañamente familiar y unas botas gruesas y elásticas que le llegaban prácticamente a las rodillas, protegidas con rodilleras metálicas. Llevaba una pistola láser de corto alcance con la tranquilidad de un hombre que sabe que sus tropas lo están cubriendo desde detrás. Cuando se levantó las gafas, Dak’ir vio que el hombre era de mediana edad. Tenía arrugas en los ojos, lo que le daba un aspecto de perpetua preocupación. El polvo de las rocas le cubría el pelo, muy corto, que ya de por sí era gris. Pese a su edad, el líder de los humanos poseía una presencia imponente; sus músculos seguían siendo fuertes y su cuerpo y su

mandíbula sólidos.

—Quitaos también los cascos de combate —añadió—. Quiero ver si sois todos como él. —El líder de los humanos señaló a Ba'ken, que lo miró con el ceño fruncido.

«Podríamos desarmarlos sin sufrir, apenas bajas», pensó Dak'ir, que dudaba qué paso dar a continuación.

Pyriel se metió en sus pensamientos.

*Haz lo que te pide, hermano sargento. Retira a tu escuadra*.

Dak'ir oyó cómo se cerraba el agarre de su espada sierra cuando fue a blandirla, impotente.

—No estarás sugiriendo que cedamos ante esta gentuza —susurró a través del comunicador.

—Eso es exactamente lo que estoy sugiriendo. Hazlo ahora, antes de que se pongan nerviosos. —El bibliotecario volvió levemente la cabeza para mirar al hermano sargento—. Tenemos que ganarnos su confianza.

Iba contra sus instintos y su formación, pero finalmente Dak'ir dio la orden de guardar las armas.

Los Salamandras obedecieron al instante pese a sus evidentes recelos, y siguieron el ejemplo de su hermano sargento cuando se quitó el casco.

—Soy el hermano sargento Hazon Dak'ir del capítulo de los Salamandras, Tercera Compañía —le dijo Dak'ir al líder de los humanos, que esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Sonnar Illiad —respondió, y señaló a otro miembro de su grupo, un hombre alto de cabeza roma, cicatrices faciales y un vello corto que le cubría la amplia mandíbula y el cráneo—. El capataz Akuma y sus hombres tomarán posesión de vuestras armas. —El hombre alto y otros cuatro más avanzaron cautelosamente.

Ba'ken mostró su enfado detrás de su sargento.

—Ningún astartes suelta su arma, a menos que ésta se tome de su mano fría, ya sin vida —gruñó entre dientes.

Por la reacción de sus hermanos de batalla, era evidente que estaban de acuerdo con él. Molesto, Dak'ir también compartía su opinión. Pyriel había insistido en retirarse y eso era lo que habían hecho. Pero a esto no iba a acceder.

—Podéis llevaros mi espada y mi pistola como gesto de buena fe —le dijo

Dak'ir al que se hacía llamar Illiad. El capataz se paró en seco y volvió la mirada a la espera de la reacción de su líder. Comenzó una batalla de intereses entre Dak'ir y el humano. Podía verse en el rostro de Sonnar Illiad como una llamarada de plasma.

—Muy bien —concedió finalmente, antes de hacerle una señal a Akuma—. Cógelas.

Dak'ir desenfundó sus armas y se las ofreció al capataz.

—Tratadlas con respeto —le advirtió—, porque las recuperaré muy pronto.

Akuma intentó que no se le notara el temor, pero, obviamente, estaba intimidado por la mirada rojiza del Salamandra y se apresuró en regresar una vez hubo cogido las armas.

A continuación, el hermano sargento se dirigió al que se hacía llamar Illiad.

—Nos hemos rendido —dijo—. Y ahora, ¿qué?

Tsu'gan hizo un gesto a su escuadra para que rodease la trampilla oculta al fondo del inmenso salón. Forjada en hierro macizo, la puerta tenía un aspecto sólido, diseñada para que no entrase nada…, o para que no saliese nada. Oxidada y recubierta por el polvo, la trampilla era invisible a una inspección superficial de la zona. Habían apilado cajas y tubos de munición vacíos sobre ella y los habían cubierto con una lona andrajosa. El hecho de que las cajas de munición estuviesen vacías decía mucho sobre la defensa desesperada de los Guerreros de Hierro. Utilizaron prácticamente todo lo que tenían para repeler a sus agresores. Tsu'gan estaba convencido de que las cintas de balas y los tambores de munición encajados en las armas de los centinelas eran los últimos.

Alzó un puño, ordenando a su escuadra que esperase. Praetor y el hermano capitán N'keln estaban próximos, con las armas preparadas. El auspex mostraba interferencias: las señales biológicas parecían aparecer y desaparecer como el humo en una brisa intensa, así que Tsu'gan ordenó a Iagon que apagase el aparato de momento. En su lugar, utilizó sus sentidos para percibir la presencia de enemigos, y los encontró cuando oyó un mínimo clanc de metal sobre metal a través de la puerta de hierro. Tsu'gan indicó este hecho a los demás señalándose la oreja. Dio un tirón seco con una mano; en la otra sujetaba el bólter. Los hermanos S'tang y Nor'gan se dirigieron a la puerta y cortaron las cerraduras

con una antorcha de plasma procedente de uno de los equipos de los Rhino. Retirándose de la entrada al nivel inferior del modo más silencioso posible, los dos Salamandras se apartaron rápidamente para dejar que Tsu'gan y el hermano Honorious, que llevaba un lanzallamas, entrasen por el enorme portal.

El estrépito del metal al caer fue enorme, pero no había enemigos acechando en las sombras, solamente una escalera de acero que descendía hacia las oscuras profundidades.

Tsu'gan extendió la mano en señal de que todo estaba despejado y, a continuación, encogió los dedos y volvió a cerrar el puño. Media escuadra suya lo acompañaría a la negrura; el resto permanecería en la superficie y protegería la entrada. Praetor y N'keln también se quedarían; el exterminador era demasiado corpulento y pesado para pasar por los estrechos confines que se abrían bajo sus pies, y el capitán era demasiado valioso como para arriesgarse en una misión de exploración en territorio desconocido.

Extendiendo dos dedos, Tsu'gan señaló dos veces hacia abajo rápida y sucesivamente. Tiberon y Lazarus, que estaban esperando en la periferia, bajaron uno a uno por la escalera. Cuando ya habían bajado los dos Salamandras, levantó un dedo, cerró el puño, después levantó dos dedos y volvió a señalar dos veces hacia abajo. Tsu'gan fue el siguiente en descender, a sabiendas de que Honorious y Iagon lo seguirían en la retaguardia.

Con los focos apagados, la escuadra de combate avanzó lentamente por un angosto pasillo que apestaba a humedad, a frío y a cobre. Una extraña nube dominaba el aire: invisible pero tangible, como si estuviese formando una segunda piel sobre sus armaduras.

Tsu'gan siguió el ruido del metal, todavía persistente, pero aparentemente mucho más alejado de cuando lo oyó por primera vez desde el salón superior. Pese a que sus espectros ópticos estaban activados en visión nocturna y en infrarrojos, la oscuridad era extrañamente impenetrable, como si se tragase cualquier tipo de luz ambiente. El sonido era lo único que los guiaba a él y a su escuadra mientras avanzaban lentamente a través de espesas sombras.

—Señor —susurró Honorious.

Tsu'gan se volvió hacia él, indignado por que hubiera roto el silencio en las comunicaciones.

El soldado con el lanzallamas se había parado en seco y apuntaba su arma

hacia un pasillo inferior que nacía del que estaba atravesando la escuadra de combate.

—El silencio sólo se rompe por orden mía, soldado —dijo Tsu'gan en voz baja.

Honorious se dio la vuelta, desconcertado.

—Yo no he dicho nada, sargento.

—Señor —susurró Tiberon.

El hermano de batalla estaba en posición, abstraído por el camino que tenía ante sí, y aparentemente no era consciente de que se estaba abriendo un gran hueco entre él y el resto de la escuadra.

Tsu'gan estaba dispuesto a reprenderlo, pero no lo hizo.

—Alto, escuadra —dijo por el comunicador. El auspex de Iagon cobró vida y múltiples señales plagaron de pronto la borrosa pantalla.

—¡Contactos! —gritó al tiempo que giraba su bólter en dirección a las sombras.

—He detectado movimiento —dijo Lazarus entre dientes.

—Por aquí —susurró una voz que Tsu'gan no reconoció. Apuntó con su combibólter en esa dirección, con el dedo colocado sobre la palanca de disparo del lanzallamas.

—Señor —volvió a oírse la voz de Honorious, esta vez más alejada, pero el hermano de batalla estaba agachado junto a él en posición de ataque. Era imposible que hubiese hablado y sonase tan distante.

—Señor, se acercan múltiples contactos —dijo Iagon moviendo el bólter en un desplazamiento circular en busca de objetivos.

La peste a humedad, frío y cobre se intensificó.

Tiberon seguía andando. De hecho, estaba prácticamente fuera de la visión de Tsu'gan. Por un momento, el hermano sargento cedió ante algo que parecía miedo, convencido de que si Tiberon era engullido por la oscuridad nunca regresaría y jamás volverían a encontrarlo.

—Espera, hermano. ¡Espera! —gritó Tsu'gan, pero su voz quedó ahogada por el exasperante ruido de los golpes metálicos y los avisos de su escuadra.

—Por aquí…

¡Clanc!

De nuevo aquella voz, la voz que Tsu'gan no reconocía…

—¡Movimiento enemigo! ¡Al ataque!

¡Clanc!

Tiberon se dirigía a la oscuridad…

—¡Los contactos se acercan, no veo el objetivo!

¡Clanc!

Su mente daba vueltas…

—Señor…

¡Clanc!

La compulsión repentina por hacerlo parar…

—Señor, ayúdanos…

¡Clanc!

Con el bólter en las manos, apretado contra la sien, herramienta de su salvación…

¡Clanc!

El único modo de acabar con él…

—Por favor, haz que pare —exclamó Tsu'gan. Sintió la fría boca del arma en su frente empapada por el sudor. El sonido del gatillo que retrocedía lentamente era tan ensordecedor como un trueno.

—«El fuego de Vulkan late en mi pecho —dijo una voz potente eclipsando el ruido metálico—. ¡Con él golpearé a los enemigos del Emperador!»

La sensibilidad, vaga e indistinta al principio, volvió a Tsu'gan. Apenas era consciente de una presencia tranquilizadora junto a él, una magnetita a la que podía adherirse.

—«Porque somos los ángeles del Emperador, sirvientes del Trono Dorado, y no conocemos el miedo».

Tsu'gan se concentró en la voz, estentórea y autoritaria, y se aferró a ella como si fuera una cuerda salvadora. Había una figura refulgente junto a él con un báculo chisporroteante en su mano extendida.

—«Nacemos del fuego de la batalla».

No, no era un báculo. El guerrero, de armadura afilada y cara de asesino, llevaba un martillo.

—«Nos formamos sobre el yunque de la guerra».

Una aura brillante se desprendía de él como una ola abrasadora, persiguiendo a la oscuridad y volviendo a activar las apariciones que intentaban agarrarse a

ellos como parásitos.

—¡Pronunciad las palabras! —exclamó el hermano capellán Elysius—. ¡Pronunciadlas y encontrad vuestro valor, Salamandras!

Tsu'gan y su escuadra pronunciaron las palabras al unísono y la bruma de locura desapareció.

El capellán dio una palmada tranquilizadora sobre la hombrera de Tsu'gan.

—Ya está, hermano sargento —dijo—. A partir de ahora, yo iré en cabeza. Vuelve a ponerte el casco y sígueme.

Tsu'gan bajó la mirada hacia el casco que tenía en su regazo, desconcertado. Ni siquiera se había dado cuenta de que se lo había quitado. Secándose el sudor, que era muy real, volvió a ponerse el casco y obedeció. El resto de sus hermanos también habían recuperado la sensibilidad, y los siguieron con las armas listas. Incluso Tiberon se había detenido. Dejó que el capellán lo adelantara y lo siguió.

Elysius había asegurado el Sello de Vulkan en su cinturón, aunque el artefacto aún brillaba débilmente con la fuerza que le quedaba. Sin duda, el capellán les había salvado la vida. Fuera cual fuese el ser maligno que acechaba en estas catacumbas subterráneas, había estado a punto de forzar a Tsu'gan ya su escuadra a apuntarse a sí mismos con sus armas. Un poco más y lo habrían hecho.

—Los herejes están cerca —afirmó Elysius, cuyo crozius arcanum ardía como una antorcha en su puño cerrado.

Tsu'gan se dio cuenta de que el fuerte clanc metálico había vuelto a la normalidad. Seguía siendo fuerte y emanaba de una trampilla sellada que había delante de ellos.

El capellán sacó su pistola bólter a pocos pasos de la trampilla.

—Preparaos —advirtió.

El extraño malestar que los había afectado en el túnel regresó, pero se quedó en la periferia de los pensamientos de Tsu'gan, como si no quisiera presionar más. El hermano sargento cogió el bólter para tranquilizarse y pasó un dedo enguantado por el icono de la llama que tenía en relieve en la culata. Mascullando una letanía de protección, Tsu'gan abrió los ojos y vio que el capellán se había quedado a un lado de la trampilla.

La entrada estaba cerrada y bloqueada.

Tsu'gan hizo señas a Tiberon y a Lazarus para que se acercasen, y avanzaron

al frente de la escuadra equipados con granadas perforantes. Tras colocar los explosivos con un sonido apagado y metálico, los dos Salamandras retrocedieron. Honorious se puso por delante de ellos, pero agachado y manteniendo la distancia de seguridad. Tsu'gan apretó su cuerpo contra la pared. Vio cómo el capellán hacía lo mismo al otro lado, confiando más esta vez en el sólido acero que en su rosarius.

Con la escuadra en posición, repartida a ambos lados del túnel y fuera de la onda expansiva, Tsu'gan se pasó la mano por la gorguera en un movimiento rápido.

Apuntando hacia abajo con su bólter, Iagon realizó un único disparo a una de las granadas perforantes ancladas magnéticamente. Un segundo más tarde, la trampilla explotó.

Una columna de humo y fuego invadió el pasillo y lanzó trozos de metralla contra las armaduras de los Salamandras.

Abriéndose paso a través de la nube de polvo, el capellán Elysius fue el primero en entrar en la sala que había bajo la trampilla, mientras que Tsu'gan lo seguía a pocos pasos. Llegaron a una cripta de metal levemente iluminada que apestaba a cobre y a hierro. El óxido cubría las paredes como si fuese sangre. Los ganchos con púas incrustados en el metal resonaban con agonías pasadas. Los grilletes pendían como hombres ahorcados.

Era un lugar de muerte y horror.

Los servos aplastados anunciaban el ataque repentino a cargo de un cuarteto de zánganos necrófagos. De rostro gris, con la piel surcada por lívidas venas rojas, los autómatas eran una variante análoga pero distorsionada de los servidores de la *Archimedes Rex*. Las monstruosas parodias gritaron de agonía cuando se cruzaron con los intrusos, como si sus cuerpos siguieran sufriendo el dolor de la tecnocirugía invasiva que habían empleado para crearlas. Las sinapsis de dolor se recrudecían con cada movimiento y alimentaban una rabia terrible que sólo se aliviaba derramando sangre y desgarrando carne.

Hinchados por una musculatura grotesca, los zánganos necrófagos eran del tamaño de ogretes. De repente, fueron a por el guerrero de la armadura negra. Elysius los ignoró, inclinado sobre una figura de hierro y atareado con un dispositivo en el fondo de la cámara, aparentemente ajeno a la pelea.

Tsu'gan sólo vio partes del misterioso artesano detrás del cuerpo del capellán

mientras se movía: una servoarmadura unida a un generador en la espalda de la figura; el color del acero sucio; uves invertidas amarillas y negras que enmarcaban la armadura; placas doradas de la armadura manchadas de óxido en los tornillos; tubos y cables que parecían estar vivos; gases hidráulicos que salían y escupían como una maldición.

El diablo emanaba de aquel ser. Cada golpe de su martilleo incesante era como el latido de un corazón. Incluso de cerca, Tsu'gan era incapaz de averiguar en qué trabajaba el herrero de guerra con tanta furia, cubierto como estaba por gruesas sombras y por una capa aún más gruesa de plástek negro como el carbón.

La llamarada de un bólter iluminó el flanco izquierdo de Tsu'gan cuando un zángano necrófago quedó reducido a un amasijo de petróleo y vísceras. Sus hermanos de batalla estaban cubriéndolo mientras el sargento seguía al capellán, consciente de que no podía dejar que Elysius se enfrentase a solas con el herrero de guerra.

Otro zángano necrófago fue destruido, esta vez engullido por el lanzallamas de Honorious. Su armazón biológicamente inestable se descompuso de forma muy desagradable con el intenso calor. Los músculos se le cocieron y explotaron, formando torrentes rojos de sangre. Una tercera bestia arrastraba restos de una cadena dentada que colgaba del muñón de su brazo. Una bilis caliente le brotaba por la garganta cuando Tsu'gan se dio cuenta de que aquellas cadenas eran mitad carne mitad tendones, y que algunos de los dientes eran huesos humanos. Con el bólter disparando alocadamente, aniquiló a aquella abominación y pisoteó sus restos. Golpeó a una cuarta y la apartó a un lado para no perder la estela del capellán. Trozos de carne sanguinolenta y chamuscada salpicaban la armadura de Tsu'gan como si fuera un truculento aerosol. Manteniendo el ritmo, Iagon había atravesado el cráneo del zángano necrófago con una ráfaga de bólter que lo reventó por dentro y eliminó la estrella de ocho puntas que tenía grabada en el rostro.

Los zánganos estaban todos muertos, pero su infernal maestro seguía vivo.

Finalmente, el herrero de guerra pareció darse cuenta del peligro y cogió un combibólter de fusión que tenía en una tabla de trabajo junto a él. Con un arco de luz de su crozius arcanum, Elysius cortó la maraña de cables que unía el arma al generador de fusión del Guerrero de Hierro. Sin inmutarse, el herrero de

guerra se dio la vuelta y dejó al descubierto un cañón segador implantado en su brazo derecho. Frunció el ceño diabólicamente cuando levantó la gran arma y una línea de color amarillo chillón procedente de la ranura de visión abrasó el casco anguloso que llevaba en la cabeza.

Elysius volvió al ataque, pero el herrero de guerra detuvo el golpe con su brazo izquierdo, un miembro biónico, al igual que una de sus piernas: aquella cosa parecía más una máquina que un hombre. El vapor salía a borbotones cuando la fuerza de los pistones era transferida al augmético. Su brazo terminaba en una garra afilada que el Guerrero de Hierro utilizó para rajar la armadura del capellán.

Gritando de dolor, Elysius sacó la pistola bólter para dispararle al servobrazo, doblado sobre la hombrera derecha del herrero de guerra, y lo golpeó con violencia. El capellán gritó cuando le apretó la muñeca y se la quebró lentamente. Mientras tanto, el cañón segador seguía actuando lentamente y sin cesar. La carne coagulada y el hierro se mezclaban con el metal sólido. Se iban formando mecanismos internos; la cepa infernal del virus devorador era rápida y penetrante. En caso de haber estado completamente forjada y lista para disparar, aquella arma habría sido capaz de destruir a los Salamandras y convertirlos en un picadillo de carne y ceramita.

Decidido a que esto no iba a pasar, Tsu'gan alcanzó a Elysius y se metió en el combate lanzado un gran grito.

Tras descargar un cargador entero sobre el cuerpo del herrero de guerra, observó durante los estallidos de los proyectiles explosivos cómo el Guerrero de Hierro se resistía y se agitaba ante la descarga de que había sido objeto. La transmutación se detuvo. El instinto de autoconservación ganó brevemente a su deseo de matar.

Elysius se tambaleó y soltó la pistola cuando su muñeca quedó liberada. Maltrecho, el Guerrero de Hierro cayó hacia atrás, aullando de dolor y furia. Sus alaridos resonaron con un timbre metálico por toda la cripta. Había algo ancestral y vacío en ella; imágenes de metal retorcido y óxido de épocas pasadas aparecían en la mente de Tsu'gan. El hermano sargento siguió su camino, colocó un cargador nuevo mientras avanzaba y se disponía a lanzarle un disparo mortal a la cabeza cuando Elysius lo detuvo.

—¡Quieto!

A Tsu'gan le hervía la sangre y no estaba dispuesto a ceder.

—El traidor debe ser ejecutado.

—Quieto, no tendré misericordia si desobedeces —le replicó el capellán. Unos fluidos oscuros le resbalaban por un tajo en el pectoral, y empezaron a fluir con más intensidad cuando se tambaleó hacia adelante. La muñeca se le quedó colgando de forma flácida a un costado—. Baja el arma, hermano sargento.

Pese a sonar fatigado y áspero, el tono de Elysius dejaba claro que se trataba de una orden mientras se acercaba al herrero de guerra tumbado en posición supina. La placa pectoral del Guerrero de Hierro estaba repleta de agujeros y quemaduras. Inerte e inconsciente, apenas le quedaban unos vestigios de vida.

—Primero quiero interrogarlo —añadió el capellán—. Quiero averiguar qué sabe sobre este bastión, sobre su objetivo y qué ocurrió con la guarnición.

Tsu'gan se retiró, consciente de que tras él su escuadra tenía vigilada la sala.

Elysius habló por el comunicador.

—Hermano capitán, traed lanzallamas a la cripta. Tenemos que limpiar las manchas de las paredes —dijo antes de lanzar su última petición—. Y necesito mis herramientas —añadió—. El prisionero y yo tenemos mucho de qué hablar.



# OCHO



# I

# Aquellos que vivieron…

Había algo extrañamente familiar en el asentamiento humano subterráneo. Estaba basado en una serie de cámaras en forma de panal de distinta altura y profundidad que recordaban a un poblado de chabolas repleto de casuchas, talleres de paredes onduladas y tuberías habitables unidas a algunas de las cámaras de mayor tamaño; las estructuras provisionales se amontonaban unas sobre otras como los estratos de un mundo subdesarrollado. Trozos de metal y plástek surgían de debajo de algunas capas calcificadas de roca y de arena incrustada desde hacía décadas, tal vez siglos. Era una mezcla incongruente, igual que las ropas de los humanos que habían guiado a Dak'ir y a sus hermanos a través de la calle principal del asentamiento.

Mirando a aquellos gigantes de armadura verde desde las sombras de sus humildes moradas, escondidos tras algunas carretillas y sobre robustas torres, había hombres, mujeres y niños. Al igual que la gente de Sonnar Illiad, iban vestidos con prendas grises harapientas, remendadas y desgastadas por los

rigores del uso diario. Algunos, los más descarados o estúpidos, desafiaban abiertamente a los recién llegados, retándolos con sus posturas erguidas. Dak'ir percibió que estos hombres estaban reunidos en grandes grupos y que su osadía no se extendía hasta sus miradas, donde más bien yacía el miedo; y que, involuntariamente, daban medio paso hacia atrás cuando los Salamandras pasaban por delante de ellos.

Flanqueado por las tropas de Illiad, Dak'ir volvió a plantearse lo sencillo que resultaría avasallar a estos humanos y tomar su asentamiento con un único ataque. Algunos capítulos menores, aquellos inclinados a organizar sangrías con una indiferencia absoluta por las vidas inocentes, los habrían aniquilado de forma salvaje. Pero los Salamandras eran de otra estirpe. Vulkan les había enseñado a ser severos e implacables frente al enemigo, pero también había fomentado la compasión y el sentido del deber en todos los Nacidos del Fuego para proteger a los más débiles antes que a sí mismos.

Sólo ahora, al ver los rostros asustados revoloteando por allí mientras consideraba aquel aspecto, Dak'ir comenzó a comprender las razones por las que Pyriel quería entregarse. De este modo, los Salamandras habían demostrado no suponer ninguna amenaza o que, al menos, no intentaban serlo. Orgullosa y posiblemente noble, la gente de Illiad podía tener la llave del destino de Vulkan y de la importancia de Scoria para el primarca. Los Salamandras no podrían descubrirlo a través de la intimidación y la coacción, solamente lo averiguarían si les era revelado voluntariamente.

Por desgracia, no todos los hermanos compartían la opinión de Dak'ir.

—Rendirnos sin disparar ni una sola vez no es propio de la tradición prometeana —gruñó Ba'ken. Habló en voz baja a través del comunicador, y su mensaje le llegó a Dak'ir a través de la gorguera, ya que se había quitado el casco de batalla, pero evidenció su descontento con su lenguaje corporal.

—Esto no es Nocturne, hermano. —Al pronunciar su reprimenda, Dak'ir hizo una pausa para valorar cuanto había de verdad de su comentario, admitiendo que Scoria era extremadamente similar a su mundo natal. Incluso el asentamiento, similar a un búnker de piedra y metal, contenía una resonancia prácticamente atávica—. Ni tampoco vamos a conocer lo que necesitamos saber de esta gente con un castigo violento. —Miró a Pyriel en busca de apoyo, pero el bibliotecario parecía abstraído, metido en una especie de trance mientras

caminaba automáticamente a través de las numerosas viviendas y hogares.

—Pero que nos intimiden así… —insistió Ba’ken.

—Creo que hemos ofendido nuestro espíritu de hermanos guerreros, señor —dijo Emek, que parecía intrigado por la presencia de los humanos. Examinaba cada estructura a medida que los Salamandras pasaban junto a ella y analizaba la población que habitaba allí.

Dak’ir sonrió levemente para sí mismo. Ba’ken era sabio, pero era un guerrero. Había nacido en Themis, cuyas tribus valoraban la fuerza y la destreza en la batalla por encima de todo lo demás. Pero pese a su gran sabiduría, en cuanto lo ofendían, la visión de Ba’ken se convertía en miope e intratable. Era un rasgo útil en el combate, un rasgo que Dak’ir comparaba a intentar mover una montaña con las manos, pero en tiempos de paz rozaba lo irascible.

Romulus y Apion se mordieron la lengua. Su silencio sugería que compartían la opinión de Ba’ken.

—Mostrad humildad, hermanos. Ésta no es ocasión de actuar —advirtió Dak’ir. Se volvió hacia Emek y después señaló la escolta humana de los Salamandras—. ¿Qué te parecen?

—Valientes —respondió—. Y asustados.

—¿De nosotros?

—De algo como nosotros —aclaró Emek—. Esta gente huyó a la oscuridad por algún motivo y lleva aquí muchos años. —Entornó los ojos al cambiar el tono de su voz, que se hizo más especulativo—. Cuando nos quitamos los cascos, no parecieron sorprenderse ni perturbarse por nuestro aspecto.

Las viviendas, las pseudocuevas de piedra y metal, empezaron a diluirse hasta desaparecer cuando Illiad los guio hasta otra estructura que se levantaba más adelante. Un par de puertas majestuosas, o que al menos en algún tiempo lo fueron, enmarcadas por diseños ornamentales pero enterradas bajo una capa de suciedad y mugre incrustada, se erigían ante ellos como centinelas de bronce hastiados.

—Quizá ya hubieran visto Salamandras con anterioridad —vaticinó Dak’ir, incapaz de contener una oleada de especulaciones. En caso afirmativo, eso podría significar que…

La voz de Pyriel se introdujo en sus pensamientos.

—Sospecho que las respuestas yacen en el interior. —Señaló las puertas

verticales de bronce.

A pocos metros de la entrada, Illiad detuvo la comitiva con un gesto y recorrió el resto del camino a solas. Mientras tanto, el que se llamaba Akuma vigilaba a los Salamandras y reajustaba el agarre de su rifle láser cada pocos segundos.

Tras golpear las puertas tres veces con la culata de su arma, Illiad se echó para atrás. Momentos después, los chirridos de unas máquinas rompieron el silencio al activar un mecanismo. El polvo cayó de los mecanismos interiores, desplazado por su repentina activación. Las puertas se abrieron sincopadamente, mostrando una cámara baldía, con metal y rocas calcificadas, pero con paredes gruesas provistas de contrafuertes y sin salidas.

—¿Pretendes encarcelarnos, Sonnar Illiad? —preguntó Dak'ir cuando se vio enfrentado a aquel calabozo en forma de hangar.

—Hasta que decida si sois amigos o enemigos, sí.

Ba'ken dio un paso al frente al oír esto. Tenía los músculos del cuello hinchados y los puños apretados.

—No puedo tolerar esto. —Su tono era amenazadoramente plano. Apion lo apoyó.

—Yo tampoco, señor.

Dak'ir se volvió para mirar a Romulus.

—¿Tú también opinas lo mismo?

El Salamandra asintió de forma lenta y calmada.

Mirando desde arriba a Illiad, Dak'ir supo que había finalizado el período de seguir el juego a los humanos. Para su asombro, el hombre no se estremeció. Mantuvo sus ojos negros y cálidos sobre Dak'ir, mirándolo desde abajo como haría un niño con un adulto. Ahora no parecía tan pequeño. Todo lo contrario, de este modo realzaba su estatura.

—Estoy de acuerdo con mis hermanos de batalla —afirmó Dak'ir. Illiad le mantuvo la mirada, tal vez sin saber muy bien qué hacer a continuación.

—¿Cuántos sois en tu colonia, Illiad? —le preguntó el hermano sargento.

Akuma avanzó apresuradamente, visiblemente nervioso.

—No se lo digas, Sonnar —le advirtió—. Pretenden calcular nuestra fuerza y volver con más efectivos. Tenemos que encerrarlos en la cámara acorazada ahora mismo.

Illiad miró a su número dos, como si de verdad tuviese en cuenta su consejo.

Ba'ken se volvió entonces hacia Akuma, que retrocedió frente al corpulento Salamandra.

—Y dime, hombrecito, ¿cómo piensas hacer eso? —le espetó. Akuma levantó su rifle láser para protegerse, pero Ba'ken se lo arrebató de las manos. En respuesta, una oleada de recargas de rifles láser tuvo lugar al prepararse los humanos para el combate. Ninguno de los Salamandras reaccionó. No sin la orden de su sargento.

Illiad levantó la mano en señal de calma, aunque Dak'ir detectó el aumento de su ritmo cardíaco y las líneas de transpiración en sus sienes.

—Poco más de mil —respondió Illiad—. Hombres, mujeres y niños.

—Este asentamiento que habéis creado vosotros mismos, en su día fue una nave, ¿no es así? —preguntó Dak'ir. Las piezas empezaban a encajar a medida que hablaba.

La memoria de los marines espaciales era eidética. Un rasgo útil a la hora de repasar estrategias de combate o en las misiones largas de reconocimiento para establecer el estado del territorio o determinar las posiciones estratégicas del enemigo. Dak'ir iba a emplear ahora aquella facultad para crear recuerdos pictográficos exactos de algunas de las viviendas de humanos por las que habían pasado, aquellas en las que la roca se había comido el metal y lo había ocultado. Examinando los detalles mentalmente, pasando las imágenes en milisegundos, interpretándolas y comparándolas, Dak'ir quitó la piedra calcificada. El polvo se fue disipando del ojo de su mente; dejando al descubierto pasillos metálicos, barracones, strategiums menores, blindajes de cubierta, ascensores en desuso, consolas extintas y otras estructuras. Destrozada, desmontada, no había duda de que aquello era una nave.

—Una que se estrelló hace mucho tiempo —contestó Illiad—. Su reactor aún funciona y utilizamos su energía para generar calor y purificar el aire y el agua. Las luces de vapor de sodio se iluminan gracias a la conversión de la energía de fusión.

—¿Y esto? ¿Era una sala de entrenamiento de combate? —Dak'ir se había apartado del grupo para aproximarse al marco que rodeaba la puerta. Se había hundido en la roca; o, más bien, en la cueva que había crecido a su alrededor. Rompió un trozo de una de las capas con los dedos enguantados. De él cayeron

polvo y arena y quedó a la vista un sello de origen, grabado a fusión con tipografía imperial.

**154.ª EXPEDICIONARIA**

Dak'ir intercambió una mirada cargada de significado con Pyriel. Los vestigios destrozados sobre los que la colonia humana había levantado su hogar habían sido en su día una nave de la flota de la Gran Cruzada. Intentó no pensar en las posibles ramificaciones de aquel hallazgo.

—No estoy seguro —respondió Illiad—. Lo único que conocemos son las leyendas que nos han ido transmitiendo nuestros antepasados.

—Sonnar, no… —Akuma empezó a hablar, pero Illiad frunció el ceño y lo cortó con un gesto abrupto.

—Podrían habernos matado en el túnel o en cualquier punto desde allí hasta aquí —repuso. La ira dio paso a la resignación cuando volvió a dirigirse a Dak'ir.

El alboroto que resonaba en los túneles que tenía detrás interrumpió a Illiad. Un joven, a quien Dak'ir identificó como el que había huido de Ba'ken, llegó corriendo. Volvió a estremecerse un poco al ver a los gigantes con armadura. La postura de Ba'ken pareció relajarse al verlo.

—Quitina —jadeó, pronunciando la palabra con dificultad mientras cogía aire. Se puso las manos sobre los muslos para intentar recuperar el aliento.

—¿Dónde, Val'in? —preguntó Illiad. La preocupación arrugó sus rasgos.

El chico, Val'in, miró hacia atrás, nervioso.

—En el asentamiento. —Los ojos de Val'in estaban llenos de terror y de lágrimas—. Mi papá…

Los disparos láser resonaban en el pasillo, chasquidos de sonido agudo. A continuación se oyeron gritos.

—No tienen nada que hacer —dijo Emek en voz baja. La expresión de Dak'ir se recrudeció cuando miró más allá, a la media luz—. En ese caso, por Vulkan, igualaremos la partida.

—Hemos luchado contra las bestias de quitina durante varias generaciones —afirmó Akuma mirando de reojo a los guerreros de armadura verde que corrían junto a ellos—. ¿Para que los queremos?

—Dudo de que podamos detenerlos aunque queramos, Akuma —respondió Illiad.

Dak'ir observó el rostro de consternación del hombre mayor al oír el estruendo de la matanza que estaba produciéndose ante ellos. El Salamandra sintió el dolor humano, y su rabia hirvió al pensar en el sufrimiento de los vecinos.

«Los débiles siempre serán devorados por los mis fuertes». Recordó las palabras que había pronunciado Fugis muchos meses antes, en el exterior de la Cámara de la Conmemoración en Hesiod. Pero las palabras de su respuesta le vinieron rápidamente a los labios a modo de catecismo.

—«A menos que los fuertes intercedan en nombre de los débiles y los protejan».

Emek se volvió hacia el sargento cuando se aproximaban a la frontera invisible del asentamiento. Los impactos láser y los disparos secos de los rifles de munición sólida eran como un coro discordante de terror cuyo tono y urgencia no dejaban de aumentar.

—¿Qué has dicho, señor?

Dak'ir mantuvo la mirada al frente al contestar.

—Debemos salvar a esta gente. Tenemos que salvarlos.

La voz de Akuma se entrometió de repente cuando ya estaban recorriendo los últimos metros. Se dirigió a sus hombres:

—Cuando lleguemos al asentamiento nos dividiremos en escuadras. Rodeadlas y apuntad a los ojos, entre las placas. Ninguna bestia quitinosa podrá… —Las palabras murieron en los labios de Akuma cuando llegaron al espacio abierto y vieron su hogar.

Las bestias salían de los agujeros de emergencia y daban muerte a los despavoridos vecinos. Los cuerpos ensangrentados, despedazados por garras óseas o desgarrados por mandíbulas afiladas, estaban desperdigados por el suelo o desplomados en los pasillos de lasque en su día fueron unas viviendas tranquilas como si se tratara de una carnicería. Había mujeres y niños entre los fallecidos, así como hombres armados. Algunos habían sufrido tales mutilaciones que era imposible reconocerlos.

Un temblor repentino sacudió el suelo y lanzó a un hombre contra el tejado de una chabola. Gritó cuando una bestia de quitina que se encontraba boca abajo se dio la vuelta a una velocidad sorprendente. Le rajó el torso con un tijeretazo de sus garras y los gritos se apagaron bruscamente. En su estela había una mujer

con una escopeta que consiguió aguantar. Tras correr a toda prisa hasta su posición, comenzó a disparar.

Dos hombres y un joven de rostro escuálido se defendían de una bestia con palos largos y puntiagudos. Gritando, la criatura xenos retrocedió sobre las patas traseras cuando le atravesaron el vientre blando y comenzó a brotar una sangre que parecía fango gris. Poco les duró la victoria a los humanos, ya que otras dos bestias ocuparon su lugar. Una asfixió con su cuerpo a uno de los hombres que asía un palo y la otra atravesó al otro hombre con un golpe de su garra ósea. El joven huyó aterrorizado hasta perderse de vista en aquel combate desesperado.

Una mujer llevaba una bengala a modo de lanza e intentaba golpear con ella el ojo de una bestia que intentaba devorarla a ella y a sus dos hijos, a los que estaba protegiendo. La bengala, igual que su vida y la de sus hijos, fue apagándose lentamente.

Los humanos luchaban por todas partes. Algunos poseían lanzas o rifles rudimentarios e ineficaces y estaban en clara inferioridad numérica, pero aquéllas eran sus casas y sus familias, así que combatían con furor.

—Nunca había visto tantas… —suspiró Illiad. Se tambaleó cuando un nuevo temblor sacudió la caverna y bloques de piedra y polvo comenzaron a desprenderse desde el techo—. Las plagas de bestias de quitina son cada vez mayores. Surgen en oleadas de sus agujeros de emergencia. Los temblores deben de haberlas molestado.

—Eso o que las han traído hasta aquí —masculló Dak’ir de forma enigmática—. Entrégame mis armas ahora mismo, Illiad.

El hombre hizo un gesto a Akuma, que llevaba la espada sierra y la pistola en una mochila pesada colgada a su espalda. Las sacó rápidamente y se las devolvió de mala gana.

Dak’ir asintió bruscamente, comprobó el agarre de la pistola y de la espada y se dirigió a sus hermanos.

—La preservación de la vida humana es prioritaria. Haced todo lo que debáis para proteger a los colonos. En el nombre de Vulkan.

Dak’ir alzó su espada sierra, la tenue luz se reflejó en sus antiguos dientes como deleitándose con la sangría que estaba a punto de producirse.

—¡A los fuegos de la batalla! —exclamó liderando la ofensiva.

—¡Hacia el yunque de la guerra! —respondieron sus hermanos al unísono.

—Este lugar apesta a muerte —se quejó Tiberon al pasar a través de los restos de las herramientas del herrero de guerra.

El Guerrero de Hierro cautivo había desaparecido. También los zánganos necrófagos, que habían ardido sobre los mismos pyreums que la vencida guarnición de los Guerreros de Hierro.

El capellán Elysius ya se había ido y se ocupaba ahora de sus tareas. Tsu'gan y su escuadra se quedaron atrás.

Otra llamarada iluminó el pasillo exterior mientras Honorious y sus hermanos continuaban purgando las paredes y las alcobas donde Tsu'gan y sus guerreros habían estado a punto de encontrar la muerte. La limpieza con fuego había calmado las voces, pero no las había apagado del todo. El hermano sargento se alegraba de que la estancia fuese a ser breve. Su misión era buscar entre los escombros cualquier cosa que pudiese aportar algo de luz sobre la presencia de los Guerreros de Hierro en Scoria y defender al tecnomarine Draedius.

El adepto mechanicus había sido enviado desde el *Ira de Vulkan* a instancias de N'keln y con el permiso del maestro Argos para examinar el dispositivo sobre el que estaba trabajando con tanto ímpetu el herrero de guerra. Era un cañón: forjado con metal oscuro, se trataba de un cañón largo y telescópico que iba dirigido hacia una puerta que había en el techo. Pese a estar oculta en el suelo metálico, el arma estaba colocada en su posición mediante un elevador neumático. No obstante, su objetivo seguía siendo todo un misterio.

Tsu'gan sabía mucho de artillería y comparó esta arma con el cañón estremecedor que utilizaban habitualmente los regimientos de la Guardia Imperial. Pocos capítulos de astartes necesitaban una arma estática de bombardeo de estas características. Los cruceros de combate y las cañoneras Thunderhawk proporcionaban al ejército de marines espaciales todo el apoyo de largo alcance que necesitaban. Ataques quirúrgicos, rápidos y mortales: así hacían la guerra los astartes. Los bombardeos pacientes y de precisión iban contra el Codex, pero los Guerreros de Hierro tampoco seguían ese libro. Tsu'gan sabía lo suficiente de la legión traidora como para estar al corriente de su empleo de artillería de largo alcance. Siendo como eran especialistas en asedio, los hijos de Perturabo preferían emplear esas armas para aniquilar a sus

enemigos desde la distancia antes que acercarse a ellos para asestarles un golpe mortal.

Sólo los cobardes tenían miedo a atacar y acabar con un enemigo antes de estar totalmente abatido. Tsu'gan sintió un rencor aún más profundo por los Guerreros de Hierro.

—Algo más que la muerte impregna el aire de este lugar —respondió el hermano Lazarus con desagrado evidente.

Tsu'gan frunció el ceño.

—Huelo a cordita y a azufre. —Era más que todo eso. El hedor evocaba un recuerdo, un viejo lugar inalcanzable al que Tsu'gan preferiría no regresar.

—Aquí, mi señor —lo llamó Iagon desde el otro lado de la cámara—. Creo que he encontrado algo.

Tsu'gan se acercó a él y se arrodilló junto al soldado, que también estaba en cuclillas, y le señaló una mancha oscura que había abrasado el suelo.

—El metal está fundido —dijo Iagon mientras su hermano sargento pasaba el dedo por el borde de la mancha—. Se necesita mucho calor para hacer algo así.

—Parece antiguo —exclamó Tsu'gan en voz alta—, y tiene la forma de la huella de una bota. ¿Qué es esto? —añadió, cogiendo algo con el dedo. Lo probó e hizo una mueca—. Ceniza.

La mueca se convirtió en gesto de preocupación.

—Los Guerreros de Hierro no son los únicos traidores de Scoria.

La voz del tecnomarine Draedius interrumpió los pensamientos de Tsu'gan.

—No hay proyectiles ni munición de ningún tipo para este cañón —dijo prácticamente para sí mismo—. Se alimenta por medio de un pequeño reactor de fusión.

—¿Nuclear? —preguntó Tiberon, que era el que estaba más cerca. Draedius negó con la cabeza.

—No. Parece más bien una conversión de energía. He encontrado varios recipientes que contenían restos de un polvo fino del que no tengo registros.

Tsu'gan miró hacia arriba. La sensación de inquietud que impregnaba las profundidades de la fortaleza aún no había desaparecido.

—Guarda una muestra, pero date prisa con tu tarea, hermano. —Una nueva llamarada de la purga que continuaba en el exterior lanzó sombras evocadoras sobre el rostro del sargento—. No quiero permanecer aquí más tiempo del

necesario.

El fuego refulgente surgía de las puntas de los dedos de Pyriel y formaba arcos abrasadores. Iluminó la caverna con sombras humeantes y abrió un agujero en una bestia de quitina que avanzaba hacia él. Los xenos que asolaban el asentamiento humano reaccionaron a la repentina amenaza que surgió entre ellos. Empezaron a titubear; habían perdido su determinación ante semejante furia. Por el contrario, los colonos se envalentonaron y redoblaron sus esfuerzos cuando la chispa de la esperanza se convirtió en una llama.

Dak'ir sufrió el golpe de una garra ósea en la hombrera que le abrió un surco irregular en la ceramita. Entonces él embistió con la espada sierra y la clavó hasta la empuñadura en el ojo negro tizón de la criatura. Cuando sacó el arma, la bestia de quitina soltó un alarido. El líquido empezó a brotar de su vacía cuenca ocular y pintó la armadura de Dak'ir de un gris acuoso. El Salamandra entró dentro de su arco de muerte lanzando ataques vengativos antes de partirle una de las mandíbulas e incrustar en el diminuto cerebro de la bestia su espada sierra bañada de sangre. Con un estertor, la criatura retrocedió y murió. Dak'ir saltó por encima de su caparazón y se dirigió hacia el siguiente enemigo.

El niño, Val'in, corría de nuevo.

Había seguido a Illiad y a sus guerreros después de la ofensiva de los Salamandras y ahora se encontraba en medio del combate. Tenía una pala entre sus manos temblorosas y se enfrentaba a una bestia de quitina. Las mandíbulas sanguinarias de la criatura batían deseosas al dirigirse hacia él. Val'in retrocedió, pero cuando chocó con la espalda contra una chabola supo que ya no podía retroceder más. Las lágrimas resbalaban por el rostro del niño, pero mantuvo la pala en alto en actitud desafiante. Levantándose sobre sus patas traseras, la criatura emitió un chillido de lo que podría haber sido placer de no ser porque un cuerpo armado se interpuso entre ella y su presa.

—¡Quédate detrás de mí! —gritó Ba'ken. Gruñó mientras mantenía alejadas las garras óseas de la bestia, que ahora lo buscaban a él. No podía arriesgarse a utilizar el lanzallamas pesado. El fuego también chamuscaría al niño. Por eso decidió guardar el arma en su arnés de la espalda y enfrentarse con la criatura mano a mano. Apoyado sobre su espalda, con las piernas arqueadas a modo de

levantador de pesas, el Salamandra la empujó. Se formaron surcos en el suelo cuando la criatura se vio impulsada hacia atrás, intentando sin éxito clavar sus patas traseras para tratar de recuperar el equilibrio.

Una saliva caliente chorreaba de las mandíbulas de la criatura cuando intentó morderle la cara a Ba'ken. Al encontrar su objetivo, la bestia apretó y tiró. Su cuerpo se pegó al del Salamandra. Ba'ken torció el gesto cuando la peste a frío, humedad y tierra vieja lo envolvió en una oleada fétida. La criatura estaba a punto de morderle de nuevo, con la intención de arrancar el rostro del Salamandra, pero Ba'ken le lanzó un chorro de ácido y abrasó a la criatura. Con un alarido, las mandíbulas de la bestia se doblaron sobre sí mismas y se retrajeron en sus fauces escaldadas.

La bestia era dura y poseía el volumen y la resistencia de un tanque. Ba'ken sintió cómo su fuerza se resentía y rugió para sacar sus reservas internas. Su corazón secundario bombeaba sangre frenéticamente y su cuerpo adoptó una posición de combate realzada, lo que provocó un aumento repentino del tamaño de los músculos del astartes.

—Escoria xenos —espetó, utilizando el odio para avivar sus esfuerzos.

Una segunda bestia de quitina, que acababa de matar a un vecino, emergió por el flanco izquierdo de Ba'ken. El Salamandra vio cómo se metía en su rango de visión.

Era imposible luchar contra ambas estando desarmado.

El cadáver destrozado del hombre medio devorado cayó de las fauces de la segunda bestia. La criatura pasó por encima de él haciéndole crujir los huesos bajo su peso, y avanzó hacia Ba'ken.

Val'in le salió corriendo al paso. Agitó la pala frenéticamente de izquierda a derecha en un vano esfuerzo por ralentizar a la bestia. El terror inundó el rostro de Ba'ken.

—¡Huye! —le gritó—. ¡Escóndete, chico!

Val'in no lo escuchaba. Aguantaba ante la bestia con valentía, intentando defender a su salvador, que antes lo había defendido a él.

—¡No! —gritó Ba'ken angustiado mientras la criatura seguía acercándose.

Unas explosiones impactaron en el costado de la bestia, haciendo saltar trocitos de caparazón y abriendo agujeros a través de la carne. El monstruo giró sobre sí mismo por la fuerza de los disparos de bólter que le estaban impactando.

Chillando, y mientras un líquido fangoso y gris brotaba de sus fauces destrozadas, se desplomó.

Apion se acercó y la ejecutó con un disparo en la arrugada cabeza.

Emek apareció junto a él; el humo aún salía de su lanzallamas.

—¡Purificar y quemar! —Y después exclamó—: ¡Abajo, hermano!

Con un esfuerzo supremo, Ba'ken empujó a la criatura contra la que estaba luchando. Retrocedió sobre sus patas traseras y el Salamandra se tiró el suelo para que el abrasador promethium volase por encima de su cabeza. Ba'ken sintió el calor en la nuca y no pudo resistirse a alzar la vista para ver cómo las llamas consumían a la bestia. Los ojos del astartes brillaban de venganza cuando vieron arder a la criatura, cuyos gritos agonizantes quedaron amortiguados por el rugido del arma.

Ba'ken miró con furia a la bestia, y desenganchó su lanzallamas pesado antes de volverse y descargar un torrente de fuego sobre ella, que se arrastraba por el suelo. Irrumpió en una chabola, examinó su interior y vio a varios vecinos encogidos por el miedo que retrocedieron por la repentina entrada del Salamandra.

Ba'ken levantó la mano para tranquilizarlos y su profunda voz resonó en las paredes metálicas de la vivienda.

—No tengáis miedo —les dijo antes de volverse y dirigirse a Val'in—. Ven. Entra aquí. —El chico lo obedeció y apretó la pala contra su pecho al entrar corriendo en la casa. Ba'ken cerró la delgada puerta tras él y confió en que aquello fuera suficiente para mantenerlos a salvo.

En la distancia, la guerra lo llamaba. El espíritu guerrero de Ba'ken respondió y, con el lanzallamas encendido, se lanzó a luchar.

Los Salamandras empezaban a dominar todos los rincones del asentamiento. El estruendoso ruido de los bólters llenaba el ambiente. Las bestias de quitina eran aniquiladas en medio de aquella tormenta, sorprendidas por unos vecinos desenfrenados que remataban a los atacantes heridos.

Illiad no sentía ningún miedo al liderar un grupo de hombres, con Akuma a su lado, que hacía retroceder a las criaturas con decididas salvas de láser. Pese a no ser tan mortíferos ni decisivos como los astartes, suponían una fuerza impresionante.

Las bestias de quitina no aguantaron mucho ante el poder combinado de los

astartes y las bien dirigidas tropas de Illiad. Como no estaban preparadas para enfrentarse a un enemigo tan implacable como los Salamandras, las que quedaban huyeron a sus agujeros de emergencia ensangrentadas y maltrechas.

Dak'ir estaba limpiando la sangre gris de su espada sierra apagada cuando vio que Akuma escupió por uno de los agujeros de emergencia. La rabia estaba escrita de forma indeleble en el rostro del capataz. Pero se convirtió en desesperación cuando contempló la destrucción que había a su alrededor.

La sangre inundaba las calles y las chabolas estaban destruidas o abiertas por la mitad. Cuando Illiad reunió a sus equipos para empezar a derrumbar los agujeros de emergencia con explosivos, los heridos y los supervivientes protagonizaron una elegía fúnebre por los difuntos. Los niños sollozaban, algunos de ellos se habían quedado huérfanos, y aportaron su propio coro de tristeza.

Las víctimas del ataque de las bestias de quitina eran ciento cincuenta y cuatro; no todas eran hombres, no todas iban armadas. Otros treinta y ocho no sobrevivirían a sus heridas. Casi un cinco por ciento del total de población humana había sido asesinada en un único ataque. En silencio, los Salamandras ayudaron a reunir a los muertos. En cierto momento, Dak'ir vio cómo el hermano Apion contemplaba con la mirada vacía a una mujer que abrazaba a su difunto marido. No estaba dispuesta a soltarlo cuando el Salamandra intentó recoger su cuerpo para colocarlo sobre los pyreums, que eran cada vez más altos. Finalmente accedió, llorando amargamente.

Illiad encendió una bengala y prendió los pyreums cuando el último de los fallecidos fue depositado para que descansara. A Dak'ir, la escena le resultó familiar cuando vio arder los cuerpos y elevarse una triste columna de humo a través de una chimenea natural que había en el techo de la caverna. La cámara de incineración ya estaba ennegrecida y el hollín se acumulaba en los rincones. Val'in también asistió a la ceremonia y se acercó a Ba'ken, que observaba solemnemente junto a sus hermanos.

—¿Eres un Ángel de Fuego? —preguntó Val'in acercándose al enorme guerrero.

Ba'ken, que era prácticamente tres veces más alto que el chico y descollaba

sobre él, se sorprendió por la repentina oleada de emoción que lo recorrió cuando Val'in presionó su mano contra su pierna. Tal vez el niño quería comprobar si era de verdad.

Una parte de Ba'ken sentía una profunda tristeza al pensar que aquel niño inocente ya sabía algo de los terrores de la galaxia, pero al mismo tiempo estaba emocionado. Val'in no era un astartes: no llevaba servoarmadura ni empuñaba un bólter sagrado; ni siquiera llevaba una pistola láser ni un rifle. Sólo tenía una pala, pero aun así fue lo bastante valiente como para interponerse en el camino de la bestia de quitina y no salir corriendo.

Ba'ken no encontraba respuesta a su pregunta.

Dak'ir habló por él, pero se dirigió a Illiad, no al chico.

—¿A qué se refiere el niño cuando dice «Ángel de Fuego»?

El rostro de Illiad reflejó resignación. Las llamas de los pyreums le acentuaban las arrugas de la frente y proyectaban sombras inquietantes en sus ojos. De repente, parecía haber envejecido.

—Debo enseñarte algo, Hazon Dak'ir —contestó—. ¿Te importa seguirme?

Tras unos instantes, Dak'ir asintió. Tal vez había llegado el momento de que los Salamandras descubriesen por qué habían sido enviados allí. Pyriel dio un paso al frente, indicando que también los acompañaría.

—Ba'ken —dijo Dak'ir mirando al enorme guerrero, que aún se encontraba absorto ante el niño pero que finalmente levantó la mirada.

—¿Hermano sargento?

—Te quedas al mando en mi ausencia. Intenta establecer contacto con el *Ira de Vulkan* y el sargento Agatone, aunque dudo de que haya señal a través de todas estas rocas.

—No creo que necesitemos vuestra protección —dijo Akuma con brusquedad después de oír por casualidad la conversación. Ba'ken se volvió hacia él.

—Eres muy testarudo, humano —gruñó, aunque sus ojos delataban su admiración por el orgullo y el espíritu combativo de Akuma—. Pero no tienes la última palabra.

Akuma murmuró algo y desistió.

Tras comprobar la carga de su pistola de plasma y de colgar su espada sierra, Dak'ir apoyó la mano sobre la hombrera de Ba'ken y se inclinó para hablarle al

oído.

—Protégelos por mí —dijo en voz baja.

—Sí, sargento —respondió Ba’ken con la mirada fija en el recalcitrante capataz—. En el nombre de Vulkan.

—En el nombre de Vulkan —repitió Dak’ir antes de partir junto a Pyriel para seguir a Illiad, que iba a llevarlos lejos del fuego y el dolor.



# II
# Ángeles y monstruos

Illiad los guio de nuevo por el sinuoso camino del túnel hasta las puertas de la gigantesca cámara que habían visitado antes. El portal de bronce volvía a estar cerrado, porque su antiguo mecanismo se había activado en cuanto se marcharon a luchar.

Dak'ir recordó las palabras de Pyriel cuando, en silencio, volvió a mirar la puerta. El bibliotecario, que estaba junto a él, era inescrutable por naturaleza.

«Las respuestas yacen en el interior».

Illiad abrió de nuevo las puertas y entró sin esperar a ver si los Salamandras lo seguían.

Dak'ir pasó primero por el umbral, algo indeciso. Pero lo único que vio al otro lado fue una sala inmensa y vacía. Observó cómo Illiad se aproximaba a una de las paredes y limpiaba las capas de polvo y arenilla que la cubrían.

Poco a poco se fueron revelando imágenes. No estaban pintadas, sino talladas en el metal. Las obras eran ordinarias, pero conforme se acercó, atraído inexorablemente por ellas, Dak'ir distinguió formas familiares. Vio estrellas y gigantes de metal vestidos con armaduras verdes. También había representados

humanos, que salían de una nave accidentada del tamaño de una ciudad. Las llamas estaban pintadas de tonos rojos y naranjas muy vivos. A cada nueva imagen, la nave iba siendo engullida poco a poco por la tierra, ya que la ceniza y las rocas la iban enterrando. A continuación aparecían las bestias. La historia visual de la colonia se desplegaba en aquellos enormes paredes. En primer lugar estaban las bestias de quitina, fáciles de diferenciar por sus amplios cuerpos con caparazón y sus garras; a continuación había otra cosa: figuras brutales, de espaldas anchas, piel oscura y colmillos. Los humanos huían de ellas mientras los gigantes de metal los protegían.

—¿Cómo habéis sobrevivido tanto tiempo aquí abajo, Illiad? —La voz de Dak'ir resonó y rompió el silencio.

Illiad hizo una pausa mientras desenterraba la historia ancestral de la colonia.

—Scoria posee profundas vetas de mineral. Fyron, se llama. —Se secó el sudor de la frente—. Somos mineros desde hace generaciones. Nuestros antepasados, con su sabiduría, descubrieron que el metal era combustible. Podía emplearse para mantener en marcha el reactor, para cargar nuestras armas y llevar nuestro modo de vida tal y como es ahora. —Su rostro se oscureció—. Y así fue durante muchos siglos, según cuentan nuestras leyendas.

Dak'ir señaló las imágenes de la pared.

—¿Y éstas son vuestras leyendas?

—Al principio —reconoció Illiad, cambiando de táctica—. Scoria es un lugar hostil. Nuestra colonia es pequeña. Un elegido de cada generación tiene la obligación de relatar la historia de esa generación en un diario, aunque la mayoría de sus años de formación están tallados en estas paredes. Hace tiempo, esa labor recayó sobre mi abuelo, que después se la traspasó a su hijo, mi padre, que murió aplastado en un derrumbamiento.

Illiad se detuvo, como sopesando qué decir a continuación.

—Hace milenios, mis ancestros llegaron a Scoria después de que su nave, procedente de las estrellas, sufriese un accidente —afirmó—. No estábamos solos. Unos gigantes de armadura verde nos acompañaban. La mayoría de los que viven ahora no recuerdan quiénes eran. Los llaman los Ángeles de Fuego, porque se decía que nacieron del corazón de la montaña. Por eso Val'in se dirigió a vuestro guerrero de esta manera.

Dak'ir intercambió una mirada con Pyriel, y el bibliotecario respondió

abriendo ligeramente los ojos.

«Nacidos del Fuego», pensó.

Illiad prosiguió.

—Después de que se estrellasen mis ancestros, los Ángeles de Fuego intentaron regresar a las estrellas. Nuestra historia no desvela por qué. Pero su nave fue destruida y unas tormentas terribles sepultaron el planeta. Aquellos que decidieron cruzarlas en las lanzaderas más pequeñas de la nave nunca regresaron. El resto se quedó con nosotros.

—¿Y qué ocurrió con esos otros Ángeles de Fuego? —preguntó Dak'ir. El rostro de Illiad se tensó.

—Eran nuestros protectores —dijo escuetamente—. Hasta que llegó la roca negra y todo cambió. Ocurrió miles de años antes de que yo naciera. Criaturas brutales, como cerdos con colmillos, que disfrutaban con la guerra descendieron sobre Scoria con naves destartaladas, expulsadas de la roca negra. Eclipsó nuestro sol y, en la oscuridad que sobrevino, los cerdos llevaron a cabo su aterrizaje. Las historias mantienen que los Ángeles de Fuego los espantaron, pero pagaron un alto precio. Cada pocos años, los cerdos regresaban, y cada vez en mayor número. Cuando eso ocurría, los Ángeles de Fuego iban a por ellos y siempre volvían victoriosos, pero en menor número. Inevitablemente, fueron menguando, cayendo uno a uno hasta que el último se retiró al subsuelo con mis antepasados y allí se enclaustraron. El último Ángel de Fuego hizo el juramento de proteger a mis ancestros y transmitir su historia y la de sus guerreros si otros seres como ellos llegaban algún día a Scoria.

»Los años pasaron, y el destino de aquel último Ángel de Fuego se perdió en la historia. Los guerreros de más allá de las estrellas se convirtieron en un mero recuerdo… hasta hoy. Nunca más nos atrevimos a salir al exterior y la superficie de Scoria quedó inerte, habitada sólo por fantasmas. Los cerdos no volvieron. Algunos opinaban que era porque ya no tenían nada que buscar aquí.

La frente de Dak'ir se arrugó mientras escuchaba atentamente la historia de Illiad.

—¿Os quedasteis así… durante milenios?

—Hasta hace unos años, sí —respondió Illiad—. Las tormentas que habían asolado nuestro planeta desaparecieron, simplemente porque siguieron su curso. Poco después, llegaron los Hombres de Hierro. —La expresión de Illiad se torció

con este recuerdo.

—¿Hombres de Hierro? —preguntó Dak'ir, aunque creía que ya sabía a quién se refería Illiad.

—Llegaron de las estrellas, como vosotros. Como pensé que eran similares a los Ángeles de Fuego, lideré una delegación para salir a su encuentro. —Illiad hizo una pausa para coger aire, calmarse y ordenar sus pensamientos—. Por desgracia, me equivoqué. Se rieron de nuestras súplicas y nos apuntaron con sus armas. La mujer y el hijo de Akuma fueron asesinados en la masacre. Por eso desconfía tanto de vosotros. Él no ve la diferencia.

—Has dicho que lideraste una delegación, Illiad. ¿Cómo escapaste de los Hombres de Hierro? —preguntó Dak'ir, ávido por conocer todo lo que sabía Illiad de los Guerreros de Hierro y sus fuerzas, ya que no había ninguna duda de que fueron los hijos de Perturabo los que perpetraron la masacre.

Illiad agachó la cabeza.

—Me avergüenza decir que huí, igual que el resto. No nos persiguieron, y los que pudieron evitar sus disparos sobrevivieron. Después de aquello, los vigilamos a través de mirillas enterradas a mucha profundidad de la superficie.

Dak'ir recordó la sensación de sentirse observado que había percibido en el exterior del *Ira de Vulkan* y dio por sentado que debió de tratarse de Illiad o de alguno de sus hombres.

—Construyeron una fortaleza —continuó Illiad.

—Nuestros hermanos la vieron —dijo Dak'ir—, en las dunas de ceniza.

Illiad se humedeció los labios, como si así evitara que las palabras se le pegasen en la garganta.

—Al principio, mantuvimos la vigilancia durante el tiempo que tardaron en levantar las murallas y las torres —afirmó—. Pero los vigilantes comenzaron a comportarse de forma errática. Dos de ellos se suicidaron, así que decidí detener su labor.

—Tus hombres sucumbieron a la mancha del Caos —declaró Pyriel severamente.

Illiad pareció desconcertado.

—¿Y sabes qué hacen los Hombres de Hierro en la fortaleza? —preguntó Dak'ir en la pausa de la conversación.

—No —respondió Illiad con rotundidad—. Pero los volvimos a encontrar, en

esta ocasión en la mina de donde extraíamos el fyron. Nunca traspasamos la línea de sus centinelas, y aunque debían de saber que estábamos allí, no parecían interesados en matarnos.

La voz de Pyriel lo interrumpió.

—Han venido a por el mineral y perforan a mucha profundidad para conseguirlo —afirmó. El bibliotecario dirigió su gélida mirada al humano. Illiad, pese a su indiscutible presencia y valor, se echó hacia atrás al percibirla.

—¿Dónde está la mina? —preguntó Pyriel—. Debemos informar a nuestros hermanos.

—Puedo llevaros allí —respondió Illiad—, pero ése no es el motivo por el que os he traído hasta aquí. Las leyendas de los Ángeles de Fuego no son más que cuentos para relatar a nuestros niños y apaciguar a los ignorantes. La verdad sólo la sé yo. —Illiad se volvió hacia Dak'ir—. No eres el primer Ángel de Fuego que he visto. Hay otro viviendo entre nosotros.

Esto captó la atención de los Salamandras. Todos los pensamientos de la mina y de los Guerreros de Hierro parecieron tornarse insignificantes.

—El deber de grabar nuestra historia no fue lo único que me transmitió mi abuelo —afirmó Illiad. Se dirigió al fondo de la cámara. Dak'ir miró a Pyriel, pero los ojos del bibliotecario estaban clavados en el humano—. Esperad aquí —dijo entonces Illiad, mientras trabajaba en un panel polvoriento situado en la pared más lejana.

Dak'ir vio el leve resplandor de unos iconos que iban iluminándose a medida que Illiad los presionaba siguiendo una secuencia. Un profundo estruendo sobrecogió la cámara y, por un momento, el sargento Salamandra pensó que se trataba de otro temblor. Y así era, pero no uno de los originados por el frágil núcleo de Scoria, sino uno procedente de la pared lateral.

Dando unos pasos hacia atrás, los Salamandras vieron cómo surgía una línea en el metal, desprendiendo trocitos de suciedad al tiempo que se formaba un portal que se abrió con un silbido de presión. Una ráfaga de aire añejo y cargado salió de una cámara oscura que había más allá.

—Hasta que mi abuelo me enseñó este lugar pensaba que los Ángeles de Fuego no eran más que un mito. Pero sé que eran muy reales y que vivían bajo un nombre distinto —dijo Illiad acercándose a ellos—. Ahora, yo soy el viejo que transmite el legado de mis ancestros a vosotros, Salamandras de Vulkan.

El capellán Elysius nunca se había ensuciado los guanteletes durante un interrogatorio. Era meticuloso en ello hasta el punto de la obsesión. Era un astartes que sabía cómo infligir dolor; una agonía tan invasiva y corroyente que no dejaba marca alguna, salvo en la psique de la víctima.

Mientras observaba al herrero de guerra, algo maltrecho, a la media luz parpadeante de la celda, Tsu'gan creía que Elysius sería capaz incluso de arrancarle una confesión a uno de los corruptos.

Tras la breve disputa en la cámara de tortura y taller —Tsu'gan estaba convencido de que era una mezcla de ambas—, habían arrastrado por el suelo al herrero de guerra, semiinconsciente, y lo habían llevado a una celda abandonada en el piso de arriba. Y allí estaba ahora, cuando miró Tsu'gan, encadenado a un banco de hierro y sangrando por las heridas que le había ocasionado el sargento Salamandra.

Las herramientas que había solicitado el capellán incluían un par de interrogadores quirúrgicos que había guardado en los armarios de equipamiento del *Yunque de Fuego*. Las criaturas, servidores de tortura, habían despertado de su letargo metálico como hojas dentadas de cuchillos. Enjutos y grotescos, las mecadendritas de los interrogadores estaban formadas por una hilera de mecanismos desagradables llamados excruciadores, diseñados para infligir el máximo dolor. En parte, Elysius había fabricado los servidores él mismo; no en vano había cogido las reservas del Mechanicus y las había modificado para su propio beneficio.

—¿Es esta carnicería totalmente necesaria? —preguntó N'keln mirando desde las sombras.

Desde la batalla para tomar la fortaleza y la que por poco empezó la escuadra de Tsu'gan en las catacumbas, la credibilidad del hermano capitán había ido agotándose paulatinamente. Aunque ninguno hablaba abiertamente de ello, su desastroso liderazgo a las puertas de la fortaleza de hierro era visto, cada vez más, con ojos críticos. Tsu'gan sentía que el descontento crecía como una ola, mientras que su propio prestigio había aumentado considerablemente, sobre todo a los ojos del sargento veterano Praetor. El draco de fuego había elogiado en varias ocasiones al hermano sargento por su valor y estrategia. Sin duda, Tsu'gan había evitado más muertes y había restablecido la igualdad en la batalla.

—Puedo hacerlo hablar, hermano capitán —respondió Elysius. El capellán se echó atrás, dirigiendo a sus interrogadores quirúrgicos con maestría.

—Pero ¿le ha preguntado algo ya, hermano capellán? —dijo N’keln.

En un baño de sangre, al herrero de guerra le habían sacado el brazo biónico y lo habían desmontado. Le habían cortado el brazo derecho y le habían cauterizado la herida para que no cayera inconsciente por culpa de la pérdida de sangre. Tampoco iba a poder sacar una arma de su carne.

Despojado de su armadura corporal, las lesiones que le había provocado Tsu’gan eran evidentes: tenía una cantidad importante de verdugones y cardenales. Elysius había permitido que el Guerrero de Hierro se dejase puesto el casco, porque consideraba que nadie debía mirar a la cara de un traidor. Mejor que la escondiera, avergonzado.

—Estoy a punto de hacerlo —susurró el capellán, algo tenso por el escrutinio de su capitán. Después de que Elysius diera una orden subvocal, los interrogadores quirúrgicos se retiraron, cogieron sus espadas, sus alambres y sus antorchas. Una bocanada de hedor de carne quemada y cobre viejo llegó a Tsu’gan y al resto de los presentes, entre los que se encontraban el capitán N’keln y el hermano Iagon.

El número dos de Tsu’gan había pedido permiso para observar las técnicas del capellán. Como a N’keln, a la mayoría de miembros de la compañía, los métodos de Elysius les parecían desagradables, pero al mismo tiempo reconocían su necesidad. Por lo visto, Iagon no opinaba lo mismo, y como Tsu’gan no tenía motivo alguno para prohibírselo, dejó que el hermano de batalla se uniera al público.

La sombra del capellán Elysius cayó como un velo mortal sobre el traidor.

—¿Qué es lo que estabas construyendo en la cripta? —le preguntó.

Totalmente quemada, la cripta había vuelto a ser sellada según el análisis del tecnomarine Draedius. Ahora sólo le faltaba averiguar la naturaleza exacta del arma.

Algo maligno y diabólico acechaba en la oscuridad que había bajo sus pies. Tsu’gan lo había sentido desde que estaba allí abajo y no le apetecía volver a recordarlo. En más de una ocasión había luchado contra la urgencia de sacar el cuchillo y clavárselo a sí mismo. Sabía que, fuera cual fuera la presencia maligna que merodeaba en los pisos inferiores de la fortaleza, lo único que

pretendía era explotar su culpa interior y la manifestación de esa culpa en su masoquismo adictivo.

El Guerrero de Hierro se rio, rompiendo así el ensueño de Tsu'gan. Fue un sonido hueco y metálico que retumbó por la pequeña celda como campanada discordante.

—¿A ti que te ha parecido, perro faldero del falso Emperador?

Un pequeño gesto —el movimiento de un dedo de Elysius— hizo avanzar a uno de los interrogadores quirúrgicos. Ocurrió algo que quedó oculto tras el cuerpo del servidor, y el Guerrero de Hierro se estremeció y gruño.

—Otra vez —ordenó el capellán en voz baja. Hubo una pausa y el Guerrero de Hierro se estremeció por segunda vez. Le salía humo de la carne, pero Tsu'gan no alcanzaba a ver el punto exacto. El Guerrero de Hierro soltó otra carcajada.

Pero esta vez fue una carcajada de dolor, y cuando habló tenía la voz quebrada y aguda.

—Una arma… —Se oía como el aire entraba y salía de sus pulmones.

—Eso ya lo sabemos. —Elysius dio una tercera orden al interrogador quirúrgico.

—Un cañón sísmico… —respondió el Guerrero de Hierro entre jadeos.

Tsu'gan no tenía constancia de tal arma. ¿Habían adquirido esos renegados el conocimiento de una plantilla de construcción estándar aún por descubrir? Parecía imposible. Mientras seguía pensando en ello, el hermano sargento detectó otro leve movimiento del capellán. El interrogador quirúrgico se retiró.

—¿Cuánto tiempo lleváis en este mundo? —preguntó Elysius, alterando deliberadamente el rumbo de su interrogatorio para intentar desorientar al prisionero.

—Casi una década —contestó el Guerrero de Hierro con dificultad, como si su propio aliento le rascase la garganta.

—¿Por qué han muerto tus hermanos?

—¡Han muerto en combate, claro está! —Una ira repentina le dio fuerzas al Guerrero de Hierro, y por primera vez intentó deshacerse de las cadenas.

Los lazos de lealtad y hermandad seguían siendo fuertes incluso en los traidores, pensó Tsu'gan.

Elysius golpeó el pecho destrozado del Guerrero de Hierro con la palma de

la mano. Fue un golpe fuerte que sacó el aire de los pulmones al traidor y lo empotró contra el banco.

—¿Qué o quién, los mató? —preguntó el capellán, cuya paciencia se estaba agotando.

El Guerrero de Hierro se tomó unos segundos para recuperar el aliento.

—Aquellos que derrotaron a mis hermanos, volverán —vaticinó mientras sus lentes amarillas parpadeaban maliciosamente—. Muy pronto. Tan pronto que no podréis salvaros… —Un chasquido que aumentaba de velocidad y de volumen salió de su boca. El Guerrero de Hierro estaba riéndose de nuevo.

Elysius estaba a punto de enviar otra vez a los interrogadores quirúrgicos cuando el sargento Lok lo interrumpió. El veterano estaba al mando de las defensas exteriores y de la muralla y entró corriendo en la estancia.

—Capitán —dijo con severidad y el rostro consternado.

N’keln hizo un gesto para que continuase con su informe.

—El sol, mi señor —comenzó a explicar Lok.

—¿Qué pasa con el sol, sargento?

—Ha sido eclipsado parcialmente.

N’keln se quedó desconcertado.

—¿Qué es lo que lo eclipsa?

Tsu’gan sintió cómo una tensión renovada entró repentinamente en la celda. El tono de Lok indicaba que había visto algo que lo inquietaba. En un veterano de Ymgarl, una reacción de este tipo no era para tomarla a la ligera.

—Una roca negra del tamaño del sol —dijo—. Se están desprendiendo trozos de ella. Muchos trozos.

—Explicare, Lok —lo apremió N’keln—. ¿Son meteoritos?

—Se mueven de forma errática y a velocidades distintas. Hay más y más fragmentos a cada minuto que pasa.

N’keln frunció el ceño y cogió su bólter instintivamente. Todos sabían lo que iba a ocurrir a continuación.

—Sean lo que sean —continuó Lok—, se dirigen hacia Scoria.

—«Y con la oscuridad llegará un enjambre de guerra, y tras él el sol morirá» —recitó Elysius mirando a Lok.

Una carcajada irritante sonó tras él.

—Llegáis tarde —dijo el Guerrero de Hierro con voz ronca—. Vuestra

perdición ya está aquí…

Illiad se apartó del portal que acababa de abrirse y agachó la cabeza a modo de reverencia.

Era difícil ver el interior; la penumbra era espesa y una nube de polvo pendía del aire como un velo gris. Dak’ir sintió cómo su corazón principal parecía salírsele del pecho. No era porque estaba a punto de iniciar una batalla; el nerviosismo y algo parecido al miedo se habían apoderado de él cuando se encontró ante el umbral de la sala. Se volvió para mirar a Pyriel.

—Tú primero, hermano sargento —dijo. Un leve brillo cerúleo inundó sus ojos cuando utilizó su visión aumentada para cubrir más distancia en la semioscuridad.

Dak’ir murmuró una letanía a Vulkan y avanzó. Recorrió unos metros de la cámara y vio consolas de aspecto enmohecido y cubiertas de suciedad. Los cables colgaban del techo como zarcillos de una planta acuática desconocida. Apartándolos con movimientos suaves de la mano, Dak’ir pensaba que iban a herirlo. Todo su cuerpo parecía entumecido y electrificado al mismo tiempo. Los fuertes latidos de su corazón amortiguaban el eco producido por sus botas contra el suelo metálico. Apenas percibía la presencia de Pyriel tras él. El bibliotecario se mantenía a un metro de distancia e inspeccionaba el sucio entorno lenta y cautelosamente.

Era como descender a un sueño.

Finalmente, los cables colgantes dieron paso a una explanada metálica. Dak’ir reconoció el símbolo repujado que había en el centro. Pese a encontrarse erosionado y obviamente dañado por el accidente, se distinguía perfectamente el icono de los dracos de fuego.

Una escalera ascendía desde la explanada, y Dak’ir siguió su trayectoria con la mirada. Sus ojos se detuvieron en la cúspide, en un trono de mando y en la figura que había sentada en él.

Medio cubierta por las sombras, costaba ver los detalles, pero la armadura que portaba la figura era vieja y enorme.

Dak’ir alargó la mano sin darse cuenta. Su corazón dejó de latir durante un segundo, pero a él le parecieron minutos. Cuando habló, su voz no era más que

un débil susurro y sintió un impulso irremediable de arrodillarse.

—Primarca…



# NUEVE



# I
# ROCA NEGRA, MAREA VERDE

Tsu'gan se unió a Lok y a los demás junto a la muralla. El veterano sargento le prestó a N'keln un par de magnoculares y elevó la mirada hacia aquella forma oscura que copaba el cielo.

Una sombra, casi una penumbra, bañaba ahora Scoria, y los desiertos de ceniza parecían sobrenaturales con su brillo espeluznante. El sol prácticamente había desaparecido, era apenas una hoz menguante de luz amarilla que estaba siendo engullida por las fauces de algo negro y gigantesco. Reinaba una extraña sensación de calma y Tsu'gan volvió a sentir aquella preocupación en los confines de su mente, como si hubiese vuelto a los pisos inferiores.

Percibió el mismo temblor de inquietud en sus hermanos, que estaban junto a él en la muralla. Sólo el capellán Elysius se había quedado en la celda, ocupado con su prisionero. El resto había seguido a Lok hasta el exterior para presenciar la llegada de algo terrible.

Tsu'gan entornó los ojos.

—¿Qué es? —preguntó.

Unas astillas oscuras se desprendían sin cesar del objeto negro, que ocultaba cada vez más el sol, y formaban gradualmente una nube que apuntaba en dirección al planeta.

N'keln le dejó los magnoculares al sargento.

—Míralo tú mismo —respondió escuetamente.

Pese a que los magnoculares no poseían alcance suficiente para traspasar la atmósfera exterior del planeta, revelaron que aquella forma negra era un asteroide descomunal. Las astillas oscuras, como fragmentos de su cuerpo, eran en realidad naves. Era difícil distinguir los detalles, pero Tsu'gan logró diferenciar el diseño destartalado de la nave más cercana. Se movían rápidamente, soltaban columnas de humo negro y sus motores rugían. No había dudas acerca de la naturaleza del enemigo que se les aproximaba.

Tsu'gan frunció el ceño al bajar los magnoculares.

—Orkos.

La actividad se desencadenó tras la revelación de Tsu'gan. Al extrapolar el número exacto de pieles verdes que se aproximaban a ellos a bordo de las naves procedentes de la roca negra, N'keln había ordenado que volvieran a fortificar la fortaleza.

El tecnomarine Draedius comenzó a construir una puerta provisional que, más tarde, se reforzaría con el Land Raider y uno de los Rhino de la compañía. Todos los Salamandras fueron reunidos a la vez y los sargentos de escuadra lanzaron órdenes breves a sus soldados, que adoptaron posiciones defensivas a lo largo de la muralla. Algunos realizaron sus votos para la ocasión, murmurando letanías al tiempo que besaban iconos del martillo y la llama.

Pese a que las paredes estaban desconchadas y en distintos niveles de destrucción por la ofensiva anterior de los Salamandras, seguían siendo defendibles. Todas las armas automatizadas habían sido destruidas. Poco importaba. Pese a su pragmatismo, ningún Salamandra recurriría nunca a las armas de las legiones traidoras para su liberación. Por eso, N'keln ordenó a las tres escuadras de devastadores que ocupasen las dañadas torres de armas. Como había cuatro torres en total, la última fue adjudicada a Clovius y a su escuadra táctica por la naturaleza de su armamento. Las torres les proporcionaban un punto de ventaja útil, aunque era imposible obtener una visión de largo alcance

por culpa de la ubicación de la fortaleza en la cuenca de ceniza.

La escuadra de asalto del sargento Vargo, reducida en número, y los dracos de fuego del sargento veterano Praetor se quedaron tras la puerta del patio exterior como reservas. Los exterminadores eran demasiado corpulentos para subir las cortas escaleras que llevaban hasta las murallas, por lo que tuvieron que contentarse con su papel de guardianes de la torre del homenaje interior. Esto dejó a dos escuadras tácticas, las de los sargentos De'mas y Typhos, posicionadas a lo largo de la muralla con el capitán N'keln y dos de la Guardia Inferno, Shen'kar y Malicant. El portaestandarte de la compañía desplegó la bandera con orgullo dejándola ondear al viento. La última de las tropas de la muralla era una escuadra de combate liderada por el hermano de batalla S'tang. La otra mitad de la escuadra de combate operaba en el exterior de la fortaleza. Se encontraban escalando la colina que les permitiría ver mucho más allá de la llanura de ceniza e informar de los movimientos del enemigo a su hermano capitán.

Un viento árido levantaba la ceniza del desierto, impulsando remolinos arenosos que pintaban de gris mate las armaduras de los Salamandras. La visión a través de los magnoculares del hermano Tiberon era granulosa debido a la tormenta que estaba formándose, pero Tsu'gan veía el avance de los vehículos por el humo que levantaban y por la ceniza que se abría a su paso. La nube era inmensa y teñía el horizonte de un tono negro muy denso. El aire que llegaba con ella olía a petróleo, estiércol y sudor de bestias.

—Ahí debe de haber cientos de vehículos —dijo Lazarus, que estaba tumbado boca abajo a la derecha de su sargento.

—Más bien miles —lo corrigió Tsu'gan con un murmullo. Le devolvió los magnoculares a Tiberon, que se encontraba al otro lado.

—¿Nada nuevo? —le preguntó Tsu'gan a Iagon, que estaba en una posición algo más avanzada examinando su auspex. Lo había configurado en su banda máxima de ondas para que cubriese el área más extensa posible. Las señales que recogía eran intermitentes y confusas.

—Ninguna indicación precisa —informó a través del comunicador con voz tajante—. Podría tratarse de interferencias ambientales o que, simplemente, sean demasiados efectivos para que los calcule el dispositivo.

—Una reflexión que da que pensar —respondió Honorious, agachado justo

detrás de su sargento e intentando que la ceniza no se metiera por la boquilla de su lanzallamas.

Tsu'gan lo ignoró y miró de nuevo por encima de su hombro. Les había costado cerca de media hora recorrer la distancia que había entre la puerta de la fortaleza y la cima de la montaña, sobre un terreno desnivelado y a pie. Cargados con la servoarmadura y totalmente armados, Tsu'gan calculó que debían reservar al menos veinte minutos para el viaje de vuelta. Planeó minar parte de la montaña con todas las granadas de fragmentación que había llevado consigo. No ralentizaría mucho a los pieles verdes, pero les daría un golpe inesperado.

Sobre ellos, el sol amarillo se había convertido en una línea pálida y convexa. Con las condiciones de un eclipse de sol parcial, era difícil calcular la hora exacta del día. Según la estimación aproximada de Tsu'gan, debía de ser casi de noche. A juzgar por la velocidad a la que se aproximaba la nube de polvo, los orkos los alcanzarían en menos de una hora. Una hora después, el sol ya se habría puesto por completo y el desierto quedaría totalmente a oscuras. Decidió que conectaría algunas bengalas fotónicas y granadas cegadoras entre los reductos antes de volver tras las murallas de la fortaleza.

—No hay nada que hacer —dijo Tiberon, que interrumpió los pensamientos de Tsu'gan, mirando a través de los magnoculares—. Espero por Vulkan que Agatone no tenga que enfrentarse a una horda similar.

Las tropas que se quedaron vigilando el *Ira de Vulkan* no eran ni tan numerosas ni estaban tan bien protegidas como las de la fortaleza. Además, su trabajo se veía entorpecido por la gran cantidad de tripulantes heridos. Hacían de ellos y del crucero de combate un objetivo vulnerable. A Tsu'gan le habría gustado liderar un grupo de refuerzos para ayudar a sus hermanos, pero N'keln lo prohibió. Lo único que podían hacer era avisarlos de la llegada del enemigo. Era un pobre consuelo.

—Sean cuales sean los augurios que empleen los orkos, los llevarán hasta la nave siniestrada —respondió Tsu'gan a Tiberon—. Pero serán partidas de carroñeros en busca de objetivos fáciles. Los más grandes vendrán hacia aquí. Los orkos siempre van donde más pelea hay. Recordarán que les partieron los morros en la fortaleza y tendrán ganas de volver para ajustar cuentas. Aunque sea contra nosotros y no contra los traidores. —Se volvió para mirar directamente a Tiberon—. No te preocupes, hermano —añadió Tsu'gan con tono

agresivo—. Tendremos mucho que matar.

No era Vulkan el que estaba sentando en el trono que tenía ante sí.

Dak'ir se dio cuenta de ello cuando se acercó al Salamandra, que estaba recostado, después de subir medio tramo de escaleras. Pero el Nacido del Fuego que había allí era mayor, anciano más bien. Su armadura se remontaba a los días dorados de la Gran Cruzada, donde todos los marines espaciales habían sido hermanos de armas y la galaxia se preparaba para una nueva era de prosperidad y unidad. Ahora, aquellos sueños eran polvo, igual que la pátina que cubría al viejo Salamandra que Dak'ir tenía delante.

El venerable guerrero llevaba las marcas de la legión de un soldado. Su anticuada servoarmadura era de un verde más oscuro que la de Dak'ir. Era un diseño MK-V Herejía con hombreras tachonadas y grebas. El casco era similar y estaba junto a la bota del Salamandra; él mismo lo había dejado allí, pero nunca lo recogió.

Un resplandor tras Dak'ir, emitido físicamente por la mano de Pyriel, reveló la vieja y coriácea piel del Salamandra, su rostro curtido en la batalla y un pelo corto de color plateado. Sus ojos, donde en su día el fuego ardió con la furia de la guerra, estaban apagados pero aún con vida. No miraba en dirección a ellos; estaba de perfil. También parecía estar mirando algo que para ellos quedaba oculto por las columnas de separación del puente, ya que no había ninguna duda de que ésa era la parte de la nave en la que se encontraban en estos momentos.

Dak'ir se preguntó por un instante cuánto tiempo llevaría el Salamandra sentado en esa posición. Le pareció que el anciano había asumido una carga demasiado pesada.

Al llegar a lo alto de las escaleras, Dak'ir siguió la mirada del guerrero sentado y sintió un leve temblor de sorpresa.

La pared del puente estaba destrozada, seguramente por el accidente de la nave, y dejaba al descubierto otra cámara a través de la abertura desgarrada en el metal. Pese a que estaba a oscuras, el implante ocuglobular de Dak'ir utilizó toda la luz ambiental y distinguió una caverna natural. Dentro había varias hileras de armaduras astartes. Todas de Salamandras, aquellos caparazones de antiguos Nacidos del Fuego estaban organizados en hacinadas filas. Había cincuenta en

total, diez filas y cinco de profundidad. Las armaduras estaban vacías y se sostenían mediante marcos metálicos, de forma que parecían posar con orgullo en formación de desfile. Todas coincidían en estilo y edad con la antigua armadura de los Salamandras, y estaban abiertas y deterioradas.

Dak'ir notó que una o dos de ellas se habían caído hacia adelante debido a los rigores del tiempo o a los caprichos de la naturaleza. Vio un casco que yacía de lado junto a la bota de su propietario. También había una hombrera con agujeros de bala, abandonada a su suerte junto a la codera de otra armadura.

Al mirar de nuevo al viejo Salamandra, a Dak'ir lo inundó una sensación muy intensa de tristeza. Había observado a sus hermanos estoicamente durante milenios, vigilándolos hasta el día en que otro ocupase su puesto o hasta que no pudiese desempeñar más su labor.

—¿Cómo es posible? —dijo Dak'ir entre dientes, sin saber muy bien si el anciano Salamandra estaba lo bastante consciente como para percibir su presencia—. Si, tal como parece, esta nave es de Isstvan, debe de tener miles de años.

—Un hecho del que no podemos estar seguros —respondió Pyriel—. Es obvio que lleva aquí un tiempo. Pero no sabemos si ese período se extiende durante milenios. La armadura es antigua, pero aún hoy la llevan algunos del capítulo. La nave podría ser simplemente un recipiente expedicionario recuperado, reconstruido y reparado por el Adeptus Mechanicus.

Dak'ir miró al bibliotecario.

—¿Eso es lo que crees, Pyriel?

Pyriel le devolvió la mirada al sargento.

—No sé qué creer en estos momentos —admitió—. Las tormentas disformes pudieron haber afectado el paso del tiempo. Pero también es perfectamente posible que este Salamandra tenga muchísimos años, ya que uno de los beneficios de nuestro bajo ritmo metabólico es la longevidad. Esto nunca se ha comprobado, puesto que la mayoría de nuestros hermanos han perecido en la guerra o, si la muerte no se les ha presentado y la vejez les ha llegado primero, han deambulado por la llanura Scorian o han zarpado al mar Acerbian para encontrar la paz. Así lo estipula el culto prometeano.

Pyriel acercó un poco más la corona de fuego psíquico que tenía alrededor de la mano para obtener una mejor visión del viejo Salamandra. La luz se reflejó en

los ojos del guerrero, que eran de color azul cerúleo.

El viejo Salamandra pestañeó.

Dak'ir estuvo a punto de dar un paso involuntario hacia atrás, pero el susto inicial desapareció cuando el viejo Salamandra habló:

—Hermanos… —Su voz crujió como una tabla de madera, lo que parecía indicar que no había hablado durante mucho tiempo.

Dak'ir se acercó al viejo Salamandra.

—Soy el hermano sargento Hazon Dak'ir, de la 3.ª Compañía de los Salamandras —dijo antes de presentar al bibliotecario—. Llevas mucho tiempo en labores de vigilancia, hermano.

Dak'ir sabía que debía ser cauteloso. Si el viejo guerrero que tenían ante sí era de una época anterior a la Herejía, si era un superviviente de la Masacre del Desembarco, desconocería muchos de los cambios que se habían producido. Necesitaban respuestas, pero cualquier información innecesaria serviría únicamente para confundirlo en aquel momento.

—Hermano Gravius. —El anciano Salamandra se apagaba poco a poco—. Y sí —dijo de nuevo, como si recordase que le habían hecho una pregunta—, llevo muchos años aquí sentado.

—¿Cómo llegasteis hasta Scoria, hermano Gravius?

El venerable Salamandra hizo una pausa y frunció el ceño al repasar viejos recuerdos.

—Una tormenta… —comenzó a decir. Las palabras empezaron a fluir con más facilidad cuando recordó cómo articularlas—. Nos… retiramos de la batalla, nuestros enemigos nos perseguían… —El rostro de Gravius se endureció y escupió un gruñido de rabia—. Traidores… —dijo antes de que volviera a faltarle la lucidez y sus gestos se debilitaran.

—¿Fue desde Isstvan V, hermano? —preguntó Pyriel—. ¿Partisteis desde allí?

Gravius volvió a arrugar el rostro, intentando recordar.

—Veo… fragmentos —dijo—. Imágenes… inconexas en mi mente. —Parecía mirar a través de los dos Salamandras que tenía ante él.

Dak'ir pensó que Gravius miraba al espacio cuando éste levantó lentamente el brazo apoyado sobre el trono y señaló con un dedo. Dak'ir se volvió para ver que era lo que señalaba Gravius. Parecía un viejo imagovisor, una especie de

artilugio antiguo para grabar datos cubierto por la suciedad de milenios.

Tras intercambiar una mirada con Pyriel, el hermano sargento descendió las escaleras y se dirigió al visor de fotografias. Dak'ir sabía que muchas naves guardaban registros visuales para simulaciones de batalla o para hacer un seguimiento del progreso de una campaña para futuras referencias. Gravius había indicado que este dispositivo podía contener el registro de su nave y, con él, algunas pistas sobre su procedencia.

Pese a que estaba destrozada, Illiad y sus hombres habían llevado energía a algunas zonas de la nave. Dak'ir confiaba que aquélla fuese una de ellas. Pese a ello, no tenía ninguna confianza cuando activó el visor de fotografías y unas líneas de interferencia nebulosa aparecieron sobre la pantalla cubierta de polvo.

Dak'ir quitó la mayor parte de la suciedad con su guantelete justo cuando la imagen comenzó a verse con mejor resolución en el pequeño marco cuadrado. No tenía sonido; tal vez los emisores ya no funcionasen o quizá el audio no se había grabado junto con las imágenes. Era algo incierto.

Aunque la imagen era borrosa y la estropeaba una estática constante, Dak'ir vio el puente tal y como era antes del accidente. La escena era frenética. El fuego se había apoderado de algunas de las consolas operacionales —Dak'ir las miró ahora y vio vestigios calcinados bajo la chapa gris— y varios tripulantes yacían sobre la cubierta, presumiblemente muertos. Llevaban uniformes grises que guardaban una extraña similitud con el atuendo de Illiad y los colonos. La mayoría gritaba. Su pánico sordo y el terror que empezaban a mostrar sus rostros eran perturbadores.

Dak'ir también vio Salamandras. El trono estaba envuelto en sombras, pero el volumen de la armadura era evidente; los destellos del fuego y de las luces de alarma iluminaban lo suficiente como para que el hermano sargento lo dedujera. Varios astartes también estaban heridos. La imagen oscilaba violentamente, como si el mismo puente estuviese siendo sometido a una terrible sacudida. Nadie se dirigió a la grabación y Dak'ir supuso, con un nudo en el estómago, que el capitán de la nave habría ordenado continuar con ella para capturar sus últimos momentos y los de su tripulación. No confiaba en sobrevivir al accidente.

Se produjo un temblor más violento que el resto y la pantalla quedó en blanco. Dak'ir esperó a ver si había algo más, pero la grabación acababa ahí.

Un ambiente aciago se adueñó del puente en ruinas y anuló así la ilusión y optimismo que Dak'ir había sentido anteriormente. Otro temblor sacudió la cámara, hizo caer una hombrera contra el suelo con gran estruendo y sacó al hermano sargento de su oscura introspección.

Intercambió una mirada con Pyriel.

Si era cierto que los temblores presagiaban un cataclismo que amenazaba al propio planeta, como había predicho el bibliotecario, había que sacar de allí al hermano Gravius y los trajes de batalla, y tenía que ser ya. Tal vez, al regresar a Nocturne y con los consejos del señor del capítulo sobre Prometeo, podrían descubrir los secretos que guardaba la maltrecha mente de Gravius. Si habían enviado a los Salamandras para encontrar esto, su premio, tenían que hacer todo lo posible por recuperarlos intactos. Y no sólo eso, sino que Illiad y sus vecinos también debían ser rescatados. El registro de las últimas imágenes de la nave había corroborado la idea de Dak'ir de que los ancestros de los que había hablado Illiad eran, en efecto, la tripulación original y ellos sus descendientes.

La revelación era extraordinaria. Contra todo pronóstico habían perdurado en el tiempo, creando un microcosmos de la sociedad de Nocturne aquí, en el desventurado planeta de Scoria.

Las visiones que había experimentado Dak'ir, justo antes de que el movimiento tectónico revelase el abismo hacia el mundo subterráneo, retornaron a él. A un nivel extraño, prácticamente instintivo, le confirmaron que Scoria estaba condenado y que su desaparición estaba cada vez más próxima.

Sí, todo lo necesario lo proveerían las llamas de la destrucción inevitable del planeta. El único problema por resolver era el *Ira de Vulkan*, que estaba medio enterrado en el desierto de ceniza y no había modo de liberarlo. Si éste era el deseo del primarca, aparte de su profecía grabada en el Libro del Fuego, Dak'ir confiaba en que la salvación se presentase pronto.

La mirada del hermano sargento se dirigió a Gravius.

—¿Puedes levantarte, hermano? ¿Puedes caminar? —preguntó.

—No —respondió Gravius con pesar.

Pyriel puso la mano sobre la greba del venerable hermano y cerró los ojos. Los abrió un instante después. El brillo cerúleo aún resplandecía.

—Tiene la armadura completamente inmovilizada —dijo el bibliotecario—. Se ha fundido con el trono. Y también tiene los músculos atrofiados.

—¿Podernos moverlo?

—No, a menos que quieras romperle las extremidades en el intento —respondió Pyriel con severidad.

—Éste es mi puesto —dijo Gravius. El aliento le olía a lenta descomposición y a aire cerrado—. Mi deber. Debería haber muerto hace muchos años, hermanos. Si Scoria ha de expirar y convertirse en polvo en la inmensidad del universo, yo también.

Dak'ir hizo una pausa, como intentando pensar en vano otra solución. Al fin, cerró el puño en señal de frustración. Pyriel lo miraba pacientemente. El tono de su voz reveló su ira y frustración al bibliotecario.

—Volveremos a por las armaduras e informaremos de nuestros hallazgos al hermano sargento Agatone. Debemos estar preparados para cuando tengamos la oportunidad de salir de esta roca maldita.

Tsu'gan regresó a las almenas de la fortaleza de hierro justo a tiempo de ver cómo impactaban las primeras explosiones sobre los orkos.

Se produjo una serie de descargas violentas y grises ante el avance de los pieles verdes que lanzó por los aires a los soldados rasos y destrozó sus vehículos destartalados. De forma implacable, los orkos pasaron por encima de los cadáveres y del metal retorcido; la matanza sólo pareció aumentar su deseo de combatir.

A través de los magnoculares, Tsu'gan vio cómo varios de los pieles verdes se detuvieron para rematar a sus hermanos heridos y sacarles los colmillos o quitarles el equipo o las botas.

—Carroñeros asquerosos —exclamó mirando la enorme manada verde.

Maldecía para sus adentros el hecho de que sus fuerzas hubieran quedado divididas ante semejantes visitantes. Lo que hacía falta ahora era consolidación, no división. Aun así, no podían abandonar simplemente el *Ira de Vulkan* ni a su tripulación. Sin embargo, no podían enviar partidas de apoyo para el resto de sus hermanos; nadie podría atravesar la marea verde y salir vivo de ella.

Las criaturas atacaban en grupos sin coordinación que el hermano sargento comparó a aproximaciones desordenadas de batallones o secciones Cada turba estaba liderada por un jefe muy corpulento que, normalmente, llevaba un carro

de combate maltrecho, un buggy o un camión; todos de metal remendado, placas machacadas y componentes corrompidos sacados de vehículos enemigos. Tsu’gan supuso que las naves de las bestias, las que los habían traído hasta la superficie, habían aterrizado mucho más lejos de las dunas de ceniza y estaban fuera del alcance de los magnocular.

Al menos, las astillas que caían del cielo y que se separaban de la negra como granizo en forma de balas habían amainado.

Empezaron a surgir disputas intermitentes entre los orkos. Sus diminutos primos, criaturas crueles y larguiruchas conocidas como gretchins, se mantenían en la periferia de estas peleas, esperando las sobras, una oportunidad para profanar a los vencidos o, simplemente, para silbar y rebuznar para que continuase la carnicería. A menudo, utilizaban a estos pieles verdes de menor tamaño durante las reyertas indiscriminadas, y aparentemente aleatorias, en lugar de palos para aporrear a sus enemigos, con sangrientas consecuencias para ambos.

Los orkos eran una raza de xenos que vivía exclusivamente para pelear. Su comportamiento era, en gran medida, inescrutable para el Imperio, ya que aquellas criaturas no poseían un método discernible que ningún tacticus logi o adeptus strategio pudiera clasificar. Sin embargo, la predisposición de los alienígenas para la batalla era evidente en su musculatura y su constitución. De cuello robusto, con una piel tan dura como un chaleco antibalas, eran bestias difíciles de aniquilar. De espalda ancha, huesos fuertes y cráneo aún más fuerte) eran tan altos como un astartes con servoarmadura, y también los igualaban en fuerza y agresividad sin límites. El único punto débil de los orkos era la disciplina, pero no había nada que centrase tanto la mente de un piel verde como la posibilidad de luchar contra un enemigo tan duro como los marines espaciales.

A juzgar por la masa total de criaturas verdes que se les aproximaba, Tsu’gan sabía que iba a ser una batalla difícil de ganar.

«Disciplina y lealtad —reconsideró Tsu’gan. Los pieles verdes no conocían la lealtad; no tenían un sentido del deber que los guiara—. Sí, lealtad, ahí está nuestra baza, ésa es nuestra…»

Sus pensamientos se vieron interrumpidos.

—¿Cuántos son? —preguntó el hermano Tiberon.

Desde que habían retrocedido de manera ordenada ante el avance de los

pieles verdes, sus efectivos habían aumentado. Tsu'gan había transmitido sus estimaciones más aproximadas a las fuerzas de la fortaleza de hierro, pero sospechaba que ahora eran conservadoras a más no poder.

El hermano sargento y la escuadra de combate se habían reunido con el resto de sus hermanos de batalla en la muralla, dos secciones más abajo de donde estaban posicionados N'keln y su séquito. Iagon interceptó la mirada errante de Tsu'gan cuando éste apartó los magnoculares para observar a su hermano capitán.

«Esta batalla lo forjará o lo hará venirse abajo». Ése fue el intercambio silencioso que hubo entre ellos.

El hermano Lazarus pareció percibir las vibraciones entre Iagon y su hermano sargento. Todos los miembros de la escuadra de Tsu'gan compartían el deseo de su líder de que N'keln no continuase al frente de la 3.ª Compañía.

«No es deslealtad —se dijo Tsu'gan a sí mismo, todavía alterado por sus pensamientos previos—. Es deber. Por el futuro de la compañía y del capítulo».

—Si flaquea —dijo Lazarus en voz baja—, Praetor tomará cartas en el asunto. No tengas ninguna duda.

«Entonces el camino quedará despejado para otro…».

Era casi como si Tsu'gan pudiese leerle el pensamiento a Iagon en la expresión de su rostro.

Tsu'gan tenía el casco enganchado magnéticamente a su arnés, porque prefería sentir el viento creciente y oír los gruñidos bestiales de los pieles-verdes sin que los distorsionase la resonancia de su armadura. Entornó los ojos como para intentar comprender el comportamiento de su capitán.

—Que lo juzguen los fuegos de la batalla —dijo finalmente—. Ése es el modo prometeano.

Tsu'gan se volvió hacia Tiberon. El volumen de los profundos alaridos de los pieles verdes subía a cada segundo.

—Ahora hay miles, hermano —respondió en referencia a la pregunta anterior de Tiberon—. Más de los que pueden ver mis ojos.

Los orkos se detuvieron en la barrera del humo de las granadas ocultas, que empezaba a disiparse. La noche caía sobre el desierto de ceniza, tal y como Tsu'gan había predicho. Las luchas internas de los pieles verdes cesaron de forma abrupta. Ahora estaban decididos a matar, a destruir a los Salamandras.

En la decadencia de la luz, los orkos comenzaron a posicionarse y a dejarse llevar por el frenesí de la guerra.

Los jefes alzaron las barbillas, orgullosos, que eran como losas de piedra verde. Su piel era más oscura que la de los demás y estaba cubierta de cicatrices, igual que la de sus guardaespaldas, que vagaban a su alrededor protegiéndolos. Normalmente, cuanto más oscura era la piel de un orko, más grande, más viejo y más dominante era. Independientemente de su brutal jerarquía, los orkos empezaron a golpearse el peto de la armadura, haciendo chocar los planos de sus cuchillas y hachas contra sus escamas, cadenas y protecciones. Voceaban y bramaban y descargaban sus ruidosas armas al aire, creando una nube de humo rancio a causa de la pólvora de mala calidad.

Tsu'gan notaba cómo iba creciendo la energía de las criaturas. No era psíquico como Pyriel, pero sí que reconocía la resonancia de sus efectos. Los orkos generaban esta energía cuando formaban grandes grupos, y se magnificaba en la batalla. Esto hizo que al Salamandra le comenzase a picar la piel, le chirriasen los dientes y sintiera tensión en la nuca. Tsu'gan se puso el casco. El tiempo para empaparse del ambiente de la inminente batalla había llegado a su fin.

Los orkos comenzaron a aullar al unísono y Tsu'gan sintió que el final del ritual salvaje estaba cerca. Pese a que su lengua monstruosa era virtualmente ininteligible, el hermano sargento era capaz de distinguir el significado en sus ordinarios bramidos.

—¡EL JEFE! ¡EL JEFE! ¡EL JEFE!

Empezaron a descender remolinos de cenizas de la montaña como si huyeran, trastornados por el paso de algo inmenso e indomable.

De entre las filas verdes surgió un orko gigantesco. Se abrió paso a golpes hasta la vanguardia del grupo y aporreó a todos los pieles verdes que osaron interponerse en su camino con un puño de combate al que seguía un rayo negro. Al contrario que los puños de combate de los astartes, el artilugio de los orkos era similar a una gran garra blindada con pinzas abiertas en lugar de dedos. No se trataba únicamente de una arma mortal que podía acabar con cualquier piel verde de un solo golpe, sino que también era señal de prestigio, tan válido como cualquier insignia de rango u honor del capítulo que pudiese portar un marine espacial.

La bestia llevaba un casco con cuernos y una cortina de cota de malla que le colgaba por detrás y por los lados. Su armadura tenía el aspecto de una especie de amalgama de caparazón de malla, pintada con glifos y tatuajes tribales, aunque Tsu'gan creyó ver serios de energía en la panoplia protectora del orko. Sus botas eran gruesas y negras, cubiertas de la ceniza que se acumulaba en los nervios de acero de las grebas metálicas. De su cuello colgaban trofeos truculentos como si de joyería macabra se tratara: cráneos blanqueados, huesos roídos y cascos abollados. Unas protecciones oscuras de hierro le cubrían una musculosa muñeca y el brazo; en el otro llevaba una garra de combate. Un cinturón grueso ceñía el gran contorno del orko, que además llevaba una pistola enorme y una hacha sierra dentada.

Sus ojos minúsculos, despiadados y rojos, sólo mostraban la amenaza y la promesa de violencia.

Tsu'gan sintió cómo su rostro se tensaba y frunció el ceño. Le encantaría someter a la bestia en ese aspecto.

—¡WAAARRRGH JEFE!

—La bestia proclama su dominio. —La voz del hermano Lazaras mostró un tono burlón al presenciar la escena.

—No —lo corrigió Tsu'gan—, es una llamada a la guerra y la sangre.



# II

# El Último Reducto

Las bengalas fotónicas ardían en la noche, que cada vez era más densa, como faros abandonados en un mar negro. Proyectaban una luz rojiza sobre la lenta marcha de los orkos, a los que tintaba del color de la sangre. Las detonaciones de magnesio se sucedían, al tiempo que explotaban las granadas ocultas que habían colocado Tsu'gan y su escuadra de combate. Los orkos aullaban y gritaban de dolor, y los ojos se les llenaban de una luz violenta y rabiosa. Los más cercanos tropezaban con sus hermanos, otros morían a manos de sus beligerantes primos, y otros atacaban y mataban a todos los pieles verdes que encontraban a su paso en una agonía salvaje.

El trastorno que les causaban era mínimo. Muchos orkos, al contemplar los efectos de las granadas ocultas, sacaron sus gafas de cristales abombados o simplemente se cubrieron los ojos con sus manos robustas.

La confusión no era el único propósito del banco de bengalas. Los Salamandras utilizaban el brillo a modo de reflector. Identificaban a los líderes de clan de los orkos gracias a las explosiones luminosas y los ejecutaban con disparos precisos de bólter. Se producían disputas internas hasta que otro orko

establecía su dominio, pero esto otorgaba más tiempo a los bólters pesados para aumentar su cuota sanguinaria. Los cañones de fusión y los lanzamisiles apuntaban y destrozaban los vehículos de los líderes, levantando montañas ardientes ante aquellos que iban en fila tras ellos. Los camiones y los buggies quedaban reducidos a escombros de metal retorcido, y los tripulantes, aturdidos, que intentaban salir a rastras de los vehículos siniestrados, morían por los disparos.

Los pieles verdes respondían a su manera. Disparaban fuego aleatorio desde sus armas de largo alcance, pero sin efecto alguno, salvo que astillaban la roca o levantaban nubes de ceniza. Los orkos no estaban hechos para disparar y sus esfuerzos eran poco entusiastas. Lo hacían más por el ruido de sus armas, el estruendo y el olor a pólvora que por matar a nadie. Los orkos preferían luchar cuerpo a cuerpo y así poder oler la sangre y el miedo.

«De nosotros apenas encontrarán algo de lo primero y nada de lo segundo», pensó Tsu'gan.

Los orkos ya estaban más cerca y el hermano sargento sabía que la orden de descargar la tormenta de fuego también se aproximaba. La estática crepitante en su oído a través del comunicador dio paso a la voz del capitán N'keln, y Tsu'gan comprendió que la orden estaba de camino.

Los Salamandras eran pragmáticos, no les gustaba utilizar discursos grandilocuentes ni retórica enardecedora como a algunos de sus primos lejanos, los Ultramarines por ejemplo. Esto hizo que, en comparación, el discurso de N'keln pareciese épico.

—Hijos de Vulkan, Nacidos del Fuego, éste es nuestro último reducto. No hay más líneas tras esta muralla, no hay más puertas que defender ni fortaleza que guarnecer. Esto es todo. Sólo tengo una proclama: ¡No pasarán! —Hizo hincapié en cada una de sus palabras—. ¡A los fuegos de la batalla! —gritó N'keln, y su voz se convirtió en la de muchos.

—¡Hacia el yunque de la guerra! —exclamaron los Salamandras a coro.

—Dejad que se acerquen —dijo Tsu'gan a su escuadra. Entre las almenas, los sargentos preparaban a sus tropas a la estela del discurso del capitán.

Al mirar por el objetivo de su bólter, Tsu'gan sintió una presencia tras él y se volvió para ver cómo Elysius aparecía en su sección de la muralla.

—Te has perdido el inicio de la batalla, hermano —dijo Tsu'gan

irónicamente.

El capellán resopló con ironía.

—Querrás decir que me he perdido el parlamento, hermano sargento.

Por su tono, era difícil saber si Elysius hablaba o no en serio. Tsu'gan sabría más adelante si había tomado en broma su frívolo comentario.

—«Los xenos son una mancha en la galaxia —dijo el capellán, dando un timbre fanático a su voz al tiempo que la bajaba—. ¡Que ardan en los fuegos del castigo!»

Con los ojos cargados de odio, Elysius encendió su crozius y apuntó en dirección a la avalancha.

Tsu'gan volvió a mirar por el objetivo.

—¡Fuego!

Fue como si todos los sargentos estuviesen sincronizados de alguna manera o unidos por empatía, ya que las armas dispararon desde la muralla al unísono. Una secuencia de destellos recorrió las almenas de la fortaleza de hierro como una oleada de violencia, y el ruido resultante fue atronador.

Los pieles verdes fueron desgarrados por la brutal salva de bólters, y las explosiones provocaron el caos incluso en criaturas tan fuertes como los orkos. Arengados por las amenazas y los gritos de sus capitanes, las bestias resistieron, avanzando implacablemente sobre los restos destrozados de sus parientes y sin remordimientos. Algunos huyeron —aquellos que habían perdido el valor o a sus capitanes por culpa del fuego enemigo—, y fueron apuñalados sin piedad con cuchillas o hachas al llegar a la línea de bestias verdes que estaba dispuesta en la cumbre de la montaña. Porque esto sólo era la primera oleada.

—Carne de bólter —gruñó Tiberon por el comunicador. Era difícil hacerse oír entre el clamor de los disparos, aunque el capellán Elysius lo consiguió con sus diatribas mordaces y xenófobas. Las pistolas y los lanzallamas todavía estaban fuera de alcance, ya que los orkos aún estaban lejos, así que dirigió cada una de sus palabras cáusticas como balas dispuestas a matar.

El costado del casco de Tsu'gan se iluminó cuando el hermano M'lek disparó su cañón de fusión. El hambriento rayo abrió un boquete en uno de los camiones de los orkos, impactó en el motor y lo convirtió en una bola de fuego blanca que engulló a varias unidades que marchaban a pie junto a él.

El hermano sargento hizo una pausa para elogiar la puntería de M'lek antes

de dirigirse a Tiberon.

—Por eso debemos reducirlos, hermano, y mantener nuestra fuerza para el inminente combate.

Tsu'gan acribilló al guardaespaldas armado de uno de los jefes, convirtiendo su cráneo en fragmentos de hueso y vapor rojo cuando los proyectiles del bólter le entraron por el ojo y lo reventaron. Sólo distinguió a un líder de batalla entre la multitud, y a juzgar por las marcas de clan de los pieles verdes que iban hacia él, debía tratarse de su tribu. Tal vez, el kaudillo armado con una garra que se encontraba en la montaña estaba dejando a sus subordinados que hicieran turnos para intentar abrir la fortaleza de hierro.

—Que entren. —Tsu'gan lanzó su desafío con agresividad. Volvió a apuntar y ejecutó al propio jefe, que se había acercado demasiado a la fortaleza—. Los mataré con mis propias manos —concluyó con severidad.

Con la muerte de su líder tribal, los orkos flaquearon. Se había materializado un campo de muerte en la tierra desierta que había ante la muralla; los pieles verdes de la primera oleada, pese a sus esfuerzos, habían sido incapaces de acercarse lo suficiente como para lanzar un asalto amenazador sobre ella.

Al ver esto, el kaudillo que estaba en la cima de la montaña gritó de rabia. Con un gesto de su musculoso brazo envió a las demás tribus hacia adelante, una detrás de otra. Miles de orkos cargaron contra los Salamandras. Los jefes tribales silbaban y bramaban, deseosos de que sus clanes fuesen los primeros en alcanzar al enemigo. La oleada de las voces brutales de los pieles verdes se convirtió en un clamor.

Tsu'gan volvió a sentir el martilleo insistente en la parte trasera de la cabeza, la misma sensación que tenía en el túnel bajo la sala de hierro. Volvió a sentir el metal frío de la boca del bólter contra su frente. La energía psíquica de los orkos aumentaba. Quizá alimentase de alguna manera aquello que merodeaba en la oscuridad que se abría bajo la fortaleza.

La voz de Elysius respondió a ello y volvió a convertirse en el anda que mantuvo a los Salamandras con los pies en el suelo. Los orkos habían sobrepasado ya la zona de la matanza y se preparaban para un primer asalto contra la muralla. El capellán utilizó el ladrido de su pistola bólter para puntuar sus sermones cargados de rencor, mientras los lanzallamas escupían furia de promethium por todas las almenas.

—¡Purificar y quemar! —bramó Honorious cuando su placa facial quedó iluminada por el destello feroz de su arma.

Pese a la adquisición estratégica de objetivos de los marines espaciales y sus tácticas de buscar el enfrentamiento, la masa de pieles verdes hacía inevitable la batalla cuerpo a cuerpo. Algo que beneficiaba a los Salamandras.

—Aquí es donde se pone a prueba vuestra entereza —gritó N'keln, cuya voz era tan clara como una lanza plateada a la luz del sol y resonó a través del comunicador—. ¡Sed el yunque, convertíos en el martillo! —El efecto fue galvanizador.

—Juzgados en los fuegos de la batalla… —recalcó Lazarus con genuina admiración.

Iagon se quedó en silencio, concentrado en aniquilar a los orkos que se acercaban con disparos certeros de su bólter.

—Aguantadlos ahí —gruñó Tsu'gan, motivando a su escuadra del mismo modo que sabía que harían sus hermanos sargentos—. Sabíamos que este momento iba a llegar —añadió cuando la primera remesa de orkos chocó y arremetió contra las almenas. Voló por los aires la gruesa cadena que colgaba de ella para que la avanzadilla titubease antes de que él empezara a disparar. Los pieles verdes a los que no veía y que habían comenzado a subir por la cadena, ahora rota, emitieron gritos sordos y murieron al caer, a lo que Tsu'gan respondió con una sonrisa tras su casco de batalla.

La siguieron tres avanzadillas más. El hermano S'tang se ocupó de una antes de que otras cinco chocaran contra las almenas con toda su fuerza.

El hermano Catus cortó por error una cadena con su filoarma antes de inclinarse hacia adelante para ametrallar con su bólter a los orkos que había más abajo. Se echó hacia atrás con una cuchilla clavada entre el cuello y la clavícula. S'tang lo arrastró a un lado y le disparó en el cráneo al primer orko que se atrevió a asomar la cabeza por el borde de piedra de la muralla.

Tras él, emergieron más rostros monstruosos de pieles verdes. Unidos a unos cuerpos brutales con cuchillas y espadas de sierra dentadas.

El capellán Elysius aplastó el cerebro de uno de los orkos con su crozius. La electricidad aún fluía a través de su maltrecha armadura cuando cayó hacia atrás sobre la multitud de guerreros que había más abajo, momento en el que el capellán descargó su pistola bólter sobre las fauces de un segundo y redujo su

cabeza a carne picada. Una neblina rojiza salpicó su visera facial empapándolo en sangre. Pese a lo mortífero que era, Elysius no podía matarlos a todos.

—¡Honorious! —gritó Tsu’gan.

El hermano de batalla dejó de arrojar chorros de promethium por la muralla con su lanzallamas y lanzó una llamarada abrasadora sobre los pieles verdes que intentaban desbordar al capellán.

—¡Arded en el fuego de la perdición, xenos! —exclamó Elysius al tiempo que los orkos se consumían y caían sobre la multitud aglutinada a los pies de la muralla.

Tsu’gan se limpió un rastro de sangre del visor y se detuvo un instante para observar la situación de la batalla. Se habían desatado escaramuzas esporádicas a lo largo de toda la muralla. Las escuadras tácticas se llevaban la peor parte de los ataques, pero permitían a los devastadores, situados en las torres más altas e inaccesibles, continuar con la matanza de la gran manada que iba creciendo como una ola verde en la cuenca de ceniza.

Muchos sargentos habían dividido a sus guerreros en escuadras de combate; por una parte los que luchaban cuerpo a cuerpo o hacían retroceder las avanzadillas, y por otra los que disparaban desde lejos.

En los escasos segundos de análisis que se permitió, Tsu’gan también se dio cuenta de que algunos vehículos de los orkos corrían de manera suicida hacia las murallas. Vio cómo un carro voluminoso, adornado con chapas y rebosante de orkos, embestía de frente contra la fortaleza. Sometido a los disparos de los bólters pesados y de los cañones de fusión, el carro se convirtió en un amasijo de hierros, pero los pieles verdes escalaron su púlpito en forma de torre y utilizaron los restos para subir a las almenas. Los misiles zumbaban por encima de sus cabezas, rayos ardientes que rompían la noche y aniquilaban a los orkos que corrían hacia el suicidio antes incluso de que se acercasen, pero no podían detenerlos a todos.

Un impacto contra la parte inferior de su sección casi hizo perder el equilibrio a Tsu’gan. El temblor sacudió el metal y la roca. Una onda expansiva de calor pasó por encima del sargento y su escuadra cuando el vehículo que había chocado contra la muralla se incendió y explotó. Unos segundos más tarde, empezaron a oírse los arañazos y los golpes metálicos de los orkos al escalar la improvisada torre de sitio.

—¡Granadas! —ordenó Tsu'gan, consciente de que estaba fuera, pero que media escuadra lo ayudaría.

Las granadas de fragmentación cayeron alrededor de la carcasa destrozada del vehículo, hecha añicos y en llamas contra la muralla, y explotaron en una serie de percusiones apagadas. Los arañazos y los golpes cesaron.

—¡Gloria a Prometeo! —gritó exultante por esta pequeña victoria.

A continuación, vio cómo la fuerza enemiga se acercaba a la puerta del tecnomarine Draedius.

Un grupo de orkos armados hasta los dientes avanzó entre disparos hacia el único acceso a la fortaleza.

Había algo moviéndose entre los grandes cuerpos de los orkos. Tsu'gan vio brillar algo metálico, un objeto esférico embadurnado con iconografía irregular, similar a una mina…

—Concentrad el fue…

Se produjo una explosión violenta en la puerta de abajo que interrumpió al sargento antes de que completase la orden de intentar detenerla. Los Salamandras que ocupaban la sección de la muralla que se encontraba justo arriba saltaron por los aires. Con el rabillo del ojo, a Tsu'gan le pareció ver que Shen'kar se caía de la almena. Su visión quedó empañada por una columna de humo y los escombros de la explosión, así que no podía estar seguro. El hermano Malicant tropezó y el estandarte de la compañía cayó. Sólo el capitán N'keln se mantuvo en pie, y salvó la bandera de las llamas arrasadoras que trepaban a toda velocidad por la muralla y lanzaban lenguas de fuego que devoraban todo lo que tocaban.

—Bombarderos —dijo Tiberon, aturdido. La escuadra había encajado la onda expansiva como toda la fuerza de un golpe de martillo—. Deben de haber roto la puerta…

Los pieles verdes que se arremolinaban en la nube de polvo procedente de la puerta confirmaron la teoría de Tiberon. Los Salamandras, que seguían vigilando a su enemigo en la oscuridad, intentaban mantener a raya a la fuerza de asaltó de los orkos que, aparentemente, había surgido de la nada. Los comandos de los orkos devolvieron el fuego y Tsu'gan vio cómo caía otro de sus hermanos; un disparo afortunado le atravesó la gorguera, dejándolo fuera de combate.

Los brutos con blindaje pesado también regresaron, ocultos tras el humo gris

y las cenizas que envolvían ahora el campo de batalla. A través de la espesa cortina podía oírse un estruendo gutural producido por las revoluciones de las cuchillas sierra, anónimo y amenazante.

Los orkos convergieron en la puerta y el hermano sargento fue incapaz de resistir. Maldijo su posición en la muralla y ardía en deseos de estar en el fragor de la batalla. Una llamarada, cuyo rugido fue tan fuerte que eclipsó el traqueteo de las espadas mecánicas, atravesó el humo y la oscuridad, devorando al grupo asaltante con hambre voraz.

El *Yunque de Fuego* había descargado sus cañones tormenta infernal y los orkos saborearon la furia del Land Raider Redentor. Aullando de rabia y dolor, los pieles verdes retrocedieron. Los cuerpos en llamas tropezaban en la puerta derruida antes de hincar las rodillas y desplomarse formando montones carbonizados sobre el suelo. Ningún Salamandra los remará; dejaron que se quemaran hasta el final.

Tres ráfagas consecutivas y la conflagración remitió, dejando tierra abrasada, ribeteada por el fuego, tras ella.

—¡En el nombre de Vulkan y por la gloria del capítulo! —El timbre estentóreo de Praetor tronó por el comunicador como una onda expansiva. Los dracos de fuego habían rellenado la brecha.

—¡En el nombre de Vulkan! —repitió N'keln, erguido entre las últimas llamas que envolvían las almenas que tenía ante sí. El hermano Malicant había caído, pero el capitán alzó el estandarte de la compañía en su lugar. El draco se movía y gruñía al viento como si hubiese cobrado vida en la tela sagrada. Sus bordes estaban quemados y ennegrecidos, algo que no hacía más que realzar su aspecto beligerante. N'keln se convirtió en una almenara, forjado por fin como acero sobre el yunque de guerra.

—¡Ninguno pasará! —bramó, y el draco de fuego del estandarte pareció bramar con él.

Se dibujó una sonrisa en los labios de Tsu'gan.

Los orkos estaban condenados.

A la desesperada, el último de los jefes tribales había asaltado la muralla desde lo alto de una de las torres formadas con los carros destruidos y apilados. Llegó hasta las almenas, ensangrentado pero entero.

Elysius, que acababa de despachar a uno de sus enemigos con su pistola

bólter, embistió con su crozius el nauseabundo pecho de la bestia cuando apareció. El orko gruñó, y el capellán sólo tuvo que asestarle un cabezazo con su casco de batalla, destrozándole un colmillo y después partiéndole el otro con un golpe salvaje de la pistola aún humeante. Lanzó el arma a un lado, agarró al jefe moribundo con su guantelete, con la otra mano sujetaba con fuerza el puño del crozius chisporroteante, y levantó al orko del suelo.

En una increíble demostración de fuerza, o de fe, Elysius elevó al orko, que se retorcía, por encima de su cabeza y lo lanzó, gritando, contra el lejano suelo.

—¡Yo te expulso, abominación!

Unido a la furia del *Yunque de Fuego* y a la ira de los exterminadores de Praetor, el golpe resultó decisivo.

Los orkos huyeron en masa, atravesaron de nuevo el campo de batalla y subieron la montaña.

A su kaudillo no le gustó su capitulación. Todos los pieles verdes que huyeron fueron asesinados por los que aún quedaban.

Se produjo un extraño paréntesis, acentuado por una pulsación profunda que Tsu'gan sintió en la parte trasera de la cabeza, como si el Salamandra pudiese percibir la ira del kaudillo orko. La furia de la bestia era tan potente que se había manifestado físicamente, un pulso distintivo en el excedente psíquico natural de los pieles verdes.

En ausencia de batalla, regresó la desesperación anterior. Tsu'gan se tambaleó hacia adelante para agarrarse al borde de la almena y no caerse.

—¿Señor? —dijo Iagon, dirigiéndose hacia su sargento.

Tsu'gan levantó la mano para indicar que se encontraba bien. Agarró el bólter para tranquilizarse. La culpa inundó su cuerpo de forma penetrante como un cáncer, y echó en falta la vara del sacerdote marcador y el dolor que aliviaba las molestias que sentía por dentro.

—El mal está aquí… —se oyó decir a sí mismo en un leve susurro.

Estaba despegándose de las piedras. En su delirio, Tsu'gan casi imaginó que podía verlo: una bruma fina y retrospectiva de negrura total.

—Permaneced unidos, hermanos. Y acabaremos con el enemigo.

Los torvos efectos de la fortaleza de hierro remitieron. No era lo suficientemente fuerte como para superar el fervor del capellán. Tsu'gan volvió a erguirse, apretando los dientes.

—Acabemos con esto.

El kaudillo gritó, reafirmando su dominio. Los orkos volvieron al ataque.

Dak'ir emergió del abismo y entró en un mundo distinto al que había dejado previamente. Una oscuridad sobrenatural cubría ahora las dunas de ceniza. Una forma oscura, similar a una luna o a un planetoide, ocultaba el cuerpo celestial que debía reinar en el cielo nocturno de Scoria. Debía de tratarse de la piedra roca de la que había hablado Illiad; la portadora de los orkos. Su órbita la había acercado lo suficiente al mundo de ceniza como para que los pieles verdes lanzasen su ataque. Dak'ir sabía que, conforme pasara el tiempo, se iría acercando aún más.

Aquel extraño entorno también trajo más sensaciones con él: el sonido y el olor de la batalla. El casco del *Ira de Vulkan*, que seguía siendo tan alto como una torre de defensa de un bastión imperial pese a estar parcialmente enterrado en el desierto, tapaba la vista de Dak'ir, pero aun así podía ver un cálido brillo naranja que teñía el cielo ya oscuro. Había algo sereno y hermoso en ello, a pesar de las distantes cadenas de explosiones y el olor a humo y promethium transportado por una brisa cálida.

El comunicador de su casco crepitó, como un aliento que revive a un cadáver, y oyó la voz del hermano sargento Agatone.

—Haz acopio de fuerzas, hermano —dijo escuetamente. Era evidente que estaba molesto de que hubiesen estado tanto tiempo fuera de contacto por el comunicador. El mensaje llegó poco después—: Estamos a punto de sufrir un ataque.

Dak'ir no lo cuestionó en absoluto. Es más, corrió alrededor de la proa semienterrada del *Ira de Vulkan* y subió a la cima de una pequeña duna. Lo que vio desde allí aceleró su corazón hasta prepararlo para el combate.

—Pyriel —dijo Dak'ir. El bibliotecario había salido justo detrás del sargento y lo había seguido hasta lo alto de la duna—. Cuando dijiste que no había océanos en Scoria…

Ante sus ojos, aún distante pero aproximándose, se extendía un océano verde beligerante y en ebullición.

—Me equivoqué —respondió Pyriel sencillamente.

La voz de Illiad interfirió.

—Cerdos colmilludos… —dijo con voz ronca.

El resto de la escuadra de combate se había posicionado a su alrededor en formación de batalla. Todos escuchaban a Agatone a través del comunicador.

—Los canallas con colmillos están de vuelta —dijo Illiad, que miraba boquiabierto, aterrorizado y sobrecogido el grotesco espectáculo que infestaba las dunas—. Los asesinos de vuestros hermanos han vuelto para matarnos a todos. —Dak'ir no había percibido el miedo en el humano… hasta aquel instante.

La ola principal de los pieles verdes aún estaba lejos de la fortaleza de hierro, pero los defensores del *Ira de Vulkan* podían ver su masa, que se extendía por el paisaje como una mancha oscura. Un subordinado se había separado de la fuerza principal y se dirigía hacia el crucero de asalto siniestrado.

*¿Los sientes, Dak'ir?*, le preguntó Pyriel psíquicamente.

Dak'ir asintió lentamente. Sí, los sentía.

—Tanta rabia… —murmuró.

Los orkos ya no estaban tan lejos. Dak'ir podía distinguir las formas rudimentarias y recortadas de sus vehículos y ver sus armas brutales cuando las disparaban al aire. También distinguió los rostros toscos de los bárbaros pieles verdes y sus puños cerrados. Eran los descendientes de las bestias que, virtualmente, exterminaron a sus hermanos ancestros. Aquí, sobre los mismos campos de ceniza, volvería a librarse la batalla: Salamandras contra pieles verdes. Dak'ir confiaba en que, esta vez, los orkos no volverían.

El comunicador crepitó con la estática durante unos segundos y después volvió a aclararse.

—Sargento —gruñó la voz de Agatone—. Necesito tus fuerzas ahora.

—Vamos de camino —respondió Dak'ir, y cortó la conexión. Ordenó a su escuadra de combate que se pusiera en marcha. Abandonaron rápidamente la duna, acompañados de Illiad, y fueron a reunirse con Agatone y los demás.

Al rodear el descomunal casco del *Ira de Vulkan*, Dak'ir vio que los hospitales de campaña ya se estaban vaciando. Los heridos que ya podían caminar o ser trasladados sin problemas iban saliendo en grupos desiguales.

El hermano de batalla Zo'tan, de la otra mitad de la escuadra de Dak'ir, había tomado el mando de los milicianos y de la tripulación humana apta, a los que

había formado como ayudantes. Un rápido recuento dio un total de casi trescientas unidades, divididas en seis batallones de cincuenta hombres, con líderes de escuadra y comandantes asignados. Los ayudantes habían comenzado a tomar posiciones estratégicas alrededor de los hospitales de campaña.

Eran la última línea de defensa y su misión era la de proteger a aquellos que todavía se encontraban imposibilitados en las camas de madera.

A pesar de que los heridos más graves seguramente no sobrevivirían, los Salamandras no iban a permitir que los masacraran.

El hermano sargento Agatone se dirigía hacia ellos. El sargento Ek'Bar se quedó atrás, donde habían estado discutiendo acerca de un holomapa, y esperaba pacientemente.

Agatone empezó sin preámbulos.

—Disponemos de tres escuadras tácticas y una de asalto reducida —comenzó a explicar—. Los venerables hermanos Ashamon y Amadeus también han sido despertados de su letargo por el maestro Argos. —Las imponentes formas de los dreadnoughts surgían ya en la, distancia, patrullando el extremo del cordón defensivo diseñado por Agatone.

Cuando miró, Dak'ir también distinguió al sargento Gannon en la vanguardia. Estaba arrodillado sobre una duna alta, rodeado por su escuadra de asalto y contemplaba a los orkos a través de un par de magnoculares.

Agatone fue interrumpido abruptamente por el comunicador. El sargento apretó la gorguera con un dedo enguantado, ya que su casco de batalla se encontraba enganchado magnéticamente al cinturón.

—Adelante —ordenó.

Sonó la voz de Gannon.

—Calculo que son unos cuatro mil efectivos —informó el sargento en funciones—, con distintos vehículos y motocicletas. Su armamento es, básicamente, ametralladoras automáticas y rifles y pistolas de munición sólida.

—Buen trabajo, sargento. A sus posiciones. En el nombre de Vulkan.

—En el nombre de Vulkan.

Gannon guardó los magnoculares y se levantó. Un segundo después, su escuadra y él despegaron, los motores de los retrorreactores rugieron y dejaron una estela de humo y fuego.

Agatone hizo un gesto a media distancia, donde los cañones tormenta habían

estado patrullando anteriormente. Ya no quedaba ni rastro de las armas pesadas ni de los operarios tecnomarines.

—La línea de granadas sigue intacta —les dijo— y hemos añadido cargas explosivas adicionales. Nuestra estratagema es la de atraer a los orkos hasta ella y lanzar nuestra ofensiva contra su vanguardia cuando se encuentren dispersos, heridos y confundidos.

Dak'ir miró la fuerza escindida de los pieles verdes mientras Agatone les transmitía el plan. Los xenos habían abierto cierta distancia entre ellos mismos y el grueso del ejército; este último no era más que una densa línea negra que escalaba ahora una duna grande y lejana. También percibió que la fuerza escindida se había alargado en su impaciencia por luchar. Una vanguardia de motoristas, camiones y de los elementos más veloces de los orkos encabezaba un cuerpo mucho mayor de pieles verdes formado por soldados rasos y ruidosas semiorugas.

—¿Veis cómo están diseminados? —dijo Agatone. El pelotón era alargado y se alargaba cada vez más debido a que los orkos, obsesionados por la lucha, corrían e intentaban adelantarse unos a otros. Dak'ir se imaginó una boca gigantesca abriéndose lentamente mientras se preparaba para su primer mordisco —. Necesitamos que se conviertan en una columna compacta.

—Acorraladlos —ordenó Dak'ir cuando, de pronto, comprendió que podían manipular a las veloces pero frágiles fuerzas de pieles verdes que avanzaban hacia ellos.

Agatone asintió con cierto dejo de irritación en su actitud.

—Ya están en su lugar —señaló a los flancos distantes situados justo detrás de los dreadnoughts. Dak'ir vio algo moverse por allí, oculto por la inquietante penumbra.

—Cañones tormenta —pensó en voz alta.

—Así es —replicó Agatone—. Las detonaciones subterráneas comenzarán en cuanto hayamos captado la atención de los orkos. Los temblores los obligarán a formar una línea. Aquellos que no lo hagan se las verán con los dreadnoughts.

Dak'ir entornó los ojos al dibujar en su mente la consecución completa del plan de Agatone.

—Necesitamos un cebo para atraerlos.

El otro sargento asintió.

Dak'ir comprobó la carga de su pistola de plasma y, acto seguido, volvió a guardarla en su funda.

—Sólo me llevaré una escuadra de combate —dijo—. ¿Dónde nos desplegamos?

—Cinco astartes es lo máximo de que dispongo, Dak'ir —respondió Agatone. Señaló una zona de suelo rocoso a unos doscientos metros de la línea de granadas—. Ésa es la posición de tu escuadra.

Era un lugar tan bueno como cualquier otro. Las rocas proporcionaban cierta protección y el suelo formaba una pequeña depresión que los Salamandras podrían utilizar a modo de cráter donde resguardarse si fuera necesario.

—Cinco nacidos del fuego para un grupo de unos quinientos —dijo Ba'ken en tono sardónico—. No está mal.

—Y el resto de las fuerzas, ¿qué haréis con las reservas de orkos? —preguntó Dak'ir.

—Argos está en ello. —Agatone respondió, ligeramente incómodo por primera vez durante la improvisada sesión informativa—. Pero tenemos que darle algo de tiempo. Entretener a los pieles verdes.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Dak'ir con tono perentorio.

—Todo el que podamos. —La expresión de Agatone era glacial.

No hacía falta un servidor antropolingüístico para comprender que las evidentes dudas de Agatone tenían un tono grave. El sargento prosiguió.

—Una vez eliminada la vanguardia, retroceded a la segunda línea. Sabréis dónde está porque yo estaré allí con el resto de nuestras fuerzas.

—Y después, si los orkos la atraviesan, ¿qué hacemos?

Agatone resopló. Había un toque de patetismo en su gesto.

—Después, ya dará todo igual.



# DIEZ



# I

# EN LA BOCA DEL DRAGÓN

Dak'ir sopesó el bólter en sus manos enfundadas en los guanteletes, sintiendo su peso y deslizando los dedos por la empuñadura. Murmuraba letanías entre inspiraciones a la vez que se familiarizaba con el arma sagrada.

El *Ira de Vulkan* tenía varios armoriums de astartes. Estaba bien surtida de bólters, munición y otro material por si la compañía lo necesitaba. Durante su entrenamiento como explorador, cuando no era más que un neófito y no parte de la 7.ª Compañía, el maestro de reclutas, de gesto adusto, le enseñó a utilizar el bólter. El viejo Zen'de ya había muerto, pero las lecciones que le dio a Dak'ir seguían vivas.

Todos los Salamandras, agazapados en la cuenca, con la formación rocosa ante ellos y viendo asomar el avance de los orkos por encima de los escarpados peñascos, tenían el bólter a punto. Ráfagas esporádicas desde la distancia pretendían llamar la atención de la vanguardia de pieles verdes que avanzaba. El escuadrón permanecería visible pero en cuclillas para no ser un blanco fácil. Sólo Ba'ken y Ernek, que llevaban los lanzallamas, no estaban tan armados como el resto.

Los cinco de Dak’ir se convirtieron en seis al sumar a Pyriel. Él también soportaba el peso de un bólter, su espada psíquica y otra pistola que por ahora tenía enfundada. El bibliotecario no se había dejado convencer por los argumentos del sargento Agatone, que insistía en que se quedase con el ejército principal. Decidió que sus cualidades servirían mejor para ayudar a Dak’ir en un tono que no admitía réplica.

Por supuesto, Illiad era otro tema. Sin tiempo para explicar lo que había sucedido bajo la superficie, Dak’ir sólo pudo expresar lo importante que era el humano para ellos, y que si sobrevivían al enfrentamiento con los pieles verdes, tendrían que llevar a Illiad hasta N’keln de inmediato. El líder de los colonizadores estaba dispuesto a quedarse con los de su lejana raza nocturniana y se unió a uno de los batallones. El humano podía luchar y tenía rifle láser propio, de modo que Agatone no vio motivo alguno para oponerse. Dak’ir quería que estuviera protegido, claro está, pero supuso que al estar junto a otros cincuenta hombres armados estaría más o menos igual de protegido que ahora.

—A mil metros —informó Apion sin dejar de mirar mientras hacía de centinela con unos magnoculares por la proximidad de los orkos.

—¡Armas preparadas! —exclamó Dak’ir. Su tono era claro y preciso, y por su parte sacó el bólter. Cada Salamandra ocupó una parte de la formación rocosa, protegido por los improvisados límites, consecuencia de la permutación natural de las rocas. Un ruido de armas al activarse rompió el pesado silencio antes de que el aire volviera a detenerse.

—Ochocientos…

Dak’ir miró el objetivo del bólter.

—Setecientos…

Leves percusiones del ataque del cañón tormenta formaban ondas sobre las dunas. Las explosiones en cadena levantaban una nube rabiosa de humo gris que empujaba lentamente a toda la vanguardia de los pieles verdes.

—Seiscientos…

—¡En el nombre de Vulkan! —rugió Dak’ir disparando los bólters al unísono.

El resplandor de las bocas de los cañones rompía la oscuridad seguido de la

luz centelleante de las tandas de explosiones que acabaron con los líderes de la vanguardia motorizada de los orkos. Las motocicletas giraban adelante y atrás, asediadas por el brutal tiroteo de los marines espaciales. Los camiones volcaban al incendiárseles los depósitos y se convertían en bolas de fuego rodantes. La metralla salpicaba a los que quedaron fuera del epicentro de la tormenta bólter y obligó a las motocicletas a virar unas contra otras y a los camiones a girar bruscamente y estrellarse mientras sus conductores quedaban hechos pedazos.

El frenético avance de los orkos disminuyó durante unos segundos mientras los que los seguían se abrían paso entre la chatarra en llamas. Los pieles verdes más alejados se vieron obligados a establecer un cordón ante el bombardeo distante de los cañones tormenta.

Gritando maldiciones como si blandiesen espadas, los orkos volvieron a agruparse y encontraron al objeto de su ira. Los seis Salamandras dispararon desde una formación rocosa. Los orkos se unieron como una punta de lanza ardiente. En realidad, el fuego de bólter apenas los había rozado, pero la paliza que les estaban dando les había dañado el ego.

Las balas perdidas de las armas de los pieles verdes, tanto automáticas como de proyectil sólido, desconchaban el muro de piedra. Uno de los trozos impactó contra la hombrera de Dak'ir, pero éste apenas lo notó. La información espacial de la lente derecha de su casco le indicaba que los orkos estaban sólo a trescientos sesenta y cinco metros.

En menos de un minuto llegarían a la línea de fuego. Entonces sólo habría doscientos metros entre ellos y la horda.

—¡Recarga! —gritó Dak'ir, retirándose tras las rocas para quitar el cargador medio gastado y colocar otro rápidamente. El proceso le llevó menos de tres segundos. Cuando volvió a la línea de disparo para proseguir el tiroteo, el hermano Apion sustituyó a su sargento en el puesto, cumpliendo el ciclo de recarga que Dak'ir había ideado. De esta manera, los Salamandras podían mantener una barrera de fuego de bólter ininterrumpida con poca pérdida de intensidad durante las recargas.

Al frente del grupo armado de pieles verdes, un motorista orko saltó por los aires con un aullido a lomos de una floreciente bola de fuego. Ésta destrozó la carrocería del vehículo y le voló las ruedas, además de mutilar las piernas y el abdomen del orko. La bestia seguía furiosa cuando golpeó el suelo con un

crujido húmedo. Le siguieron varios orkos más, proyectados en el aire en un macabro espectáculo pseudopirotécnico. Desde la línea de granadas, las explosiones levantaban nubes densas de ceniza que causaban aún más confusión. Motos sin conductor pasaban en llamas entre la niebla, sucumbiendo lentamente a la inercia al no seguir acelerando. Un camión salió de la densa oscuridad dando vueltas de campana; sus desafortunados ocupantes morían a golpes a medida que chocaban contra el suelo una y otra vez. Cuando se estabilizó era un montón de chatarra maltrecho que estalló en el momento en que chocaron con él dos motoristas, cegados por la ceniza que cubría sus gafas protectoras.

La destrucción era horrorosa. Los pieles verdes, estrechamente apelotonados, acorralados por los cañones tormenta y atraídos por la escuadra «cebo» de Dak’ir, sufrían lo indecible en el campo de granadas. El impulso llevó a los pieles verdes tras la metralla y las granadas enterradas que permanecían intactas. No podían parar; el loco fervor unido al innegable instinto por ir más de prisa no les dejaba. Los orkos seguían apilándose y muriendo.

Los doscientos metros se convirtieron en ciento cincuenta según la lente del casco de Dak’ir. Era inevitable que alguno llegase. Pero el hermano sargento también había sopesado esa posibilidad.

Hizo un barrido con el bólter e inició un tiroteo a fuego rápido. Así agotaban la munición mucho más de prisa, pero los efectos devastadores del tiroteo serían importantes. Desatando su furia, Dak’ir vio cómo resplandecía la bocacha del bólter y se transformaba en una estrella de fuego con vértices afilados. Los orkos que se acercaron como una nebulosa acabaron convertidos en amasijos de carne humeante y metal.

Los orkos, más tenaces que una plaga, se deslizaron por la línea de fuego. Apenas quedaban cincuenta en la vanguardia de los quinientos que habían irrumpido.

Un disparo alcanzó el codo de Dak’ir, colándose por un hueco entre las placas y haciéndole una herida. El Salamandra hizo un gesto de dolor cuando otro proyectil se desvió de su trayectoria después de rebotar en su hombrera izquierda. Mientras, los orkos se habían acercado lo bastante como para poder acertar con sus disparos.

Dak’ir se puso de pie e ignoró las balas que rozaban su servoarmadura y algunos de los orificios más pequeños, pero le preocupó la ceramita cuarteada.

Sus hermanos lo siguieron.

—¡Purificar! —rugió el sargento, y por fin intervinieron los lanzallamas.

Una cortina de fuego barrió a los últimos orkos. El promethium sobrecalentado derritió motores y fundió neumáticos hasta convertirlos en desechos de caucho. Los pieles verdes aullaban al arder tragados por la intensa ola.

Entre las tormentas gemelas de bólters y lanzallamas sólo quedaron una veintena de orkos. Alrededor de la mitad estaban perplejos, desprovistos de sus vehículos, conmocionados y rabiosos a pocos metros de la formación rocosa, cuando Dak'ir dejó el bólter colgado de la correa y desenfundó la espada sierra.

—¡Cargad! —Su voz zumbó como las espadas al activarse.

Dak'ir dirigía desde las rocas con sus hermanos pegados a los talones. Un parpadeo azul celeste en su limitada visión periférica lo avisaba de que Pyriel había sacado su espada de energía.

Los Salamandras descendieron a través de los restos de la vanguardia de los orkos. Y acabaron del todo con ellos.

Terminaron en unos segundos, y cuando el polvo por fin se disipó, aparecieron los pieles verdes muertos, cubriendo el suelo. Los orkos eran de constitución fuerte; eran bestias difíciles de matar. Entre la masacre todavía había algunos que seguían con vida, pero en su estado ninguno de ellos podía amenazar a los Salamandras. Más allá del humo y las cenizas que se disipaban, el resto de la horda se acercaba. Era una visión que hacía olvidar la euforia de la reciente victoria.

Unos mil orkos: mejor armados, más resueltos, más furiosos.

Fuera cual fuera el plan de Argos, Dak'ir esperaba que pronto estuviera preparado y que fuera lo suficientemente eficaz para quedar a la altura de un ejército pequeño.

—Retirada —ordenó—. Recoged cualquier cargador a medio usar. Vamos a necesitar hasta el último cartucho.

Llegaron hasta el principal despliegue de los Salamandras casi al mismo tiempo que los cañones tormenta y los dreadnoughts.

Agatone ordenó la retirada de las armas pesadas en cuanto la vanguardia de

los orkos estuvo en la «boca del dragón». Así la llamarían más tarde. Las tropas de Dak'ir habían llegado poco después, pero la velocidad de sus hermanos les había dado un tiempo precioso para poder posicionarse.

El hermano sargento parecía distraído. Cuando Dak'ir se acercó a él se dio cuenta de que Agatone estaba prestando atención al comunicador que tenía en el oído. Asintió educadamente, con gesto de desagrado.

—Una horda mucho mayor de pieles verdes se ha concentrado en la fortaleza de hierro. El capitán N'keln está asediado —anunció.

—¿Qué tamaño tiene el ejército del que estamos hablando? —preguntó Dak'ir, consciente de que la horda principal a la que se iban a enfrentar la formaban miles de miembros.

—Los cálculos son poco precisos —respondió Agatone—. Creen que decenas de miles.

Dak'ir negó con la cabeza tristemente antes de señalar el eclipse lunar:

—La roca negra de ahí arriba órbita alrededor de este planeta, y cuando termine la siguiente órbita los orkos volverán a aumentar en número.

Agatone miró horrorizado hacia el espantoso planetoide, como un amenazante orbe negro, y frunció el ceño con gesto de desagrado.

—Tenemos que unir nuestras fuerzas —decidió—. Encuentra la forma de llegar hasta el capitán N'keln y nuestros hermanos antes de que el asedio acabe con ellos.

—No estamos en situación de hacerlo, sargento Agatone —intervino Pyriel, mostrando un frío pragmatismo que se solía asociar a su capellán.

—Nuestros hermanos se medirán ante al yunque, al igual que nosotros.

Agatone asintió ante la sabiduría del bibliotecario, pero dijo en voz baja:

—Esperemos que no los destroce.

Después de revisar las disposiciones de la tropa una vez más y de volver con su escuadra, dejó que Dak'ir hiciera lo mismo. Con Zo'tan al frente de los auxiliares humanos a unos pocos cientos de metros de la línea de los Salamandras, Dak'ir hubiese tenido un soldado menos si no llega a ser por Pyriel, que se sumó a su escuadra.

El bibliotecario se había interesado por Dak'ir. Para bien o para mal, el

hermano sargento no lo sabía. La única certeza era que Pyriel no lo perdía de vista.

Los Salamandras tenían para cubrirse una escarpada línea defensiva hecha de contenedores de metal, bunkers prefabricados medio destrozados y tambores de munición vacíos. El hermano de batalla G'heb alzó el puño para indicarle a su sargento el sitio en el que se iban a quedar. Dak'ir leía las preguntas en su ardiente mirada acerca de lo que pasaba bajo tierra y quién era y qué hacía ese humano entre ellos. La mirada se reflejaba en los ojos de todos los Salamandras. La disciplina les permitía controlar su deseo por saber; la supervivencia y la protección de la vida humana inocente prevalecían por ahora.

Ya llegarían las respuestas si sobrevivían a la siguiente batalla.

Dak'ir se mostraba reticente a dejar atrás las armaduras, a los colonizadores y, sobre todo, al hermano Gravius, pero no tenía mucho donde escoger. Pensó que si habían sobrevivido todo este tiempo sin ayuda estaban tan seguros como en cualquier otro lugar de Scoria. Por lo menos mientras la atención de los orkos estuviera puesta en los enemigos de la superficie, no iban a ir más allá.

Un rítmico canturreo inundó la brisa, interrumpiendo los pensamientos de Dak'ir. Los orkos marchaban al son de los tambores. Vieron a un enemigo mayor en número, sin estrategias, que había mostrado las cartas y ahora estaba al descubierto. Los provocaron. Dak'ir notó su seguridad beligerante y una intensa presión en la parte delantera del cráneo. Se puso una mano en la frente en un vano esfuerzo por deshacerse de la molestia. Los otros parecían afectados, pero no tanto.

*Mantente firme, sargento. Lo que sientes es la emanación psíquica subconsciente de los pieles verdes*. La voz de Pyriel era poco más que un susurro en la mente de Dak'ir.

Le hacía daño. Dak'ir notaba que su cabeza estaba a punto de estallar. Apretó los dientes. No se había dado cuenta de que estaba encorvado. Se irguió.

—Dak'ir. —Ba'ken, que estaba al otro lado, se acercó a su sargento.

—Estoy bien, hermano —mintió. El ruido de su cabeza era ensordecedor y la sangre le amargaba en la boca.

Ba'ken se inclinó más cerca de su sargento; las filas de los Salamandras permanecían tan juntas que de todas maneras estaban casi mano a mano.

—Apóyate en mí hasta que empiece la lucha. —Inspiró bajando ligeramente

el pesado lanzallamas y discretamente sujetó a Dak'ir con la mano libre por debajo del codo.

Dak'ir se dio cuenta de que no tenía voz para responder. ¿Era otra visión que se manifestaba de una forma física y debilitante? La inminente horda orka se fundió en una única nota de ruido blanco y ronco que eclipsó todo lo demás. Una hirviente y furiosa luz verde ardía como una mancha solar ante los ojos de Dak'ir y los desenfocaba. La rabia, una rabia gratuita, una rabia que echaba chispas, ocupó su mente, y notó que apretaba los puños para defenderse. Algo primitivo despertó en él y Dak'ir luchó contra el impulso de gritar y aullar a los orkos. Quería hacerlos trizas con sus propias manos, desgarrarles la carne con los dientes, golpear sus cuerpos hasta que no quedasen más que huesos astillados y vísceras.

Con la nebulosa de furia irracional, el mundo quedó teñido de un verde horrible.

*Escucha mi voz, Dak'ir. Acuérdate de lo que eres*.

Era Pyriel otra vez.

Apretó más los puños. La sangre brotó de su boca al morderse el labio. *Nacido del Fuego*, dijo Pyriel.

La furia como unos rayos en cadena notó su cuerpo y empezó a forcejear contra la presión. Los iconos de advertencia sinápticos de la lente del casco, esclavos de los biorritmos de su cuerpo, empezaron a iluminarse. Su ritmo cardíaco estaba al borde del infarto. Dak'ir notaba todo el tiempo como si una granada de fragmentación le fuera a estallar en el pecho; su respiración se agitó; los iconos rojos parpadearon advirtiendo de un shock anafiláctico inminente; la tensión sanguínea aumentaba, rayando en la hipertensión aguda.

*Nacido del Fuego*, repitió Pyriel.

Dak'ir volvió a sentir el calor del monte del Fuego Letal. Recordó haber recorrido las cuevas de Ignea, el mar Acerbian y la larga subida a la cumbre de la meseta Cindara.

La verde nebulosa se fue disipando hasta que su visión volvió a quedar rodeada de rojo.

—Nacido del Fuego —dijo Dak'ir. Su voz iba al unísono con la transmisión psíquica que el bibliotecario inyectaba en su cabeza.

Dak'ir se apartó de Ba'ken para demostrarle a su hermano que ya no

necesitaba su ayuda. El intercambio mudo entre ellos dijo más de lo que podría expresar cualquier palabra de gratitud. El voluminoso Salamandra se limito a asentir y agarro más fuerte el pesado lanzallamas.

Los cañones tormenta batían el terreno a ambos lados de la línea defensiva. Sin ser vistos, golpeaban a los pieles verdes que avanzaban bajo las explosiones de la superficie. Era como disparar una bala en el océano. Los orkos se retiraron y luego avanzaron de nuevo, con ataques cortos y poco efectivos. Los muertos crujían olvidados bajo sus pies.

—Vulkan misericordioso…

Dak'ir oyó a Emek a través del comunicador.

—No desesperéis —dijo Dak'ir para animar a sus tropas. La sangre que le manchaba los dientes sabía a cobre.

—No os rindáis. Los Salamandras sólo van hacia adelante.

El fuego de bólter irrumpió en la línea cuando los orkos se pusieron al alcance. Los pieles verdes resistieron como antes, pero ya no retrocedían; habían comenzado a correr.

—Es el momento. Por Tu'Shan y el Emperador —arengó Dak'ir—. ¡Por Vulkan y la gloria de Prometeo!

Cuarenta contra tres mil.

Dak'ir había penetrado en la mente primitiva de los orkos. Conocía casi a nivel celular su furia y su agresividad. A no ser que algo cambiase y modificase el equilibrio, muchos Nacidos del Fuego no sobrevivirían a esta batalla. Dak'ir hizo la promesa de no someterse al pyreum con facilidad.

Empezó a notar unas densas palpitaciones en la parte de atrás del cráneo. Durante un momento, Dak'ir creyó que la rabia de los orkos había regresado, pero el ruido empezó a resonar entre la ceniza y se dio cuenta de que procedía de otro lugar.

Los enormes condensadores de los cañones del *Ira de Vulkan* se estaban cargando. Enormes torretas de la parte de arriba giraban y se colocaban en posición con el rápido movimiento del metal. El aire crepitaba por la lenta descarga actínica e imantaba los componentes metálicos de las cenizas y las partículas de arena, adhiriéndolos estáticamente a las botas y espinilleras de los Salamandras. Con el latido convertido en un chillido agudo, Dak'ir vio una nube eléctrica relucir y envolver las bocas de los cañones.

Tras un instante, se desataron.

Una onda expansiva, tan pesada y poderosa que hizo caer de rodillas a los Salamandras, recorrió la llanura de cenizas. Jirones cóncavos y grises surcaban el cielo tras el paso de la letal descarga de los cañones de las torretas, que levantaba pequeños remolinos de ceniza y suciedad.

La descarga duró unos segundos, pero la horda de pieles verdes quedó devastada. Los cañones de un crucero de asalto estaban pensados para abrir fuego a distancias extremas en las profundidades del espacio y contra blancos bien armados y dotados de escudos de vacío. La potencia de fuego que podían desarrollar era demencial. Argos, de forma muy inteligente, sólo había activado una pequeña parte de los cañones. La batería láser, era suficiente para atomizar vastas proporciones del ejército piel verde, barriendo a centenares con una sola ráfaga. Varios miles de disparos superpoderosos habían salido de los cañones, pero con una velocidad y frecuencia que hicieron que pareciera un rayo continuo. A los que no fundía directamente el resplandor, los hacía arder. Varios cientos de pieles verdes en llamas daban vueltas sin rumbo entre la tierra calcinada. Otros no eran más que esqueletos blanqueados. El resto estaban afectados por la conmoción y la desorientación, ciegos y sordos por el terrible ataque.

Dak'ir se estaba poniendo de pie cuando Agatone con su voz fría y amenazante habló a través del comunicador.

—Los pieles verdes han caído. Aproximaos y acabad con ellos. ¡Salamandras, atacad!

Un rugido de armas irrumpió en el aire mientras el sargento suplente Gannon y su escuadra de asalto aparecieron desde arriba entre hileras de humo y fuego. Habían sacado las espadas, ansiosos por probar sangre de orko.

Las tropas de a pie se agolpaban en la improvisada barricada y disparaban con los bólters. Marchaban con los lanzallamas a los lados, mientras las armas pesadas estáticas quedaban atrás y seguían machacando a la maltrecha horda piel verde desde la distancia.

En los flancos, los dreadnoughts cerraron la trampa letal, y en la matanza resultante la escindida fuerza de los orkos quedó destruida por completo.

La sangre de los pieles verdes cubrió la placa facial de Dak'ir, que se quitó el casco para poder ver mejor. Los equipos de ejecución vagaban a través del humo

que se arremolinaba por las dunas. Algunas explosiones anónimas, agudas y esporádicas, rompían la misteriosa tranquilidad que sigue a la batalla mientras acababan con los pieles verdes heridos.

Por encima de la matanza, Dak'ir vio el horizonte y se imaginó la horda que asediaba la fortaleza de hierro. También se preguntó cómo esperaban acabar con un ejército tan grande con las tropas que tenían a su disposición. Los defensores tendrían que quedarse en el *Ira de Vulkan*. Era la única manera de escapar de un planeta que se consumía poco a poco. Ahora los temblores eran casi constantes, los volcanes distantes entraban en erupción con una regularidad que no era buen presagio. Aunque no hubiese eclipse, Dak'ir supuso que el cielo seguiría siendo gris por la ceniza.

—Igual que en Moribar —murmuró para sí sin darse cuenta de que acababa de reproducir las palabras anteriores de su rival, Tsu'gan.

En el fondo, Dak'ir sabía que el legado oscuro de los Guerreros Dragón estaba en cierta manera entrelazado con el destino de la 3.ª Compañía, sobre todo con el suyo y el de Tsu'gan. Hasta sentía su cortante caricia en este mundo distante.

Agatone emergió de la oscuridad y entró en el campo de visión de Dak'ir. Estaba limpiando la sangre de piel verde de su espada de energía mientras se acercaba.

—Los orkos están muertos —dijo con firmeza.

—Si vuelven, haremos que el maestro Argos utilice de nuevo los cañones del *Ira de Vulkan*.

Agatone negó con la cabeza.

—No. Argos me ha dicho que sólo puede dispararlos una vez. El retroceso podría derrumbar el lecho de roca que sostiene la nave y hacerla arder. No me voy a arriesgar.

—Entonces nos va a durar poco la tregua —dijo Dak'ir.

—Así es.

—¿Se sabe algo del capitán N'keln?

—Estamos intentando ir a por él, pero hay otros asuntos que quiero atender antes. —El tono de Agatone se hizo apremiante.

—¿El colono humano? —preguntó Dak'ir, que ya sabía la respuesta.

—Exactamente —asintió Agatone—. ¿Qué encontrasteis bajo tierra?

Dak'ir mantuvo el mismo tono para que su hermano sargento no tuviera dudas de su sinceridad.

—Encontramos Nocturne.

La expresión de Agatone traicionó su incredulidad.

—Déjame que te presente a Sonnar Illiad —dijo Dak'ir—. Hay muchas cosas que deberías saber, hermano.



# II
# LA CULPABILIDAD QUE MATA

La aburrida cadencia de las explosiones resonaba en las paredes del torreón. Se manifestaba físicamente en las motas de polvo que se desprendían del techo. El asedio había llegado a su segunda fase mientras el kaudillo de los pieles verdes enviaba a sus ejércitos aparentemente inagotables contra el muro que guardaban los Salamandras. Hasta ahora habían sido pocos los accidentes. Al hermano Catus tuvieron que vendarle el cuello antes de volver a la batalla, y a Shen'kar se le rompieron varios huesos en la caída, pero habían sido rápidos y la Guardia Inferno volvió junto a su capitán.

Hubo más casos graves. Ahora tenían a dos Salamandras yaciendo boca arriba; las membranas ansus les habían dejado en estado latente sus cuerpos como respuesta a las graves heridas que sufrieron durante el primer ataque de los orkos.

Otros daños menores como manos amputadas, ojos arrancados y pulmones perforados fueron más frecuentes. Los guanteletes estaban empapados de sangre.

Fugis estaba orgulloso del trabajo y también del aislamiento del torreón.

Desde lo de Naveem y lo de su pacto maligno con Iagon, el apotecario había empezado a dudar de sí mismo. Era una excusa para quedarse tras las filas, lejos del fragor de la batalla y preparado para cuando hubiese que controlar a los dos astartes en coma.

Era una condena para un Salamandra y para cualquier marine espacial tener que mantenerse al margen de la lucha. Fugis lo sabía y este pensamiento lo carcomía.

Dejó que su mirada saliese de la célula abierta; era una de las muchas del torreón. El capellán Elysius y un equipo de lanzallamas la habían limpiado y reorientado su uso como apotecarium, aunque Fugis dudaba que los Guerreros de Hierro lo hubieran usado con propósitos curativos al darse cuenta de que estaba sobre los sombríos confines de la cámara de tortura. Estaba al lado, y el umbral de la célula quedaba tapado con una cortina de plástek negra. El prisionero traidor estaba dentro, atado a uno de los artilugios del capellán, con unos obedientes interrogadores cirujanos.

A Fugis le parecía extraño: un lugar de tortura y tan cerca de uno de curación. Aunque, al reflexionar, pensó que tal vez no fueran tan dispares.

El icono del crono interno parpadeó en el guante del apotecario y le recordó que el ciclo de observación de los guerreros heridos había finalizado. Fugis se agarró a los bordes de una losa de mármol y negó con la cabeza.

—El fuego de Vulkan late en mi pecho… —comenzó a decir en un esfuerzo por mentalizarse.

Las pisadas que se acercaban detuvieron el testo de la plegaria. Fugis empezó a alzar la mirada lentamente y primero vio el color verde del blindaje de combate de un Salamandra.

—Hermano… —empezó a decir, cuando se fijó en la fisura del peto del Salamandra y vio los ojos muertos de Naveem que lo miraban.

—Hermano. —Las palabras de Naveem se atropellaban como si hubiese una segunda voz por encima de la primera. Su respiración era dificultosa y un fuerte hedor a sangre podrida salía de su herida, tan punzante como la ironía que tenía el tono de Naveem.

En su rostro había un rictus burlón.

—Estás muerto —afirmó Fugis absurdamente. Agarró su pistola bólter al

reconocer una emanación de la disformidad. Era como si la bendición del capellán no hubiese sido lo bastante intensa y los lanzallamas no hubiesen logrado purificarlo del todo.

—Gracias a ti —respondió Naveem en el mismo tono dual. No se movió, se quedó ahí quieto, irradiando maldad y acusación—. Nos mataste a mi legado y a mí, hermano.

La ira de Fugis creció ante las burlas de la aparición. Sintió la reconfortante solidez de la pistola bólter al sujetarla.

—No me puedes matar dos veces, hermano —le recordó Naveem.

—No eres mi hermano, habitante de la disformidad —replicó Fugis, y sopesó la pistola.

—Soy tu culpa y tu duda, Fugis —dijo.

El apotecario vaciló. ¿Qué podría hacer un bólter contra un producto de su mente? El arma tembló en su mano.

—Y ahora —dijo—, ponte el arma en la frente.

El rostro de Fugis se volvió desafiante, pero vio cómo le daba la vuelta a la pistola. Era cierto que se sentía culpable por lo que le había pasado a Naveem. Seguía carcomiéndolo y afectaba a su estado de ánimo. Fugis quería sucumbir, introducirse en la oscuridad y no volver a salir más.

Cerró los ojos.

La boca de la pistola bólter presionaba su cráneo con fuerza. Ni siquiera se había dado cuenta de lo lejos que había llegado.

—Hazlo ya —insistió la voz de la aparición—. Aprieta el gatillo y húndete donde te espera la oscuridad junto con el silencio y la paz.

Fugis sujetó el arma con fuerza. Pensó en Naveem y en el vergonzoso final al que lo había condenado, y en Kadai, a quien también había fallado.

Una repentina presión en el cañón de la pistola bólter la apartó de la frente del apotecario lenta pero firmemente.

*… con él golpearé a los enemigos del Emperador…* Una voz familiar resonó en la mente de Fugis.

—Ko'tan… —dijo con voz ronca, volviendo a abrir los ojos.

Naveem o lo que trajo su imagen había desaparecido. La sensación de que había algo en el extremo de la visión de Fugis también se disipaba. No intentó buscarlo, porque sabía que no podría verlo. No obstante, los restos de los

guanteletes verdes, del martillo relámpago vuelto a forjar y el capitán renacido se quedaron con él. Sólo estuvo lo suficiente para que Fugis activase el comunicador.

—Hermano Praetor —dijo, sabiendo que el sargento de la 1.ª Compañía estaba montando guardia en la puerta rota—. Voy a evacuar el torreón inmediatamente. Trataré todas las heridas desde el frente a partir de ahora.

—Están evacuando el torreón —afirmó Tiberon.

Iagon asintió ausente al ver al apotecario Fugis emerger a través de las puertas. Un grupo de servidores lo siguieron con un par de camillas plegables para los dos hermanos de batalla inconscientes.

Los cirujanos interrogadores de Elysius llegaron instantes después, con el Guerrero de Hierro cautivo a rastras. El capellán estaba en el patio para supervisar el proceso. Trasladarían al prisionero y lo atarían dentro de uno de los Rhino hasta que Elysius terminara con él. A juzgar por la conducta del capellán a Iagon le pareció que acabarían pronto.

Después de que pasaran, el tecnomarine Draedius selló las puertas con su soplete de plasma.

Iagon se preocupaba poco por los demás. Sólo le prestaba atención a Fugis. Aunque era innegable que algo del fuego había vuelto a él, el apotecario seguía siendo una sombra de su antiguo ser. Iagon veía estas cosas; veía la debilidad con la misma claridad que veía un puño cerrado o una espada desenfundada. El pacto que había hecho para proteger a Tsu'gan seguía intacto.

Hubo un paréntesis en la lucha constante tras la derrota en el segundo asalto del kaudillo orko por parte de los Salamandras. Los Nacidos del Fuego eran tenaces, era su naturaleza; los nocturnianos tenían que serlo para sobrevivir en un mundo letal. Aunque tal vez mal acostumbrados a la defensa estática, preferían acorralar al enemigo en cuarteles cercanos y hacerlo arder con agresividad desde la superficie de la tierra. Apretaban los dientes, fueron pacientes e hicieron de cada ataque de los orkos una carga suicida de fuego y muerte. Sí, parecía que iban a ganar la guerra por desgaste. Aunque los orkos se extendían en la distancia, la

ola verde se acercaba poco a poco y los aplastaba contra las defensas de los astartes. El kaudillo había retirado sus ejércitos fuera del alcance de las armas largas de los Salamandras. Los orkos eran criaturas tercas, pero podrían dejar de golpearse los cráneos contra el muro si no mostraban signo alguno de capitulación. Por lo menos los que tuvieran una inteligencia rudimentaria actuarían así.

Iagon se imaginaba a las bestias en la cumbre de la cadena montañosa manteniendo una conversación, intentando idear una estrategia para abrir la fortaleza. O tal vez sólo estuvieran esperando; esperando a que la roca negra volviese a llorar oscuras astillas y a llenar las cada vez más menguadas hordas orkas. Había demasiados para enfrentarse a ellos en campo abierto, pero no había bastantes para abrir una brecha en la fortaleza y aprovecharla. Los dos antiguos enemigos estaban en un punto muerto.

El sol que acababa de salir era un anillo plano de color amarillo chillón tras la amenazante roca negra. En las horas posteriores al último asalto había aumentado de tamaño. Fuera lo que fuera lo que había traído a los pieles verdes a Scoria, se estaba acercando.

—Lo próximo serán los muros —gruñó el sargento Tsu’gan, que apareció a su lado. Se había vuelto a quitar el casco y estaba serio. Era como si tuviese ese gesto de forma permanente, como si llevara un gran peso invisible colgando de sus facciones.

—¿Sargento? —preguntó Tiberon.

Atrajo un momento la atención de Tsu’gan mientras veía cómo cerraban el torreón para siempre. Entonces se dio la vuelta y observó sin hacer ningún comentario a los orkos que se arremolinaban en la cresta de la cordillera.

—¿No lo notas, Tiberon? —preguntó. Desde que irrumpieron en la lucha, Tsu’gan había entrado gradualmente en un triste estupor. Todos lo notaban y él lo ocultaba con astucia, pero Iagon veía los efectos en su futuro señor más que nadie.

—Todos lo notamos, señor —respondió Iagon.

El Salamandra escogió cuidadosamente el tono al reconocer el atisbo de demencia que había penetrado en la voz del sargento. Tsu’gan era la vía de Iagon hacia el poder y la influencia. No tenía que fallar, ahora no. Una mirada hacia el puesto de mando le mostró a N’keln trabajando tenazmente con Shen’kar para

evitar posibles brechas y reforzarse. Al final, daría lo mismo. Iagon sabía que no podía quedarse ahí. Todos notaron los ominosos efectos de la piedra mancillada por el Caos y del metal de la fortaleza de hierro. Ningún fuego podría purificarlo, ni ninguna fe, por muy ardiente que fuera, podría anularlo. No. Tarde o temprano tendrían que abandonar este extraño refugio o dejar que acabase con ellos.

Por ahora, Iagon necesitaba animar a su sargento. Los apoyos del capitán N'keln aumentaban por horas. Había soportado los fuegos de la batalla y hasta ahora había salido ileso e incluso reforzado.

Las tropas estaban repartidas por los muros y tenían que tolerar que hubiera grandes fisuras, ya que no había suficientes Salamandras para defender cada centímetro. Iagon llevó con cuidado a Tsu'gan lejos de Tiberon para poder tener un mínimo de intimidad. Si el otro Salamandra había pensado algo del intercambio clandestino, no lo había dicho. En lugar de eso, miró a través de los magnoculares la inmensa horda de orkos que se acercaba para volver a atacar.

—Señor, debes mantenerte firme —susurró Iagon.

Había algo de salvaje en la mirada de Tsu'gan mientras observaba el hierro rojizo del parapeto. El metal parecía más oscuro, como si estuviera manchado de sangre. Cerró los ojos para apartar la idea y pensó de nuevo en el cuchillo y en la necesidad de utilizar el dolor para canalizar sus sensaciones.

—Este lugar en ruinas nos está afectando a todos —lo presionó Iagon, desesperado por que el sargento le diese la razón. Agarró firmemente la hombrera de Tsu'gan—. Pero no podemos permitir que nos impida asegurar el futuro de la compañía, hermano.

Tsu'gan alzó la mirada al oírlo. Fue una mirada dura.

—¿Qué insinúas, Iagon?

Iagon retrocedió ante la crudeza repentina de Tsu'gan y no pudo ocultarlo.

—Tu liderazgo y petición para ser capitán, claro está —respondió un poco incómodo, como en un respingo.

Tsu'gan, incrédulo, frunció el ceño.

—Se acabó, Iagon —replicó llanamente—. Han juzgado a N'keln en los fuegos de la batalla y ha resultado ser válido. Incluso a mí me ha parecido valido.

Durante un momento, Iagon se quedó sin palabras.

—¿Señor? No lo entiendo. Sigues teniendo apoyos entre las escuadras. Podríamos reunirlos. Si hablan las voces discordantes suficientes…

—No. —Tsu'gan negó con la cabeza—. Me equivoqué, Iagon. Siempre he sido leal a mi compañía y a mis hermanos de batalla. No cuestionaré a N'keln y tú tampoco deberías. Y ahora, a tu puesto —añadió, con la resolución y el propósito restaurados—. En el nombre de Vulkan.

Tsu'gan se dio la vuelta y la mano de Iagon resbaló de su hombrera. Se había creado un gran vacío en su interior y todos los deseos y maquinaciones de Iagon estaban cayendo en él.

—Sí, señor… —respondió, casi sin saber que había hablado. Su mirada se dirigió hacia N'keln, que estaba en la casa del guarda. El capitán renacido había acabado de raíz con los planes de Iagon—. En el nombre de Vulkan.

El hermano sargento Agatone escuchó la historia de Illiad Sonnar con gesto impasible. Dak'ir y Pyriel flanqueaban al minúsculo humano en los sombríos confines de un búnker prefabricado.

Tras la victoria sobre la fuerza escindida de los orkos, los Salamandras habían vuelto a sus obligaciones: a buscar supervivientes en la nave, a excavar en las zonas más quemadas del casco y a defender el perímetro de otros ataques. Después de la batalla, se restablecieron las tiendas sanitarias y a los cirujanos les dijeron que soltasen los rifles láser prestados y volvieran a trabajar. Encontraron a varios de los heridos graves muertos en sus catres cuando regresó el equipo médico. La conmoción o simplemente la muerte inevitable los había llamado en ausencia del cuidado continuo. Los incinerarían con los demás y los enterrarían más tarde.

Aunque los Salamandras volvieron a sus obligaciones con diligencia, todos estaban listos para unirse a las órdenes de Agatone. Sabían que pretendía liderar un asalto para liberar a sus hermanos de batalla de la fortaleza de hierro y acabar con el asedio; sólo necesitaban medios y estrategia Se habían filtrado informes esporádicos durante los últimos minutos acerca de lo urgente que era que los Salamandras asediados saliesen de la fortaleza. Parecía haber algo peligroso, alguna presencia maligna que había intentado llamar a algunos astartes, una presencia que aumentaba su fuerza a cada momento. Esta urgencia fue uno de

los motivos que tuvo Dak'ir para instar a Agatone a pedirle audiencia a Illiad, para poder poner en su conocimiento lo que sabía el líder de los colonizadores humanos.

Agatone lo escuchó todo mientras procesaba la información sin inmutarse. Inmediatamente después, Dak'ir narró lo que él y Pyriel habían visto en el primer puente de la vieja nave expedicionaria en la que vivían en parte los colonizadores. Habló de las antiguas servoarmaduras, del imagovisor y del anciano Salamandra, Gravius.

Agatone asintió mientras escuchaba, pero era como si Dak'ir le hubiese contado que iba a dirigir un simulacro de defensa en lugar de haberle transmitido el hecho de que el que posiblemente fuese el Salamandra más viejo del capítulo vivía bajo sus pies, y que era un potencial nexo con Isstvan y con su primarca perdido.

—Informaré a Argos para que ordene a los servidores y a un tecnomarine que protejan el blindaje —respondió Agatone con un pragmatismo casi tangible. No le hacía falta ver la cámara ni al frío hermano Gravius. Tenía otros asuntos de los que ocuparse, como el rescate del capitán N'keln, e informó a sus hermanos —. Necesitamos que el apotecario Fugis se lleve a nuestro antiguo hermano, y no podrá hacerlo hasta que termine el asedio de la fortaleza de hierro —añadió, centrando la conversación en asuntos de estrategia.

—No podemos romper las filas de los orkos con las fuerzas que tenemos —dijo Dak'ir.

Justo después de la batalla, Agatone había enviado grupos de exploradores más allá del, perímetro del campamento para espiar a los pieles verdes, para asegurarse de su superioridad numérica y alertar de cualquier otra incursión. Por ahora, los orkos estaban centrados en N'keln, pero sus ejércitos eran enormes. Los informes que llegaban de los exploradores eran desalentadores.

Agatone observó un proyector hololítico que mostraba con toda la exactitud posible lo que sabían los Salamandras de la disposición y número de los pieles verdes. Parecía un mar oscuro y rugoso superpuesto a una barrera minúscula en el proyector estratégico.

—Un ataque relámpago sería la mejor opción —dijo—. Si podemos infiltrarnos entre los orkos antes de que noten nuestra presencia y matar a sus líderes, acabaremos con la poca organización con la que cuentan, será suficiente

para derrotarlos.

—La mayor parte de las dunas son llanas por este lado —respondió Pyriel—, y dan una clara ventaja a los centinelas y patrullas de los orkos. Dudo de que podamos acercarnos lo suficiente para iniciar un ataque sorpresa antes de que nos vean hasta los pieles verdes menos avispados.

Agatone, furioso, examinó el hololito como si fuese a aparecer allí la respuesta por obra de un milagro.

Apareció, pero no de la forma que esperaba el hermano sargento.

—Usad los túneles —dijo una voz tras ellos.

Los tres Salamandras se dieron la vuelta y vieron a Illiad, que todavía no se había ido.

—Continúa —lo invitó Agatone.

Illiad se aclaró la voz y dio un paso al frente.

—Por toda esta zona hay túneles. Algunos construidos por el hombre. Excavamos para extender nuestro asentamiento o para buscar nuevas vetas de mineral. Es peligroso por las bestias de quitina y por el hecho de que los Hombres de Hierro empezaron a asentarse en nuestra mina. Algunos fueron excavados por las propias bestias, amplios y profundos si eran para madrigueras, o a veces los excavaban para buscar alimento. Todos los túneles están comunicados y llegan hasta la fortaleza de hierro.

—¿A la superficie? —preguntó Dak'ir, señalando hacia arriba mientras lo decía—. ¿Hay mapas, Illiad?

Illiad se pasó la lengua por los labios.

—Algunos salen a la superficie, pero no hay mapas. Entiéndelo, hemos vivido durante muchos años en esos túneles, generaciones incluso, y toda la cartografía necesaria está aquí arriba. —Se puso un dedo en la frente—. No sólo en la mía —añadió Illiad—, Akuma y algunos más se saben el camino de memoria.

Agatone asintió, de mejor humor.

—Podemos usar los túneles para lanzar un ataque directo a los orkos, incluso estando entre ellos. —Su mirada de aprobación recayó sobre Illiad—. ¿Podrían llevarnos tus hombres?

El humano asintió.

—Sólo os pediré una cosa —dijo.

El silencio de Agatone lo hizo continuar.

—Que nos dejéis luchar.

Dak'ir iba a protestar cuando Illiad levantó la mano.

—Por favor, escúchame —insistió—. Ya sé que este mundo se enfrenta a sus últimos días. Lo he visto en vuestras caras y lo he oído en vuestro tono de voz. Incluso sin estas pruebas, hace tiempo que lo sé. Los temblores han empeorado y no es por las bestias de quitina ni por el exceso de minas. Es porque Scoria se resquebraja poco a poco. Su final está cerca y preferiría que mi gente muriera luchando por ella que agazapada en la oscuridad, esperando a que la lava o la tierra se los trague.

Agatone se acercó y su sombra cubrió al humano que tenía delante. Le puso a Illiad su enorme mano en el hombro.

—Eres noble, Sonnar Illiad, y obtendrás tu deseo. —Agatone sacó la otra mano y se la tendió al colonizador humano—. Los Salamandras estaremos orgullosos de teneros a nuestro lado.

Illiad estrechó la mano de Agatone, que casi hizo desaparecer la suya, y selló el pacto de honor ofrecido.

—Si podemos salvar a tu gente e irnos de este planeta, lo haremos —dijo Agatone—. No os abandonaremos a merced de una muerte vergonzosa. Ambos, los humanos y los Salamandras, viviremos o moriremos unidos. Te doy mi palabra.

Pasado el momento, Agatone soltó al humano y siguió ocupado con sus asuntos.

—¿Cuantos lanzallamas tenemos en el armorium? —le preguntó a Dak'ir.

—Suficientes como para repartir dos por escuadra.

—Sácalos todos y dáselos a los que estén entrenados para usarlos —dijo Agatone—. Todo el armamento pesado estático tiene que estar en un lugar seguro. Haremos arder a todos esos pieles verdes —afirmó—. Luego agruparemos a las escuadras. Las vamos a necesitar a todas, hasta a los centinelas.

—¿Vamos a dejar el *Ira de Vulkan* sin defensas? —preguntó Dak'ir. El rostro de Agatone nunca había estado tan serio.

—Todas, hermano sargento. Si caemos, tampoco habrá nada para defender el *Ira de Vulkan*. Volveremos a disponer de los auxiliares y que Argos los dirija.

Nuestro Señor de la Forja no abandonará el barco, así que podrá vigilarlo.

—Necesitamos una distracción —sugirió Pyriel—. Algo que mantenga ocupados a los pieles verdes antes de lanzar el ataque.

—Informa al capitán N’keln —le dijo Agatone a Dak’ir—. Cuéntale nuestro plan y asegúrate de que esté preparado. Los hermanos de la fortaleza de hierro serán la distracción.

La voz de Illiad interrumpió el consejo de guerra por segunda vez.

—Puede haber otra manera. —Agatone lo miró con admiración.

—Eres una caja de sorpresas, Sonnar Illiad —comentó con un humor soterrado que rompía su severa apariencia—. Te escuchamos…



# ONCE



# I
# LLEGA LA BESTIA

Los tambores de guerra sonaban y retumbaban en la brisa árida, aumentando de intensidad cada vez que señalaban otro ataque de los orkos El kaudillo golpeaba su pecho bien musculado con una hoja sierra desenfundarla, gritando y exhortando a los guerreros con frenesí. Los cánticos de cadencia rítmica de los pieles verdes llegaron a su punto álgido natural cuando volvieron a atacar. Esta vez el kaudillo entró en la línea con todas sus tribus. Como un oscuro tsunami verde, los orkos avanzaron por todo el borde hasta la cuenca de cenizas. Al llegar al fondo, los pieles verdes se enfrentaban a la inercia y caían de cabeza contra la pared a gran velocidad. Se movían como un todo, y los camiones y carros más rápidos se adaptaban al paso de los pieles verdes más lentos, resistiendo el deseo de ir más de prisa en favor de escudar a su hermandad tras las barricadas móviles que les brindaban los vehículos. Hasta los temerarios motoristas templaron sus nervios, obligados por el kaudillo que se abalanzó sobre ellos en un enorme triciclo humeante.

El fuego de los bólters rugía desde los muros, iluminando el sombrío eclipse artificial. Los misiles dejaban estelas de humo blanco, mientras que los cañones

de fusión disparaban en la oscuridad y provocaban estallidos de fuego en erupción en las sombras. Los orkos soportaron el terrible castigo y continuaron. Cientos de ellos perecieron en el tiroteo, pero miles golpearon el muro y la fortaleza de piedra pareció crujir bajo su presión.

El capitán N'keln alzó su espada de energía empapada de sangre para que todos la vieran. Una arma que portaba un héroe y un símbolo de recuperación. N'keln lo entendió y aceptó su importante papel como Tu'Shan sabía que haría.

—Nacidos del Fuego —dijo a través del comunicador unos minutos antes de que los orkos atacasen—. Preparaos. Llega la bestia. ¡Le arrancaremos la cabeza!

Se oyeron vítores en el patio de abajo mientras Tsu'gan esperaba impaciente en la puerta. El tecnomarine Draedius la había arreglado después del ataque anterior de los orkos, y una cohorte de casi cuarenta Salamandras se agolpaba tras ella.

Tsu'gan estaba en uno de los flancos del *Yunque de Fuego*, justo detrás de la letal barquilla lateral del Land Raider. Aunque no podía verlos con el inmenso tanque de asalto de por medio, sabía que Praetor y los dracos de fuego esperaban al otro lado. Tsu'gan notaba que la electricidad de los martillos relámpago cargaba el aire. El olor del ozono le irritaba las fosas nasales y se centró en él para aclararse las ideas. Pronto estarían libres; libres de la influencia maligna del bastión del traidor. Tsu'gan y su escuadra no veían el momento. Todos estaban igual de impacientes que el sargento por abandonar aquel recinto y unirse a la auténtica batalla en el campo. Sólo Iagon parecía rendirse.

Antes de romper el contacto con Agatone en el *Ira de Vulkan*, el capitán N'keln había reducido las tropas de los muros.

Las escuadras de Tsu'gan y Typhos se habían vuelto a desplegar con las demás reservas en el patio. Aunque N'keln se guardó los detalles del plan con Agatone, a Tsu'gan le pareció evidente que pronto partirían.

Al capellán Elysius también se lo parecía. Estaba junto a Tsu'gan, ya que se había unido a su escuadra, y encendió el crozius arcanum sujetándolo con fuerza en su enguantado puño negro.

—Hoy ungiremos las cenizas con sangre de pieles verdes —dijo furioso—, y expulsaremos la mancha de los xenos de Scoria.

El sonido del combate cercano se filtró desde arriba. Los orkos habían

llegado al muro y estaban atacando. No les llegaba nada desde la puerta, excepto el barullo ahogado de las explosiones y los gritos de batalla. Los cañones tormenta infernales del *Yunque de Fuego* rotaban de manera significativa. Tsu'gan supuso que ése era el motivo que tenían los pieles verdes para obstaculizar el camino principal a la fortaleza.

—Arderéis igual —susurró, y oyó la estática crepitar en el comunicador. Las órdenes de N'keln los lanzarían contra el enemigo.

—Vamos… —murmuró Tsu'gan, agarrando el bólter como si fuera el cuello de un orko.

Dak'ir se agazapó en la oscuridad de los túneles. Delante de él sonaba el eco chirriante de las bestias de quitina, seguidas del rugido del voluminoso lanzallamas de Ba'ken. Las llamas iluminaron la imponente silueta del Salamandra, apenas a cincuenta metros, mientras acorralaba a las criaturas con medidos fogonazos.

Illiad se agachó junto a Dak'ir con cincuenta de sus hombres. Se acercó al pecho un rifle láser y observó cómo empujaban a las criaturas de quitina que se perdían en la oscuridad.

El olor de algo intenso y cruel despertó los sentidos agudizados de Dak'ir. Era algo penetrante, como azufre, y llevaba consigo vestigios de un recuerdo. Le hizo pensar en el humo y las cenizas…

—¿Estamos cerca de las minas? —preguntó Illiad.

Éste negó con la cabeza.

—No mucho —dijo—. Las minas están mucho más cerca del núcleo, a varios kilómetros.

—¿Cómo para no oír el combate sobre nuestras cabezas?

—Sin duda. El frente de la roca está apuntalado con placas de metal para aislarlo de las bestias de quitina. También aísla la galería minera de los ruidos. En cualquier caso, están lejos.

Aun así, siguió notando el penetrante hedor.

El gesto de Illiad expresaba sus ansias de respuesta.

Dak'ir no iba a dársela. En vez de ello, le indicó que avanzasen.

Los Salamandras que estaban en el *Ira de Vulkan* sólo disponían de cuatro

escuadras. Los cañones tormenta no eran adecuados para el ataque cuerpo a cuerpo, así que los dejaron atrás en una pequeña cesión de Agatone para ayudar a proteger el lugar del siniestro. El resto se dividieron en escuadras de combate; con heridos incluidos, algunas sólo tenían a cuatro hombres en condiciones. Los colonizadores los acompañaron, tanto en calidad de guías como de refuerzos. Con su ayuda, los Salamandras encontraron en seguida las madrigueras de las bestias de quitina y empezaron a atacar sus nidos.

Dak'ir, al moverse, oyó el estruendo de la batalla que caía sobre ellos como un relámpago callado. Se acercaba cada vez más.

El muro corría peligro de derrumbarse. Incluso los devastadores, situados en las altas torres, empezaban a notar la presión. Ahora tomaban como objetivo a los orkos que atacaban la fortaleza directamente, disparándoles con sus bólters e ignorando los carros y camiones que se abrían paso desde la parte de atrás de la horda. El descuidado fuego de cañón de los vehículos más alejados, que llevaban la mayoría del armamento pesado de los pieles verdes, alcanzaba ocasionalmente el parapeto, pero afortunadamente sin obtener resultados.

Estalló un cohete en el aire y cubrió la armadura de Tsu'gan de escombros. Vio de refilón los rostros rabiosos de los orkos a través de las diminutas fisuras de la puerta improvisada. Aun así se negaron a atacar. Todos sus esfuerzos se centraban en el muro. La presión estaba llegando al punto de ebullición. Los hermanos de batalla de Tsu'gan resistían con tenacidad, cargando con los cuerpos de los orkos y arrojándolos al pie del muro. Los golpes de las espadas sierra tintineaban en el aire como si se agitasen a coro.

Del otro lado, el cuerpo maltrecho de un Salamandra se quebraba en el patio. Era el hermano Va'tok, con la servoarmadura partida en dos y el casco aplastado por una maza de orko. Los dedos del Salamandra muerto se movían en un acto reflejo dentro de los guanteletes cuando Fugis corrió a extraerle la semilla genética.

Tsu'gan se enfureció con su muerte. Le hizo falta toda su fuerza de voluntad para no dar media vuelta, trepar el muro y liberar su ira.

—¡Por la sangre de Vulkan! —gritó, inyectando toda la ponzoña que pudo a la maldición.

Elysius también lo notó. Hacía girar su crozius formando pequeños arcos para que su muñeca siguiera suelta y murmuraba letanías llenas de rencor entre dientes. El capellán esperaría el momento oportuno para lanzar sus cánticos de odio de viva voz.

—¡Alzad los escudos! —oyó gritar Tsu'gan a Praetor a los dracos de fuego desde el otro lado del Land Raider. El tintineo del metal resonó en el patio mientras los escudos tormenta de los exterminadores chocaban contra las hombreras y se acoplaban en su sitio.

La orden de N'keln era inminente. El crepitar estático del casco de Tsu'gan dio paso a la voz férrea del capitán:

—¡Hacia el yunque, hermanos!

La puerta cayó. Una gran explosión del cañón tormenta infernal del *Yunque de Fuego* arrasó el terreno colindante.

Dirigidos por Praetor, los dracos de fuego fueron los primeros en salir. Tropezaron con la tierra calcinada y las carcasas humeantes de los orkos aplastados en su repentino ataque. Los martillos relámpago llenaron el aire de descargas parpadeantes de los generadores de energía. Tratando de contestar, los pieles verdes se enfrentaron a los exterminadores, pero se encontraron con una roca inamovible que los aplastó.

Los dracos de fuego eran demoledores, y Tsu'gan se encontraba casi sorprendido de su furia. Se movían entre la horda de pieles verdes golpeando con los escudos y aplastando cráneos con los martillos. Praetor exaltaba la gloria de la elogiada 1.ª Compañía mientras mataban. Su sola presencia impelía a sus guerreros a esforzarse aún más. Tsu'gan comprendió inmediatamente el plan del sargento veterano. Tenía las miras puestas en el kaudillo orko.

—¡A los fuegos de la batalla! —rugió Elysius una vez que los exterminadores despejaron la entrada.

Tsu'gan corrió con él y cerraron velozmente el hueco que quedó tras los hermanos de la 1.ª Compañía. El fuego de bólter irrumpió entre los orkos a quemarropa cuando Tsu'gan ordenó abrir fuego e hizo volar por los aires a los pieles verdes.

El olor a promethium se mezcló con el hedor de la carne de orko quemada mientras Honorious usaba el lanzallamas. Una escuadra de combate hizo un sorprendente avance hasta el final del grupo de asalto y dejó que M'lek hiciese

uso del cañón de fusión a voluntad. Un salvaje piel verde que le sacaba dos cabezas a Tsu'gan y cuyo cuerpo era un caparazón blindado de placas chirriantes quedó con el torso licuado y transformado en escoria visceral tras el impacto del cañón de fusión. Se convirtió en un cúmulo humeante que aplastó a dos de sus hermanos más pequeños.

Tsu'gan oyó la voz grave del sargento Typhos mientras cantaba un himno de batalla prometeano y describía arcos de sangre al subir y bajar el martillo relámpago.

Cuando poco a poco se juntaron las tres escuadras y formaron una lanza, con Praetor y los dracos de fuego como la candente punta, se pudo contener el ataque de los orkos. Sin refuerzos constantes, los pieles verdes que se disputaban la fortaleza quedaron aislados. Esto permitió a los defensores limpiar los parapetos.

Arriba, los guerreros de la escuadra de asalto de Vargo fueron catapultados en alas de fuego. Al dejarse caer entre los pieles verdes, desataron fuego y espada con fervor fanático, y pequeñas ráfagas del lanzallamas de la escuadra se sumaron a la carnicería. Eran el último cuerpo de las fuerzas de asalto de los Salamandras. Después, el *Yunque de Fuego* se deslizó a través de la abertura que quedó tras caer la puerta. El tamaño del tanque llenaba fácilmente el arco ennegrecido. Las lanzas de llamas esporádicas de las barquillas mantenían alejados a los orkos. Cuando la conmoción inicial del ataque de los Salamandras se disipó, se vieron atrapados en un tumulto letal. Los cuerpos de los orkos los presionaban por todas partes. Una letal agresividad otorgaba a las bestias el ímpetu que necesitaban para levantarse. Ahora, a trompicones por el beligerante mar verde, Tsu'gan supo de verdad a qué se enfrentaban.

Entre los disparos de bólter oyó un grito ahogado y le pareció ver a uno de los hermanos de Vargo caer en el pantano de orkos. El Salamandra no volvió a aparecer. A otro, el soldado de armas especiales de Typhos, Urion, le cortaron la cabeza con una hoja sierra. El orko exultante que lo había matado fue alcanzado por el fuego de respuesta de los hermanos de batalla del Salamandra muerto. Dejaron el cuerpo temblando, con la espada todavía agitándose clavada en la herida. A él también lo engulló la horda de orkos.

Habían avanzado unos trescientos metros desde la puerta cuando los motores del *Yunque de Fuego* comenzaron a funcionar. El tanque de asalto arrasó el campo de batalla, haciendo trizas a los pieles verdes o convirtiéndolos en

mantillo bajo sus demoledoras orugas.

Esto era el «martillo», la segunda fase de la estrategia de ataque de N'keln. El capitán embarcó en el Land Raider con la Guardia Inferno y la escuadra táctica del sargento De'mas. Para llenar el vacío del tanque estaban Clovius y su escuadra. Aguantarían la puerta mientras los devastadores aprovechaban el respiro que les dieron Praetor y la habilidad de la fuerza de asalto para abandonar las torres y defender los muros en ausencia de las escuadras tácticas. Lok asumió el cargo de comandante y se le encargó mantenerse en la fortaleza de hierro en caso de que N'keln tuviese que ordenar la retirada.

A pesar de la sangre de orko que le salpicaba el visor, Tsu'gan sabía que no habría tal retirada. Los Salamandras estaban entregados. Era cuestión de vida o muerte.

Una cuchilla golpeó su hombrera haciendo saltar chispas, y se sobresaltó. El orko que lo atacaba embistió de nuevo. Filamentos de baba salieron despedidos de su boca pestilente. Tsu'gan introdujo el cañón de su bólter hasta la garganta de la bestia y apretó el gatillo. La sangre y la materia gris salieron por la parte posterior de la cabeza del orko mezcladas con trozos de su cráneo.

Tiberon entró por la izquierda y aplastó el cadáver del piel verde, apartándolo para dejar paso a Tsu'gan. Iagon y Lazarus lo siguieron, adaptando el ritmo al de los implacables dracos de fuego.

Praetor se abrió paso hasta el kaudillo orko. Al divisar a su presa y la posibilidad de una buena lucha, el imponente líder de los pieles verdes animó a su entorno de motoristas a avanzar. Había una horda cada vez más espesa de orkos entre ellos y los exterminadores.

Con los aullidos del cañón de asalto, el *Yunque de Fuego* segó a una primera hilera de orkos que quedaron desparramados entre la multitud, espadas en ristre. En su lugar llegaron más pieles verdes, y Tsu'gan los recibió con las ráfagas de bólter de sus soldados.

Praetor aprovechó la pequeña abertura para apelotonar a los muertos y heridos, mientras algo enorme avanzaba torpemente a la vista. Los orkos se dispersaron ante la visión, gritando y rugiendo por su ansia de matar. Apareció una máquina con placas de acero. Tenía el cuerpo cilíndrico, parecía una lata cubierta de armas y dos potentes garras de cuchillas. La máquina bélica de los pieles verdes se desplazó hacia adelante con estruendo de pistones. Uno de los

dracos de fuego disparó en su dirección, con el martillo en alto rodeado de crepitantes relámpagos. La máquina hizo a un lado al guerrero de un golpe. La tosca creación basculó su potente garra y partió en dos un escudo tormenta al sobrecargar su campo de energía y lanzó al suelo a su portador. Motivado por su propio arrebato infernal, la máquina, con el grupo de orkos detrás, se introdujo en la formación en lanza de los Salamandras. La punta de lanza de los dracos de fuego se fragmentó. Praetor, desesperado por acabar con la máquina, quedó rodeado de los pieles verdes. Gretchins saltarines que no prestaban atención a la muerte se agarraban como locos a sus brazos y piernas en un esfuerzo por inmovilizar al héroe de Prometeo.

Honorious bañó en fuego al sargento de los dracos de fuego y quemó a los diminutos pieles verdes que lo rodeaban como si estuviera infestado.

La máquina de guerra de los orkos seguía arrasando. Su piloto estaba claramente perturbado y tan sobrecargado de la energía psíquica de los orkos que la máquina era casi imparable. Giró y luchó en todas direcciones, golpeando a los dracos de fuego que lo rodeaban pero sin tener un objetivo.

Tsu’gan fue a auxiliar a Praetor y corrió tras las llamas de Honorious, que se disipaban después de haber forjado un sendero sangriento para el resto de su escuadra. Se redujo la presión sobre el sargento de los dracos de fuego y escapó, golpeando a un orko con su escudo tormenta mientras se acercaba a la máquina orka que los había dispersado.

A lo lejos pasaba algo. Una espesa nube de polvo flotaba en el aíre y Tsu’gan juró haber visto a un grupo de orkos desaparecer bajo tierra. Los gritos de las bestias seguían a las reacciones de los pieles verdes ante algo que había surgido entre sus filas. Al otro lado de la batalla otra espiral de polvo ascendía, y después otra y luego otra más. Las columnas grises de ceniza emergían por todas las dunas y los orkos se hundían en una ciénaga invisible.

Tras Tsu’gan, el chirrido de la rampa frontal del *Yunque de Fuego* anunciaba la llegada de N’keln al campo de batalla. Tsu’gan se volvió levemente para observar el estandarte de la compañía que desplegaban Malicant y su capitán, que dirigía un nuevo ataque al enemigo con el resto de la Guardia Inferno y el hermano sargento De’mas.

Con la atención puesta de nuevo en la máquina de los pieles verdes, Tsu’gan fue a respaldar a Praetor. El sargento de los dracos de fuego su enfrentaba con la

desquiciada máquina y devolvía el impacto de una de sus garras a golpe de escudo tormenta. El piloto orko había intentado abarcar demasiado y perdió los nervios. Praetor hizo añicos la garra con un golpe de su martillo relámpago antes de avanzar pesadamente y abrirse paso. El piloto perdió el control y la máquina siguió su ejemplo. Tsu'gan atacó por sorpresa, se agachó tras una garra que se agitaba fuera de sí y puso una bomba de fusión en el motor de la máquina de guerra. Tsu'gan notó al apartarse cómo el calor de la explosión recorría su armadura y la máquina quedaba hecha pedazos. Los escombros caían como una lluvia de acero. Las patas destrozadas y humeantes que seguían unidas al abdomen de metal cuarteado, y que eran lo que quedaba de la máquina, acabaron entre cenizas.

Praetor había resistido la explosión y continuó casi al instante, mientras que Tsu'gan todavía no se había levantado. La intensidad del ataque de los orkos iba disminuyendo. Los gritos guturales de los pieles verdes aparentemente ahogados por las dunas ahora estaban mucho más cerca. Por fin vio el motivo.

Enjambres de bestias quitinosas aparecieron entre la horda. Los orkos apartaban a golpes los cuerpos con caparazón de las criaturas subterráneas, y su sangre fluía por las dunas de ceniza en una sopa grisácea. Los agujeros del suelo engullían a muchos pieles verdes; la tierra blanda, removida por las bestias, ya no resistía el peso de los orkos.

Unas formas familiares siguieron a las nubes de ceniza, saliendo de los agujeros y disparando los bólters. Agatone y los Salamandras del *Ira de Vulkan* se habían unido a ellos y habían espoleado a las criaturas de quitina como si fuesen ganado para que cavasen los túneles de asalto.

Las llamas salpicaban la oscuridad y hacían arder a los orkos con una neblina gris tiznada de fuego.

A través de la nube de ceniza que se desvanecía y el incontrolable tira y afloja de los combatientes, Tsu'gan vio a una escuadra de asalto emerger del borde de un nuevo agujero. Despegaron inmediatamente con los retrorreactores rugiendo. Los orkos ardieron rápidamente por el violento fogonazo; uno de ellos tropezó en el abismo que había cavado una bestia de quitina y se perdió de vista.

Después vio a Dak'ir entre los refuerzos. El igneano salió luchando y desgarró a un orko con su espada sierra mientras derretía la cabeza de otro con un disparo de su pistola de plasma. Tsu'gan notó cómo se le tensaba la

mandíbula. Había decidido que no iba a ser menos. Vio al capellán Elysius ir tras Praetor y los dracos de fuego. Se dirigían a un inexorable enfrentamiento con el kaudillo orko. Con una sonrisa sombría, Tsu'gan los siguió.



# II
# Ser el yunque. Convertirse en el martillo

Iban apareciendo islotes de tierra entre el mar verde cuando Dak'ir sacó a su escuadra a la superficie. Los orkos seguían por las dunas de cenizas, como habían informado los exploradores de Agatone, pero su masa, antes homogénea, se había transformado en grupos aislados.

La coherencia que había mantenido unidos a los grupos de pieles verdes se rompía. El instinto de supervivencia iba prevaleciendo sobre el deseo de conquista, las rivalidades entre tribus que en su momento habían contenido las brutales amenaza de su superior habían vuelto a resurgir. Había grupos marginales de orkos destrozados por las disputas internas que notaban cómo cambiaba su suerte y reclamaban el liderazgo.

—Quédate conmigo, Illiad —gritó Dak'ir con el resplandor de su pistola de plasma extinguiéndose mientras un orko decapitado se desmoronaba y los

humanos llegaban a la superficie.

Sonnar Illiad asintió sin más. Tenía un gesto duro en su pálido rostro, sus músculos se tensaban al sujetar el rifle láser con más fuerza de lo necesario. A los otros colonizadores les pasaba lo mismo. Habían logrado mantenerse organizados y firmes, pero evidentemente nunca habían luchado en un conflicto así.

Durante unos momentos, Dak'ir se lamentó de no haberse enfrentado a Agatone por el papel que iban a desempeñar en la batalla, pero cuando un tiroteo de sus rifles láser destrozó a la horda de orkos que se aproximaba, cambió de opinión Un hombre que luchaba por su tierra lo haría hasta la muerte con toda determinación. Dak'ir no podía negarles aquello a los colonizadores.

A medida que los orkos cedían, Dak'ir vio a N'keln replegar las diseminadas fuerzas de los Salamandras.

«Ser el yunque. Transformarse en martillo».

Recordó las palabras del capitán.

—Purificar y quemar —rugió Dak'ir a través del comunicador. Ba'ken fue el primero en adelantarse desde la derecha de su sargento, enviando a los pieles verdes una cortina de fuego.

Un segundo estallido salió del voluminoso lanzallamas del venerable hermano Amadeus, quien se había arrastrado desde el agujero de emergencia de las bestias de quitina que tenían a sus espaldas.

—«Purificar y quemar» —repitió el dreadnought de los Salamandras. El eco de su comunicador restalló por encima del rugido de la conflagración que rodeaba a los orkos.

Sólo quedó tierra calcinada entre Dak'ir y la Guardia Inferno una vez que se extinguieron las llamas. Los cúmulos de cenizas se resquebrajaban bajo sus botas mientras el hermano sargento buscaba a su capitán. N'keln se abría paso entre los pieles verdes con la espada de energía. Tras él, el estandarte de la compañía portado por Malicant creaba un fondo glorioso. El *Yunque de Fuego* se movía lentamente tras ellos, lanzando nubes de fuego y acribillando a los orkos con los disparos del cañón de asalto.

De nuevo con su capitán, Dak'ir levantó la espada sierra al ver acercarse a más orkos.

—¡Avanzad! —ordenó.

Conforme más Salamandras se abrían paso hasta N'keln, empezaba a formarse un nexo de fuerza.

Formaban el yunque poco a poco. Luego iría el martillo.

Dak'ir vio a su objetivo a través de la ardiente calima.

El kaudillo de los pieles verdes ignoró a las hordas que discutían y peleaban entre sí, y se concentró en los «hombres de lata» que acababan de destruir la máquina de guerra orka.

Llegaron a un alto en la matanza, apenas a cien metros de los Salamandras que avanzaban, y la bestia lanzó un reto. Sentado en el asiento de su vehículo de guerra, el jefe levantó la barbilla hacia Praetor.

Tsu'gan llegó al lado del sargento veterano a tiempo para oír la orden que daba a los dracos de fuego.

—Matadlo —rugió.

Praetor era un héroe, un veterano de innumerables batallas y campañas. Su papel de honor entre los dracos de fuego había sido largo y distinguido por muchas marcas de muerte. Pero también era pragmático y no solía tener grandes gestos. La vanagloria no lo atraía. Dejaba que los escribas y rememoradores escribiesen lo que gustasen. Praetor sólo quería ver a ese cabrón verde muerto. Y le echaría encima todo lo que tuviera.

Los dracos de fuego se acercaron como un todo, como un imponente muro blindado.

Molesto porque el hombre de hojalata no respondía a su provocación, el kaudillo envió a sus escuadrones motorizados por delante. Una horda de orkos de su clan los siguió. Llevaban más armamento pesado y eran más disciplinados que las otras tribus.

El mundo de Tsu'gan se reducía a un único combate: su escuadra con Elysius y los dracos de fuego contra el kaudillo y sus secuaces.

—¡Derribadlos! —rugió. Los motoristas que se acercaban quedaron atrapados por la tormenta bólter.

Afiladas dagas blancas se clavaron tras los ojos de Dak'ir y notó sangre en la sien. Había perdido el casco. Tal vez se lo había aflojado él; ya no lo recordaba. El orko volvió a atacarlo. Pudo oler el hedor de la sangre de su hacha, que falló y

le pasó a pocos centímetros de la cara. Con un corte bajo, Dak'ir alcanzó la pierna de la bestia con su espada sierra. El hermano Zo'tan le metió un proyectil en el cerebro antes de que tocata el suelo.

Tres pieles verdes más llegaron aullando por un lado. Una ola de calor se mantuvo durante unos segundos mientras Ba'ken los abrasaba con el voluminoso lanzallamas. Dak'ir asintió secamente para darle las gracias y siguió.

A la batalla le faltaba mucho para acabar.

Los orkos estaban por todas partes, y aunque muchos habían muerto en el asalto o huían, luchaban entre sí o se enfrentaban a las bestias quitinosas, había cientos que seguían intentando matar a los Salamandras.

Los colonizadores de Illiad hasta ahora se habían llevado la peor parte. Carne fácil, debieron de pensar los orkos. De los cincuenta que se unieron a la escuadra de Dak'ir, sólo quedaban veintitrés. Los Salamandras habían intentado protegerlos, pero al llegar enemigos desde todas las direcciones esa tarea se hizo imposible.

La sangre y la muerte estaban omnipresentes en el campo de batalla. Como marine espacial, Dak'ir podía evaluar y medir todos los combates, y en su enaltecido estado de batalla, seguir la justicia del Emperador con eficiencia y furia racional. Los humanos no tenían ese recurso y simplemente luchaban cómo podían e intentaban seguir vivos.

—¡Quedaos con el capitán! —Privado del comunicador que tenía en el casco de batalla, Dak'ir se vio obligado a gritar de viva voz la orden a su escuadra de combate.

N'keln iba varios pasos por delante de ellos. Grandes zancadas lo llevaban hasta el gran grupo de pieles verdes donde su espada de energía parpadeaba como un ángel justiciero. Su liderazgo no hizo más que aumentar mientras luchaba, matando a los orkos con total impunidad. El espíritu de Vulkan ahora estaba con él, su indomable voluntad y la fuerza sin par del primarca. Hasta la Guardia Inferno, su séquito, se esforzaba para estar a la altura.

Dak'ir vio que Fugis era el más rezagado. Llevaba en sus brazos al hermano Usen, uno de los soldados de Dak'ir, parte de la escuadra del segundo enfrentamiento. Ni siquiera lo había visto caer. Malherido, un cuchillo orko de carnicero le había abierto el pecho, pero seguía vivo. Usen disparaba su bólter con una mano y le voló las piernas de un piel verde que también les disparaba. A

la vez, Fugis destrozó la cara de otro con el bólter temblándole violentamente en la mano.

Illiad y los humanos se quedaron con ellos mientras el grupo de Dak'ir los alcanzaba. Formaron en círculo y dispararon ráfagas láser contra los orkos que se acercaban.

Dak'ir ya no podía protegerlos. Vio perfilarse a lo lejos al kaudillo. Los dracos de fuego estaban a punto de acometerlo.

N'keln llegaría donde estaba el kaudillo después que ellos. Dak'ir aligeró el paso, decidido a enfrentarse a la bestia al lado de su capitán.

Haciendo girar el acelerador de su vehículo, el kaudillo orko atravesó las dunas y fue directo a por los dracos de fuego.

La fuerza de combate que el orko había enviado por delante no estaba ni mucho menos destruida. Los motoristas no eran mis que un cúmulo de restos en el amasijo de hierros de sus monturas mecánicas. Los exterminadores los habían golpeado como si fueran un ariete. Cualquier orko que hubiese sobrevivido a la carrera suicida, ya fuera por azar o por cobardía, fue detenido por Tsu'gan y los bólters de su escuadra.

El capellán Elysius disfrutó al despachar a los jinetes, atacándolos mientras pasaban veloces; y los gritos de júbilo se transformaron en horror y finalmente agonía a medida que convertía huesos en polvo e incluso cortaba cabezas con el crozius. Cada muerte de un orko quedó marcada por una diatriba distinta. Los orkos que quedaban del clan que había huido despavorido tras su líder, formaron una horda rabiosa encabezada por el kaudillo.

Con los fornidos puños apretados sobre los gatillos de las ametralladoras del triciclo de batalla, el kaudillo reía a carcajadas con un sonido gutural que imitaba el sonido de las armas. El fuego de la boca del cañón iluminaba el rostro rabioso de la bestia mientras las armas rugían a gran volumen.

Un gran número de balas impactaron contra la armadura de los exterminadores sin resultado, poco más eficaces que un enjambre de insectos. De forma tajante, Praetor les ordenó formar una pared escudo para detener el ataque de los orkos. Los dracos de fuego se unieron en una sólida barrera de ceramita.

Esto, al parecer, hizo entrar a la bestia en un bucle frenético, de carcajadas y alaridos. La saliva le caía en un largo hilo que colgaba de una comisura de la

boca.

Tsu’gan sonrió con desagrado al ver al kaudillo dispuesto a atacar. «Vamos a aplastarlo por completo».

Luego se fijó en la masa de explosivos que rodeaba el triciclo. Su sonrisa se transformó en una mueca de horror. Había cartuchos de dinamita atados al armazón y otros explosivos más volátiles apilados y atados en latas y paquetes de color gris pálido.

El triciclo era una bomba gigante en movimiento.

La risa de loco del kaudillo precedió a una explosión de fuego que irrumpió desde los bajos de la máquina. Cuando la bestia salió despedida, Tsu’gan pudo comprobar las malignas habilidades de la ciencia orka: las piernas del kaudillo eran en buena parte mecánicas, y el estallido de un simple cohete acoplado a ellas había impulsado al orko fuera del triciclo, prendiendo fuego a los explosivos al mismo tiempo.

El sargento ni siquiera tuvo tiempo de avisar. Los explosivos estallaron en una enorme nube que destrozó el triciclo en un torbellino de fuego y metralla. La onda expansiva lanzó por los aires a Tsu’gan. Él y su escuadra cayeron derribados. El dolor, como un hierro al rojo, los invadió.

Hasta los duros exterminadores estaban conmocionados, como vagas siluetas a través de la nube oscura que se expandía con voracidad.

Varios orkos que estaban al frente de la horda murieron con la explosión. Saltaron por los aires como cartuchos de dinamita y aterrizaron torpemente formando montañas irregulares. Entre la lluvia de orkos también cayó el kaudillo. Aterrizó con pesadez al impactar sobre las densas dunas de ceniza al agotarse el combustible que llevaba en los reactores de sus piernas.

Aunque todavía estaba aturdido por la explosión, el hermano Namor de los dracos de fuego llegó hasta el kaudillo caído blandiendo el martillo relámpago. Había perdido su escudo tormenta cuando lo partió en dos la máquina de guerra orka ya destruida. El kaudillo se rio y detuvo el golpe de Namor con la mano antes de abrirle un agujero en la armadura de exterminador con su potente garra. A pesar de su resistencia, la venerable armadura sufrió un profundo desgarro, al igual que Namor. El draco de fuego derramó sangre e intestinos cuando cayó inmóvil sobre la ceniza.

El hermano Clyten cargó desde el flanco opuesto, con la esperanza de que la

bestia bajara la guardia. El juramento de venganza que brotó de la boca de Clyten murió de repente cuando el kaudillo lo embistió de un cabezazo. El golpe fue tan potente que partió el casco del draco en dos y lo derribó.

Un grito de angustia escapó de los labios de Praetor al ver caer a sus hermanos. Intentaba organizar a los guerreros que quedaban y acercarse a la bestia, pero la horda de orkos ya los había alcanzado. Los pieles verdes los invadían, multitud de letales espadas, garrotes y cadenas atacaron a los dracos de fuego. Era como querer derribar los muros de un bastión con un martillo de goma. De todos modos, los orkos no querían necesariamente matarlos, sino sólo retrasarlos.

Mientras tanto, el kaudillo reía con sonoras carcajadas y disfrutaba de la carnicería que había desatado.

El hermano Elysius se propuso amargar el buen humor de la bestia. Se introdujo en un hueco abierto por la explosión y blandió el crozius. Los rayos crepitaron sobre la superficie del arma, reflejo del odio del capellán. La letanía llena de furia salió de sus labios:

—«Y la perfidia del alienígena será combatida con fuego purificador y espadas ardientes. Su forma, injuriosa y repugnante, será arrojada a la fosa de la condenación».

Elysius balanceó su crozius formando un arco, un rastro de afilada energía reluciente que se mantuvo unos segundos en el aire. Pretendía ser una provocación.

—Enfréntate a mí, escoria xenos —lo retó.

Con otro contrincante a la vista, el kaudillo se golpeó el pecho anticipando una buena pelea.

Tsu’gan se estaba levantando cuando vio a Elysius enfrentarse a la bestia. El capellán, cuya apariencia solía ser imponente, parecía pequeño junto al enorme orko. Le sacaba varias cabezas y era casi el doble de ancho. Tsu’gan se sentía aturdido, todavía le pitaban los oídos por la explosión y había nubes negras amenazantes dando vueltas en su visión periférica. Se deshizo de ellas con fuerza de voluntad.

Había debido de arrojarlo la explosión. Un agujero en las cenizas con la forma de un cuerpo de varios metros de largo dio fe de la suposición del sargento.

Al levantarse con esfuerzo, Tsu'gan se dio cuenta de que estaba sangrando. Notó el calor húmedo tras su armadura y contuvo un grito de agonía.

—Al capellán —dijo con voz ronca y el sabor del cobre en la boca, y se dirigió hasta donde el hombre y la bestia se enfrentaban en un combate desigual.

N'keln se estaba convirtiendo en una figura distante. Dak'ir mataba a un piel verde casi con cada golpe, y tenía la espada sierra atascada por los restos de carne arrancada, pero el capitán aún iba por delante. Un rastro sangriento, irregular y sembrado de extremidades, describía su paso entre los orkos. Hacía que seguirlo fuese más fácil, y mientras continuaba la matanza, cada vez menos pieles verdes llenaban el vacío que quedaba a la espalda de N'keln.

La Guardia Inferno era la que más cerca estaba: Shen'kar abrasaba grupos de orkos con su lanzallamas mientras Malicant sostenía en alto el estandarte de la compañía. A Fugis, Dak'ir lo había perdido de vista. Lo habían dejado atrás, atendiendo a los caídos incluso mientras mataba enemigos. La dicotomía última de la vida y la muerte a través de un solo individuo.

Dak'ir calculó estar unos cuatro pasos por detrás de la Guardia inferno, que a su vez combatía cuatro pasos por detrás de N'keln. El hermano sargento tenía a Emek a su lado junto con Apion y Romulus. Ba'ken había optado por retrasarse e intentar proteger a los colonizadores. Dak'ir alabó su heroicidad, pero ahora deseaba que estuviese a su lado.

De un golpe de espada sierra hizo trizas una clavícula de orko y luego le abrió un agujero en el torso con su pistola de plasma. Dak'ir vio la armadura negra del capellán Elysius a través del hueco que dejó el cuerpo del piel verde caído.

Estaba enfrentándose al kaudillo orko. La sombra de su horripilante estatura lo eclipsaba. Otros corrieron a ayudarlo; Dak'ir vio a Praetor y a dos de sus dracos de fuego librarse de un enjambre de pieles verdes. Tsu'gan también se tambaleaba hacia él con su escuadra rezagada.

Dak'ir sabía que no llegarían hasta Elysius a tiempo. El capellán tendría que enfrentarse solo a la bestia.

Un camión de orkos explotó en algún punto a la derecha de Tsu'gan, una nube de humo le dificultó la visión y dejó de ver a Elysius.

Cuando el humo se disipó, vio al capellán arrodillado sobre una pierna. La bestia que se cernía sobre él empujaba a Elysius contra las cenizas al presionar

su espada sierra contra el crozius en alto del capellán. Había un verdugón oscuro sobre el ojo izquierdo del orko y una marca negra de quemadura donde el crozius lo había golpeado.

Elysius estaba flaqueando.

Tsu’gan se esforzó por alcanzarlo, con el dolor que atenazaba sus piernas y hacía que tirasen de él hacia abajo. Observó, casi paralizado, cómo el capellán apuntaba con la pistola bólter a un hueco de los arcos emitidos por el crozius, momento en que el kaudillo golpeaba con su garra de energía.

La tierra tembló cuando otro terremoto sacudió Scoria. Elysius gritó al unísono con él y su angustia pareció agitar el mundo. Tenía el brazo herido a la altura del hombro. La sangre manaba de su herida y formaba un feo charco alrededor de los pies del capellán y de su rodilla flexionada. Parecía que Elysius fuese a caer, con la bestia presionándolo sin cesar, cuando ésta se adelantó con la intención de aplastar el antebrazo herido y convertir en papilla a Elysius.

Sólo estaba a unos pocos metros y Tsu’gan notaba el sabor del golpe de gracia, como si fuera un cambio de viento o un vuelco en el estómago.

El capellán estaba a punto de morir y Tsu’gan no podía hacer nada para evitarlo. Otro héroe de la compañía muerto al igual que…

Entonces llegó N’keln, con la capa de escamas de draco ondeando por la velocidad de su carga y con su brillante espada de energía de doble hoja, y se produjo un giro del destino. Gritando el nombre de Vulkan, clavó la espada de magistral artesanía en el cuello del orko y la sacó entre un torrente de sangre oscura. La bestia rugió; un grito desgarrado salió de la garganta destrozada donde la sangre brotaba libremente. Se olvidó de Elysius y el capellán cayó por la conmoción y la pérdida de sangre. N’keln paró un golpe de la garra de energía del orko con la espada en horizontal y el aire quedó cargado de electricidad a su alrededor.

Tsu’gan notó el sabor a ozono. Adormecía sus labios y le amargaba la lengua como si ardiera. A pesar del dolor, corría. Su bólter estaba vacío y el bidón de promethium del lanzallamas hacía mucho que se había agotado, así que sacó su espada.

La tierra volvió a temblar, con la misteriosa sinergia de la batalla titánica que se libraba sobre ella. El kaudillo orko le propinó una lluvia de golpes al capitán Salamandra cual gigante furioso. Cada uno era como un corneta directo al

cráneo destinado a morir cuando la habilidad con la espada de N'keln lo detenía o lo esquivaba. Un oscura y viscosa cortina de sangre cubrió el pecho del orko tras un segundo corte de la espada de energía de N'keln en su cuello carmesí. Cavaba surcos en el suelo con su garra presa de la furia, y el capitán de los Salamandras fue retrocediendo al no poder sujetarse en las cenizas.

La pérdida de sangre poco a poco ralentizaba al kaudillo. Sus movimientos eran más pesados, su fuerza prodigiosa se desvanecía. Cuanto más se esforzaba, más rápido escapaba la sangre de su cuerpo. N'keln lo sabía y basó su estrategia de lucha en el desgaste. Era una forma muy prometeana de matar al enemigo. Nadie podía igualar la tenacidad de un Salamandra. Los Nacidos del Fuego nunca se sabían derrotados.

El kaudillo resbaló y el que pretendía ser su golpe de gracia no tuvo lugar. N'keln aprovechó la oportunidad. Tras haber esquivado el golpe bajo de la garra de energía del orko, entró en su guardia y cortó la muñeca que sostenía la cuchilla sierra. Entonces N'keln retiró la espada y la llevó hasta el flanco expuesto de la bestia. El borde monomolecular de los filos cargados de energía fundió el metal y sobrecargó el generador de fuerza de corto alcance, formando ondas de energía a través de la armadura del piel verde. Aulló mientras la espada le atravesaba el pellejo, luego la carne y, al final, los huesos.

El hedor a carne asada invadió las fosas nasales de Tsu'gan cuando se acercó al orko por sorpresa y clavó su espada en un zona expuesta del piel-verde entre las placas y los eslabones que las unían.

N'keln hundió más profundamente la espada, buscando órganos y maneras de destrozar al monstruo desde el interior. La bestia alzó su garra de energía, un pesado esfuerzo en un desesperado intento de tomar represalias. Praetor, por fin incorporado a la batalla, la aplastó con un golpe de su martillo relámpago. Uno de los dracos de fuego, el hermano Ma'nubian, clavó el borde de su escudo tormenta en el gaznate del orko, que chilló de dolor.

Siguió negándose a morir, con sus ojos diminutos como soles maléficos lanzando vacías promesas de castigo. El kaudillo agachó la cabeza, con el peso de su propio cuerpo empujándolo hacia abajo. Un disparo de plasma le abrasó el hombro. Dak'ir disparaba desde un hueco del tumulto.

Una figura oscura se cernió sobre el orko medio muerto.

Era Elysius. También estaba encorvado, y el sufrimiento agudizaba sus

facciones tras la forma de cráneo de su casco. La herida de su antebrazo partido ya casi había coagulado: las células de Larraman trabajaban duro para cerrar el corte. Una llovizna de sangre salía del muñón, de donde antes salía un torrente. El capellán se lo acercó al cuerpo de forma protectora. A pesar de haberse desmayado, mantuvo agarrado su crozius arcanum.

—¡Muerte al orko! —rugió bajando la maza sobre el cráneo de la bestia.

Tenía que dar el golpe final de la derrota de los orkos. Sin su kaudillo para unificarlos, los clanes se dispersarían. Por falta de disciplina, los orkos se destruirían luchando entre ellos. Muchos huyeron a través de las dunas hasta caer en el olvido ante la victoria de los Salamandras.

El propio clan de la bestia luchó hasta el final, pero los dracos de fuego y las escuadras recién llegadas de Dak'ir y Tsu'gan, además de otros refuerzos, lo vencieron en seguida. La Guardia Inferno permaneció al lado de su señor. El hermano Malicant cedió el estandarte de la compañía a N'keln, que lo hizo ondear con la puesta de sol y rugió:

—¡Gloria a Prometeo! ¡Gloria a Vulkan y al Emperador!

Los Salamandras vitorearon igual que los colonizadores humanos, que no sabían por qué lo hacían, sólo sabían que estaban vivos y que esos cerdos colmilludos habían muerto.

Ba'ken alcanzó a Dak'ir y al resto junto al cadáver desplomado del jefe de los orkos, que se enfriaba poco a poco ante ellos.

—Hemos destruido a los pieles verdes —anunció.

Dak'ir vio a Illiad siguiéndolos y se alegró de que el humano hubiera sobrevivido. Otros diecisiete colonizadores lo acompañaban.

—Dieron sus vidas por su hogar —dijo Illiad al leer el pensamiento al sargento Salamandra—. Es lo que sus familias hubiesen querido. —Su tono era desafiante, pero también sombrío y serio. La pena llegaría más tarde.

—¿Akuma? —preguntó Dak'ir, como si friera el único nombre que conociese de los que habían luchado en la batalla.

—Murió de forma honorable —respondió Ba'ken con la voz afectada por la tristeza—. Ahora descansa antes de que lo lleven al pyreum a reunirse con el resto de héroes que han caído hoy.

Se hizo un sombrío silencio que rompió la llegada del capitán.

—Bien hecho, hermanos —dijo N'keln, devolviéndole el estandarte a Malicant y alzándose entre ellos.

Los Salamandras reunidos asintieron levemente, sobrecogidos por la valentía y habilidad de su capitán.

Dak'ir se sintió envalentonado y se alegró de que N'keln hubiera encontrado su fuerza en los fuegos de la batalla. El yunque lo había puesto a prueba y había salido reforzado. Su optimismo quedó aplastado de golpe al cruzarse con la mirada amenazante de Tsu'gan. El brillo de los ojos del hermano sargento se atenuó al moverse con dificultad. Nuevas cicatrices atravesaban su rostro, las marcas de honor de una batalla bien luchada. Los sacerdotes marcadores añadirían más en recuerdo de este día. La mirada iracunda de Tsu'gan iba de Dak'ir a N'keln. Dak'ir tuvo esperanzas al ver respeto en ella, y le sorprendió reconocer que tal vez al principio las preocupaciones de Tsu'gan fuesen legítimas, que deseaba lo mejor para la compañía y no sólo aprovecharse de la gloria. Si su hermano sargento reconocía el error de haber juzgado de forma precipitada, tal vez Dak'ir debiese hacer lo propio en lo que respecta a los motivos de Tsu'gan. Aunque eso no quisiera decir que su enemistad hubiese disminuido.

—El apotecario Fugis se ocupará de eso —le dijo N'keln a Elysius en un tono que no admitía réplica por parte del capellán.

A Dak'ir le sorprendía que el capellán siguiera de pie dada la gravedad de su herida, incluso para alguien tan robusto como un astartes.

Elysius simplemente asintió. La adrenalina iba abandonando su cuerpo y tenía que concentrar todos sus esfuerzos para mantenerse consciente.

—¿Y ahora qué, señor? —preguntó Praetor, que tenía sus propias cicatrices. Su mirada oteó brevemente por donde Namor y Clyten habían caído. Dos de sus hermanos de batalla permanecían juntos, preparados para el reductor de Fugis. La tristeza ensombreció el rostro de Praetor durante unos segundos antes de que volviese su frialdad.

—Los orkos han sido derrotados, pero el *Ira de Vulkan* sigue enterrado y no estamos cerca de descubrir por qué el Libro del Fuego nos ha traído hasta aquí.

—Y los temblores empeoran por momentos —dijo Tsu'gan con voz áspera —. ¿Cuánto puede faltar para que este mundo se resquebraje y quede reducido a

polvo galáctico?

Un nervio de la mejilla de Illiad tembló bajo su ojo izquierdo con el cruel comentario de Tsu’gan. El hermano sargento no percibió el efecto que su referencia al inminente final de Scoria había tenido sobre el humano.

Dak’ir dio un paso al frente con humildad, asintiendo con respeto en dirección a Praetor y N’keln.

—Puede que tenga la respuesta a la segunda pregunta —dijo.

—Por ahora tendrá que esperar —lo interrumpió Elysius. Ahora Fugis estaba a su lado haciéndose cargo del brazo herido del capellán. Con la otra mano, Elysius señaló el cielo.

Los Salamandras que estaban alrededor de N’keln siguieron su mirada hasta donde la roca negra palpitaba como un tumor maligno. Parecía más grande. Cubría el sol por completo. Ni siquiera quedaba un anillo de luz, sólo oscuridad, vacía y enferma. Se desprendían astillas, como si fuesen granizo afilado, decididas a alcanzar el planeta.

Naves de orkos. Muchas más que antes.

A pesar de la victoria, los Salamandras estaban debilitados. Aunque unidos, habían luchado y pagado un precio muy alto para derrotar a los pieles verdes. Ya no había más refuerzos para completar las tropas. Todo lo que poseían lo tenían delante, agotado y castigado sobre las sangrientas dunas de ceniza.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó N’keln con voz profunda y amenazante.

—Unas horas —respondió Elysius—. Es el tiempo que nos queda.



# DOCE



# I
# CONDENACIÓN

—Sacadlo.

El brazo herido del capellán estaba empapado en sangre, y lo apretaba contra su cuerpo inconscientemente mientras daba la orden.

Los interrogadores cirujanos respondieron con eficacia. Sacaron la estructura del excruciador y al Guerrero de Hierro encarcelado a la extraña luz del día.

El prisionero estaba atado y sujeto a uno de los Rhino de la compañía. La idea era mantenerlo lejos de los Salamandras de los muros y evitar que escupiese dogmas del Caos en un esfuerzo por disuadirlos de su propósito.

Un pequeño grupo observaba en el patio de la fortaleza de hierro mientras situaban al traidor a la vista. Dak'ir estaba entre ellos, y también estaban N'keln, Praetor y Pyriel. Fiel a los últimos tiempos, el bibliotecario no se alejaba de él y observaba al hermano sargento meticulosamente de vez en cuando. Dak'ir no sabía qué le pasaba ni qué había hecho Pyriel. Si Scoria iba a poner a prueba a la 3.ª Compañía en el último campo de batalla, tal vez nunca lo sabría. No obstante, sabía que se hacía más fuerte, y a pesar de toda la experiencia, el entrenamiento y el condicionamiento hipnótico, tenía miedo.

Elysius estaba al frente del interrogatorio y se negó a recibir asistencia médica, excepto una capa de gasas bajo el cabestrillo para vendar la grave herida.

Fugis no esperaba menos. Seguía habiendo afecto entre ellos, y operaban como lo habían hecho en extremos opuestos del espectro bélico. Dak'ir supuso que el apotecario estaría ocupado con algo, seguramente con los heridos y extrayéndoles la semilla genética a los muertos. El hermano sargento supuso que Fugis lo habría hecho en el compartimento de los soldados del *Yunque de Fuego*. N'keln había dicho que el torreón de la fortaleza de hierro seguía clausurado. Cierto, la intensidad del malestar y las torvas emanaciones que procedían de la piedra y el metal con que se había forjado habían decaído en ausencia de los efluvios psíquicos naturales de los orkos, pero fuera lo que fuera lo que rondaba las entrañas de ese lugar, corpóreo o no, debía quedarse allí, encerrado.

El Land Raider era un buen sustituto a falta de un apotecarium improvisado más grande. Muchos Salamandras heridos, hasta colonizadores humanos, esperaban los cuidados del apotecario alrededor del tanque de asalto.

A Dak'ir, que había visto entrar a Tsu'gan hacía media hora, le preocupaba que no estuviese de testigo en el interrogatorio, pero N'keln le había ordenado curarse y prepararse para luchar otra vez en cuanto fuera posible. A la luz de su aparente renuncia a la capitanía de la 3.ª Compañía, Dak'ir decidió reunirse con él y dejar claros algunos puntos antes de que llegasen los orkos.

El resto de los Salamandras cuyas heridas no eran graves ni necesitaban las atenciones de Fugis estaban en formación alrededor de las almenas de delante de la puerta.

Juntos, observaron los cielos y las dunas. Por encima de sus cabezas, la roca negra se cernía como una maldición. Sólo quedaban unas horas hasta que los pieles verdes aterrizaran.

—Habla, traidor, y tu muerte será rápida —declaró Elysius, evocando el odio a pesar de su dolor e incomodidad.

El Guerrero de Hierro no logró hablar con claridad, pero un sonido ahogado salió de su boca.

—Más alto, cobarde siervo de los falsos dioses —le espetó Elysius—. Los verdaderos sirvientes del Emperador no se esconden tras susurros.

Dak'ir oyó los susurros mientras el Guerrero de Hierro se encaraba al

capellán y alzaba la voz.

—Hierro dentro, hierro fuera —cantó, como un mantra.

Una ráfaga de rayos golpeó el pecho del traidor a través de su crozius.

El arma estaba a baja intensidad, de modo que no mató al prisionero. Aun así, sobre su cuerpo se veía la cicatriz de la carne calcinada, y llenó el aire con su desagradable olor.

Dak’ir se dio cuenta de que el capellán no utilizaba a sus interrogadores cirujanos con el Guerrero de Hierro y prefería, cosa extraña, desempeñar la tarea él mismo. Evidentemente estaba furioso por el ataque del orko y descargaba su furia en el traidor.

—Déjate de enigmas —espetó. Guardó el crozius y sacó la pistola bólter. Presionó el frío cañón contra la frente del Guerrero de Hierro—. Habla.

—Hierro dentro, hierro fuera —contestó el prisionero, que seguía negándose a cooperar.

—No lo preguntaré por tercera vez —prometió Elysius, presionando con más fuerza el bólter sobre la cabeza del guerrero—. Dime cómo derrotaste a los pieles verdes. ¿Cómo pudiste sobrevivir? ¿Tiene algo que ver el cañón de las entrañas del bastión fétido? ¿Para qué sirve? ¡Contesta, rápido!

—Hierro den… —empezó a decir el traidor, y de repente se detuvo. La sombra de las astillas que se habían desprendido de la roca negra había cubierto el patio—. Condenación —dijo con voz ronca.

Elysius siguió su mirada y también Dak’ir y los demás. Todos sabían lo que era.

Anteriormente, en el viaje de vuelta de los campos de la masacre, más allá de la fortaleza, Dak’ir le había descrito a N’keln la naturaleza de la roca negra tal como Illiad, el colonizador humano, le había contado. Era similar a un planetoide, rotaba en una órbita con forma de herradura alrededor de Scoria; un planetoide habitado sólo por orkos. Cada pocos años se acercaba lo suficiente a Scoria como para que los orkos zarpasen en sus amenazantes embarcaciones atmosféricas y declarasen la guerra a quienquiera que habitase el planeta, porque a los orkos les encanta la guerra. Antes de la llegada de los Salamandras habían luchado contra los Guerreros de Hierro, que construyeron su fortaleza y el cañón sísmico con alguna intención desconocida. Dak’ir sospechaba que él sabía parte de los motivos, pero le ocultaron el resto.

—Condenación —repitió el herrero de guerra—. Os superábamos en número por mucho, perritos falderos del Emperador, y aun así los pieles-verdes lucharon hasta casi hacernos desaparecer. No perduraréis.

—¿Por eso estabais construyendo el arma? —preguntó Elysius, presionando más fuerte con el bólter sobre la sien del guerrero—. ¿Pensabais utilizarla contra los orkos para inclinar la balanza a vuestro favor?

Una voz ronca y metálica salió por detrás del casco cerrado del traidor.

—No lo ves —rio—. Te salvará. Nos hemos ocupado de vuestra destrucción. ¡La condenación de los hijos de Vulkan está por llegar! Vuestra conde…

El flujo de sangre y materia contra la armadura negra de Elysius fue el epílogo de la réplica del bólter cuando le disparó al Guerrero de Hierro en la cabeza.

Un leve temor se reflejó en el rostro del capitán N'keln, y la única pista de su disgusto fue lo repentino de la ejecución.

—Era un recipiente vacío. No servía para nada más —explicó el capellán—. Dejad que se pudra en los fuegos de la disformidad. El abismo lo reclamará.

—Aun así, el traidor tenía razón —intervino Pyriel.

Elysius se volvió para enfrentarse a él. El lenguaje corporal del capellán sugería que acababa de emitir juicios sobre su lealtad, su fe y el fervor de éstas.

—No podemos vencer a los orkos —afirmó Pyriel. Elysius retrocedió ante su mirada celeste. El bibliotecario centró su atención en N'keln—. La roca negra se acerca. Pronto estará en su posición óptima. Los cielos ya están atestados de pieles verdes. Un planetoide de orkos, señor —dijo—. Posiblemente sean millones. Aunque tuviéramos la mejor estrategia, incluso con todo el capítulo y lord Tu'Shan a nuestro lado, perderíamos la batalla.

—No estoy seguro de adónde nos lleva esta línea de razonamiento, hermano bibliotecario —dijo N'keln.

—He hablado con el tecnomarine Draedius. —A Dak'ir le sorprendió saberlo. Había estado con Pyriel casi todo el tiempo antes y después de la batalla —. Y cree que el arma forjada por nuestros hermanos traidores es útil.

Elysius explotó al oír el comentario.

—¡No puedes proponer que utilicemos las armas del enemigo! —rugió—. La herejía merodea por ese sendero, bibliotecario. Moriría con gusto antes que comprometer mi pureza y tiznarla con la semilla de Perturabo.

—Todavía puedes cumplir tu deseo. —Pyriel continuó con un tono moderado —: Pero yo no ofreceré voluntariamente mi vida ni las vidas de mis hermanos o la gente de este mundo al yunque de guerra por mero orgullo. Confía en la fe y la valentía que Nocturne nos infundió desde que nacimos y renacimos —imploró —. Podemos activar el cañón y utilizarlo para destruir la roca negra y a los pieles verdes que están en ella.

—¿Y con qué fin? —contestó el capellán—. Nos arriesgamos a comprometer nuestra pureza a los ojos del Emperador Inmortal. Y en el supuesto de que no acabemos manchados y venzamos a nuestros enemigos, ¿entonces qué? Nuestro barco sigue enterrado en cenizas, privado de la energía del motor para liberarse y este planeta se desintegra desde dentro.

En aquel momento, hubo un profundo estruendo bajo la tierra y el fuego de los volcanes rabiosos volvió rojo el cielo oscuro.

—Abandonar una oportunidad de victoria es abandonar la esperanza —dijo Pyriel—. Me niego a creer que Vulkan a través del Libro del Fuego nos haya enviado a Scoria sin motivo para la destrucción inevitable. Tú lo has dicho, hermano: nuestro destino era ser atacados desde el cielo con los ojos abiertos a la verdad.

Elysius lo escuchó y se dio cuenta de que no tenía palabras. En vez de responder, miró a N'keln. Tenía que decidir el capitán.

—A pesar de que me ofende profundamente ensuciarme las manos con armas de traidores, no veo otra opción. No podemos usar el *Ira de Vulkan* para destrozar la roca negra y aquí no tenemos ninguna otra arma capaz de tal hazaña: el cañón sísmico de los Guerreros de Hierro será nuestra elección. Los efectos prácticos deben prevalecer sobre la falsa gloría. Mi decisión está tomada.

Pyriel asintió. Elysius se hizo eco unos segundos más tarde, reacio pero cediendo a la voluntad de su capitán y su consejero.

—¿Qué quieres que haga, señor? —preguntó el capellán.

—Después de abrir el torreón, el hermano Draedius te acompañará a las catacumbas donde se guardan las armas. Coge lanzallamas, lo que necesites, y límpialo, santifica el cañón y deja que nuestro tecnomarine dirija sus espíritus máquina mancillados. Luego tráelo a la luz del día y limpia la oscura mancha que tanto daño ha causado al cielo de este mundo.

—Las armas necesitan cierta cantidad de fyron para disparar, es el metal que

extraen aquí los colonizadores —advirtió Pyriel.

N'keln lanzó una dura mirada al bibliotecario. A Dak'ir le parecía que el capitán aumentaba de estatura a cada momento.

—¿Sabes dónde está la mina, hermano?

—Podemos seguir a un guía de los supervivientes humanos —dijo llanamente.

Dak'ir pensó en seguida en Illiad y se dio cuenta de que no había visto al líder de los colonizadores desde que volvieron a la fortaleza de hierro. También se dio cuenta de que faltaba un Rhino.

—Pues hacedlo. —La respuesta de N'keln interrumpió los pensamientos de Dak'ir—. Hermano sargento —añadió, atrayendo la atención directa de Dak'ir—, reúne una escuadra de combate que os acompañe a ti y al hermano Pyriel. Es primordial que regreséis con mineral de fyron suficiente para poder disparar al menos un cañonazo.

—Sí, señor —saludó Dak'ir.

—A vuestras tareas, hermanos —dijo N'keln.

El hermano Shen'kar esperaba pacientemente en el exterior con esquemas y escenarios potenciales de combate para que el capitán los valorase. Aunque consiguieran destruir la roca negra, ya había muchos orkos de camino que pronto aterrizarían en suelo de Scoria. El enfrentamiento con ellos sería inevitable y el resto de los Salamandras tenía que estar preparado.

Poco más se podía hacer por el maestro Argos y el *Ira de Vulkan*. N'keln se había negado en todas las ocasiones a ir a reforzar la nave. Tenían una buena posición en la fortaleza y los orkos podrían volver. Si alguno encontraba el camino al lugar de la explosión, los auxiliares tendrían que arreglárselas. A N'keln no le parecía muy probable. Los Salamandras no buscarían cobijo tras los muros esta vez. Sus efectos eran muy peligrosos e impredecibles por culpa de la estela psíquica de los pieles verdes. No. Se enfrentarían a las hordas al aire libre y las recibirían cuerpo a cuerpo, lo que mejor hacían los hijos de Vulkan. Si los derrotaban, N'keln consideraría que no merecían el afecto del primarca ni un destino mejor. Escogió confiar en la fe y en que la salvación de la compañía se presentaría a través de los fuegos de la guerra.

Dak'ir quería hablar en persona con N'keln sobre el destino de Gravius y las armaduras de la vieja legión con más detalle, pero por ahora el capitán estaba centrado en los planes de batalla. Hasta el momento sólo había conseguido informarlo sucintamente de los hechos: de su descubrimiento con Pyriel del anciano Salamandra y de las servoarmaduras guardadas a bordo del *Ira de Vulkan*, en uno de los muchos armoriums de la nave.

El capitán lo había escuchado todo con silenciosa inescrutabilidad y no le había confirmado a Dak'ir que su plan pudiera llevarse a cabo.

Destruir la roca negra, salvar lo que pudieran de aquel mundo y esperar encontrar una vía de escape. Ahora ésas eran las prioridades de los Salamandras, y en ese orden. Todo lo demás era secundario.

—Reunid aquí a vuestros guerreros —dijo Pyriel una vez que N'keln y Elysius fueron a buscar a Draedius y sus lanzallamas—. Os buscaré unos guías.

Dak'ir asintió, con la cabeza de repente en otras cosas, mientras observaba la escotilla abierta del *Yunque de Fuego*. Ba'ken lo estaba esperando junto al Land Raider.

Dak'ir agarró la hombrera del enorme guerrero, se inclinó y le dijo:

—Vamos hacia las minas. Necesito a cuatro hermanos de batalla, tú incluido.

Ba'ken asintió y fue a reunir a las tropas.

Dak'ir siguió su camino y pronto se encontró en la escalerilla del *Yunque de Fuego*. La iluminación del interior era escasa, pero aun así pudo ver a los hermanos de batalla heridos encorvados sobre las literas, a la espera de ser atendidos. Dak'ir también se fijó en dos ataúdes médicos donde yacían los Salamandras en estado de coma, que seguían con vida gracias a la acción de sus membranas ansus en respuesta al grave daño que habían sufrido en la batalla contra los orkos.

También vio otros ataúdes: estos contenían los cuerpos de héroes fallecidos destinados al pyreum a los que les habían extraído las glándulas progenoides para futuras generaciones de Salamandras. Los muertos estaban junto a los cadáveres de los colonizadores. Casi la mitad habían luchado con valentía junto a los astartes y se unirían a ellos como distinción de honor y respeto por su sacrificio.

Dak'ir entró y creyó ver a Fugis inclinado sobre un Salamandra herido en la parte de atrás, dándole la espalda. Cuando vio el casco verde sobre la camilla,

Dak'ir se dio cuenta de que no era el apotecario.

—¿Dónde está Fugis? —preguntó escuetamente, molesto por su equivocación.

El hermano Emek se dio la vuelta, pero el paciente habló por él.

—N'keln le encomendó otra misión cuando volvimos a la fortaleza de hierro —le dijo Tsu'gan. Le habían quitado el peto y una parte de su blindaje. Emek acababa de vendar el pecho de Tsu'gan. Los vendajes estaban apretados y manchadas de rosa oscuro por la sangre que aún brotaba de las heridas. Le habían aplicado bálsamos y ungüentos para acelerar el proceso de recuperación. Olían a ceniza y a roca ardiendo. Dak'ir también vio las muchas cicatrices de la piel del sargento. Eran anchas y profundas y se preguntaba cómo el sacerdote marcador de Tsu'gan había podido ser tan cruel con las marcas de honor.

—Os dejo, hermanos —dijo Emek, siempre diplomático, y se trasladó al otro lado de la bodega donde otro paciente lo esperaba. Dak'ir asintió al verlo pasar, pero su atención estaba puesta en Tsu'gan, que se había levantado y se estaba poniendo el peto.

—¿Cuáles son sus tareas aquí? —preguntó Dak'ir—. ¿Y qué misión?

—Había poco que pudiera hacer, salvo extraer las progenoides de nuestros hermanos caídos. Eso se hizo en el campo de batalla, el resto son vendajes que tu soldado, Emek, parece ser más que capaz de hacer. —Tsu'gan encajó la armadura y la cerró por delante y por detrás, haciendo un gesto de dolor por el esfuerzo—. Puede que Fugis lo esté preparando para el papel de apotecario.

Dak'ir apretó un puño por la deliberada provocación del hermano sargento.

—¿Dónde está Fugis? —volvió a preguntar.

—Se ha ido —respondió Tsu'gan sin más explicación, flexionó el brazo izquierdo e hizo rotar el omóplato bajo la hombrera—. Rígido —dijo, en parte dirigiéndose a sí mismo.

—Tsu'gan —insistió con impaciencia Dak'ir. En el tiempo que pasaron separados casi había olvidado cuánto despreciaba al otro sargento.

—Tranquilízate, igneano. N'keln lo ha enviado a la cámara donde encontraste al anciano. Va a extraerle la semilla genética.

—Illiad lo llevará hasta allí —murmuró Dak'ir, pero no muy bajo para que Tsu'gan pudiera oírlo. También explicó lo del Rhino desaparecido.

—El humano con el que viniste, sí.

Dak'ir sintió remordimientos. Lo correcto era que se conservase la semilla genética de Gravius, pero el anciano Salamandra sabía tantas cosas que en un momento dado hubiesen podido descubrir… Ahora, en lugar de eso, caerían en el olvido para siempre, correrían el mismo destino que el cuerpo de Gravius.

Dak'ir tenía la esperanza de que pudieran recuperarlo de alguna forma por lo menos poder devolvérselo a Prometeo y al capítulo. Le entristecí pensar que ése fuera el fin del antiguo héroe. No parecía encajar.

—¿Para eso has venido, para hablar con Fugis? —preguntó Tsu'gan interrumpiendo los pensamientos de Dak'ir—. Es poco probable que regrese, y estaremos hasta arriba de orkos cuando vuelvas a poder verlo.

Un gesto triste recorrió sus facciones, y a Dak'ir le recordó a un sa'hrk uno de los lagartos depredadores de la llanura Scorian de Nocturne.

Dak'ir se acercó un paso más, de modo que los dos quedaron sólo un metro de distancia. Bajó la voz.

—He venido a hablar contigo —reconoció—. He visto cómo mirabas a N'keln cuando mató a la bestia. ¿Tengo que creer que has cambiado de opinión?

—Los fuegos de la guerra han emitido su juicio —fue la única respuesta de Tsu'gan, que se puso a comprobar los cierres a presión de su servoarmadura.

—Entonces, ¿ha llegado el fin de las reuniones clandestinas y de tu ambición por liderar la compañía? —El tono de Dak'ir iba subiendo. Tsu'gan alzó la mirada de forma brusca. Había furia e incluso violencia en su mirada.

—Las amenazas mezquinas son algo muy rastrero incluso para ti, igneano —dijo—. No me pongas a prueba —advirtió.

Dak'ir replicó con altanería:

—Y para ti. Y no te estoy amenazando. Sólo quiero saber de qué lado estás.

—En el mismo que tú —espetó Tsu'gan con los dientes apretados—. No creas que este acuerdo tiene que ver contigo, igneano. No. Tenemos asuntos pendientes tú y yo.

—¿Ah, sí?

Tsu'gan se le acercó aún más. El olor de los penetrantes aceites de su piel le trajo a la mente el azufre.

—Tus sueños y augurios, igneano, no son naturales.

La expresión de Dak'ir mostraba el temor interno a que eso fuera cierto. Tsu'gan siguió sin inmutarse.

—He visto cómo te observa el bibliotecario. No sé qué escondes, pero lo descubriré. —Tsu'gan se acercó tanto que quedó cara a cara con el otro sargento—. Quiero que sepas que no dudaré en matarte si te desvías del camino correcto.

Dak'ir dio un paso atrás y adoptó una postura desafiante.

—Hablas como Elysius. No es cosa mía, Tsu'gan. Son Kadai y Stratos.

La seguridad del rostro de Tsu'gan se desvaneció durante un momento. «Lo temes todo…».

Las palabras de Nihilan solían volver a él cuando menos lo deseaba.

—No le temo a nada —murmuró en tono casi inaudible.

Dak'ir continuó.

—Deja que se disipe tu culpa, hermano. Al final acabará contigo —dijo negando con la cabeza con tristeza.

Tsu'gan hizo crujir los nudillos y durante un momento Dak'ir creyó que lo golpearía, pero controló su enfado en el último momento y se contuvo.

—No tengo por qué sentirme culpable. —Dak'ir sospechaba que le sonaba falso hasta al propio Tsu'gan—. ¿Hemos terminado? —preguntó después de una pausa forzada.

—Voy a las minas —dijo Dak'ir sin estar seguro de por qué se lo contaba a Tsu'gan. Tal vez por lo que sospechaba que había encontrado ahí y que establecía algún vínculo entre ambos.

Tsu'gan sólo asintió.

—Pretenden disparar con el cañón para destruir la roca negra —aventuró.

Entonces le tocó asentir a Dak'ir.

Sin nada más que decir y sin tener claro por qué había venido a hablar con Tsu'gan en realidad, Dak'ir dio media vuelta. Se acercaba a la rampa cuando oyó la voz del otro sargento.

—Dak'ir…

Rara vez lo llamaba así. Solía llamarlo «igneano». Dak'ir se detuvo y se volvió. Tsu'gan estaba serio.

Dak'ir sabía lo que quería decir. La mirada de Tsu'gan era suficiente aunque no hubiese entendido el significado de sus palabras. Dak'ir también lo había notado. Los últimos días, desde que aterrizaron en Scoria, había tenido esa sensación. Sólo burbujeaba bajo la superficie como la sangre de magma de aquel mundo, preparada para estallar y cambiar Scoria para siempre.

—En el nombre de Vulkan —dijo Dak'ir con tono solemne.

—Adelante —respondió Tsu'gan antes de darse la vuelta para recoger su bólter.

Cuando volvió a mirar la escalerilla, Dak'ir ya se había ido.



# II
# VIEJOS ENEMIGOS

La experiencia es una serie de momentos anclados y unidos a través de la red del tiempo. La mayoría se ignoran, como temblores apenas perceptibles. Pero otros, los trascendentales, se sienten como sacudidas que amenazan a los demás momentos. Esas cosas suelen notarse antes de que sucedan: un escalofrío en la espalda, un cambio en el viento, una «sensación». Esos momentos se presagian, su llegada es palpable.

A medida que Dak'ir recorría los oscuros recovecos del mundo subterráneo bajo Scoria, sentía que se estaba creando un momento.

—Está todo despejado —anunció la voz de Apion a través del comunicador. Medio minuto después el Salamandra reapareció en el túnel sombrío tras haber terminado el primer reconocimiento.

Formaban el grupo siete de ellos: una escuadra de combate de cinco astartes y un guía elegido por Pyriel. El bibliotecario se mantenía a la sombra, como una figura silenciosa y meditativa mientras intentaba descubrir con sus sentidos psíquicos lo que pudiese rondar por las minas.

El muchacho, Val'in, había traído hasta aquí a los Salamandras. Al principio,

Dak'ir se opuso a utilizar a un joven adolescente, pero Pyriel lo había hecho entrar en razón: Val'in conocía los túneles mejor que cualquier otro colonizador, y era posible que estuviera mucho más seguro bajo la superficie que arriba, con el ataque de los pieles verdes.

Había pasado casi una hora desde que entraron en el agujero de emergencia que habían dejado las criaturas de quitina fuera de los confines de la fortaleza y encontraron el sendero que los llevaría a las minas. Iban a paso lento y cauteloso. A Dak'ir le parecía prudente.

«Ceniza y metal quemados».

Sólo podía significar una cosa, Dak'ir pensó en sus compañeros de arriba, formando sobre la superficie de un mundo moribundo. La primera nave de los orkos ya habría aterrizado a estas horas y las hordas se estarían enfrentando con la última resistencia de N'keln.

Dak'ir contuvo la desesperación que lo invadía. Aunque consiguieran obtener el fyron que necesitaban para disparar el cañón y utilizarlo para destruir la roca negra, no tenían la seguridad de poder vencer a los orkos que ya hubiesen llegado. Y en el caso de que tal victoria fuese posible, los Salamandras seguían sin tener cómo abandonar Scoria, un planeta que se hacía pedazos irremediablemente. Podrían derrotar a sus enemigos y ser devorados por un creciente océano de lava o engullidos por las profundas fosas mientras la corteza de aquel mundo se agrietaba. A Dak'ir le pareció un epitafio adecuado para la compañía de los Nacidos del Fuego.

—A tus órdenes, hermano sargento —susurró Ba'ken, que estaba al lado de Dak'ir con el voluminoso lanzallamas listo.

Dak'ir fue consciente de repente de que Apion esperaba instrucciones. También los hermanos Romulus y Te'kulcar, que tomaban posiciones en la retaguardia, parecían esperarlas.

El sargento puso su atención en Val'in. Dak'ir recordó la valentía que había mostrado el muchacho durante el ataque de la bestia de quitina. Parecía igual de valiente, observando las sombras, escuchando y valorando los ruidos procedentes de la roca.

—¿A qué distancia, Val'in? —preguntó Dak'ir agachándose levemente para no intimidarlo.

El muchacho mantuvo la mirada puesta en la oscuridad del túnel que tenía

por delante y la curvatura de la tierra, las formas. Aunque les resultaran indiferentes a Dak'ir y a los demás Salamandras, para él estaban tan claras como las señales de tráfico. Después de reflexionar un momento, dijo:

—Otro kilómetro, tal vez kilómetro y medio.

Otro kilómetro más de profundidad bajo tierra, donde el aire subía de temperatura a cada paso y el brillo de la lava parecía parpadear contra las paredes negras de la roca. Descender a la oscuridad era como cruzar el umbral a otro mundo: a un mundo de fuego y cenizas. Los Salamandras se sentían más en casa que nunca.

Dak'ir recordó el olor del humo y la ceniza que había notado en los túneles justo antes del combate con los orkos y de reunirse con sus hermanos de batalla. Se le vino a la cabeza, aunque no era un recuerdo sensorial, era real. Una corriente de aire emanó de algún lugar y se movió ascendiendo como una brisa amarga que olía a quemado y, en menor medida, a azufre.

Dak'ir pensó en escamas rojas, en un cuerpo serpenteante que se estiraba en medio de una capa de humo empalagoso. Era como si la cosa que habitaba en su mente hubiese emergido desde una fosa de fuego, terrible, de las semillas del infierno.

—Están cerca. —La voz de Pyriel emergió de la oscuridad. Sus ojos eran órbitas de llamas celestes cuando Dak'ir se volvió hacia él.

—¿Quiénes? —preguntó Te'kulcar. Él no estaba con la escuadra cuando lucharon en Stratos. El hermano Te'kulcar era el sustituto del fallecido Ak'son, reclutados ambos de una compañía diferente.

La voz de Dak'ir era siniestra.

—Los Guerreros Dragón.

Al mover el cerrojo de su combibólter, Tsu'gan sintió una ligera punzada en el pecho. La explosión del triciclo del kaudillo orko muerto le había roto la caja torácica y le había perforado un pulmón. La biología de los astartes hacía que sanara rápidamente, pero todavía sentía dolor. Tsu'gan lo ignoró. El dolor físico se dominaba fácilmente. Volvió a pensar en las palabras de Dak'ir acerca de la culpa y de la naturaleza destructiva. ¿Cuántos actos heroicos necesitaría llevar a cabo para hacer desaparecer el remordimiento que sentía por la muerte de

Kadai? Odiaba reconocerlo, pero el igneano tenía razón. Tampoco fue la presencia en los muros de la fortaleza de hierro lo que habló esta vez.

Los Salamandras habían abandonado los confines del bastión de los traidores. Tsu'gan estaba contento: la protección que les brindaba no era suficiente y estaban mejor sin ella. Los Nacidos del Fuego formaron delante de la pared en sólidas filas con sus armaduras verdes, con la piedra y el metal de la construcción varios metros por detrás, protegiendo sus espaldas. Habían avanzado para cubrir y proteger el agujero de emergencia que Pyriel y el igneano habían despejado en las minas. Si querían el fyron, necesitaban tener el camino despejado hasta la fortaleza y las catacumbas del torreón del interior donde Elysius y Draedius los esperaban.

Al echarle un vistazo al ejército, Tsu'gan vio al capitán N'keln al frente en una posición destacada, con la Guardia Inferno formada a su alrededor. El estandarte de Malicant estaba bajo, pero seguía ondeando con la leve brisa.

El *Yunque de Fuego* y los demás vehículos, excepto el Rhino que se había llevado Fugis al *Ira de Vulkan*, formaban una línea cubriendo los lugares estratégicos. Los vehículos de transporte tenían poco que hacer respecto a la potencia de fuego, pero la protección móvil que brindaban resultaba útil.

Los venerables hermanos Ashamon y Amadeus se mantenían impasibles pero preparados. Las formas implacables de los dreadnoughts eran como enormes pilares armados entre el verde de los Salamandras. A medida que preparaban las armas siguiendo las rutinas ordinarias, las chispas ocasionales de electricidad que saltaban a través del armamento eran lo único que delataba su impaciencia por luchar.

Una nube de ceniza arremolinada que se formaba en el horizonte llamó la atención de Tsu'gan. Los orkos se estaban acercando como antes. Esta vez eran más. Las naves colgaban como una mortaja por encima de sus cabezas. Una plaga infestaba el cielo.

La primera cubierta del enginarium del *Ira de Vulkan* archa como una caldera humeante. La calima hacía palpitar el aire y parpadeaba como si no fuera del todo real, como si la revistiese un espejismo. Gotas de gas empapaban el aire denso mientras las pálidas luces de emergencia iluminaban partes de la

maquinaria, los rígidos mamparos y los sudorosos siervos de la cubierta.

Fugis encontró al maestro Argos entre el gentío con una pareja de tecnomarines ayudándolo mientras reparaba los motores inferiores. Las lámparas de lume acopladas a su servoaparejo eran los únicos focos de luz en la sombría cámara sumergida donde trabajaba y que tenía capacidad para veinte astartes hombro con hombro. El apotecario reconoció la peste de ungüentos y aceites para apaciguar a los espíritus máquina rebeldes. Los tecnomarines que esperaban emitían lúgubres cánticos en una brisa reciclada y densa a causa del dióxido de carbono. Se intuían partes del motor, de metal oscurecido y piezas sueltas que se revelaban a media luz.

—Has venido desde el apotecarium, hermano. —La voz de Argos resonaba metálica desde el oscuro hueco donde trabajaba. El zumbido de las mecadendritas y las servoherramientas aportaba un agudo estribillo a la dicción automática del Señor de la Forja.

Fugis observó que no había formulado una pregunta. Aunque Argos no supiera que el apotecario volvía del *Ira de Vulkan*, conocía perfectamente cada palmo de la nave. Notaba cada movimiento en su subconsciente con la misma certeza que notaba los de su propio cuerpo.

El Señor de la Forja continuó:

—Las servoarmaduras están guardadas en el armorium de popa de la cubierta veinte. Has venido a preguntar si han sido en vano nuestros esfuerzos por recuperarlas junto con la semilla genética del anciano.

Fugis emitió una leve y triste carcajada.

—Has demostrado tanta intuición como el hermano bibliotecario Pyriel, maestro Argos.

La cabeza del Señor de la Forja salió de la penumbra por primera vez. Llevaba la cabeza descubierta y Fugis vio cómo el ojo biónico se contraía al enfocarse para observarlo desde la posición de la minuciosa tarea que fuera que hubiese estado analizando.

—Es pura lógica, hermano —continuó—. Estoy reparando el *Ira de Vulkan* lo mejor que puedo sin mano de obra del Mechanicus a mi disposición. No ha cambiado nada. Nos siguen haciendo falta cuatro bancos funcionales de motores ventrales. Tres están en óptimas condiciones y listos, el cuarto, el del conducto de acceso en el que estoy, no. Las partes importantes dañadas por la colisión no

se pueden recuperar de otras partes de la nave y son necesarias para que funcione. Es un procedimiento relativamente rápido y rudimentario, los rituales correctos son breves y fáciles de realizar, pero no convenceremos al espíritu máquina para que regrese a un cuerpo que sólo funciona a medias, hermano apotecario.

Fugis escuchó impasible la respuesta breve y precisa del tecnomarine.

—Pues esperemos que algo cambie para poder esquivar nuestro destino —dijo.

Fugis no estaba seguro de creer en el destino. Como apotecario, era práctico y ponía la fe en sus manos y en lo que veía con sus propios ojos. Estos últimos días previos a la condenación de Scoria lo habían cambiado. Cuando más lo notó fue en el puente en ruinas de la vieja nave expedicionaria donde Gravius se había sentado como una estatua yacente. Según las leyes de la naturaleza, el anciano Salamandra no podía seguir vivo.

A medida que Fugis se acercó a él, lo invadieron el respeto y la veneración, que ralentizaron sus pasos. Gravius se acercaba al fin de su existencia. Parecía haber resistido durante milenios esperando el regreso de sus hermanos.

Fugis no sabía qué quería decir este descubrimiento. Seguía las órdenes de su capitán, pero experimentaba un peculiar sentido de aflicción al aplicar la paz del Emperador a través de la inyección de suero nervioso. Casi como si se tratase de una profanación, desgarró la armadura del anciano y extrajo sus progenoides. En ellas estaba el código genético de la legión, sin modificar por el tiempo y las generaciones de antepasados. La experiencia era de auténtica humildad y reconfortaba su espíritu malherido.

—El hermano Agatone y yo volvemos a la fortaleza de hierro —le dijo a Argos. El sargento y su escuadra de combate habían acompañado a Illiad en el Rhino. Agatone los esperaba fuera del puente cuando Fugis fue a encontrarse con Gravius. Ahora, él y sus soldados dirigían la evacuación de los colonizadores. Los que habían luchado contra los orkos incluidos. N'keln había decidido que no perderían más vidas humanas enfrentándose a los pieles verdes si podían evitarlo. Regresarían todos al *Ira de Vulkan* con la esperanza de que la nave quedase operativa de nuevo y los llevase a la salvación.

Fugis y Agatone, que habían dejado la escuadra de combate para proteger a los colonizadores y escoltarlos hasta la nave, regresarían y ayudarían a sus

hermanos de batalla si podían. Por el momento, los orkos no habían atacado el lugar del accidente ni mostraban signos de interés hacia él. Eso estaba bien. Eran los únicos que ahora lo defendían.

—Los sensores indican que los pieles verdes ya han aterrizado, hermano. Llegarás muy tarde a las filas a no ser que tengas pensado matarte de camino entre un mar de orkos —replicó Argos. Curiosamente no había sarcasmo en su tono.

—Iremos por los túneles, traza nuestra ruta para que salgamos en la fortaleza de hierro.

—Entonces será mejor que te vayas. Nos queda poco tiempo a todos, hermano —dijo Argos antes de volver al sombrío conducto.

Fugis le dio la espalda al salir del enginarium. El apotecario se preguntaba si sería ésta la última vez.

El ruido de la batalla en la superficie llegó a las catacumbas del torreón interno como relámpagos ahogados. Los orkos habían traído a su hueste de guerra y luchaban contra los Salamandras con uñas y dientes por las dunas salpicadas de sangre.

El capellán Elysius se había desprendido del lanzallamas, aunque seguía oliendo al amargo hedor del promethium. Los soldados servirían mejor arriba contra la horda de pieles verdes que ahí abajo entre oscuridad y susurros.

El capellán notó cómo crecía un picor por la parte de atrás del cráneo. Al principió lo sintió levemente y murmuraba letanías entre dientes mientras observaba a Draedius ponerse a trabajar en el cañón sísmico, tratando de limpiar y purificar los espíritus máquina. El tecnomarine tendría que visitar el reclusium tras la tarea, para que Elysius pudiera evaluar su espíritu y asegurarse de que no estuviese mancillado. El picor se hizo más insistente, un cúmulo de susurros sibilantes se acercaba y se alejaba y sonaba como si estuviese junto a su mente. El capellán se armó de valor. Las fuerzas oscuras se esforzaban en las paredes de la fortaleza de hierro. Trataban de romper sus defensas, pero el fuego purificador las había debilitado por ahora y sus letanías las mantenían bajo control.

Draedius, delante del cañón, llevaba a cabo sus propios rituales. Restaurar el espíritu máquina del arma no iba a ser fácil, pero era necesario. Sin él, el cañón

no dispararía o incluso podría no funcionar correctamente y tener consecuencias nefastas. La única bendición era que el arma no estaba poseída por el demonio.

Le dolía como a Elysius haberse visto obligados a utilizar las armas del enemigo. Sonaba a compromiso y a depravación. Pero aunque devoto, el capellán no era tonto. El cañón era la única forma de destruir la roca negra y detener a la casi inagotable oleada de orkos. La parte racional de su cerebro se preguntaba por qué los Guerreros de Hierro habían construido una arma así. Su propósito en Scoria parecía limitado. Sentía que lo observaba a través de una lente sucia, con los bordes cubiertos de mugre. Su mirada era de miope, pero el instinto le había enseñado a Elysius a percibir no sólo con los ojos. Había algo al acecho en esa mugre, más allá de la visión, y sólo al verlo se revelaría la auténtica verdad de las maquinaciones de los Guerreros de Hierro. Le molestaba no poder hacerlo.

—«El fuego de Vulkan late en mi pecho» —entonó cuando la presencia de las catacumbas detectó sus dudas e intentó alimentarse de ellas, utilizándolas para ensanchar las minúsculas brechas de la armadura de su fe—. «Con él azotaré a los enemigos del Emperador» —concluyó el capellán, y agarró la empuñadora del Sello de Vulkan y cogió fuerzas de la proximidad del icono del martillo.

Por mucho que se concentrase observando el cañón, seguía viendo la oscuridad de la «lente».

El estruendo metálico de la maquinaría se filtró en el túnel hasta llegar a ellos. El ruido venía de una abertura resplandeciente de lo alto. La lava fétida y el agobiante calor llegaban con él. Las minas estaban justo encima.

—Quédate atrás, Val'in —advirtió Dak'ir, adelantándose al chico y protegiéndolo con su voluminosa figura blindada.

El muchacho hizo lo que le dijo, pero emitió un grito ahogado al descubrir una sombra cerniéndose sobre ellos en la base del túnel.

El hermano Apion también la vio al moverse para tomar posición y apuntó con el bólter, listo para disparar.

—Ya está muerto —informó Pyriel, en cuyo ojos se desvanecía el azul cerúleo.

—Una coraza de Guerrero de Hierro —observó Dak'ir ajustando su visión para distinguir la ceramita del metal desnudo y los distintivos galones negros y amarillos que adornaban la armadura.

—Los mismos que los de los reductos. Avanzad con mucho cuidado, hermanos.

Apion bajó un poco el bólter y siguió adelante.

En la base del túnel, los Salamandras encontraron una galería natural de piedra. El ruido de las máquinas (chirriar de las brocas y traqueteo de excavadoras) se hizo más fuerte. Unas formas en movimiento proyectaron grandes sombras desde una cámara más amplia más allá de las paredes del final de la galería.

Había más «centinelas». Las fuerzas disuasorias con armadura de hierro estaban en posición y destacaban contra las paredes. Val'in se encogió por el temor natural que le inspiraban los cuerpos que llevaban muertos mucho tiempo aunque seguían muy vivos para él.

Ba'ken lo atrajo hacia sí, se agachó todo lo que le permitía su volumen y susurró:

—Quédate junto a mí, muchacho. Los Ángeles del Fuego no permitirán que te hagan daño.

Val'in asintió y se tranquilizó un poco al acercarse al pilar de ceramita que era el hermano Ba'ken.

Dak'ir no llegó a oírlo. Tenía la atención puesta en Apion, que había llegado al final de la galería y estaba preparado en la entrada de la cámara. Dak'ir se reunió con él segundos más tarde y observó una enorme extensión de roca. Aquí y allá, puntales de metal sustentaban el techo de la caverna. Los armazones inservibles del equipamiento de la mina estaban esparcidos por la caverna como en un cementerio de máquinas, quemados y desechados una vez que su utilidad se había acabado. Dak'ir vio motores perforados, excavadoras con forma de cubos, perforadoras y plataformas de taladro sobre raíles. Los servidores, desplomados sobre los vehículos o apilados en montones de cuerpos, eran el testimonio del trabajo incesante en las minas.

Además de las máquinas, había tres plataformas de metal que se elevaban a un metro del suelo sobre sólidos soportes. Dos de las tres estaban vacías. Sobre la tercera había pilas de voluminosos toneles de metal. A Dak'ir no le hizo falta

mirar en el interior para saber que rebosaban mineral de fyron. La tercera plataforma estaba más cerca de la fuente del ruido de la máquina: un corto pero enorme túnel bañado por la oscuridad. Los Salamandras habían entrado en la caverna formando un ligero ángulo, y a través de su visión agudizada Dak'ir había visto dos perforadoras manejadas por servidores, como las que los colonizadores habían usado en su emboscada, y una voluminosa plataforma excavadora de raíles anchos que apartaba la roca inútil y la tierra que expulsaban las máquinas. También la controlaba un servidor, encorvado y conectado a la máquina con cables como si fuera parte de su ser. Los tres autómatas se parecían a los zánganos fantasmagóricos que encontraron en la armería del cañón.

La baja iluminación de unas lámparas de sodio suspendidas de cables atornillados al techo de la caverna enmarcaba los rostros grotescos de los autómatas. Sus señores no andaban lejos.

Tres Guerreros de Hierro permanecían a la entrada del túnel supervisando el trabajo. Llevaban combibólters con sarisas montadas en los cañones colgando de sus hombreras con pinchos. Fragmentos de roca chocaban contra sus armaduras de lo cerca que estaban los guerreros de la mina. Estaban cubiertos de polvo gris.

A lo lejos, un camión de seis ruedas transportaba un cargamento de barriles de mineral de fyron en su plataforma extensible. El vehículo hacía un gran estruendo a causa del dibujo de los neumáticos al llegar hasta una abertura de la parte de atrás de la mina que conducía a una desconocida oscuridad…

Un segundo camión de seis ruedas hacía el viaje de vuelta y se acercaba con la plataforma vacía donde otra carga de barriles lo esperaba. Un par de servidores de carga cuyos brazos habían sido sustituidos por dobles pinzas elevadoras se arrastraban a medida que el camión se acercaba.

Tras el camión apareció un grupo de siluetas.

La mandíbula de Dak'ir se tensó y sintió cómo una ola de furia atravesaba su cuerpo.

Los asesinos de Kadai, los Guerreros Dragón, estaban allí.

Había tres, con armaduras de escamas de ceramita rojo sangre, como si las propias armaduras hubiesen mutado. Sus guanteletes terminaban en garras ensangrentadas y un fuerte hedor a cobre emanaba de sus cuerpos. Estas criaturas habían sido marines espaciales: ahora eran renegados al servicio de los Poderes Ruinosos. Esclavos de la oscuridad y la condenación.

Uno llevaba un casco con la forma de un antiguo saurio. Dos cuernos se rizaban como espadas rojo oscuro desde los laterales del casco de batalla. Una nube de brasas escapaba a través de la boca rabiosa flanqueada por una reja de colmillos al compás de la agitada respiración del renegado. El vapor que despedía el cuerpo del Guerrero Dragón daba a su silueta un sentido irreal.

Otro de ellos protegía un cañón de fusión arcaico, con cicatrices de las muertes ocasionadas. Su casco de batalla era abierto, pero llevaba los bordes recortados y hechos de hueso. Calaveras atadas a cadenas ensangrentadas colgaban de sus hombreras con escamas, y lo que parecía un lagarto rojo oscuro lo tapaba la armadura abdominal. Derramaba partículas de polvo a través de las juntas de su armadura con cada movimiento. Con la vista agudizada de Dak'ir parecían copos diminutos de epidermis, y al Salamandra le recordaron al momento a una serpiente mudando de piel.

Dak'ir conocía bien al último. Flanqueado por sus dos guerreros, con los dos ojos en llamas, como si estuviera constantemente enfurecido. Su ardiente ira estaba reflejada en las escarificaciones de su cara, que era un horrible remiendo de laceraciones y piel quemada. Viejos verdugones y trozos de carne fundida devastaban su rostro negro ónix. De cada una de sus hombreras sobresalía un cuerno curvo y agarraba un báculo psíquico con un guantelete en forma de garra.

Era Nihilan, hechicero y artífice de la destrucción de Kadai.

—Renegados —dijo Apion gruñendo y Dak'ir oyó crujir los puños del Salamandra.

—Ba'ken —llamó el sargento sin quitar la mirada de su némesis. Debería haber rastreado los túneles hacía días. Dak'ir había notado algo. Sus visiones lo indicaban. Hasta Tsu'gan lo había sospechado, y no habían hecho nada. En fin, el tiempo para no hacer nada se había agotado.

Un icono apareció en la pantalla del casco de Ba'ken. Lo había enviado Dak'ir con un guiño de su ojo.

—Objetivo preparado… —resonó la voz del voluminoso soldado, que se inclinó hacia adelante para equilibrar el pesado lanzallamas.

El camión casi había llegado a la plataforma, y los autómatas se acercaban cuando una gota de promethium sobrecalentado atravesó la cámara y la incendió. Las llamas incendiaron al par de zánganos, pero no fue más que de refilón. Su objetivo, el propio camión, explotó unos segundos más tarde, cuando sus celdas

de combustible se calentaron y el líquido volátil de su interior ascendió de forma espectacular. El camión voló por los aires y volcó; la carrocería en llamas aplastó a los autómatas que seguían ardiendo y los destrozó en medio de una rabiosa conflagración en la brutal caída.

—¡Salamandras, atacad! —rugió Dak'ir mientras llenaban la caverna con el estruendo de los bólters.

Los Guerreros de Hierro estaban más cerca y reaccionaron rápidamente. No obstante, uno de ellos no fue lo bastante veloz y el disparo de plasma de Dak'ir lo alcanzó en el pecho abriéndole un boquete del tamaño de un puño de astartes. La munición del combibólter del traidor barrió el techo y alcanzó una plataforma envuelta en llamas mientras sus dedos temblaban al sujetar el gatillo.

Los otros dos Guerreros de Hierro se cubrieron y empezaron a devolver los disparos, cuando los Guerreros Dragón tomaron posiciones. En el fragor del combate, a Dak'ir le pareció ver a Nihilan riéndose.

Los Salamandras tuvieron éxito: Da'ir, Pyriel y Ba'ken por la derecha, mientras que Apion, Romulus y Te'kulcar fueron por la izquierda. Val'in, que no quiso quedarse sólo en el pasillo con el cadáver del Guerrero de Hierro, corrió a esconderse tras la carrocería de un camión en desuso, desguazado para aprovechar sus piezas como recambio.

—Yunque, ve a la plataforma y protege el mineral de fyron —ordenó Dak'ir a través del comunicador con las señales que habían establecido antes de entrar en el agujero de emergencia. Tras los rugidos de los bólters, vio con el rabillo del ojo a Apion y a Romulus que se apresuraban entre la chatarra de las máquinas para llegar a la plataforma del mineral, Te'kulcar avanzaba cubriéndolos con sus disparos.

—¡Martillo, estamos avanzando! —Dak'ir dirigió a los demás hacia adelante. Las llamas mantenían agachados a los Guerreros de Hierro, que buscaban donde cubrirse. Al echar un vistazo al enemigo, Dak'ir vio que Nihilan dejaba que sus subordinados hicieran el trabajo. Un fulgor incandescente abrasó la carrocería del vehículo tras el cual se había agazapado Pyriel. El bibliotecario se retiró justo a tiempo. El bólter del otro renegado empezó a disparar, y su dueño parecía deleitarse al dejar que el arma se desatase. Era como un perro rabioso que tensaba la correa.

Mientras tanto, los zánganos extraían mineral sin cesar.

Un pequeño estruendo azotó la cámara deteniendo el ataque de los Salamandras. Resbalaban fragmentos de roca desde el techo y los puntales de metal protestaban amenazantes.

Dak'ir cayó sobre una rodilla al perder el equilibrio. Lo mismo le sucedió a uno de los Guerreros de Hierro, que quedó al descubierto durante un momento. Lo suficiente para que Ba'ken, que permanecía en pie apuntalado sobre sus piernas, lo calcinara. Un chirrido metálico salió del casco de batalla del traidor antes de que acabara desplomándose sobre un montón de metal carbonizado. Los violentos temblores aumentaron de intensidad y ni siquiera Ba'ken podía sostenerse en pie. La lengua de fuego de su lanzallamas se apagó.

Los Guerreros Dragón también estaban en el suelo. Dak'ir había perdido de vista a Nihilan pero notaba su presencia. Calculó que estarían a unos sesenta metros, alrededor de la mitad del ancho de la caverna. Un ataque decidido una vez que hubieran remitido los temblores los sorprendería al bajar la guardia. Alcanzarían a los renegados antes de que su cañón de fusión volviese a disparar. Como psíquico, Nihilan era impredecible, pero Dak'ir estaba dispuesto a correr el riesgo. Los iconos de estrategia se iluminaron en las pantallas de los cascos de batalla de los Salamandras expresando el plan del sargento.

Romulus y Apion ya casi habían llegado a la plataforma. El único Guerrero de Hierro que la protegía tenía la atención dividida entre dos grupos de atacantes al mismo tiempo y no le prestaba a ninguno la vigilancia que requería. Los disparos del bólter de Te'kulcar, tendido boca abajo en una posición adecuada para mantener la estabilidad, mantenían en el suelo al Guerrero de Hierro para que los demás Salamandras pudieran alcanzar su objetivo.

Se tambaleaban de camino a la plataforma cuando un profundo sonido de ruptura resonó por toda la caverna como si se resquebrajase el mundo. Un resplandor bañó el túnel de perforación con un furioso fulgor y, tras las sacudidas, se abrió una grieta formando una línea irregular. La grieta se convirtió en una fisura y luego en un abismo lleno de lava burbujeante. El fulgor infernal del interior del túnel se expandió hacia el exterior velozmente. Precedió a una ola de lava expulsada por donde la mina había reventado y fluía la sangre del interior de Scoria.

Flotando sobre la fuerza de la ola, la maquinaria de la mina salió del túnel. Languidecía en la corriente de lava letal y no resistió mucho. Se hundió como

islotes de metal entre la chatarra derretida en unos instantes, rodeada por sus autómatas de expresión sorprendida.

Había un enorme abismo de lava entre los Salamandras y su objetivo. Una fina hilera de roca irregular la atravesaba, flotando en la superficie. Su ancho sólo permitía que dos astartes cruzasen al mismo tiempo. Los violentos temblores remitieron, pero nuevas brechas formaron una telaraña en el suelo y chorros de polvo y rocas caían constantemente del techo. Tenían que hacerlo antes de que la caverna entera se les viniera encima.

Romulus y Apion llegaron hasta el mineral y se lo sujetaron a las servoarmaduras. Dos barriles cada uno era lo máximo que podían llevar sin comprometer su habilidad para la lucha.

Dak'ir esperaba que bastase con cuatro barriles mientras salía corriendo hasta el saliente de roca para cruzar el abismo de lava. Justo antes de que llegase al borde de la corriente, un resplandor de luz ardiente pasó por delante de él y el icono de Te'kulcar del casco del sargento parpadeó y se apagó. Una mirada atrás le mostró al hermano de batalla en el suelo a unos metros de su posición anterior con parte del torso fundido.

—¡Sacadlo! —gritó Dak'ir al reconocer los brutales efectos del cañón de fusión. Como sabía que Apion y Romulus se retirarían con Te'kulcar y el mineral de fyron. Dak'ir corrió obviando el peligro hasta el saliente de roca. El calor intenso de la corriente de lava a ambos lados hacía que se sobrecalentase la servoarmadura y los iconos de advertencia de su pantalla se iluminaron.

Ignoró el inconveniente y estaba a medio camino cuando el Guerrero de Hierro del otro lado salió de su escondite. Un fogonazo del bólter de Pyriel, unos pasos por detrás del sargento, alcanzó la hombrera del traidor y lo derribó.

Pero otro enemigo entró en el campo de visión de Dak'ir.

Nihilan sonreía, con una extraña y grotesca expresión a causa de las cicatrices de su rostro, mientras su báculo psíquico rebosaba energía. Lo apuntó hacia Dak'ir, que no pudo evitar el rayo sombrío del arco que salía de la punta y lo golpeó en el pecho. Era la energía en crudo de la disformidad, canalizada a través del hechizo de Nihilan. Nadie podía sobrevivir a un golpe así.

Dak'ir dio un grito de agonía.



# TRECE



# I
# MUERE LA ROCA NEGRA

Se mantenía la línea de defensa. Pocos astartes podían estar orgullosos de mantener una tenacidad tan imperturbable como los hijos de Vulkan. Contra la persistente y, en apariencia, interminable horda de orkos, la 3.ª Compañía prevalecía como nunca.

Pesadas armas apuntaban desde la formación de los Salamandras, debilitada por los pieles verdes que pretendían acercarse a sus oponentes y explotar sus mayores destrezas: la agresividad y la fuerza bruta.

Pero los Salamandras eran igual de expertos, si es que no eran superiores frente al enemigo. Los lanzallamas que les habían entregado recientemente eran armas definitivas contra los orkos que conseguían salvar el tiroteo de los devastadores.

Al contrario que en los primeros asaltos contra la fortaleza de hierro, los orkos se desplazaban sobre todo a pie, reforzados por su maquinaría de pistones, burda analogía de los dreadnoughts de los marines espaciales. Evitaron los camiones, motocicletas y vehículos de guerra de las anteriores cargas de su raza. Las armas de mayor potencia también estaban ausentes, y, en su lugar, una

combinación de sierras de cadena, hachas y estacas golpearon a los Salamandras para someterlos.

Los orkos sólo encontraron furia y resistencia férrea donde esperaban sometimiento y una espiral sangrienta. En conjunto, los Salamandras podían ser casi invencibles a la hora de proteger el terreno relativamente reducido donde estaba situada la fortaleza de hierro.

Fueron pocas las bajas; los que ya no podían servir al capítulo quedaban relegados tras la insalvable línea de fuego, y sus hermanos cubrían su ausencia…

Tsu'gan abrió de un balazo el pecho de un orko a unos diez metros de distancia, derrumbando a la bestia como si fuera un saurio. Otro ocupó su lugar y también lo mató de un tiro preciso en la rabiosa cabeza. Les siguieron bastantes más, pieles verdes corriendo en busca del castigo de las armas de los Salamandras. Habían sido casi borrados del mapa cuando el escuadrón de asalto del sargento Vargo se desplegó sobre ellos. El encuentro fue rápido y salvaje. Vargo y sus soldados atacaron por el aire entre lenguas de fuego menos de un minuto después, buscando otros enemigos aislados por las ansias de matar del grupo principal de los pieles verdes. Cadáveres caídos por los proyectiles o la espada y una parcela de tierra quemada fueron lo que quedó después del ataque del escuadrón de asalto.

—Presionad hacia adelante.

La orden que gritó N'keln llegó hasta Tsu'gan a través del comunicador, pues el capitán quería aprovechar el hueco que habían ido dejando a través del reciente ataque.

La línea avanzó como una sola. Tsu'gan sintió las fuertes pisadas de los exterminadores junto a su escuadrón a través de sus botas.

—Sobre el yunque, hermano sargento —dijo Praetor con una oscura expresión en su cara mientras blandía su martillo relámpago contra la siguiente horda de pieles verdes.

Riéndose a carcajadas, Tsu'gan volvió a disparar y el resplandor del fuego del bólter le iluminó la cara. Se reía al unísono con el rugido del arma.

En el cielo, los naves de los orkos se ramificaban como venas cancerígenas. La roca negra saltaba astillas constantemente. Pronto no habría suficientes dunas de cenizas para todos los pieles verdes expulsados de su superficie.

Tsu'gan se rio todavía más al pensarlo, pero su histeria por la batalla decayó

al darse cuenta de algo: mientras la roca negra resistiese, no podría haber victoria. Si no la destruían pronto, morirían todos.

Dak'ir estaba envuelto en rayos negros, las energías oscuras de las fuerzas de Nihilan recorrían su armadura. Gritó y cayó de rodillas, con los puños cerrados sobre sus armas mientras se estremecía por el terrible hechizo.

Cuando Dak'ir estaba a punto de perder el conocimiento, oyó a Pyriel gritar su nombre en un tono angustiado y afligido. Los ojos del sargento se cerraron de golpe y volvió a ver la meseta Cindara, su ascenso a la cumbre, la última etapa de su entrenamiento para convenirse en neófito. El salobre olor del mar Acerbian hacía que le picase la nariz, y las cálidas corrientes de aire de las cuevas igneanas templaban su piel.

Luego regresó y el tormento destructor de los rayos remitió; las terminaciones nerviosas que antes ardían en llamas ahora estaban quietas y templadas. Dak'ir abrió los ojos y se dio cuenta de que seguía vivo.

La cara de Nihilan mostró una expresión divertida, el poder de sus fuerzas fue decayendo, entonces retrocedió y volvió con sus hermanos traidores.

Lazos de humo hechizado abandonaron el cuerpo de Dak'ir cuando empezó a levantarse, empujados por la corriente de aire de Pyriel al pasar corriendo a su lado.

Sintió la presencia de Ba'ken que reducía la velocidad justo detrás. Dak'ir se quedó de pie, tambaleante.

—Detened a los renegados —gritó, intentando recuperar sus fuerzas.

—Creía que estabas muerto, Hazon —murmuró Ba'ken antes de ir tras Pyriel.

—Debería estarlo —dijo Dak'ir con voz áspera, recuperando poco a poco los sentidos. Estaba a punto de ponerse en marcha cuando vio el amenazante resplandor del cañón de fusión entre la oscuridad. Pyriel dio un grito, con el hombro abrasado por el arma letal que lo había alcanzado en la hombrera. El bibliotecario casi se desplomó, pero logró resistir.

Con los dientes apretados de rabia, Dak'ir localizó al agresor de Pyriel. Reconoció la forma sombría del templo de Aura Hieron, en Scoria. Al principio no se dio cuenta; pero ahora ya lo sabía. Era el asesino de Kadai, el que había

matado a su antiguo capitán.

—Ghor’gan… —gritó Nihilan al Guerrero Dragón del cañón de fusión que estaba junto con el resto del comando.

Él y los demás renegados se retiraron en la oscuridad. El llamado Ghor’gan sólo asintió y se quedó en su sitio. Nihilan intentaba escapar.

No podía permitir que pasara. Dak’ir se lanzó hacia la corriente de lava. Parecía un salto imposible, pero, por increíble que pareciese, llegó a la otra orilla con los talones de las botas raspando el borde de la roca, que se deshacía por el calor. Ignorando al Guerrero del Hierro, Dak’ir aprovechó el momento para seguir al Guerrero Dragón que llevaba el cañón de fusión. Ghor’gan reaccionó a la repentina amenaza blandiendo el arma letal que ya tenía un halo de energía en el doble cañón.

Pyriel estaba cerca del estrecho puente de piedra cuando el último Guerrero de Hierro se interpuso en su camino. El bibliotecario oyó en su cabeza el sonido del lento movimiento metálico del gatillo cuando el traidor le disparó con el bólter.

El bólter es rápido y cruel. Más veloz en el disparo que un abrir y cerrar de ojos. La mente de Pyriel todavía era más ágil.

Los proyectiles de bólter estallaban en balde al chocar contra un escudo invisible. Densos destellos de luz ondeaban entre el cielo y la tierra con cada impacto.

Pyriel siguió corriendo mientras veía a Dak’ir al otro lado. Alcanzó a su asaltante. El Guerrero de Hierro cambio de táctica y dejo de disparar para utilizar su sarisa. Pyriel había desenfundado la espada de energía y esquivado la estocada que iba a atravesarlo. Cuando el Guerrero de Hierro perdió el equilibrio se impulso y lanzo la cuchilla de su extraña arma contra el estómago del traidor. Las placas de ceramita se fragmentaron con facilidad con la estocada al desactivarse su resplandeciente campo de energía antes de que el bibliotecario bajase el escudo invisible y dirigiese su fortaleza mental hacia el filo del arma.

El Guerrero de Hierro se desplomó al mismo tiempo que su alma se separaba y caía en el olvido, en la disformidad que alimentaría a los demonios. Las cuencas de los ojos del traidor destilaban humo y una profunda luz brillaba en su interior. Emitió un largo gemido que resonó más allá del reino de la realidad y se hundió en la nada.

Después de la muerte del traidor, Pyriel miró a su hermano de batalla.

Impulsado por la furia, Dak'ir se abalanzó sobre Ghor'gan. La boca del cañón de fusión resplandeció, pero el objetivo del renegado ya había desaparecido. El rayo de luz impactó en el borde del casco de Dak'ir, que se lo quitó antes de que los efectos corrosivos lo devorasen del todo y alcanzasen su rostro.

El casco destrozado cayó al suelo, medio desintegrado, a la vez que Dak'ir golpeaba a Ghor'gan con un rugido. Blandiendo la espada sierra con ambas manos, el Salamandra desgarró el arma pesada que había acabado con la vida de Kadai, partiéndola por la mitad.

Pyriel llegó al final del estrecho puente a través de la corriente de lava y después se dio cuenta de que Ba'ken ya no estaba con él. Se dio la vuelta y miró de reojo a Dak'ir, que golpeaba con el martillo al enorme Guerrero Dragón antes de ponerse a buscar a Ba'ken.

Los guerreros que llevaban el armamento pesado se retiraban puente de piedra abajo.

—¡Hermano! —gritó Pyriel con cierto tono acusador.

Ba'ken giró la cabeza a medias.

—No puedo dejarlo, bibliotecario. —Fue su única explicación. Pyriel estaba a punto de gritar de nuevo cuando vio a Ba'ken dirigiéndose hacia Val'in, el muchacho.

Géiseres de fuego y lava empezaban a erosionar la superficie de la caverna, las grietas bifurcadas del suelo se ramificaban y hacían que la sangre de Scoria se colase a través de ellas. Val'in se había retirado a una esquina de la caverna, con la cabeza agachada y bien escondido. Las gruesas vetas de lava complicaban su camino de vuelta hacia la entrada y esporádicamente surgían lanzas de llamas del suelo a su alrededor. El muchacho estaba agazapado sobre los restos de una excavadora luchando por su vida y con demasiado miedo para moverse.

Pyriel, en su empeño por llegar hasta los Guerreros Dragón, y tal vez por la herida del hombro que le causó el salvaje destello del cañón de fusión, no pudo oír el llanto quejumbroso de Val'in. La vida humana era importante: Vulkan se lo había enseñado. Los Salamandras eran tanto defensores como guerreros.

Ba'ken había oído al muchacho y respondió a su noble llamada como Nacido del Fuego de Nocturne.

—En el nombre de Vulkan, hermano —murmuró el bibliotecario. El fuego se iba expandiendo por la caverna y le dificultaba la visión. La gigantesca forma de Ba'ken quedó oculta entre el gris y el negro.

Al volver su atención a Dak'ir, Pyriel acababa de dar un paso en el estrecho rocoso cuando una vera bífida quebró el suelo sobre el que se encontraba y un muro colosal de intenso calor y fuego le cerró el paso.

Empujado por la fuerza del géiser de llamas, Pyriel tuvo que forcejear para no caer en la corriente de lava. Los iconos de advertencia de su guantelete se iluminaron en rojo. Indeciso, fue a tocar la barrera de fuego, pero retiró la mano cuando los sensores de calor de su armadura se destruyeron. El guantelete quedó calcinado y medio fundido.

Detrás de la neblina ardiente, la lucha entre Salamandra y renegado se convertía en una visión amorfa.

—¡Dak'ir! —gritó, mostrando su impotencia y frustración. No podía hacer nada; el muro de fuego se expandía a lo ancho de la caverna. Dak'ir estaba solo.

El Guerrero Dragón dejó caer los trozos resquebrajados de su cañón de fusión y clavó su garra izquierda en el cuello de Dak'ir como si fuera una espada, mientras que con la otra mano lanzaba un tajo a la muñeca de su asaltante. La gorguera del Salamandra se llevó la peor parte del golpe, pero Dak'ir quedó aturdido y dejó caer la espada sierra cuando las garras de Gor'ghan arrancaron un trozo de ceramita de su guantelete. El golpe seco del arma al caer al suelo y los dientes que se movían cada vez más lentamente para luego dejar de hacerlo, sonaban como las campanas de un funeral.

Dak'ir se recuperó rápidamente, casi sin darse cuenta de que detrás de él había surgido una barricada de fuego. Golpeó con la cabeza el casco del Guerrero Dragón a pesar del dolor que le causó al romperse la nariz. Ghor'gan retrocedió con un gemido de dolor ahogado y se quitó el casco para mostrar un rostro con escamas, oscuro como un tímalo quemado. Arrancó los pedazos de ceramita que tenía incrustados en su cara de reptil y apartó los despojos ensangrentados antes de lanzarse hacia Dak'ir.

El Salamandra fue a su encuentro y ambos quedaron enzarzados en un frenesí salvaje.

—¡Bestia asesina! —gritó Dak'ir, rabioso y a punto de escupir ácido a través de la glándula betcher en el rostro del renegado. Ghor'gan lo detuvo con un

golpe del antebrazo en la barbilla del Salamandra que lo obligó a cerrar la boca. La bilis cáustica burbujeaba, inofensiva, sobre el labio inferior de Dak'ir.

—¡Lucha con honor! —lo increpó el Guerrero Dragón con la voz como magma crepitante. Durante la frenética pelea, Dak'ir vio una herida abierta, a medio curar en su cuello, y supuso que ése sería el motivo del tono gutural de su voz.

—Sé que eres el asesino que disparó a mi capitán cuando se dio la vuelta —le espetó Dak'ir al apartar al renegado de su cuello.

El rostro de Ghor'gan se ensombreció, quizá de arrepentimiento.

—Soy un perro de la guerra, igual que tú —replicó con voz áspera. Luego asintió mientras intentaba aprisionar la garganta de Dak'ir con una mano. El Guerrero Dragón era grande, posiblemente del tamaño y peso de Ba'ken. Para Dak'ir iba a ser una dura prueba—. Obedezco órdenes. Incluso con las que no estoy de acuerdo. Así es la guerra —concluyó.

—¿Estás pidiendo clemencia, renegado?

—No. —La respuesta de Ghor'gan fue categórica, con tono desganado—. Sólo quería que lo supieras antes de morir. —El Guerrero Dragón utilizó toda su fuerza para obligar a Dak'ir a agacharse y le deslizó las garras alrededor del cuello.

Dak'ir notó que su garganta se cerraba por la fuerza de la presa. Con el guantelete puesto, arañó con los dedos el rostro de Ghor'gan, tratando de que lo soltase, pero solamente consiguió arrancarle un trozo de piel. Ghor'gan gruñó ante la herida abierta en su mejilla, pero siguió aumentando la presión y extendió los brazos para obligar a Dak'ir a apartarse. El Salamandra fue a coger el arma que tenía enfundada, pero el renegado, al ver el movimiento, lo aplastó contra la pared de la caverna. Destellos de fuego blanco brillaban en los ojos de Dak'ir mientras cuchillos ardientes atravesaban el costado donde lo había golpeado la roca.

—No te resistas —dijo Ghor'gan en un tono casi paternal—. Tu sufrimiento ya casi ha terminado.

Dak'ir notaba que sus pulmones eran como dos sacos marchitos metidos en el pecho, mientras que su garganta se aplastaba lentamente. La oscuridad empezó a teñir su visión y notó cómo se deslizaba…

Extendió la mano, intentando sobreponerse a lo inevitable. Pyriel estaba

lejos, tras el muro de fuego. Dak'ir estaba solo con Ghor'gan, el asesino de su antiguo capitán, que estaba a punto de añadirlo a su lista de víctimas.

Ba'ken llegó al borde del creciente charco de lava que poco a poco acorralaba a Val'in en su isla de metal. El muchacho se ahogaba con los vapores de azufre, y el humo rodeaba su pequeño refugio. Ba'ken tenía que saltar. No podía hacerlo y volver con el muchacho si llevaba el pesado lanzallamas. Sin pensárselo dos veces, se aflojó las correas y retiró las voluminosas latas de su espalda. Las dejó con cuidado en el suelo junto con el arma.

Murmuró una dolorosa letanía mientras pasaba la mano por el cañón del arma que había forjado y fabricado. Ba'ken se puso de pie y saltó hasta Val'in.

—Sube, muchacho —dijo, una vez que hubo llegado al otro lado. El esqueleto de la excavadora ya se hundía bajo el peso del Salamandra y a su alrededor la lava crepitaba cada vez más cerca.

Val'in trepó por los hombros de Ba'ken y se agarró desesperado al cuello y a las hombreras del Nacido del Fuego.

—No te sueltes —dijo el Salamandra al muchacho, y saltó de nuevo justo cuando la corriente de lava empezaba a engullir la excavadora. En unos segundos la devoró.

La corriente derretida rugía a través de la caverna y la partía en dos con la cinta ardiente y viscosa que se había derramado por el tramo rocoso. No había marcha atrás para Pyriel y Dak'ir. Ba'ken apenas podía verlos entre el humo y los escombros.

—¡Hermanos! —gritó.

Una llamarada emergió del suelo cerca de donde estaba. Ba'ken se apartó con una mueca.

—¡Hermanos! —volvió a gritar. El suelo crepitante se tragó su voz. Sólo respondió el rugido del fuego.

El fin de Scoria estaba a punto de llegar. Ya no quedaba nada de este mundo. Tal vez tampoco quedase nada para Dak'ir ni para Pyriel. Les rogó al Emperador y a Vulkan para que pudieran volver a salvo. Ba'ken se apartó reticente.

Val'in se estaba ahogando; el Salamandra oía la respiración jadeante del muchacho. Le temblaba el pecho.

Ba'ken dio la vuelta y se dirigió a la salida.

—Aguantad —dijo con un gruñido, y corrió hacia el túnel de vuelta a la superficie.

En medio de la pelea, a Tsu'gan le había parecido ver a Romulus y a Apion regresar por el agujero de emergencia llevando al hermano Te'kulcar herido apoyado en sus hombros. No podía ver el mineral de fyron, pero tuvo que centrar su atención en el combate.

Se ordenó un asalto completo y los Salamandras presionaron a los orkos con todo el fuego y la furia que pudieron. La estrategia de ataque había cambiado; había dado paso a ataques exhaustivos desde puntos estratégicos situados por toda la horda de los pieles verdes. Vistos desde arriba, los asaltos parecían trayectorias de balas obligadas a atravesar lentamente la carne verde oscuro de las bestias.

Líderes de clan, portadores de tótems y psíquicos: éstos eran los objetivos de los Salamandras. Cercenar el liderazgo de los orkos. Mostrarles que su mayor fortaleza podía caer ante las llamas y la espada de un Nacido del Fuego. En eso les llevaban ventaja los escuadrones de asalto. Vargo y Gannon dirigían ataques por sorpresa contra puestos vulnerables o líderes expuestos por la muerte repentina o retirada de sus hermanos.

Miles de pieles verdes yacían muertos con escasas contrapartidas. Por otro lado, cada baja de los Salamandras era muy lamentada. Fugis había vuelto a la lucha con el hermano sargento Agatone. Ambos lucharon mano a mano, con una valentía merecedora hasta de los elogios de Vulkan. Pero el apotecario, por muy héroe que fuese, no podía sustituir a todos sus hermanos caídos. Si sobrevivían a esta lucha, Fugis tendría mucho trabajo que hacer después.

Tsu'gan los había perdido de vista después de la orden de asalto de N'keln y se preguntaba si aún seguirían luchando.

Se prolongó la pelea, y las dunas de ceniza ya parecían un desierto de cobre de lo teñidas que estaban de sangre. Unas convulsiones agitaban el paisaje ondulante casi de forma constante, y los rayos oscuros abrían franjas en el cielo mientras los volcanes se desahogaban. Sus voces de condena recordaban los más retumbantes truenos del cielo.

—El mundo se acaba, hermano —rugió Tsu'gan. No se había ido del lado de Praetor, aunque el escuadrón del sargento se hubiese fragmentado en la terrible batalla. Probablemente Iagon estaba en algún otro lugar del campo de batalla. Tsu'gan esperaba que siguiese con vida.

—Es un final apropiado para nosotros —respondió Praetor, aplastando a un orko con un golpe crepitante del martillo de trueno—. Consumidos por el humo y el fuego. Llegado el fin de los días en ceniza nos convertiremos, hermano.

Tsu'gan sonrió. Era algo que podría haber dicho el hermano Emek.

—En ceniza nos convertiremos —asintió Tsu'gan, y siguió luchando.

Por encima del tumulto de la última tormenta de Scoria, se oía sobre la ferviente batalla la respuesta del metal que resonaba en el interior de la fortaleza de hierro.

Observando desde el reborde del muro, emergía el extremo del cañón forjado por los Guerreros de Hierro y purificado por los Salamandras. El polvo y la roca resbalaban en cascada por su cuerpo de metal en grandes cantidades. Su plataforma neumática lo elevaba por encima de las profundidades del torreón para que se alzase con ira y autoridad sobre Scoria como el dedo metálico de un dios oscuro y vengativo.

Durante un momento, sólo un segundo, la pelea se ralentizó, mientras todos los que contemplaban la aparición del cañón se quedaban boquiabiertos. Su ojo apuntaba fijamente hacia el cielo como si quisiera destruir un sol negro.

Los condensadores de fyron recargaron el aire, emitiendo su pulso como una oleada de fuerza, como si le hubiesen dado potencia al cañón y segundos más tarde se la hubiesen quitado.



# II
# RETRIBUCIÓN

El mundo de Dak'ir se oscurecía. Sus brazos se volvían pesados, su visión se volvió negra y el forcejeo con Ghor'gan decayó.

—Eso es. Eso es. Encuentra la paz… —oyó decir a la voz como el magma crepitante.

Un temblor de tierra evitó que el Salamandra cayese al vacío eterno. Al agitarse el suelo, su violenta insistencia lanzó a los marines espaciales que forcejeaban.

Sujetándose el cuello, Dak'ir tosió y volvió a introducir aire caliente y humeante en sus pulmones. La sensación le recordaba a Nocturne y las cuevas de Ignea.

Ghor'gan se estaba poniendo de pie cuando la visión de Dak'ir se aclaró. El Guerrero Dragón se agarraba a las paredes de roca mientras la caverna entera temblaba. Una enorme brecha se abrió por un lado y géiseres de ardiente vapor y fuego rugieron a través del suelo que se fragmentaba poco a poco. Se abrían pequeñas zanjas y hendiduras en las paredes de piedra como bocas enormes, con sus lenguas líquidas ardientes y brillantes. El renegado se movió hacia ellas

persiguiendo a Dak'ir, decidido a terminar lo que había empezado.

—Ríndete, pequeña salamandra —dijo en voz baja, agotado.

Ghor'gan llegó a ver la espada de combate que Dak'ir tenía en la mano cuando ya era demasiado tarde. La espada sólo tenía medio metro de largo, pero el Salamandra la hundió hasta el fondo del pecho del renegado. El preciso golpe buscó un hueco entre las placas de ceramita y atravesó la armadura, los huesos y la carne.

—Una vida por otra —espetó Dak'ir—. Tengo que vengar a mi capitán.

La boca de Ghor'gan se retorció de dolor: sus ojos eran estrechas rendijas de agonía. Dak'ir retorcía la espada en su interior en busca de órganos vitales y tejidos blandos mientras el renegado forcejeaba y clavaba de nuevo sus garras en el cuello del Salamandra.

Dak'ir gritó y dirigió un violento puñetazo a la oreja del Guerrero Dragón a la vez que hundía más la espada con la otra mano. Ghor'gan movió la cabeza y recibió el golpe en la mandíbula, mucho más dura, aunque la sacudida fue suficiente para obligarlo a aflojar su presa.

La sangre goteaba de la garra de Ghor'gan cuando una bola de fuego entró rodando por la ardiente pared de aliado, envuelta en llamas y dejando tras ella una estela de humo. De ella salió Pyriel, entre los confines protectores de su manto de escamas de draco.

Dak'ir vio con el rabillo del ojo que Pyriel se movía para ayudarlo, pero el sargento le habló al bibliotecario mientras mantenía inmovilizado al voluminoso Guerrero Dragón.

—Coge a Nihilan —rugió con la voz ronca al haber estado a punto de morir ahogado—. No dejes que ese cabrán se vuelva a escapar.

Pyriel ni siquiera se detuvo. El bibliotecario sabía lo que tenía que hacer y corrió tras Nihilan y su tropa.

—Otra vez solos tú y yo —dijo Dak'ir con desdén, oliendo el gas de azufre que emergía de un cráter detrás del Guerrero Dragón. Se le ocurrió algo de repente—. Tú no serás un Nacido del Fuego, ¿verdad, renegado…?

El ruido de los motores retumbaba mientras Pyriel se apresuró a entrar por el túnel tras Nihilan y el otro Guerrero Dragón.

Dak'ir tenía razón: no podían dejarlos escapar otra vez. Si tenían que acabar aquí, en Scoria, los renegados morirían con ellos. El bibliotecario se sintió en paz, como si supiera que era cierto.

Pyriel llegó al final del túnel demasiado tarde. En la extensa caverna que tenía delante esperaba una Stormbird. Los motores ardían con un fulgor rojo pálido. La escalerilla de la cañonera estaba bajada. El Guerrero Dragón con colmillos cargaba los últimos toneles de mineral de fyron en el camión de seis ruedas mientras su maestro lo vigilaba.

Antes de que Nihilan se volviese para ver al enemigo cerca de él, Pyriel miró hacia arriba y se dio cuenta de que el techo de la caverna estaba acorazado. De hecho, se estrechaba a lo largo de varios cientos de metros a través de una chimenea que salía a la superficie. Estrecha, sí, pero con el ancho suficiente para la envergadura de una Stormbird sí se pilotaba correctamente.

Un grito psíquico rasgó la garganta de Pyriel al reconocer que la oportunidad de detener a los Guerreros Dragón ya estaba fuera de su alcance. Dio forma a un rayo de llamas con la esencia de la disformidad y lo condujo a través de su espada psíquica para golpear a Nihilan. Por lo menos, lo abrasaría.

A unos cincuenta metros, el hechicero se volvió y escupió una veloz barrera de fuerza contra la cual el rayo de fuego chocó y se disipó. Tras la estela de humo y los remolinos de llamas, Nihilan emergió ileso.

Entonces el Guerrero Dragón liberó una respuesta psíquica. Un humo negro salió del suelo y se convirtió en unos zarcillos antes de llegar al Salamandra. Las enredaderas se enrollaban en las extremidades de Pyriel invadiendo la protección de su armadura y sobrepasando las salvaguardas de su capucha psíquica. Indefenso, en cuestión de segundos el bibliotecario quedó paralizado por completo. Rayos de furia ardieron en los ojos de Pyriel al observar a su némesis.

—Ha pasado mucho tiempo, Pyriel —dijo Nihilan con reminiscencias de pergamino seco en su voz—. Te he echado de menos en Stratos, hermano.

—Qué lástima. —Pyriel forzó una respuesta sarcástica. Hacía muecas contra el hechizo, tratando de deshacerlo con la mente.

Nihilan bajó de la rampa de carga casi con indiferencia. A pesar del ruido ronco del motor a su alrededor, sus palabras sonaban con una extraña claridad.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Más de cuatro décadas? Te he visto avanzar a ojos del maestro Vel'cona desde entonces. Un simple codiciario, si la memoria

no me falta, y ahora un venerado epistolario.

La mirada rojo ardiente de Nihilan atravesó los sellos arcanos que adornaban la armadura de Pyriel con desprecio. El humor del hechicero cambió.

—Sigues osando negar el crudo poder de la disformidad. —Hizo una profunda inspiración y se detuvo en el icono de la llama de la hombrera derecha del bibliotecario. Enemistad, tal vez celos, surgieron brevemente y luego murieron como la triste sonrisa que curvaba el labio superior de Nihilan—. Ahora eclipsaré tus exiguas habilidades.

—Hablas como un auténtico títere del Caos —le espetó Pyriel con toda la crueldad que pudo en su respuesta—. Serás malvado, pero no eres más que un juguete para los Poderes Ruinosos. Cuando ya no seas útil, se desharán de ti.

Hizo una mueca de diversión.

—Creía que sólo la armadura de mis antiguos hermanos era verde. No tanto como la tuya, por supuesto, bibliotecario, pero tus ojos sombríos lo compensan, ¿verdad?

Los ojos de Pyriel ardieron con furia. Deseaba mirar desde arriba a Nihilan y envolverlo en el fuego de su ira.

—Si me vas a destruir, hazlo ya y deja la retórica antes de que me muera de aburrimiento.

Eso lo desquició. Parecía que Nihilan fuese a concederle a Pyriel su deseo. Sonaron interferencias del comunicador de la Stormbird y contuvo su respuesta.

—Carga lista, señor —dijo una voz áspera—. El hermano Ekrine está listo para despegar.

Molesto por la repentina interrupción, Nihilan consiguió no mostrar su enfado al responder:

—Entendido, Ramlek. Estaré contigo dentro de un momento. —Volvió a centrar su atención en Pyriel.

»Podría fulminarte aquí mismo, pero no sería adecuado. Quiero que sufras antes de morir, Pyriel. Igual que Vel'cona me hizo sufrir cuando traicionaste mi confianza.

La mandíbula de Pyriel se tensó. Las oscuras enredaderas que lo sujetaban se estaban aflojando.

—Los traidores no merecen confianza.

Pyriel se desprendió de los lazos del hechizo con un grito salvaje. Con la

espada de energía en alto, el bibliotecario se lanzó sobre Nihilan, que simplemente se retiró a la bodega antes de que subieran la escalerilla. La risa burlona resonó hasta llegar a Pyriel mientras la Stormbird despegaba y la escotilla se cerraba con un golpe metálico. La ráfaga de disparos de la cañonera hizo que el bibliotecario cayese tendido, y la Stormbird ascendió por la estrecha boca de la chimenea de roca, por el aire contaminado de Scoria.

Sin hacer caso de los efectos del hechizo de Nihilan y murmurando un maleficio mudo, Pyriel se levantó y volvió al túnel para buscar a Dak'ir.

Volvió a tiempo para encontrar al sargento Salamandra y a su enemigo al borde de una ardiente grieta, que se abría bloqueada por el humo y las cenizas que ascendían.

Pyriel volvió a darle voz a su dolor:

—¡Dak'ir!

La roca negra explotó con toda la grandeza de una estrella hecha pedazos. De repente, el cielo rojo sangre se llenó de brillo, de un resplandor blanco y puro que lo cubrió todo con su extraño fulgor. El resplandor murió, pero el sol regresó con él, débil y amarillo pero más luminoso que el sombrío y amenazador eclipse.

Al hacerse trizas de forma abrupta y violenta, la roca negra se dispersó por el firmamento. Los fragmentos se convertían en nuevas estrellas que brillaban a la luz del día. Atraídas por la gravedad del planeta, las estrellas se hicieron más y más grandes hasta convenirse en grandes meteoritos, envueltos en fuego y humo.

El efecto que tuvo la destrucción de la roca negra sobre los orkos fue casi palpable. La horda se tambaleaba, con el ímpetu desinflado como un barco al que de repente le cortan las velas. Cuando descendieron las irregulares bolas de fuego del cielo, aumentó la desesperación de los pieles-verdes.

Los meteoritos golpearon simultáneamente la retaguardia de las filas de los orkos, extendiéndose a través de las dunas. La tormenta celestial causó estragos al matar a cientos de ellos bajo la furia de las rocas caídas y abrasando a varios cientos más en la ola de radiación resultante.

Tsu'gan observó todo esto durante las cada vez mayores pausas de la pelea. En cuanto el resplandor del cañón sísmico atravesó el cielo como una lanza radiante, N'keln ordenó a los Salamandras mantener la posición y consolidarse.

Al estar dispersados, los astartes eran como islotes blindados de color verde en un mar de orkos, blandiendo sus bólters y sin dejar que ningún intruso penetrase más allá de sus paredes individuales de ceramita.

Tsu'gan, hombro con hombro con Praetor y tres de sus dracos de fuego, no pudo evitar observar sorprendido el fenómeno que tenía lugar sobre sus cabezas. La tierra repicaba con él, temblaba y se resquebrajaba. Grietas y abismos se abrían y engullían a miles de orkos. Los que no sucumbían a la fatalidad en la oscuridad del abismo eran consumidos por los torrentes de lava.

Los volcanes retumbaron cada vez más fuerte y al final entraron en erupción con una potencia infernal.

Las carcajadas de Praetor hacían competencia a sus bramidos. El cielo se oscurecía por el humo y la ceniza. Pronto se acabaría la noche artificial una vez más.

—Cuando llueva fuego del cielo y la ceniza asfixie el sol, será el fin de los días —gritó.

Tsu'gan tenía la mirada fija en el cielo turbulento.

—El cielo trae algo más, hermano.

Praetor siguió el dedo de Tsu'gan.

La figura de una nave emergió lentamente entre las nubes de humo. Tsu'gan pensó en un depredador gigante de las profundidades emergiendo entre un océano de niebla. Minúsculos meteoritos pasaban formando arcos en furiosas estelas mientras flotaba a mil metros de la superficie. La estela de sus motores ventrales empujaba a Tsu'gan a pesar de la altura. Era un crucero de asalto de los astartes.

Argos se levantó para salir del conducto del reactor ventral del enginarium. Estiró su espalda entumecida, aflojó sus músculos agotados y movió los hombros en círculos bajo las hombreras para recuperar algo de movilidad. Había hecho todo lo que había podido.

El cuarto banco de reactores ventrales, que seguía sin funcionar, estaba todo lo preparado que le fue posible. Había observado los ritos máquina, aplicado los ungüentos correctos y hecho ofrendas. Se había quedado ronco de las letanías de funcionamiento de ignición que había pronunciado junto a los tecnomarines. El

maestro de la forja era parte de la nave: notaba sus molestias y conocía sus estados de ánimo. Si pudieran sustituir las partes que habían perdido llegarían a volar. Una vez libres de las dunas, los motores principales del *Ira de Vulkan* harían el resto.

El comunicador de su casco crepitó antes de que Argos oyese al hermano Uclides, de la escuadra del sargento Agatone, encargado de escoltar a los ciudadanos humanos a bordo.

Después de hacer un somero análisis geológico, Argos había establecido que la integridad tectónica del planeta se acercaba a la desintegración inminente. Prudente, había dado órdenes al auxiliar de que todos los heridos estuvieran bien sujetos a bordo de la nave por seguridad. A los heridos que no se pudieran mover se les aplicaría la paz del Emperador y se los conservaría en ataúdes médicos para el posterior sepelio en el pyreum.

—Todos los colonizadores de Scoria están a bordo, maestro Argos. ¿Cuáles son sus órdenes?

Argos iba a responder cuando observó la radiación de la atmósfera que habían detectado los sensores de la nave que todavía funcionaban y le llegaban a través de la interfaz directa.

—Id al hangar de cazas y ayudad a preparar las cañoneras —respondió. Cambió de idea al darse cuenta de que la roca negra había sido destruida. No había nadie con el Salamandra excepto los servidores. Ya había despachado a los otros tecnomarines a las Thunderhawk que seguían encerradas en sus plataformas dé tránsito.

—Nuestros hermanos necesitan que los saquemos inmediatamente y que los transportemos al *Ira de Vulkan*. —Uclides recibió la orden y cortó la comunicación.

Argos estaba a punto de salir trepando del conducto de acceso del reactor hundido cuando el comunicador cobró vida junto a él. Uclides debía de haber usado el comunicador del casco. La señal procedía de fuera de la nave.

—Hermano tecnomarine Argos, 3.ª Compañía, Capítulo de los Salamandras, a bordo del *Ira de Vulkan* —comenzó a decir siguiendo el protocolo—. Identifíquese.

Una voz entrecortada respondió con toda la calidez y suavidad de las uñas oxidadas.

—Al habla el hermano tecnomarine Harkane del más noble caballero Vinyar desde el crucero de asalto *Purgatorio*. ¡En nombre del Emperador, los Marines Malevolentes os traerán la salvación!

La orden del hermano capitán N’keln de mantener la posición había mantenido a las fuerzas alejadas del bombardeo y de las peores zonas afectadas por la lluvia de meteoritos. La tormenta celestial casi había terminado y los pieles verdes, aunque maltrechos y con las fuerzas bastante mermadas, seguían vivos y luchaban.

Durante una breve tregua, N’keln hizo un recuento a su alrededor. Sobre una gran duna con la Guardia Inferno y el sargento Agatone, que había aparecido junto a Fugis al volver al campo de batalla, N’keln supervisaba la matanza. Veía minúsculos grupos de armaduras de Salamandra entre la horda que atacaba, a la luz del fuego controlado de los bólters o las columnas de promethium ardiendo. La parte de atrás estaba cubierta por los devastadores. Lok estaba al mando a varios cientos de metros del avance. Ambos dreadnoughts funcionaban y patrullaban por los extremos de la zona de despliegue de los Salamandras. Ashamon había perdido su pesado lanzallamas y el cañón de fusión, pero seguía aporreando a los orkos con su martillo sísmico. Amadeus estaba ileso, pero tenía varias perforaciones profundas en su sarcófago protector, por donde los pieles verdes intentaban exhumarlo a la fuerza.

N’keln calculaba que habrían perdido alrededor del treinta y tres por ciento del grupo original. No sabía cuántos de estos heridos podrían volver a luchar. A la luz de las masas de orkos era un número menor de bajas de lo que esperaba. Los pieles verdes, sin embargo, habían perdido a miles. Un gran número de cadáveres yacía sobre las dunas, descomponiéndose poco a poco.

El estandarte de la compañía, en manos de Malicant, comenzó a ondear con fuerza bajo una repentina corriente de aire e hizo que N’keln alzase la mirada. Por encima de ellos, el hermano capitán vio el enorme casco gris de una nave conocida. Lleno de interferencias, el comunicador de su casco se encendió.

N’keln escuchó con atención la voz del hermano Argos, que reproducía exactamente lo que Harkane del *Purgatorio* le había dicho. Cuando estaba acabando, la expresión del capitán se volvió seria.

—Dile que tiene mi palabra —respondió con la mandíbula tensa. Cortó la comunicación y ordenó a los guerreros que volvieran a la lucha. N'keln, de repente, necesitaba liberar su ira.

Pyriel corrió hasta el borde de la zanja donde había visto caer a Dak'ir y se esperaba lo peor. Una vez allí, a través del humo, el calor y las llamas vio un punto entre un charco de lava burbujeante. La armadura de Ghor'gan se desintegraba poco a poco junto con el resto del Guerrero Dragón. No había rastro de Dak'ir.

Entonces, el humo y el vapor se aclararon ligeramente y Pyriel lo vio. Dak'ir trepaba por la cara rocosa de la zanja y ya casi había llegado arriba. Pyriel se inclinó y lo agarró justo cuando la corriente de lava subía para engullir el cuerpo del renegado.

—Eres aficionado a engañar a la muerte, hermano —comentó Pyriel. En su tono había una mezcla ambivalente de alivio y desconfianza velada.

Dak'ir asintió, demasiado exhausto para hablar en ese momento.

La caverna se desmoronaba con ellos. El fuego la envolvía y las rocas que se desprendían y las corrientes de polvo nublaban el aire. No había ningún lugar seguro donde quedarse. Se abrían nuevos abismos en las grietas irregulares del suelo y las lenguas de lava se agitaban caprichosamente desde las entrañas de la tierra. Tenían que salir y el camino hacia el túnel estaba bloqueado.

—Nihilan… —dijo Dak'ir con voz áspera a la vez que un géiser entraba en erupción cerca de él.

Pyriel negó con la cabeza. La oscura mirada del bibliotecario revelaba su furia.

—Quédate cerca —dijo tras un momento. Pyriel también estaba cansado. Romper el hechizo de Nihilan había sido agotador. Apeló a la fuerza psíquica que le quedaba y abrió la puerta al infinito.

Scoria se moría, y en su desesperación quería que los que estaban en su superficie cayeran en el olvido junto a ella.

Los temblores de tierra eran un rumor constante que precedía a brechas mayores que se iban abriendo sobre los cimientos del planeta condenado. Partes enteras de las dunas se desmoronaban y enviaban a miles de pieles verdes a una

muerte cruel en las corrientes de lava. El humo giraba en espiral sobre el campo de batalla como si fuera una pira gigante, los guerreros se detenían en posición de combate para evitar que las llamas los alcanzasen. La lava lanzaba sombras rojas y ocres sobre la calima grisácea, con su resplandor arenoso y difuso en el aire denso e irrespirable.

Hasta la fortaleza de hierro empezaba a hacerse pedazos. Pocos minutos después de que Elysius y Draedius hubiesen salido del torreón, una enorme zanja se abrió en el centro y partió el bastión en dos. Después, varios meteoritos errantes impactaron contra ella. Una torre se clavó en el cielo rojo muerte como un fémur roto, y la otra quedó como un hosco muñón. Con las paredes medio desmoronándose y un enorme abismo en el patio, la fortaleza de hierro se tambaleaba casi en ruinas.

A la distancia que estaba del lugar y aunque apenas podía ver a través del humo, N'keln notaba el miedo que emanaba de la fortaleza de hierro: miedo y furia. El fin de Scoria significaba el fin de la entidad que poseyera las catacumbas del bastión. Al final, el fuego la purificaría, después de todo.

N'keln oyó un relámpago atravesar el cielo. Tenía forma de cañoneras, de los Salamandras y Marines Malevolentes. A través de la densa niebla, pensó en trazar la ruta de vuelo en un intento de evacuar a sus hermanos de batalla.

De vez en cuando aparecían lanzas de energía resplandeciente a través de la capa de nubes humeantes y ocultaban grandes extensiones del cielo mientras el *Purgatorio* disparaba sus armas contra las hordas distantes de pieles verdes. El velo gris se retiró durante un tiempo a medida que el calor de los, cañones del crucero de asalto lo disipaban. Volvió momentos más tarde, una vez concluida su furia.

Los orkos morían en manadas, y N'keln ordenó un último esfuerzo para la victoria, reforzado por las escuadras que Vinyar había designado para ayudarlo. El pacto se había firmado bajo cierta coacción por parte del capitán de los Marines Malevolentes y todavía le escocía, pero no había mucha elección.

Según la concesión de N'keln, un escuadrón de Stormbird salido de los hangares para cazas del *Purgatorio* se dirigía hacia el lugar del accidente y el *Ira de Vulkan*. A bordo iban el hermano Harkane y varios tecnomarines con su equipo de servidores. Traían con ellos las piezas necesarias para que Argos reparase el cuarto banco de reactores ventrales y permitiese volar de regreso al

crucero de asalto de los Salamandras.

Los Marines Malevolentes también protegían el lugar del accidente. Entre ellos y las fuerzas de Salamandras que seguían luchando, rodearon a los orkos que quedaban y los aniquilaron. N'keln quedó encantado.

La batalla casi había terminado, el capitán se había separado de sus guerreros y permanecía en el campo rodeado de humo, aparentemente solo. Agradecido por la soledad, oyó el ruido de la batalla que terminaba: los disparos esporádicos de las bólters, el resplandor errante de las llamas o el rugido desganado de los orkos en vano desafío. Los pieles verdes habían sido derrotados. No caerían más astillas oscuras del cielo, no aterrizarían más naves asesinas. Se había acabado.

En el cielo, resplandecieron las cañoneras Thunderhawk y transportaron a los Salamandras de regreso al *Ira de Vulkan*. Anotó mentalmente elogiar al hermano Argos por su previsión y prudencia con respecto a este asunto. Llovía fuego del cielo con los últimos vestigios de la tormenta de meteoritos, y el mundo se estremecía con la llegada de la muerte final. El sonido de ros cánticos de los Salamandras llegó hasta N'keln en una calurosa brisa. Coreaban su nombre.

—¡Prometheus victoria! ¡N'keln gloria!

Era una vieja costumbre de la legión gritar elogios que habían tomado prestados de sus primos de Terra. N'keln se sentía honrado por su respeto y halagos.

Su corazón se llenó de orgullo guerrero al ver el *Ira de Vulkan*, visible a pesar de la distancia y el humo, ascender sobre las dunas con la roca y las cenizas resbalando por su casco, en alto una vez más.

Por fin era hora de irse y regresar a Nocturne. N'keln esperaba que las viejas servoarmaduras y la semilla genética del hermano Gravius les proporcionasen algunas revelaciones acerca del destino del primarca y tal vez descubriesen el propósito que tuvo el Libro del Fuego al traerlos a este mundo condenado. Por ahora, se contentaba con la victoria y la derrota de los enemigos.

N'keln estaba a punto de llamar a Argos a través del comunicador para felicitarlo y pedirle la extracción cuando un ardiente dolor azotó su costado. Al principio, el capitán no estaba seguro de qué había pasado hasta que lo volvieron a apuñalar y sintió que el cuchillo se hundía más. Indignado, se volvió para enfrentarse al que sería su asesino, pero fue apuñalado una y otra vez. La sangre fluía libre de las heridas por donde el cuchillo se había colado entre los huecos

de su servoarmadura, medio destrozada por la incesante lucha.

Los iconos de advertencia biológica aparecieron en la pantalla de su casco mientras la servoarmadura lo avisaba, ya tarde, del peligro. La ardiente agonía invadía su costado y cayó de bruces; su cuerpo empezaba a entumecerse. El arma seguía sin estar a la vista de N'keln, al igual que su atacante. Con la carne desgarrada y medio jadeando, al capitán se le escapó un breve sollozo.

La mente le daba vueltas. Con la sangre que fluía efusiva pintándole los dedos de rojo, N'keln intentaba entender todo lo que estaba pasando. Los orkos seguían desplazándose con rapidez entre el humo, buscando una venganza menor. ¿Lograría alguno llegar hasta él para conseguir una victoria pírrica?

Tratando de respirar, con los pulmones perforados y el humo invadiéndolos, N'keln se arrancó el casco. Se forzó a levantarse mientras la hoja penetraba de nuevo. Intentó esquivar el ataque, sin estar seguro de dónde venía, pero sólo logró caer de espaldas.

Al final, N'keln miró hacia arriba y vio el rostro de su atacante. Los ojos ribeteados de sangre del capitán se abrieron de par en par. Trató de hablar cuando la ancha espada orka entró por su cuello expuesto. La sangre burbujeó en su garganta y escapó por la boca en un vómito incontenible. Los puños de N'keln se cerraron brevemente antes de que la espada entrara de lleno en su pecho y atravesara los corazones primario y secundario.

El capitán de los Salamandras murió con rabia en los ojos y los dedos curvados en señal de odio impotente.

Los sonidos de la victoria y los cánticos con su nombre se desvanecían en sus oídos a medida que la oscuridad lo invadía…

Fugis se movió entre la densa capa de humo, rematando orkos heridos o aplicando la paz del Emperador a los caídos y extrayendo sus semillas genéticas. Un débil llanto que hizo eco en la oscuridad llamó su atención y lo siguió a través del mundo gris que lo rodeaba.

Sobre una duna de ceniza empapada en sangre encontró al hermano Iagon. El Salamandra se encogía el muñón destrozado de su mano izquierda para intentar detener el flujo de sangre. Lo rodeaban los cadáveres de tres orkos. Un cuarto cuerpo yacía oculto en parte al haber caído en una profunda hendidura en las cenizas. Sus botas estaban teñidas de gris, pero bajo éste brillaba el color verde.

Fugis, por el momento, ignoró a Iagon. Sus ojos lo instaban a ir hasta el otro

cuerpo. Corrió hacia el borde de la duna y vio a N'keln, con el rostro serio y enfurecido, yacer muerto debajo.

Consternado, el apotecario trepó y se dejó caer hasta la base de la hendidura donde yacía el capitán fallecido. Buscaba signos vitales, aunque sabía que no encontraría ninguno, cuando el resto de la Guardia Inferno llegó.

Praetor y los dracos de fuego, junto con Tsu'gan y algunos miembros de su escuadra, se reunieron con él. El veterano exterminador rompió el silencio de incredulidad.

—En el nombre de Vulkan, ¿qué ha ocurrido aquí?

Una rabia apenas disimulada tiñó la voz del draco de fuego, que dirigió su interrogatorio primero a Fugis y luego a Iagon.

Iagon negaba con la cabeza mientras que Fugis declaraba ignorar lo ocurrido e iba a ayudar al otro Salamandra.

—Los vi moverse entre el humo. —La respuesta de Iagon quedaba interrumpida por dolorosas pausas, ya que Fugis le estaba cauterizando la terrible herida—. Tres, envueltos en sigilo, rodearon al capitán. Cuando llegué, N'keln ya estaba muerto. Maté a dos de ellos, pero mi arma se quedó vacía y el tercero me cortó la mano. Lo rematé con la culata, pero fue tarde para salvarlo. —La voz de Iagon se fue apagando y agachó la cabeza.

Praetor observó el bólter ensangrentado con la culata manchada y el rostro destrozado del orko que estaba más cerca del Salamandra herido. Los otros dos tenían heridas de bólter y sujetaban en sus puños carnosos hachas cubiertas de sangre resbaladiza. La servoarmadura de Iagon estaba salpicada de oscuro carmesí.

Con rostro grave, Praetor asintió ligeramente y dio la espalda a la trágica escena. Abrió una frecuencia general en el comunicador y ordenó la retirada total. Sólo añadió que el hermano capitán N'keln estaba incapacitado y que él tomaba el mando la misión.

Da'ir conoció la noticia de la muerte del capitán N'keln sentado en la Cámara Santuarina de la cañonera Thunderhawk *Dragón de Fuego*. El soldado sintió cómo la melancolía se apoderaba de la tripulación a medida que la triste noticia se filtraba. Primero Kadai y ahora N'keln.

Dak'ir se preguntaba quién sería la próxima víctima de la 3.ª Compañía.

Pyriel y él habían aparecido en el campo de batalla entre un torbellino de rayos y ruido. Los efectos nauseabundos de la teleportación se disipaban al enfrentarse con la inmensidad del creciente cataclismo que estaba a punto de destruir Scoria. Una cañonera Thunderhawk ya se disponía a aterrizar. Dak'ir recordó sentirse ligeramente apenado al no tener la oportunidad de luchar junto con sus hermanos de batalla contra los orkos antes de evacuar. Pero no había tiempo para la introspección.

La escalerilla de la *Dragón de Fuego* descendió en cuanto la nave tocó tierra. Dak'ir, Pyriel y varios más próximos a ellos embarcaron sin decir una palabra. Momentos después, estaban en el aire y atravesaban el desierto de ceniza asolado que poco a poco consumía el fuego.

Era un viaje corto para el *Ira de Vulkan*. Su piloto, el hermano He'ken, avisó a la tropa, anunciando que el crucero de asalto iba por delante de ellos en el horizonte, listo para sacarlos de ese mundo condenado.

Ovaciones ahogadas recibieron la noticia, atenuadas por el comunicado anterior de Praetor diciendo que asumía el cargo y que N'keln había caído. Los comentarios de los Salamandras que seguían en el campo pronto llegaron y confirmaron que el capitán estaba muerto.

Al observar desde el puerto ocular a un lado de la cañonera blindada, que todavía tenía que seguir con el transporte, Dak'ir se entristeció más al ver cómo la tierra se resquebrajaba. Se imaginó la figura inerte del hermano Gravius, con la lava ascendiendo y rodeando al anciano Salamandra, engulléndolo bajo las fieras profundidades. El mundo entero ardía, olas de magma como tsunamis resbalaban por la superficie fracturada de Scoria y la convertían en un sol gelatinoso.

Dak'ir se dio la vuelta y encontró a Pyriel mirándolo. El resto de los Salamandras tenían las cabezas agachadas en homenaje. La expresión del bibliotecario sólo reflejaba sufrimiento. Le dijo a Dak'ir que el epistolario estaba pensando cómo el hechizo de Nihilan podía haberlo destruirlo y, en cambio, sólo afectar a medias al sargento Salamandra. No era posible. Y entonces Dak'ir se dio cuenta de que para él no había acabado, que habría un juicio antes de regresar a Nocturne.



# EPÍLOGO

—No me tomes por tonto, capitán Vinyar…

La voz profunda y sonora del Señor del Capítulo Tu'Shan llenó la inmensa Sala de los Dracos de Fuego de Prometeo de poder y autoridad. Fue un principio poco auspicioso para su primera reunión.

Vinyar se quedó quieto y en silencio. Algo prudente teniendo en cuenta que estaba en la sala del trono de otro capítulo de astartes frente a su señor feudal tras haber forzado a uno de sus capitanes fallecidos a aceptar un compromiso que no aprobaba pero que no tenía más elección que cumplir.

—Sé que tú tus soldados seguíais al *Ira de Vulkan* —continuó el regente de Prometeo—. Si no, ¿cómo pudisteis oír su señal de auxilio y responder con tanta prontitud y ayudarlos con la evacuación del material de guerra?

El hermano Praetor y una escuadra de dracos de fuego observaban con furia apenas contenida. Los Marines Malevolentes habían ensuciado con el pacto el sacrificio del hermano capitán N'keln. Se habían aprovechado del salvamento a cambio del armamento que querían «liberar» del *Archimedes Rex*. Al parecer, Vinyar dirigía la operación para volver a apropiarse de lo que le parecía que le correspondía por derecho (una necesidad para sus beligerantes soldados en nombre del Emperador).

Si la pequeña comitiva de guerreros que había traído o el propio capitán sintieron algo ante tales manifestaciones, aunque dijera poco en su favor, no lo mostraron. Pero tampoco se atrevieron a hablar mientras el maestro del capítulo de los Salamandras lo amonestaba.

—No creo en las coincidencias, ni siquiera en la providencia —le dijo a Vinyar, inclinándose sobre el trono para dar énfasis a su frase. Tu'Shan bajó la voz y hubo un atisbo de auténtica amenaza—. Si creyera que tu intención al seguir a mi nave era la revancha por el *Archimedes Rex*, estaríamos manteniendo una conversación muy distinta, hermano capitán.

Un silencio tenso invadió la Sala de los Dracos de Fuego. Tsu'gan hizo que su mirada ardiera sobre Vinyar durante unos segundos antes de hacer una señal hacia las sombras.

Un deslizador gravítico apareció en el campo de visión, iluminado por los candelabros de la pared que mostraba decenas de gloriosos estandartes que loaban las hazañas de la 1.ª Compañía. Aparte de eso, era una cámara austera, con un trono y varios corredores abovedados que conducían a la oscuridad.

Los Marines Malevolentes habían seguido a los Salamandras durante todo el viaje de vuelta a Nocturne. La muestra de audacia de Vinyar era tan osada como increíble al insistir en que le concediera una audiencia el señor del capítulo antes de que les hiciesen entrega del material de guerra. Tu'Shan había aceptado sin preámbulos, ansioso por conocer a ese presuntuoso capitán marine espacial.

El deslizador era el primero de una larga fila. Acompañado por el maestro Argos con rostro serio y tres tecnomarines, colocaron todos los bólters, armaduras y demás municiones que los Salamandras habían sacado del *Archimedes Rex* en los deslizadores.

Cuando éstos se detuvieron, el maestro Argos y su cortejo se metieron entre las sombras y salieron de la cámara una vez más.

—Nosotros, los Salamandras, somos guerreros de palabra, pero prometo personalmente que éste no será el final, Malevolente. Has despertado la ira del señor del capítulo en este día y no es algo que se deba tomar a la ligera —dijo Tu'Shan con un gruñido a medida que su paciencia empezaba a decrecer.

Vinyar escuchó sus palabras y simplemente hizo una reverencia. Su lenguaje corporal era casi inescrutable al igual que su expresión, sin casco, descubierto ante el regente de Prometeo. Pero Tu'Shan notó su semblante arrogante, un aire desdeñoso en sus movimientos deferentes que lo irritaba.

—Salid —rugió, antes de verse forzado a hacer algo con su creciente ira.

El Marine Malevolente salió sin ceremonia, escoltado por Praetor y sus dracos de Fuego.

Tu’Shan se desplomó sobre su trono al quedarse solo. Una secuencia sobre una placa de datos en el brazo del trono hacía que se abriese una puerta secreta en una de las paredes contiguas. Dentro de la cripta, también iluminadas por candelabros, estaban las servoarmaduras recuperadas de las catacumbas de Scoria. Colocadas en hileras, todavía necesitaban que las arreglasen y las puliesen como material de guerra reverenciado. Tu’Shan las examinó. El frasco que contenía la semilla genética extraída de Gravius estaba cerca, en un tanque criogénico con los bordes de cristal rodeado de nitrógeno líquido helado.

Una voz que rebosaba energía salió de la oscuridad.

—Te preguntas por qué el Libro del Fuego nos envió a Scoria si eso es todo lo que íbamos a averiguar —dijo el maestro Vel’cona. El bibliotecario jefe de los Salamandras no necesitaba hacer uso de sus prodigiosos talentos psíquicos para adivinar los pensamientos del señor del capítulo.

No era una pregunta, y Tu’Shan no respondió. En lugar de eso, observó. Algo llamó su atención. Al principio estaba fuera de su alcance, pero al estudiarlo mejor, empezó a ver… Al colocar las armaduras de la legión en formación, Tu’Shan distinguió los fragmentos de una profecía simbólica. Sólo se veía al mirar el ejército entero desde cierto ángulo, los componentes de las formas escondidas confluían y conformaban un todo que sólo entonces cobraba sentido.

Después de reunir todas estas condiciones, sólo un señor del capítulo tendría el conocimiento, el intelecto y la perspicacia necesarios para reconocerlo.

—¿Qué ves, señor? —preguntó Vel’cona con un leve sonido de pasos que se acercaban y revelaban su impaciencia mientras Tu’Shan había comenzado a leer…

—Un gran compromiso. —Los ojos del señor del capítulo se entrecerraron al continuar—. Un acontecimiento memorable… Nocturne en juego… Alguien de humilde cuna, uno nacido allí, atravesará la puerta de fuego.

—La profecía habla de alguien de nuestras filas —suspiró el bibliotecario—. Sé quién es.

—Yo también —respondió con desagrado el señor del capítulo.

—¿Será bueno o malo, señor?

Tu’Shan se volvió para mirarlo con una expresión impasible dibujada en su

semblante regio.

—Será para nosotros la condenación o la salvación. —El regente de Prometeo se permitió una pausa antes de seguir—. Maestro Vel'cona, vigila muy de cerca al hermano sargento Hazon Dak'ir.

Los ojos del bibliotecario jefe, pozos sin fondo del conocimiento, ardieron. Asintió e hizo una reverencia antes de escabullirse en la oscuridad.

Tu'Shan regresó con las armaduras, las examinó intentando discernir con más claridad su mensaje esotérico.

—Vigílalo… Vigílalo muy de cerca —repitió a una sala vacía, absorto en sus pensamientos.

Dak'ir se había encontrado con Ba'ken en un montículo de roca arenosa sobre el desierto de Pira. Pocos habían llegado a ver al hermano Fugis mientras hacía el Paseo Ardiente. No solía hacerlo. El peregrinaje, llevado a cabo por un Salamandra, era un viaje espiritual cuyo inicio se suponía que se hacía de forma aislada como el propio juicio. Normalmente, el viejo o el afligido seguía el Paseo Ardiente. Según la costumbre nocturniana y el culto prometeano, era una forma de que el guerrero no muriese durante la batalla y pudiese luchar por la gloria y reclamar algo de dignidad en sus últimos días. Fugis, como otros que habían ido antes que él, sabía que hacía falta una exención especial para poder pasar por el juicio y restaurar el espíritu dañado. Dak'ir sabía que ninguno de los del capítulo había regresado. Sus huesos blanquecinos yacían ahora bajo el desierto calcinado. Reconoció que en los lugares distantes del Pyre había marcas de sepulturas, y no sólo en el nombre.

Al emprender el Paseo Ardiente, Fugis ya no era un apotecario. Había dejado su servoarmadura y los demás símbolos de astartes. Llevaba puesta una capa para la arena con una malla y una bufanda alrededor del cuello y la boca. Una escopeta de caza nocturniana especialmente modificada colgaba a su espalda, porque había abandonado el derecho a blandir el bólter sagrado. Llevaba un machete atado a su antebrazo y escasas reservas de agua. No le durarían mucho. Después, tendría que buscarse la vida para sobrevivir en el desierto.

Su sucesor natural estaba cerca, solo sobre un montículo de roca adyacente, con la cabeza gacha y los ojos cerrados en silenciosa contemplación. El hermano

Emek se había entristecido al tener que dejar a sus hermanos de escuadra, pero las necesidades de la compañía primaban sobre el sentimiento, y el apotecario jefe del capítulo tenía que entrenarlo en las artes curativas. Una de las mitades del casco de Emek estaba pintada de blanco para reflejar su condición.

En un último montículo, el más distante de los tres, estaba Agatone. Saludó a los otros dos inclinando levemente la cabeza. El inminente capitán de la 3.ª Compañía tendría un legado de sangre y una pesada carga. Se reflejaba en el peso de sus párpados caídos.

En cuanto Fugis desapareció de la vista, sólo quedó un resplandor en el horizonte del abrasador desierto.

—Un honor merecido desde hace mucho —dijo Dak'ir tras un largo silencio.

Ba'ken tardó un momento en darse cuenta de que se refería a él y al rango que el sello de sargento acababa de darle a su armadura por obra de los artesanos del capítulo. En contraste, la armadura de Dak'ir no tenía adornos y estaba privada por completo de sus anteriores honores. Ya no era sargento.

—No se me ocurre nadie mejor para liderar la escuadra que tú, Ba'ken —añadió con una palmada de camaradería sobre la hombrera del voluminoso Salamandra.

—Sí, es cierto —replicó Ba'ken.

Ambos rieron con su arrogancia burlona, pero el momento de frivolidad duró poco y al final fue doloroso al recordar ambos que no volverían a recuperar lo que habían perdido.

—La compañía se desmorona —murmuró Ba'ken—. Tú al servicio de Pyriel, Emek en el apotecarium. Mis hermanos, cenizas del pyreum —suspiró—. Hasta Tsu'gan…

—Agatone recuperará su fuerza. Se construirá sobre cimientos sólidos. Kadai y N'keln tienen a un valioso sucesor —dijo Dak'ir.

Una sombra cayó sobre ambos, interrumpiendo al antiguo sargento.

—Hermano Dak'ir.

Era Pyriel.

Ba'ken sabía que esto iba a pasar e hizo una breve reverencia al bibliotecario antes de dejarlos solos.

—Percibí tu energía hace mucho, Hazon —confesó Pyriel caminando hacia el borde del montículo y contemplando el desierto en apariencia interminable.

Tras él, los sonidos tenues y lejanos de los volcanes estallaban sobre el cielo quemado por el sol.

»Lo que hiciste contra el hechizo de Nihilan… —comenzó a decir, dominando su impaciencia antes de darse la vuelta—. Ha sido algo milagroso. No debería. Tú no deberías —dijo, acercándose—. Durante más de cuatro décadas has sido marine espacial y tu potencial acaba de emerger. —Hizo una pequeña pausa—. Eres único, Dak'ir. Un enigma. —Pyriel volvió a darse la vuelta y le pareció más fácil observar el sol infernal—. El capellán Elysius quería que se te juzgase, que se te marcase y censurase. Yo me opuse.

—¿Y ahora qué?

—Tendrás que acompañarme.

—Lo haré aunque ellos no vengan —replicó Dak'ir, señalando al par de enormes exterminadores que acababan de aparecer a las órdenes del bibliotecario.

—¿Sí? —preguntó Pyriel, mirándolo—. Eres un misterio, y como en todo misterio una sombra de sospecha planea sobre ti, pero la retiraré si demuestras ser digno.

—¿Y cómo lo sabrás? —El tono de Dak'ir reveló su impaciencia. La respuesta del bibliotecario fue pragmática:

—Tras las pruebas, si vives, serás considerado válido.

—¿Válido para qué?

El parpadeo celeste regresó a los ojos de Pyriel como un gesto dramático.

—Para que yo te entrene —afirmó.

Dak'ir oyó los motores de una nave ponerse en marcha. Una nube de polvo subía desde abajo, donde el navío los esperaba.

—¿Adónde me llevas, Pyriel?

El bibliotecario sonrió, pero no lo miró a los ojos.

—Al librarium de Prometeo y a una audiencia con el maestro Vel'cona.

Tsu'gan siguió un camino largo y rocoso de oscuro carbón hasta una enorme puerta. Desde arriba, en las sombras de una cueva en la montaña, estaba sentado Iagon, observándolo.

La amargura llenó el corazón del Salamandra. Apretó los puños con fuerza.

—Maté por ti… —susurró.

Los sueños y planes de Iagon se habían desmoronado. Lo había abandonado su futuro mecenas después de que él hubiese despejado el camino para el ascenso de Tsu'gan. Aunque había ascendido, pero a las filas de los dracos de fuego y no a la capitanía de la 3.ª Compañía, donde habría tomado a Iagon como segundo. El hermano Praetor (Iagon resistió el azote de los celos) había pedido tal ascenso, impresionado por los actos de Tsu'gan en Scoria: su valentía y ética de batalla, su liderazgo y destreza. El sargento de los dracos de fuego no era consciente del arma quebradiza que había introducido en sus filas. Iagon se veía tentado a informarlo de la inclinación de Tsu'gan al masoquismo, su culpa destructiva interior, pero hacer eso sería muy fácil.

El culto al héroe se había tornado en odio en el corazón de Iagon. Quería que Tsu'gan pagase el precio justo por traicionarlo.

Al subir una escalera de piedra, Tsu'gan entró en un pequeño anfiteatro. Era un lugar sagrado; sólo a los dracos de fuego o a aquellos destinados a convertirse en uno de ellos se les permitía entrar en esta parte de Nocturne. A Iagon no le importaba. No lo seguían ni lo habían visto. Tenía que verlo.

Un relámpago siniestro abrió la estructura por la que Tsu'gan había desaparecido y emitió un resplandor que luego se apagó al activarse el teleportador. Tsu'gan ya no estaba en Nocturne.

Iagon se sentó durante un rato para dejar que el destello desapareciese de su visión cuando oyó un repiqueteo en el suelo que creyó que sería lluvia. Al ver el charco rojo a sus pies, se dio cuenta de que era sangre que goteaba sobre el suelo desde sus guanteletes fuertemente cerrados. Había apretado tanto los puños que los había perforado hasta llegar a la carne.

Frenético, desquiciándose poco a poco, un grito quejumbroso escapó de su boca y huyó. Sólo había una cosa que pudiese calmar la oscuridad de su alma. La anhelaba. Una única idea.

La venganza.